



GOLDEN CHAINS

SERIE DARK: LIBRO 7
LUZ K. DUQUE

(Este libro, llega gracias a Butaca Digital, unete a nuestro canal y visita nuestra plataforma, para más libros de Bootnek)

[https://t.me/Butaca Digital](https://t.me/Butaca_Digital)

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Sinopsis.	Capítulo 19.	Capítulo 39.
Prólogo.	Capítulo 20.	Capítulo 40.
Capítulo 1.	Capítulo 21.	Capítulo 41.
Capítulo 2.	Capítulo 22.	Capítulo 42.
Capítulo 3.	Capítulo 23.	Capítulo 43.
Capítulo 4.	Capítulo 24.	Capítulo 44.
Capítulo 5.	Capítulo 25.	Capítulo 45.
Capítulo 6.	Capítulo 26.	Capítulo 46.
Capítulo 7.	Capítulo 27.	Capítulo 47.
Capítulo 8.	Capítulo 28.	Capítulo 48.
Capítulo 9.	Capítulo 29.	Capítulo 49.
Capítulo 10.	Capítulo 30.	Capítulo 50.
Capítulo 11.	Capítulo 31.	Capítulo 51.
Capítulo 12.	Capítulo 32.	Capítulo 52.
Capítulo 13.	Capítulo 33.	Capítulo 53.
Capítulo 14.	Capítulo 34.	Capítulo 54.
Capítulo 15.	Capítulo 35.	Capítulo 55.
Capítulo 16.	Capítulo 36.	Capítulo 56.
Capítulo 17.	Capítulo 37.	Capítulo 57.
Capítulo 18.	Capítulo 38.	Epílogo.

Sinopsis.

Genneva es solo eso: Genneva sin apellido y sin pasado

Sin nada más que las cicatrices invisibles que la han marcado por años y la han hecho olvidar cosas tan simples como vivir, reír e incluso leer

Genneva no sabe nada, aparte del hecho de que fue vendida por su propio padre y su realidad se convirtió en un mundo de rejas de oro después de qué fue comprada por un hombre que jamás la dejará ir

Sin embargo, años después y en medio de una noche, se encuentra de frente con un misterioso hombre llamado Kaydan Von Sclaén, uno de los asesinos a sueldo más peligrosos del mundo y la única persona que podría ayudarla a escapar de su prisión y ante eso, ella está dispuesta a pedir ayuda, sin saber qué:

Kaydan jamás ayuda a nadie y menos ayudaría a la mujer que lo contrataron para... *Asesinar*.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Prólogo.

Genneva.

Tragándome un respiro nervioso, separé un poco mis piernas y mi pecho subió y bajó con fuerza, mientras mi mirada se centraba en la suya, la cual seguía pareciéndome extraña, gélida y... En ese momento me pareció hermosa.

Sí, a pesar de que el hombre frente a mí era uno de los hombres más letales que conocía en la vida y era un nefasto odioso, en ese momento, en mi cabeza, puede aceptar que esa mirada verde que se peleaba con unos bordes azules era hermosa y lo único que pude hacer para procesar aquello fue tragar saliva.

Fue tragarme esa confesión molesta y fea para mí.

—Separa más las piernas, Genneva —fue su orden fría y no pude evitar tensarme y erizarme, mientras tomaba su camisa y la apretaba contra mi pecho.

—Yo...

Lo vi tomar la misma navaja de la guantera del auto y mi respiración se volvió desigual, mientras los ojos de él volvían a caer adónde se suponía que estaban mis muslos, pero incluso haciendo eso, se veía bastante lejano y eso debió tranquilizarme.

—No es buena idea —dije sin poder determinar—. No te quiero entre mis piernas.

Levantó la mirada y enarcó una ceja ante mis palabras.

—Nadie dijo algo sobre querer estar entre tus piernas —respondió con sencillez—. Necesito que separe los muslos, nadie pidió algo más o, ¿lo hice?

Sentí el calor subir a mi rostro y no pude identificar la real razón, más allá del hecho de que él no tenía tacto para decir absolutamente nada.

—Yo...

—Tienes otro rastreador —la impaciencia lo rodeó—. Van a seguir apareciendo si no te lo quitas y te lo voy a quitar. Ahora, separa las piernas, no creo que sea muy difícil para ti, Geneva.

De repente, sentí algo retorcerse en mis entrañas y pese a que jamás decía mucho en voz alta, tuve que decir algo porque... me sentí insultada: —¿A qué te refiere con eso? ¿Lo dices por qué crees que soy una puta? —no respondió, solo me miró—. No soy una prostituta —lo recalqué—. Jamás quise esto.

Yo estaba molesta, pero él jamás perdió tiempo.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—Hay que quitar el dispositivo.

En eso tenía razón, iban a seguir viniendo detrás de mí y, tontamente, esperé que el rastreador en mi brazo fuese el único que llevara puesto, pero evidentemente Darwyn jamás se quedaba con una sola cosa.

Siempre había algo más.

Sintiéndome insegura y bastante alterada -pero escondiéndolo muy bien-, me senté más recta, mientras mi corazón retumbaba dentro de mí y tras una pausa, finalmente lo hice.

Separé mis dos muslos para él.

Pese a que no lo dije en voz alta, sentí una chispa de calma cuando noté que los ojos de Kaydan no se llenaron con morbo o deseo. No había nada en ellos, aparte de frialdad y determinación.

—¿Va a doler de nuevo? —logré preguntar, cuando lo vi subir la consola que separaba ambas sillas y se acercó un poco hacia mí.

—Claramente, a menos que tenga analgesia congénita—respondió.

—No tengo eso.

—Obvio, teniendo en cuenta de que casi llora antes por un simple corte en el brazo y dejó de hablarme por eso.

Era un hijo de perra.

Nunca era amable. Nunca.

Siempre tenía algo irónico para decir y pese a que nunca fui realmente agresiva, desde que lo conocí, solo quería golpearlo.

—Solo... Sea amable, por favor.

Él no respondió, llevó su mano derecha a mi muslo para tantear el lugar en donde estaba la pequeña cicatriz y sentí un rayo de energía o más bien de calor surgir de mi cuerpo, cuando su grande, varonil y estable mano tocó aquella piel tan sensible e íntima.

Tuve que tragar saliva con fuerza para decirme a mí misma que todo estaba bien. Por otra parte, Kaydan no demostró absolutamente nada, menos cuando su dedo pulgar encontró el pequeño relieve en la piel pálida de la cara interna de mi muslo y, tras una pausa, simplemente comenzó a dirigir su mano izquierda con la navaja hacia mi piel y...

Rápidamente, puse mi mano sobre la suya, deteniéndolo y haciendo que su mirada verde y azul dieran conmigo. No pasé por alto que miró por unos segundos el lugar en donde yo lo estaba tocando a él, antes de mirarme a mí.

—No me hagas daño —insistí—. Sé que me odias, pero por favor, sé amable.

Nuestras miradas se mantuvieron en la del otro por lo que pareció una eternidad, pero probablemente fue solo un segundo, antes de que él simplemente alejara su mano de la mía y sin decir nada más y con total seriedad, llevó la filosa punta de la navaja a mi piel y...

Yo cerré los ojos, lo hice, sintiendo mi corazón latir rápidamente y esperé la llamarada de dolor, pero, en vez de eso, él habló con ese gélido acento que tenía.

—Se está dando mucho crédito, Genneva —abrí los ojos y lo miré—. Demasiado crédito para llegar a suponer que siento algo tan poderoso como el odio y más que todo por ti.

Fruncí el ceño.

—No te conozco de nada, más allá del hecho de que antes eras un trabajo y ahora eres una carga en este momento, ¿de dónde se supone que sale el odio?

El miedo quedó atrás y sentí un enojo florecer en mi pecho.

—Dios, eres un grosero y, sobre todo, una mala persona. Es nefasto y... —negué en silencio—. Es malo.

—¿Malo, eh?

—Sí, lo digo porque...

—¿Por qué, qué?

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Justo en ese instante, enredó su mano en mi muñeca y me jaló un poco hacia él, sorprendiéndome y... Distrayéndome.

—¡Ay!

La atención de él se centró en mi pierna y yo también miré ahí, justo cuando noté un suave corte que hizo que sangre brotara de mi muslo. No fue realmente doloroso, sino más sorpresivo, ya que no lo sentí.

—Eso era todo —dijo aburrido—. Se podría haber hecho hacía diez minutos y sin tanto drama.

Lo miré en silencio, mientras hacía presión en la pequeña herida y un segundo después, salió otra diminuta tarjeta que era la encargada de mandar mi señal a todas partes.

Sin mucho, Kaydan dobló el objeto en sus dedos y bajando la ventanilla de su auto, la tiró a la carretera, ya que en ese momento ni siquiera tuvo humor de meterla en agua.

Me entregó otra toalla para que me encargara de secar y parar mi sangre, mientras él limpiaba sus manos. Todo eso fue en silencio y con una fuerte tensión alrededor de los dos.

Me sentía totalmente agotada y quizás fue por ello que no dije nada más, pero justo cuando él encendió el auto y se dispuso a volver al camino, por primera vez desde que lo conocí, comenzó y terminó una conversación, diciendo:

—“No es difícil para ti” —su voz templada y distante rodeó el espacio—. Con eso me refería a que, como todo parece creer que puede hacerlo, separar las piernas para que le ayudara no tenía que ser una gran tarea, ya que ha dejado bastante claro que su intención es escapar de aquí. Así que no, no he supuesto, insinuado o creído que seas una mujer de compañía. Por ende, no pongas palabras en mi boca, es de mal gusto y se lo permito a nadie. Cuando quiera decir algo, seré directo y punto.

Lo miré y pese a que él continuó viendo siempre hacia la carretera, no pasé por alto la sorpresa al darme cuenta de qué, a su manera odiosa y hosca, él acababa no solo de darme una explicación a lo que yo creí que fue un insulto, sino que:

Kaydan Von Sclaén tuvo piedad por mí. Lo hizo cuando me distrajo para poder cortarme y así disipar un poco de mi miedo.

Y él era un monstruo insensible la mayor parte del tiempo, el cual creía prácticamente incapaz de sentir piedad o empatía con alguien, pero quizás ya no me despreciaba tanto o eso quería pensar y pese a que a mí no solían agradarme tampoco muchas personas, él podría hacerlo.

Si era más amable, más suave conmigo, quizás podría agradarme, pero, la verdadera pregunta era: ¿Yo podría llegar a agradarle realmente a él?

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 1.

1.

Genneva.

Miré a Julieth mientras coloreaba de rosa los grandes dinosaurios de su cartilla, tratando de ser pulcra y lo más ordenada posible, porque en su pequeña cabeza no existía la posibilidad de que le quedara algo mal.

Era demasiado perfeccionista para ser real y quizás eso tenía que ver con el hecho de que su madre la presionaba para ser perfecta todo el tiempo.

—¿Qué te parece, Genn? —me preguntó con su dulce voz, mientras me mostraba el dibujo—. ¿Te gustan mis dinosaurios?

—Está bien —le dije con voz tranquila, mientras asentía hacia su trabajo—. Más que perfecto, Juls.

La pequeña de cinco años me regaló una sonrisa brillante y mi corazón se calentó ante aquello, porque ella era la única que lograba ese efecto en mí.

Era la única capaz de hacer que todo alrededor de mí se descongelara y que incluso una sonrisa naciera en dónde nunca había existido.

Además, Julieth tenía una personalidad perspicaz demasiado avanzada para su edad, que la mayor parte del tiempo, luego de escucharla hablar, me llevaba de regreso a un pasado que había estado olvidando, pero ahí seguía.

Ella me recordaba a una de mis hermanas.

—*No pienses en eso, no pienses en eso* —me ordenó mi mente, sabiendo que ese era un tema del cual jamás me permitía ondear, no tenía sentido volver al pasado.

No tenía sentido que pensara en mis hermanas después de nueve años. Me obligaba a no hacerlo porque ellas no tenían que estar presentes en un lugar tan aberrante como mi mente.

Ellas no se merecían estar en un mismo lugar que yo. No sabía de ellas, no sabía ahora quienes eran, pero, pensarlas no era una opción.

Ya no.

Pero, cada que hablaba con Julieth, que era todos los días, no podía evitar que mis labios se curvaran con una suave sonrisa, porque ella era un reflejo de una hermana que alguna vez conocí, que alguna vez tuve.

Además, había estado con Juls desde que nació. Ella no tenía un solo recuerdo de su vida en donde no estuviera yo y, desde que nació, ella se había vuelto parte de mi vida.

—Mamá dice que pintar es tonto y que debo hacer otras cosas —de repente, la pequeña se puso de pie y suspiró como si estuviera agotada. Una niña de cinco años agotada—. Dice que debo aprovechar el tiempo porque... Ya voy a morir.

Sintiendo como un vacío envolvía mi pecho, me acerqué rápidamente a ella y me incliné para quedar a su altura, mientras trataba de ignorar el pánico en mí.

—Oye, no digas eso —la regañé con voz firme—. Todo estará bien. Lo estás haciendo muy bien.

—Mentir está mal, Genn.

—No estoy mintiendo.

—Lo estás haciendo —se rió y llevó sus manos a mis mejillas en modo de caricia—. Ginni mentirosa.

Ella solía decirme “Ginni” cuando quería ser más dulce. Cuando quería ganar algo de mí y pese al entumecimiento que me rodeaba, siempre me hacía casi sonreír.

—Vamos, todo estará bien, pequeña —le susurré y llevé mis manos a las suyas—. Hay que tener fe.

Sonrió y calló. Lo hizo como si ella, teniendo cinco años, no deseara llevarme la contraria a mí. Una mujer de veintisiete.

Julieth estaba enferma.

Le habían detectado cáncer hacía dos años. Ella tenía un neuroblastoma en el estómago, pero ya se había confirmado que parte del tumor se había extendido hacia su tórax y no había mucho que hacer.

La pequeña ya había tenido más de tres cirugías para extirpar los tumores, pero había sido totalmente en vano porque estos habían vuelto a salir e incluso se habían vuelto más agresivos.

La radioterapia se estaba utilizando para matar las células cancerígenas, pero tampoco había servido de mucho, aparte de tumbar todo su lindo cabello rojo y dejarla tan delgada y pálida que a veces era doloroso verla.

Se había hecho todo por ella, por la pequeña de ojos marrones más cálidos del mundo, pero ya todo estaba escrito -al menos eso era lo que sabía yo-. Ella se encontraba en fase terminal y ahora lo único que se estaba haciendo era aliviar sus síntomas y tratar de proporcionarle cuidados paliativos.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—*No pienses en eso, no lo hagas, basta* —de nuevo, mi mente me regañó porque era consciente de que estábamos en un terreno inestable.

Ella no iba a morir. Julieth estaría bien y pese a que todo era demasiado denso a mi alrededor, sabía que ella se mantendría a salvo, no había otra manera.

Julieth y Barío, mi gato negro anciano y sin un ojo, eran lo único que tenía en aquella vida y no podía perderlos.

Ya había perdido demasiado o más bien, nunca había tenido algo y aferrarme a ellos dos lo era todo.

—Mamá dice que debo ir hablando con Dios para que me reciba en su reino —me explicó de repente la pequeña—. Por eso, no debes tener miedo de que me vaya, Genn. Estaré bien y te cuidaré.

No dije nada, ¿cómo podía yo pelear y discutir contra una niña de cinco años que ya había aceptado su destino?

—Además, papá lo prometió —ella sonrió y susurró como si fuese un secreto—. Papá me dijo que cuando yo fuese al cielo, tú por fin podrías irte de aquí y ya no serías mi niñera y una princesa atada.

Sus palabras se clavaron en mi pecho y tuve que obligarme a asentir, pese a que todo en mí se congeló de nuevo al escucharla hablar de su padre.

Darwyn Duleck Von Sclaén.

Uno de los hombres más ricos de Estados Unidos y... Mi captor.

—Estarás bien, Julieth —repetí y me erguí—. Mañana tienes otra ida al hospital, ¿verdad?

Ella asintió y justo cuando estaba por decir algo mal, la puerta de mi habitación se abrió y apareció una de las tantas empleadas de la hacienda, con rostro serio y dijo:

—Señorita Julieth, su madre la busca, debemos ir abajo.

De manera rápida, vi cómo la pequeña recogía todas sus pertenencias y yo me mantuve estática en medio de la habitación sin decir nada, mientras la empleada -una de las nuevas-, evitaba verme directamente.

Yo era una paria en aquel lugar. Aparte de Julieth y mi gato, no le agradaba a nadie más, porque sabía a ciencia cierta que lo que Darwin sentía por mí era más que agrado.

Él estaba obsesionado conmigo.

—Ya debo irme, Ginni —la pequeña abrazó mis caderas rápidamente o eso intentó, antes de sonreírme—. Te quiero mucho, adiós. Vendré mañana a hacerte compañía.

No respondí nada cuando la puerta de mi gran habitación se cerró y yo tuve que morderme la lengua, para no decirle a la pequeña que ella no debía decirme cosas como que me quería o algo así.

Su madre, Dakota, la esposa de Darwin, ya me había advertido varias veces que me quería totalmente lejos de la pequeña o pagaría las consecuencias. Sin embargo, eso era algo realmente hipócrita, teniendo en cuenta de que quien mantenía más al tanto de la pequeña era yo y no ella.

—Ahora solo somos tú y yo, Barío —le dije al anciano gato, el cual me miró desde mi pulcra cama blanca con molestia—. Lo sé, soy una aburrida. Es lo que hay.

Mi vida era... Solo eso.

Despertar, desayunar, ducharme, estar siempre perfecta y presentable, estar un rato con Julieth cuando ella venía a buscarme, cuidar a mi gato anciano, ver las flores y árboles que rodeaban toda la hacienda y... Eso, solo eso.

Al menos hasta que él venía a buscarme y ese día no sería la excepción, ya que veinte minutos después de que Julieth se fue, otra empleada vino.

—El señor Darwin quiere que sepa que vendrá a verla en quince minutos —me informó y vi el desagrado en su rostro—. Quiere que esté... Perfecta.

Después de esas palabras, ella simplemente se giró y se marchó y yo sentí las náuseas rodearme, pero no dije nada.

Nunca decía mucho.

Llevaba siete años con Darwin, él me había comprado en las Vegas, después de verme en un casino trabajando a la edad de veinte años.

En ese entonces, él tenía treinta y cuatro años y había acabado de heredar la franquicia millonaria de sus padres y no sabía qué hacer con tanto dinero y por ello, pensó que la mejor

opción sería obsesionarse con una joven italiana, comprarla y llevarla con él al otro lado del país.

Él ya había estado casado con Dakota, su esposa trofeo, antes de obsesionarse conmigo y llevarme a su casa. A él no le importó meter a una amante en el mismo techo en donde vivía con su esposa y, por parte de ella, con tal de tener dinero, lujos y joyas, tampoco le importó decirle algo a su esposo.

Dakota jamás le dijo una sola palabra a Darwin por tenerme viviendo en el mismo techo que ella, pero, por otra parte, se encargó de hacerme la vida miserable año tras año.

Lo hizo cada vez que pudo, porque normalmente la gente confundía mi silencio con sumisión, pero no era sumisa. No lo era. Tampoco es como si fuese un alma rebelde, yo...

Yo solo era yo.

Callada, distante y dejando que todo sucediera.

Mentiría si dijera que Darwin alguna vez me trató mal o me golpeó. Nunca lo hizo. Él tenía otras maneras para manipular de forma más “elegante”, pero, así como me obligó a mantenerme cautiva, también se encargó de hacerme una jaula de oro a mi alrededor, porque las joyas, los vestidos y las cosas hermosas nunca me faltaron.

Pero aquello no era por mí, era por él y su manía con verme siempre bien, perfecta.

Justo como en ese momento.

Recogí mi cabello en un moño porque a él le gustaba verlo así. El vestido rosa que llevaba puesto era delicado y sutil, y pese a mi figura delgada, se ajustaba en las suaves curvas que rodeaban mi cuerpo.

Tomé a Barío de la cama, el cual me siseó molesto y lo encerré en el baño con su cama y comida. Ya que Darwin odiaba entrar y verlo encima de mi cama.

Hice todo aquello con la monotonía que me rodeaba siempre y, una vez me puse todos los perfumes que también sabía que le encantaban a él, me senté en la silla que estaba al lado de mi ventana y solo esperé.

Lo hice con la paciencia y frialdad de alguien que espera lo único que tiene seguro, porque después de ahí, no hay nada más.

Darwin llegó quince minutos después y cuando entró a través de la puerta, lo hizo sonriendo como siempre.

Lo hizo como si fuese un esposo enamorado, llegando a ver por primera vez a su esposa después de una larga jornada de trabajo. La única diferencia era que yo no era su esposa y él no estaba enamorado de mí.

—Aquí está mi rubia favorita —dijo y se acercó directamente a mí—. Tan hermosa como siempre.

Estiró una mano y, de manera monótona, le entregué la mía para que me ayudara a ponerme de pie y después llevara aquella misma a su boca.

Sus ojos oscuros se pasearon por todo mi cuerpo, admirando como siempre mi belleza, mientras yo solo lo observaba en silencio.

—Estás preciosa como siempre, muñeca —añadió—. Eres mi premio a final de jornada.

No respondí, solo miré su agraciado rostro y esperé a que siguiera hablando.

A él le gustaba hablar más de lo normal.

—Te traje un regalo —dijo de repente—Aunque, siendo sincero, es más bien para mí que para ti.

Aguardé en silencio, mientras él sacaba algo de la chaqueta de su costoso traje azul. Me tomé unos segundos para admirarlo y pese a que él estaba a nada de sus cuarenta y dos años, seguía viéndose tan bien como cuando era más joven.

De hecho, sin importar que su cabello negro ahora estaba salpicado en canas, seguía guardando su atractivo y... Era una lástima que su exterior no fuese igual de feo que su interior.

—Gírate, voy a ponértela.

Obedecí, justo cuando él pasó una mano alrededor de mi garganta y un segundo después, sentí como algo pesado cayó sobre mi pecho, mientras él ataba lo que deduje que era un collar a mi nuca.

Me giré de nuevo para verlo y sus ojos oscuros bajaron a mi garganta, mientras sonreía de manera radiante.

—Perfecta —me atrajo hacia él y me besó con intención—. Esto es lo que te faltaba.

Caminé hacia el espejo de mi tocador para ver qué era eso que me había puesto y cuando lo vi, no me sorprendí.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

No lo hice.

Darwin siempre había estado obsesionado con la idea de marcarme con su nombre, de hecho, muchas veces solía decir que, si no odiara la idea de tatuarme y dañar lo suave y pulcra que era mi piel, hacía mucho tiempo su nombre ya estaría en cada milímetro mío.

Pero como no quería “arruinarme”, su mejor opción era ponerme un gran collar de oro y diamantes en dónde se leía su nombre.

—Quiero que todo el mundo sepa siempre que eres mía, Genneva —se hizo detrás de mí y me rodeó con sus brazos—. Solo mía.

Sus labios fueron a mi hombro y después subieron hacia mi cuello. Pese a los años y de que esto ya era normal para mí, algo dentro de mí se encogió ante las caricias, pero por fuera me mantuve tan imperturbable y serena como siempre.

—¿Qué te parece el collar?

—Está bien.

Se rió.

—Vamos, muñeca, dame algo más —se aprisionó contra mi espalda—. Necesito escucharte hablar.

—Está muy lindo el collar, Darwin. Gracias.

Chasqueó la lengua.

—A veces quiero molestarme contigo porque casi no hablas conmigo —se quejó y me giró en sus brazos para vernos de frente—. Pero después recuerdo lo perfecta y buena que eres para mí y se me pasa.

Lo miré.

—Te necesito más que a nadie —sus manos fueron a mi cintura—. Eres mi droga.

Su boca cayó sobre la mía y casi por inercia le correspondí el beso. Era algo ya monótono, algo de muchos años.

Su aroma me rodeó y sus manos fueron más firmes y bruscas, mientras me presionaba a ir más allá, como siempre y...

—¿Me amas? ¿Me amas, Genneva? —preguntó de repente—. Porque yo te amo.

Hubo silencio.

—Dime que me amas, muñeca.

No respondí, no podía decirlo porque sin importar todos los años que habían transcurrido, no existía una sola posibilidad de que yo lo amara.

Pero no era necesariamente porque él fuese un monstruo -porque lo era-, sino más bien porque yo no podía amar a nadie.

—¿Ves? Siempre arruinas todo —sin más, él se alejó de mí con rostro serio—. ¿Qué tengo que hacer para que pase, Genneva?

—No tienes que hacer nada, Darwin —lo calmé con paciencia.

—Necesitas amarme —respondió—. Es lo mínimo que merezco por todo lo que he hecho por ti. ¿No es suficiente?

—No dije eso.

—¿Recuerdas del lugar de donde te saque? ¿Recuerdas como tu padre te vendió y todo eso? —no reaccioné ante sus palabras, pero las sentí como puñaladas a mi piel—. Deberías saberlo, Genneva. Nadie te aprecia como yo, porque, tú no tienes a absolutamente nadie.

Este era el real él.

Este era Darwin cuando estaba molesto y cuando no obtenía lo que quería.

—Tus hermanas han estado casadas por mucho tiempo con hombres sumamente poderosos, adinerados y jamás han querido buscarte o venir por ti, ¿sabes por qué? —me miró con odio.

Sí, él podía pasar de adorarme a odiarme en cuestión de segundos.

—Porque el único que realmente piensa en ti soy yo. Nadie más. Solo yo te veo, yo te hablo y yo te amo, Genneva. ¿Cuándo vas a verlo?

Suspiró y negó.

—No digas nada, mejor dejemos todo así. Sobre mañana, tenía la intención de llevarte conmigo y Julieth a su cita de control, pero ya no.

Eso me llenó de energía.

—Quiero ir —dije rápidamente—. Déjame hacerlo.

—¿Eso sí te hace hablar, no? —enarcó una ceja—. Julieth sí te importa.

Darwin estaba tan mal de la cabeza, que incluso era capaz de celarme con su propia hija.

—Déjame ir —pedí con voz tranquila—. Ella se sentirá más segura y...

—No y, de hecho, no verás a Julieth hasta que seas consciente de lo mal que me has tratado. Al parecer, te gusta que todo sea de aquella manera.

No dije nada mientras él se giraba para irse y dejarme ahí.

Esta era su manera de manipularme. Yo había estado para Julieth desde el momento que nació e incluso su propia madre la dejó de lado. Estuve ahí cuando Dakota y él se iban y la pobre bebé se quedaba llorando por horas por los cólicos y el sueño. Estuve ahí cuando enfermó y... Ahora, cuando decían que se venía al final, yo necesitaba estar ahí más que nunca.

Lo necesitaba.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—Darwin...

—Mañana no tienes permitido salir de tu habitación.

Lo miré fijamente.

—¿Vas a encerrarme de nuevo aquí?

Normalmente, se me permitía salir de la habitación a dar una vuelta por los jardines cuando Dakota y su madre no estaban cerca.

—Viene visita —fue su única respuesta—. Viene el hijo de puta de mi primo y teniendo en cuenta la clase de mujer que fuiste antes, no me voy a arriesgar a que le coquetees. Por ello, no sales mientras Kaydan esté aquí.

Tras esas palabras y una única mirada. Cerró la puerta frente a mí y como parte de su castigo por no amarlo, lo escuché poner la cerradura y de nuevo: Estuve en mi prisión con rejas doradas.

Capítulo 2.

2.

Genneva.

Darwyn cumplió la promesa de sus palabras dictadoras y, oficialmente, me dejó encerrada en la habitación por tres días.

Tres largos días en dónde la única cercanía que obtuve fue cuando fueron a llevarme mis comidas, después de ahí.

Nada. Silencio absoluto.

No me amargué o me deprimí por el hecho de estar encerrada. Aquello había sucedido tantas veces, a lo largo de tantos años, que sabía que solo era él haciendo una de sus tantas escenas de siempre, solo porque yo decidía no corresponderle y no lo haría nunca.

Darwyn me había quitado tantas cosas, que por más mínimas y frías que fuesen mis palabras, jamás iba a permitir que una de estas le perteneciera. Podía matarme de hambre, frío, encierro, soledad y miles de cosas más, pero de mi boca jamás saldría un “te amo”.

No solo porque no lo sentía, sino porque jamás le daría el gusto de tener algo más de mí.

Sin embargo, ante aquel encierro, no pasé aquellos tres días tan inadvertidos, puesto que parte del castigo fue no saber nada de Julieth y eso sí que me afectó.

Ella estaba delicada, cada día era un logro para la pequeña y pasar tres días sin saber de ella, podía significar muchas cosas y ni siquiera deseaba pensarlo.

Estuve a punto de preguntarle a alguna de las tantas sirvientas, por el paradero y estado de salud de la pequeña, pero sabía que no habría obtenido respuesta y, por eso mismo, me tragué la duda y la sensación extraña en mi pecho.

Sabía que no podía esperar realmente nada de Darwyn, no podía. Pero una parte muy profunda de mí estaba segura de que, pese a toda la maldad dentro de su persona, él no sería tan malvado como para ocultarme algo de Julieth.

Quería pensar que no.

Cómo cada día, me arreglé desde temprano y después de alimentar a Barío, el cual me siseó molesto por bajarlo de mi cama y finalizar sus largas horas de sueños. Me terminé de vestir con un lindo vestido violeta que tenía pliegues vaporosos hasta por encima de mis rodillas.

Siempre había sido delgada y solía utilizar lo menudo de mi silueta para ponerme vestidos delicados que me hicieran ver más suave y femenina. Aproveché de que Darwyn tampoco estaba viniendo a verme y dejé mi largo y ondulado cabello suelto, mientras las hondas de un rubio casi cenizo, resplandecían bajo los rayos del sol que entraban por uno los ventanales de la habitación.

Me gustaban los vestidos bonitos. Los zapatos bonitos. Las joyas bonitas, las flores bonitas, todo lo bonito.

Era un gusto que había tenido desde pequeña. Siempre decía que era otra persona, puesto a que no quedaba ni un solo reflejo o matiz de aquella niña y adolescente que existió en Italia; sin embargo, me seguían gustando casi las mismas cosas.

Mi sueño fue ser bailarina de ballet.

Estaba segura de que fue el primer pensamiento decisivo que tuve en mi cabeza, mientras fui creciendo y, de cierta manera, realmente creí que ese sueño se cumpliría. Pero solo bastaron unos cuantos años para que Becob Blinder, mi padre, apagara ese sueño y todos los demás.

Creo que soñé hasta los doce años con un mundo de vestidos, bailarinas y una oportunidad de ser feliz viajando. Después de ahí, a los trece, realmente entendí que en el mundo solo existían dos posibilidades, para dos tipos de personas: Las que sueñan y cumplen sus sueños. Y las que son como yo, que sueñan, les apagan los sueños y después conocen algo que se llama pesadilla.

Pero, eso ya no me importaba y tampoco me afectaba. Había transcurrido demasiado tiempo desde aquello y ya había aceptado la realidad y también aprendí a no soñar.

Solo a sobrevivir.

A veces, cuando estaba sola, me preguntaba cómo había logrado ser tan insensible en tantas cosas. ¿Cómo era posible que nada realmente me afectara y me doliera?

La que fue alguna vez mi madre, Bella Blinder, siempre había dicho que nací de aquella manera. La escuché decir muchas veces que mi corazón era de hielo y que nunca me quiso lo suficiente, porque a mí de alguna u otra manera no me importaba ser querida.

Ahora no me importaba ser querida.

Pero en ese entonces, cuando era una niña, sí lo deseé. Nunca fui de palabras, pero deseaba que mi madre estuviera ahí, que me amara, que me ayudara. No sucedió y no había problema, no la juzgaba, pero sí lo hubiese querido...

—No pienses más, Genneva —me dije como siempre, en modo de advertencia—. No hace falta.

Así como no deseaba que mis hermanas estuvieran en algo tan sucio y frío como lo era mi mente. Tampoco deseaba traer ahí a Becob y a Bella Blinder.

No tenía sentido. Ya hacía mucho tiempo que los había perdonado. No sumaban o restaban en mi vida y con toda la realidad del mundo, solo deseaba que estuvieran bien y que hubiesen cambiado.

Esperaba que yo hubiese sido el conejillo de indias suficiente para que ellos supieran cómo actuar como unos verdaderos padres y, después de ahí, les hubieran dado una buena vida a mis hermanas.

Ellas se lo merecían.

Regañándome de nuevo, simplemente alejé el tema de mi mente y me dispuse a organizar la gran habitación por segunda vez.

Me gustaba todo ordenado y muy limpio.

Después de eso, traté de organizar la repisa en donde tenía mis pequeños rompecabezas con figuras de flores -sí, me gustaban mucho las flores- y como no podía tenerlas adentro por política de Dakota, pues, tenía figuras que daban alusión a ellas.

Después de hacer aquello y que todo quedara totalmente impecable.

Nada.

No tenía nada más que hacer y, por ello, suspiré y caminé hacia el ventanal que daba hacia el gran patio trasero de la hacienda y, una vez ahí parada, como siempre, disfruté de la vista de los jardines.

Sin embargo, en aquella ocasión fue diferente, el patio trasero, repleto de vida y muchos colores, no estaba solo como siempre, había una persona.

Un hombre.

Era alto, estaba segura de que perfectamente podría medir unos dos metros y pese a que desde la distancia, era bastante claro que no era fornido, su cuerpo, el cual estaba forrado con un buzo negro de mangas largas y cuello tortuga y unos pantalones de tela elegantes del mismo color. Él se veía atlético y bastante firme. Incluso su espalda ancha, se veía trabajada y fruncí el ceño, mientras lo determinaba con más atención.

No solía ver muchas personas nuevas en los alrededores, aparte de los amigos de Darwyn que conocía desde hacía años y eran igual de nauseabundos a él.

Pero, a este hombre no lo había visto nunca. Menos cuando se giró y su cabello rubio miel captó toda la atención del sol y yo fruncí el ceño, tratando de descifrar quién era.

Estaba tan ensañada en aquello -no me llamaba la atención por nada en especial-, solo quería saber quién era y que hacía ahí y en medio de mis preguntas, de repente, como si el hombre fuese consciente de que lo estaba observando fijamente sin darle tregua alguna, mantuvo el teléfono en su oreja -mientras respondía una llamada- y elevó su cabeza hacia el último piso en dónde estaba yo, observándolo.

Me quedé estática y no huí de la ventana. Tampoco escondí el hecho de haberlo estado espiando de una manera grosera. No me importaba ser educada.

Lo que, si me importó en ese instante e incluso hizo erizar mi piel, fue la manera como me miró desde ahí abajo.

Él me miró como si acabara de encontrar algo que hubiese estado buscando y yo... Yo ni siquiera lo conocía.

Lo vi decir algo más por su teléfono, antes de simplemente colgar la llamada y mantener sus ojos en mí. Desde la distancia, no pude detectar realmente de qué color era su mirada, pero estuve casi segura de que ambos ojos tenían dos tonalidades totalmente distintas y no pude evitar preguntarme cómo era aquello posible.

Yo estaba estática.

Solo pude observarlo y tras una breve pausa, él simplemente alejó ahora sí, sus ojos de los míos y se fue como si nada.

Lo hizo y no pude evitar preguntarme: ¿Quién era? ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué me miró de aquella manera? ¿De dónde venía?

Eran demasiado preguntas para ser gestionadas y analizadas por mí, pero lo único que realmente me dejó pensando fue...

¿Por qué me importaba quién era? ¿Qué sentido tenía?

—Ninguno —me dije con vehemencia, mientras me alejaba de los ventanales—. Nada en este lugar tiene sentido.

No estaba seguro de aquello, pero me lo aseguré una y otra vez y sin saber, quizás más tarde, iba a cambiar de parecer y por ahora, solo esperaré.

Lo hice y cuando fueron las seis de la tarde, una fuerte lluvia se soltó en el norte de Portland, Oregón. De por sí, estar al norte de la ciudad y prácticamente a las afueras, totalmente rodeados de naturaleza y haciendas, hacía que el cielo fuese más denso debido a toda la naturaleza y las lluvias alrededor, al menos en enero, eran más bestiales que en otros meses.

Por eso, no me sorprendí cuando los rayos comenzaron a caer con fuerza y los árboles parecían estar a segundos de ser arrancados de la tierra con raíces y todo.

Me gustaban las tormentas.

Me gustaba lo fuerte, brutales y ruidosas que eran. Me gustaban porque, en medio de toda la calma que era yo, a veces, cuando veía el cielo abrirse en dos y soltar su tempestad con ira y violencia, no podía evitar preguntarme si dentro de mí podía existir algún grado de ese desastre dispuesto a pelear.

No iba a hacerlo, claro estaba. Pero la pregunta era interesante.

Pero, así como yo disfrutaba de las tormentas, había otras personas que no, como por ejemplo Julieth, la cual lloraba y se rompía cuando aquello sucedía. Por eso mismo, no me sorprendí cuando la puerta de mi habitación se abrió y una de las empleadas apareció viéndose amargada.

—Tienes que ir abajo —fue lo primero que me dijo—. Julieth está llorando, la tormenta la tiene nerviosa.

La miré de manera fría, mientras respondía:

—Darwyn no quiere que salga de aquí.

—El señor Duleck acaba de dar permiso para que baje y éste con la señorita —reiteró—. La señora Dakota no se encuentra.

Claro estaba, era sábado en la tarde, tenía que estar en algún lugar bebiendo martini y riéndose con sus amigas, mientras apostaba grandes fajos de dinero en sus juegos de ruleta.

No dije nada más, aceptando la orden -porque nunca podría decirle que no a Julieth-, acepté y salí de mi habitación para bajar las escaleras hasta el segundo piso, que era donde dormida la pequeña.

La hacienda de Darwyn era el lugar más lujoso que había visto alguna vez en mi vida. Los lujos rayaban incluso la excentricidad, ya que por dónde se mirara, había mármol, paredes blancas con enchapes de oro y cuadros que incluso eran tan valiosos como pueblos marginados en el mundo.

Todo era demasiado costoso para ser real y no creaba nada en mí. El dinero nunca significó nada para mí y eso que yo había vivido los dos extremos.

La pobreza casi absoluta y el bienestar financiero en su máximo esplendor.

—La señora Dakota no debe saber que estuvo aquí con la niña —me avisó la empleada—. Es orden del señor.

No respondí, solo llegué a la puerta de la habitación de la pequeña y sin llamar, la abrí y tras una pausa, mi alma -lo que quedaba de esta-, se me vino a los pies.

La pequeña de cinco años estaba llorando en la cama, mientras a su delgado y frágil cuerpo abrazaba un peluche rosa que sabía que le había dado su padre.

En aquella ocasión, no llevaba la peluca roja que le compró su madre y por eso pude ver su cabeza totalmente afeitada y sin un solo cabello -no había imagen o rastro de lo que alguna vez fue su largo y hermoso cabello rojo-. Llevaba puesta un pijama rosa que le quedaba un poco grande y, al lado de ella, sentada en una silla, estaba su enfermera, la cual se veía exhausta.

Entré ahí, sintiendo algo. Sintiendo desconsuelo, mientras caminaba hacia la cama y trataba de regular el ardor en mi pecho, *Consolarla a ella me trajo recuerdos de Italia...*

—¿Juls? —llamé a la pequeña, la cual dejó de llorar inmediatamente y se sentó con velocidad al escuchar mi voz—. ¿Qué pasa...?

Hizo una mueca de dolor por su movimiento brusco, pero no le importó.

—Genn, viniste.

Su bonito rostro se arrugó con un puchero, mientras secaba sus lágrimas y se paraba en la cama para venir rápidamente hacia mí.

Sin pensarlo, tomé su cuerpo contra el mío y la abracé con fuerza, acariciando su cabeza y tratando de calmar su llanto, el cual me destruyó.

Le pedí a la enfermera que nos dejara solas y obedeció, mientras yo caminaba con la pequeña hacia el otro lado de la cama, y tras sentarme en la orilla, hice que ella se sentara en mis piernas y la obligué a verme.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—¿Qué está mal? —le pregunté—. ¿Te duele algo?

Sabía que muchas cosas estaban mal, entre aquellas, ver que sus manos estaban llenas de morados y su rostro se veía delgado y pálido, me jodió.

—¿Dónde estabas, Ginni? —preguntó—. Te extrañé mucho y... Pensé que estabas molesta conmigo.

—Estaba enferma —mentí—. Por eso no había podido verte.

—Papá dijo que no querías verme —sollozó.

No me sorprendió que Darwyn dijera tal cosa, después de todo, era un asqueroso que, con tal de castigarme, era capaz de hacerle daño a su hija que estaba enferma.

—¿Tú crees eso? —le pregunté con voz tranquila, mientras secaba sus lágrimas—. ¿Crees que yo diría eso, Juls?

Negó.

—No, me amas, como yo te amo a ti —susurró y me abrazó—. Te amo mucho, Ginni.

No me sentía merecedora de tal cuestión, porque, así como no sabía amar, tampoco sabía cómo recibir el amor y, sin embargo, la estreché más fuerte contra mis brazos y cerrando los ojos, dije: —Gracias, Julieth. Gracias, cariño.

—¿Recuerdas cuando era una niña? —me preguntó.

—Aún eres una niña.

Se rió.

—Más niña, cuando era una bebé. Ahí, así de pequeña, te amaba mucho.

Me estremecí. Ella iba a matarme realmente. Lo supe desde la primera vez que la tuve en mis brazos y aquello fue cuando tenía dos meses de nacida y Dakota se fue y la dejó por dos días y Darwyn me pidió que me hiciera cargo.

La cuidé y sin importar qué tan distante fuese yo, ahí supe que le había dado un trozo de mí.

—Necesitas ir a la cama, Juls.

Estaba haciendo mucho frío y ella se veía muy indispuesta, por eso, la convencí de volver a la cama y acostándome a su lado, la tapé con una de sus cobijas de osos y acaricié con mi mano su cabeza.

—Los doctores hoy fueron malos conmigo —dijo de repente—. Me hicieron llorar, pusieron muchas agujas en mí.

—Lo siento.

—Mamá dijo que era para sentirme mejor, pero no me siento mejor.

No respondí, pero el nudo en mi garganta creció.

—¿Para la próxima puedes ir conmigo? —sus ojos se llenaron de emoción—. Si vienes conmigo al doctor, no tendré miedo. Contigo, no me da miedo.

Enarqué una ceja.

—¿No te hago tener miedo?

—Claro que no —casi sonreí ante lo segura que sonó—. Confío en ti. Eres como una princesa y tienes magia.

Esas palabras fueron otro golpe directo para mí.

—Yo... —Aclaré mi garganta—. Lo haré, te prometo que iré a la próxima contigo.

—¿Lo juras?

—Sí.

Sonrió.

Ella realmente me sonrió, porque mis palabras fueron más que suficientes para hacerla feliz.

—Está bien, iremos juntas.

—Lo haremos, sí.

Sabía que ella había estado llorando por lo fuerte que era la lluvia y por eso mismo, traté de distraerla, mientras la acariciaba y trataba de que se quedara finalmente dormida, porque estaba exhausta y tenía que descansar.

No pasé por alto que estaba ardiendo en fiebre y con cada respiración, parecía que su pecho le costaba procesar la siguiente.

Ella comenzó a quedarse dormida y sintiendo una opresión en el pecho, quizás pánico de verla cerrar los ojos, le dije:

—Julieth.

—¿Sí, Ginni?

—Vas a estar muy bien. Ya verás.

Abrió sus ojitos y sonrió, pero no respondió. Fue como si ella no deseara darme un golpe de realidad y corregirme por la mentira que yo acababa de decir.

Sin embargo, unos minutos después, volvió a hablar.

—Hoy pude pedir un deseo en la clínica. El doctor dijo que, por ser buena, me merecía pedir un deseo en la fuente.

—¿Y qué pediste? ¿Mejorarte pronto?

—No quería eso.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—¿Entonces qué pediste?

—Pedí que fueras mi mami —susurró—. Quiero que seas mi mami, Ginni.

**

Salí afectada de la habitación de Julieth una hora después, justo cuando ella se quedó dormida.

Sus palabras se quedaron en mi mente por tanto tiempo, que sentí la necesidad de hablar o, más bien, gritar, pero me repetí que no podía hacerlo y me enfrié.

Me contuve a mí misma.

Ella quería que yo fuese su mamá. Ella me quería a mí. Me necesitaba a mí y... ¿Qué podía darle yo?

Ese pensamiento me tenía agobiada, aún más cuando la enfermera volvió a la habitación de la pequeña y tras regalarle una mirada acongojada, dijo:

—El doctor no le dio más de dos semanas —sus ojos se habían llenado de lágrimas—. Sé que necesita descansar, pero, es tan niña y...

Huí de ahí antes de que ella terminara de hablar, porque no estaba dispuesta a escuchar aquello. Julieth se iba a poner bien.

Ella estaría bien.

Me repetí aquello una y otra vez, pero la sensación de sofocación jamás me abandonó y por eso mismo, sin importar que no tuviese permiso para salir a los jardines y menos en medio de una tormenta, bajé rápidamente las escaleras hacia el primer piso y moviéndome por la casa, me dirigí hacia la puerta trasera del lugar y la abrí deseando escapar de la realidad, pero no llegué tan lejos, ya que en medio de mi arrebato y desespero, sin más, me choqué de frente con algo alto y duro que justo tenía la intención de entrar a la casa, mientras yo salía y...

Jadeé con fuerza, hasta que procesé que había chocado contra una persona.

—Lo siento —dije de manera mecánica, sorprendida por encontrarme a alguien.

Levanté la mirada para ver quién era y tras comprobarlo, me quedé estática, tras ver que era el mismo hombre que horas atrás había observado por la ventana.

Era él.

De frente, era mucho más intimidante y demasiado alto para mí. Aun así, en medio de mi sorpresa, pude ver que no estaba tan equivocada cuando supuse que sus ojos eran de dos tonos, ya que al tenerlo tan cerca, pude constatar que...

Su mirada era una mezcla de verde y azul.

Verde frío y azul helado.

El centro de sus ojos era de un verde oscuro, pero alrededor del verde, había un halo casi desvanecido de un azul tan claro, que podría pasar por celeste.

Estaba segura de que nunca en la vida había visto unos ojos con aquella combinación y, por ende, estaba bastante sorprendida y...

—Tenga cuidado —habló con desinterés y continué mirándole fijamente, mientras procesaba el hecho de que su inglés era bastante acentuado.

Su mirada detalló mi rostro y retrocedí un paso, sintiendo que estábamos demasiado cerca y que su aroma llegó hasta mí.

—No lo vi —dije—. Iba de prisa...

—Evidentemente.

—Lo lamento.

—Ya dijo eso, sí.

Ah, bueno, otro desagradable más para la lista.

No me sorprendía, nadie que se rodeara de Darwyn podía ser una buena persona, pero este hombre, con solo sentir su gelidez y escucharle decir unas cuantas palabras, sabía que encabezaba la lista de los más infelices del lugar y no me hubiese importado seguir de largo e ignorarlo, hasta que escuché una voz a mis espaldas.

—Ah, Kaydan, aquí estás —Darwyn llegó y pese a que su voz sonaba divertida, lo conocía lo suficiente para detectar cierta tensión y... Celos—. Y veo que acabas de conocer a mi puta favorita... ¿Qué te parece, primo? ¿Ya le diste el visto bueno?

No me inmuté, pero supe lo que se venía...

Capítulo 3.

3.

Kaydan.

Plata.

La mirada de ella era plata pura, fría y densa. Una clase de gris tan duro y homogéneo, que, si no fuese porque el resto de ella era bien parecido, podría llegar a pensar que su mirada sin emociones era molesta y... Poco atractiva.

Los ojos azules, verdes, miel e incluso los marrones, podrían ser de cierta manera atractivos, pero la clase de mirada gris de ella no.

Verla a los ojos era como ver a la nada y me irritó, porque de alguna u otra manera, era como si estuviera viendo mis propios ojos en un espejo.

Distantes y desprovistos de vida.

Sin embargo, no iba a negar lo indiscutible. En persona era mil veces más agradable al ojo que en fotos.

Realmente lo era.

La primera palabra que se vino a mi cabeza luego de verla de frente y muy de cerca, fue que parecía una duendecilla debido a lo pequeña y frágil que se veía. Pero de manera inmediata, aquella palabra cambio por “hada”.

Al igual que sus ojos, su belleza era fría e irreal. Nunca había conocido una mujer que fuese tan perfecta y... Tan vacía.

Si sus ojos plata llamaban la atención, su cabello rubio y largo, el cual parecía ser el rubio más claro que había visto en mi vida, cerraban totalmente el trato, dándole el título de hada.

Tal vez podría ser una de esas hadas de invierno.

Me irrité de nuevo conmigo mismo por estar divagando sobre aquello, mientras la tenía a ella de frente después de que hubiese chocado contra mí.

Soltó una disculpa por chocar y le respondí algo sobre que ya lo había dicho, sin prestarle atención a sus palabras y aceptando el hecho de que incluso su piel era perfecta.

Lisa y probablemente sedosa. No tenía ni un solo lunar o una sola peca. Ella realmente podría definirse como perfecta y en medio de mi irritación, me hizo detestarla aún más porque no podía creer que había viajado desde tan lejos para hacerme cargo de algo tan pequeño y probablemente hueco como ella.

La amante de Darwyn.

Antes de que pudiera alejarme de su persona y dejarla atrás, como todo el mundo estaba siempre ante mí. Escuché pasos acercándose a nosotros y en menos de un minuto, Darwyn estuvo en la ecuación también.

—Ah, Kaydan, aquí estás. Veo que acabas de conocer a mi puta favorita. ¿Qué te parece, primo? ¿Ya le diste el visto bueno?

Ella no se inmutó ante la ofensa y había dos opciones ante aquello: Ya estaba acostumbrada a ser tratada así o, en definitiva, no le importaba.

Creía que era la última.

Después de lo que pareció una eternidad, alejé mi mirada de la de ella y la centré en el desperdicio de humano que tenía por primo. Jamás habíamos sido cercanos y tampoco es como sin importara, porque tener cerca a las personas no era lo mío, pero si tuviera que escoger, jamás estaría lo suficientemente cerca de un bastardo insufrible como él.

—No tiene mi visto bueno —fue mi gélida respuesta—. No vine aquí buscando observar o dar aprobaciones.

Él me sonrió, pero sabía leer a las personas con una facilidad innata y por lo tenso que estaba su cuerpo, supe que se encontraba celoso de verme muy cerca de ella.

Como si me llamara la atención. No iba a suceder.

—Genevera es muy buena convenciendo hombres, creeme —dijo—. Lo aprendió cuando fue puta en las Vegas.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Los hombres solían tener mecanismos de placer bien extraños y me tenía sin cuidado el juzgarlos. Parte de mi placer se basaban en destruir y ganar dinero haciéndolo. Era malévolo hasta cierto punto, pero de nuevo, como la mayoría de las cosas, me tenía sin cuidado.

Sin embargo, después había hombres como Darwyn, los cuáles, se excitaban ante la noción no solo de herir, sino también humillar a sus víctimas y en aquel instante, lo estaba haciendo sin pudor alguno.

Bien, no me incomodaba por vergüenzas y sensaciones ajenas, pero rectifiqué el hecho de la clase de escoria que era él.

—¿Qué haces aquí abajo, Genneva? —le preguntó directamente a ella, la cual por fin se giró para verlo y lo hizo con una delicadeza que también me irritó.

Apenas la conocía y... ¿Por qué todo me irritaba de ella?

Quizás era porque, por su culpa, llevaba tres días soportando a ese imbécil.

—Quería salir al jardín —fue la simple respuesta de la rubia.

—¿Y con permiso de quién?

—De nadie. Solo lo decidí.

Llevé ambas manos a los bolsillos de mi pantalón, mientras observaba la escena.

Esta era la joven la cual me contrataron para asesinar y me pagaron de manera anónima una gran suma de dinero. ¿Quién? No lo sabía y no debería de importar, el pago estaba hecho.

Era demasiado joven, visualmente, no parecía que pasara de los veintidós años, pero sabía que realmente tenía veintisiete y no era nadie, aparte de la amante de un imbécil narcisista y por eso mismo, no podía evitar preguntarme quien estaría dispuesto a pagar tanto dinero por la cabeza de una joven que no significaba nada en aquel mundo de poder.

—Tú lo decidiste —repitió él con un deje de burla, mientras me miraba—. ¿Ves lo que te digo? —se rió—. Aquí nadie parece captar las reglas.

No respondí, solo esperé que él actuara, porque era bastante evidente que estaba a punto de darle una lección a ella.

Así era como trabajaban los hombres como él y como aparte tenía la necesidad de demostrarse fuerte e invisible frente a mí, iba a buscar cualquier ocasión para engrandecerse y mostrarse más duro y bruto de lo que realmente era.

—Vamos a la mesa, ya está la cena —me dijo con jovialidad—. Hice que prepararan una cena especial, después de todo, mi primo no viene muy seguido.

Sin que me dijera nada más, pasé por el lado de él sin darle otra mirada a la rubia, mientras mi mente maquinaba rápidamente cuál sería la mejor opción para deshacerme de manera rápida y efectiva de ella.

—Siguenos, Genneva —escuché que ordenó Darwyn y ella lo hizo.

Llegamos al comedor principal de la gran hacienda y solo había dos puestos organizados para desarrollar una comida nocturna.

Me senté en la silla que quedaba contra la pared, ya que años de experiencia y entrenamiento me habían enseñado que dar la espalda a un campo abierto, era no solo sumamente peligroso, sino también una desventaja a la hora de defenderse.

Darwyn tomó silla frente a mí y sin mirar a su amante, dijo: —No estás invitada a comer con nosotros, pero puedes quedarte de pie observandonos.

—¿Eso hace tu comida más apetecible? —fue la pregunta tranquila de ella, mientras se situaba frente a los dos.

—Cuidado, Genneva —fue lo único que respondió él—. Cuidado.

La cena fue servida cinco minutos después y, siendo sincero, no reparé realmente qué era lo que estaba comiendo, porque pese a que mi atención estaba en el plato, la presencia silenciosa de la joven de ojos de plata y cabello claro me tenían... Irritado.

Por eso mismo, llevé mi mirada hacia ella por un breve segundo y la vi que también estaba observando la pared de enfrente con nata tranquilidad. Con indiferencia.

Llevaba puesto un delicado vestido violeta que hacía resaltar la claridad de su piel y mientras la veía, no pude evitar preguntarme cómo se vería la sangre manchando su pulcra piel, justo después de que la matara...

—Genneva —Darwyn interrumpió mis pensamientos y yo volví la atención a la copa de vino que estaba en mi mano—. Pásame el informe que está sobre la mesa, quiero ver qué me trajo el notario.

Ella obedeció y yo sentí la mirada oscura de él sobre mí.

—Sigue siendo toda una sorpresa el tener tu visita aquí —me informó y picó un poco de su puré—. ¿Desde cuándo no nos veíamos? ¿Desde niños?

—No recuerdo.

—Sí, desde niños —se rió—. Tengo que admitir que siempre nos pareciste un poco extraño. Nunca hablabas o jugabas.

Nunca había tenido tiempo para jugar, pero eso era algo que no le importaba a él.

Justo en ese instante, Genneva volvió con un sobre en la mano y acercándose a Darwyn, se lo ofreció.

—Leeme que dice —le ordenó él sin ni siquiera verla—. Estoy comiendo.

Ella se quedó estática por unos segundos y por primera vez desde que la vi en persona, contando cuando yo estaba en el jardín y la vi por la ventana, y ahora aquí abajo, ella reveló una breve noción de incertidumbre, pero esta desapareció rápidamente.

Lo hizo mientras apretaba el sobre en sus manos y bajaba la mirada como si fuese a empezar a leer.

No lo hizo y eso llamó mi atención, mientras mantenía mi mirada en ella y volvía a llevar la copa de vino a mis labios. Sus ojos fueron a los míos como si sintiera mi atención puesta en ella y si no fuese una joven tan gélida e inexpresiva, probablemente se hubiese sonrojado porque ese era el efecto que solía tener sobre las mujeres.

Pero en ella no, simplemente volvió la cabeza a los documentos y casi la vi tratar de procesar lo que estaba viendo, mientras mantenía la espalda recta y la cabeza en alto.

¿Quién era esta mujer y por qué la querían muerta? ¿A cambio de qué?

Podría haberme ahorrado todos aquellos desagradables problemas, si Seth Warner's, uno de los mejores asesinos asueltos de mi organización Vértize, hubiese aceptado hacer esto por mí, pero no.

El infeliz estaba muy ocupado llevando a su esposa a conocer todo el mundo y siendo otro patético más que dejaba de hacer cosas importantes por andar detrás de una mujer.

Ridículo.

Tenía cientos de hombres más que harían cualquier cosa ante mi orden. Solo era hablar y el trabajo estaría hecho, sin embargo, quién pagó la estafalaria suma de dinero dejó en claro que el que deseaba que hiciera el trabajo era yo y por eso estaba en ese infierno, analizando a una joven que parecía ser sacada de una maldita película de princesas y hadas.

Era detestable que fuese tan... Inmaculada.

—¿Vas a leer o no? —Darwyn la miró finalmente—. ¿Vas a hacerlo?

—No puedo —respondió ella tras una pausa y lo miró—. No sé leer.

De repente, como si al imbécil le hubiesen contado la broma más cómica del mundo, soltó una gran carcajada y me miró rápidamente, mientras sus labios continuaban expandidos en una sonrisa burlesca.

—Mierda, es verdad, no sabe leer —negó y se rió de nuevo—. ¿Puedes creer que mi hija de cinco años sabe leer más que ella?

Lo miré en silencio y no respondí.

Se rió una vez más.

—Al parecer el casino y el prostibulo de mierda de donde la saqué, son felices contratando analfabetas, porque Genneva no puede leer una palabra ni aunque su vida dependiera de aquello —negó—. Que suerte que es bonita y lo bruta no importa.

Sin saber porque, a mí mente llegó la imagen de pasar un cuchillo por su garganta o, mejor aún, por su lengua, para así detener su palabrería.

La rubia en cuestión no dijo nada. Solo miró al frente en silencio.

—No, ser bonita no es su cualidad más fuerte. Ser muy buena en la cama sí.

Dejé la copa de vino en la mesa y arrastrando lentamente la silla hacia atrás, me puse de pie con un movimiento firme, mientras alisaba mi camisa y me aseguraba de que no hubiese ninguna arruga visible.

—He terminado por hoy —avisé.

—¿Qué? —él frunció el ceño—. No has terminado de comer.

—Mi apetito se ha ido —fue mi simple respuesta—. No suelo estar rodeado de personas a la hora de comer y mucho menos en circunstancias tan nefasta.

—¿Lo dices por Genneva? Puede irse.

Por mi cabeza pasaron cientos de escenarios en los que lo desangraba de manera dura y perversa. Esto no tenía que ver directamente con la rubia de mirada gélida, tenía que ver con el hecho de que él era un hijo de puta desagradable.

—Tener cientos de damas de compañía no te hacen un gran hombre, Darwyn —le informé—. Cómo tampoco te hace más hombre el denigrar, humillar y maltratar a una mujer frente a tu visita. Créeme, no me interesa ver esta mierda.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

La sonrisa dejó su rostro.

—Calmate, solo estaba bromeando. Genneva y yo nos llevamos así.

—Estoy calmado —aseguré—. Pero, debo de decir que pésimo sentido de humor el que te cargas.

Terminé de salir de detrás de la mesa y pasé por el lado de la rubia, la cual se había mantenido totalmente en silencio y al pasar por su lado, a diferencia de antes, pude captar un poco del aroma fresco y casi floral que salía de su piel y de nuevo, la detesté por tener una fragancia que fuese tan suave.

Necesitaba deshacerme lo más rápido de ella. Tenía que hacerlo.

Me lo repetí una y otra vez, mientras abandonaba el comedor y mientras lo hacía, por el rabillo del ojo, vi como el bastardo se ponía de pie para acercarse a ella y llevando sus manos a sus mejillas, escuché que le dijo:

—¿Sabes que estaba bromeando, no? Yo te amo.

Gruñí para mis adentros y decidí que probablemente ella no sería la única persona de la que me desharía ahí.

Dormir no era lo mío.

Podía pasar tres días seguidos sin dormir y mi cuerpo seguía adelante como si nada. Estaba acostumbrado a ello y por eso mismo, justo cuando la madrugada llegó y todo estaba en silencio y la lluvia se detuvo por fin, salí al patio trasero del lugar y esperé con paciencia la llamada de Krepto, mi mano derecha y quién era mis ojos allá en el imperio, mientras yo estaba ahí.

Sin embargo, justo como horas atrás, mis sentidos me alertaron y me dejaron en claro que estaba en la mira de alguien y sin sacar las manos de mi bolsillo, me giré hacia el lugar en donde estaba seguro de que se encontraba el ser fisgón y al levantar mi mirada y dirigir mis ojos hacia allá, sin más, la vi.

La vi a ella.

Al hada de ojos plata. Vacíos y fríos.

Desde la distancia, ambos nos observamos en silencio, antes de que ella simplemente se alejara de la ventana y cerrara la cortina de esta misma. Mientras hacía eso, sentí irritación -sí, todo se reducía a irritación- y sin dejar de ver la ventana en donde ella había estado segundos antes, sin más y con cabeza fría y decisiva. Simplemente lo supe.

Supe cómo sería la manera que me desharía de ella, porque sí.

Sí la iba a matar y mi mano que jamás había temblado o fallado ante algún asesinato, no lo haría tampoco en aquella ocasión, porque nada le quedaba grande a Kaydan Von Sclaén y mucho menos esto.

Sus horas estaban contadas.

Capítulo 4.

4.

Genneva.

Dos días habían transcurrido desde la fatídica confrontación de Darwyn en el comedor de su casa.

Dos días desde que intentó humillarme frente a su primo, exigiéndome que leyera, mientras él era muy consciente de que yo no sabía hacer eso.

En el pasado había sabido leer. Aprendí muy joven, justo cuando mi madre contrató a una profesora privada para mí en Italia y esta me enseñó desde muy pequeña a leer las palabras en italiano, español y ruso.

Becob, el que fue mi padre, siempre pensó que sería importante que yo aprendiera otros idiomas. Jamás supe porque o para qué deseaba que yo supiera varias lenguas, pero después descubrí que era para que yo me pudiera comunicar con sus socios o, mejor aún, para que ellos pudieran hablar conmigo y yo entendiera sus órdenes y las siguiera en silencio.

Pero eso no importaba, volviendo al tema, había sabido leer. Lo supe hasta algún momento, pero después ya no pude volver a hacerlo -no recordaba con exactitud cuando dejé de entender las combinaciones de las letras-, pero ahora, no podía armar palabras y mucho menos oraciones.

No podía y Darwyn lo sabía, ya que constantemente me estaba recordando que mi suerte era ser hermosa, porque jamás, bajo ningún criterio, él estaría con una analfabeta.

Pero no me importaba lo que dijera

No me importó aquella tarde en su comedor, mientras la mirada verde con halo azul de su primo me analizaba en silencio, mientras él seguía tratando de humillarme.

Pero, para humillar a alguien, hay que tener un grado de importancia o sentimientos alrededor de lo que se está diciendo y para mí, sin importar qué tan penosa fuese la verdad, no me importaba no saber leer.

Era lo que había.

Pero por más que deseé mantenerme alejada del tema y dejar atrás aquel encuentro, dos días después, seguía sin poder borrar de mi mente la mirada y las frías palabras de él. De Kaydan.

Siempre había pensado que Darwyn era un hombre ciertamente peligroso, pero, sin duda alguna, quedaba como un niño malcriado y déspota al lado de su primo, el cual me parecía que realmente era la definición de letal.

Había algo en su forma de mirar, hablar e incluso mantenerse en silencio, que hacía que deseara estar alerta alrededor de él. Era como si de manera inconsciente, yo sintiera que iba a hacerme daño.

Como si yo creyera que era su próxima presa.

—Es un egocéntrico de mierda —me había dicho Darwyn la noche anterior, mientras besaba mi hombro desnudo después de que me hubiese presionado para dormir con él—. Es como la oveja negra de la familia. Se dice que está vinculado al bajo mundo. También dicen que es un asesino y esconde todo detrás de su empresa informática.

No le había respondido nada en ese instante, porque había estado muy asqueada ante el tacto de él, pero no pude evitar pensar que, sin importar que los primos no fuesen muy cercanos o se llevaran directamente muy bien. Era bastante evidente que Darwyn no quería darle una mala imagen a su primo.

¿Le temía? ¿Por qué...?

—Ginni —Juls me sacó de mis pensamientos, mientras tosía—. ¿Me estás escuchando?

Rápidamente, dejé atrás la imagen de Darwyn y la sombra constante que representaba ahora Kaydan Von Sclaén para mí.

Probablemente, dos días después, él ya ni siquiera se le pasaba por la cabeza lo ridícula de mi presencia ante él y la vergüenza a la que intentó someterme su primo.

Kaydan Von Sclaén se veía como el típico que, si te miraba en un segundo, al próximo ya te había olvidado y sacado de su vida porque nada parecía ser lo suficientemente relevante para un hombre como él y menos alguien como yo.

Tampoco era como si me importara lo que él pensara de mí, pero sabía que era así.

Se veía como que detestaba a todo el mundo, menos a sí mismo, porque se creía Dios y señor.

—Sí, te estoy escuchando, Juls —le respondí a la pequeña, mientras tocaba su rostro sonrojado, el cual estaba hirviendo—. Continúa.

Ella tosió una vez más y se quejó de un dolor en el pecho, mientras intentaba terminar de leer su cuento de princesa.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Aquella noche, la pequeña estaba conmigo en mi habitación, entre mis cobijas, mientras me leía a Rapunzel y trataba de ignorar el dolor que la estaba atalayando.

En dos días, Julieth se había puesto más y más delicada. Ahora le costaba incluso caminar sola y la mayor parte del tiempo, solo deseaba estar en la cama o, más bien, en mi cama.

Dakota no solía permitirle mucho aquello, pero esa noche, sabía que Darwyn, su hermana, su esposa y su primo. Sí, Kaydan. Habían salido a un evento social o algo por el estilo. Solo por ello, porque Dakota jamás deseaba perderse nada de la alta alcurnia, permitió que Julieth se quedara esa noche conmigo, bajo mis cuidados.

Jamás había pensado en la posibilidad de tener hijos. Era muy cuidadosa con aquello y pese a que Darwyn muchas veces expresó que le encantaría un bebé mío, sabía que algo dentro de mí, de manera biológica, no lo permitía y eso estaba bien.

No quería darle un hijo a un hombre como él.

Pero a veces, cuando estaba sola con la pequeña, como en ese momento, no podía evitar desear que solo fuéramos ella y yo. Que solo fuese mía y que nada se interpusiera en nuestro camino, ni siquiera su cáncer.

Pero la vida continuaba desmontándose que yo no tenía permitido exigir nada. Ni siquiera desearlo.

—Ya no quiero leer más —me dijo de repente ella, llevando sus ojos cansados y rojos a mí—. Estoy triste.

—¿Triste? ¿Por qué? —la miré fijamente—. ¿Quieres que juguemos a algo?

Negó, viéndose pálida y suspiró.

—No.

—Veamos una película.

—¿Tienes familia, Ginni?

De repente, la pregunta de ella me puso en alerta, mientras su mirada seria se posaba por todo mi rostro.

—¿Tienes una linda familia?

—Claro que tengo a una familia —respondí—. Te tengo a ti y a Barío.

Señalé al vejestorio gato, el cual dormía plácidamente a nuestros pies.

—No, una familia de verdad —insistió—. ¿Tienes una?

Jamás pensé que tendría esta conversación y menos con una niña de cinco años.

Claro que en algún punto tuve una familia. Tuve unos padres y unas hermanas, pero ya hacía mucho tiempo que no sabía nada de ellos y ellos tampoco nada de mí.

Por palabras de Darwyn, había descubierto que todas ellas estaban cansadas y tenían sus respectivas familias y eso era lo único con lo que me conformaba saber. No iba a traerlas a mí y a lo que yo era.

—¿Por qué lo preguntas? —me acosté al lado de la pequeña y su calor me traspasó—. No importa.

—Si importa —se giró para verme de costado—. No quiero que estés sola.

—No estoy sola. Te tengo a ti.

De nuevo, sus ojos me analizaron y negó.

—No quiero que estés sola, Genn —de repente, su voz se rompió—. Quiero que papá te deje tranquila y no estés más sola. Quiero que vayas con tu familia y seas feliz. Quiero que vayas con Barío.

No entendía de dónde estaba sacando todas aquellas palabras o más bien porque, pero no me gustaron.

—Julieth...

—¿Vas a ir con tu familia, Ginni?

No respondí y las lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de la pequeña en forma de cascada y una fuerte tos la invadió, mientras lloraba de manera desconsolada.

De manera rápida, la senté y me senté con ella, mientras golpeaba su frágil espalda.

—Oye, respira —dije—. Vamos, todo está bien.

No estaba respirando o, más bien, lo estaba haciendo muy débil y, de repente, ella solo estaba llorando de manera histérica, mientras temblaba y jadeaba.

—Julieth, por favor —mi voz salió ahora desesperada—. Necesitas calmarte y...

No se calmó.

Estaba segura de que nunca la había visto llorar de aquella manera, ni siquiera cuando le hacían todos aquellos exámenes que eran dolorosos y dejaban su cuerpo repleto de hematomas.

Ella no se calmó, lloró como una pequeña que estaba aterrorizada y cuando vi que literalmente su respiración se estaba entrecortando y su piel lucía más y más pálida, la que sintió el verdadero terror fui yo.

La tomé rápidamente en mis brazos, haciendo que sus pequeñas piernas rodearan mi cintura, mientras una de mis manos iba a su nuca y corría con ella hacia la puerta de mi habitación.

Le repetí una y otra vez que debía de respirar, de tranquilizarse, pero fue imposible.

No sé cómo hice para bajar cuatro pisos con ella aun jadeando y debilitándose, pero lo hice y, cuando llegué a la planta principal, grité por ayuda de manera urgente, sintiendo cómo mi corazón casi se detenía.

—Todo va a estar bien, cariño —le dije—. Estoy aquí, Juls.

La puerta del exterior estaba abierta y esperé que alguna de las empleadas viniera a socorrerme, pero no, por la puerta entró Darwyn, Dakota y... Kaydan.

Ellos ya habían llegado y fueron atraídos por mi escándalo.

—¿Qué está pasando aquí? —Darwyn frunció el ceño y caminó con prisa, seguido por su esposa.

—No puede respirar —dije y mi cuerpo ahora estaba hirviendo como el de ella—. Necesitamos ir a la clínica ahora, está débil.

—Oh, mi bebé —quien habló fue Dakota, la cual miró a su hija con rostro preocupado—. Mi pobre niña.

La pelirroja se veía un poco encendida por el alcohol y cuando intentó tomar a la niña, retrocedí, apretándola contra mi pecho.

—Hay que ir a la clínica.

—Ya lo sé —me gruñó ella—. Dame a mi hija.

Julieth se aferró más a mí mientras seguía llorando y jadeando.

—Ella quiere...

Sin dejarme terminar de decir nada, Dakota, que era mucho más alta que yo, terminó por acercarme del todo y me arrebató a la pequeña de mis manos con brusquedad, tras regalarme una mirada repleta de odio.

Julieth lloró más fuerte.

—Shh. Aquí está mamá, hija. Aquí estoy.

Ella intentó tranquilizar a su hija, mientras acariciaba su cabello, miraba a su esposo y le decía que debían irse lo antes posible.

Comenzaron a caminar hacia la puerta y sin saber qué más hacer, los seguí de prisa, realmente preocupada por la salud de la pequeña y lo lejos que estaban de la carretera principal.

—Iré con ustedes —dije en voz alta—. Julieth me necesita y...

Dakota se detuvo en seco y se giró para verme con ojos repletos de disgusto y algo más.

Con asco.

—¿Perdona? ¿Mi hija te necesita? —se mofó—. ¿A ti?

No respondí.

—No seas ilusa e igualada.

En otro momento, simplemente me habría quedado en silencio porque no me interesaba discutir con ella. No tenía sentido para mí.

Sin embargo, en ese instante, me sentía rebasada y algo más. Quería decirle que sí, que su hija me necesitaba a mí y no a ella.

—Voy a ir.

—No vas a ir —siseó, mirándome—. Descarada, ¿cómo te atreves siquiera a responder? —no dije nada—. Puta ordinaria.

Julieth continuó llorando, mientras Dakota se subía con ella a la camioneta y la impotencia me rodeaba, mientras mi pecho subía y bajaba con una calma que no era de este mundo.

Darwyn intentó seguirlas, pero rápidamente, enredé mi mano en su brazo.

—Déjame que vaya —le pedí.

—Vuelve adentro, Geneva.

—Lo prometiste, dijiste que podría ir con ella —me miró—. Yo sé lo prometí a Julieth. Déjame ir.

No respondió, evitó verme, se alejó de mí y sin más, ellos se fueron y yo me quedé ahí de pie como una estúpida, sintiendo cómo mi corazón palpitaba de una manera que era dolorosa hasta más no poder.

—Va a estar bien —me dije a mí misma, mirando la noche fría y silenciosa—. Ella va a estar bien.

Me aferré a esa idea.

Cuando me giré para volver a casa, no había nadie en la puerta o en la sala del recibidor, pero de manera extraña y casi malévola, sentí una mirada que me siguió a todas partes y se sintió como si estuviera ahí.

Como si un depredador hubiese puesto sus ojos en mí y fuese a aprovechar la ocasión para seguir su instinto.

**

Eran las once de la noche cuando Darwyn al menos tuvo la cortesía de enviarme una nota de voz al teléfono intervenido que me había regalado y solo me daba en ocasiones-. En este, solo podía recibir notas de voz suyas y estaba bloqueado para lo demás-. En su nota, me dijo que la pequeña había sido estabilizada, pero tendría que quedarse a pasar la noche en la clínica.

Escuché el mensaje una y otra vez, sintiendo cómo mi corazón se calmaba y el miedo daba marcha atrás.

Ella iba a estar bien.

En ese instante, me encontraba en una de las terrazas que había en el cuarto piso de la hacienda, la cual era totalmente destapada y daba una visión completa de toda la planicie húmeda y oscura en ese mes de enero.

El frío me tenía temblando, pero me quedé ahí mirando todo en silencio, mientras apretaba el vaso de chocolate en mis manos y dejaba que la brisa moviera mi ondulado cabello claro hacia todas las direcciones.

Estaba distraída, sopesando todo, justo cuando sentí la presencia de algo más.

Sí, lo sentí antes de verlo.

Fue como si todo el oxígeno se hubiese vuelto más denso y cargado, mientras una clase de escalofrío erizaba mi piel y me hacía temblar más que la fría lluvia de aquella noche.

Lo sentí de la manera como uno puede sentir la llegada de algo malo o más bien peligroso. Algo tan letal, que pronunciarlo no tenía sentido y la única opción para entenderlo era mirarlo o evadirlo.

Sin dejar de sentir esa mirada analizándome, me giré hacia las ventanas corredizas de la terraza en donde estaba y fue ahí donde lo encontré a él mirándome de una manera que estaba bastante segura de que nunca nadie me había visto antes.

Kaydan.

Antes no lo había detallado con intención, pero no pasé por alto que llevaba un traje a medida que envolvía muy bien su atlético y alto cuerpo.

Tenía un chaleco negro con botones dorados y debajo de este, una camisa pulcra y blanca que estaba arremangada hasta el final de sus brazos venosos. El lugar en donde iniciaba sus codos.

Se veía imponente y ciertamente sofisticado. Millonario.

Pero, eso no era lo que me llamaba la atención de él. Lo que lo hacía era la manera como sus ojos verdes con halo azul claro me analizaban.

Con dura determinación y un toque de perversa curiosidad.

Todo al mismo tiempo.

Él solo estaba ahí observándome como si aquello no fuese un acto grosero de espionaje, de hecho, uno de sus hombros estaba apoyado contra uno de los ventanales y sus manos se dirigieron hacia los bolsillos de su pantalón negro, mientras yo veía como un lujoso reloj de oro resplandecía en su mano izquierda.

—No debería de estar aquí —fui yo la primera en hablar, teniendo en cuenta de que él no parecía que iba a hacerlo—. Darwyn no aprueba que esté sola con otros hombres.

—Querrá decir que no le gusta verla sola con otros hombres que puedan llegar a estar interesados en usted —su voz acentuada me rodeó—. Pero, como no es el caso, no hay nada de que preocuparse.

Era un grosero, odioso y...

—No estoy preocupada —le respondí con la misma gelidez—. En absoluto.

—Puedo cambiar eso en un segundo.

—¿Disculpa?

No respondió, solo continuó analizándome y, pese a que normalmente no permitía que absolutamente nada me afectara, algo en él comenzaba a molestarme.

Ambos nos quedamos en silencio mirándonos fijamente y quise ordenarme a mí misma dar la vuelta y volver a mi habitación, lo único que necesitaba era que Julieth volviera y todo estaría bien.

Sin embargo, no dejé de ver esos extraños ojos.

—Es absolutamente irritante —dijo de repente con voz seca.

—¿Qué? —mi ceño se frunció—. ¿Qué se supone que estoy haciendo? —dejé mi chocolate en la mesa, al lado de mí—. Como mínimo, solo estoy respirando.

—Exactamente.

—¿Soy irritante por qué... Estoy respirando?

No respondió la pregunta, claro estaba. Solo hablaba cuando él quería, bajo los términos que él deseaba, y pese a que normalmente yo era una persona realmente silenciosa, parecía que nadie le ganaba a ese odioso sujeto.

—Como sea —dije—. Volveré a la habitación. Feliz noche.

Tuve la intención de pasar por su lado y dejarlo atrás, cuando de repente, lo vi erguirse de la ventana en donde estaba y fue él quien dio los pasos hacia adelante, haciéndome retroceder uno a mí y volver exactamente a donde había estado.

Tuve que levantar la cabeza para verlo a los ojos y no me dejé intimidar, pese a que algo dentro de mí se estremeció.

—Necesita dar un paso atrás —le ordené.

No obedeció.

—Es muy fácil —fue su respuesta.

—¿Qué cosa?

Sus ojos se alejaron de mí para mirar el barandal en donde yo había estado antes observando la intemperie y, tras una pausa, volvió a llevar sus manos a su bolsillo y haciéndome que le sostuviera la mirada, respondió: —Sería muy fácil caer desde aquí y morir.

Traté un segundo en procesar sus palabras y sabiendo que cualquier otra persona le hubiese dado miedo escuchar una declaración de esas viniendo de un hombre tan letal y misterioso como él. Yo no me sentía afectada o invadida.

Solo alejé un mechón de cabello de mi rostro y él siguió el movimiento con sus ojos.

—Nunca lo he pensado, pero si desea dar una demostración, no me interpongo.

Algo brilló en su mirada por un nanosegundo, pero lo escondió y chasqueó la lengua.

—Demasiado fácil, no es mi tipo —fue su única respuesta.

A lo largo de mi vida había conocido muchos tipos de hombres y hubo una etapa de esa misma vida, en donde le tuve miedo a la mayoría de ellos por todas las cosas que me hicieron.

Pero esa ya no era yo.

[https://t.me/Butaca Digital](https://t.me/Butaca_Digital)

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Ya todo me daba tan igual, que los hombres en sí no me aterraban, y estar a solas con un sujeto que parecía medir dos metros y tener la mirada más fría que la propia Antártida, no hizo nada en mí.

Pero no encogí, lo que sea que estuviera diciendo, no tenía sentido para mí y antes de que pudiera decir algo más, fue él quien dio un paso a un lado y sin dejar de verme, solo añadió: —Ese chocolate se ve escuálido, frío y simplón. Qué desperdicio.

Después de eso, él simplemente se marchó y yo fruncí el ceño, mientras tomaba de nuevo mi taza de chocolate y la apretaba contra mi pecho en modo de defensa por su odiosidad.

—Estúpido —susurré, viendo el camino por donde se fue y deseando responderle que el único simplón y frío de aquel lugar era él.

Pero, como siempre, no dije nada, solo callé, llevé mi atención de nuevo a la noche, tomé del delicioso chocolate que había preparado yo misma y suspiré tranquila.

Lo hice porque Julieth volvería a casa y todo estaría bien. Lo hice porque me sentía bien, pero dos minutos después o eso creía yo. Todo cambió.

Frunciendo el ceño, dejé el chocolate en la mesa y me prendí del barandal del lugar, justo mientras comenzaba a sentir cómo algo caliente rodeaba mi garganta por dentro y me hacía carraspear.

Lamí mis labios e intenté carraspear de nuevo, viendo cómo todo se tornaba borroso y yo sentía mi corazón comenzar a alterarse, mientras yo trataba de mantenerme tranquila y pasar saliva de manera suave.

—¿Pero qué...? —jadeé cuando sentí que lo caliente de mi garganta se puso hirviendo y tuve que aferrarme del metal de la baranda para noirme de bruces, mientras el malestar sacaba todo lo peor de mí.

Intenté dar un paso lejos de ahí para alejarme del vacío, pero casi perdí el equilibrio y todo giró en mi entorno, antes deque dos segundos después, sin más... Yo solo dejé de respirar.

Olvidé cómo hacerlo.

Capítulo 5.

5

Kaydan.

La observé y llegué a la conclusión de que era la pequeña cosa más detestable que había conocido en la vida y eso que había conocido mucho de eso mismo.

Pero era detestable a otro nivel que no podía explicar y aquello me tenía haciendo cosas que yo no solía hacer, porque quería irme de ahí lo antes posible.

Había comenzado a asesinar desde muy joven. Lo hacía porque matar y tener esa clase de poder generaba en mí un control fierro que no deseaba soltar.

No necesitaba el dinero y tampoco estar más alto de lo que ya estaba. Si jugaba a ser Dios, perfectamente podía serlo, pero eso no me importaba, porque lo único que realmente creaba algo en mí era esa sensación de poder y silencio cuando tenía un rifle en mis manos y desde la distancia apuntaba a los corazones y a las cabezas.

Mi puntería era perfecta. Tan perfecta como la larga lista de todos los que habían sido mis víctimas en el pasado.

Tanto hombres como mujeres.

No tenía distinción a la hora de asesinar. La muerte era la muerte y aquello era lo único que realmente me importaba, pero prefería hacerlo desde lejos. Desde la frialdad del silencio y el peso de mi arma.

No me tomaba nada personal y tampoco me rebajaba a ensuciar mis manos con sangre si no era necesario. Una bala en la cabeza de mi víctima era suficiente para hacerme ganar millones y ya estaba.

Siempre era así. El plan jamás fallaba.

Por eso mismo, me irritaba de una manera sobrenatural el hecho de no estar siguiendo las pautas con esa fría y molesta joven.

Tenía que hacerlo.

Menos de una semana había sido el tiempo suficiente para aprenderme el ritmo y monotonía de todas las personas de aquella hacienda. Incluso las de ella, las de Genneva.

No sabía porque era tan importante y porque habían pagado tanto dinero por su cabeza, pero acabar con ella era tan simple como irme al norte de la hacienda, buscar una longitud alta y esperar. Esperar a que saliera a su balcón como cada noche y atravesar su cráneo con una bala.

No sentiría dolor -tampoco era como si me importara si lo hiciera-, pero todo terminaría en menos de tres segundos y yo estaría de regreso a mi monotonía en Inglaterra. Estaría en esa soledad impenetrable que tanto me gustaba.

Pero no lo había hecho aún y era culpa de ella. Era su culpa que deseara hacer las cosas diferentes, porque de alguna y otra manera, pese a que era silenciosa y no solía demostrar mucho, sentía que cada vez que la miraba, me retaba con aquella mirada de plata que era igual de molesta a ella.

A mí nadie me retaba.

Ella no retrocedía ante mi presencia y tampoco parecía afectada por las estupideces que salían de la boca de Darwyn y su esposa. Prácticamente, era como un témpano de hielo. Como una pequeña hada de invierno que incluso tuvo la osadía de sugerir que me tirara por el balcón de la terraza y, por eso mismo, quizás estaba planeando hacer todo diferente.

Ya lo estaba haciendo.

Poner un tiro en su cabeza sería más rápido, pero verla mientras se quedaba sin oxígeno y poco a poco se desvanecía en el piso, de cierta manera, era algo más digno de ver, teniendo en cuenta de que a ella no parecía importarle nada, y quizás la muerte y el miedo si sacaran algo de su inexpresivo ser.

—Solo métele un tiro en la cabeza y termina con esto —me ordenó mi subconsciente—. Ya fue suficiente.

Jamás había tardado tanto en terminar una misión. Nunca.

Pero ahí estaba tardando más de lo normal, mientras me preguntaba a mi mismo quién era ella y porque la querían muerta. Sin embargo, esa no era la pregunta más importante o la que me había hecho con más frecuencia.

Lo que realmente quería saber era, ¿por qué el nefasto del Darwyn parecía tan obsesionado con ella? ¿Por qué la miraba como si fuese una clase de droga de la cual no tenía nunca suficiente? ¿Qué era tan atrayente en ella que lo tenía tan enviciado?

Estaba seguro de que solo era Darwyn siendo un nefasto obsesivo, porque, ciertamente, no había nada interesante en ella. Era silenciosa, aburrida, más silenciosa y tan fría, que me irritaba y no sabía porque.

No iba a negar el hecho de que tenía una belleza irreal, demasiado perfecta para ser real, pero incluso aquello era simplón y por eso mismo, mientras la veía caer de bruces en el piso de la terraza, tratando de respirar y ahogándose al mismo tiempo, no sentí nada.

Solo la observé.

La observé mientras parecía una pequeña hada de invierno que poco a poco se estaba apagando, marchitando.

Jadeó de nuevo y su pálido rostro se puso incluso más pálido, mientras su cabello ondulado se movía hacia todas las direcciones en hebras gruesas que probablemente eran suaves.

Entre las sombras, la observé e inclusoladeé un poco la cabeza, mientras las manos seguían en los bolsillos de mi pantalón y yo esperaba que el aburrido final llegara sin más.

Pero mientras eso sucedía y ella finalmente perdía el conocimiento, cayendo del todo contra las frías baldosas, la observé otro segundo más, antes de llegar a la conclusión de que usar veneno en su chocolate había sido un movimiento poco invasivo y teniendo en cuenta de que ella parecía muy dispuesta a sostenerme la mirada y retarme, yo, por ser quien era, tenía que hacer algo mejor.

Lo haría.

Además, era la debilidad de Darwyn, quizás podría utilizarla de otra manera, pese a que no tenía realmente una necesidad de usarla.

No me interesaba.

Pero sin dejar que aquello interrumpiera mi nueva decisión. Caminé hacia ella y me incliné para quedar a la altura de su delgado cuerpo, el cual le quedaba poco para morir verdaderamente.

Mis ojos se pasearon por todo su rostro y después llevé la mirada hacia su garganta, antes de dirigir una mano a mis bolsillos y sacar de ahí una pequeña jeringa que contenía el líquido que contrarrestaba el veneno que ahora estaba en sus venas y se movía directo a su corazón.

Ni siquiera sabía por qué había llevado el antídoto conmigo, pero ahí lo tenía y sin cuestionarme más cosas absurdas, llevé los dedos de mi mano izquierda hacia el cuello de ella y con irritación, retiré uno de sus mechones ondulados hacia un lado, mientras comprobaba que si tenía el cabello suave como la seda y desechando esa información -porque no importaba-, finalmente bajé mis dedos contra el costado de su garganta y busqué su frágil y casi inexistente pulso.

Su piel era fría, tanto como ella. Suave, fría y si creyera en Dios y en los mandamientos que éste impuso. Estaría casi seguro de que un pecado capital sería lastimar la piel de ella, porque era demasiado perfecta, pulcra e ilesa para ser real y, quizás por eso mismo, solo porque seguir reglas que no eran mías, no era lo mío, debía de buscar una manera más correcta para terminar la vida de ella, porque después de todo, era mi víctima y debía morir como lo que era.

Una presa.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Iba a hacerlo. Pero no aquella noche.

Por eso, continué rozando el lugar donde palpitaba su pulso y sin alejar mis ojos de su rostro, llevé la delgada aguja de la jeringa a su garganta y le apliqué el líquido lentamente, dándole tiempo a su cuerpo de procesar el cambio de presión.

Una vez terminé, alejé mis manos de ella, guardé la jeringa y solo la observé. Lo hice mientras contaba en mi mente los segundos para que el veneno retrocediera y ella pudiera respirar de nuevo.

No hice nada más, si no funcionaba y no despertaba, tampoco era como si fuese luchar contra su muerte. Quedaría ahí pálida y estática como el hada que era y...

De repente, el ritmo de caída y subida del pecho de ella volvió con altanería, mientras comenzaba a temblar y diez segundos después, sus ojos color plata se abrieron con fuerza, mientras ella jadeaba de manera ruidosa como si estuviera desesperada por conseguir muchas bocadas de oxígeno.

La observé en silencio, mientras miraba a todas partes con desespero y llevaba una mano a su pecho, intentando sentarse, pero estaba demasiado débil para lograr algo como aquello. Poco a poco, su rostro tomó un poco de color y, mientras seguía respirando de forma desesperada, ansiosa y casi angustiante, llevó esa mirada gris a mí y tembló con fuerza, mientras sus labios se veían casi morados.

No dije nada, solo la observé en medio de mi indiferencia, viendo cómo poco a poco se recuperaba y trataba de gobernar su cuerpo. finalmente, logró sentarse en medio de un quejido y haciendo que quedáramos casi de la misma altura.

—Yo... —Miró alrededor aturdida—. Me duele la cabeza.

Tragó saliva con fuerza.

—¿Q-que pasó...? —susurró con voz ronca, mientras se estremecía y me miraba.

Enarqué una ceja, pero no respondí.

—Me estaba ahogando —dijo—. De repente, no podía respirar y...

—Se lo dije —miré el vaso de chocolate que ella había estado bebiendo antes—. Esa cosa era demasiado sosa y simplona. Probablemente la intoxicó.

Su ceño se frunció, pero no peleó contra aquello porque seguía confundida.

—Fue horrible —aclaró su garganta y llevó una mano ahí para acariciar la piel—. No podía procesar nada, fue doloroso y... —de repente, volvió a buscar mis ojos—. Me salvó. ¿Usted me salvó de morir?

—¿Por qué verse tan sorprendida? —pregunté y por fin me erguí—. No es como que suela ver a jóvenes desmayadas en el piso y pase por encima de ellas, ignorándolas.

Si lo había hecho y me tenía sin cuidado.

Ella intentó ponerse también de pie y no le ofrecí una mano. Solo la observé en silencio mientras lo hacía sola y pensé que todo se mantendría hasta ahí, pero una vez de pie, perdió un poco el equilibrio y llevó una de sus pequeñas manos a mi brazo para estabilizarse.

De manera inmediata me tensé, pero ella no lo notó.

—Gracias —dijo con voz baja, tragando saliva y sin soltarme—. Capaz le puse algo demás al chocolate y no me di cuenta.

—Sea prevenida para la próxima vez —la miré—. Las segundas oportunidades no suelen existir.

Me miró y asintió, justo cuando de repente se dio cuenta de que estaba aferrada a mi brazo y rápidamente me soltó, mientras retrocedía un paso y ahora se aferraba a la barandilla.

Su suave y molesto aroma se quedó muy cerca de mí y retrocedí un paso para escapar de él.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse y, por primera vez, me encontré deseando saber qué pensaba una persona que no era yo. Deseé saber qué había dentro de ese cerebro y porque, sin importar que estuvo a segundos de la muerte, seguía teniendo la fuerza para sostenerme la mirada como si nada.

—Necesito volver a mi habitación —dijo—. No me siento muy bien.

Me hice a un lado para dejarla pasar y se tropezó con sus propios pies; aun así, no me pidió ayuda y yo tampoco se la brindé.

Ya demasiada gentileza había tenido con ella aquella noche. Sin embargo, contra mi voluntad, mis ojos la siguieron y, cuando llegó a los ventanales y estuvo a nada de irse, se detuvo, se giró y me miró.

—Gracias de nuevo. Por ayudarme, digo.

—Ya dijo eso.

—Sí, ya lo dije y puede ser un nefasto, pero sé dar las gracias cuando debo, así que gracias, Kaydan.

¿Nefasto? ¿Ella acababa de llamarme nefasto a mí?

—No le he dado permiso para tutearme —le dejé saber con voz gélida, irritándome el hecho de que usara mi nombre como si tuviera alguna clase de derecho.

—No necesito su permiso. Feliz noche.

La vi irse con pasos lentos y tambaleantes, mientras la osadía y reto en sus palabras me corroboraban el hecho de que sin importar qué tan cerca hubiese estado de la muerte, había algo en ella que pretendía retarme y llevarme a un lugar en donde jamás me permitía estar y no llegaría, porque iba a matarla.

Realmente lo haría, solo necesitaba encontrar una manera que fuese digna para asesinar a una hada insufrible y gélida como ella.

Sí, lo haría.

**

—Recuérdame porque es tan importante —me dijo Krepto al otro lado de la línea—. ¿Realmente necesitas toda esa información?

—No debo recordarte nada —dije con calma, mientras miraba el amanecer tocar las puertas del cielo—. Quiero toda la información que tengas sobre ella y su relación con Darwyn. Quiero todo, incluso su tipo de sangre y lo más insignificante que encuentres. Todo.

Siempre investigaba a mis futuras víctimas antes de llevar a cabo una misión. Sin embargo, la investigación era muy superficial y solo redondeaba en temas que estuvieran ligados al momento o el foco cuando fuese a acabar con sus vidas.

Eso era todo lo que necesitaba siempre, pero, sobre ella, necesitaba un poco más.

Quería saberlo todo para, así mismo, lograr controlar esa molestia dentro de mí y finalmente escoger cuál sería la manera como acabaría con su vida.

—Bien, te enviaré todo apenas termine. Dame tres horas.

—Tienes una hora. Ni un minuto más, ni uno menos.

Colgué la llamada, siendo consecuente con el hecho de que mis órdenes eran una ley, y si yo decía que deseaba algo en tal cuestión de tiempo, sucedería en ese lapso de tiempo y punto.

Cuando finalmente terminó de amanecer, fui a la que era mi habitación por esos días, tomé una ducha de agua fría y estuve listo y renovado para ese día.

Tenía la mente clara y decisiva. No perdería más tiempo en ese lugar. Sin embargo, mientras bajaba a la primera planta y entraba con pasos firmes y silenciosos al comedor, escuché una conversación entre la molesta rubia y el patético de Darwyn.

—Deja que vaya a verla —le estaba diciendo ella con calma—. Solo hoy. Déjame verla hoy.

—Dakota no te quiere ahí, Genneva.

—Yo merezco estar ahí —debatí ella—. Julieth me quiere ahí. Sabes que me quiere.

Hasta un ciego vería la conexión que había entre ella y esa pequeña agonizante.

—No lo sé —negó él—. Pides y pides, pero ¿qué me das tú a cambio? —le preguntó—. No te has portado muy bien conmigo. Mira, desde que llegué, solo preguntaste por ella y no por mí, no sé si merezcas algo.

Ella lo observó en silencio y yo también hice lo mismo, mientras asimilaba lo escoria que era.

—Dime que me amas, muñeca —le dijo de repente, mientras le tocaba el rostro y se acercaba a ella para besarla—. Déjame oírlo y te llevaré con la pequeña. Lo haré.

¿Qué tan patético podía ser un hombre para estar rogando amor? ¿Qué clase de mierda humillante era esa?

—Dime que me amas, Genneva. Que soy tu vida.

Ella no respondió, ni siquiera parecía estar respirando.

—Dime que me amas tanto como yo y te llevaré con Julieth.

La rubia sopesó todo con una neutralidad que no podía ser real y pensé que iba a quedarse callada, pero en su postura vi el momento donde estuvo a punto de ceder y darle lo que él quería.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Ella, siendo tan fría e irritante como era, estaba a nada de decirle lo que él quería escuchar y dándome igual todo, porque crear disturbios y arruinar cosas era lo mío...

Los interrumpí.

—Buenos días —entré al comedor y saludé con voz fría, haciendo que Darwyn se separara de ella y ella, en cuestión, se quedara callada.

Genneva calló ese *te amo* falso que estuvo a punto de decir y debería darme las gracias, porque después de todo, acababa de ser por segunda vez amable con ella y eso significaba que había agotado la poca amabilidad que existía en mí y no habría más ayuda.

Jamás había sido un caballero y no iba a empezar ahora y menos con ella.

Capítulo 6.

6.

Genneva.

Traté de ignorar lo que estaba sintiendo dentro de mí, mientras escuchaba todas las palabras que salían de la boca de Darwyn y seguía sin entenderlas.

Una parte de mí, aquella que era tranquila y silenciosa, se encontraba en su última fase de paciencia, tratando de asimilar que clase de hombre tan imbecil que podía llegar a ser.

—Necesito que todo este tan perfecto como el otro año —me miró—. En esta fiesta no puede existir ni un solo error, ya se los dejé saber a todos.

En cinco días era la fiesta de cumpleaños número cuarenta y uno de Darwyn. Como cada año, la gran hacienda se llenaba de toda clase de invitados para celebrar su vuelta al sol y, evidentemente, este año no sería la excepción, sin importar que su pequeña estaba enferma y seguía hospitalizada en la clínica.

Por mucho tiempo me pregunté si era real que Darwyn no quería a su hija. Jamás lo vi ser directamente malo, ni mucho menos. Aun así, jamás se esforzaba lo suficiente para estar ahí con ella y darle la valía que merecía en momentos como aquellos.

Llevaba ya dos días sin ver a la niña y sentía que algo infernal estaba cobrando vida dentro de mí. Daba igual que tanto me esforzara por ganarme una visita a la clínica, seguía sin poder ir a verla.

Darwyn decía que ella estaba bien, que se encontraba descansando, pero no le creía del todo. Julieth estaba en su fase terminal y estaría haciendo cualquier cosa, excepto descansar.

—Quiero las mejores botellas de tequila—miró su teléfono, frunciendo el ceño—. Las más caras y antiguas.

Cada año me obligaba a sentarme con él a escuchar cosas sobre su patética fiesta, mientras me recordaba una y otra vez la clase de empresario importarte que era y como todo el mundo de la alta alcurnia querría venir a sus festejos.

Y no era mentira, cada año, tal y como él lo decía, este lugar se llenaba con la visita de todo tipo de millonarios los cuales buscaban oportunidades para asociarse con él o estar en su liga más intimidada.

—Este año si quiero que estés siempre a mi lado —dijo de repente, dejando ir su teléfono y estirando una mano para tocar mi mejilla—. Necesito a mi muñeca conmigo, quiero que todo el mundo te vea hermosa, radiante. Mía.

Por años, esperé pacientemente a que él se encaprichara con otra mujer. Tenía dinero, podía hacerlo, pero, hasta ahora, mantenía su agarre en mí y era como si no pudiera moverme lo suficientemente rápido para dejarlo atrás.

—¿Te gustaría estar toda la velada conmigo? —indagó y miró mis labios—. Prometo recompensarte después como tanto te gusta.

No me inmuté y solo respondí:

—La verdad es que me gustaría ver a Julieth. Eso es lo único que deseo.

Dejó ir su mano rápidamente y frunció el ceño, mientras me miraba hastiado del tema.

—Deberías volver a tu habitación. A veces eres demasiado pesada para ser soportada.

No me moví de donde estaba sentada.

—No seas injustos, Darwyn. Merezco estar ahí con ella, deja que la vea.

—¿Injusto? —una asquerosa sonrisa llenó sus labios, mientras se ponía de pie y me observaba.

Ambos estábamos en una de las salas principales de la hacienda y pese a que estábamos solos, sentí una tensión rodearme, mientras se acercaba casualmente.

—Deberías agradecerme por cómo te trato, Genneva —dijo y en un acto de patanería, llegó hasta mí, enredó su mano en mi codo y me obligó a ponerme de pie, haciendo que nuestros rostros quedaran a la misma altura—. Estar aquí te ha nublado el juicio y te ha hecho olvidar la realidad.

—¿Y cuál es esa realidad? —le pregunté—. ¿Qué soy una puta?

Su rostro se tornó tenso y molesto.

—Es lo que soy, Darwyn —mi voz fue pacible—. No puedo cambiar como piensas sobre mí.

—Pero si puedo interferir en quienes deseo cerca de mi hija y, en definitiva, la quiero lejos de una puta.

—¿Cómo yo, no?

—Exacto.

Lo observé y no me dejé amedrentar por sus palabras, pese a que tenía unas respuestas que podían enterrarlo perfectamente.

La vida y el paso de los años me habían enseñado lo despiadadas que podían ser las palabras y pese a que lo detestaba, no me nacía decirle nada en ese momento.

Él no se merecía nada de mí.

—Volveré a mi habitación —dije finalmente—. Que tengas buena tarde.

Comencé a girarme para dejarlo ahí solo, pero de manera inmediata, él enredó su mano en mi muñeca y me detuvo.

Lo hizo con más fuerza de la que debería y ejerciendo esa presión esclava de siempre.

—Dame un beso de despedida.

No me moví.

—Ahora.

No le daría nada. Nunca le había dado absolutamente nada por voluntad propia y por eso mismo me quedé estática.

—Genneva.

—Tómalo —respondí—. Tómalo a la fuerza como todo lo demás. Ambos sabemos que no es tan difícil para ti, ¿no?

—Te estás pasando.

—¿Te parece?

Su mirada oscura se ensombreció y por instante, realmente creí que iba a abofetearme. Lo pensé, pero no sucedió porque él jamás dañaría mi “perfecto exterior”.

Aun así, antes de que pudiera decir algo más, una presencia, una tercera persona, llegó a la sala y cuando Darwyn y yo nos giramos para ver quién era, ahí estaba él.

Kaydan.

No entendía cómo le hacía para salir de todas partes, pero ahí estaba y no era la primera vez que nos interrumpía. En la mañana había hecho lo mismo y, para mi interés, había confirmado el hecho de que Darwyn no quería crear una mala impresión en su primo y...

—Kaydan —Darwyn me soltó y le regaló una sonrisa encantadora a su primo. Esa misma clase de sonrisa que solía darle a todo el mundo para que creyeran que era un ángel—. Te mandé a buscar ahora y me dijeron que habías salido, ¿todo bien?

—Todo bien —fue su respuesta y no me miró.

Me ignoró como si mi valía fuese la misma que la de la pared y pese a que una parte de mí tenía que estar agradecida con él por lo que había hecho la noche anterior conmigo, no podía evitar continuar pensando que era un nefasto grosero.

Literalmente lo era.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Lo podía ver en su mirada y la manera como hablaba. Podía leerlo en ese ego que tenía y pese a que me ayudó, algo dentro de mí me dijo que no había nada amable en ese hombre.

¿Cómo terminé siendo alérgica al chocolate de repente?

No iba a volver a tomarlo pese a que era una de mis bebidas favoritas, pero se sentía extraño la manera como había sucedido todo.

—¿Listo para la fiesta? —Darwyn continuó hablando—. Es un gran evento, habrá de todo.

—Los grandes eventos no son lo mío —finalmente, Kaydan llevó aquella mirada extraña a mí y sentí como si me fuese atravesado a mas no dar—. Supongo que deberé saltarme el acontecimiento, me iré esta noche.

—Oh, vamos, no seas aguafiestas —Darwyn se alejó de mí y caminó hacia su primo, el cual era mucho mas alto que él—. Quédate una semana más, te encantará la fiesta. Hay de todo un poco.

Por “de todo un poco”, Darwyn se refería putas, drogas, alcohol y cualquier depraves que los ricos como a él le gustaran. Sin embargo, por la forma como Kaydan se mantuvo estoico y callado, llegué a la conclusión de que no le gustaría.

—Vamos, primos —forzó Darwyn—. Quédate.

—Pensé que tu hija estaba enferma —eso fue lo que respondió el rubio—. ¿No deberías de estar con ella?

—Está con su mamá —le restó importancia al asunto—. Solo quédate, ¿bien?

Una parte de mí, aquella que le incomodaban los cambios y lo densas que podían ser las nuevas personas, estaba cómoda con la idea de que él se fuese.

Quería que Kaydan Von Sclaén desapareciera con la misma rapidez que apareció.

Él no me agradaba.

Pero no iba a mentirme a mi misma. Era bastante evidente que él tenía algún poder sobre Darwyn y eso me servía. Lo hizo aun más cuando en medio del silencio y sin más, una idea llegó a mi mente y me aferré a esta sin pensar en las consecuencias.

Yo solo quería ver a Julieth.

Era lo único que deseaba y por eso mismo, irguiendo mi espalda y sabiendo lo que se venía en camino, busqué de nuevo la mirada del rubio y dije.

—Ayer no le agradecí de manera correcta lo que hizo por mí, Kaydan.

Tanto él como Darwyn llevaron toda su atención a mí al escucharme hablar y en ambos, al tiempo, vi la tensión al escuchar la forma descarada como lo tuteé.

—Gracias por salvar mi vida, no sé qué habría hecho si usted no estuviera ahí. Le debo eso.

Sus ojos verdes con un halo azul solo me observaron con falsa pasibilidad, pero quien habló de manera inmediatamente fue Darwyn.

—¿De qué hablas? ¿Qué sucedió?

Era celoso y controlador por naturaleza, sabía que haría de esto una competencia y pese a que no estaba orgullosa de usar a las personas, no me quejaría por hacer aquello con un par de nefastos.

—Kaydan me salvó la vida ayer —repetí—. Realmente lo hizo y... —Le sostuve la mirada—. Siempre estaré agradecida contigo. Fue mas de lo que esperaba.

La tensión creció aun más y el ceño de Darwyn se frunció, mientras miraba a su primo, el cual, en cuestión, solo tenía ojos para mí.

En otro momento, sentiría la Antártida pura abrazar mi piel mientras él me miraba. Pero en ese instante, solo estaba enfocada en recibir lo que necesitaba.

—No me dijiste que ayudaste a Genneva ayer —Darwyn intentó sonar afable, pero ahora toda su atención estaba sobre su primo—. Debiste comentarlo.

—Entre el deber y el hacerlo hay muchas cosas, Darwyn. Y ninguna de esas me importa —fue la respuesta del rubio—. Pero, siendo directo, estoy seguro de que Genneva está exagerando un poco. No le salvé la vida, solo fui amable.

Casi me estremecí ante la manera como dijo mi nombre. Fue casi como si su acento se alimentara de la conjugación de mis letras y lo hicieran sonar a su manera.

A su poder.

—Estoy segura de que iba a morir —tensé yo más la cuerda—. Pero, cuando abrí los ojos, estaba ahí y eso es lo único que agradezco. Así que espero que tome mi agradecimiento.

Nunca había hablado tanto en la vida y tampoco había creado tanta tensión como en ese momento, pero ahí estaba. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo y solo era cuestión de horas para que diera resultado.

Darwyn creía que me conocía como la palma de su mano, pero lo que era real, era el hecho de que yo lo conocía a él mas que a nadie y por eso sabía que iba a ceder.

—Volveré a mi habitación —quité la expresión de agradecida de mi rostro y miré a Darwyn, el cual le estaba costando esconder su tensión—. Buena tarde.

Sin esperar una respuesta, comencé a caminar hacia la puerta, sintiendo dos pares de ojos en mi espalda y cuando estaba por salir del todo, me detuve y dije: —Buena tarde, Kaydan.

Esto podía sacar dos versiones muy fuertes de Darwyn. La primera era hacerlo ponerse más celoso e hiriente que nunca o, por el otro lado, era sacar su lado de competencia y hacerlo querer darme lo que yo tanto necesitaba.

Y lo haría -eso quería pensar-, esa era mi única opción para lograrlo convencer de dejarme ver a la pequeña y mientras las horas transcurrían y la noche se volvía más tarde y fría, poco a poco, esperé en mi habitación por Darwyn y no llegó.

Vi dos de sus camionetas salir por la carretera de tierra y sintiendo mi corazón latir de manera molesta, supe que no me iba a llevar con él a ver a Julieth.

—Es de lo peor —le dije a Barío, mientras yo continuaba viendo por la ventana—. Es de lo peor, no le importa que quiere Julieth y... Lo odio.

Llevaba mucho tiempo sin decir en voz alta cuanto lo odiaba, pero en ese instante lo detestaba más que a nada.

Tanto, que mi tregua con los malos sentimientos quedó totalmente en el pasado y me obligué a refrescar a mi mente para recordar todo lo que me había hecho y como se merecía lo peor.

Sin embargo, mientras estaba ahí debatiéndome con el odio, escuché que llamaron a mi puerta y cuando abrí ésta, descubrí que era una las empleadas.

—La cena esta lista —me informó—. El señor desea que coma abajo.

Esa era una manera de hacerme saber que estaba molesto. Darwyn usaba cada oportunidad que tenía para recalcar el hecho de su poder sobre mí y aunque esto era mínimo, ahí estaba la indirecta.

Había pensado que funcionaría. Había creído que me la dejaría ver a ella.

Mis ojos se movieron hacia la pequeña barbie de cabello rubio que había en una de mis mesas de noche. Era de Julieth y la había dejado ahí dos noches atrás y... No había podido tocarla.

No iba a hacerlo.

Iba a esperar hasta que ella misma viniera y tomara lo suyo. Lo haría porque estaría bien y yo no me vería forzada a pasar por el duelo de su pérdida.

No iba a hacerlo.

Tragándome todo lo que sentía. Desde la incertidumbre, hasta el eterno desconsuelo, peiné mi cabello por detrás de mis orejas y finalmente salí de la habitación para bajar hasta la primera planta.

Aun así, no llegué demasiado lejos, ya que cuando estaba atravesando uno de los pasillos del cuarto piso, me encontré que, en la salida de este, muy cerca a las escaleras, estaba él.

No sabía desde cuando comencé a llamarlo como “él” y mi mente entendía que era él. Pero ahí estaba esa cuestión y tardé en recuperarme de aquella, mientras veía que había cambiado su ropa y ahora esta era de invierno.

El traje a medida había sido remplazado por un pantalón de tela oscuro y llevaba una camisa negra también. La ropa se veía costosa, pero con la gabardina negra que traía encima de todo eso, se veía tan intimidante y letal, que me detuve en medio del pasillo y lo miré en silencio.

Él estaba apoyado contra la pared, mientras miraba su teléfono y tardó varios minutos en alejar la vista del aparato, antes de por fin dignarse a darme su atención directa a mí.

Y sí, incluso tuvo la desfachatez de verse irritado por mi presencia, cuando era él quien estaba en medio de un pasillo.

Pensé en saludarlo y seguir con el numerito de antes, pero Darwyn no estaba ahí y no tenía sentido. Por eso mismo, fue que intenté pasar de largo y dejarlo atrás, pero evidentemente eso no iba a suceder, porque los nefastos como él tenían mucho por decir.

—¿Dónde quedó tan esplendida educación? —su voz llegó a mí.

Me detuve, estando mas cerca y lo miré.

—¿Habla conmigo?

—Debe de ser evidente, a menos que crea que desarrollé el don de hablar con las paredes.

—No, no creo tal cosa —respondí—. Tengo bien entendido que el desarrollo de los hombres es algo bastante limitado.

Dio otro paso hacia mí y por inercia deseé retroceder, pero no lo hice. Le sostuve la mirada.

—Para alguien que casi no habla, ¿tiene mucho por decir, no?

No respondí.

—¿Dónde quedó el agradecimiento de hace un rato? —presionó—. Se veía muy formal.

Tampoco dije nada y la tensión aumentó aún más, tanto, que incluso respirar parecía imposible.

—Cuidado, Genneva —soltó de repente y la vibra de amenaza fue que más evidente—. No soy un hombre para jugar.

—¿Y quién dijo que estoy jugando?

Se acercó más y su aroma me rodeó con una nota de advertencia.

—Es una pésima mentirosa —sentenció—. Y el imbecil puede creer todo lo que salga de esa boca suya, pero no soy él y de imbecil no tengo ni un ápice.

Estuve a punto de preguntarle si estaba seguro sobre aquello, pero tampoco quería abusar y tentar al destino.

—No sé de qué habla, ¿puede ser más claro?

—Intentó usarme con Darwyn para conseguir lo que quería —dijo como si nada. Me leyó como si fuese una hoja en blanco—. ¿Realmente cree que me va a poner en su contra?

No respondí.

—De nuevo y por última vez, cuidado, Genneva. Hasta a las hadas se les cortan las alas y mueren desde la altura.

Fruncí el ceño ante la referencia.

—Déjeme en paz, Kaydan —fue lo único que dije—. No lo conozco y...

—Va a conocerme —fue su respuesta.

La tensión aumentó.

Sí, más y más.

—¿Realmente pensó que me podía usar? —me preguntó con semblante frío, pero había una nota de perversa malicia en su voz—. ¿Usarme a mí, Genneva Blinder?

Apreté las manos en puños,

—No me llame así. Ese no es mi apellido.

—En mi boca, sobre mi lengua y en mi mandato; llamo a quien desee, como yo quiera y usted no es y no será la excepción —respondió con altivez—. Así que, pregunto de nuevo, ¿me usó? ¿Realmente lo hizo?

—Pues sí —me encogí de hombros, restándole importancia y no queriendo darle más explicaciones—. Sabía que Darwyn se iba a molestar y por eso lo dije, no estoy realmente agradecida, usted sigue siento un nefasto, ¿qué le parece?

Iba a arrepentirme por esto. Yo no era de hablar y cavar así. Lo sabía, pero él sacaba algo molesto de mí y... Yo solo quería ver a Julieth.

—¿Qué me parece? —dio otro paso más. Sí, otro y yo tuve que levantar la cabeza para verlo a los ojos y me obligué a no respirar para no inhalarlo—. Me parece que ya no me voy.

—¿Qué?

—Iba a irme esta noche, pero cambié de parecer —informó—. Y si es tan valiente como dice ser, espero que lo sea hasta el último momento, porque tengo mis ojos sobre usted y no los pienso quitar.

—¿Qué significa eso?

Un jadeo salió de mí cuando él enredó su gran mano en mi muñeca y el tacto envió energía pura por mi cuerpo, haciéndome temblar y...

—Se lo voy a demostrar.

Capítulo 7.

7

Genneva.

Estaba todavía sorprendida por el tacto de la mano de él sobre mí.

Estaba entre desconcertada, molesta y algo más que no podía explicar, porque de alguna u otra manera, a mi cerebro le costaba procesar el hecho de que él me estaba tocando.

Abrí la boca para decir algo después de sus palabras, pero no salió nada de mí. En absoluto.

Su agarré era tan firme como su persona, y sin dedicarme una sola mirada más, me llevó con él hacia las escaleras de la hacienda, haciendo que subiéramos al último piso de la propiedad.

¿Por qué quería llevarme ahí?

No estaba segura y tampoco se lo pregunté, mi cerebro no estaba funcionando de la manera adecuada y menos cuando su grande mano fue tan firme y dominante.

¿Me había pasado demasiado con todo lo que dije?

Probablemente, no conocía a Kaydan de nada, pero no tenía que conocerlo para poder leerlo y llegar a la conclusión de que era un hombre poderoso y, más allá de eso, peligroso.

Él no se detuvo hasta que llegamos a la terraza y a los balcones de la noche anterior. El mismo lugar en donde me había desvanecido y después resurgí en sus brazos o algo así.

Una vez estuvimos ahí, me llevó hacia el lugar en donde el barandal era más bajo y, después de una pausa, simplemente llevó aquellos fríos y duros ojos a mí y dijo:

—Hágalo.

Lo miré con tranquilidad, sin lograr entender lo que estaba pidiendo.

—Hágalo ahora mismo.

Poder y control.

Evidentemente, él era un hombre que estaba acostumbrado a manejar el control con una manía tan sorprendente que estaba segura de que nadie le cuestionaba absolutamente nada de lo que salía de su boca. Sin embargo, pese a mi historial y todo lo que había sucedido con anterioridad, yo no era una mujer que no cuestionara las cosas.

—¿Hacer qué? —le pregunté con la misma tranquilidad que sentía.

—Tírese.

Lo miré unos segundos tratando de procesar la seriedad de sus palabras, mientras mis ojos se movían hacia la baranda y después hacia el vacío.

—¿Desea que me tire de aquí solo porque... Usted lo ordena?

—La verdad es que no.

—¿Entonces?

A pesar de que su altura me rebasa en todo el sentido de la palabra. Mantuve mi cabeza bien alta para que nuestros ojos se mantuvieran fijos en los del otro.

—Estoy buscando una excusa para que me desobedezca y así hacer esto yo mismo.

—¿Entonces va a tirarme de aquí? —enarqué una ceja—. ¿Y eso por...?

Antes de que pudiera decir algo más, él llevó una de sus manos a mi nuca ejerciendo control, mientras no dejaba de verme con ese halo azul y verde y sin más... Solo comenzó a hacerme retroceder hacia el barandal bajo.

Ni aunque hubiese querido detenerlo hubiese podido. Su fuerza era realmente nata y su poder también. Fue así hasta que hizo que la parte baja de mi espalda tocara la baranda y yo sintiera la caída como una promesa advirtiente.

—Porque quiero —respondió a la pregunta de antes—. Mato gente por placer, Genneva. Quizás quiera darme un gusto en este momento.

—¿Específicamente conmigo?

—Pues sí.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Él estaba tan cerca que su aroma me rodeó de nuevo y mi estómago se vació cuando me hizo inclinar más la espalda contra la baranda y supe que un solo empujón me haría caer y morir.

Iba a morir y no sentía miedo por ello. Sin embargo, no quería morir sin verla primero a ella.

No quería morir primero que Julieth porque eso le haría daño y... No soportaba esa idea.

—No voy a tirarme —le confesé—. Pero si usted es tan asesino como dice y tiene tanto deseo de hacer sus cosas, no voy a detenerlo. Hágalo.

La vida me había enseñado ya hacía mucho tiempo que lo peor que podía hacer una mujer no solo era demostrarle miedo a un hombre, sino que más allá de eso, era rogarle por algo.

Los hombres amaban que les rogaran y, sin importar qué tan dura fuese la vida, no iba a rogar jamás.

Ni siquiera ante la muerte.

—Tíreme si eso es lo que desea —presioné—. Pero que quede en su cabeza que está hiriendo a una mujer inocente que jamás ha hecho nada.

Fue su turno de enarcar una ceja y, mientras hacía aquello, no pude evitar pensar en lo cerca que estábamos y lo indecente que era aquello.

No porque alguno de los dos estuviera deseando hacer algo, sino porque realmente sí era demasiado cerca y estaba segura de que, desde que había llegado ahí, jamás había tenido ese tipo de proximidad con otro hombre que no fuese Darwyn.

—Inocente —repitió y casi pareció que quería burlarse de la palabra, pero su rostro se mantuvo frío—. ¿Cree usted que es inocente?

—Sí —mentí, porque solo yo sabía los demonios que cargaba.

Hubo un momento tenso y un denso silencio en dónde él me analizó y de repente solo dijo:

—Puedo leerlo en su rostro, Genneva Blinder —me indigné por el apellido—. Puedo ver la frialdad y, más allá de eso, puedo ver el cinismo y cómo cree que puede retarme con esa mirada color plata.

No respondí nada, pero él me apretó más contra la baranda y resistí el impulso de prenderme de su camisa.

No le daría ese triunfo.

—Puedo ver el descaro y la osadía ante la cual pretende cuestionarme y retarme, pero no pasará.

—¿Qué no pasará?

—No va a volver a enfrentarme.

La verdad era que no quería enfrentarlo más. Había algo en él que generaba una discordia dentro de mí y deseaba huir lo más rápido que pudiera.

Pero no podía hacerlo y, ante eso, solo me quedó afrontarlo.

—¿No? —mi voz salió baja—. ¿Por qué lo dice? ¿Tiene algo pensado?

Se acercó tanto, que su pecho tocó el mío y me quedé sin aliento, pero, siendo sincera, no supe si era por la cercanía o por lo que su boca soltó a continuación.

—Voy a matarla —informó—. Voy a matarla y no será bonito, ¿sabe por qué?

Mi boca se secó y, siendo sincera, por un instante, me costó mantenerle la mirada.

—¿Por qué? —pregunté.

Su mano en mi nuca se mantuvo, pero la mano que tenía libre fue llevada hacia mi rostro y sin dejar de verme y tampoco demostrar nada, Kaydan alejó un mechón de cabello rubio de mi

rostro y fuera del camino de mi garganta y haciéndome tensar aún más -como si fuese posible-, a continuación, hizo algo que me dejó la boca seca, porque nada era amable en él.

Era como si me estuviera amenazando con una pasivo agresividad aterradora.

Él se acercó tanto a mí, que bajó su cabeza hacia mi oreja y me ericé en el mismo instante, cuando sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja, y su voz, acentuada y fría, dijo:

—Porque me contrataron para asesinarla y voy a hacerlo, Genneva. Lo haré, me tomaré el tiempo y lo gozaré, porque acabo de tomarme esto personal y, si hay algo a lo que mis enemigos le temen, es que yo me tome algo personal.

Estaba mal y no sabía si era por sus palabras o por su cercanía.

—No soy su enemiga —me obligué a decir, no procesando el hecho de que él acababa de decir que alguien lo había contratado para hacerme daño.

—Es peor que eso —se alejó un poco y me miró—. Ni mis enemigos han tenido el descaro suicida de insultarme, usarme y retarme.

—¿Hice eso?

Sus ojos se realizaron por todo mi rostro.

—Hizo más y se lo voy a hacer pagar.

Ninguno dijo nada, solo estaba el reto en nuestras miradas y pese a que él era intimidante como nada que hubiese conocido antes, yo no cedí.

Solo lo miré y esperé el momento en donde cumpliera su palabra. Esperé que realmente me tirara al vacío y terminara con aquellas advertencias.

Pero no hizo nada, su agarre continuaba siendo firme, pero no hizo nada y yo solo esperé, lo hice hasta que...

Escuchamos pasos a las espaldas de Kaydan y, un segundo después, apareció una de las empleadas más antiguas del lugar. Su nombre era Karmia y al vernos a los dos ahí a solas y tan cerca, se detuvo en seco y se puso pálida, mientras Kaydan soltaba su agarre de mí y daba dos pasos atrás.

Pude respirar de nuevo cuando él se alejó.

—Yo... —Comenzó a decir la mujer, la cual miró primero a él y después a mí—. Venía a regar unas flores.

Ni Kaydan, ni yo dijimos nada, pero ella volvió a mirar alrededor de ambos y cuando su mirada cayó en mí, vi el juzgar en sus facciones.

Realmente lo vi y supe que le hablaría de esto a Dakota, y Dakota se lo diría a Darwyn y habría problemas.

Darwyn me encerraría por días en mi habitación en forma de castigo.

—¿No deberías de estar abajo cenando? —me preguntó de repente ella y después miró al rubio, el cual se veía imperturbable—. Señor Von Sclaén, no sé si me compete decirle esto, pero quizás no debería de estar aquí y menos con... Ella.

Me miró de nuevo y yo solo callé.

—Todo se podría malinterpretar y el señor Darwyn no se lo tomaría bien.

—¿Malinterpretar? —preguntó él y ladeó levemente su cabeza—. ¿Malinterpretar específicamente qué?

—Nadie puede estar cerca de ella. Son órdenes del señor y hay que cumplirlas.

Kaydan me miró y yo no dije nada, mientras sentía los latidos de mi corazón acelerarse y...

—Debió ser más clara con eso, Genneva —se atrevió a decir—. No me habló acerca de su marca invisible de propiedad a mi primo.

Karmia me miró realmente mal.

—No puede ir por ahí coqueteando si tiene dueño —añadió él con gelidez, pero, en medio de esa frialdad, estaba segura de que le gustaba lo que estaba haciendo—. ¿Tiene intención de hacerme pelear con mi primo?

Realmente lo miré confundida por sus palabras.

—¿Disculpa? —Logré preguntar—. Jamás le he coqueteado y...

Eso sí que me molestó. Jamás le coquetearía a algo tan nefasto y estaba clara en ello. Ni siquiera sabía coquetear y no me importaba, pero ese no era el punto.

—Ella es así —dijo la empleada—. Por eso aléjese, señor. Lo digo por su bien.

No me sorprendía que todo el mundo ahí me odiaría, después de todo. Era la amante, la puta y la víbora de Darwyn.

—Supongo que tiene razón —fue lo único que respondió Kaydan y me miró—. Y, evidentemente, quedó salvada por la campana, al menos por esta ocasión.

Sabía a lo que se refería con eso, teniendo en cuenta de que acababa de decir que me iba a asesinar.

Sin embargo, él simplemente se giró y comenzó a caminar hacia los ventanales, muy dispuesto a irse, pero justo cuando pasó por el lado de Karmia, se detuvo, la miró y le dijo:

—Algo más.

—¿Sí, señor? —ella se vio intimidada—. ¿En qué le puedo ayudar...?

—¿Quién le dijo que me podía hablar?

Tomándola a ella e incluso a mí por sorpresa, llevó una mano a la espalda de la mujer y, sin piedad alguna, la empujó con fuerza hacia adelante.

Con la suficiente fuerza para hacerla gritar y hacerla irse de bruces contra los barandales del lugar y... sin piedad alguna, hacerla caer cinco pisos abajo.

El grito de Karmia fue lo último que escuché, antes de bajar mi mirada hacia donde cayó y ver en silencio puro cómo su cuello parecía haberse roto y quedado en un extraño ángulo, mientras sangre salía de su cabeza y...

—Esa debería de ser usted —me dijo Kaydan y yo lo miré en silencio, invadida por la sorpresa del acto tan crudo—. Esa debería de ser su sangre —agregó y sacando un pañuelo de su pantalón oscuro, limpió la mano con la que tocó a la empleada como si tocarla lo hubiese manchado—. No hemos terminado, Genneva.

Me petrificó con su odiosa mirada de ambos colores, mientras se giraba y lo escuchaba murmurar entre dientes algo como “irritante” y sin más, como si nada, simplemente se fue como si no acabara de asesinar a una mujer.

**

Intenté recuperar el sueño y dormir después de lo que había sucedido. Después del caos en la casa y luego de que se hizo el levantamiento del cadáver de Karmia.

Intenté dormir, pero cada vez que cerraba los ojos, a mi mente llegaba el recuerdo de aquella mirada de dos tonos y de ese rostro frío que no parecía registrar ninguna emoción.

Si supiera leer y tuviera donde investigar, sin duda alguna investigaría quién era él. Dijo que era un asesino y no lo dudaba -lo parecía-, pero, más allá de eso, ¿quién era realmente? ¿Qué hacía ahí y era verdad que solo quería asesinarme?

Me sentí molesta conmigo misma por pensar en él toda la noche. Molesta por su amenaza y la manera como se acercó a mí y me tocó.

Molesta a un grado que me impidió dormir en toda la noche y fue por eso mismo, cuando alrededor de las dos de la mañana, cuando la puerta de mi habitación se abrió, me sorprendí por la visita.

Esperé que fuese Darwyn y me tensé ante la idea, mientras me sentaba y encendía la lámpara de la mesa de noche, pero me quedé sin aire cuando vi que quien estaba entrando era la enfermera de Julieth y la traía a ella en brazos.

A la pequeña.

Con el corazón a mil, sin entender qué hacía ella ahí, me puse rápidamente de pie, justo cuando los ojos de Julieth, los cuales estaban rojos y casados, se abrieron un poco y mirándome suavidad, dijo con voz muy baja:

—Ginni, te extrañé.

Miré a la enfermera sin entender nada.

—Lo siento, me convenció de traerla aquí a escondidas. Llegamos hace dos horas.

Mi corazón tartamudeó dentro de mi pecho.

—Dijo que... —La enfermera me miró con pesar—. Quería despedirse de ti.

Así comenzó mi noche inolvidable. Comenzó cuando tomé a mi pequeña en brazos, porque no era mía, pero siempre lo había sido.

Capítulo 8.

8.

Genneva.

—Genneva —La voz suave de Elizabeth había sonado detrás de la puerta de mi habitación, mientras yo arañaba mis brazos con fuerza y trataba de olvidar lo que mi padre me había obligado a hacer hacía menos de dos horas.

Había dejado que uno de sus socios pusiera sus manos encima de mí sin piedad y sin moral.

No dije nada, nunca decía nada, ¿qué sentido tenía hablar? Ninguno.

Mi madre siempre decía que aquello era lo que más odiaba de mí, el hecho de que era como un témpano de hielo y jamás me esforzaba por demostrar demasiado. Jamás hacía mucho y en aquella ocasión -como en todas las anteriores-, tampoco dije nada, solo callé y dejé que ese hombre hiciera conmigo lo que deseaba.

Lo que quería.

—Eres la más hermosa de todas tus hermanas, Genneva —solía decirme mi padre—. Mírate ese cabello rubio y ojos grises, eres una estrella entre todas ellas.

Becob, mi padre, jamás decía algo solo porque sí. Evidentemente, no estaba buscando ser amable o algo por estilo, yo no sabía qué era la amabilidad por parte de ellos, solo sabía obedecer sus órdenes y... Callar.

—Necesito ese acuerdo, Genneva —me dijo mi padre —. Hay un socio mío que le gustaría hablar contigo. Quedó agraciado con tu belleza y, como yo necesito algo de él, ¿serás buena, verdad?

Me había costado procesar que era eso de “ser buena”, pensé que tenía que ver con hablar o sonreír, pensé que sería solo ser obediente, pero no.

Jhonsson Becler me enseñó de mala manera que no había nadie que deseara ser realmente amable conmigo y que mi belleza era algo que me iba a doler, porque mi padre comenzó a venderme y Jhonsson fue el primero en matar mi alma.

Fue el primero en demostrarme que yo era algo solo para usar.

—Si no eres tú, será una de tus hermanas —me dijo una tarde mi padre, cuando tuve el valor de decirle que no quería hacer esto más—. Comenzaré con Bianca, no es tan hermosa como tú, pero servirá.

La idea de que Jhonsson y otros la tocaran casi me hizo desmayar, porque pese a que jamás compartía demasiado con ellas y la mayor parte del tiempo me la pasaba aislada, no quería que les hicieran lo mismo.

No quería eso para ellas y por eso, solo por ello, aguanté y obedecí en silencio. Lo hice y, cuando estaba sola, jamás lloraba, solo enterraba las uñas en mis brazos y gritaba mordiendo la almohada, deseando que todo el asco y dolor desaparecieran.

Deseando morir, pero, si yo moría, ¿qué pasaría con mis hermanas? ¿Qué le haría él a ellas?

—Piensa en tus hermanas pequeñas, Genneva —me dijo un día mi madre—. Sé que no amas a nadie, nunca me amaste ni siquiera a mí y es difícil pedirte comprensión porque creo que a nivel emocional no hay nada en ti, pero si no obedeces, él lastimará a las otras, él lastimará a

mi Nina y... No quiero eso, ¿lo entiendes? —me había mirado fijamente—. ¿Entiendes que debes de ser obediente por ellas?

—Sí, mamá —siempre era mi respuesta—. Lo hago.

Era la hermana mayor de las cuatro, tenía que hacer todo lo posible porque ellas estuvieran bien, tenía que hacerlo y lo hice.

Mi madre pensaba que yo no quería a nadie, pero quería a mis hermanas, lo hacía en medio de mi silencio y en medio de mi dolor.

Siempre lo hice y fue por eso por lo que, cuando Elizabeth tocó a mi puerta aquella noche, tapé las heridas de mis uñas sobre mis brazos e ignorando lo asqueada que estaba de mí misma, caminé hacia la puerta del lugar y la abrí.

Ahí estaba ella con sus grandes ojos azules repletos de lágrimas, mientras su labio inferior estaba roto con un golpe que había manchado su barbilla de sangre.

Verla así hizo que algo doloroso se despertara dentro de mí.

—¿Qué pasó, Elizabeth?

Hizo un pequeño puchero y negó en silencio, mientras más lágrimas caían por su barbilla.

—P-papá me golpeó —lloró—. Dijo que soy estúpida.

Tragué saliva con fuerza y continué solo observándola sin decir nada.

—Me duele mucho.

—Está bien —estiré la mano y tomé la suya—. Vamos a curarte.

La llevé conmigo hacia el interior de la habitación y cerré la puerta, sabiendo que, si Becob descubría que ella estaba ahí, habría problemas.

—Papá es muy malo conmigo —susurró la pequeña—. ¿Por qué papá es malo?

La senté en el borde de la tina de mi baño, mientras tomaba el botiquín que solía usar para mis propias heridas y no dije nada.

¿Qué le respondía a mi hermanita de siete años, el porqué su papá era malo?

—No quiero que me golpee más —sollozó.

—No es tu culpa —le dije con voz tranquila, mientras limpiaba su labio—. Lo que él haga no es culpa tuya, Elizabeth.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Hizo un pequeño puchero.

—¿Todos los hombres son malos, hermana?

Sí, quise decirle que sí.

Deseé decirle que no había ni un solo hombre bueno sobre la faz de la tierra, porque después de todo, cada uno de ellos estaban diseñados para tomar todo lo que deseaban, fuese a las buenas o las malas.

Les gustaba mejor que todo fuese a las malas. Eso los excitaba.

Sin embargo, no era como si pudiera decirle eso a mi hermana. Sin importar que tan rencorosa estuviera yo con la vida, ella era una niña y no merecía ver la vida con ese tipo de amargura.

—Todos no —le respondí finalmente, poniendo una crema en su herida—. No todos son malos.

—Quiero un príncipe —susurró—. ¿Me casaré con un príncipe?

La miré en silencio y quise decirle que no, que probablemente se casaría con un imbécil que jamás la respetaría y la obligaría a hacer cosas; sin embargo, solo respondí: —Sí, te casarás con un príncipe.

Pese a la herida en su labio, ella me sonrió feliz y quise corresponderle la sonrisa, pero no pude.

—Listo, ahora ve a tu habitación —le dije cuando salimos del baño—. Derecho a dormir, ¿bien?

—¿Puedo quedarme contigo?

—No —dije rápidamente, porque la idea de que ella estuviera cerca de mi cama me llenaba de asco. Incluso yo estando cerca de ella, era ya un acto perverso, porque yo estaba sucia—. Ve a tu habitación.

—Pero...

—A tu habitación, Elizabeth.

Se encogió ante la dureza de mi tono y asintió en silencio, mientras se giraba y caminaba hacia la puerta.

Mis ojos se movieron hacia la mesa de noche de mi habitación y vi un oso de peluche marrón que siempre había amado. Lo tenía desde que era consciente de mi uso de memoria y pese a que no recordaba quién me lo había regalado, aquel oso marrón siempre había sido mi compañía.

Me acompañó como nadie más lo hizo. Lo abracé en medio de tormentas, llantos, miedos y dolor, pero ya no servía para mí.

Era un oso para una niña y yo ya no era una niña.

Caminé hacia la mesa de noche, tomé el oso y volviendo con la pequeña de rostro triste, se lo ofrecí.

—Tómalo —le dije—. Te hará compañía.

El rostro de ella se iluminó con emoción.

—¿Me lo regalas?

—Sí.

Me abrazó rápidamente, dejándome estática, antes de tomar el oso y abrazarlo con fuerza contra su pecho.

—Gracias, hermana. Te amo mucho.

Ella se marchó y yo me quedé en silencio ahí en medio de la habitación, sin mi oso y con la noción de que yo no merecía ser amada por nadie y por eso era vendida por todos.

**

Julieth estaba acostada en mi cama, con la cobija hasta su pecho y con sus ojos puestos en mí, mientras yo me mantenía sentada a su lado.

Después de haberla traído, la enfermera la dejó y se marchó dándonos intimidad, al parecer, le tenía sin cuidado ganarse un problema por hacer algo como eso.

No dije nada cuando tuve a la pequeña de cinco años conmigo, dentro de mi cabeza se continuaba repitiendo eso de que ella “quería despedirse de mí” y no iba a aceptarlo.

No lo haría, solo tenía cinco años. ¿Cómo era posible que una pequeña de cinco años tuviera una enfermedad tan agresiva que ahora le dificultaba incluso caminar? ¿Cómo era posible?

El mundo estaba repleto de asesinos, violadores y demás calaña. ¿Por qué Dios permitía que esto lo tuviera alguien tan inocente como Julieth y no ellos? ¿Cómo?

Mientras la veía acostada en mi cama y sus ojos marrones se mantenían en mí, me estaba volviendo loca. Realmente sentía que me estaba saliendo de mis cabales, mientras veía lo translúcido y casi verdoso de su piel, además de los hematomas por todas partes y...

—Ginni —susurró e incluso su tono de voz era tan, pero tan débil, que tenía que esforzarme por escucharlo.

—Hey —le susurré y le sonreí, mientras algo dentro de mí lloraba—. Aquí estoy.

Toqué su cabeza sin un solo cabello, mientras la sentía helada.

—¿Por qué me mientes? —preguntó de repente y yo me congelé.

—¿Qué?

—Mentiste de nuevo —alejó sus ojos de mí y apretó contra su pecho un pequeño pony—. Te esperé.

Sus palabras abrieron algo dentro de mi pecho y ni siquiera supe qué responder a lo que ella estaba diciendo.

—Siempre dices que vendrás conmigo o vendrás a verme y no lo haces —su pequeño pecho subió y bajó con suavidad—. Tenía mucho dolor y el doctor dijo que podía descansar, dijo que... Todo estaría bien.

El nudo en mi garganta se volvió más denso y mis manos comenzaron a temblar.

—Pero tenía miedo, no quería descansar porque...

Se quedó en silencio.

—¿Por qué?

—Si descanso puedo irme con papito Dios, Ginni. No quería irme porque no habías ido conmigo y...

Quise pedirle que se quedara en silencio. Sí, yo, una mujer de veintisiete años, quiso decirle a una pequeña de cinco que guardara silencio porque me estaba rompiendo de una manera que no tenía remedio.

—¿Por qué no viniste conmigo? —repitió—. Tenía mucho dolor.

Tomé su mano entre la mía y la apreté con suavidad, mientras me tragaba la agonía.

—Perdón —mi voz se quebró—. Perdóname, Julieth.

Ella no dijo nada, solo volvió a mirarme.

—Quería estar ahí, siempre quiero estar contigo y... Perdóname —necesitaba que ella supiera que la amaba, que a pesar de lo que era yo, yo realmente la amaba—. Debí ir, tienes razón, perdón.

Una pequeña lágrima se deslizó por la mejilla pálida de ella y yo sentí mi cuerpo temblar.

—No estoy brava contigo —puso su otra mano sobre la mía—. Solo quería que estuvieras conmigo, no quería descansar como el doctor dijo.

Me acosté a su lado y cerré los ojos, lo hice porque iba a romperme ahí y había pasado muchísimos años desde que algo así sucedió. No quería que ella me viese de esa manera, no deseaba que fuese consiente del desastre que era yo.

—Siempre quiero estar contigo —le confesé—. Desde el día que te conocí, siempre.

Se acostó de lado para verme.

—¿Desde siempre?

—Sí.

—¿Desde qué era una bebé?

Le sonreí y asentí.

—Una bebé de dos meses, sí —estiré la mano y froté su brazo para que no sintiera frío—. Eras muy bullosa, no dormías casi.

—Las princesas no son bullosas, Ginni.

—Eras una princesa diferente —expliqué—. Una muy linda y con un cabello rojo divino.

—Ya no tengo cabello —susurró.

—Pero sigues siendo hermosa —aseguré—. La más hermosa de todas.

Sonrió de nuevo y pese a que me dije a mí misma que era falso todo lo que estaban diciendo y que ella estaría bien, me obligué a memorizar esa sonrisa.

—Ginni, ¿crees que Dios está molesto conmigo? —Cambió de repente el tema.

—Claro que no.

—Pero, creo que sí.

—¿Por qué lo dices?

Guardó silencio por un instante y solo esperé, lo hice mientras no pasaba por alto el hecho de que se veía más y más cansada.

—Porque Dios dice que debemos amar a nuestros papás y ser buenos —admitió—. Y si quiero a papá y a mamá, pero...

—¿Pero?

—Te amo más a ti —admitió—. Eres mi mami.

Cerré los ojos ante sus palabras y tuve que obligarme a respirar con calma, porque sentía que iba a desbordarme. Iba a hacerlo.

—Yo también te amo —fue mi única respuesta—. Y Dios no castiga a las personas que aman de verdad, no lo hacen.

Se vio aliviada por mis palabras y asintió, mientras se acurrucaba cerca de mí.

—Está bien, te creo —cerró los ojos—. Te creo a ti.

Comenzó a quedarse dormida y, pese a que sabía que lo correcto era dejarla descansar porque los medicamentos que tenía encima eran fuertes y ella estaba muy exhausta, el pánico me comió viva.

No quería que se durmiera.

—¿Recuerdas que me preguntaste sobre mi familia?

Ella abrió sus pequeños ojos y me miró con suavidad, mientras trataba de dejar atrás la fragilidad que envolvía su pequeño cuerpo que antes había estado tan lleno de vitalidad y brillo.

Julieth siempre iba a ser hermosa, sin importar que en aquel momento sus pómulos estaban más afilados que nunca y su color natural ahora era tan pálido, que incluso las venas azuladas se veían.

Era preciosa, pero su imagen era un recordatorio de lo frágil que era ahora y cómo sin importar mis ruegos, mis súplicas y mis deseos. Ella jamás volvería a ser la pequeña de cabello rojo que corría libre por los prados de la hacienda.

—Sí —asintió y trató de mantenerse despierta—. ¿Los extrañas, Ginni?

—Hace mucho que no sé nada de todos ellos, pero... —Hablar de esto no era algo que me gustaba, pero lo haría solo por mantenerla conmigo—. Tengo tres hermanas.

—Wow —susurró—. ¿Y son tan lindas como tú?

—Uhm, creo que más.

—Mientes —arrugó su pequeña nariz—. Nadie es más linda que tú.

Sonreí y llevé mi mano para acariciar su cabecita, haciendo que ella suspirara.

—Me recuerdas un poco a una de ellas —le confesé.

—¿A la más linda?

—Sí, la más linda —tuve que aceptarlo—. Su nombre es Nina.

—Tiene nombre de reina.

Pensar en Nina era algo que estremecía cada fibra de mi piel, porque podía recordar a la pequeña de rostro pecoso y ojos celestes que siempre quiso hacer todo por mí.

—Quizás lo es, ya no lo sé, hace mucho no se nada de ella —confesé—. Pero hay algo en ti que me evoca a ella. Era muy inteligente desde pequeña. Tenía un gran carácter y... Creía que su labor en el mundo era mantenerme a salvo.

—Es porque eres linda y hay que proteger a las princesas lindas.

—Sí, tal vez, sí.

—¿Crees que le agradaría a tu hermana Nina?

—Sí, vería lo fuerte e inteligente que eres y, sin duda alguna, le encantaría.

Julieth sonrió feliz, mientras se estremecía.

—¿Y como se llamaban las otras?

—Elizabeth y Bianca —respondí—. Elizabeth era dulce, pequeña y lo más gentil del mundo —la miré pensativa—. Y Bianca era demasiado fuerte y tenaz para ser real, incluso cuando su corazón era tan defectuoso.

A veces, cuando estaba sola y mi cerebro quería realmente torturarme, no podía evitar preguntarme si Bianca aún seguía viva. No lo sabía, su corazón podría haberse detenido en algún momento y era posible que yo nunca supiera nada sobre aquello.

—¿Y por qué no estás con ellas, Ginni?

—Porque la vida fue diferente para todas —respondí—. Además, prefiero estar aquí contigo.

La alegría la embargó.

—Yo también prefiero estar contigo —susurró—. Pero, Ginni, cuando vaya con Dios, ¿irás con ellas? ¿Con tus hermanas?

No respondí a esa pregunta porque no tenía sentido hacerlo, no lo haría.

Primero, porque a Julieth no le sucedería nada y, segundo, porque yo ya no pertenecía al mundo de ellas.

—Puedes volver con ellas. Te amarán tanto como yo —prometió y una sonrisa apagada fue mi única respuesta.

Estuve hablando con la pequeña por mucho tiempo. Hablé de todo lo que ella me preguntó, sin importar que los temas me pusieran tensa.

Nada de eso importaba, lo único que yo quería era que se mantuviera despierta y conmigo. Incluso prometió al día siguiente darme una carta que pintó para mí, ya que dijo que fue un regalo que me hizo antes de que sus manos le dolieran y no pudiera pintar más.

Estiré nuestro tiempo hasta donde fue posible, pero el malestar llegó alrededor de las tres de la mañana y cuando Julieth comenzó a temblar y después a vomitar, hice todo lo posible por calmarme, pero no fue posible.

En menos de una hora, la fiebre le subió y cayó dormida en una etapa febril, mientras su cuerpo temblaba y ella ya no respondía a mis llamados.

Sin hacer mucho ruido, llamé a la enfermera, la cual le aplicó una dosis de su medicamento y, con rostro triste, me dijo que solo había que dejarla dormir.

—Se ve muy mal —dije, casi entrando en una crisis—. Deberíamos ir a la clínica y...

—Ya está en la fase terminal de su cuidado paliativo, Genneva —me dijo con amabilidad—. Llevarla a la clínica solo será postergar su dolor y... No es justo.

No dije nada.

—Solo dejémosla descansar, ¿sí? —me miró con calma—. Han sido días duros para ella, está muy cansada.

No respondí.

—Vendré por ella antes de que la señora Dakota despierte.

Después de eso, ella nos dejó a solas de nuevo y yo volví a la cama con Julieth, mientras la abrigaba con la cobija y besaba su cabecita.

No pude dormir por horas y al menos hasta las cinco de la mañana, me mantuve totalmente despierta, asegurándome de que Julieth se mantuviera respirando y la fiebre no subiera más.

Le hablé en voz baja una y otra vez, recordándole todo lo que habíamos pasado juntas y en medio de todo ese proceso, recordé la primera vez que ella me habló a mí, fue cuando tenía ocho meses y yo llevaba una semana entera cuidándola, ya que Darwyn y Dakota habían salido del país.

—M-mamá —me había llamado la pequeña, mientras chupaba su manita y se reía—. M-má.

Yo me había quedado totalmente estática ante eso, mientras mi corazón se aceleraba.

—No soy tu mamá, pequeña —le había susurrado y ella solo me había sonreído con sus mejillas regordetas repletas de la ensalada de papá que se había estado comiendo.

—Mamá, m-amá.

Ese día sentí que mi corazón se descongeló un poco ante ella y guardé solo para mí el secreto de que su primera palabra había sido para mí.

Su primera y última palabra, porque alrededor de las seis de la mañana, Julieth abrió sus ojitos de nuevo, justo cuando yo estaba exhausta y me acosté a su lado, y lo único que dijo fue:

—Gracias, mami.

La abracé y besé su frente. Le dije que más tarde, cuando terminara de amanecer, iríamos al jardín juntas y lo único que ella hizo fue llevar su pequeña mano a la mía y me sonrió.

Sonrió y en mi mente quedó que su primera palabra hacia mí fue “*Mamá*” y la última “*Mami*”, ya que cuando me quedé dormida y desperté alrededor de las siete de la mañana, todavía abrazándola, descubrí que ella, Julieth, mi Juls... Ella ya no respiraba.

Julieth había muerto.

Lo hizo mientras dormía en mis brazos y sin más, mi bebé de ojos marrones dejó de estar, así como mi corazón y lo último que me ataba a la vida también dejó de existir.

Capítulo 9.

9.

Genneva.

Miré el cuerpo de ella en silencio y por tanto tiempo, que incluso sentí que el mismo transcurso de la vida se detuvo y solo fui yo, el silencio y la verdad de lo que acababa suceder.

Ella estaba muy quieta y sino fuese porque se veía totalmente pálida, incluso llegaría a creer que estaba dormida, pero no, ella no estaba dormida, mi pequeña Julieth ya no estaba.

Lo sabía y, aun así, me ordené a recuperar la compostura, mientras mi pecho subía y bajaba con fuerza y mis manos jamás dejaban de temblar.

—Julieth —dije y mi voz sonó tan baja, que tuve que volver a hablar—. Julieth.

No se movió, no abrió sus hermosos ojos marrones, no hizo nada. Solo se quedó ahí, aun sosteniendo su pequeño peluche y eso fue todo.

—Oye —dije—. Necesitas despertar, Julieth —volví a la cama y me arrodillé en el colchón, evitando tocarla—. Julieth, ya amaneció, despierta. Iremos afuera.

Lo supe antes de despertar, supe que algo malo había sucedido y me alejé rápidamente de la cama cuando abrí mis ojos, mientras trataba de procesar que era lo malo, pero, de manera inconsciente, yo ya lo sabía.

Lo hacía y, aun así, no podía aceptarlo.

—Julieth —repetí—. Vamos pequeña, despierta.

No recordaba cuando había sido la última vez que sentí lo que estaba sintiendo, pero estaba segura de que había sido hacía mucho tiempo, porque rara vez me permitía sentir algo, pero aquello si lo estaba sintiendo y... Iba a matarme, lo haría.

—Pequeña, despierta —le pedí de nuevo—. Vamos, abre los ojos.

No sucedió y me quedé ahí solo observándola, pero antes de que pudiera decir algo más, la puerta de mi habitación se abrió con brusquedad y apareció Dakota totalmente sacada de sus cabales, mientras que Darwyn la seguía con rostro serio.

Me puse rápidamente de pie cuando los vi entrar y ella me dijo algo, pero era como si todo alrededor de mí estuviera muteado. No pude escuchar lo que decía y tampoco logré leer sus labios.

Por primera vez también en mucho tiempo, Darwyn me envió una mirada dura, pero realmente era una mirada que dejaba en claro que estaba en graves problemas, pero... ¿Cómo podía importarme aquello? ¿Cómo era posible si yo acababa de perder lo único que había tenido y...?

—Julieth, cariño —por fin escuché lo que Dakota estaba diciendo, mientras se subía a mi cama y tocaba la mejilla pálida de la pequeña—. Despierta, bebé, abre los ojos para mamá.

Ella iba en bata y se veía pálida, ojerosa y no dudé que estuviera sufriendo por lo que estaba pasando, pero jamás se había esforzado lo suficiente para estar ahí con su hija.

Quizás si la amaba, pero nunca lo hizo de la manera correcta y por ello era por lo que Juls había encontrado en mí algo que en ella no.

—Hija —repitió ella y se sentó en la cama, mientras atraía a la bebé a su regazo—. Abre los ojos, Julieth, vamos.

Darwyn llamó a la enfermera a gritos y esta llegó con rostro también pálido, mientras miraba entre la pequeña y yo.

No tuvo que acercarse para saber que ya había muerto y mientras le daba las palabras a Darwyn y a Dakota, se hizo un denso y frío silencio.

—Ya era hora —agregó—. Sabíamos que la señorita Julieth no pasaría la noche y...

—Oh, Dios, no —comenzó a decir Dakota, mientras sollozaba y apretaba el cuerpo inerte contra de sí misma—. Mi hija no, Dios, mi bebé.

Miré todo callada, mientras Darwyn se acercaba a su esposa y le decía algo en voz baja, pero ella realmente no escuchó, lo único que hizo fue besar el rostro pálido de Julieth y sollozar de manera fuerte y angustiante.

Afuera de la habitación se fueron congregando algunas empleadas -las más cercanas a Dakota- y todas tenían los ojos llenos de lágrimas ante la noticia, la cual siempre fue esperada, pero seguía siendo igual de dolorosa.

Incluso él llegó. Kaydan.

Estaba tan sedada en medio de lo que estaba sintiendo, que no reparé como iba vestido, pero estaba ahí.

Entró a la habitación y miró todo en silencio y sin un solo ápice de emoción. Miró primero a Dakota y a Julieth y después, sin más, me miró a mí y me reparó de una manera que fue tan intensa para mí en ese instante, que no tuve otra opción que alejar la vista.

—E-ella lo hizo —dijo de repente Dakota, mientras llevaba sus ojos a Darwyn—. ¡Tu puta mató a mi hija!

—Dakota —respondió Darwyn con tranquilidad, pero vi lo tenso de su cuerpo.

De repente, la pelirroja puso a la pequeña de nuevo encima de la cama y tambaleándose, se puso de pie y centró sus ojos en mí.

Unos ojos que estaba llenos de lágrimas y odio también. Un odio que era bastante injustificado porque ella sabía que yo no tenía nada que ver con la muerte de la pequeña.

—Acéptalo —me dijo de repente, encarándome y temblando de ira—. Le hiciste algo a mi hija, ¿Qué le hiciste?

Darwyn intentó alejarla, pero ella se zafó y se acercó más, tanto, que su pecho casi toco el mío.

—Dímelo en la cara —escupió—. Dime que le hiciste.

—No le hice nada —fue mi única respuesta.

—Eres una puta descarada —siseó—. ¿Crees que no sé que estabas intentando poner a mi hija en contra de mí? ¿Crees que no lo sé?

Estaba herida -me dije aquello a mí misma- Ella solo estaba hablando atreves del dolor y pese a que tenía muchas cosas que podría decirle, no lo hice.

—No solo arruinaste mi matrimonio como la zorra que eres, ¡me robaste a mi hija! —me gritó y me empujó haciendo que yo retrocediera con fuerza y sino fuese por una mano firme que llegó a la parte baja de mi espalda y me detuvo, yo habría caído—. ¡Mataste a mi hija!

Darwyn le dijo algo en voz baja, pero ella no escuchó a nadie. Ella estaba envuelta en su dolor.

—¿Quién te dijo que podías traerla aquí? ¿Quién te dijo que podías estar con ella? —volvió a acercarse—. ¿¡Quien mierda te dijo que podía ser la ultima en verla!? —Gritó fuera de sí.

Miré a Darwyn, esperando que él pudiera hacerse cargo de esto, pero ni siquiera él se veía como si pudiera controlar la ira dolorosa de su propia esposa.

—Ya sé lo que hiciste —añadió ella y secó sus lágrimas—. La asfixiaste. Hiciste todo esto por mí y...

De repente, escucharla fue más que suficiente para mí y con la voz mas vacía que alguna vez me había escuchado a mí misma, dije:

—Despierta, Dakota. Tu hija de cinco años acaba de morir y en vez de estar sufriendo realmente por ella, estas llorando y acusándome de haberte hecho algo, cuando nada de lo que está sucediendo hoy tiene que ver contigo —le sostuve la mirada—. Eres una mujer adulta, afróntalo y acepta que el mundo no gira alrededor de ti.

Siempre me había quedado callada ante sus insultos porque, siendo sincera, me tenían sin cuidado. Por mí, ella podía irse al infierno y volver después de eso como le diera la gana. Pero, la idea de que estuviera irrespetando lo que acababa de suceder con su propia hija me asqueaba.

—¿Qué acabas de decirme?

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—Que despiertes, esto no se trata de ti.

Antes de que pudiera decir algo más, ella levantó la mano y me pegó una bofetada tan fuerte, que me sentí saborear mi propia sangre después del asalto.

Después del ataque.

—¿Cómo te atreves? —gritó e intentó abalanzarse sobre mí, pero por fin Darwyn la detuvo—. ¡Maldita puta italiana! ¿Cómo te atreves? ¡Era mi hija! ¡Mía!

No me moví, ni siquiera llevé una mano al lugar en donde ella me golpeó, solo mantuve mis ojos en ella y la espalda lo suficientemente erguida, pero siendo sincera conmigo misma, no me sentía firme, no cuando mis ojos volvían a la cama en donde estaba Julieth y no podía evitar pensar que esto era un irrespeto a su memoria.

¿Por qué nadie tomaba en cuenta de que ella habría querido paz y cosas lindas?

Nadie pensó en eso y mucho menos Dakota, la cual no dejó de llamarme puta, asesina y todo lo que era posible.

En última estancia, después de que ella colapsara y se “desmayara”, Darwyn la sacó cargada y después uno de los hombres de éste mismo, vino por el pequeño cuerpo de Julieth para que este fuese llevado a la funeraria.

De manera casi inconsciente, intenté dar un paso hacia la pequeña cuando se la estaban llevando y casi, sin importar qué, estuve a nada de pedir que no lo hicieran, que no se la llevaran porque ella y mi envejecido gato eran lo único que tenía y si ella ya no estaba...

¿Qué más iba a tener yo? ¿Por qué más iba a seguir yo?

Pero vi como se iba y mi corazón continuó tronándose dentro de mí y pese a que jamás solté ni una sola lagrima -porque al parecer estaba seca por dentro-. Yo supe el momento exacto donde todo se jodió y no hubo marcha atrás.

Creí que me había quedado sola en el centro de mi habitación, mirando en donde antes había estaba Juls, hasta que dos empleadas entraron para hacerse cargo de las sabanas y las cobijas donde durmió ella. Vi que una de las empleadas tomó el Pony con que la pequeña había estado horas antes y...

—N-no —dije rápidamente—. Es mío. Démelo.

—El señor Darwyn ordenó que recogiéramos todo —me dijo una de ellas y me miró con frialdad—. Eran las pertenencias de la señorita Julieth.

—Es mío.

Me ignorando y las vi como comenzaban a recoger todos sus juguetes e incluso sus dibujos. Unos dibujos que me había hecho a mí y sentí mis manos temblar con mas fuerza, mientras mordía mi labio inferior y me tragaba lo que estaba sintiendo.

Ellas comenzaron a salir de la habitación minutos después, justo cuando escuché una voz fría y acentuaba detrás de mí.

—El pony —dijo él—. Déjenle el peluche.

Se sintió la tensión.

—Señor Von Sclaén, nos dieron la orden de...

Me giré y me quedé impactada ante el hecho de que Kaydan continuara ahí -no me había dado cuenta de que jamás se había ido-. De hecho, él estaba tan cerca, que estaba segura de que fue él quien evitó que cayera después de que Dakota me golpeó.

—Deje el peluche —repitió y la miró fijamente, congelándola—. No repito una tercera vez.

De mala gana, pero con evidente miedo, vi como ella sacaba el pony de Julieth de la bolsa en donde lo había guardado y se lo ofreció a él, pero Kaydan no se movió.

—Entrégueselo a su dueña —dijo, refiriéndose a mí.

Ella obedeció, no antes de volver a mirarme mal, pero todo eso me tenía sin cuidado, ya que tomé el pony y lo apreté contra mi pecho, mientras sentía el desconsuelo volverse más presente que antes.

Normalmente, no estaba acostumbrada a que pelearan por mí. Yo no necesitaba eso y tampoco lo quería. Pero tener algo de la pequeña era lo único que deseaba en ese momento y por eso no dije nada.

Las vi a ellas irse y después de eso, solo fuimos él y yo.

Sentí sus ojos por todo mi rostro y me obligué a levantar la mirada, justo cuando dijo de manera casi hastiada.

—¿Por qué se deja golpear?

—¿Qué?

—¿Por qué se deja golpear? —repitió casi con irritación y sus ojos verdes con azul me mantuvieron inmóvil—. Ahora tiene un hematoma en la mejilla.

Por inercia llevé mi mano al lugar en donde Dakota me golpeó y apenas logré ser consiente del ardor en mi mejilla, pero aquel no era nada similar a lo que estaba sintiendo en mi pecho.

—Ella acaba de perder a su hija —fue lo único que pude responder.

—¿Ella perdió a su hija? —ladeó la cabeza con un frío interés—. ¿Y que perdió usted?

No respondí, no tenía para nada sentido responder a esa pregunta y tampoco tenía sentido que él estuviera ahí en mi habitación, pero era ahí en donde se hallaba.

Sin saber porque, quizás porque necesitaba hablar, lamí mis labios y negué suavemente, antes de susurrar:

—Yo no le hice daño. Yo la cuidé. Yo...

—Todos aquí saben que no le hizo daño a esa pobre niña.

—Julieth, su nombre era Julieth.

Podía leer en su cara que lo tenía sin cuidado la muerte de ella y tampoco era como si fuese a culparlo por algo así. Se veía que era de esa clase de hombres que estaba tan acostumbrados a ver la muerte día tras día, que para él era algo que no sólo era natural, sino más bien una normalidad que no le quitaba la paciencia y mucho menos la calma.

Quizás ella fuese su prima de segundo grado, pero para él eso no era nada y estaba bien, si no fuese Julieth, a mí tampoco me importaría la muerte de alguien más.

No me importó y tampoco me quitó el sueño cuando él asesinó a aquella empleada.

—Todos saben que usted no le hizo nada a Julieth —repitió—. Dakota solo quería un espectáculo y lo consiguió.

—¿No le importa que haya muerto? —le pregunté de repente ya sabiendo la respuesta, pero estaba tan necesitada de un comportamiento humano y empático.

—Todos sabían que iba a morir.

—Sí, pero ¿no le importa?

Llevó las manos a los bolsillos oscuros de su pantalón y tras una breve pausa, sus ojos volvieron a mi hematoma como si no pudiera dejar de verlo y solo agregó:

—Si está buscando consuelo o algo por el estilo, aquí no es, Genneva.

—No estoy buscando eso, yo...

—Que bueno escucharlo.

Sin decir nada más, comenzó a girarse para irse y pese a que deseaba decir algo duro o algo por el estilo, no lo hice.

No tenía fuerza para pelear o hacer un intento de ello.

—Gracias —fue lo que salió de mí y lo decía en serio.

Él se detuvo aun dándome la espalda.

—Gracias por el peluche.

—¿Dándole las gracias a un nefasto?

—Solo por hoy.

—Ya veo.

Kaydan finalmente se marchó y después de eso, solo fue silencio, ausencia y... Sentí el peso de la pérdida.

**

Julieth fue velada aquella misma noche y al otro día, sería enterrada en uno de los jardines de la hacienda.

Claramente, no fui invitada a la ceremonia de esa noche y probablemente tampoco podría estar en su entierro. No lo había aceptado, pero sabía que era así y no pude hacer nada más contra eso.

Era tarde en la noche cuando subí a la terraza con Barío siguiéndome, mientras mantenía el peluche contra mi pecho -jamás lo había soltado desde la mañana-. El pony todavía olía a ella y de una u otra manera, me hacía sentir que estaba ahí conmigo.

Sin dejar de admirar la lluviosa y fría noche, me fui para la parte trasera de la terraza, el lugar en donde los barandales quedaban atrás y ahora había bloques de hormigón en forma de muros que daban directo al vacío.

Me senté en uno de ellos dejando que mis piernas colgaran hacia el vacío, mientras miraba la caída hacia abajo y pensaba en lo satisfactorio que solo sería dejarme ir y no tener que pensar en nada más.

El gato negro se sentó a mi lado, mientras me ronroneaba y restregaba su cabeza contra mi brazo desnudo.

—Nunca has sido tan amable —le dije y solo maulló—. No necesitas tenerme lastima hoy.

Volvió a maullar y yo suspiré, mientras veía las gotas de agua caer.

En ese instante, pensé en todo y nada a la vez. Pensé en como la vida podía cambiar en un solo segundo y pese a que era real de que todos ya sabíamos que ella tarde o temprano iba a dejar de estar, la perdida me estaba consumiendo de una manera que no podía explicar.

—¿Crees que la vistieron con su vestido favorito? —le pregunté a Barño y cerré los ojos, imaginándomela en su lindo vestido lila. Me estremecí—. Amaba ese vestido, espero que se lo hayan puesto.

Tragué saliva con fuerza.

—Y ella amaba sus zapatos de bailarina y... —mi voz se quebró—. Mi niña linda, ella...

Mi respiración se volvió más pesada y sentí el nudo en mi garganta volverse más denso, pero antes de qué pudiera siquiera soltar un breve sollozo, Escuché pasos detrás de mí y por un momento pensé que era él. Kaydan.

No era como si lo estuviera esperando, no me importaba su nefasta, fría y odiosa presencia, pero pensé que sería él y cuando descubrí que no, algo dentro de mí se molestó conmigo misma.

—¿Qué haces ahí? —me preguntó Darwyn, el cual estaba vestido totalmente de negro—. Aléjate del vacío, puedes caer.

No obedecí, volví mi mirada a la lluvia y me ordené recomponerme de nuevo.

—Geneva.

—¿No deberías estar con Julieth?

—Vine a buscarte para ver como estabas —fue su respuesta y sabía que no había nada amable ahí, no lo hacía por buena persona, lo hacía por control.

Por un instante, ninguno de los dos dijo absolutamente nada y mientras trataba de llegar a esa calma mía que me caracterizaba siempre, solo erguí aun mas mi espalda y le dije:

—La amaba. Amaba a tu hija como si fuese mía y probablemente era más mía que de ustedes dos —miré mis manos—. Amaba escucharla hablar, amaba enseñarle cosas pese a que no sé mucho y, más allá de todo, amaba que era lo único que realmente tenía en la vida.

Él no dijo nada.

—La amaba y la voy a amar siempre, toda mi vida —el dolor en mi pecho fue tan brutal que me sentí mareada, pero sin importarme el poder caer, me puse de pie y me giré para verlo a los ojos—. Mi amor siempre estará con ella, pero ¿sabes con quien, no?

Lo vi tensarse, pero no dijo nada y dando varios pasos hacia él, caminé y me detuve hasta que estuvimos frente a frente.

—Jamás voy a amarte, Darwyn. Nunca —mi voz fue fría—. No importa que me compres, que me des, que me digas o como me amenaces.

—No hables más Genneva.

—Dentro de mí, nunca, sin importar qué, habrá ni un solo gramo de amor hacia ti, ¿sabes por qué? —estaba segura de que nunca en la vida le había hablado tanto a él—. Porque la mayoría de los hombres me parecen ordinarios y sosos, pero tú, en especial, me pareces repulsivo.

Apretó las manos en puños y por un instante, solo uno, deseé que me golpeará. Quería que lo hiciera para que así, el dolor físico me ayudara a aturdir el dolor emocional.

—Eres asqueroso y eso jamás te lo va a quitar nada, ni nadie.

—Estás pasándote de la línea, Genneva.

—¿Y qué vas a hacer?

—No me retes, sabes lo hijo de puta que puedo llegar a ser.

Se hizo un denso silencio en donde nuestras miradas fueron lo único que hablaron.

—Voy a dejarte —le informé—. Voy a dejarte y sino me matas, te dejaré y jamás me encontrarás.

De repente, él enredó una mano en mi barbilla con fuerza.

—Jamás vas a irte de aquí. Jamás —siseó—. Y venía a decirte que mañana podías ir al entierro de Julieth, pero cambié de aparecer, te quedarás aquí.

Me soltó con brusquedad y comenzó a girarse para irse, pero se detuvo y volviendo a verme, agregó: —Y da igual lo que sintieras o creyeras, no era tu hija, era de Dakota. Aterrizas, las putas no tienen hijos.

Se fue y mientras mi pecho subía y caía con fuerza, tomé realmente una decisión.

Me iría de ahí, pero, para hacerlo, necesitaba ayuda de alguien y... Quizás tendría que pedirle ayuda a la persona más nefasta que había conocido en mi vida y...

¿Qué podía perder?

Capítulo 10.

10.

Genneva.

Tres días habían transcurrido desde que ella murió.

Tres días repletos de silencio dentro de mi cabeza y de agonía constante en mi corazón. Tres días en los que tuve que obligarme a mí misma a levantarme de la cama, mientras sentía que todo alrededor y dentro de mí se estaba derrumbado y dejándome en vacío.

Pasé tres días sin hablar con nadie. Darwyn cumplió su promesa y no me permitió ir al entierro de ella. No pude darle mi última despedida y tampoco pude ver si la habían enterrado con su lindo vestido o algo por el estilo.

No pude ver nada y estaba bien, lo acepté, lo hice en silencio y tres días después, cuando por fin Darwyn volvió a visitarme, lo hizo con una sonrisa en los labios como si nada hubiese sucedido.

Como si su hija no hubiese muerto, y como si una parte de mí -la más importante de todas- no hubiese muerto con ella.

—Aquí está mi muñeca —dijo y me sonrió—. ¿Cómo amaneciste? —preguntó y no le respondí—. ¿Eres consciente de que son las tres de la tarde, no? —me miró—. ¿Por qué no estás arreglada?

Seguía con mi pijama, no me había bañado y estaba segura de que mi cabello tenía nudos.

—Hoy es la fiesta, Genneva, te quiero perfecta, estarás la velada completa conmigo.

Sí, Darwyn iba a celebrar su fiesta de cumpleaños como si nada. Como si ella no hubiese muerto.

De hecho, la fiesta había sido planeada para el día anterior -justo el día de su cumpleaños-, pero como él se creía tan benévolo y amable, corrió la fiesta para un día después y eso era todo.

Por otra parte, Dakota ya estaba normal, ya no había lágrimas ni mucho menos, según ella, su psicólogo le dijo que ser parte de una fiesta y divertirse iba a ayudarla con el luto y la pérdida de su hija.

—Ahora te traerán tu vestido y alguien vendrá a maquillarte y peinarte —continuó diciéndome él—. Te quiero perfecta, ¿bien?

Él se acercó para besarme, pero rápidamente giré el rostro y lo evité.

—Genneva.

—No quiero ir a la fiesta.

—Vas a ir, te necesito ahí —fue todo lo que dijo—. No todos los días se cumplen cuarenta y uno.

Me tenía sin cuidado, podría estar cumpliendo cincuenta y seguía dándome totalmente igual, pero, aun así, lo conocía perfectamente y sabía que no dejaría ir el tema.

—Te amo —me obligó a verlo—. Ojalá algún día puedas entender que todo lo hago por ti y por el amor tan grande que te tengo.

No iba a debatir con él los asuntos de amor. Él no sabía lo que era amar y jamás lo sabría; sin embargo, solo había una cosa que yo deseaba.

—¿Puedo ir a ver la tumba de Julieth?

Por un instante, pareció querer negarse, lo vi en su rostro y en lo cansado que lo tenía el tema de su propia hija; aun así, Darwyn era un empresario importante y sabía negociar y fue por eso mismo que dijo:

—Si te dejo ir a ver la tumba, ¿serás amable esta noche en la fiesta? ¿Te mantendrás a mi lado?

No lo dudé.

—Sí.

—Bien, puedes ir —aceptó—. Pero no quiero escándalos y nada que pueda llamar la atención. La hacienda ahora está siendo decorada y no quiero que nada arruine esta festividad, ¿bien?

—Sí.

Sonrió.

—Esa es mi muñeca, ahora bésame.

Me había prometido a mí misma que jamás volvería a acceder a él. No tenía sentido y tampoco era como si lo deseara; sin embargo, tampoco deseaba poner en riesgo la visita de Julieth y por ello fue por lo que me acerqué a su persona y poniéndome en puntillas, besé sus labios y cedí a él y obsesión por mí.

Una obsesión que parecía que con el paso de los años se volvía más y más fuerte.

Logré visitar por fin a Julieth esa tarde lluviosa. Salí por la parte trasera de la hacienda hacia el jardín más grande del lugar y a la distancia, después de caminar varios minutos, por fin pude encontrar el lugar en donde reposaba ella.

Caminé bajo la lluvia con su Pony de peluche aún apretado contra mi pecho, mientras notaba el hecho de que, pese a que el clima era desolador y muy frío, la decoración alrededor de la tumba de ella era preciosa y silenciosa.

Un mármol blanco se levantaba en medio de la tierra húmeda y ahí se leía su nombre, su fecha de nacimiento y el día en que murió.

Alrededor de la base y cubierto con tierra que aún estaba húmeda, el adorno principal de su tumba era como un pequeño jardín repleto de flores artificiales en todos los colores y tamaños. También había dos grandes ramos de rosas blancas y reales que estaban empapadas por la lluvia, pero hacían que la imagen de su tumba fuese más nostálgica y preciosa.

A la tumba aún le faltaba mucha decoración porque sabía que estaban esperando que la tierra comenzara a echar sus raíces, pero se veía hermoso y no podía negarlo. Incluso bajo la lluvia, todo era tan perfecto, que el nudo en mi garganta creció y fue más difícil de tragar cuando no pasé por alto que varios de sus juguetes favoritos estaban apilados contra la base de mármol.

Sin dejar de sostener a su Pony como si mi vida dependiera de ello, entré en la verja que rodeaba su tumba y, con todo mi cuerpo emparamado y mi cabello pegado a mi cráneo, me senté frente a ésta, prácticamente encima de la tierra y miré su nombre sobre la lápida en silencio.

Un denso silencio que decía muchas cosas para mí.

—Hola, pequeña —logré decir después de varios minutos y apreté el Pony contra mis manos—. Yo... —Tragué el nudo en mi garganta—. Yo te he extrañado mucho estos tres días y... Sí, te extraño mucho.

Sequé el agua de mi rostro y lamí mis labios.

—Lamento cómo terminó todo, Juls. Lamento que haya sido de esta manera y, sobre todo, perdóname por nunca haber ido contigo a la clínica, perdóname por fallarte.

Cerré los ojos y pude imaginarme su bonito rostro y ojos suaves.

—Debí decírtelo más —me atraganté con las emociones en la garganta—. Debí decirte que te amaba desde el primer instante que te cargué y aunque eras demasiado joven para saberlo, eras todo lo que tenía. Eras todo por lo que seguía aquí y... Gracias por amarme —mi voz se quebró—. Gracias por darme la oportunidad de sentirme importante para alguien, yo... Hace mucho no me sentía así o quizás jamás lo hice.

Mis hombros comenzaron a temblar y pese a que llevaba años sin llorar, comencé a sentir la ruina rodearme, mientras los sollozos llegaban a mí y amenazaban con destruirme en dos.

—No tengo nada más —susurré—. No lo tengo y... Solo quiero que regreses, solo te quiero conmigo y... Por favor.

Apreté el peluche con más fuerza y sin poderlo evitar, grandes jadeos comenzaron a salir de mí y sin más, la ruina sí llegó.

Comencé a llorar, lloré de una manera que se sintió como si estuviera siendo destapada como la caja de pandora después de tantos años y mi llanto fue tan fuerte y demoledor, que no pude dejar de temblar y jadear. No pude dejar de abrazar a su Pony y en mi mente se reprodujo todo lo que ella y yo habíamos vivido desde que nació.

Recordé la primera vez que la cargué, la primera vez que durmió conmigo en mi cama y después cómo solo fuimos ella y yo. Como me llamó mamá y como solía abrazarme cuando tenía miedo y sentía que mi presencia era lo único que la calmaba.

Recordé como fue el día que supimos la noticia de que tenía cáncer y como ella me abrazó y dijo:

—*Estaré bien, Ginni. Los doctores dijeron que estaré bien, ¿Bueno?*

Ese día ella había estado sonriente, pero yo tuve miedo. Mucho miedo porque no sabía como sería vivir en un mundo en donde no estuviera ella y ahora, sin más, lo estaba viviendo.

Estaba en un mundo en donde no estaba mi pequeña y...

—S-siempre soñé con ello —susurré y lloré más fuerte—. Soñé con que solo fuéramos tú y yo. Probablemente, no te merecía y no tenía nada que darte, pero... Quería que fuéramos las dos —sequé mis lágrimas y la lluvia en mi rostro—. Soñé con que nos iríamos de aquí y tendríamos un lindo departamento —sonreí en medio de mi dolor y sollocé—. Quizás yo habría conseguido un trabajo como mesera o algo así y tú, tú podrías haber ido al colegio, tendrías amigos y serías feliz, muy feliz.

Guardé silencio por un momento para tratar de controlar el dolor sórdido de mi corazón.

—Hubiéramos sido las dos, en las noches, viendo películas y comiendo palomitas y... Te quería conmigo, Julieth. Nunca he querido nada, porque es probable que no lo merezca, pero te quería a ti y siempre, sin importar nada, te querré y te amaré con mi vida. Lo haré recordando la primera vez que me llamaste mamá y me hiciste creer que tenía la posibilidad de ser amada por alguien.

Me quedé ahí sentada bajo la lluvia y temblando. Hablé con ella como jamás había hablado con nadie y lloré hasta que sentí que estaba tan fragmentada, que era posible que pudiera romperme con mis propios trozos.

—Me iré —le susurré, mientras me ponía de cuclillas, me acercaba a la lápida y posaba un beso ahí—. Necesito irme de aquí, Juls. Tengo que hacerlo, pero, estás aquí —toqué mi corazón—. Eres mi pequeña.

Sabía que probablemente debía de dejar el Pony junto a sus otros juguetes, pero no pude. No podía. Necesitaba tener esto de ella y cuando me puse de pie para irme, lo apreté contra mi pecho y susurré.

—Te amo, hija. Para siempre.

No supe como logré alejarme de ahí totalmente empapada y con el corazón en dos, pero me obligué a hacerlo. Lo hice porque, sin importar que tanto llorara y suplicara, ella jamás iba a volver conmigo y de nuevo, la vida me enseñó que yo estaba destinada a estar sola y solo perder.

Siempre a hacerlo.

Cuando volví a la habitación y cerré la puerta tras de mí, realmente pensé que estaría tranquila y sola en medio de mi luto y proceso, pero estaba realmente equivocada, ya que cuando me giré, me encontré con que Dakota estaba sentada en una de las sillas de mi habitación con una pierna cruzada y con una copa de algún licor en la mano.

Con solo verla a los ojos, supe que desde temprano estaba ebria y por la manera que me miró, era evidente que venía a causar problemas.

—Mírate —dijo, reparándose de arriba abajo—. Siempre siendo un desastre sucio y feo.

No caí en sus palabras; evidentemente, me tenía sin cuidado. Sin embargo, mis ojos se movieron por todo el lugar buscando en dónde estaba mi gato.

—¿Estabas visitando a mi hija?

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Tampoco respondí.

—No recuerdo haberte dado permiso para ello y mucho menos para llorarla, después de todo, era mía.

Era obvio que ella se había dado cuenta de que yo estuve llorando. Al ser tan blanca o más bien pálida, era imposible el no ver cuando lloraba.

—Pensé que no podías hacerlo, creí que solo eras una perra fría y sin emociones, desde luego, jamás te ha importado arruinar las cosas a tu alrededor.

Estaba calada por el frío y lo último que quería era hablar con ella.

—Vete, Dakota —mi voz fue gélida—. No te quiero aquí.

Ella enarcó una de sus cejas rojas, mientras se ponía de pie.

—¿No me quieres aquí? —se rió y bebió de su copa—. Es mi casa, estúpida. Puedo estar donde quiera.

—Vete.

—Eso es mío —sus ojos cayeron en el Pony de Juls—. Lo quiero.

—No —dije con firmeza—. No es tuyo.

Me miró fijamente mientras se terminaba de acercar a mí y de repente, vi como una sonrisa crecía en sus labios.

—¿Quieres ser yo, no? —ladeó la cabeza—. Quieres tener mi belleza, quieres a mi esposo e incluso querías a mi hija. Estás tan desesperada por ser yo, que das vergüenza.

Siendo sincera, jamás se me había pasado por la cabeza querer o desear ser ella, pero no perdí el tiempo explicándole aquello. Estaba segura de que su ego le impedía ver la realidad.

—Pero no tienes nada, Genneva —agregó—. No tienes a Darwyn porque para él solo eres una puta y para mi hija, para ella, solo eras una sirvienta.

—De acuerdo —eso fue todo lo que dije—. Ahora vete.

Se terminó su copa y sin más soltó aquella y permitió que se hiciera añicos en el piso.

—Aun así, no lo voy a negar, Julieth te tenía aprecio —llevó una mano a su bolsillo y de ahí sacó una hoja de papel—. Tanto, que te pintó y te escribió esto.

Mis ojos fueron al papel y cuando vi y reconocí algunos de los dibujos de la pequeña, mi corazón se aceleró.

—¿Quieres leer la carta?

No dije nada, pero mi necesidad por tener algo más de ella se hizo casi palpable en mi rostro, ya que Dakota sonrió y desplegando mejor la carta con letra infantil, dijo: —Léela.

Mis ojos se movieron por todo el papel y de manera desesperada intenté darle un sentido a las pequeñas e irregulares letras que veía, pero no era posible, no entendía nada más allá de que ella había dibujado muchos corazones y nos había dibujado a ella y a mí en un prado con flores.

—Ay, lo olvidaba —dijo con mezquindad—. ¡Verdad que no sabes leer!

Mis ojos fueron a ella y sentí el impulso de arrebatarse la carta. Daba igual que no supiera leer, encontraría a alguien que lo hiciera por mí.

—Es una pena —suspiró—. No tiene entonces sentido para ti.

Sin darme tregua alguna y sosteniéndome la mirada, rompió la carta frente a mis narices en varios trozos y los tiró al piso junto a la copa rota, mientras decía:

—Ahí tienes, puta analfabeta.

Mis ojos se dirigieron a los trozos en el piso y vi hechos añicos los últimos dibujos de Julieth y no sentí nada, o quizás sentí tanto, que me entumecí.

Dakota caminó hacia la puerta y girándome hacia ella, por fin hablé:

—Yo nunca he querido ser tú —se detuvo en seco—. Jamás, ¿sabes por qué?

Se giró para verme y el odio vibró en sus ojos.

—Porque tú quieres ser yo. No importa que tanto te hayas esforzado, el amor de tu esposo y el amor de Juls lo tenía yo y no tú.

Apretó las manos en puños.

—Así que sí, esta analfabeta te tiene insegura, Dakota.

Ella caminó hacia mí y vi su intención de atacarme, pero la frené de nuevo con palabras.

—Tócame y te mostraré como aprendí a defenderme en las vegas y, para que sepas, no fue bonito. Las putas como yo aprendemos todo a las bravas.

—Perra asquerosa.

Me maldijo un par de veces más y después de eso, se marchó furiosa y yo solo me arrodillé en el piso, en medio de cristales, y comencé a recoger los trozos de la última carta que me hizo la pequeña.

**

El vestido que Darwyn escogió para mí era una prenda azul pálida que se ajustaba a mi delgado cuerpo y resaltaba mis curvas. Era demasiado elegante para mí, pero no puse problema cuando me lo pusieron y mucho menos cuando recogieron mi largo cabello en un moño y me maquillaron de una manera que sentí mi piel pesada y acartonada.

Tenía que verme hermosa, muy hermosa.

Daba igual lo que estuviera sintiendo por dentro. Eso no era nada, tenía que verme perfecta para Darwyn y se hizo de aquella manera, incluso fui obligada a ponerme unos tacones plateados y llevar costosos accesorios que sabía que eran regalos para mí.

La hacienda se llenó de autos lujosos y personas sonrientes y adineradas, las cuales le dieron el pésame a la pareja, pero, aun así, disfrutaron del evento de clase alta, el cual tenía de todo por ofrecer.

Darwyn dijo que pasaría toda la noche conmigo -tampoco era como si lo deseara-, pero no fue así, estuvo de un lado para otro con sus socios e incluso con Dakota y yo quedé a la deriva de la fiesta, parada en una esquina y haciendo todo lo posible por evitar las miradas lujuriosas de los hombres y los cuchicheos ponzoñosos de las mujeres.

No bebí nada, solo escuché el bajo sonido de la música, las risas y la habladuría. Solo escuché en silencio, hasta que vi a dos mujeres perfectamente vestidas hablar con emoción.

—Es que míralo, jamás había visto un hombre tan alto y caliente —se rió—. Aparte ese acento, Dios mío, lo quiero, no, mejor aún, lo necesito diciéndome cosas al oído.

La otra le respondió con la misma emoción y sin poder evitarlo, seguí las miradas de ellas y fui ahí cuando lo vi.

A él. A Kaydan.

Al igual que yo, estaba apartado de todo en una esquina, pero aun así tenía la atención de muchos porque era inevitable no verlo. Era imposible y más teniendo en cuenta el traje negro y a medida que llevaba puesto.

Su cabello rubio miel, estaba pulcramente peinado hacia un lado, dándole aún más esa imagen de clase y pese a que todo en él era letal, no se podía evitar aceptar el hecho de que se veía no solo poderoso, sino también como alguna clase de rey.

Ellas volvieron a decir algo y se rieron, pero desde la distancia no pude evitar mantener mis ojos en él y más cuando metió una de sus manos en su bolsillo y con la otra de manera hábil y rápida tecleó algo en su teléfono.

Necesitaba acercarme a él. Necesitaba convencerlo de ayudarme a irme de ahí y sabía que la idea era bastante arriesgada teniendo en cuenta de que era el primo de Darwyn, pero algo dentro de mí me decía que quizás sí lograría esa ayuda.

Por eso mismo, aprovechando que era un cero a la izquierda en aquel lugar, comencé a caminar hacia él con la intención de hablarle, justo cuando vi que otra rubia también caminaba hacia su persona.

—Hola —le dijo ella con voz suave y mimada, la cual logré escuchar cuando estuve cerca y lejos de las bocinas de música—. ¿Cómo estás?

Él no respondió y mucho menos levantó la vista de su teléfono, dejando en claro la clase de nefasto que era.

—Mi nombre es Viví y...

—Largo —fue todo lo que respondió el rubio con voz inexpresiva y sin dejar de ver su teléfono.

Ella se rió suavemente como si él estuviera bromeando y llevó su mano para tocar el brazo de él.

—Estaba pensando en...

Justo en ese instante, él alejó la vista de su teléfono y llevó aquella mirada de Antártida hacia ella, haciendo que de manera inmediata dejara de tocarlo.

—M-me voy —dijo ella—. Yo... Adiós.

La mujer huyó sin decir nada más y casi sentí lástima por ella, porque él era el hombre más grosero que había conocido en la vida; sin embargo, lo necesitaba y por eso mismo, armándome de valor, caminé hasta él.

—Largo —dijo, sin mirarme.

—Este lugar es libre —hablé también con voz fría—. Puedo estar donde quiera.

De repente, los ojos de él dieron con los míos y ambos nos miramos por una fracción de segundo en silencio, antes de que agregara:

—No existe algo como “lugar libre” cuando se está muy cerca de mí. ¿No conoce el espacio personal?

—Quizá no.

Sabía que estaba arruinando todas mis posibilidades de que él me ayudara; aun así, no podía quedarme en silencio y menos cuando era tan... Molesto.

—Es una suicida —respondió casi de manera hastiada—. Sabe lo que le dije la otra noche sobre mi idea de matarla y, aun así, está aquí... ¿Allanando mi espacio?

No creí que fuese real eso de asesinarme, si fuese así, ya lo habría hecho, ¿por qué no se había movido entonces hasta ahora?

Lo miré en silencio y no dije nada.

—¿Qué tiene en la cara?

—¿Disculpa?

—Todo eso que tiene en la cara —repitió—. La hace ver como diez años más adulta.

Abrí la boca y la volví a cerrar, porque claramente no tenía sentido que le dijera a ese hombre lo grosero que estaba siendo.

Él lo sabía y lo disfrutaba.

—Es maquillaje.

—¿Y quién le dijo que usara eso?

Respiré y me recordé la mujer paciente que era.

—No vine aquí a hablar de mi físico.

—¿Entonces a qué vino?

Me miró con verdadera intención y yo dudé unos segundos, pero finalmente dije:

—Quería pedirle un favor.

Supe el momento exacto en donde todo cambió, porque pese a que su rostro estoico se mantuvo siempre así, sus ojos helados se llenaron con leve y dura diversión.

—Quería pedirme un favor —repitió.

—Sí.

De repente, él se irguió y pese a que yo llevaba tacones, ni así lo alcancé.

—¿Y quién le dijo que yo hago favores, Genneva? —su tono de voz se volvió letal—. Mejor aún, ¿quién le hizo creer que yo le haría un favor a usted?

Era intimidante como la mierda, pero no me dejé.

—Solo es un favor.

—Ni uno, ni dos.

Qué tonta había sido de mi parte el creer que podría conseguir algo de un hombre como él.

—¿No le avergüenza, no?

Enarcó una de sus rubias cejas.

—¿Vergüenza? ¿Qué es la vergüenza?

Me crucé de brazos.

—Ya veo, no le avergüenza ser un patán con las mujeres y, peor aún, no le avergüenza ser un nefasto horrible y...

—¿Qué hace pidiéndole favores a un nefasto? —me interrumpió—. No sea masoquista entonces.

Lo miré por unos segundos y supe que tenía que alejarme de ahí, tenía que dejar estar aquello y buscar otra manera de escapar, pero había algo en él que siempre me hacía salirme de mis cabales.

—Es una fea persona.

—¿Y usted no?

—No, no soy fea.

Me reparó de nuevo y con todo el egocentrismo del mundo, respondió:

—Bueno, qué lástima, tendré que darle la razón en eso.

Quería continuar insultándolo. Quería enviarlo al demonio y algo más. De verdad deseaba hacerlo, pero antes de que lograra decir mucho más, sentí como una mano se posó en mi cintura y me apretó suavemente, antes de deslizarse hacia mis nalgas.

Me tensé.

—Aquí está mi muñeca —dijo Darwyn, mientras llevaba sus labios a mi mejilla—. Estás hermosa.

Vi como los ojos de Kaydan se movían hacia su primo y después descendían hacia el lugar en donde estaba su mano, justo cuando aquella volvió a mi cintura.

—Kaydan, ¿qué haces aquí solo en un rincón? —preguntó y en forma de broma pasiva agresiva, agregó: —¿Intentas flirtear con mi mujer?

Kaydan lo miró en silencio y no escondió su fastidio.

—¿No te ha gustado ninguna de las mujeres de aquí? —presionó—. Hay mucho de donde escoger.

—Paso.

—Una buena follada te caería bien, confía.

Me sentí incómoda y miré hacia todas partes menos ahí.

—¿No tienes una fiesta la que atender? —le preguntó a Darwyn.

—Así es, pero, me llevo a mi mujer —Darwyn me jaló contra él—. Tengo que presumirla con todos, porque más tarde solo será yo quien le ponga atención.

Él besó mi hombro desnudo y traté de esconder la repulsión, justo cuando Kaydan añadió con voz más helada que nunca.

—Me voy esta noche —no me miró a mí—. La visita se ha acabado.

—¿Tan rápido? —Darwyn se vio curioso—. ¿Y no tenías algo que tenías que hacer por acá?

Kaydan se separó de la pared y yo traté de decirle a mi corazón que se tranquilizara, justo cuando él dijo:

—Ya acabé con esa mierda —comenzó a alejarse de nosotros con pasos firmes—. Me largo en una hora.

Capítulo 11.

11.

Kaydan.

—Me voy esta noche —le dije de forma fría y en modo de saludo a Krepto, mientras me respondía la llamada—. Organiza todo, quiero el avión para pasado mañana en la pista.

Se hizo un corto silencio, antes de que finalmente respondiera.

—¿Terminaste con ella?

—No.

—¿No?

—¿Qué acabas de escuchar? —mi tono fue brusco—. No, no sucedió.

Eso era mucho por decir, teniendo en cuenta de que nunca, sin importar qué, a mí me quedaba grande un trabajo. Aunque no era como si esa irritante y pequeña cosa me hubiese quedado grande, no era así.

Sin embargo, mi decisión por dejarla viva iba más allá que otra cosa, era por el simple motivo de que no tenía sentido asesinarla, ¿para qué? Después de todo, estaba tan jodida que probablemente se acabaría suicidando y así no tendría que yo manchar mis manos con sangre innecesaria.

Su vida era una mierda ahí. Sabía que nadie la quería y más allá de eso, después de la muerte de esa niña, parecía que toda su vida había quedado reducida en nada y era más que evidente que solo era cuestión de tiempo antes de que se lanzara de alguna altura o algo por el estilo.

Me daba igual.

—¿Qué le voy a decir a los clientes...?

—Devuélveles el dinero —fue mi respuesta—. El negocio se acabó, esto aquí y ella en sí, no merecen mi atención, eso es todo.

Colgué la llamada y volví mi atención a la fiesta, mientras miraba el reloj en mi muñeca y sabía que era cuestión de minutos para alejarme de toda esa mierda.

No iba a mentir, esa parte latente dentro de mí no desechaba la idea de derramar sangre en ese sitio. Estar tantos días ahí para no cumplir la misión no era algo que me representara.

¿Qué me podía costar acabar con la vida de ella?

Había asesinado mafiosos, líderes políticos, empresarios y demás gente importante que se creía inmortal y de la nada, sin más, ¿no iba a ser capaz de ponerle fin a la vida de una silenciosa e irritante joven?

Me tenía harto.

Cada que la mirada y sus ojos grises y fríos daban conmigo, sentía una necesidad efervescente por joderla y seguía sin entender por qué todo era tan personal, pero ahí estaba y no podía escapar, como tampoco pude dejar de verla mientras se paseaba con el bastardo del Darwyn por la fiesta, mientras él hablaba con sus amigos y socios y ella solo observaba en su frío y distante silencio.

No pasé por alto la manera como los otros hombres la veían. Era casi como si ella fuese una clase de luz en medio de la oscuridad y pese a que su rostro no demostraba nada, no se podía esconder el hecho de que su belleza estaba ahí y casi nada podía opacarla.

—Es insufrible —siseé.

Era tan perfecta, que hasta mirarla me irritaba y me hacía querer lastimarla solo por lograr esa atención de mí, porque después de todo, era bastante obvio que no la merecía.

Ella no merecía nada mío aparte de la muerte, pero ahí estaba respirando como si nada.

—Kaydan —escuché una voz al lado mío y cuando me giré, me encontré de frente con Dakota—. ¿Por qué estás tan apartado? ¿No te gusta la fiesta?

—Estoy bien así —fue mi respuesta y ella se rió bajamente.

—¿Quieres bailar un poco?

—La verdad es que no.

Suspiró.

—Ando algo abrumada por todo, no sé cómo lidiar con la mirada de la gente y la pérdida, ya sabes, extraño a mi hija.

Ella iba a comenzar a hablar de su hija como si a mí me importara o algo por el estilo. Además, siendo consecuente con todo, a la única que realmente había visto sufrir con aquella pérdida había sido a la rubia de cabello muy claro.

La había visto llorando en el cementerio bajo la lluvia, mientras abrazaba el peluche que había sido de la niña.

No la había seguido porque de alguna u otra manera deseara saber qué hacía con su molesta persona; más bien, había esperado tomar la oportunidad para tenerla a solas y deshacerme de ella, pero la oportunidad jamás llegó y solo la vi a ella llorar por algo que no era suyo y... Jamás iba a entender cómo había llegado a amar a la hija de dos personas que le hacían la vida imposible, pero no iba a gastar mi tiempo pensando en esas cuestiones.

—Escuché que ya te vas —me dijo y estiró la mano para tocar mi brazo—. Es una lástima, me habría gustado que te quedaras más tiempo. Conocerle ha sido algo sensacional.

Estaba coqueteando conmigo y lo estaba haciendo de la manera más desastrosa posible, porque evidentemente no creaba nada en mí.

—Ya me quedé lo que debería, eso es todo.

Hizo un puchero y no entendía cómo una mujer de treinta y siete años podía ser tan infantil y molesta.

Ojalá en los próximos veinte segundos se enredara con el tacón de sus zapatos, se cayera y se quebrara el cuello.

Sería algo digno de ver.

Ella intentó seguir hablando conmigo, pero la dejé a un lado y sin poder evitarlo, mi mirada volvió a buscarla a *ella*, al hada de ojos grises y descubrí que la mano de Darwyn seguía acariciando su cintura mientras hablaba con otros.

Repulsivo.

En algún momento, mi mirada se encontró con la de ella y me miró con bastante disgusto, antes de ignorarme y tuve el impulso de atravesar la distancia que nos separaba y romper su cuello, pero me mantuve ahí.

Lo hice como si no se hubiese atrevido a faltarme al respeto y como si minutos atrás, como si nada, no me hubiera dicho que necesitaba un favor de mí.

¿Quién se creía?

Había algo de ella que me sacaba totalmente de mis casillas y no sabía como explicarlo, pero lo bueno era que no tendría que pensar más en ello, teniendo en cuenta de jamás la vería de nuevo.

Miré el reloj y faltaba media hora para irme. Solo treinta minutos más y me marcharía y eso sería todo.

En algún punto, vi como ella se acercaba más a Darwyn y le susurraba algo en el oído, antes de que él asintiera y ella se alejara rápidamente en medio de las miradas que le daba todo el mundo.

Todos ahí sabían que ella no era de la alta alcurnia y, sobre todo, todos eran conscientes de que tenía algo con Darwyn y eso hacía que la mayoría de las mujeres la miraran con asco y algo más.

Pero sin saber qué estaba haciendo yo y porque mi jodida mirada se había quedado trabada en la puerta por la que la vi irse, comencé a dar un paso hacia allá sin saber que iba a hacer o porque lo estaba haciendo, pero antes de llegar demasiado lejos, alguien volvió a hablar y aquella vez no fue Dakota.

—¿Ya te ibas, primo?

Me giré y me encontré con la sonrisa incómoda de Darwyn.

—Espero que el viaje sea bueno para ti. La carretera de aquí a la autopista medianamente central es algo larga y debido a la lluvia es más difícil de transitar, pero supongo que no será difícil para ti.

Nuestros ojos se encontraron y pese a que yo era mucho más alto que él, hizo todo lo posible por verse grande.

—Gracias por la visita —añadió.

Había algo en mí que deseaba borrarle la sonrisa del rostro. Algo que me hacía verlo más patético de lo normal.

—Sí, ya me voy —fue lo único que respondí.

—Bien, ¿quieres que te acompañe a recoger tus cosas y hasta la puerta?

Podía leerlo como un libro. Sabía que lo que estaba haciendo no era porque necesariamente deseara ser amable, sino más bien porque estaba protegiendo a algo.

Estaba resguardando a Genneva.

Ni que deseara robársela. Me tenía sin cuidado.

—Ya tengo todo en la camioneta, estoy listo.

—Te acompaño entonces.

Ladeé la cabeza y de manera casi burlesca y conflictiva, no pude evitar decir: —Pareces ansioso porque me vaya.

—Por supuesto que no.

—¿No?

—No.

—Es bueno saberlo, Darwyn —se tensó ante la forma como mi lengua pronunció su nombre—. Porque soy pésimo siguiendo órdenes y cuando las escucho, hago todo menos seguirlas.

Me miró unos segundos en silencio, antes de simplemente soltar.

—¿Me estás amenazando en mi casa? ¿En mi propia fiesta?

—No, a menos que me estés ordenando algo.

Volvió a quedarse callado y pensé que dejaría ir el tema libremente, pero no lo hizo.

—Eres mi primo y me alegra que estés aquí —dijo—. Pero tienes que mantenerte alejado de ella.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Enarqué una ceja.

—¿De Dakota? —lo tenté—. Fue ella quien me buscó.

—De Genneva —dijo con firmeza—. No me gusta que nadie éste cerca de ella.

—¿Y quién te dijo que quiero estar cerca de ella?

—Solo quiero que lo tengas claro —se vio serio—. Es mi mujer.

—Tu mujer —repetí, solo para molestarlo.

—Puedes tener todo aquí y ser bienvenido, pero no te quiero cerca de ella.

Ladeé la cabeza sabiendo que estábamos cerca de comenzar realmente una guerra o más bien de comenzarla yo, porque nadie tenía el derecho de hablarme de esa manera.

—¿Crees que tengo la intención de coquetearle a tu mujer?

Pensó y después negó de manera sabia.

—No, pero Genneva fue una puta —dijo, insultando a la mujer que supuestamente amaba—. La saqué de la peor vida de allá de las vegas y créeme, no sabe controlarse alrededor de los hombres, siempre hace todo lo posible por ser el centro de atención. La que es jamás deja de ser.

Aquellas palabras no sonaban como la rubia y no es como si deseara defenderla -jamás lo haría-, pero nada en ella se veía como si fuese la clase de mujer que buscaba la aprobación masculina. De hecho, jamás la había visto intentando coquetearle ni siquiera al bastardo de Darwyn y sabía que lo que él estaba diciendo solo era para hacerla quedar mal, pero por mí podía joderse.

No tenía la intención de tocar, ni de quedarme con nada que fuese suyo.

—Entonces, deberías de sentirte aliviado por ese asunto —mi voz fue helada—. No me atrae ninguna mujer de este lugar y mucho menos tu amante. Respira, no voy por ahí tomando lo que no me pertenece.

Me alejé antes de que el imbécil pudiera decir algo más y después de diez minutos, no soportando toda esa mierda ahí, decidí que me iría y lo hice.

No pasé por alto que no vi a la rubia volver al salón y me dije a mí mismo que no era mi asunto. No era mi problema. Era una fastidiosa en todo el sentido de la palabra y sería un alivio no volver a verla nunca más.

Así sería y una vez salí de la hacienda, entré en mi camioneta, la encendí y comencé a conducir por el camino al portón del lugar y sin más, lo supe.

Nunca más volvería a saber nada de esa irritable de ojos grises y belleza perfecta y si lo hacía, esperaba que fuese la noticia de su muerte.

Que se jodiera por joderme.

**

—Señor Von Sclaén —me dijo Susan, mi secretaria y escuché el nerviosismo en su voz—. La asamblea requiere su presencia para llevar a cabo la junta de socios y...

—Estoy al otro lado del continente, Susan —dije con voz fría—. ¿Esperan que me teletransporte o cómo?

—No, señor, es que...

—Solucionen sin mí —traté de ver a través de los parabrisas, pero era imposible, la lluvia era más fuerte que nunca y lo sinuoso de la carretera me hacía andar en zigzag alrededor de todo—. Cuando llegue, quiero todo en orden y el papeleo al día.

—Sí, señor.

Colgué la llamada sin decir nada más y suspiré frustrado. Más allá de ser el Barón y dueño de Vértize, era el magnate y CEO de Omnium Global. Una empresa destinada a la venta y compra de softwares y hardware a nivel mundial.

A pesar de que la empresa era considerada una de las mejores y más influyentes de Inglaterra, ya que su patrimonio superaba el millón de dólares en el ranking americano, para mí no solo era parte de mi patrimonio personal, sino también una tapadera que me funcionaba para lavar todo el exceso de dinero que me llegaba de mi agencia de asesinos y espías.

Mi patrimonio era tan grande que ya hacía mucho no sabía de cuanto era, pero la empresa me servía para mantenerme legal y así poderme mover de un lado a otro sin levantar sospechas y tener que declarar impuestos demás.

Sin embargo, no todo era color de rosas, porque al parecer, cuando no estaba presente, era justo cuando los ineptos de los socios les daba por joder y crear asambleas para mejoras y miles de mierdas más.

Traté de hacerle una llamada a uno de mis abogados para tocar un tema de divisas, pero estaba a las afueras de Portland y la constante lluvia hacía que la señal fuese intermitente.

Lo que me faltaba.

Salir de esa carretera me tomaría más de tres horas y existía la probabilidad de que tuviera que rodear toda la montaña si el clima seguía así y había densidad en la entrada a la ciudad.

Estaba concentrado en la carretera, justo cuando escuché un ruido. Lo hice porque mis reflejos siempre estaban muy activos y en primera estancia lo dejé pasar, pero el sonido volvió y...

¿Parecía el maullido de un gato?

Frunciendo el ceño, miré por el retrovisor y traté de darle sentido a todo, pero nada lo tenía.

—Solo salgamos de este basurero —me dije en voz baja—. Ya fue suficiente.

Necesitaba volver a la soledad de mi ático en Inglaterra y dejar de convivir con personas por lo menos un mes. Detestaba a todo el mundo y la soledad era lo único que necesitaba.

Estaba decidido a eso, justo cuando escuché de nuevo otro maullido y seguido a eso, pese a lo fuerte de la lluvia, escuché la voz de una mujer.

Una maldita mujer.

—Tiene que ser una broma —dije deteniendo la camioneta, mientras apretaba el volante con fuerza y me decía a mí mismo que no era lo que estaba pensando.

No lo era.

El gato volvió a llorar y entonces fue ahí en donde escuché su voz y en definitiva comprobé lo que estaba pensando.

—Shh, Barío —dijo ella suavemente—. Silencio.

Comencé a contar mentalmente hasta diez, pero solo llegué hasta dos, antes de simplemente quitarme la chaqueta de mi traje con fuerza y tras abrir la puerta de la camioneta, salí furioso debajo de la fría noche y la densa lluvia que me emparamó enseguida.

Caminé directo hacia el baúl de la camioneta y me dije a mí mismo que iba a matarla. Pondría una bala en su cabeza y acabaría con toda aquella mierda sin dudarlo.

Estaba seguro de ello y terminé de confirmarlo irritado o más bien molesto, justo cuando abrí el baúl del auto y sin más, la vi a ella.

Mantuve la puerta abierta, mientras la poca iluminación que generaba esa parte de la camioneta me permitía verla a ella a los ojos y procesaba el hecho de que había escapado de la hacienda escondida en mi puto auto.

—Puedo explicarlo —fue lo primero que dijo con voz firme, mientras se erguía de su posición fetal y apretaba un morral contra su pecho.

—Puede explicarlo —repetí con voz mortífera, mientras el agua escurría por mi rostro—. ¿Quién le dijo que quiero oír sus explicaciones?

Abrió la boca y la volvió a cerrar, mientras me miraba con ese par de ojos grandes que eran demasiado grises para ser reales y también eran feos.

Los detestaba.

—Abajo —le dije simplemente y di un paso atrás—. Ahora.

No se movió, solo abrazó más fuerte su morral y supe que ahí tenía al maldito gato, ya que este lloró de nuevo y, ahora que lo pensaba, probablemente era ese feo gato negro y tuerto con el que la había visto antes.

—Si repito la orden de nuevo no seré tan caballeroso —advertí—. Abajo.

Negó y no pasó por alto que llevaba puesto el vestido azul de la fiesta. Ese estúpido vestido que la hacía ver más de ensueño.

—No está siendo caballeroso en ningún momento —dijo y levantó la cabeza con firmeza, como si tuviera derecho a retarme.

—Génova —dije con toda la paciencia del mundo y eso que no era paciente—. Es la última vez que lo digo. Abajo.

—No puede bajarme aquí.

—¿Ah, no?

—No. Tengo a mi gato conmigo.

—¿Y?

Frunció el ceño.

—No sea nefasto, él y yo podríamos morir por el clima o por...

Me acerqué de nuevo a donde ella estaba. Tanto, que mi frío la hizo estremecer.

—¿Cree que morir aquí es el verdadero problema? —indagué—. Créame, prefiere mil veces morir aquí y ahora, que seguir en un auto por más de un minuto conmigo después de que le di una orden directa y la desobedeció.

Me miró fijamente.

—Abajo.

—Pues no —negó—. No voy a bajarme y menos porque... Esto es su culpa.

Apreté los dientes y la miré en silencio.

—Si no me hubiese negado el favor, nada de esto estaría pasando.

—Es mi culpa —repetí.

—Sí.

Pensé en muchas cosas en ese instante. Pensé en hacerle daño y obligarla a que dejara de retarme, sin embargo, sabía que había algo peor y sin dejar de verla, respondí con voz helada.

—Bien, entonces vamos de regreso al infierno del que salí. Estoy dispuesto a conducir hasta la hacienda solo porque se me da la gana de no querer ayudarla.

—Mentiré —dijo antes de que yo cerrara la puerta del baúl—. Si me lleva de regreso ahí, mentiré.

—¿Me está amenazando?

Asintió.

—Si me lleva de regreso ahí, le diré a Darwin que... Usted me convenció de escapar —me sostuvo la mirada—. Mentiré y si debo llorar, lloraré para que me crean.

Pasaron los segundos.

Unos segundos en extenso silencio, antes de que estirara mi mano y tomándola a ella por sorpresa, la enredé en su muñeca y la obligué a salir de mi baúl, mientras la lluvia caía con fuerza encima de su persona y yo la atraía hacia mi persona con fuerza, haciéndola jadear cuando su pecho golpeó el mío de manera brusca, dejándonos peligrosamente cerca.

Muy cerca.

—No debió hacer eso, Genneva —fue lo único que dije—. A la mierda que no.

Saqué una navaja de la parte trasera de mis pantalones y la llevé al lugar en donde su pulso latía debajo de su pulcra y pálida piel.

Que satisfactorio sería marcar esa piel y quién mejor que yo y mientras lo pensaba, llegué a una conclusión:

Iba a joderla. Lo haría antes de que ella lo hiciera conmigo y por fin la sacaría de mi camino para siempre. La desecharía de mi sistema, pero antes de lograrlo, la maldita solo dijo:

—Mátame —me sostuvo la mirada—. ¿No dijo que era su trabajo? Bueno, térmelo ahora.

Furioso, la corté y tres segundos después, cuando el líquido escarlata manchó lo pulcro de su piel, dudé ante mi acción y por ello la odié aún más.

Capítulo 12.

12

Genneva.

Mi corazón estaba latiendo deprisa, mientras me obligaba a guardar la compostura y a hacer como si nada malo estuviese pasando.

Como si yo no estuviera en la boca del mismo lobo.

Le había pedido ayuda a Kaydan. Había creído que ese nefasto hombre, de una u otra manera, me brindaría su ayuda para escapar de aquel infierno, pero como no fue así, tuve que hacerme cargo de todo y por hacerme cargo me refería a esconderme en el baúl de su camioneta y escapar.

Después de lo de Julieth ahí no quedaba nada más para mí y tras tomar a mi gato, el peluche de la pequeña y un poco de ropa casual, supe que irme era la única opción y por ello lo seguí al pie de la letra.

Darwyn tenía mucha seguridad en aquel lugar y sabía que la única manera de escapar de ahí sería con la ayuda de Kaydan, ya que era obvio que nadie lo revisaría ni mucho menos. Ese hombre era intocable hasta en tierras ajenas.

Por eso, después de irme de la fiesta, tomé todo lo que me pertenecía -que no era mucho- y me metí en su carro, el cual no había tenido mayor seguridad, ya que estaba en el garaje privado.

Mi plan era sencillo: hacer que él me sacara de esa lejanía absoluta y, una vez estuviera en el centro de la ciudad, estaba segura de que en algún momento se detendría y sería ahí cuando me iría y él jamás sabría nada de mí.

No sabía que me había ayudado.

Había tomado un poco de dinero en efectivo y esperaba que ese fuese suficiente para ayudarme a pasar la noche en un hotel o algo así, después de eso, me movería por la ciudad para buscar un empleo y haría cualquier cosa mientras conseguía lo suficiente para irme muy lejos de ahí.

Lavaría baños, cocinas o lo que fuese. Todo me daba igual, lo único que deseaba era poner la mayor distancia entre Darwyn, Dakota y yo.

Pero mi plan no fue tan perfecto, no después de que Barño hubiese comenzado a maullar ansioso por estar encerrado en un morral y yo no hubiese podido callarlo nunca, pese a mis súplicas.

—Shh —lo había regañado al menos tres veces—. Por favor, haz silencio. Haz silencio.

No lo hizo y yo temí que Kaydan pudiese escucharnos, porque si era así, estaba más que claro que todo estaría perdido. Más aún teniendo en cuenta la clase de nefasto odioso que era.

La solución más fácil hubiese sido dejar al anciano gato atrás, pero no sucedió, yo jamás lo haría. Barño era mío desde hacía dos años atrás y desde entonces, era lo único que tenía en la vida y que realmente me pertenecía.

Lo había rescatado cuando llegó a la hacienda totalmente herido. Le faltaba un ojo y estaba lleno de cortes y desnutrido. El veterinario dijo que no iba a sobrevivir a ello, al parecer, alguien le había arrancado el ojo con un objeto punzante y le habían dado tantas patadas, que sus costillas estaban rotas y era incluso un milagro que pudiera caminar.

Pero él lo hizo, caminó, sobrevivió, se quedó conmigo y no podía dejarlo como si fuese basura. Era mi único amigo y lo era todo después de que perdí a Juls.

Por ello mismo, no pude enojarme cuando en medio de su ataque de ansiedad hizo que Kaydan finalmente nos encontrara y cuando eso sucedió, tras ver la mirada fría de dos colores del nefasto, sin más, supe que estaba en problemas y lo comprobé cuando él me pidió que me bajara ahí en medio de la noche y cuando me negué a ello, aseguró que me devolvería con Darwyn.

—Mentiré —le dije con firmeza tratando de esconder el hecho de que su alta y mojada figura me hacían sentir en constante peligro—. Si me lleva de regreso ahí, mentiré.

Supe el momento exacto cuando eso estuvo mal. Leí en su duro rostro lo mal que se tomó el hecho de que lo hubiese amenazado y, aun así, sin importarme mi vida porque no había nada más importante para mí que escapar, seguí adelante.

—Si me lleva de regreso ahí, le diré a Darwyn que usted me convenció de escapar. Mentiré, y si debo llorar, lloraré para que me crean.

Darwyn se volvería loco una vez que fuese consciente de que yo no estaba. Su obsesión por mí era tanta y tan extrema, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por tenerme consigo y si llegaba a decirle que la idea había sido de su propio primo, estaba más que claro que armaría una guerra solo por eso.

Sin embargo, aquello no me llenó de tanta certidumbre como lo hizo la manera como el rubio me miró y tras una pausa, se robó un gran jadeo de mis labios, luego de que, tomándome por sorpresa, enredó una mano en mi muñeca y sin importarle un solo gramo de decencia o algo por el estilo, me sacó del baúl de su camioneta e hizo que la fría y dura lluvia me empapara a mí y a mi gato que seguía dentro del morral.

Sin piedad alguna y rebasándome con su altura y maldad, lo vi sacar una navaja de la parte trasera de sus pantalones y presionó aquella contra mi garganta, mientras la misma cortina de lluvia nos rodeaba y nos volvía un manojo enojado y retante.

Sin dejar de apretar mi morral contra mi pecho y sosteniéndole la mirada a ese demonio, tragué saliva con fuerza, sintiendo el peligro de la navaja en mi garganta y sabiendo que ningún hombre tendría mi miedo o mis súplicas de nuevo, simplemente le dije:

—Máteme.

Prefería morir ahí, en lo desolado y frío de aquella olvidada carretera, que volver al lugar en donde me habían retenido por tantos años y el mismo lugar en donde perdí a la pequeña que tanto llegué a amar.

Miré los ojos de Kaydan y tras decir las palabras, no pude leer absolutamente nada en ellos. Nada.

Incluso en medio de la poca iluminación, el color azul se veía más predominante que el verde y su frialdad era tan mortal y distractora, que ni siquiera sentí cuando el filo de su navaja cortó un poco de mi garganta, hasta que él soltó una furiosa maldición en otro idioma -o eso creía- y dio un paso atrás.

Sin dejar de verlo a los ojos, llevé mi mano libre a mi garganta y antes de que las gotas de lluvia borrarán la evidencia de sangre, la vi y supe que me había herido.

Él me cortó.

—Es de lo peor —le dije, mientras mis labios temblaban por el frío.

No dijo nada, apretó con más fuerza el arma en sus manos y con rostro impenetrable dio otro paso atrás, mientras nuestras miradas se mantenían sobre la del otro.

—¿No va a terminarlo? —lo reté muy molesta—. Hágalo.

Quería que lo hiciera, esperaba que fuese así porque, de manera muy interna, pese a que estaba segura y muy firme en que deseaba escapar, no era tan estúpida como para no creer que estaba a nada de irme a comer mierda por todo el mundo.

Lo haría porque era yo sola con mi soledad y de primera mano entendía o más bien sabía lo dura que era la vida para las mujeres que estaban solas en el mundo.

—Hágalo —insistí—. Sí, lo usé y acabo de amenazarlo, ¿acaso no dijo usted que eso es un pecado capital? —alejé un mechón de cabello de mi rostro y no pasé por alto que el vestido se sentía pesado en mí—. ¿Una mujer acaba de burlarse de usted, gran Kaydan Von Sclaén?

Tenía un ego y orgullo terrible.

Desde que lo había conocido, eso quedó más claro que nunca y provocarlo solo haría que hiciera lo que, según él, debía de hacer. Sin embargo, pese a lo satírico de mis palabras y al constante enojo que había en mí, -porque sí, estaba muy enojada-. No logré sacar nada de él, ya que, tras darme otra mirada, simplemente guardó su navaja y como si nada, se acercó al baúl y lo cerró, me dio la espalda y comenzó a caminar hacia la parte delantera del auto.

Lo miré anonadada.

—¿Qué cree que hace? —dije rápidamente, tomándome por sorpresa su accionar.

No respondió, siguió su camino mientras pasaba una mano por su cabello para tratar de sacar el agua y una vez llegó a la puerta de su camioneta, pareció muy seguro de entrar, pero volví a hablar.

—¿Va a irse? —jadeé en medio del frío—. ¡Debe de estar bromeando!

Estaba segura de que era la primera vez que una exclamación molesta salía de mí, pero ahí estaba.

Él no iba a devolverme con Darwyn, él no iba a matarme, él... ¡lba a dejarme ahí sola, debajo de la lluvia!

Lo seguí más de cerca sin soltar el morral y tratando de controlar mi enojo, pero no era posible. No sabía cómo controlarme porque normalmente jamás me sentía así.

—¡Es una muy mala persona! —le dije—. ¡La peor y...!

De repente, él se giró dejándonos cara a cara y tan cerca, que tuve que subir mi rostro para verlo a los ojos y en ellos no leí nada.

¿Este hombre no tenía emociones? Probablemente no.

—No voy a perder mi tiempo en esto —fue lo único que dijo—. Usted se salió de su casa, entonces usted solucione qué va a hacer.

—Esa no era mi casa.

—Me tiene sin cuidado.

Se subió y se ubicó detrás del volante, mientras evitaba verme de nuevo y yo solo me quedé ahí viéndolo fijamente, sin poder llegar a creer que de verdad pensé que tenía una oportunidad de acceder a algo tan ruin como él.

—Al menos déjame en la carretera principal —traté de ser civilizada—. Ahí buscaré ayuda, eso es todo.

—No.

—Mi gato —dije—. Se puede enfermar, es anciano y...

—Genneva —la manera como dijo mi nombre me silenció, mientras sus ojos volvían a mí—. No sé de dónde cree usted que salí yo o mejor aún, no sé quién le hizo pensar que de alguna u otra manera existe afinidad entre los dos, pero no ayudo a nadie y no comenzaré a hacerlo con usted —sus palabras se filtraron en mis huesos—. Tomó una decisión, entonces, hágase cargo de las consecuencias sola y quítese de mi camino.

Cerró la puerta del vehículo en mis narices y me dejó ahí debajo de la lluvia, mientras yo observaba la ventanilla oscura de su auto y mi pecho subía y bajaba con fuerza al ritmo que las emociones se remolinaban en mi interior.

El motor de la camioneta rugió de nuevo y tuve un impulso loco por golpear fuerte la ventanilla y dejarle saber mi enojo, pero esa no era yo. Yo no hacía ese tipo de cosas sin importar que tan dura se pusiera la vida y eso que la vida había sido fuerte conmigo.

Por eso mismo, dando un paso atrás, mantuve siempre mi mirada en el auto, pero no dije nada más, no tenía sentido y él y su nefasta persona se podían ir al infierno.

De repente, vi como comenzó a arrancar, pero sin más, se detuvo y bajó la ventanilla para volverme a ver a la cara.

—Cuidado —su voz sonó perversa—. Yo no le tendría miedo a la lluvia, en vez de eso, sería precavido con los animales que hay aquí. He escuchado que se devoran personas enteras.

Comenzó a subir la ventanilla, pero con la misma frialdad le respondí:

—El que debe de tener cuidado es usted, Kaydan. La vida da muchas vueltas y cuando creemos ganar, sin más y sin saber, simplemente podemos estar perdiendo porque no hay enemigo pequeño y el que subestima pierde.

—Yo jamás pierdo, Genneva.

—Jamás es una palabra muy extensa. Quién sabe, el mundo gira y nosotros lo hacemos con él.

Ambos nos miramos por unos segundos que realmente se sintieron eternos, pero dándole totalmente igual todo, simplemente subió la ventanilla de su camioneta y se fue.

Él se fue y me dejó ahí en medio de la desolada noche y constante lluvia, y lo supe: Kaydan Von Sclaén tenía un cupo reservado en el mismísimo infierno.

**

Tenía dos opciones.

Siempre, en la vida, teníamos dos o más opciones y ante aquello, sabía que debía tomar la más acertada.

Volver a la hacienda como si nada y rogar el perdón de Darwyn -cosa que jamás iba a suceder-, por otra parte, aceptar que estaba sola y permitiendo que el destino fuese lo que tuviera que ser, caminar en medio de todo ese desastre oscuro y frío y ver si encontraba algún camino.

Tomé esa última opción.

Caminé bajo la oscuridad y la lluvia, diciéndome a mí misma que eso era mejor que volver a ese otro sitio y que de alguna u otra manera encontraría la manera de estar bien. Siempre lo hacía.

Sin embargo, quien no estuvo muy feliz con todo aquello fue Barío, el cual no dejó de removerse inquieto dentro del morral y maullar ansioso por el frío y lo extraño que era todo.

—Lo lamento, amigo —le dije con dientes titiritantes—. Es lo que hay.

Volvió a maullar.

—Era eso o quedarte en ese lugar en donde nadie te quiere —le recordé, mientras mis piernas pesaban y solo veía la oscura carretera que tenía enfrente como un túnel que jamás tenía final—. Estaremos bien, buscaré dónde parar y te daré comida, lo prometo.

No sabía hacia dónde me estaba dirigiendo, pero tenía fe de que encontraría una carretera principal y cuando eso ocurriera, algún carro me haría el favor de llevarme a alguna parte lejos y todo estaría bien.

Sería así.

Caminé por lo que parecieron horas, pero probablemente eran solo minutos. Lo hice tragándome el cansancio y agradecí haberme puesto unos tenis en vez de sandalias porque mis pasos eran firmes en medio de la tierra mojada y enlodada.

—Encontraré un trabajo y verás que tendremos un lugar en donde estar los dos —continué hablando con el gato porque eso me ayudaba a mantenerme cuerda—. Tendremos nuestra propia habitación e incluso comeremos lo que queramos.

Barío maulló.

—Trabajaré para comprar tus vitaminas también y verás que estarás mejor. Necesitas confiar en mí.

Barío tenía alrededor de ocho años y sufría de las caderas. Había ocasiones en las que no podía caminar de manera adecuada o arrastraba sus patas traseras por el dolor. Al inicio, Darwyn me había complacido comprándole el medicamento, pero luego, cuando comenzó a enojarse conmigo, dejó de hacerlo o me hacía escoger entre la comida o el medicamento para el gato.

Sí, era así de manipulador y perverso.

Pero yo tendría bien a Barío, trabajaría en lo que fuese y le compraría todo lo que necesitara para que nada más le volviera a doler y tuviera esa vida digna que tanto se merecía.

Mientras caminaba ahí bajo la lluvia, la oscuridad y el silencio, no pude evitar pensar en mis hermanas. En ellas y lo cómoda y perfectas que serían sus vidas -no es que me estuviera quejando o ella merecieran menos-. Estaba feliz si todas habían dado con buenos esposos que las trataban como reinas y les daba todos los lujos.

Lo merecían.

Pero en ese instante, luego de escapar y estar tanto tiempo en un mismo lugar, no pude evitar pensar que tan trágico sería que ellas me volvieran a ver después de tanto tiempo. Eso arruinaría totalmente su paz y más allá de todo, yo arruinaría sus estilos de vida y eso era algo que jamás haría, nunca. Habían sufrido demasiado y no se merecían más.

—No iremos jamás allá —le estaba diciendo a Barío—. No seremos una carga para nadie, nunca más y...

Dejé de hablar y justo fruncí el ceño cuando el camino por donde iba se comenzó a hacer un poco más claro. No mucho, pero parecía que más adelante había farolas o algo por el estilo, ya que pude ver mis propias manos e incluso la vegetación y eso me emocionó, porque si había luz, eso significaba que estaba cerca de una carretera principal.

—Ay, lo logramos —le susurré a Barío, mientras alejaba el cabello de mi rostro y caminaba más rápido hacia la luz—. Creo que...

De nuevo, no terminé de hablar porque, justo cuando terminé de recorrer algunos metros y logré llegar a la altitud en donde creía que vería una farola, lo que realmente vi fue un auto estacionado y...

No cualquier auto, la camioneta de Kaydan.

Me detuve en seco y miré el auto en silencio, mientras sentía mi corazón latir repleto de enojo y...

¿Qué hacía ahí?

No entendía porque estaba ahí estacionado bajo la lluvia, pero ahí se hallaba y eso creó un mal sabor en mí porque no quería saber nada de su horrible persona.

Nunca más.

Tardé unos segundos en moverme y solo miré en silencio, antes de tomar una dura respiración y tratando de olvidarlo lo desgastada y temblorosa que me tenía el frío, levanté mi cabeza con orgullo y apretando a mi gato contra mi pecho, seguí mi camino.

Seguí adelante.

—No lo mires —me dije en voz baja, mientras me acercaba más y más—. No lo hagas.

Quizás Kaydan era de ese tipo de hombres que les encantaba no solo ser odiosos, sino también humillar a sus víctimas y lo más probable era que estuviera ahí estacionado esperando que yo pasara por su lado para ver qué tan desastrosa me veía.

Y sí, estaba desastrosa, pero no le daría la satisfacción de verme destruida porque, sin importar que tanto pesara mi ropa y qué tan calada estuviera por la lluvia, no me detendría.

Comencé a pasar por el lado de la camioneta sin apartar mi vista del frente, justo cuando por el rabillo del ojo vi como bajaba su ventana y un segundo después, su voz acentuada llegaba a mí.

—Bien, hay que darle algo de crédito por persistente, pensé que iba a volver a la hacienda.

No respondí.

—Pero ha tardado mucho en llegar aquí. Probablemente deba hacer más actividad física, su estado es pésimo.

Lo detestaba.

—Arriba —me dijo él de repente, siendo consciente de que no le iba a responder absolutamente nada.

Ignoré la orden, no lo miré, apreté mi morral contra mi costado y seguí adelante. Aun así, él no me dio tregua, ya que comenzó a conducir despacio al lado mío y sin importar que tan rápido deseara ir o dejarlo atrás, obviamente fue imposible.

—Quince minutos —avisó como si nada—. Si Darwyn llegara a saber en este instante que usted no está en la hacienda, solo le bastaría un par de hombres y quince minutos para encontrarla y llevarla de regreso de dónde se escapó.

Mi respiración flaqueó ante ese pensamiento porque sabía que era real, pero me obligué a seguir adelante.

—¿Eso es lo que desea?

Comenzaba a sentirme exhausta y rebasada, pero mi dignidad era más importante para mí y no le daría ningún triunfo a él.

—Es mi última invitación o me largo —advirtió—. Arriba.

Seguí, siempre adelante y sin mirarlo en ningún momento. Seguí pese a mis dudas y realmente pensé que él me iba a dejar en paz o algo por el estilo, pero sin más, vi como la camioneta se detenía y luego, de repente, escuché pasos duros detrás de mí y enseguida, una firme y grande mano rodeó mi codo y me detuvo.

—¿Es sorda o se hace? —me espetó y eso fue suficiente para mí y mi ira.

Fue suficiente de todo.

Girándome, arranqué mi brazo de su mano y levantando la cabeza para verlo a los ojos, espeté iracunda.

—¿Quién le dijo que podía tocarme? ¿Yo le di mi permiso?

Se acercó tanto a mí, que incluso me sirvió un poco de sombra para la lluvia.

—¿Usted hablándome de permiso? —enarcó una ceja rubia—. No sea descarada, no después de que me ha usado varias veces.

—Supérelo y déjeme en paz, ya no necesito su ayuda.

—¿Ah, no?

—¡No!

Mi pecho subió y bajó con fuerza, mientras trataba de domar lo que había dentro de mí, pero era imposible. Él me sacaba de mi zona de confort, él me hacía sentir cosas furiosas que hacía mucho no sentía y...

—Tiene alrededor de dos horas de camino. No saldrá de aquí, la van a encontrar.

—Ow, ¿y ahora está preocupado? —le pregunté—. Pensé que no era asunto suyo, ¿no fue lo que dijo?

No dijo nada, solo me observó de una manera que era indescriptible y quise poder leerlo, pero no lo logré.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—Arriba, Genneva.

—¿Por qué quiere ayudarme ahora? —tuve que preguntar.

—Nunca lo sabremos, quizás, pensándolo bien, en el fondo soy un magnífico hombre o, en realidad, probablemente, usted me sirve para joder a Darwyn en el futuro. Ya veremos, el destino es incierto.

Lo miré callada y negué en silencio, mientras yo seguía abrazando a mi gato en el morral y sin más, solo le dije:

—Me hirió.

Frunció el ceño.

—Cortó mi piel. Me lastimó.

Como si se sintiera atraído, rápidamente llevó su mirada al lugar en donde su navaja me había cortado y tras una pasada, negó con tensión.

—Es un corte mínimo, no es nada del otro mundo. Sanará.

—No importa —negué—. Me hirió y eso es suficiente para que no pueda confiar en usted y tampoco pueda recibir su ayuda. Así que, por ello, solo déjeme en paz.

Traté de darle la espalda y volver a mi camino, pero de manera veloz, ahora llevó su mano a mi muñeca y me detuvo de nuevo, pero eso no fue todo, me jaló brevemente hacia su persona dejándome tan cerca, que sentí como en medio del frío mi enojo y algo más se intensificó por todo mi ser e incluso llegó a calcinar mi piel.

—Fue algo mínimo —repitió y se vio irritado—. Si hubiese deseado hacerle realmente daño, lo habría hecho.

—Suélteme.

No lo hizo y la tensión se volvió aún más fuerte cuando dio el último paso que nos separaba y mi corazón casi se detuvo dentro de mi pecho.

—No soy un monstruo como cree —tuvo el descaro de decir—. ¿Olvidó que la salvé de morir en la terraza?

No respondí.

—Debería estarme agradeciendo.

—Se va a quedar esperando.

Ambos nos miramos y sentí algo removerse de nuevo dentro de mí, pero antes de que pudiera procesar que era, justo escuché el ruido de llantas moviéndose rápidamente a través del camino y justo cuando llevé mi mirada hacia el sonido y vi luz iluminar todo, mi mundo se detuvo cuando reconocí dos autos que le pertenecían a los hombres de Darwyn.

Me habían encontrado.

Los vi a ellos detenerse a metros de nosotros mientras su luz nos bañaba y sin poder evitarlo, llevé mi mirada de regreso al rubio, el cual me había estado observando en silencio, y pese a que no me debía nada y tampoco confiaba en él, yo... Me sentí traicionada.

Lo miré en silencio y di un paso atrás, sintiéndome dolida y sabía que no debía, pero él no me había esperado ahí con la intención de llevarme consigo y sacarme de ese lugar, sino que más bien me había retenido para ganar tiempo y lograr que ellos me encontraran.

Él...

Él me entregó.

¿Por qué me sorprendía? Era otro hombre más y quizás el peor de todos. Tratando de consolar lo que había dentro de mí, solo me aferré más fuerte a mi gato y quise retroceder otro paso, pero me mantuve firme y miré hacia los autos recién llegados, justo cuando un hombre que conocía de años se bajó y desde la distancia y con voz firme, dijo:

—Al carro, ahora. El señor Duleck la necesita.

Capítulo 13.

13.

Kaydan.

Sí, había informado que ella escapó.

Lo hice y no me arrepentía, ¿por qué lo haría?

Era el ser más irritante que había conocido alguna vez y más allá de eso, se creía con la potestad de llevarme la contraría a mí como si, de alguna u otra manera, tuviera permitido hacerlo.

¿Quién se creía?

Que se jodiera.

Esperaba que realmente lo hiciera, no solo por usarme, sino también por amenazarme e incluso mirarme con aquellos terribles ojos grises que parecían ser helados y juzgadores.

Sí, que se jodiera.

Me dije aquello una y otra vez, luego de hacerle una sola llamada al jefe de seguridad de Darwyn.

—¿No que ustedes son los mejores? —esa había sido mi fría pregunta y antes de que respondiera, agregué: — Porque voy en la carretera hacia la salida principal y acabo de ver como una figura pequeña y rubia se les escapó del lugar como si nada.

—¿De qué hablas? —la alerta había llenado la voz del bastardo.

—Ven a buscarlo y lo verás.

No tenía consciencia y tampoco moral cuando de otros se trataban. ¿Qué me importa a mí el destino desafortunado de otros?

Nada, jamás me importó y no comenzaría a hacerlo ahora.

Aun así, tenía que darle cierto sentido de valía a esa detestable cosa rubia, ya que, pese a que la dejé atrás, ella continuó adelante por debajo de la lluvia y el frío como si nada por más de veinte minutos, muy dispuesta a encontrar eso que hacía mucho no le pertenecía: Su libertad.

No había estado ahí esperándola para ayudarla -claro que no-, solo quería ver por mí mismo como sería de gratificante el verla siendo arrastrada de nuevo a su infierno y esperé que eso le quedara como lección que joder conmigo no era una opción.

Jamás lo sería.

Pero cuando ella me enfrentó, me ignoró y después me acusó de herirla -como si esa pequeña cortada fuese algo del otro mundo-, mi molestia con ella creció aún más porque yo sabía qué podría haberla realmente lastimado e incluso más, pero, a mí parecer silencioso y personal, esa maldita cortadura parecía un sacrilegio en su pálida y húmeda piel y...

La odiaba por hacerme cuestionar a mí mismo, cuando sabía que había sido lo suficiente piadoso.

Pero si esa herida había levantado niveles furiosos dentro de mí, lo que realmente me puso de peor humor -sí, más-, fue la mirada traicionada que ella me dio cuando descubrió que llegaron por ella y no tenía escapatoria alguna.

Sí, ella me miró como si yo la hubiese traicionado y eso la hizo más estúpida que cualquiera, porque ¿quién le dijo a su detestable persona que, de una u otra manera, podía confiar en mí? ¿Cuándo le di ese beneficio invaluable?

Nunca, y, aun así, tuvo la desfachatez de mirarme y recriminarme unos segundos en silencio, antes de levantar la cabeza de manera firme y mirar a los ojos al hombre que la llamó.

—Al carro, ahora. El señor Duleck la necesita.

Apenas las palabras salieron de la boca del bastardo, vi como ella se tensó, pero, aun así, no dejó de apretar el morral contra su pecho y manteniendo su cabeza en alto, negó.

Sí, ella negó como si tuviera posibilidad alguna.

—No, no volveré.

Mantuve mis ojos en su perfil sin poder dejar de verla, mientras el vestido azul se veía todo arruinado en su persona y su cabello era una mata larga, clara y muy mojada.

—Al carro —espetó de nuevo Semías, mientras caminaba hacia ella con su grande y robusta persona.

Por un instante, pensé que Genneva iba a retroceder o iba a mirarme para implorarme ayuda, pero no lo hizo. No me volvió a mirar a mí y solo abrazó más fuerte a su gato sin moverse ni un solo centímetro.

Su orgullo era de hierro y de algo más y si no fuese porque la detestaba como a todo el mundo, seguramente habría una mínima, muy pequeña, onza de respeto de mi parte hacia ella.

—No iré —respondió—. Bueno, a menos que me obligues.

La mirada que le dio Semías fue más que clara, le encantaría obligarla a hacerlo y cuando se detuvo frente a ella, solo me dio una corta mirada a mí, antes de decirle en la cara.

—¿Qué planeabas? —la pregunta fue venenosa— ¿Escapar y volver a ser una puta?

Ella lo miró con una tranquilidad que por unos segundos me tuvo atrapado, antes de simplemente alejar el cabello húmedo de su rostro y decir:

—Todos ustedes siempre están preguntándome si voy a volver a ser una puta y no sé qué más, pero... —ladeó la cabeza—. ¿Lo dicen solo por qué sí o, en su defecto, lo insinúan porque tienen duda de si en algún momento tendrán una oportunidad conmigo? Siempre anduve con jefes, no con verdugos y mucho menos con arrastrados.

Vi como el rostro del otro se llenó de ira.

—Para ser una puta que nunca habla, ¿tienes una lengua bastante filosa, no?

Ella no respondió y yo no pude evitar pensar que si así era su manera mordaz de responder, como sería esa pequeña cabeza suya repleta de pensamientos duros e irónicos.

—No tengo toda la noche para esto —quién hablé fui yo y le di una última mirada a la rubia, pero ella me ignoró—. Terminen esto como se les dé la gana.

Les di la espalda para comenzar a caminar hacia mi auto, teniendo muy en claro que por mí ella podía joderse y me daba igual que la llevaran al lugar de donde había salido.

Tenía que volver a Inglaterra para hacerme cargo de varias cosas que solo podían andar ante mi presencia y no iba a continuar malgastando mi tiempo en algo tan banal como eso. Por eso mismo, terminé de volver a la camioneta y abriendo la puerta para entrar en esta, fue justo cuando escuché que Semías hablaba de nuevo:

—Si por tu culpa me llego a meter en problemas, te juro que haré que tu vida sea imposible —me giré y vi como enredaba una mano en la garganta de ella.

En la piel blanca y pulcra de su garganta. El mismo sitio en donde estaba la pequeña marca de mi cortadura.

—Haré que todos se den un festín contigo hasta que Darwyn abra los ojos y vea lo sucia y puta que eres.

Genneva no respondió nada ante eso, pero pese a que me dije a mí mismo que debía volver al camino e irme de ahí, no me moví. Solo vi cuando él la tomó del brazo y con fuerza comenzó a arrastrarla hacia la camioneta en donde lo estaba esperando otro hombre con impaciencia.

Observé toda la escena en silencio, mientras mis sentidos se agudizaban aún más e incluso sopesaba la fuerza de la lluvia y el venir del helado viento.

Justo cuando estaban llegando a la camioneta, el estúpido y feo gato de ella comenzó a maullar ansioso y sin poder evitarlo, a la rubia se le soltó el morral y al caer al piso, de alguna manera se abrió y su gato salió despavorido corriendo en la oscuridad.

—¡No! —jadeó ella y fue la primera vez que vi verdadera emoción en su rostro—. ¡Barío!

Intentó escapar de las manos que la retenían para irse detrás del gato que se perdió en la oscuridad, pero Semías no se lo permitió, la tomó más fuerte por el brazo.

—¡Basta, suéltame! —dijo desesperada—. ¡No puedo dejarlo aquí!

—Me importa una mierda tu deforme gato, sube —le escupió y abriendo la puerta de la camioneta intentó meterla, pero la rubia comenzó a zafarse desesperada.

Ella peleó y de repente, totalmente irritado desde la distancia, sentí algo perverso y letal dentro de mí al ver esa pelea y desespero suyo.

Al ver como esa fachada dura y orgullosa quedaba atrás para dejar ver la imagen de una joven desesperada por perder a su gato, comencé a caminar hacia la camioneta en donde estaban ellos.

—¡No me iré sin Barío! —le gritó, alzando el tono por primera vez—. ¡No lo haré!

Vi como ella arañaba la cara del imbécil,

justo cuando el otro también se bajó y en medio de eso y sin más, levantó una mano y la abofeteó tan fuerte, que Genneva se fue de bruces contra el piso.

—No debiste de hacer eso —le dije al imbécil una vez estuve lo suficientemente cerca—. Estoy seguro de que a Darwyn no le gustará saber que la golpeaste.

A mí no me gustó, pero no iba a ahondar en aquello.

—¿Qué haces aquí? —tuvo la desfachatez de gruñirme—. ¿No que te ibas?

Antes de que pudiera responder a eso, él intentó mandar una mano al cabello de Genneva para levantarla de nuevo, pero antes de que llegara muy lejos, me moví rápidamente hacia adelante y sin darle tiempo de hacer absolutamente nada, llevé mi mano a la suya y girándola en sentido contrario al hueso y tomándolo por sorpresa, en menos de tres segundos, rompí el hueso de su muñeca en un chasquido que incluso se pudo escuchar en medio de la lluvia.

El bastardo emitió un alarido, justo cuando Genneva se levantó rápidamente del piso y sin importarle nada, corrió hacia el lugar en donde vio desaparecer a su gato.

—¡Como te atreves, hijo de puta! —me gritó Semías—. Voy a...

Intentó atacarme, pero lo esquivé rápidamente y poniéndome de espalda a él, enredé mi mano en su cuello y pese a que era fornido, no era tan rápido y usando esa ventaja, incliné su cuerpo en un ángulo que lo desestabilizó y sin darle tregua a nada, estrellé su cara contra el vidrio de su propia camioneta, haciendo que el cristal se manchara con su asquerosa sangre.

Vi como el otro se acercaba rápidamente, pero antes de que llegara a mí y sin soltar al primer imbécil, saqué la navaja de la parte trasera de mis pantalones y con una precisión digna solo de mí, la lancé en el aire y esta dio directo en el blanco.

La garganta del otro imbécil.

Semías aprovechó ese breve segundo para darme un codazo e intentar tomar ventaja sobre mí, pero de nuevo, le faltaba demasiado para lograr algo conmigo y fue por ello mismo que tomando la misma mano que le fracturé, la volví a torcer y en medio de eso, ahora quebré su brazo con una violencia tan bestial, que ahora el hueso quedó deforme y sus gritos fueron música para mis oídos.

No me gustaba la pelea cuerpo a cuerpo. Me generaba asco la idea de tocar a alguien y que su mierda estuviera encima de mí, sin embargo, disfruté quebrar a ese bastardo y más cuando escupió mis zapatos y como alternativa, tuve que intentar romper el vidrio blindado de su camioneta con su cabeza y como este jamás cedió, lo que terminó roto fue su cráneo y esa estúpida boca que usó para insultar lo que no debía.

—Bueno para nada —le dije entre dientes, justo cuando lo dejé caer inerte al piso y de repente escuché el sonido de un teléfono.

Era el suyo.

Secando el agua de mi rostro con mi antebrazo, contesté la llamada al ver quién era y caminé hacia donde estaba el de la navaja en la garganta desangrándose lentamente en el piso mojado.

—¿La tienes? —la voz desesperada de Darwyn llegó a mí, justo cuando puse bocaarriba al otro imbecil y viendo la sangre salir de su boca, no hice nada aparte de llevar mi pie a donde sobresalía la navaja y hundirla aún más con mi zapato, gozando vilmente la imagen del ahogándose con su propia sangre y la lluvia que jamás dejaba de caer.

—Me temo que no —respondí con voz tranquila.

Hubo una pausa.

—¿Kaydan?

—¿Quién, sino?

—¿Dónde está Semías? —preguntó y había ahora una oscuridad en su voz—. ¿Dónde está Genneva?

—Bueno, para responder a tu pregunta, el primero digamos que no está en este plano terrenal ya y la segunda, no lo sé, corrió hacia alguna parte en la oscuridad y quién sabe si ya se cayó y se quebró cuello.

—Kaydan —dijo mi nombre de una manera que casi hizo curvar mis labios—. Necesito a Genneva de regreso aquí.

—¿Sí?

—La necesito —repitió—. No sé a qué estás jugando y que quieres, pero ella no tiene nada que ver en eso.

—¿Crees que yo la secuestre? —la curiosidad llenó mi voz.

—Es mía —fue su única respuesta.

—Bien, entonces ven y búscala, primo —dije con evidente sorna—. No te la voy a robar, a menos que ella ruegue por venir conmigo y como soy un Dios, a veces escucho y atiendo ruegos de mujeres en apuro.

Colgué la llamada antes de que pudiera decirme algo más y sabía que era cuestión de tiempo para que estuviera ahí con más hombre.

Lo estaría y para evitarme tener que asesinar a todos esos inservibles, lo mejor era que me fuera. Tenía que hacerlo y ya esa pequeña inservible que se hiciera cargo de lo suyo.

Ya bastante había hecho por ella.

Me lo repetí una y otra vez, hastiado, pero cuando estaba volviendo a mi camioneta, sin más, me detuve, tomé otra dirección y caminé directo hacia donde la vi irse en medio de la oscuridad y sin más, por primera vez en mi jodida vida, me encontré siguiendo a una mujer.

**

La encontré varios minutos después en medio de la lluvia, debajo de un árbol, temblando y abrazando a esa bola de pelos contra su pecho, mientras miraba el piso.

La luz era escasa y el teléfono del imbecil no iluminaba mucho, así que tenía que alertarla que estaba ahí o huiría.

—Vienen en camino —le dije.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

No me miró.

—Van a llevarla de regreso.

—Gracias por eso —me miró y su mirada ahora era nuevamente helada—. Gracias por decirles que estaba aquí.

—Iban a encontrarla tarde o temprano.

Abrazó más fuerte a su gato y de repente, solo supe que estaba a punto de cometer el peor error de mi maldita vida, ya que me encontré diciendo:

—Si quiere huir de aquí, debe ponerse en movimiento ahora —nuestros ojos se encontraron—. Camine, la llevaré hasta la ciudad.

La desconfianza llenó su rostro y no se movió.

—Vamos —ordené.

—No.

—Hablé con Darwyn —se tensó—. Está como un demente y no tarda en llegar. Es ahora o nunca.

—¿Cómo podría confiar en usted?

—No necesita confiar en mí. Estoy siendo piadoso por hoy, es todo. Muévase.

Justo en ese instante, un gran rayo seguido por un fuerte trueno iluminó todo el cielo, asustando de nuevo al maldito y tuerto gato el cual saltó de los brazos de ella e intentó escapar, pero en modo de reflejo, lo atrapé rápidamente antes de que huyera y el maldito animal furioso, se prendió con sus dientes y garras de mi brazo, marcándome.

—¡Barío! —la escuché jadear a ella, mientras esa cosa me mordía.

Llevé mi mano a su lomo para tomarlo de ahí con fuerza y hacer que me soltara, mientras lo agarraba con más firmeza y sin decir nada más, me di media vuelta y comencé a caminar hacia el recorrido que iba a la camioneta, mientras llevaba el animal suspendido en el aire.

—¡No lo tomes así! —ella me siguió rápidamente y si hubiese sabido que necesitaba el gato para traerla, desde hace rato lo hubiera usado—. ¡Va a lastimarlo!

—Bien, esta cosa acaba de mordirme —fue mi respuesta—. Más le vale que no me contagie nada o usted y yo tendremos una conversación.

Ella dijo algo más, pero la ignoré y seguí hacia adelante hasta que finalmente visualicé mi camioneta. Por un segundo, vi que Genneva se detuvo en seco al ver los dos cuerpos ensangrentados tirados en el piso, pero ignorando aquello, yo continué hacia la camioneta con el gato y abriendo la puerta trasera del vehículo, tiré el estúpido animal ahí adentro y cerré para que no pudiera escapar.

—Los mató —dijo, refiriéndose a ellos.

Cuando ella se acercó más a mí y estuvimos de nuevo cerca a la luz de la camioneta, vi con bastante irritación el rojo en su mejilla izquierda.

Ese bastardo debió sufrir más.

Ella se veía como una clase de hada destrozada. Ese vestido era un caos, su cabello era un caos, ella en sí era la definición de caos y, sin embargo; continuaba manteniendo una vibra de perfección y orgullo que me molestaba porque... Era molesto y no podía dejar de mirarla.

—Tiene tres segundos para subirse, Genneva —nuestros ojos se encontraron—. No lo pediré nunca más de nuevo y si me voy, lo haré y es su problema ser encontrada o no.

Entré en la camioneta y conté mental hasta tres. Añadí solo dos segundos más y después de una pausa, ella simplemente se subió en la silla del copiloto y sin mirarme, solo dijo con voz fría:

—Bien, acepto esto, pero no le perdono lo que hizo.

—No le pedí perdón.

—Hasta la ciudad —agregó, ignorándome—. Solo aceptaré su ayuda hasta la ciudad y después de ahí, no volveré a hablar con usted.

No respondí, me tenía sin cuidado y simplemente arranqué la camioneta alejándonos de todo, pero pasado cinco minutos, la irritación volvió mientras la veía temblar a mi lado y sin apartar la vista de enfrente y teniendo cuidado de no tocar al estúpido gato que estaba temblando al lado de mi maleta de mano, la abrí y saqué una de mis camisas de marca.

—Tenga, úsela —se la entregué a ella.

Miró la camisa.

—Va a arruinar mi silla de cuero —agregué solo porque sí.

Genneva tomó la prenda en silencio, pero no tuvo que decirme nada, ya que con esa mirada de plata era bastante evidente que tenía algo irónico para soltar.

Pero, si creí que su silencio me sorprendió, lo que realmente lo hizo fue que no le importó cambiarse conmigo ahí. No es que me importara, pero teniendo en cuenta sus antecedentes y todo lo que había escuchado sobre sus vivencias y lo que le habían obligado a hacer, esperaría un comportamiento un poco más inseguro o algo por el estilo, pero no sucedió.

Nada en ella era inseguro o quizás sí, pero jamás lo dejaba ver.

Mientras yo continuaba manejando por la oscura y sinuosa carretera, de repente, vi como ella comenzaba a subirse su vestido azul por las piernas y después por el resto de su cuerpo. Rápidamente, enterré mis ojos enfrente y no los moví de ahí, pero fue imposible que por el rabillo del ojo no la viera conservar su ropa interior blanca, mientras se ponía mi camisa encima -la cual le quedó como vestido-, para después, de la nada, deshacerse de su sostén por debajo de mi prenda y...

—Necesito otra camisa suya —me miró de frente y cuando llevé mis ojos a los suyos, tuve que hacer todo lo posible para no caer en estúpidas divagaciones que se centraban en lo pulcra que era su piel.

—¿Para qué?

—Para secar a mi gato.

—No usará ropa costosa en ese gato tan feo —dije solo porque sí.

—Sí lo haré —como si nada, se giró para rebuscar en mi maleta de mano algo que le sirviera y cuando hizo eso, mi camisa, la que llevaba puesta, se subió revelando piel suave de sus piernas y apartando la mirada una vez más de prisa, me molesté conmigo mismo.

Lo hice porque ver mujeres desnudas o algo por el estilo no era algo nuevo para mí, pero con ellas era entretenido de alguna manera, pero con Genneva era irritante a un nivel que desconocía y por eso... Por eso conduciría tan rápido como fuese posible y una vez en la ciudad, ella y su gato serían historia para mí.

Eso dije, eso creí, pero... Había otros planes para los dos.

Capítulo 14.

14.

Kaydan.

Ese viaje iba a ser una verdadera tortura para mí y eso que apenas iban dos días.

Sí, dos malditos días en donde me había tocado alejarme de la carretera principal que llevaba directo a Portland, para así irme por la referencia interestatal que atravesaba las montañas y las grandes llanuras de la costa en donde estábamos.

La tormenta estaba siendo más bestial que nunca y pese a que deseé ir más rápido para cortar la distancia de 4000 Km que nos separaba de la llegada que rodeaba casi todo el estado, fue imposible por el tiempo climático y porque nos habíamos pinchado más de tres veces y ya no había más repuesto para ninguna de las llantas.

Pensé varias veces en comunicarme con Krepto y hacerle saber que necesitaba cobertura para salir más rápido de esa maldita, montañesca y desolada carretera, pero esperar refuerzos significaba quedarme estático y, al mismo tiempo, dejar en evidencia mi paradero vulnerable y eso jamás sucedería.

Kaydan Von Sclaén no era vulnerable jamás.

No iba a mentir, en mi mente, mientras seguía conduciendo en aquella montaña y carretera inhóspita, no pude evitar maldecir de nuevo a Seth Warner's.

Se suponía que era él quien había tenido que venir ahí y si aquello hubiese sucedido, yo no estaría en medio de una carretera interminable con una joven que detestaba y con su estúpido gato que no dejaba de maullar hambreado.

Sí, no había comida para ninguno de los tres y eso no me preocupaba por mí, pero necesitaba que ese gato dejara de berrear.

—Estamos a punto de pasar por la primera condilación entre dos carreteras —le dije a la rubia, la cual estaba mirando por la ventana de manera ausente—. Esperemos que ahí allá LG un lugar para darle algo de comer a ese...

—Barío —dijo tranquila, sin voltear a verme—. Su nombre es Barío.

No dije nada más, pasé una mano por mi rostro tratando de alejar el cansancio, mientras ella seguía en lo suyo y es que después de que se hubiese evaporado totalmente su enojo y euforia tras lo que había sucedido, poco a poco, ella había vuelto a la joven que había conocido al inicio.

Una joven silenciosa y tranquila. Un hada fría y distante.

No es como si me importara o deseara hablar, agradecía que mantuviera la boca cerrada y no me dirigiera la palabra, aun así, llegaban momentos, justo como ese, en donde me cuestionaba que podría estar pensando y porque se veía tan intocable.

—No te importa —me dije entre dientes.

—¿Qué? —ella se giró para verme de frente y aquella mirada gris dio con la mía, antes de que yo volviera a centrarme en la borrosa carretera.

—Nada —siseé.

Volvió a mirar en silencio hacia afuera, mientras la lluvia se volvía más densa y poco a poco comenzaba a oscurecer y todo se volvía demasiado monótono y gélido para ser real.

Había tenido que apagar la calefacción porque estábamos al límite de la gasolina y lo último que quería era que nos quedáramos ahí varados. Ella no soportaría ese frío una noche más y su estúpido gato tampoco.

Genneva tenía encima un pantalón de pijama mío que le quedaba gigante y hasta tres camisas y un abrigo que parecía ahogarla por lo grande y si eso era suficiente para mantenerla callada y aislada del frío, dejaría que usara mi ropa.

Continué conduciendo hasta por dos horas más, hasta que llegamos a una parte de la carretera en donde el paso estaba cerrado, ya que la carretera rodeaba un oscuro bosque y debido a la lluvia, un árbol se había caído y dificultaba el paso de la camioneta.

—Mierda —dije en voz baja, mientras me detenía y pasaba una mano por mi cara con impaciencia.

No podía entender como un viaje de horas se había convertido en un viaje de días y aquello no me importaría, a menos que fuese yo solo, pero ahí estaba ella y... Necesitaba mantenerla con vida.

No porque me importara, evidentemente, sino porque no le daría gusto al hijo de puta del Darwyn, no después de que había estado insistiendo con eso de que debía devolvérsela.

¿Quién le dijo que podía pedirle algo? ¿Quién le dijo que yo le iba a dar ese algo?

Bastardo.

—¿Ahora qué? —me preguntó Genneva viendo el árbol caído también.

—No podemos quedarnos quietos —fue mi respuesta, mientras apagaba el motor, pero dejaba las luces encendidas—. Ese imbécil debe de estar buscándonos por cielo y tierra y hay que usar esta ventaja de kilómetros para movernos.

—¿Cree que todavía me está buscando? —ella llevó sus ojos a mí y debido a lo cerca que estábamos, pude ver que el color plata de su mirada era más puro que cualquier otra cosa y cuando el cielo centelló con un relámpago por encima de los dos, ese color plata se tornó en una gama de violetas debido a la iluminación y no dije nada, no pude hacerlo, solo la miré y... —¿Lo cree o no? —insistió.

—Lo está haciendo, sí —dije con obviedad, apartando la mirada de ella—. Está obsesionado, no la dejará nunca.

Comencé a abrir la puerta para salir del vehículo, pero antes de hacerlo, sin importar que la gasolina estuviera baja, encendí la calefacción para ella.

—¿A dónde va? —me preguntó.

No respondí, me bajé alrededor de la lluvia la cual me caló inmediatamente y justo cuando estaba por cerrar la puerta, ella habló de nuevo:

—Darwyn jamás le perdonará esto. Si él ya sabe que usted mató a sus hombres para ayudarme, está en problemas.

—¿Tengo cara de que me importan los problemas?

—Quizás no quiere problemas a nombre mío.

—Tiene razón, no los quiero, pero ya los tengo y soy un hombre, Genneva. Siempre me hago cargo de lo que tengo encima.

Tras eso, cerré la puerta y corrí directo hacia donde estaba el árbol, esperando poder hacer algo con él, justo cuando escuché pasos detrás de mí y al girarme, ahí estaba ella también bajo la lluvia, totalmente calada y sin mirarme, caminó hacia donde estaba yo.

—¿Qué crees que haces? —la tuteé, porque ya no tenía sentido seguir con diplomacias cuando estaba bastante claro que a ella todo le valía.

—Ayudarlo —se detuvo frente a mí y levantó la cabeza para verme a los ojos—. Usted puede ser un hombre que se hace cargo de todo lo que tiene encima, pero a pesar del caos que siempre he sido, yo soy una mujer que no quiere estar encima de nadie, entonces, no soy una carga, Kaydan. Si puedo ayudar, ayudo y sino, también lo hago.

Sin decir nada más, se alejó de mí y se hizo al otro lado del tronco dispuesta a ayudarme a alzarlo como si una pequeña cosa como ella pudiera con algo tan pesado, pero pese a que ella sabía que no podía y yo también lo hacía, lo intentó y eso hizo que fuese imposible dejar de verla en todo momento.

De hecho, no pude dejar de ver a Genneva en toda la noche y me odié por ello, pero tampoco me obligué a dejar de hacerlo.

No pude.

**

Eran alrededor de las ocho de la mañana cuando finalmente después de tres días en la carretera logramos encontrar una pequeña tienda de suvenires que en realidad parecía más un rancho asqueroso que cualquier otra cosa.

Teniendo en cuenta la velocidad en la que íbamos y la dificultad por la lluvia, tardaríamos otros cuatro días antes de poder rodear toda la carretera y cuando eso sucediera, iríamos a la ciudad vecina en donde era más probable que Darwyn tardara en buscarla a ella. Una vez ahí, Genneva que se hiciera cargo de su pequeña e insignificante vida.

Me daba igual.

—Ve y mira que puedes conseguir ahí adentro —le ordené a la rubia una vez me detuve frente a la tienda, mientras yo miraba por el retrovisor—. Cualquier cosa para ti y tu gato.

Me miró en silencio por unos segundos, antes de decir:

—No tengo dinero, perdí todo en mi morral —al decir eso, una clase de dolor llenó su mirada, pero no pude identificar que era porque rápidamente escondió todo.

Tomé una de mis tarjetas de crédito y se la ofrecí. Por un instante, ella dudó y no la tomó.

—No sé usarla.

—Si adentro hay un datáfono, solo es ponerla encima del aparato y eso es todo, hará el cobro.

Asintió en silencio, antes de abrir la puerta y sin más salir.

La vi irse rápidamente hacia la tienda, usando uno de mis abrigos para taparse del frío, mientras yo cerraba los ojos y trataba de respirar y calmar la mierda dentro de mí.

Sí, todo era una mierda.

Que ella fuese a comprar las cosas me daba un minuto para reconstruir mi armadura y tomar aire de nuevo, porque aquellos últimos cuatro días habían sido eternos para mí y jamás pasé tanto tiempo con una persona en un espacio tan pequeño. Además, la necesitaba alejada por unos minutos para hacerme cargo de algo.

Volviendo a suspirar, tomé mi teléfono y al encenderlo recibí notificaciones de llamadas por parte de mis hombres y mensajes también. Ignoré todo y me centré en los mensajes que me envió Darwyn.

Todos eran amenazas disfrazadas.

Amenazas por ella, recordándome que era suya y a su lado era donde pertenecía.

Mis labios comenzaron a curvarse, mientras leía todo lo que me ofrecía él. Dinero, acuerdos, socios, cualquier cosa por Genneva y justo en ese instante, me entró una llamada suya y la respondí.

—Kaydan —dijo y la tensión rodeaba su voz.

—Darwyn.

—¿Dónde está ella? —fue su pregunta—. Déjame hablarle, quiero hacerlo.

—No creo que sea posible —me arrecosté en la silla y mantuve mis ojos por donde la vi irse a ella, pendiente de que no fuese a salir—. No está aquí.

—¿A que te refieres con eso? —gruñó—. ¿Qué le hiciste?

—¿Yo? Nada.

—Kaydan, necesito a Genneva de regreso —repitió—. Yo... Puedo darte lo que quieras.

Pensé en sus palabras.

—¿Qué podrías darme tú, que ya no tenga yo?

—Lo que quieras, solo dime donde estás y vamos a hablarlo.

Llevé una de mis manos al volante y tamborileé los dedos de manera distraída, mientras me reía con frialdad.

—Porque me preguntas en donde estoy, si ya sabes cual es la ubicación —dije con calma, mientras llevaba mis ojos al retrovisor una vez más—. Lo que quieres está dentro de la tienda, ¿por qué no das la orden de ir por ella?

—Kaydan.

—Ven por ella.

—¿Por qué haces esto? ¿Acaso te gusta mi mujer?

—¿Qué harías si la respuesta fuese un sí?

Colgué sin decirle nada mas y encendí la camioneta para alejarme de la orilla de la tienda, antes de girarla hacia la parte trasera del lugar y esconderla entre grandes árboles, los cuales me dieron el camuflaje que necesitaba.

No era un imbécil, mi camioneta tenía una honda de rastreo que podía identificar la frecuencia de otros autos a unos cuantos kilómetros y por eso sabía que nos estaban siguiendo desde muy cerca.

Por eso estaba seguro de que ella tenía un rastreador encima.

Abrí una de las compuertas secretas del auto y de ahí saqué mi mini uzi, mientras abría ahora la puerta de la camioneta y comenzaba a bajar.

Aun así, me detuve cuando Barño me miró con su único ojo desde las sillas de atrás y maulló molesto.

—Ya cállate, ya te traerán comida —siseé—. Quédate ahí y no te cagues mi silla de nuevo o te volveré carne para festín.

Cerré la puerta con fuerza y secando mi cara contra mi camisa negra de mangas cortas, me quedé detrás de un árbol y esperé.

Esperé hasta que ellos llegaran y cuando lo hicieron, solo quedó algo claro: No dejaría que volvieran a golpearla.

Su piel no se llenaría de más hematomas y no bajo mi cuidado.

Me quitaría el nombre antes de que sucediera aquello y pensarlo me irritó, pero lo llevaría a cabo.

Lo hice por mi orgullo y no por ella.

—Aquí da la ubicación —un carro blanco se detuvo al otro lado de la parte trasera de la tienda, pero no pudieron verme porque estaba escondido detrás de árboles—. Está adentro, vayan por ella.

Conté de manera rápida a tres -sí, solo eran tres-. Me desharía de ellos de manera rápida antes de que Genneva volviera, porque sabía que tardaría en poder pagar con esa tarjeta.

No existía posibilidad alguna de que en un rancho de mierda como ese hubiese un datafono, pero ella no lo sabía.

Sí, la quería ahí adentro buscando estúpida comida para su gato, que ahí afuera siendo estresada de nuevo por esos hijos de puta.

—Rápido, no quiero tener que conducir de nuevo por ese maldito bosque de noche —dijo el que mandaba.

—Ve el lado positivo —soltó otro—. La tendremos en medio de un bosque solo para los tres. Ese imbecil como que la dejó.

No debí escuchar esas palabras o, mejor aún, ellos no debieron decírlas frente a mí.

—Me siento un poco excluido —Salí de entre los árboles, mientras adaptaba un silenciador al arma—. Sigo aquí y la tengo yo, ¿por qué solo la disfrutarían ustedes?

Todos se giraron rápidamente hacia mí con sus armas en mano, pero antes de que pudieran llegar muy lejos, le metí un certero balazo en la cabeza al primero y al segundo, de manera veloz, le disparé en la mano para hacerlo soltar su arma, mientras el tercero me disparaba y yo me movía rápidamente hacia la izquierda antes de que me impactara.

Adelantándome, volví a dispararle al segundo, pero, de repente, esto no era suficiente para mí. Normalmente, untarme las manos de sangre me asqueaba, pero quería sus estúpidas sangres en mis manos y por ello mismo, usé al tercero para atraerlo hacia mí y cuando intentó dispararme una vez más, golpeé con la cacha su cara y partí su nariz en dos, antes de dispararle a su pie y de manera veloz, envolver mi brazo alrededor de su cuello, mientras lo usaba de escudo para que el segundo, el cual estaba intentando apuntarme con su mano sana, no pudiera herirme.

Era muy lento para mí.

Le disparé primero en el pecho y después dos en la cabeza, mientras veía como la sangre se combinaba con la lluvia y dejando caer mi arma, llevé mi boca a la asquerosa oreja del tercero y le gruñí:

—No vas a saber lo que es estar solo con ella en el bosque, pedazo de mierda.

Con un rápido movimiento, saqué la navaja de mi pantalón y justo cuando el hijo de puta trató de empujarme para hacerme perder el equilibrio, llevé de manera veloz la hoja afilada a su cuello y no lo apuñalé, sino que mas bien lo desgarré vivo, haciéndolo gritar, mientras su sangre caliente envolvía mi mano y salpicaba mi cara.

Lo rasgué desde la parte alta de su garganta, hasta el inicio de su pecho y por primera vez en mi vida, sí, sucedió.

En medio de la frialdad, disfruté esa vena sanguinaria que jamás le había dado a nadie.

No iba a pensar en porque lo estaba haciendo ahora. Daba igual.

En vez de eso, limpié en mis pantalones los restos de sangre, antes de volver a la camioneta, tomar mi teléfono y tras tomarle una foto a los cuerpos ensangrentados en el piso, le envié la imagen a Darwyn.

“La próxima vez, ven tú mismo por ella. Quizás así logres quitármela”.

No me pertenecía y tampoco me importaba. Días atrás había planeado asesinarla y el estar diciendo que nadie podía “quitármela” solo era para joder a ese imbécil, porque no la quería conmigo y tampoco se iba a quedar de esa manera.

Íbamos a separarnos pronto. Sucedería.

Pero, mientras eso ocurría, nadie la tocaba y mucho menos uno de esos imbéciles.

Genneva tardó tanto en salir, que incluso tuve tiempo en esconder los cuerpos detrás de los árboles y cambié mi camisa por otra, mientras esperaba y...

De repente, caí en cuenta de que ella no podía verme ahí donde estaba -fue un pensamiento que llegó de manera tarde- y, maldiciendo, volví a la lluvia y troté hasta rodear la pequeña tienda e ir a la parte de adelante, cuando lo hice, me detuve en seco cuando la vi a ella de pie afuera del lugar, totalmente emparamada y mirando el piso en silencio y de manera casi pensativa.

—¿Qué haces ahí? —espeté de manera tosca, no gustándome su imagen casi... Derrotada.

Levantó rápidamente la cabeza al escuchar mi voz y apartó el cabello húmedo de rostro.

—¿Qué haces?

—Yo... —Negó—. No pude conseguir nada, adentro no hay para tarjetas.

Caminé hasta ella y la miré en silencio.

—Además, cuando salí, ya no estaba la camioneta y lo pensé.

—¿Qué pensaste?

Ella me sostuvo la mirada y pareció querer decir algo, pero terminó retrocediendo un paso, carraspeó y solo agregó:

—Pensé que te habías robado a mi gato.

Sabía que eso no era lo que ella iba a decir, pero en lo poco que conocía a Genneva, había mostrado lo orgullosa que era y por eso mismo, lo iba a dejar estar.

—Nadie se robaría a ese animal por nada del mundo —fue mi respuesta—. Es horripilante.

Me ignoró.

—Bueno, como sea, seguimos sin comida, no me quisieron regalar nada y...

—Nadie regala nada, Genneva.

—Ya lo descubrí.

—¿Qué querías en todo caso?

—Comida para Barño y...

—¿Qué quieres para ti? —insistí.

No respondió y la irritación volvió.

—Genneva.

—Nada, solo comida para Barño, ya dije.

Asentí, antes de decirle que volviera al auto y se pusiera algo seco, mientras yo entraba a la tienda.

Cuando lo hice, me encontré con un señor de edad avanzada, el cual estaba maldiciendo en un inglés enredado.

—¿Ahora que quieres tú? —me escupió—. ¿También vienes a desorganizar todo?

Lo vi con una canasta en la mano, la cual estaba llena de sobres de comida para gato y algunas chucherías más, como frituras, aguas y algunas frutas demasiado maduras.

—Esa estúpida jovencita vino a desorganizar todo esto y no lo llevó. Maldita idiota.

Pasé una mano por mi cabello para sacudir el agua.

—Lo quiero —dije con voz helada—. Todo eso.

—Bien, mejor para mí —me ofreció la canasta con enojo—. Paga en efectivo.

—Tengo tarjeta.

El infeliz comenzó a maldecir de nuevo y a decirme un regaliz de cosas, mientras yo observaba de cerca todo lo que la rubia había escogido y vi que llevaba muchas galletas con sabor a fresa.

Era su sabor favorito...

—No, no vas a llevar nada —trató de quitarme la canasta—. Dámela o...

—Yo de usted no haría eso —mi voz lo detuvo—. Vine aquí por la canasta de ella y no me iré sin ésta, a menos que pretenda dar su vida por unas cuantas cosas y si lo va a hacer, me lo va diciendo porque si planeo romperle el cuello por todo lo que está aquí.

Se quedó estático.

—Pero, si no hay ningún problema más, le sugiero que me empaque todo en dos bolsas.

—Y-yo... Seguro —dijo con pausa y con miedo.

Lo seguí con la mirada mientras hacía lo ordenado.

—Mientras lo hace —agregué—. Añádale más galletas de fresa y cualquier cosa con ese sabor. Es su favorito.

—Pero... No puedo darle todo, señor.

—¿Seguro?

Lo vi empaquetar todo con sabor de fresa para ella y esperé con paciencia. Lo hizo porque, la detestaba, pero sí, ahora sabía su condenado sabor favorito y tuve la estúpida necesidad de llevarle cosas con aquel sabor.

Bien. Estaba siendo una perdición para mí mismo y...

La odié el doble a ella.

Capítulo 15.

15

Geneva.

Llevaba cinco días con Kaydan en una interminable travesía la cual se reducía a andar por carreteras arboladas, bajo constante lluvia y frío.

Al menos, en ese instante, teníamos comida y pese a que no era la más sana, me sentía tranquila de que Barío tuviera algo que comer.

Normalmente, Kaydan y yo no hablamos para absolutamente nada, a menos que fuese muy importante. La mayor parte del tiempo él se la pasaba en silencio y conduciendo, mientras yo miraba por la ventana también de manera callada, mientras trataba de ignorar el dolor en mi corazón por la ausencia de Julieth.

Debido a lo que había pasado cuando intentaron llevarme, después de que Barío se saliera del morral y éste terminara en el piso, perdí el Pony de la pequeña y su carta rasgada también. Perdí lo único que me aferraba a ella y eso me dolía más que nada en el mundo.

De hecho, había dormitado varias veces en el transcurso del camino, anhelando que de alguna u otra manera ella se me presentara en los sueños. Deseaba verla una última vez, necesitaba hacerlo, pero hasta ahora no había sucedido y solo tenía que cargar con el dolor de mi añoranza.

Por otra parte, tenía que aceptar el hecho de que me sorprendía ver que Kaydan podía pasar tres días enteros sin dormir y comer, no parecía importarle y, al cuarto día, solo durmió treinta minutos y eso fue todo. Despertó como si nada y continuó conduciendo sin decir mucho.

—Tienes un rastreador —me había dicho el día que hicimos la primera parada en ese rancho que decía ser una tienda.

—¿Qué? —mis ojos se habían fijados en los suyos.

—Él sabe en todo momento en dónde estás —no me miró, solo continuó conduciendo—. Tienes un rastreador.

Aquello jamás había pasado por mi mente. Primero porque Darwyn jamás lo insinuó y, segundo, porque yo nunca me había dado cuenta de ello. No recordaba que algo así hubiese sucedido, pero teniendo en cuenta la clase de enfermo que era, probablemente lo había hecho sin que yo me diera cuenta.

—No sé nada de eso —había sido mi respuesta baja—. Quizás sí.

Vi como él apretaba brevemente el volante, mientras mantenía su rostro estoico y de alguna u otra manera me sentí culpable de saber que por mi culpa nos estaban siguiendo.

Estaba siendo realmente una carga. Una muy grande.

Saber eso me puso tensa porque sabía que estaba poniendo a prueba la paciencia de Kaydan y pese a que él me había ayudado los últimos días, no me permitía olvidar la clase de hombre nefasto que era y si seguía causando problemas, él me iba a dejar atrás.

Él me iba a abandonar a mi suerte.

Pensé que lo había hecho cuando entré a la tienda y al salir no lo vi. Realmente creí que me dejó atrás y sentí un nudo en el estómago no solo porque pensé que se había llevado a Barío consigo, sino porque confié en él y... Creí que me había abandonado.

Me dolió pensar que un hombre al cual detestaba y me parecía odioso me había abandonado, pero el dolor desapareció inmediatamente cuando lo vi salir de la parte trasera de la tienda trotando hacia mí y exigiéndome saber porque no tenía nada de la tienda conmigo.

La calma había vuelto a mí y a pesar de todo, la seguridad también.

—Hay que sacarte ese rastreador —me había dicho—. Vamos a hacerlo ahora.

Detuvo el auto en un lado de la carretera, en medio de la noche y sacando una navaja de los compartimientos de su tablero de mando, se giró hacia mí y por fin me miró.

Me miró y mi corazón se aceleró dentro de mi pecho, pero me obligué a esconder esa reacción.

—¿Va a herirme de nuevo? —no pude evitar preguntar, mientras veía el objeto filoso en su mano.

De repente, vi como su mirada verde con bordes azules se llenaba de irritación, mientras llevaba esta misma a mi garganta -el sitio donde él me cortó días atrás- y tras una pausa, solo dijo: —Nadie va a herirla de nuevo y, teniendo en cuenta de que la he salvado más veces de las que le he hecho algo, la apreciación es molesta.

Abrí la boca, pero la volví a cerrar, porque claramente no tenía sentido discutir con él.

—Solo hágalo —pedí, ignorando la punzada de incertidumbre que me creaba ver la navaja—. ¿Dónde cree que está?

—Tus brazos —estiró la mano—. Hay que verlos.

Obedecí en silencio mientras su gran mano rodeaba uno de mis brazos y yo hacía todo lo posible por esconder el estremecimiento que me llegó cuando su piel estuvo sobre la mía.

No podía explicar qué era y tampoco me importaba. Estaba rebasada emocionalmente y lo único que deseaba era por fin salir de esa carretera y alejarme de él.

Algo de mí necesitaba eso.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Lo observé en silencio mientras la mirada de él recorría mi brazo y sus dedos palpaban mi piel. Lo hizo con ambas manos, hasta que, en la izquierda, al nivel del codo, él vio una pequeña y desvanecida cicatriz.

—¿Dónde te hiciste eso? —quiso saber, mientras continuaba palpando con el dedo.

—No sé —dije, ansiosa por tenerlo tocándome de esa manera tan... Personal.

—¿No sabes?

Negué.

Continuó tocando por unos segundos más, hasta que de repente y sin más, llevó su navaja directo a la cicatriz y sin piedad alguna o sin avisarme, cortó la piel haciendo que yo me tragara un gemido de dolor y de angustia, al mismo tiempo que él presionaba el lugar en donde estaba la herida y frente a nuestros ojos, sin más, salió una pequeña tarjeta.

Yo la miré sin sentir absolutamente nada y ni siquiera me tomé el tiempo de sorprenderme por ello. Darwyn era un enfermo, su obsesión conmigo iba más allá de cualquier cosa y claramente haría esto y más para tener siempre poder sobre mí.

Vi como Kaydan tomaba el pequeño objeto cargado con mi sangre y sin mucho miramiento, abrió una de las botellas de agua y lo vertió ahí adentro, mientras yo continuaba en silencio viendo como la sangre salía de mi brazo.

—Eso debe de ser suficiente —dijo con voz helada.

—Está bien —mi voz sonó baja, casi hueca.

Acuné mi brazo contra mi pecho y volví a mirar la ventana en silencio, justo cuando él me ofreció una pequeña toalla de papel.

—No disfruto haciéndote sangrar, Genneva —su voz fue fría—. No suelo sentir placer asesinando gente y si fuese a comenzar a sentirlo, sin duda alguna, no sería contigo.

Me envió una mirada odiosa.

—Que alivio saberlo —mi voz había sido igual de fría—. No quiero que la palabra “placer” y usted estén en una misma oración.

—Sorprendente, ¿si ve que si puede darme la razón?

Era un nefasto.

Después de eso, ninguno de los dos volvió a hablar más y eso fue un alivio para mí y, evidentemente, un alivio para él.

Lo odiaba, ya estaba decidido y no había marcha atrás. Sobre todo, sin importar que cada que tuvo la oportunidad, apareció con cualquier cosa con sabor a fresa para mí y si no lo conociera y supiera la clase de odioso que era, creería que sabría que era mi sabor favorito y estaba tratando de complacerme, pero eso jamás pasaría.

Sería demasiado bueno para ser real.

**

Al quinto día de estar juntos, justo en ese instante, Kaydan dijo que el GPS de su camioneta indicaba sobre un desvío y la probabilidad de encontrar un hostel para que los dos descasáramos.

Eso sonó como un sueño para mí.

Anhelaba una cama y más allá de eso, quería un baño y unos segundos a solas para llorar y después seguir adelante.

Sí, quería eso.

Pero justo cuando él dijo que estábamos a horas de llegar a esa ruta, de repente, se detuvo cuando estaba atardeciendo y mirando algo en el tablero de su camioneta, dijo:

—Tienes otro rastreador encima.

—¿Qué? —lo miré sorprendida.

—Nos están siguiendo de nuevo —miró algo en una tablet—. Están a distancia de nosotros, pero nos están siguiendo.

Miré rápidamente mis brazos para ver si tenía más cicatrices pequeñas, pero no había nada.

¿En serio Darwyn me había puesto dos rastreadores?

—La camisa —ordenó de repente y yo me quedé estática—. Quítatela.

La orden fue tan directa que me hizo petrificarme porque me trajo algo de recuerdos y...

—Genneva.

—Solo no me toques sin mi permiso —dije a la defensiva y me sentí como idiota al revelar esa debilidad—. No lo hagas —agregué en voz baja.

Sus ojos fueron a los míos y pareció querer decir algo más, pero de repente, solo negó y respondió.

—Nunca haría tal cosa.

Asentí y me obligué a mí misma a entender que necesitábamos encontrar el otro rastreador, mientras me recordaba una y otra vez que ya hacía muchos años había domado ese impulso de terror cuando estaba a solas con un hombre.

Ya sabía cómo actuar. No caería de nuevo ahí, no lo haría y por eso mismo fue que tomando una respiración silenciosa, levanté la camisa que él me había prestado, aquella que olía a él -sí, ya sabía cómo olía su horrible persona- y sin acobardarme, la saqué por encima de mi cabeza y solo me quedé en sostén frente a él.

Confirmado, ese hombre era de hierro porque no demostró absolutamente nada al verme en poca ropa. Sus ojos solo se arrastraron por todas partes buscando signos de marcas y yo esperé en silencio mientras él terminó.

—Gírate.

Obedecí y me senté dándole la espalda, lo hice sintiendo como mi piel se erizaba y fue peor aún cuando él enredó su grande mano en mi cabello y algo hondeó tan fuerte alrededor de mí, sobre mí, dentro de mí, que me estremecí y no pude ocultar mi reacción a su tacto.

—Quiero ver tu cuello, solo eso —dijo, porque evidentemente vio cuanto me afectó tener su mano en mi cabello.

Kaydan no encontró nada y yo no dije mucho. La sensación de tener su mano ahí, en algo tan personal como mi pelo, me sacó de mi zona de confort y no pude pensar en otra cosa que no fuese eso y lo que creaba. Esa tensión tirante y...

—Tengo una cicatriz —dije de repente, casi ansiosa porque dejara de tocar mi cabello—. No sé si es de eso, pero acabo de recordarlo.

—¿Dónde?

Me giré para verlo de nuevo y cuando lo hice, descubrí que su mirada se veía mucho más oscura que antes, de hecho, parecía que el verde había zanjado por completo al azul.

—En uno de mis muslos —dije y me avergoncé un poco—. Hay una pequeña cicatriz ahí.

—Vamos a verlo.

Le sostuve la mirada y él hizo lo mismo conmigo como si nada, esperando paciente que le mostrara más de mi piel.

—No tenemos toda la tarde —me recordó con tiranía—. Ahora.

—No te cuesta nada ser amable —lo tuteé porque él ya lo hacía conmigo de manera descarada.

—Vamos a hacer esto ahora, debemos seguir adelante —su mirada bajó a mis muslos.

Tenía solo mi ropa interior puesta, ya que normalmente sus camisas y abrigos me servían como vestidos y me cubrían completamente.

Tragándome un respiro nervioso, separé un poco mis piernas y mi pecho subió y bajó con fuerza, mientras mi mirada se centraba en la suya, la cual seguía pareciéndome extraña, gélida y... En ese momento me pareció hermosa.

Sí, a pesar de que el hombre frente a mí era uno de los hombres más letales que conocía en la vida y era un nefasto odioso, en ese momento, en mi cabeza, puede aceptar que esa mirada verde que se peleaba con unos bordes azules era hermosa y lo único que pude hacer para procesar aquello fue tragar saliva.

Fue tragarme esa confesión molesta y fea para mí.

—Separa más las piernas, Genneva —fue su orden fría y no pude evitar tensarme y erizarme, mientras tomaba su camisa y la apretaba contra mi pecho.

—Yo...

Lo vi tomar la misma navaja de la guantera del auto y mi respiración se volvió desigual, mientras los ojos de él volvían a caer adónde se suponía que estaban mis muslos, pero incluso haciendo eso, se veía bastante lejano y eso debió tranquilizarme.

—No es buena idea —dije sin poder determinar—. No te quiero entre mis piernas.

Levantó la mirada y enarcó una ceja ante mis palabras.

—Nadie dijo algo sobre querer estar entre tus piernas —respondió con sencillez—. Necesito que separes los muslos, nadie pidió algo más o, ¿lo hice?

Sentí el calor subir a mi rostro y no pude identificar la real razón, más allá del hecho de que él no tenía tacto para decir absolutamente nada.

—Yo...

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—Tienes otro rastreador —la impaciencia lo rodeó—. Van a seguir apareciendo si no te lo quitas y te lo voy a quitar. Ahora, separa las piernas, no creo que sea muy difícil para ti, Genneva.

De repente, sentí algo retorcerse en mis entrañas y pese a que jamás decía mucho en voz alta, tuve que decir algo porque... me sentí insultada: —¿A qué te refiere con eso? ¿Lo dices por qué crees que soy una puta? —no respondió, solo me miró—. No soy una prostituta —lo recalqué—. Jamás quise esto.

Yo estaba molestando, pero él jamás perdió tiempo.

—Hay que quitar el dispositivo.

En eso tenía razón, iban a seguir viniendo detrás de mí y, tontamente, esperé que el rastreador en mi brazo fuese el único que llevara puesto, pero evidentemente Darwyn jamás se quedaba con una sola cosa.

Siempre había algo más.

Sintiéndome insegura y bastante alterada -pero escondiéndolo muy bien-, me senté más recta, mientras mi corazón retumbaba dentro de mí y tras una pausa, finalmente lo hice.

Separé mis dos muslos para él.

Pese a que no lo dije en voz alta, sentí una chispa de calma cuando noté que los ojos de Kaydan no se llenaron con morbo o deseo. No había nada en ellos, aparte de frialdad y determinación.

—¿Va a doler de nuevo? —logré preguntar, cuando lo vi subir la consola que separaba ambas sillas y se acercó un poco hacia mí.

—Claramente, a menos que tenga analgesia congénita—respondió.

—No tengo eso.

—Obvio, teniendo en cuenta de que casi llora antes por un simple corte en el brazo y dejó de hablarme por eso.

Era un hijo de perra.

Nunca era amable. Nunca.

Siempre tenía algo irónico para decir y pese a que nunca fui realmente agresiva, desde que lo conocí, solo quería golpearlo.

—Solo... Sea amable, por favor.

Él no respondió, llevó su mano derecha a mi muslo para tantear el lugar en donde estaba la pequeña cicatriz y sentí un rayo de energía o más bien de calor surgir de mi cuerpo, cuando su grande, varonil y estable mano tocó aquella piel tan sensible e íntima.

Tuve que tragar saliva con fuerza para decirme a mí misma que todo estaba bien. Por otra parte, Kaydan no demostró absolutamente nada, menos cuando su dedo pulgar encontró el pequeño relieve en la piel pálida de la cara interna de mi muslo y, tras una pausa, simplemente comenzó a dirigir su mano izquierda con la navaja hacia mi piel y...

Rápidamente, puse mi mano sobre la suya, deteniéndolo y haciendo que su mirada verde y azul dieran conmigo. No pasé por alto que miró por unos segundos el lugar en donde yo lo estaba tocando a él, antes de mirarme a mí.

—No me hagas daño —insistí—. Sé que me odias, pero por favor, sé amable.

Nuestras miradas se mantuvieron en la del otro por lo que pareció una eternidad, pero probablemente fue solo un segundo, antes de que él simplemente alejara su mano de la mía y sin decir nada más y con total seriedad, llevó la filosa punta de la navaja a mi piel y...

Yo cerré los ojos, lo hice, sintiendo mi corazón latir rápidamente y esperé la llamarada de dolor, pero, en vez de eso, él habló con ese gélido acento que tenía.

—Se está dando mucho crédito, Genneva —abrí los ojos y lo miré—. Demasiado crédito para llegar a suponer que siento algo tan poderoso como el odio y más que todo por ti.

Fruncí el ceño.

—No te conozco de nada, más allá del hecho de que antes eras un trabajo y ahora eres una carga en este momento, ¿de dónde se supone que sale el odio?

El miedo quedó atrás y sentí un enojo florecer en mi pecho.

—Dios, eres un grosero y, sobre todo, una mala persona. Es nefasto y... —negué en silencio—. Es malo.

—¿Malo, eh?

—Sí, lo digo porque...

—¿Por qué, qué?

Justo en ese instante, enredó su mano en mi muñeca y me jaló un poco hacia él, sorprendiéndome y... Distrayéndome.

—¡Ay!

La atención de él se centró en mi pierna y yo también miré ahí, justo cuando noté un suave corte que hizo que sangre brotara de mi muslo. No fue realmente doloroso, sino más sorprendente, ya que no lo sentí.

—Eso era todo —dijo aburrido—. Se podría haber hecho hacía diez minutos y sin tanto drama.

Lo miré en silencio, mientras hacía presión en la pequeña herida y un segundo después, salió otra diminuta tarjeta que era la encargada de mandar mi señal a todas partes.

Sin mucho, Kaydan dobló el objeto en sus dedos y bajando la ventanilla de su auto, la tiró a la carretera, ya que en ese momento ni siquiera tuvo humor de meterla en agua.

Me entregó otra toalla para que me encargara de secar y parar mi sangre, mientras él limpiaba sus manos. Todo eso fue en silencio y con una fuerte tensión alrededor de los dos.

Me sentía totalmente agotada y quizás fue por ello que no dije nada más, pero justo cuando él encendió el auto y se dispuso a volver al camino, por primera vez desde que lo conocí, comenzó y terminó una conversación, diciendo:

—“No es difícil para ti” —su voz templada y distante rodeó el espacio—. Con eso me refería a que, como todo parece creer que puede hacerlo, separar las piernas para que le ayudara no tenía que ser una gran tarea, ya que ha dejado bastante claro que su intención es escapar de aquí. Así que no, no he supuesto, insinuado o creído que seas una mujer de compañía. Por ende, no pongas palabras en mi boca, es de mal gusto y se lo permito a nadie. Cuando quiera decir algo, seré directo y punto.

Lo miré y pese a que él continuó viendo siempre hacia la carretera, no pasé por alto la sorpresa al darme cuenta de qué, a su manera odiosa y hosca, él acababa no solo de darme una explicación a lo que yo creí que fue un insulto, sino que:

Kaydan Von Sclaén tuvo piedad por mí. Lo hizo cuando me distrajo para poder cortarme y así disipar un poco de mi miedo.

Y él era un monstruo insensible la mayor parte del tiempo, el cual creía prácticamente incapaz de sentir piedad o empatía con alguien, pero quizás ya no me despreciaba tanto o eso quería pensar y pese a que a mí no solían agradarme tampoco muchas personas, él podría hacerlo.

Si era más amable, más suave conmigo, quizás podría agradarme, pero, la verdadera pregunta era: ¿Yo podría llegar a agraderle realmente a él?

Ya lo veríamos o eso creí, pero horas más tarde, después de llegar al hostel, descubrí que yo jamás le caería bien y, para mi mala suerte, él era un nefasto, pero no lo odiaba de verdad.

Algo en mí no podía y lo descubrí en ese momento.

—Es una habitación para dos —me dijo, una vez volvió conmigo, ya que lo estaba esperando en la camioneta—. Significa que ese gato feo no va y como solo hay una cama, dormirás en el sofá.

Lo miré en silencio por unos segundos, mientras abrazaba a Barío contra mi pecho y volviendo mi mira al frente, solo dije:

—Si mi gato no va, yo tampoco.

Sentí sus ojos sobre mí.

—Ve a descansar, esperaremos aquí —solté con orgullo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No voy a rogarte.

—Bien.

Se quedó ahí de pie y siguió viéndome, mientras Barío le siseaba molesto.

—Va a llover, Genneva. Tienes que ir adentro, aquí hará frío.

—Pensé que no iba a rogarme.

Me estremecí cuando de la nada, como si tuviera derecho, él llevó su mano a mi barbilla y me obligó a girar para verlo. Él me tocó por decisión propia y yo le sostuve la mirada.

—No voy a hacerlo. Te quedas entonces.

—Adiós.

Le di la espalda con la intención de quedarme ahí, pero él no cumplió su propia palabra.

Terminó convenciéndome para ir con él a la habitación y Barío también nos acompañó, aún así, eso no fue todo, mi gato y yo dormimos en la cama y Kaydan terminó en el piso, ya que no había sofá y no fue capaz de decirme que no a nada de lo que pedí y...

¿Capaz si le agradaba al menos un poco?

Eso creía, porque al menos esa noche, de manera extraña, terminé conociendo un poco más de Kaydan Von Sclaén y seguía siendo un nefasto, pero reafirmé que no lo odiaba.

No como a su primo. No como al resto de hombres.

Capítulo 16.

16

Genneva.

Kaydan fue un odioso amable o algo así, si de alguna u otra manera podía llamársele, ya que terminó aceptando la compañía de Barío y no solo eso, sino que cuando vio que yo estuve a nada de tender sabanas en el piso, con voz molesta, solo dijo:

—Déjalo estar, solo vete a la cama y ya.

No peleé contra él o algo por el estilo, no cuando estaba tan cansada y solo quería dormir.

La habitación no era precisamente el lugar mas lindo del mundo, después de todo, solo era un pequeño cubículo de paredes color crema, pisos de madera desgastados y una única cama de un solo colchón el cual parecía tieso y algo más.

—Asegúrate de que las sábanas estén bien esparcidas por la cama —me había dicho el rubio sin verme, mientras revisaba algo en su teléfono y seguía de pie frente a la única ventana que había en nuestra pequeña habitación—. No querrás que tu piel toque esa cosa.

En la punta de mi lengua tuve algún comentario que iba más bien en forma de pregunta sobre si mi piel era tan importante para él, pero teniendo en cuenta de que acababa de cederme la cama y aceptó a Barío. Yo solo me quedé en silencio.

Estaba tan cansada que esa noche ni siquiera pensé en bañarme, solo le di a mi gato otro sobre de comida, lo acaricié mientras se alimentaba y una vez hizo sus necesidades en una esquina y yo limpié todo antes de que Kaydan lo viera, el ocioso gato negro y yo por fin pudimos meternos en la cama y se sintió como el paraíso.

Escuché que él salió en algún momento cuando me estaba quedando dormida. No escuché sus pasos porque eran netamente silenciosos, pero si escuché el abrir de la puerta y antes de que pudiera asustarme o sentir esa zozobra de si iba o no a abandonarme, Kaydan dijo con voz firme y tranquila.

—Iré a dar una ronda de seguridad a los alrededores Genneva. Descansa, nadie va a entrar aquí y nadie va a abandonarte tampoco.

Una parte muy dentro de mí me dijo que no debía confiar en él y tampoco esperar mucho de su persona, pero lo hice. Confié y más allá de todo, le creí y por eso me quedé dormida de manera placida después de varios días dolorosos y exhaustos. Dormí, pero estuve segura de que no fue más de dos horas, ya que me desperté de nuevo con el sonido de su fría voz.

—Arriba, Genneva.

Mis ojos se abrieron rápidamente cuando me senté y lo encontré en una silla blanca que era nueva en la habitación y enfrente de su persona había una mesa y otra silla que tampoco habían estado ahí.

Él consiguió todo aquello.

Pero eso no era todo, en la pequeña mesa había una bandeja con comida y cuando fui consciente de que era comida real -más allá de chuches sabor a fresa- mi estomago ronroneó ansioso.

—Ahora sigues durmiendo, ven aquí a comer.

—¿Saliste a conseguir comida? —pregunté bajamente y lo miré sin poder evitarlo.

Continuaba llevando su misma camisa oscura y pantalón del mismo color. Pese a que él no había dormido mucho, se veía intacto, fuerte y tan letal que, en ese instante, sin más, pese a que era un nefasto, no pude evitar agradecer el hecho de no ser más su enemiga o algo así.

—Genneva —dijo mi nombre de una manera que erizó mi piel—. ¿Por qué le gusta hacer preguntas tan estúpidas?

—¿Disculpa?

—Dice que soy un nefasto, pero tampoco colabora. ¿Quién más lo traería?

—Uno siempre puede ser amable ante cualquier cosa —fue mi respuesta—. Y no existen las preguntas tontas, solo preguntas.

Su mirada de dos colores se mantuvo en mí y de hecho me siguió cuando me bajé de la cama y caminé hacia la pequeña mesa.

—La amabilidad es una forma rebuscada de buscar aceptación social —fue su respuesta—. ¿Quién quiere eso?

Yo o, al menos en alguna etapa de mi vida, sin más, deseé ser aceptada de manera social. Primero cuando estuve con mis padres, luego cuando supuestamente fui comprometida e incluso cuando llegué a las vegas.

De alguna u otra manera, siempre busqué esa aceptación social pero cuando jamás la tuve, sin más, solo lo dejé estar.

—Nadie, supongo —respondí y finalmente me senté—. Pero se amable, a veces es bonito.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse y nos miramos por unos breves segundos antes de que yo apartara la mirada y no porque estuviéramos batallando con el orgullo como siempre, sino más bien porque la tensión era tan, pero tan palpable en el aire, que me hacía sentir rara.

Indecifrable.

—¿Cuál es mi plato? —pregunté viendo que había dos.

Uno era una pasta con una salsa blanca y trozos de pollo y el otro era una especie de arroz con carne y verduras.

—Ambos.

—¿Qué? —lo miré sorprendida—. No puedo con esos dos platos, Kaydan.

—Inténtalo y en el camino veremos.

—¿Y la tuya? ¿Y tu comida?

—Come, Genneva.

No me moví, tampoco era como si él iba a comenzar a darme ordenes o algo por el estilo -eso jamás iba a suceder- y cuando fue consiente de aquello, suspiró con irritación.

—Ya comí, ahora ponte en lo tuyo.

No estaba muy segura de eso, pero él tampoco era un niño como para que yo estuviera detrás de su persona, por eso mismo, sin extender más el asunto, simplemente comencé a comer y...

¿Dije que no me iba a comerme los dos platos?

Mentí.

Me devoré el primero de manera rápidamente bajo la fría mirada del rubio y ni siquiera me importó. Apenas mi lengua tocó la comida caliente y mis papilas gustativas hicieron el debido proceso de sabor, un gemido salió de mí.

—Extrañaba comer —dije en voz alta, no precisamente a él, pero siendo quien era, siempre tenía algo que decir.

—Me di cuenta cuando se metió tres cucharadas seguidas y tragó sin masticar.

—Eso no es algo adecuado para decir —fui mi respuesta mientras comía otra cucharada.

No respondió y solo se quedó ahí sentado observando. Lo hizo cuando fui por mi segundo plato y el arroz con vegetales y carne me supo a gloria.

Estaba terminando de masticar una gran bocada, justo cuando tomé mi vaso de soda y bebí un poco.

—Se supone que se debe beber líquido treinta minutos después de terminar cada comida.

—Para ser un hombre que casi nunca habla, ¿tienes mucho que decir sobre una señorita comiendo, no? —le devolví unas palabras similares a las que él me había dicho con anterioridad y su única respuesta fue enviarme una dura mirada.

Sin embargo, justo en ese momento recibió una llamada y tomando su teléfono miró quien era, pero solo silenció y no respondió. Se quedó ahí.

Terminé los dos platos sin problema alguno y si me hubiesen puesto tres, estaba segura de que hubiera terminado con todos ellos.

—Gracias —le dije a Kaydan—. Estaba... Muy rico.

Asintió en silencio y yo usé una servilleta para limpiar mi boca, mientras esperaba a algo más o...

—¿Por qué está tan obsesionado contigo? —soltó de repente y yo me quedé estática.

—¿Ah?

—Darwyn —respondió—. ¿Por qué está tan obsesionado contigo?

Esa pregunta me sacó totalmente de mi zona de confort porque no la esperaba y, siendo sincera, esperé sentirme de alguna u otra manera incomoda, pero no fue así.

—Uhm... No lo sé —me encogí de hombros—. Solo es un hombre siendo un hombre.

—¿Crees que todos los hombres se obsesionan de aquella manera con mujeres?

—Sí —dije—. Les encanta llenarnos de regalos y volvernos objetos para así, subirnos en un estante, adueñarse de nuestras vidas y jamás dejarnos ir.

No respondió.

—Conocí a Darwyn hace siete años, yo tenía veinte y él treinta y cuatro —miré por la ventana y no supe porque le estaba hablando de esto a él, pero lo hice—. No hice nada para llamar su atención, nada. Ni siquiera lo atendí en la mesa del casino en donde solía ir a jugar o llegué a cruzar mirada con él.

Kaydan me observó en silencio.

—No hice nada o bueno, sí, una sola cosa. Solo existí en el mismo lugar que él y eso fue todo lo que necesitó para centrarse en mí persona y decidir que me quería en su vida acuesta de lo que fuese y lo logró.

El silencio duró por varios segundos y pensé que él no iba a decir nada más y por ello, de repente, todo se sintió muy personal para mí y comencé a ponerme de pie para ir al pequeño baño que teníamos en la habitación, pero antes de llegar muy lejos, habló.

—Desde joven siempre ha tenido fijación y obsesión por las cosas sobrenaturales —me sostuvo la mirada—. Siempre fue un extraño y encontraba belleza en donde no debía o en donde no la había, pero puedo entender ciertas cosas alrededor tuyo.

—¿Ah, sí? —mi corazón comenzó a latir rápido y de repente no supe porque—. ¿Qué entiendes?

—Entiendo que por primera vez en la vida su definición de belleza tiene alguna clase de raciocinio para mí —mi respiración se trabó en mi garganta y sus palabras heladas no debieron creer nada en mí, pero hubo algo y...—. No voy a hacerme el moral aquí y tampoco me importa si la secuestró o no, porque yo he hecho cosas peores y tampoco me quitan el sueño, aun así, como le dije, veo el sentido teniendo en cuenta de quien es él.

—¿Cuál sentido?

—Se lo dije, siempre le gustaron las cosas sobrenaturales y encontró en ti algo que ya no existe.

—¿Y eso es?

—Un hada.

Lo miré sin pestañear preguntándome si me estaba hablando con seriedad o no, porque... ¿Qué hacía un hombre como Kaydan hablando de cosas como las... Hadas?

—Kaydan...

—Tampoco lo había pensado antes —agregó y se puso de pie, mientras su altura me rebasaba totalmente—. Pero, para que lo entienda, va a tener que comenzar a darle mas sentido a lo que ve frente al espejo.

Después de eso, siendo el mismo grosero de siempre, simplemente caminó hacia la puerta de la habitación, la abrió, salió y no supe si acababa de insultarme o de una u otra manera, me había dado un extraño y condescendiente halago.

Si era así, parecía bastante irritado por tener que aceptar que yo... ¿Era algo agradable a la vista?

Ese hombre era un verdadero enigma para mí.

**

Pude descansar de la manera correcta y cuando a la mañana siguiente abrí los ojos, todo se sentía un poco mejor, menos el vacío que Julieth dejó en mi pecho.

Ese jamás se llenaría.

Como era evidente, afuera seguía lloviendo y el clima era una mierda, pero agradecí que todo estuviera cálido ahí adentro y al menos tuviera unos minutos más para aprovechar esa tesa cama.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—Hey, amigo —le dije y acaricié su cabeza—. ¿Cómo estás hoy?

Lo había visto cojeando un poco y eso me tenía algo preocupada por su problema de cadera, pero ya vería como conseguir dinero para sus medicamentos y esas cosas.

—Vamos a estar bien —lo acaricié—. Sé que han sido días incomodos y estás algo extrañado, pero todo valdrá la pena, lo prometo.

Le di comida y mientras todo eso pasaba, no pasé por alto que Kaydan tampoco estaba ahí y no había nada que revelara que durmió en el sitio, sin embargo, no creí que me fuese dejado.

Él me dio su palabra y yo había decidido creer en esta.

Por eso mismo, bostezando y ahora si deseando darme una larga ducha sin importar que no tuviera ropa limpia para ponerme, caminé hacia el pequeño baño de la habitación y justo cuando abrí la puerta para entrar, me detuve en seco cuando mis ojos dieron de frente con una amplia espalda que se veía hasta cierto punto marcada por el trabajo, el entreno o en sí los músculos, pero mas allá de eso, estaba repleta de cicatrices grandes, pequeña, largas, cortas y...

Me atraganté con mi propia saliva cuando mi mirada no pudo apartarse de la espalda de él, pero el sofoco aumentó aun más cuando Kaydan se giró para verme -ya que había estado frente al pequeño espejo viendo algo en sí mismo- y cuando hizo aquello, noté que llevaba una toalla alrededor de la cintura tapando su desnudez baja, pero su pecho y abdomen claramente estaban desnudos y no era que me importara, pero la vista me dejó inquieta y...

—Hay una puerta, Genneva —dijo con una paciencia falsa—. Que haya una de esas significa que hay que tocarla.

—No soy tonta —logré decir, aferrándome a mi orgullo y tratando de esconder la sorpresa de ver su gran y varonil espalda—. Pensé que no estabas, pero aquí estas y ya te vi.

—Sí, acabas de hacerlo.

Me quedé callada y solo me quedé ahí de pie en la puerta del baño y... ¿Por qué tenía tantas cicatrices?

—Afuera, Genneva —ordenó.

—Iba a bañarme.

—¿Y vas a bañarte conmigo aquí?

Sabía qué hacía la pregunta solo por molestarme y ni siquiera tenía porque afectarme. No sucedía, yo estaba acostumbrada a cosas así y demás, pero que la pregunta viniera de él, al menos en ese instante, me tomó por fuera de base, casi me hizo tartamudear, eso me enojó y él tomó ventaja sobre mí.

—Por supuesto que no —espeté—. ¿Quién dijo algo de eso?

—Bueno, estás aquí en el baño conmigo, evidentemente tengo derecho a preguntarlo.

Ambos nos miramos de nuevo fijamente y tuve que hacer todo lo posible por no bajar la mirada hacia su abdomen.

—¿Entonces? —ladeó la cabeza e insistió.

—¿Entonces qué? —me sentí perdida y... ¿De qué estábamos hablando?

Enarcó una ceja.

—Sigo aquí, si eso no es un impedimento para ti, adelante, báñate —señaló la ducha—. Solo te recuerdo que el proceso no es con ropa.

Tragué saliva y levanté mi cabeza con firmeza.

—No vas a intimidarte, Kaydan —fue lo único que dije—. No soy una mujer que se deja intimidar de manera fácil.

—¿Segura?

—Que seas alto no significa que me intimidas.

—¿Quién dijo que uso mi altura para intimidar, cuando tengo mucho más? —me preguntó y dio un paso hacia mí y sentí el aire evaporarse totalmente.

Realmente sucedió.

Pero antes de que él llegara a dar un segundo paso hacia mí, de manera veloz y cortando el aire en dos, se escucharon tres disparos en el exterior y girándome vi como estos habían dado en la puerta de nuestra habitación, pero antes de que lograra decir algo más, la mano de Kaydan se enredó con fuerza en mi codo y me hizo retroceder hacia atrás de él con firmeza, mientras que, al mismo tiempo, de un puñetazo rompía el vidrio del espejo en donde se había estado viendo antes de que yo entrara ahí.

—Darwyn —susurré y miré hacia la puerta del baño—. Él nos encontró...

Se escuchó como la puerta explotaba y yo salté asustada detrás de él, justo cuando Kaydan respondía:

—No, no son hombres de Darwyn y ahora, ahora no eres la única a la que están buscando. Acaban de traicionarme

. Capítulo 17.

17

Genneva.

Estaba en shock.

Sí, esa era la frase correcta.

Estaba en shock después de ver todo lo que hizo Kaydan con un trozo de vidrio en contra de tres hombres armados que entraron a la habitación.

Sí, ellos tenían armas y él un trozo de espejo y eso fue suficiente para atacar, desarmarlos y asesinarlos como si de alguna u otra manera, ante él, no fuesen más que niños ociosos y remilgados.

Me encerró en el baño, lo hizo para evitar que llegaran a mí y, sin embargo, pese a la incertidumbre y el miedo, abrí la puerta justo para ver cómo los cristales de las ventanas explotaban por disparos, mientras Kaydan cogía al primero de ellos y lo usaba de escudo humano para atacar a los otros y seguido a eso, ni siquiera les preguntó qué hacían ahí y que querían.

A él no le importó.

Los asesinó con una maestría impecable que lo único que dejó a su paso fue un piso repleto de sangre y con tres cuerpos. Uno baleado y otros dos degollados.

Me quedé ahí de pie en la puerta del baño mirando todo en silencio, mientras mi pecho subía y bajaba con fuerza y tardaba en procesar el hecho de que nos iban a matar o más bien...

—¿Ellos querían matarte? —le pregunté en voz baja, pero firme, mientras él estaba inclinado frente a uno de los cuerpos revisando algo en su cuello.

No respondió, estaba murmurando algo en voz baja y revisando otra cosa con velocidad, mientras afuera de nuestra habitación comenzaba a escucharse el frenesí de los otros residentes y...

¡Barío!

¿Cómo lo había olvidado?

Rápidamente, moviéndome con desespero e ignorando los cristales en el piso y mis pies descalzos, comencé a caminar por todas partes buscando al gato negro y miré nerviosa la puerta temiendo que se hubiese escapado o que lo hubieran herido. Si eso había pasado, sería mi culpa y no me lo perdonaría nunca. Jamás.

Seguí caminando por el pequeño espacio y llamé al gato una y otra vez, justo cuando vi que Kaydan se puso de pie y comenzó a mirar algo por la ventana de manera ausente.

—Tenemos que irnos —dijo él, mientras se alejaba de la ventana, tomaba su teléfono y escribía algo—. Ahora.

—Barío —respondí, pero no pareció escucharme—. No encuentro a Barío.

Me puse de rodillas en el piso y miré debajo de la cama mientras mi corazón continuaba tronando con altanería y mis nervios eran cada vez más y más grandes.

No podía perderlo, no podía, no podía.

—¡Ay! —jadeé justo cuando intenté erguirme de nuevo y algo atravesó la planta de mi pie haciendo que una chispa de dolor puro me envolviera e hiciera que mis ojos se llenaran de lágrimas—. Mierda, mierda.

Rápidamente, Kaydan salió de su burbuja de silencio tenso y se giró hacia mí con firmeza, mientras su ceño se fruncía y caminaba hacia mí con rapidez.

—¿Qué haces sin zapatos en un piso repleto de cristales, Genneva? —espetó con fuerza, mientras yo caía sentada en la cama y mordía mi labio inferior con fuerza para evitar sollozar, mientras la sangre escurría de mí y empapaba el piso.

—Mi gato —casi sollocé, pero me obligué a no hacerlo, porque me negaba a llorar frente a él—. Mi gato escapó.

Ignoró eso y se inclinó para revisar mi pie, mientras maldecía en voz baja.

—Hay que sacar eso, pero no podemos quedarnos aquí —sus palabras frías llegaron a mí—. Hay que movernos.

—Pero...

—Ahora, Genneva.

—Sí, pero mi gato...

Eso fue suficiente para el rubio, ya que llevando sus dedos a mi barbilla y haciéndome verlo con más fuerza, dijo con firmeza: —¿Eres consiente de los cadáveres que hay en el piso?

No respondí, pero mi pecho subió y bajó con la fuerza de mil toneladas adoloridas.

—Van a venir muchos más de esos, Genneva. Lo harán por montones porque estos no son los estúpidos hombres de Darwyn, son otros y por eso mismo, sino deseas morir, vamos a tener que irnos. ¿Entendiste?

Algo estaba mal en mí, lo sabía, era evidente, sin embargo; solo quería a mi gato y...

—Quédate ahí sentada, me cambiaré y veré algo.

Abrí la boca, pero antes de que lograra decir mucho más, añadió:

—Ni siquiera se te ocurra ponerte de pie. Ese cristal podría joderte de manera inexplicable, ¿entendiste?

Asentí en silencio, evitando ver los cuerpos en el piso, mientras Kaydan se alejaba rápidamente de mí y se metía al baño para vestirse -sí, esa toalla nunca se cayó, ni siquiera cuando mató a tres hombres-. Cuando él volvió a la habitación, tenía ropa y el teléfono estaba en su oreja mientras él escuchaba algo, pero evitó verme, solo se movió de un lado a otro, antes de ir hacia la puerta de la habitación y salir al pasillo.

Ser obediente no era precisamente lo mío, pero ignorando el dolor, solo me quedé ahí sentada y esperé.

Esperé hasta que él volviera y cuando lo hizo, el alma me cayó a los pies al ver que no traía a Barío consigo.

—¿No lo encontraste? —pregunté en voz baja, mientras sentía náuseas.

—¿Qué? —me miró con el ceño fruncido.

—A Barío ¿No lo encontraste...? —De repente, me sentí como una tonta ilusionada porque claramente él no había salido de la habitación para buscar a mi gato.

—Ahora no estamos con eso, Genneva —fue lo único que dijo, antes de caminar hacia mí—. Nos vamos.

—Kaydan.

Envolvió mi pie herido con una venda blanca y pese a que estaba apurado y sus manos eran firmes, no necesariamente fue tosco o algo por el estilo. No me lastimó demás.

—Nos vamos.

Tomándome totalmente por sorpresa y sin llegar a pedirme permiso para aproximarse de esa manera, lo único que hizo fue inclinarse un poco para quedar a mi altura y llevando uno de sus brazos debajo de mis piernas y el otro a mi espalda, me levantó como si no pesara absolutamente nada y comenzó a llevarme hacia la salida de la habitación.

No pensé por un minuto entero. No procesé el hecho de que él me estuviera cargando y sosteniéndome tan cerca de su cuerpo, como tampoco procesé bien el hecho de que estuviera dejando atrás a Barío.

—Kaydan —dije ansiosa, tratando de removerme en sus brazos, pero no pude, su agarre era firme—. Dame un segundo —intenté de nuevo—. Oye...

No me escuchó, se movió rápidamente, pero no usó las escaleras delanteras del lugar, sino que fue a las traseras y bajó los cinco pisos con una velocidad que me mareó y me hizo doler el pie aún más.

A pesar de que era muy temprano, la lluvia ya estaba cayendo con fuerza y el frío era aterrador, pero ni eso lo detuvo a él. Llegó a lo que parecía ser un estacionamiento interno y nos llevó a ambos hacia una furgoneta blanca y fea que sin duda alguna no tenía nada que ver con su gran y lujosa camioneta.

—Vamos —él me sostuvo con una sola mano, mientras que con la otra abría la puerta del copiloto y de repente, sin más, la ansiedad me rodeó.

Me llegó y me sentí perder un poco la cordura mientras me removía con más fuerza sobre el agarre del rubio y entendía el hecho de que no podía irme, no iba a hacerlo.

—Basta, no, suéltame —jadeé cuando yo misma golpeé mi pie herido—. Suéltame, Kaydan.

—¿Qué haces? —la irritación llenó el tono de voz de él—. Tenemos que irnos, Genneva. Ahora.

—No, no me iré, por favor, basta, suéltame.

Sabía que no podía pelear contra él y su fuerza. No sería posible.

Si él no lo deseaba, así y sin más, no iba a dejarme ir y que él tuviera esa clase de poder sobre mí casi me consumió viva y casi despertó otra oleada de pánico.

—Entra al coche, Genneva —su voz fue mas dura—. Lo digo en serio.

—Lo prometiste —levanté mi mirada hacia él y estábamos tan, pero tan cerca, que en lo desolado de ese estacionamiento todo se sintió más.

Mas fuerte, mas peligroso y más... Algo. Algo que me jodió.

—Dijiste que jamás me tocarías sin mi consentimiento. Dijiste que no harías nada de esto y lo estas haciendo —su ceño se frunció brevemente y su mirada verde con halo azul me detalló con firmeza—. Bájame, por favor.

Solo esperé que me ignorara, creí realmente que iba a hacerlo porque eso era el tipo de cosas que solían hacer los hombres siempre. Ignorar las peticiones de las mujeres.

Sin embargo, no sucedió, mirándome como si fuese la cosa más incomprensible del mundo y esa misma cosa que él no sabía porque estaba ahí con él, -un hombre tan importante y millonario- y sin decir mucho, Kaydan me bajó y yo me sostuve en mi pie bueno, mientras trataba de mantener el equilibrio.

—¿Qué planeas? —me preguntó con un deje de irritación—. ¿Quedarte aquí?

Apoyé la punta de mi pie herido en el piso, mientras retrocedía un paso y alejaba el cabello de mi rostro.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—Necesito ir por Barïo, necesito hacerlo.

—Genneva —dijo mi nombre de esa manera que me dejaba bastante claro que estaba a punto de decir algo realmente fuerte. Ya estaba comenzando a conocerlo—. ¿Viste lo que hay arriba? —indagó.

No respondí.

—Van a llegar mas bastardos de esos —no se vio con miedo por ello, solo señaló la realidad—. Alguien acaba de traicionarme y eso es muy malo, ¿sabes por qué?

Negué en silencio.

—Porque soy un hijo de puta y mis enemigos son de la misma clase de calaña que yo. Me están buscando por cielo y tierra para joderme y como ya saben que estoy contigo, por ello, creerán que, para acceder a mí, tienen que ir por ti, por eso mismo, si eres inteligente o al menos guardas un poco de cordura en tu diminuto y molesto ser, vas a callarte y a entrar en ese auto. ¿Entendiste?

Lo miré en silencio, procesando el hecho de que en cierta manera tenía razón.

Ahora yo estaba vinculada a él y si esa gente quería hacerle daño, no irían solo por él, sino también por mí.

Mierda.

—¿Entendiste lo que dije? —insistió con gelidez—. Vas a hacerlo o te obligaré a ello.

—¿Disculpa?

—No vas a quedarte aquí. No te saqué de la mierda para dejarte aquí.

Retrocedí un paso, mientras poco a poco era consciente del peso de sus palabras y la mirada en sus ojos.

—Si voy a quedarme —retrocedí otro paso—. Y entiendo, tienes que irte, lo sé, está bien —añadí con prisa—. Vete, en serio, ya me has ayudado demasiado y no tienes que ayudarme más, solo iré por mi gato y...

—No tengo tiempo para esto, nos vamos.

En una sola zancada llegó hasta mí y enredó su mano en la mía y ahí, justo cuando supe que me obligaría a ir con él, fue cuando perdí mi mierda.

Lo perdí.

Jamás peleé contra nada en el pasado. No cuando mi padre me vendió a sus socios, no cuando me comprometió con Bennet Jantomp, no cuando fui llevada a las vegas y menos cuando Darwyn se obsesionó conmigo.

Jamás peleé realmente.

¿Para qué? ¿Qué sentido tenía? ¿Para que valdría la pena pelear por una libertad que jamás había sido mía?

No importaba.

Aun así, esto era diferente, yo no estaba peleando con Kaydan por mí, era por Barío y quizás para los ojos de otras personas aquello sonara estúpido teniendo en cuenta de que era un gato ansioso y sin un ojo, pero para mí no era tonto.

Para mí era más, Barío era más que un gato, era mi familia y lo único que tenía y no podía dejarlo atrás, no era posible porque...

—¡Te dije que no! —le grité a Kaydan cuando intentó llevarme y yo me zafé con fuerza y me caía de culo al piso—. ¡No quiero! ¡Déjame!

Me arrastré hacia atrás para huir de sus manos y en medio de mi histeria, ni siquiera lograba entender porque estaba tan empeñado a llevarme con su persona, pero no lo haría.

—No seas tonta —gruñó—. Solo estás lastimándote. Vamos.

Continué negándome, pero no pude contra él, no cuando llevó sus manos debajo de mis piernas y pese a mi pelea, me levantó de nuevo y me llevó al auto.

Pensé en atacarlo realmente, arañarlo o morderlo, pero no pude hacer algo como eso. La idea de herirlo no me gustó porque de una u otra manera, era consciente de que él estaba haciendo esto por mi bien, pero...

—No vas a pelear más contra mí —me dijo una vez me sentó en la silla del copiloto y me puso el cinturón—. Estás sangrando demás y todo es por tu culpa.

Me miró mal y cerró la puerta con fuerza antes de rodear la furgoneta y subirse detrás del volante. Lo escuché decir algo más, pero no lo procesé porque mis ojos se llenaron de lagrimas y mientras miraba por la ventana en silencio, noté que todo se volvía más y más borroso y cuando él arrancó el auto por fin y sin más, comencé a llorar.

Lloré por mi gato, lloré por Julieth, lloré por mí y por el hecho de que ahora si estaba más sola que nunca y ahora no me sentía como la Genneva fuerte y orgullosa.

Ahora solo estaba sola y perdida. No tenía nada por lo que seguir.

**

Ya había caído la noche.

Kaydan volvió de la farmacia con una bolsa de papel repletas de gasas y desinfectantes. Tenía puesta una gorra de béisbol negra que cubría sus facciones y cuando me alcanzó en el estacionamiento oscuro y abandonado del lugar, lo primero que hizo fue buscar mi mirada.

—Esto va a doler un poco —me informó—. Pero hay que hacerlo.

No respondí, solo llevé mis ojos enfrente y me tragué la agonía que estaba sintiendo, justo cuando él me ordenó que me sentara de lado y sacara la pierna hacia el exterior.

Obedecí y le ofrecí mi pierna, mientras él comenzaba a hacer lo que tenía que hacer para curarme. Dolió como un infierno, pero no dije nada, solo me quedé ahí y sentí las lagrimas comenzar a bajar por mis mejillas, mientras mis manos temblaban y pensaba en el hecho de que Barío debería creer que lo había dejado atrás.

Que lo abandoné.

—Deja de llorar, Genneva —dijo con voz firme, mientras se encargaba de mi pie—. No llores más, en serio, detente.

Sollocé y vi como la espalda de él se tensaba.

—Lloras como si te hubiese hecho algo malo. Te salvé la vida de nuevo.

—No lo entiendes —susurré y sequé mis propias lágrimas.

Levantó la mirada desde el piso y me analizó.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Lo horrible que es —sollocé en voz baja—. Lo horrible que es ser abandonado. Lo doloroso que llega a ser y como no lo puedes olvidar. Ser abandonado duele y no lo entiendes.

Kaydan no dijo nada por un largo instante. Era como si no me hubiese escuchado lo que dije y yo no esperé que entendiera lo que estaba sintiendo. No lo esperé porque él era un temprano

de hielo. Pero, de repente, se puso de pie y se limpió las manos cubiertas de mi propia sangre en una toalla, antes de hacerme verlo con ese mandato de siempre.

—Eso debe de ser suficiente por ahora —dijo—. Buscaré un doctor que pueda suturarte.

No dije nada, solo comencé a girarme para quedar una vez más de frente, pero antes de llegar a ello, él volvió a hablar.

—Y lo sé, Genneva —su voz fue un ventarrón frío—. Sé lo que es ser abandonado.

No pude evitar verlo y cuando nuestras miradas se encontraron, sentí que mi corazón dio un vuelco por la magnitud de su confesión que ni en mil años habría esperado de él.

—¿Quién te abandonó? —susurré.

No respondió eso, más, sin embargo, dijo: —¿Tan importante es ese gato para ti?

—Es lo único que tengo.

Asintió y se quedó callado por unos segundos, antes de soltar un gruñido bajo y regalarme una mirada molesta.

—Habría hecho más asesinándote —me dijo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le pregunté.

Me miró mal de nuevo y pensé que iba a ignorarme, hasta que cerró mi puerta con fuerza, pero alcancé a escuchar que respondió: —Ojalá supiera esa jodida respuesta.

No habló más conmigo y comenzó a moverse por ese pequeño pasadizo de pueblo que nos llevaba de nuevo a la carretera por donde veníamos antes, pero él se desvió hacia un hostel que quedaba en lo profundo de ese pasaje y al detenerse ahí, dijo:

—¿Quieres a tu gato de regreso? —me preguntó y yo lo miré inmediatamente y asentí.

—Bien, entonces deja de llorar, Genneva —ordenó—. Voy a ir a buscar esa cosa y tú solo vas a tener que hacer dos cosas.

Asentí de nuevo porque por Barío estaba dispuesta a hacer dos cosas.

—Primero, ya te lo dije, no quiero ni una sola lágrima más, me estresa.

—¿No puedo llorar frente a ti?

—No.

Ah.

—¿Y segundo?

—Vas a mantenerte segura en este hostel mientras vuelvo.

—Está bien...

—No, escúchalo claro y consiso —su mano fue a mi barbilla y no pasé por alto el hecho de qué hacía aquello más seguido de lo que debería—. Vas a mantenerte a salvo mientras regreso, porque si permites que algo malo te suceda y vuelvo y lo veo, yo no me haré cargo de tu gato si te pasa algo. Lo mataré y ahí quedará la vida de tu estúpido Barío.

No sabía si estaba preocupado por mí o me estaba amenazando, pero asentí. Ese hombre tenía raras maneras de decir las cosas.

—No dejaré que nada malo suceda —prometí.

—No, no dejarás que nada malo te suceda a ti —corrigió—. El resto da igual.

—Sí, eso.

Me analizó por unos segundos, antes de volver a mirarme mal y decir entre dientes:

—Verdamnte Frau, ich hasse sie.

Capítulo 18.

18

Kaydan.

—¿Estás seguro de que eran hombres del culto nigeriano? —me preguntó Krepto al otro lado de la línea, mientras yo me movía por los pasillos del deteriorado lugar.

—Sí —mi voz fue fría, mientras me tragaba la maldita irritación que estaba sintiendo.

—Pero eso no tiene sentido —escuché que dijo, mientras de fondo se escuchaba el pulsar de teclas—. ¿Cómo podrían saber donde estabas y como buscarte?

Tenía una respuesta directa para eso, pero luego me centraría en ello.

—Tienes que volver a Inglaterra lo antes posible —continuó diciéndome—. Ha habido ciertas discordias en Vértize y que no estes aquí no ayuda y menos con esa gente detrás de ti.

La cólera me envolvió.

—¿Tengo que estar junto a ti en todo momento para que hagas marchar las cosas? —mi pregunta fue fría y amargada—. De haber sabido que no servirías para nada, te habría enviado al infierno hace rato.

No perdió ritmo, todos mis hombres estaban acostumbrados a recibir mierda mía y cuando el malhumor me azotaba, eran conscientes de que, o hacían todo bien o se jodían.

—¿Debería enviar un escuadrón de hombres por ti? —sugirió—. Podría hacer qué...

Dejé de escucharlo justo cuando llegué por fin a la habitación que había compartido con Genneva y la encontré que estaba sellada por cinta de seguridad policial, ya que hacía horas habían hecho el levantamiento de los tres cadáveres.

—Putra mierda —me quejé en voz baja cuando abrí la puerta de madera y encontré que el lugar estaba justo como lo dejé, pero ya había sido ciertamente manipulado—. Dudo que esa mierda de gato este aquí.

—¿Gato? —Krepto se interrumpió alrededor de lo que estaba diciendo, mientras yo terminaba de entrar y buscaba por encima de todo—. ¿Estás buscando un gato?

—Sí —fue mi respuesta cortante.

—Estás siendo jodido por los nigerianos, pero... ¿Estás buscando un gato?

—Sí.

Sabía que iba a interrogarme sobre alguna mierda más, pero yo no tenía paciencia para eso y tampoco era como si fuese a explicarle algo.

—Hazte cargo de lo que sea que este pasando allá. Cuando llegue, necesito que todo esté en orden y mientras eso sucede, envíame en datos encriptados toda la información de los últimos días, lo leeré apenas pueda.

—¿Y la ayuda...?

Colgué antes de que terminara de hablar y eso fue todo.

Siempre lo era.

Había sido traicionado y pronto iba a saber por quién, porque jamás ponía el anzuelo sin dejarme un gran trozo de carnada.

Jamás.

Llevaba años en este maldito mundo. Sabía que sin importar el poder y el dinero que tuvieras encima, siempre habría alguien deseoso por traicionarte y pese a que mi nombre creaba pavor en el bajo mundo, también era un nombre que atraía cifras y mi ausencia no debería hacerles olvidar el miedo de quien era yo, pero si eso había sucedido, bien.

Les recordaría porque era el puto Barón de todo ese mundo oscuro, torcido y sangriento.

Lo haría, pero, antes de eso, tenía que encontrar al estúpido y tuerto gato negro.

—Tiene que ser una broma —siseé.

Tenía a Borlec Gidez ansioso por mi cabeza, siguiéndome los pasos como si de un sabueso se tratase. Pero me estaba siguiendo porque yo estaba permitiendo que lo hiciera.

Yo lo estaba usando.

Borlec era el líder de uno de los cultos mafiosos más peligrosos de Nigeria y, si me lo preguntaban, un hijo de puta rencoroso que no se había tomada para nada bien el hecho de que hubiese puesto una bala en la frente de su hermano menor.

No es como si me importara. Me pagaban por asesinar y eso era lo que hacía. Estudiaba a la víctima, trazaba un plan y si me llamaba la atención, lo ejecutaba yo mismo o enviaba a alguien más para hacerlo.

Teniendo en cuenta la dificultad de la misión y el mundo sangriento que rodeaba ese culto, fui yo mismo quien llevó acabo el ataque y como siempre, no fallé, jamás fallaba y la bala en la cabeza de ese hijo de puta era una prueba de eso mismo.

Era una maquina que había sido forjada para asesinar, nada me quedaba grande, nada...

—¿Y por qué esa miserable sigue con vida? —me pregunté a mí mismo con altanería, revisando debajo de la cama por sí, de alguna u otra manera, existía la posibilidad de que ese maldito gato estuviera ahí—. Tendrías que haber puesto una bala en su pequeña y rubia cabeza. Tendrías que hacerlo.

Era la primera vez que fallaba en mi trabajo y eso me hizo odiarla aun más, sin embargo, no fue suficiente para que me negara a buscar a su gato y le ordenara dejar de llorar.

Se veía patética cuando lloraba. Ni siquiera tenía porque hacerlo.

¿Quién le dijo a esa mujer que podía solucionar todo llorando?

Su mirada gris, que era plata pura se ponía más pesada y oscura cuando lloraba y siendo sincero, jamás esperé verla haciendo algo como eso, después de todo, se mostraba como una mujer dura y orgullosa, sin embargo, lloró demás por ese gato e incluso me dijo que yo no sabía lo que era ser abandonado.

Eso era un chiste andante.

Yo sabía mucho de esa mierda y demás, pero eso no era un tema para hablar o siquiera pensar.

Era mierda. Era parte del pasado y ahí lo iba a dejar.

Busqué al gato por todas partes en la habitación y no lo encontré. Maldiciendo en voz baja, salí de nuevo por los pasillos y cayendo en lo peor de la inmundicia e incluso en lo poco del orgullo, comencé a tocar las puertas de las otras habitaciones.

Me abrieron en tres y, en todas ella, pregunté con voz gélida: —¿Han visto un gato negro?

No.

La respuesta fue “no” en todos los casos y no pude seguirme moviendo por el lugar, porque escuché de nuevo sirenas y supe que venían a investigar más.

Apretando el puente de mi nariz, bajé las escaleras delanteras del lugar de dos en dos, mientras me recordaba a mí mismo que le había dado mi palabra a esa mujer y pese a que ella prometió que se mantendría a salvo en el hostel, yo no podía volver ahí sin su gato y tener que soportar mas de su irritante llanto.

—Ay, fuiste tú —escuché el terror en la voz de la recepcionista cuando me vio—. Fuiste tú el de la habitación y... Por favor, no me hagas daño, no dije nada, no lo hice y...

—Cierra la boca —espeté—. ¿Has visto un gato negro?

—¿Cómo?

Los ojos grandes de la mujer me miraron ansiosos, mientras le sostenía la mirada y esperaba a que me diera una única respuesta.

—¿Sabes o no?

—N-no, señor.

Se escuchaba las sirenas más y más cerca y sabiendo que mi tiempo estaba limitado, volví a hablar.

—Hay cámaras en los pasillos y suponiendo que le diste una parte a la policía que está ahí afuera, quiero ver las grabaciones. Ábrelas y busca en el piso de arriba —ordené—. Busca hacia donde escapó el gato.

—No puedo hacer eso —me miró con más miedo—. Es que es privado y...

Saqué el arma de la parte trasera de mi pantalón militar negro y poniéndola sobre el mostrador, la miré de nuevo y en voz baja, solo repetí:

—Vas a buscar a ese maldito gato en tus cámaras y me vas a decir la dirección por la que se fue —comenzó a temblar—. Y lo harás rápido, porque si me haces perder la paciencia más de la cuenta, voy a degollarte de la misma manera que desgollé a los de arriba o te meteré un solo tiro.

Eso fue todo lo que tuve que decir. Dio igual la policía o la privacidad, estuve seguro de que en mi mirada ella pudo entender el hecho de que estaba hablando muy en serio y sin poder esconder o domar su terror, de manera veloz, hizo lo que le ordené y encontré una respuesta.

El estúpido gato había corrido hacia una de las bardas de calefacción y en medio de los disparos y el miedo, se metió ahí y era probable que siguiera en ese mismo sitio.

—¿Cómo es tu nombre? —le pregunté a la mujer una vez me dio la información.

—L-lauren.

—Bien, Lauren. A continuación, lo único que haré será ir a buscar a mi gato y me iré de aquí sin formar ningún otro problema —me miró en silencio—. Si descubro que alertaste a alguien o algo por el estilo, ¿sabes que haré?

Negó.

—Entraré a un Malware, extraeré toda la información que encuentre sobre ti y tu familia y una vez haya terminado con esa tediosa misión, lo que haré será comenzar a cazarlos —tembló—. Comenzaré por tu familia y terminaré por ti, ¿entendiste?

—S-sí.

Le di una última mirada, antes de girarme y volver a las escaleras para ir en busca del estúpido gato y, de nuevo, mi conciencia me gritó:

¿Por qué hacíamos todo esto?

**

Lo encontré en el maldito agujero y cuando metí mi mano ahí para sacarlo, el adefesio, tuerto de mierda me mordió y me arañó.

Lo hizo con un odio que representaba el mismo odio que sentía por él, sin embargo, sus ataques no fueron suficientes para que lo dejara ir, ya que enredé mi mano en su lomo y lo obligué a venir conmigo por las malas.

No entendía como ella podía querer a una cosa tan fea y defectuosa como esa. Si tanto quería una maldita mascota, debería buscarle algo pequeño y lindo.

Quizás un estúpido chihuahua.

—No vas a conseguirle nada a nadie —me dije, mientras me subía de nuevo en la furgoneta y tiraba el gato adentro—. Que se joda.

Barío —¿quién llamaba a su gato de esa manera?—, me siseó furioso, mientras yo veía mi mano izquierda hecha una mierda y apretaba los dientes para tragarme el dolor y el enojo.

Salí del estacionamiento del lugar y manejé hasta llegar al hostel donde la había dejado a ella y sabiendo que estaba bien -porque había dejado un radio remoto que me avisaba todo en la habitación-, me detuve en el estacionamiento y tomando mi portátil, comencé a revisar las puertas traseras en los sistemas de seguridad de mis hombres.

Tenía los ojos en todas partes y cuando hablaba de ello, no me refería a otras personas vigilando por mí. Me refería a mi propio sistema de comando que me permitía expiar a todo aquel que hacía parte de mi mundo y demás.

Nadie estaba a salvo. No tenían privacidad cuando se trataba de mí y ni siquiera las llamadas más mezquinas y estúpidas con sus familiares quedaban exentas a ser monitoreadas.

Pero eso no era todo, venía sospechando de un par de personas y había dejado varios micrófonos recogiendo información para mí y una vez me sentara a escuchar todo y hallara al traidor, no sería bonito.

Ellos sabían que nada era bonito conmigo y se los iba a recordar por si, en un acto de estupidez, lo olvidaron.

Como supuse, ella estaba bien. La insoportable de ojos grises estaba sana y salva cuando entré a la habitación del hostel y la encontré en una bata de baño y con el cabello totalmente mojado.

Sus ojos se veían rojos y supe que había estado llorando, aún así, estos se abrieron y se llenaron de ilusión cuando me vio y... No, corrección, no cuando me vio a mí, sino cuando vio al estúpido gato el cual venía berreando molestó el muy malagradecido.

—¡Barío! —cojeó rápidamente hacia mi persona y sin detenerme, solo tomó a la bestia en sus brazos y lo apretó con fuerza contra su cuerpo, mientras cerraba los ojos—. Ay, estás bien, estás bien.

Cerré la puerta y la tranquilé de manera segura, mientras mi ceño se fruncía al ver que ella se veía más preocupada por esa cosa, que por el hecho de que me atacó y probablemente me contagió rabia.

—Estaba tan preocupada —escuché que le decía, mientras se sentaba en la cama con el gato y besaba su cabeza—. Dios, Barío, me hiciste llorar y...

No soportando más su declive verbal y toda esa mierda, me obligué a apartar mis ojos de ella y su tuerto animal y solo caminé hacia el baño del sitio, deseando lavar mi brazo y acabar con todo eso.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Llevaba días sin dormir y ya comenzaba a sentir los rastros del cansancio, pero no dije nada, sabía que podía aguantar más y, sobre todo, lo único que debía hacer era dejarla a ella en la ciudad y cuando eso sucediera, terminaría con esa puta travesía y dejaría esa mierda atrás.

Lo haría así.

Me quité la gorra, la camisa y comencé a lavar mi brazo arruinado con mordisco y arañazos, mientras pensaba de nuevo en toda la mierda con los de Nigeria, pero no llegué muy lejos en

mi cavilación, porque escuché pasos detrás de mí y cuando miré por encima de mi hombro, vi que ahí estaba ella.

Volví la vista a mi brazo e intenté ignorarla, pero no fue posible.

—¿Cuál es tu excusa ahora? —le pregunté sin verla—. Ya tomaste una ducha, ¿ahora cuál es el motivo para seguirme hasta aquí?

—No te estoy siguiendo —fue su respuesta y su voz sonó suave—. Solo venía a hablar.

—¿Cuándo estoy en el baño?

—Cuando estás en el baño y sin camisa, sí.

Secando mi brazo con mi propia camisa me giré para verla, mientras apoyaba mi espalda contra el lavamanos y nuestros ojos se encontraban los unos con los otros.

Ella seguía con su bata puesta y su largo cabello rubio frío, casi cenizo, estaba húmedo y parecía caer en una cascada helada sobre sus hombros y espalda.

Era la reencarnación de un hada de invierno. Estaba seguro de eso y, ¿por qué seguía repitiéndolo cada que la veía?

—Baño está mejor. Ya comió y sigue asustado, pero sobrevivirá.

No aparté mis ojos de su rostro y sin poder evitar el sarcasmo, solté: —Que bueno saberlo, la duda me estaba matando.

Solo me analizó unos segundos más, antes de que su mirada cayera primero en mi brazo herido, después a mi torso desnudo y luego volviera a mí sin más.

—En realidad, solo vine aquí a darte las gracias —su voz sonó tranquila, suave—. Gracias por traer a Barño de regreso conmigo, sé que no tenías que hacerlo, pero lo agradezco.

No dije nada, solo la observé.

—Y también lamento demasiado eso —señaló mi brazo—. Se ve doloroso.

—No es nada —desestimé todo—. ¿Cómo sigue ese pie?

—Estaré bien. No creo que necesite puntos.

Asentí en silencio sin poder dejar de verla y ella también guardó silencio, antes de girarse y salir del baño sin más.

Por un instante, creí que ya todo había acabado ahí y ella solo iba a volver con su detestable animal, pero no fue así. Regresó luego de un minuto con un pequeño botiquín y caminando directamente hacia mí, lo puso a un lado y añadió:

—Baño está limpio, tiene todas sus vacunas.

—Algo bueno, esperé que me contagiara la sanar.

—Los gatos no pueden contagiarles la sarna a los humanos.

Le regalé una mirada dura y ella ni siquiera se inmutó, solo puso el botiquín a un lado y estiró su mano para tocar mi brazo.

—¿Qué haces? —no pude evitar preguntar.

—Curarte— me miró a los ojos—. Y deja de fruncir el ceño con amargura, Kaydan. Solo quiero ayudar, es todo.

Ni siquiera me di cuenta de que estuviera mirando mal o demás, pero eso era lo que ella sacaba de mí. Constante enojo e irritación.

Estuve a nada de quitarle la gasa de la mano y decirle que yo mismo podía hacerme cargo de todo, pero de repente, sus suaves y gentiles dedos estuvieron por todo mi brazo revisándome y pese al leve ardor que había ahí, su tacto hizo algo más.

—Es un gato muy arisco, sufrió mucho —comenzó a decirme como si me importara, pero no la callé—. Lo encontré apuñalado, sin un ojo y desnutrido. Ha luchado mucho por su vida, es un gato fuerte y...

Guardó silencio y negó, mientras comenzaba a limpiar mi antebrazo y sin importar el estúpido escozor, no pude alejar mis ojos de su perfil.

—¿Y qué? —la invité a seguir.

—A veces, solo me pregunto cómo algo tan pequeño puede tener tanta fuerza dentro sí —fue cuidadosa conmigo y me puso más desinfectante—. Tenía que morir, pero no lo hizo. Se aferró a la vida, vivió y...

—Tiene un humor de mierda.

Por primera vez, tomándome por sorpresa, ella soltó una risita baja, suave y frágil. Un sonido que parecía que jamás salía demasiado de ella, pero ahí estaba.

Estaba frente a mí y me rodeó sin que pudiera evitarlo.

—La verdad es que sí, me mordió varias veces al inicio, ya después se hizo mi amigo —me miró—. Soy buena con los amargados e iracundos.

Volvió a centrarse en mí y ahora me puso una crema que encontró. Lo hizo con una amabilidad de la cual jamás había sido poseedor y eso me puso levemente inquieto porque no estaba acostumbrado a ello.

—La cuestión es, que ojalá pudiera hacer algo para devolverte todo lo que has hecho —siguió hablando y eso era todo un triunfo en ella—. Estoy muy agradecida y sé que eres un...

—¿Nefasto?

—Un amargado —corrigió—. Pero estoy agradecida y ya no creo que seas nefasto. Al menos, no tanto.

—Ahora sí podré dormir.

—El sarcasmo no es algo genial, Kaydan.

—No, yo lo hago genial.

Un ruidito salió de ella, pero siguió trabajando en silencio y una vez terminó, simplemente me volvió a mirar y quedé sujeto a esa mirada plata.

—La cuestión es que, estoy agradecida de que hayas traído a Barío de nuevo. Es mi familia.

—¿Ese gato es tu familia?

Asintió.

—Sí, ahora solo somos él y yo.

Sabía que aquello no era del todo cierto, teniendo en cuenta de que la había investigado y sabía que tenía tres hermanas más, las cuales estaban casadas con hombres muy importantes en el mundo de la mafia. Aún así, ¿quién era yo para cuestionar mierdas de familia?

No dije nada más, las heridas ya estaban ahí y posteriormente se pondrían mejor, pero permití que ella siguiera toqueteando y poniendo cosas. Lo hice, mientras que, de manera acosadora, solo la miraba en silencio y me repentinaba que era una insufrible.

—Odio el agua fría —solté de repente.

—¿Y qué con eso?

—Me bañé con ella. Con el agua fría —informó—. Lo hice y te guardé toda el agua caliente.

Mi ceño se frunció, ¿lo que estaba escuchando era en serio?

—La guardé porque estoy agradecida contigo y... podría serlo —dijo y continué sin pasar por alto el hecho de que seguía tocando mi brazo con sus delicados dedos—. Lo he pensado y, después de todo, podrías ser mi amigo.

Mis ojos subieron a su rostro y estábamos tan, pero tan cerca, que su aliento mentolado barrió mis labios y eso me irritó.

—¿Y quién dijo que quiero ser tu amigo, Genneva? —pregunté, no pudiendo evitar cuestionarme a mí mismo si había alguna onza de entendimiento en su cabeza.

¿Había olvidado el hecho de qué le dije que fui hasta ahí sólo para asesinarla?

—Bueno, no sé, nunca he tenido amigos —confesó.

—Ni los vas a empezar a tener ahora.

Frunció el ceño.

—¿Entonces qué podemos ser? —preguntó de manera genuina y ella no lo supo, pero jodió algo en mí con esa estúpida pregunta.

—Nada —respondí por inercia—. Nunca seremos nada, Genneva. Esto es mi acto más grande de humildad.

De repente, ella dejó de tocarme y pese a que no funcionó el ceño o demostró algo en sus ojos, preguntó suavemente.

—¿Ayudarme es un acto de humildad?

—Sí.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Por qué no eres amable y todo eso?

—Por eso y porque, no me meto en problemas por nadie y mucho menos por mujeres —respondí—. Así que no, no seremos amigos y esto sin duda alguna no es una alianza. Te ayudo

hasta donde pueda y después de ahí, carga con tu defectuosa vida tan lejos de mí como sea posible.

Pensé que se iba a molestar, se iba a mostrar herida o algo más, pero no. Solo asintió, dejó de lado la crema y respondió:

—Creo que soy socialmente inepta haciendo amigos y nunca he tenido uno, pero, tienes razón, nadie quiere cerca a personas con vidas defectuosas.

No respondí.

—Pero, tu vida tampoco es perfecta, Kaydan. No saber o poder recibir agradecimientos o amabilidad por parte de otras personas solo recalca el hecho de estás tan jodido como yo y eso es triste —caminó hacia la puerta—. Es triste estar jodido, pero entiendo y si en algún momento deseas ser gentil, al menos hasta que te deshagas de mí, las puertas están abiertas. Para pelear se necesitan dos y yo estoy harta de eso.

Se fue y me dejó con las malditas palabras en la boca y por primera vez en la vida, llegó a mí una pizca de culpa y más allá de eso, sentí su tacto en mi brazo incluso cuando ya se había ido.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 19.

19

Kaydan.

Düsseldorf – Alemania.

Tenía seis años la primera vez que escuché una discusión entre el hombre que decía ser mi padre y la mujer que me dio a luz.

Una discusión por vía telefónica, ya que ella, obviamente, se negaba a volver a Alemania a hacerse cargo de sus responsabilidades o algo así por el estilo, ya que él, Basto Von Sclaén, mi padre, no dejaba de maldecirla una y otra vez.

—No me jodas, Luciana —lo escuché decir—. Hace años tendrías que haber venido por este niño y, ¿ahora me dices que no? —se rió—. Jódete, perra. No me haré más cargo de esto. Vendrás y te lo llevarás.

Piqué mis verduras con paciencia, mientras me mantenía estoico y no decía nada. Ni siquiera levanté la cabeza.

—Ya te dije que no puedo ir —fue lo que dijo ella y entendí perfectamente su inglés—. No puedo. Vas a tenerte que hacer cargo solo y ni eso, ya qué no eres tú quien lo está criando, ¿entonces de que te quejas?

—¡Putá! —le gritó él—. ¿Cómo te atreves?

—Tengo una familia, Basto —ella no perdió la calma—. ¿Qué esperas? ¿Que le diga a mi esposo a mis dos hijos pequeños que tengo otro hijo? —ella suspiró—. No puedo hacer eso y no lo haré. Es demasiado para mí.

—Kaydan también es tu hijo.

Hubo una leve pausa y pese a que no levanté la cabeza de mi plato, escuché con atención para saber que era lo que iba a decir ella.

—No, mis hijos son los que están aquí conmigo —corrigió—. Kaydan fue producto de una violación y por eso no lo quiero conmigo.

Por fin levanté la cabeza para ver en donde estaba mi padre y sentí algo raro embargarme, pero antes de que lograra ponerme de pie o preguntar algo, mi tío me silenció con una sola mirada y dijo:

—Quieto, Kaydan. Te mantienes sentado y en silencio —sus ojos, los cuales eran verdes con azul, me analizaron con fría calma—. Los hombres escuchan los rumores en silencio y los ignoran. Son rumores.

—Sí, tío.

Asentí y volví a centrarme en la comida, mientras Basto no dejaba de maldecir a la mujer y ella le recordaba una y otra vez que estaba ebria cuando todo sucedió y por eso era abuso.

Sabía que ella tenía dos hijos más. Mave y Dominic. Ella tenía toda una familia en Rusia y eso estaba bien. Mi tío Christian siempre me decía que jamás debía llamarla a ella madre o a sus hijos mis hermanos.

—Uno llama las cosas por su nombre, Kaydan —solía decir—. Y aceptar que no tienes una madre y unos hermanos es más fácil ahora. Lo entiendes de niño y lo ignoras de adulto.

—Sí, tío.

Esa siempre era mi respuesta cuando él me decía algo. Mi tío Christian era un hombre duro, bastante estricto y determinado. Aun así, era quien siempre se estaba haciendo cargo de mí en todo momento. La mayor parte del tiempo estaba en su casa, bajo sus cuidados, mientras Basto, mi padre, se drogaba y hacía otras cosas con mujeres de la calle.

—Es una zorra maldita —dijo Basto cuando volvió a la mesa con nosotros y tiró su móvil sobre esta—. No vendrá por él, la hija de puta dice que la abusé, como si no hubiese disfrutado montar mi polla.

Miré a mi tío, el cual levantó una copa de vino y la llevó a sus labios, mientras analizaba a su hermano menor con frialdad.

—¿Es necesario que seas tan soez?

—Soy lo que se me da la gana en mi propia puta casa —respondió—. Además, Kaydan ya es un niño grande, ya es hora de que sepa que su madre es una puta que no quiso hacerse cargo de él por ser un bastardo.

No me inmuté ante las palabras, ya sabía como era él cuando estaba ebrio y drogado y “bastardo” era el insulto mas suave que podía decirme, después de todo, en el pasado, me había llamado: Escoria, pedazo de mierda, hijo de ramera, maricón y etc.

—Aunque, pensándolo bien —dijo y sonrió divertido, mientras me miraba—. Debería llevarte conmigo hasta Rusia y dejarte en la puerta de su casa. ¿Se imaginan la cara de su esposo? —se carcajeó—. ¿Y si lo hago?

—Madura, Basto —quien respondió fue mi tío—. Eres adulto, deja de comportarte como un imbécil.

Él se rió y no dijo nada más, mientras el evidente desagrado se notaba en el rostro de mi tío y yo seguía comiendo en total silencio.

—Espero que mañana no estes ebrio para ir a la empresa —agregó mi tío—. Das asco.

Mi padre se rió y la tensión aumentó aún más.

La familia Von Sclaén era una familia muy consolidada en Alemania. Familia de millonarios que tenían una dinastía en el mundo de las constructoras y la exportación de vehículos de alta gama.

Por otra parte, mis abuelos eran dueños de grandes joyerías que eran solicitadas desde varias partes del mundo y así, sucesivamente, el resto de familia estaba muy bien acomodada con sus empresas y recursos.

Mi tío Christian siempre decía que debía sentirme seguro y a gusto teniendo en cuenta de que había nacido en una familia millonaria, pero la verdad era que sabía que nadie en la familia, aparte de mi tío, me aceptaba.

Los abuelos me llamaban bastardos, mis tíos y tías me ignoraban y tenía prohibido juntarme con mis primos -ninguno me agradaba-, pero jamás podía acercarme a ellos o hacer cosas que ellos hacían.

Era diferente.

—Relájate, Christian —se quejó el otro—. Por eso estás tan solo en tu mansión de mierda.

El tío Christian si estaba solo. Tenía treinta y uno y siempre era él y nadie más. Cuando fuese grande, quería ser como su persona. Solo, con mucho dinero y sin tener que esperar las visitas de nadie.

—Como sea, me voy —vi como él se ponía de pie y rápidamente lo emití—. Tu presencia me repugna —le dijo a su hermano.

La mayor parte del tiempo me quedaba en casa del tío. Ahí tenía una habitación y pese a que me sentía solo y sus reglas eran muy estrictas, él no me trataba mal.

Vi a mi tío comenzar a girarse para irse y comencé a seguirlo, pero la voz de mi padre me frenó.

—¿A dónde vas, Kaydan?

—Con el tío...

—Hoy no —fue su respuesta—. Hoy te quedas aquí.

—Tiene entretenimiento mañana —dijo mi tío—. Lo sabes.

Él era muy estricto con eso. Desde los cuatro años, mi tío me tenía en un grupo militar secreto que operaba en la ciudad. Era un grupo en donde entrenaban niños y los llevaban a su límite de maneras bastantes... Fuerte.

Mi primera prueba había sido estar encerrado en una habitación a oscuras por cuatro días sin dormir y sin comer. Eso fue a mis cuatro años y si por alguna razón llegaba a llorar, recibía latigazos en la espalda que me hacían retorcer por horas e incluso días.

Era un lugar muy fuerte para estar, pero prefería estar ahí que en casa.

—Es mi hijo —mi padre miró a su hermano—. Recuérdalo de una vez por todas.

La mirada del tío Christian se posó en mí por unos segundos, antes de asentir levemente y tras girarse, solo comenzó a caminar hacia la puerta para irse.

No quería que se fuera. El tío era frío y estricto, pero era lo único que tenía y... Era mi familia.

—Tío —comencé a seguirlo rápidamente—. Tío...

Él se detuvo, se giró y me miró con esos ojos que eran iguales a los míos y a los de Basto.

—Los hombres con poder no siguen a otros hombres, Kaydan —me dijo y puso una mano en mi hombro—. ¿Sabes que está pasando aquí, no?

Su pregunta fue baja y gélida.

Negué.

—Basto tiene un juego de poder contigo —dijo con simpleza—. Te usa para manipularme y ya sabes que a mí nada me manipula.

Asentí.

—¿Quieres estar aquí?

—No.

—¿No qué?

—No, señor.

Asintió y me dio leves palmadas en el hombro.

—Eres un niño inteligente, más que cualquiera de tu edad. Estás por encima —agregó—. Si no te gusta algo, solucióvalo.

—Tío...

—Solucióvalo, Kaydan —repitió y alejó su mano de mí—. Eres un soldado. ¿quién te dijo que tienes derecho a dudar o a no seguir tus instintos?

Después de ahí, el tío Christian simplemente me dio la espalda y se marchó dejándome en la gran casa con Basto.

Traté de sentir enojo por verme obligado a quedarme ahí, pero no sentí nada. Ya hacía mucho había aprendido que no tenía sentido sentir demás.

—Ven acá, Kaydan —me ordenó mi padre—. Siéntate conmigo.

Me giré, caminé lentamente hacia su persona y tomé la silla de antes. Lo hice mientras él comenzaba a hablar de miles de cosas y yo solo escuchaba en silencio.

—¿No has pensado que hay algo mal en ti? —me preguntó de repente—. Lo digo porque, Luciana te parió y a las dos horas ya te había dejado abandonado conmigo y no es como si ella no deseara ser mamá. Tiene dos hijos.

No respondí nada.

—Mave y Dominic —se rió—. Mierda, Kaydan, esa perra de tu madre te obligó a ser un bastardo.

Solo me quedé ahí sentado y él no dejó de reírse y beber. Bebió demasiado, tanto, hasta que de repente, sin más, sin llegar a tomarme de sorpresa porque siempre hacía eso, lanzó la copa de vino contra la mesa y restos de vidrios y bebida salpicaron mi cara.

—Eres un bastardo raro, Kaydan —escupió y se puso de pie—. ¿Cuál es tu maldito problema?

Lo miré en silencio, sabiendo que su arrebato de rabia era normal.

—Habla y solo dilo —ordenó—. ¿Acaso no tienes sentimientos? ¿Es eso?

Dio la vuelta alrededor de mesa y me tomó por la camisa, mientras me ponía de pie y con cólera escupía en mi cara:

—Eres un maricon que no es capaz de nunca decir nada. Marica, pedazo de mierda.

Lo miré en silencio.

—¿Y sabes qué? —me zarandéo—. No vuelvas a hablarme, no hasta que seas capaz de decir que quieres hacer.

Sin más, él me empujó hacia el piso con fuerza y caí con violencia, pero ni siquiera el golpe hizo que alejara mis ojos de él.

No me quejé y tampoco lloré.

Los hombres no lloraban. Lo había aprendido desde mis cuatro años y a él, a Basto, mi supuesto padre, jamás le daría una sola lágrima, pero si le diría que quería.

Lo haría.

**

Todo estaba en silencio, lo único que se escuchaba era el repiqueteo de las gotas de lluvia contra la ventana y el tono de espera del teléfono que estaba en mi oreja.

Me sentía tranquilo e incluso tenía sueño. Llevaba tres días sin dormir y ya tenía sueño, quería hacerlo.

Miré el reloj de la cocina y decía que eran las dos de la mañana. Sabía que para muchas personas era temprano en la madrugada, pero mi tío estaría despierto a esa hora.

Él casi nunca dormía tampoco.

Seguí esperando con paciencia, justo cuando finalmente él respondió.

—¿Quién? —dijo con voz amarga.

—Lo solucioné —le dije—. Ya lo hice.

Hubo una pausa y luego habló de nuevo.

—¿Qué solucionaste, Kaydan?

—Él me dijo que debía decir lo que quería, usted dijo que debía hacerme cargo de todo, entonces, lo hice —miré mi mano repleta de líquido escarlata—. Le dije a mi padre que lo quería muerto y después apuñalé su corazón. Lo maté.

El tío Christian no se inmutó ni un poco.

—¿Y cómo se sintió hacer eso?

Lo pensé por un segundo, mientras a mi mente llegaba el recuerdo de cómo me colé en su habitación y mientras estaba dormido clavé un gran cuchillo en su pecho y después simplemente lo vi a agonizar.

—La sangre es pegajosa. Me da asco —fue mi única respuesta—. Quiero un arma. Así jamás tendré que tocar la sangre sucia de nadie.

Mi tío lo pensó.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

—Ya veremos si te ganas el arma —fue su respuesta—. Mientras, vas a aprender otra lección.

No respondí.

—Vas a hacerte cargo de las consecuencias, porque un hombre de verdad actúa y cuando lo hace, toma la mierda que merece. ¿Entiendes eso, Kaydan?

—Sí, tío.

Al día siguiente, el tío Christian le dejó saber a toda la familia que asesiné a Basto y después de eso, a mis seis años, fui enviado a un reclusorio militar por tres años, en donde al mes solo recibí una llamada del tío y eso fue todo.

No hubo nada más y no me importó, porque en todo ese tiempo solo pensé día tras día en una sola cosa: Quemar a Luciana y a sus hijos vivos.

Eso sería algo digno de ver. Ya crecería y vería cómo hacerlo. Lo haría.

**

PRESENTE.

Genneva no habló demasiado conmigo el resto de la noche después de nuestra confrontación en el baño, aun así, pese a lo irritado que me tenía, me senté en la silla frente a la cama en donde ella estaba durmiendo con el adefesio de su gato y la vi descansar.

Sí, la observé como un maldito acosador.

No pasé por alto los pequeños ruidos que salían de su boca cuando estaba totalmente inconsciente. Lo había descubierto en el motel y si no fuese porque la detestaba a ella y a todo el mundo en general, pensaría que podía llegar a ser adorable, pero no lo era.

Por otra parte, era bastante ofensivo el hecho de que me había expuesto por ese demonio de su gato y demás, pero era esa cosa quien recibía las atenciones e incluso estaba durmiendo cómodamente con ella.

Que se jodiera.

Miré el reloj y eran alrededor de las tres de la mañana, en menos de cinco horas tendríamos que estar de regreso en la carretera y era por eso que la iba a dejar a ella descansar bien.

Regalándole otra mirada, me puse de pie, abrí la puerta de la habitación y salí a los pasillos para cerciorarme que todo estuviera bien. Revisé pasillo por pasillo y una vez estuve seguro de que todo estaba en orden, volví a la sección en donde estaba ella y justo cuando entré a la habitación y llevé mi mirada a ella, en la penumbra, me detuve en seco.

Literalmente me detuve y solo miré.

Miré el láser de puntería roja que estaba en la cabeza de ella y que provenía desde la ventana del hostal. Desde el exterior. El láser estaba ahí como una amenaza latente y sabía que solo era cuestión de segundos para que una bala la alcanzara y acabara con la vida de ella.

La iban a asesinar. A ella.

¿Qué me importaba eso a mí? Ya había hecho demasiado por ella, ya era más de lo que había hecho por alguien más y...

Maldiciendo, sentí que todo se remolineaba con demasiada fuerza alrededor de mí y me tiré hacia adelante sin ni siquiera pensarlo y tres segundos después, detonaron el arma desde el exterior, ya que la bala llegó, rompió el cristal, entró a nuestro lugar y encontró su destino.

Lo hizo y la sangre cayó.

Capítulo 20.

20

Kaydan.

Sangre.

Había sangre mía manchando las sabanas de la cama en medio de la noche y la bruma, pero no solo mi sangre. También había sangre de ella y al verla, al presenciarlo, sentí algo furioso envolverme y no supe darle nombre, pero se quedó ahí.

Se quedó ahí mientras procesaba el hecho de que me había interpuesto entre una bala y ella. Lo hice sin pensar, siendo un total imbécil y...

Ella estaba jadeando, vi el terror en sus ojos grises pese a la penumbra y sabiendo que solo teníamos segundos antes de que el francotirador recargara de nuevo, me puse rápidamente de pie, la tomé a ella por el brazo y obligué a levantarse también.

—Estarás bien —fue lo único que le dije, mientras que con un brazo la sujetaba y con el otro evitaba que el gato escapara—. Al baño, ahora.

El tiro había sido dirigido hacia la cabeza de ella y cuando me tiré hacia adelante para evitarlo - y sin pensar en una mierda-, la maldita bala de calibre alto había dado en mi hombro izquierdo y saliendo por la parte delantera de este, rozó un poco la garganta de Genneva sin llegar a entrar en ella, pero si la quemó y le creó una pequeña herida sangrienta.

Respira, Kaydan. Respira.

Me repetí lo mismo una y otra vez, mientras mi ritmo era frenético y terminaba de llevarla a ella al baño.

Si nos habían atacado con francotiradores, lo más obvio era que no deseaban un ataque cuerpo a cuerpo conmigo, a menos de que fuese un maldito ejército y eso no era nada conmigo, porque sabía que había salido de peores.

Lo había hecho.

—Pero... —Ella seguía en shock. Había salido de su sueño siendo despertada por cristales rotos y una bala casi atravesando su garganta—. ¿Kaydan?

Dejé el gato en el piso y solo me centré en ella. Llevé mi mirada a un lado de su garganta y pese a que mi hombro abaleado estaba votando sangre a mas no dar y comenzaba a sentir el entumecimiento, no fui capaz de reaccionar.

Solo me centré en ella.

—Estarás bien —repetí, llevando una de mis manos a su garganta y frenando el salir de la sangre—. Es superficial, está bien.

Ella no entendía que estaba pasando y yo no tenía tiempo para explicárselo, no mientras me costaba un poco centrarme y enfocarme realmente en lo que debía de hacer.

¿Primero salir o primero buscar red de ataque? ¿Qué era más certero?

Mierda.

Continué presionando la herida de ella y ni siquiera me importó su sangre. No le tenía asco a su sangre y quizás debía de ser por...

—¿Alguien va a matarnos? —ella me sacó de la bruma de la cavilación y yo fruncí el ceño.

—Nadie hará tal cosa contigo —fue mi respuesta gélida—. Nadie.

Sabía por experiencia propia que correr y tratar de huir no era la opción, ya no. Si había un francotirador por ahí, eso significaba que existía un plan de ataque y tenían nuestra ruta consolidada.

Sacar a Genneva y a Barío de ahí sin que fueran heridos era mas que imposible y por eso me tomé el tiempo de primero asegurarme de que ella estuviera bien. No hablé mucho, mi mente estaba en otro nivel de lejanía y tomando papel, la limpié tan rápido como fue posible, mientras ella temblaba quizás por la impresión del susto.

Sin perder tiempo, le quité uno de los cordones a mis zapatos y enredándolo alrededor del cuello del gato sin llegar a apretar, simulé una correa y después se la entregué a la rubia.

—No lo sueltes —le dije, mirándola—. ¿Bien?

Asintió.

Caminé hacia el retrete y levantando la tapa en donde se recargaba el agua, la abrí y ahí dentro, en bolsas herméticas, tenía dos de mis armas de siempre con sus cargadores y sin pensar en nada, las tomé.

Yo siempre era de pensarlo absolutamente todo, pero ahí no lo hice y si llegué a algo similar, solo pensé en una cosa: El hecho de que habían hecho sangrar a Genneva por segunda vez.

Su pulcra, pálida y perfecta piel estaban una vez más, manchadas con su propia sangre y eso no me gustó. No me dejó pensar.

—¿Son hombres de Darwyn?

No, no lo eran. Seguían siendo los nigerianos, pero de repente, mientras me movía hacia la puerta y miraba hacia el exterior de esta, tuve el pensamiento intrusivo de no decirle la verdad.

¿Y si llegaba a la conclusión de que era más martirizante el estar conmigo que con el imbécil de Darwyn?

No me importaba, ella podía pensar lo que deseara y, aun así, me encontré omitiendo la verdad y solo dije: —Es difícil saberlo, solo sé que nos están atacando.

Miré el reloj en mi muñeca y conté mental diez segundos. Sabía que, para mantener el rifle cargado en punto de mira y lograr un buen disparo, se necesitaban muchos enfoques y uno de esos era el ir y venir del aire. Las balas podían perder su rumbo debido a la densidad del aire y solo tenía que esperar un poco para que se sobrecargara todo y el bastardo afuera se moviera al menos un poco y perdiera el enfoque de la densidad de la lluvia.

—Vamos a salir con prisa —le dije a ella sin verla—. Sé que tu pie está herido y duele, pero debemos movernos tan rápido como sea posible, ¿bien?

Ella asintió y cargó al feo gato.

—Probablemente, nos estén esperando en un punto, entonces, vamos a separarnos. Trataré de llevarlos solo hacia mí.

—¿Qué? —me miró alarmada—. No creo que separarnos sea...

—Es una indicación, Genneva —mi voz de líder salió con firmeza—. Es lo que hay que hacer.

Ella no era de mostrar inseguridad, lo sabía, aun así, desde hacía dos noches atrás era mas real con lo que sentía y al parecer, de alguna u otra manera, había logrado ganarme algo de su confianza porque ya no parecía desear esconder lo que pensaba.

—¿Y si me atrapan?

—Nadie te va a atrapar.

—Pero...

—No hay peros. Solo acciones.

Me sostuvo la mirada por unos segundos y vi que no estaba muy segura de ello, pero tampoco era como si los dos pudiéramos quedarnos juntos en toda esa mierda.

Había que actuar.

¿Pero estaba seguro de que ese era el paso correcto? ¿No sería mejor tantear y luego ejecutar?
¿No sería mejor...?

No, mientras más tiempo estuviera ahí, más oportunidades de un ataque cerrado había y eso podría lastimarla a ella.

—Pasaré por la ventana primero que tú, espera mi señal para hacerlo.

Ella no respondió, estaba mirando hacia enfrente en silencio.

—Geneva.

—¿Uhm?

Maldiciendo, me acerqué de nuevo a ella y no pude evitar llevar una vez mas mis ojos a su herida y el odio creció.

—No estamos jugando, Geneva. Necesito que estes al tanto de lo que digo —mi voz fue dura. Fue del tipo de voz que dolía usar cuando hablaba con los bastardos de Vértize—. Necesitas escuchar lo que te estoy ordenando.

—Estoy escuchando, Kaydan —su voz fue suave.

—Pasaré por la ventana y esperarás a que te diga cuando pasar.

—Bien.

Le di una ultima mirada y pese a que ella se mantuvo tranquila, pude ver en sus ojos que había algo que la inquietaba, mas, sin embargo, no lo dijo en voz alta y por mí estaba bien, no quería que habláramos más.

Cargando el primer arma, la metí en la parte trasera de mis pantalones militares y sostuve la otra en la mano, mientras me aseguraba desde la distancia que la puerta de la habitación no tuviera ninguna vibración que me hiciera creer que había gente afuera y contando mentalmente hasta diez, me acerqué un poco más a la ventana y esperé.

Sabía que el francotirador estaría listo y le daría a cualquier cosa que se moviera, pero aquello eran actos de principiantes, porque yo, siendo un franco de hacía más de quince años, había aprendido que el único objetivo era la carne y el hueso y sino, eso sería bala perdida y muerte errada.

Di un paso hacia atrás sin mostrarme aun en la ventana y respirando lentamente y tranquilizando mis sentidos, dejé de lado mi desespero por... Sacar a esa irritante de ahí, lo hice.

Me tiré en frente hacia la ventana y disparé hacia el resto del cristal creando un choque y unos segundos de ruido visual, antes de moverme hacia la izquierda de manera veloz, justo cuando otra bala llegó desde afuera y sabiendo que teníamos segundos de ventaja, rápidamente me centré en ella y...

—Corre, Geneva.

Por suerte obedeció y no se quedó helada. Corrió tan rápido como le fue posible hacia el otro lado de la habitación, justo cuando otra bala entró y rozó un costado de mi torso, pero no importó.

Ella ya había pasado

—Estás sangrando mucho —dijo, mirando mi hombro con duda—. Kaydan.

—¿Sabes conducir? —le pregunté, ignorando sus palabras y mirando hacia la ventana esperando más balas.

—No...

Maldije.

—¿Sabes hacer algo, Genneva? —la pregunta fue dura y me sentí como un imbecil.

Ella me miró en silencio por un instante, mientras su pecho subía y baja con pausa.

—No, me temo que no.

No tenía más tiempo para esa mierda y tomando su mano, la arrastré conmigo hacia la puerta y la abrí. No había nadie ahí y eso levantó el doble mis sospechas, ¿por qué no estaban ya ahí adentro si sabían la ubicación?

Llevé a la rubia hacia las escaleras traseras del feo lugar y sin dejar de apretar el arma en mi mano, le dije.

—Bajaré a ver que el estacionamiento esté limpió y una vez haga eso, iré al auto e intentaré hacerles creer que voy a escapar.

Ella no dijo nada.

—Voy a dejarte aquí escondida, volveré por ti una vez logre ver el panorama completo.

—Puedo ir contigo —dijo con prisa—. Seré rápida.

—No, Genneva. No puedes venir.

Ella no sabía lo jodido fácil que era joder a alguien con un rifle, desde la altura, en un auto en movimiento. Si ella hubiese podido conducir, la habría dejado ir mientras yo subía a la azotea y servía como blanco, pero los dos juntos no era lo ideal.

Iba a estar mas segura ahí. Así que, basándome en eso, nos obligué a ambos a bajar a un nivel y fue ahí cuando encontré una habitación de lavandería en medio de la poca iluminación de los pasillos.

—Vas a quedarte aquí —mi voz fue baja cuando la ayudé a ella a entrar al pequeño cuarto—. Ten —le ofrecí mi arma—. No tiene seguro, si alguien entra y vez que no soy yo, solo oprime el gatillo.

Tomó el arma con una mano y con la otra siguió sosteniendo a Barño, el cual por primera vez se portó bien.

—Ponle seguro a la puerta o mantenla firme con tus pies. Veré que puedo hacer afuera.

No dijo nada tampoco y en medio de la urgencia de tener que irme y ver como encontrar una forma de salir de ahí, sentí irritación.

—¿Estás escuchando lo que estoy diciendo, Genneva?

—Sí, Kaydan —la vi sentarse en el piso en medio de sabanas blancas—. Si te escuché y... Gracias.

Mi ceño se frunció.

—Gracias por todo —me sostuvo la mirada—. En serio

No quería que ella me agradeciera y menos en ese instante. Menos cuando una maldita bala había rozado su garganta y creó una quemadura ahí.

—Quédate aquí. Volveré.

Miró hacia el piso.

—Sí, seguro.

La miré unos segundos más, antes de simplemente darme la vuelta, tomar mi otra arma y salir de ahí.

Necesitaba derramar algo de sangre y lo haría. Aun así, no supe si lo haría por lo irritado que estaba con esos bastardos jodiéndome, o por si el hecho de que habían lastimado a algo tan irreal como ella.

Genneva Blinder y, ante eso, nació la necesidad de cobrar.

Cobrar venganza por lo perfecto que arruinaron.

**

Algo estaba mal.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

No dejé de repetirme lo mismo una y otra vez, justo cuando salí por las dos puertas del hostel y no había absolutamente nadie esperando. De hecho, salí al exterior y esperé el ataque del franco tirador, pero ni a eso llegó.

Era como si se hubiesen espumado.

Todo estaba oscuro, lluvioso y demasiado tenso para ser real.

Analizar, trazar, ejecutar y salir de ahí.

Ese era el patrón que siempre usaba y sabía que, si ellos deseaban mi cabeza, ese era su momento. Incluso, para ver si seguían el circuito de ataque, me subí en la furgoneta y manejé una distancia pequeña hacia las afueras del hostel y su carretera, pero nada.

No había nadie. Era como si se hubiesen desaparecido y de repente, sintiendo como se despertaba una vena tensa e instintiva dentro de mí, volví al desastroso lugar y salí del auto, mientras la lluvia me empapaba y yo trotaba de regreso al edificio sintiendo una clase de malestar que jamás había sentido en la vida.

Busqué señales de piso en piso, seguro de que habían hecho un bloque de ataque y estaban por ahí, pero no había nada.

¿Solo habían enviado un francotirador?

Eso no tenía sentido.

Volví a la planta en donde la había dejado a ella, mientras trataba de darle alguna clase de sentido a lo que había sucedido y, al mismo tiempo, pensaba cual era el paso para seguir, pero de repente, dejándome frío y tenso, descubrí una verdad que me jodió.

La puerta de ella estaba entreabierta.

Calibré el arma en mi mano y apreté los dientes con fuerza, mientras terminaba de acortar la distancia entre la puerta y yo y sin detenerme en un solo segundo, solo la abrí y... Ella no estaba.

Geneva no estaba.

Esa realidad me golpeó de una manera que no me gustó y me debilitó. De una manera que no tenía sentido y mucho menos cuando me quedé ahí y no supe que hacer, porque yo no era de los que nunca sabían que hacer.

Siempre había algo.

¿Ella había salido sola?

Comencé a girarme para volver a los pasillos y buscarla, justo cuando escuché un siseó en una de las esquinas de la pequeña habitación y al acercarme ahí, en una caja, encontré al gato encerrado.

—Ya está —le dije y mi voz sonó más distante que nunca.

Lo tomé sin decir mucho y volví a la puerta y luego a los pasillos. Busqué alguna señal de que ella estuviera ahí, pero de repente, mi subconsciente fue mas veloz que yo y me dejó bastante claro que las probabilidades de que ella estuviera ahí eran bajas y banales.

Lo eran. No estaba.

Barío maulló molesto y trató de pelear contra mí cuando salíamos a la calle y la lluvia lo emparamó. Incluso me arañó, pero eso no tuvo importancia para mí, algo se sentía pésimo y ese desespero nuevo me embargó con más fuerza.

—Adentro —lo puse en la parte trasera de la furgoneta y abrí la puerta del conductor, justo cuando mis ojos dieron con una pequeña caja que estaba en la silla.

La miré por unos breves segundos sin hacer nada, mientras comenzaba a sentirme levemente mareado por la perdida de sangre.

Era una caja negra, de cuero y conocía la presentación perfectamente. Era la clase de caja que solía usar cuando quería enviarles algún recado a mis enemigos.

Siempre ponía cosas simples como dedos, dientes o alguna pertenencia de las victimas. Nada del otro mundo y, siendo sincero, siempre me había parecido bastante entretenido hacerlo, pero en ese instante, cuando estaba ahí, frente a mí, no me creó nada.

Sequé el agua de mi rostro y sin dejar de ver la mierda esa, simplemente llevé una mano ahí y la abrí.

Lo hice y noté lo que había ahí adentro.

Una tarjeta escrita en inglés y un largo, pero delgado mechón rubio platino. Un mechón del cabello suave y perfecto de ella.

No fui capaz de tocar el cabello, no lo hice. Solo llevé mi mano a la tarjeta y tomándola, la leí.

“Distrae y gana. Ahora tengo a tu puta, Kaydan Von Sclaén, aunque, he escuchado por ahí que no es tuya, es de tu primo, ¿Qué haré? ¿Regresarla o quedármela? Ya veremos, aunque, si gustas, podrías venir por ella, aquí te espero. Tu viejo amigo, Gidez.”

Había usado una de mis propias tácticas sobre mí. Había usado el hacerme creer que yo era el objetivo, pero solo había sido una distracción para tomar algo de mí y después usarlo como mi cebo.

—Bastardo de mierda —apreté la tarjeta contra mi mano, mientras el duro material me hería y la ira dentro de mí era catastrófica.

Había hecho todo mal. ¿Desde cuando era tan mierda a la hora de ejecutar salidas?

Analizar, trazar, ejecutar y salir de ahí -eso había hecho, pero estaba mal-. Era pensar, leer al enemigo, analizar su táctica, trazar una ruta, ejecutar unos asesinatos y salir de ahí.

Siempre había sido de esa misma manera. Siempre.

No era la primera vez que me rodeaban y jamás me habían ganado. Nunca permití que tuviera una ventaja sobre mí, porque en primera estancia, no tenía una debilidad para que la usaran en mi contra.

Pero, permití que usaran a una mujer que apenas conocía, a la cual debí asesinar, como una distracción y ahora querían que me entregara. Querían que fuese un bastardo blandengue con debilidades y hacerme creer que ella era lo suficientemente importante como para seguir órdenes de un nigeriano de mierda.

—No —dije, tiré la tarjeta al piso y entré al auto cerrando la puerta con violencia—. Esta mierda no es asunto mío. No lo seguiré haciendo.

Mis manos apretaron el volante con una fuerza tan macabra, que incluso los huesos me dolieron.

—No lo haré —repetí, cayendo en cuenta lo imbécil que había sido aquella noche—. ¿Qué mierda, Kaydan?

Todo se había salido de control y no iba negarlo más. ¿Realmente me había tirado encima de ella para evitar que esa bala la alcanzara? ¿Hasta dónde había llegado?

Ni los mafiosos mas macabros del mundo habían podido conmigo y, de la nada, ¿iba a dar mi muerte por sentada solo por protegerla a... Ella?

Esa estúpida bala puedo haber acabado en mi pecho. Lo sabía y que aun así me hubiese tirado para ser una barrera para ella, me demostró el hecho de que estaba perdiendo el control y todo ahí estaba mal.

Nunca perdía el control en la vida. Por eso estaba donde estaba

—No lo haré —repetí—. No seré él.

La amargura me envolvió.

—No seré jamás como él y esto se acabó.

Christian Von Sclaén había sido no solo mi tío. Fue quien me crío, fue la única familia que tuve y pese a que no fue perfecto, fue leal. Me enseñó a ser el hombre que era ahora y eso era lo único que tenía.

Él fue lo único que tuve, hasta que cayó en la mierda. Hasta que dejó de ser el hombre poderoso y solitario que conocía y admiraba, para volverse en un hombre guiado por los impulsos y las emociones después de que conoció a una mujer que lo embelesó y... Lo llevó a la muerte.

Él se permitió ser débil.

Ella fue asesinada y en venganza, no pudiéndolo soportar, él trató de vengarla y en medio de sus impulsos, murió. Fue asesinado junto a ella y yo; yo quedé de nuevo solo, ya no hubo familia y solo existió el ejemplo de que jamás podía ceder ante nada y nadie.

—No soy él —repetí y encendí el auto—. Gennéva no se convertirá en una debilidad para mí y yo no soy Christian. No daré mi vida y dignidad por una mujer.

Miré al gato negro por el retrovisor.

—Hasta aquí llegué con ella. No estoy atado y tampoco dejaré que me aten.

Capítulo 21.

21

Gennéva.

Sabía que él iba a abandonarme

Lo supe cuando me pidió que me quedara ahí en esa habitación y esperara a que él volviera.

Lo supe cuando no quiso que lo acompañara y, sin duda alguna, lo supe cuando algo dentro de mi pecho se removió con fuerza y tuve que hacer todo lo posible por no demostrarle cuanto me afectaba esa verdad.

Porque lo hacía.

Era tonto -me dije a mí misma-. Sabía más que nadie lo que era estar sola y ahora, de la nada, no podía hacer drama o algo por el estilo, solo porque él no me quería más consigo, solo porque él me iba a abandonar.

Kaydan no tenía responsabilidades conmigo. No lo hacía y me obligué a entenderlo, lo hice en ese cuarto penumbroso de lavandería, mientras intentaba ver su mirada verde con halo azul por última vez y le agradecía por ayudarme.

Le agradecí, pero yo sabía que Kaydan no iba a volver por mí cuando me pidió quedarme. Lo supe y, aun así, le di esas gracias porque, hasta ahora, él era quien más había hecho por mí y eso no lo olvidaría.

Aceptaba el abandono y casi sonreí en medio de la oscuridad cuando se fue, porque sabía que no era la primera vez que me sucedía algo así. ¿Por qué me extrañaba? ¿Ya había olvidado el desastre que era?

—Voy a ayudarte a salir de este mundo, Genneva —me había dicho una vez Margot, la que se suponía que era... ¿Cómo una amiga mayor para mí?—. Las vegas es un infierno, no puedes quedarte aquí, eres muy joven.

Había sido vendida en uno de los casinos más solicitados de las vegas y obligada a vestir ropa corta e insinuante, mientras me movía entre mesas dejando bebidas y teniendo que soportar el toque asqueroso de hombres.

Lo había hecho por un tiempo sin quejarme, pero Margot me había dado una pequeña esperanza. Ella era la administradora del casino y cuando me vio llegar, cuando vio lo joven e indefensa era, prometió cuidarme.

Prometió ayudarme y pese a que no confiaba en nada, confié en ella y en eso de que dijo que podría escapar de ahí. Dijo que me llevaría con ella y su familia y que todo estaría bien.

Quise que todo fuese así, pero...

—¿Vas a llevarme contigo, verdad? —le había preguntado en voz baja la tarde que ella iba a irse.

—Sí, claro.

Mi corazón había latido con prisa ante la idea de dejar todo eso atrás y pese a que no sabía que era lo que haría con mi vida, ese era un comienzo.

Capaz podría estudiar algo o tener otro empleo...

—Pero, vendré mañana —había dicho—. Hoy saldré, pero mañana vendré por ti, ¿sí?

La ilusión me había dejado.

—¿No puedo ir hoy contigo? —la miré—. Haré lo que digas.

Negó.

—Mañana, Genneva —había dicho mi nombre en voz baja—. Confía. Volveré.

Nunca en mi vida había confiado en nada, pero la ilusión había sido tanta a mis diecinueve. Una ilusión por irme y empezar de nuevo, que realmente pensé que ella volvería por mí y me aferré a la idea día tras día.

Pensé que me ayudaría y sería mi primera amiga, pero, Margot escapó esa misma noche y nunca más volvió. Por varios días, me paré en la ventana de la habitación que me daban en el casino y esperé verla llegar. Lo hice por horas, confiando y rogando en esa nueva oportunidad, pero evidentemente nunca llegó y con el paso de los días la fe se apagó y la confianza dejó de existir.

Ella no había sido mi amiga y si yo quería salvarme, tenía que hacerlo sola. No era lo suficientemente valiosa para que alguien deseara volver por mí y a las malas lo tuve que aprender.

Supe que me había vuelto un problema grande para Kaydan. Lo supe, lo entendí y en medio de todo lo razoné. Me obligué a hacerlo y cuando escondí a Barío en una caja para que no escapara y después salí de la lavandería para ver por los ventanales al final del pasillo hacia el estacionamiento, no pude hacer otra cosa que tragar el nudo en mi garganta.

Lo hice cuando vi la furgoneta de Kaydan salir hacia la carretera y sin moverme de ahí y sin apartar la mirada, solo asentí en silencio viéndolo irse, mientras recordaba un valor vital en mi vida:

Siempre había estado sola y ahora no sería la diferencia.

**

Estaba en un lugar raro -ese fue mi primer pensamiento cuando abrí los ojos en medio del dolor de cabeza-. Era un lugar destapado, rodeado de barrotes, a la intemperie y bajo la constante lluvia.

Yo estaba bajo la lluvia.

Toda mi ropa -que en realidad era la ropa de Kaydan-, estaba pegada contra mi cuerpo, mientras las grandes gotas de agua caían y me hacían temblar en medio del opaco día.

Miré alrededor y no vi nada más allá de terreno desolado de tierra oscura por la misma lluvia. No había nadie cuidándome y tampoco se escuchaban voces, pero no era tan estúpida para creer que estaba sola, que nadie me vigilaba.

El dolor de cabeza era demasiado fuerte y quizás tenía que ver con el hecho de que habían golpeado mi cabeza con fuerza desde atrás -no sabía quién-, pero había sido para lograr traerme hasta aquí y dejármela en aquella miserable intemperie.

Me incorporé lentamente y me obligué a sentarme con la espalda contra los barrotes, mientras ignoraba el dolor en la planta de mi pie y el ardor en un lado del cuello. El lugar donde la bala rozó.

Estaba totalmente mojada y mi cuerpo comenzó a temblar, pero no estaba titiritando al nivel de mi alma. No estaba con esa horrible sensación de abandono dentro de mí, mientras me preguntaba en qué punto él se había comenzado a harta de mí.

—Nunca te soportó —casi me burlé de misma—. Fue cordial, pero eso fue todo.

No iba a juzgar u odiar a Kaydan por irse. Había hecho más de lo que había tenido que hacer por mí y por eso se lo agradecía.

Ahora, mis problemas eran más grandes. Probablemente todo esto tenía que ver con Darwyn y, más allá de eso, no tenía a Barío conmigo, una vez más, mi gato andaba desprotegido.

Cerré los ojos, apoyé mi cabeza contra el metal y levanté mi cabeza hacia el cielo, mientras la lluvia fría caía en mi cara y casi me ahogaba.

¿Por qué seguía ahí? -me pregunté a mí misma en medio del silencio- no tenía absolutamente nada. Juls estaba muerta, Barío ya no estaba conmigo y yo... ¿Qué razón podría tener para vivir?

Lo pensé, realmente busqué alguna razón para seguir con todo aquello y no encontré ninguna. Era casi cómico y terco que continuara aferrándome a la vida.

Darwyn me había encontrado, esto claramente era idea de él y tenerme en una jaula, bajo la lluvia, solo era el comienzo de su castigo por haberme atrevido a dejarlo.

Por pensar que podía escapar de él.

Jamás le había temido a la muerte, pero nunca fui lo suficientemente valiente para terminar con mi vida, aún así, en ese momento, con todo el cansancio encima y el peso en los hombros, sin más, llegué a una conclusión: Quizás ya era tiempo de hacerlo.

Debería de hacerlo.

Mi mente divagó alrededor de esa idea por mucho tiempo, lo hice hasta que mis dedos estuvieron casi tiesos debido al frío y mi cuerpo se sentía pesado. Por un instante, pensé en quedarme dormida y dejarme ir, hasta que escuché una voz.

—Hasta que por fin despiertas —miré hacia la entrada de la jaula y vi un hombre corpulento y de piel oscura—. Ya empezaba a aburrirme por tu falta de atención.

Él también estaba emparamado por estar en la intemperie y no pasé por alto que tenía un uniforme verde que parecía ser perteneciente a algún grupo.

Lo miré en silencio y no respondí, mientras él seguía analizándome y poco a poco, vi como una sonrisa crecía en sus labios.

—¿No estás muy fría ahí? —quiso saber—. Yo podría ayudarte con un poco de calor.

No respondí nada, solo continué observándolo, mientras lo veía llevar una mano a los bolsillos de su pantalón y sacar unas llaves.

—¿Qué te parece un trato?

No me moví.

—Te dejo estar un rato en el escampado y, a cambio, más tarde te portas bien conmigo. ¿Te parece?

Ni siquiera tuve espacio a sentirme asqueada por la soez invitación.

—Será divertido y nos ayudará a ambos con el frío, ¿sí?

Volví mi vista al frente para no verlo más y simplemente subí las rodillas contra mi pecho y las abracé, mientras el frío y yo seguíamos siendo uno solo.

—Que amargada —se rio—. Bien, me voy, pero, volveré cuando anochezca. Ya me dirás si te animas o no.

Por el rabillo del ojo vi al hombre irse, mientras una vez más yo quedaba totalmente sola en medio de esa planicie la cual al fondo estaba rodeada por árboles.

No sabía cuál era el plan y la intención sobre tenerme ahí, pero no me lo pregunté más. Solo me dejé estar ahí y aguanté incluso entre las horas, el frío y la fatiga.

Aguanté hasta que comenzó a anochecer y el frío era tan voraz, que mis labios se cuartearon y me sentí comenza a desfallecer.

Ya era bastante de noche cuando el soldado volvió. Hasta ahora, él era el único que había visto por ahí y lo vi acercarse con una lámpara, mientras me iluminaba y decía:

—¿Qué pensaste sobre mi invitación? ¿Te animas?

Lo miré unos segundos, antes de comenzar a ponerme de pie y tuve que apretar los dientes para no irme de cruces ante lo débil y cansada que me sentía.

Tuve que aferrarme al hierro mojado para no desvanecer, porque pese a que eso era lo que quería, no iba a caer frente a ningún hombre.

—¿Habrá algo caliente para tomar? —le pregunté con voz baja, mientras mis dientes castañeaban.

—Caliente habrá de todo, hermosa.

Ni siquiera sentí el asco rodearme, solo caminé hacia la puerta de la jaula y lo hice sintiendo los ojos del tipo sobre mí, mientras me obligaba a tomar una fuerte respiración y les rogaba a mis músculos no ceder.

—¿Quién me tiene aquí? —le pregunté—. ¿Darwyn?

—Estás aquí por juntarte con bastardos inservibles como el Von Sclaén —fue su única respuesta—. Es un hijo de puta, le ofrecieron salvarte y no lo pensó siquiera. Jamás se apareció por acá.

Así que esto no tenía nada que ver con Darwyn. Esto más bien estaba ligado a ese supuesto problema de traición que él me dijo que le habían hecho y... Decidí solo pensar en eso y no en el hecho de que Kaydan pudo venir a buscar y no lo hizo.

¿Por qué lo haría? Era tonto pensarlo.

—Pero yo no soy ese imbecil, hoy voy a mostrarte cómo se trata a una mujer —sonrió—. Tu cabello me ha vuelto loco todo el día.

Me detuve frente a la puerta y esperé que la abriera.

—Vas a portarte bien.

—Seguro.

—Que rico.

Me mantuve estoica mientras lo veía llevar la llave hacia la cerradura de la celda y yo apartaba el cabello mojado de mi rostro, contando mentalmente del uno al diez y esperando.

Esperando el momento para tomar mi última decisión.

Escuché la puerta abrirse con un clic y el hombre se mantuvo siempre frente a esta, siendo muy consciente de cada uno de mis movimientos y supe que solo tenía una opción para actuar.

Solo una oportunidad.

Él no dejaría la puerta totalmente desprotegida porque no se arriesgaría a que yo escapara, y por eso fue que se mantuvo muy cerca de la reja, mientras la iba abriendo poco a poco y me miraba.

Conté una vez más del uno al diez, notando el hecho de que él estaba en la distancia adecuada y justo cuando abrió un poco más la salida de metal, rápidamente -usando la poca fuerza que quedaba en mí-, enredé mis manos en los barrotes y atraje todo hacia a mí y tomándolo por

sorpresa, empujé la puerta hacia él y con real violencia, vi como el metal golpeaba su cara, sobre todo su nariz y gritos suyos llenaban el lugar.

El golpe fue tan duro, que, a pesar de la lluvia y los truenos, escuché el momento exacto cuando su nariz se rompió y viéndolo como se doblaba y trataba de frenar la sangre, fue ahí cuando me deslicé por el pequeño espacio de la puerta y corrí.

Pese a lo débil y enferma que me sentía, corrí hacia donde mi intuición me llevó y no miré atrás.

Era planicie húmeda, rocosa y con un bosque de fondo. Lo más probable es que hubiese algún vacío y sabiendo que era cuestión de tiempo antes de qué me encontrara el resto de los hombres que probablemente había ahí, me obligué a correr con más prisa e ignoré el dolor en el pie.

Ignoré todo, menos mi objetivo: Un vacío.

—¡Ven acá, perra! —escuché que gritó y pasos sonaron detrás de mí, pero no dejé de correr, ni siquiera cuando comencé a resbalar y casi caí.

Seguí adelante y me moví alrededor de todo, incluso cuando comencé a pasar entre árboles y oré por encontrar un final. Un precipicio.

En un momento, él se acercó más y más a mí y estiró la mano para intentar agarrarme y en el acto, hizo que los dos cayéramos al piso de manera brusca y yo golpeara mis rodillas y mi mentón.

Podría haber llorado de dolor, pero no lo hice. Pataleé y peleé, mientras él me insultaba y trataba de ganar sobre mí, pero me obligué a ser más rápida y me puse de pie una vez más, justo cuando él me seguía más de cerca y con más violencia que antes.

—Vas a arrepentirte de haber nacido —lo escuché gritarme—. Te haré llorar y suplicar, te haré...

De repente, su voz se detuvo de manera abrupta y mirando sobre mi hombro, gracias a su luz, vi que había caído al piso y estaba inmóvil, pero no pensé en eso, me centré en seguir corriendo y lo hice.

No me detuve hasta que llegué al final del bosque y encontré lo que estaba buscando. Un precipicio.

Mis pies estaban arruinados por correr descalza en medio de todo ese caos. El cielo no parecía dar tregua alguna con su tempestad, rayos y truenos, pero, en ese instante, justo cuando un rayo cayó e iluminó todo a mi alrededor, sentí una sensación ligera de calma cuando noté el precipicio y caminé hacia el.

Caminé hacia su orilla sintiéndome casi embelesada, como si de una u otra manera, después de tanto tiempo, finalmente hubiese encontrado mi camino.

Solo tenía un miedo.

Si era real que existía vida después de la muerte y un lugar en donde fuéramos todos. Tenía miedo por ser castigada y no poder estar con ella, con mi Juls. Aún así, me arriesgaría, lo haría y terminaría con esto.

Acabaría con la frialdad, la zozobra, los recuerdos y el olvido. Acabaría con todo y cerrando los ojos, con una leve sensación de calma, pero también de dolor, terminé de caminar hacia el precipicio y...

—Genneva —escuché una voz de manera brusca detrás de mí y mis ojos se abrieron ante esa voz acentuada, pero no me giré, solo continué viendo el vacío y no miré hacia debajo de aquel.

No sabía que me esperaba abajo.

—Genneva —él volvió a llamarme y pese a que su voz era fría, había una nota de incertidumbre ahí—. ¿Qué haces? Aléjate de ahí, es un vacío.

Tragué saliva con fuerza y traté de contener lo último que me quedaba de energía, mientras lamía mis labios lastimados y lentamente me giraba para verlo a él.

A Kaydan.

Llevaba una pequeña luz atada en el pecho, en su uniforme que era negro y de apariencia militar. Desde donde estaba, no pasé por alto que su garganta estaba manchada con sangre y sus manos también, pero eso no me importó, solo lo miré a la cara en silencio.

—Ven aquí —ordenó y dio dos pasos hacia mí, pero yo retrocedí uno hacia el abismo y él se detuvo—. ¿Genneva?

Estaba segura de que Kaydan no era un hombre que sentía remordimiento y tampoco esperaba que lo sintiera por mí, pero era bastante contradictorio verlo tan tenso y sorprendido.

—Esos bastardos tienen una pequeña base no muy lejos de aquí, debemos irnos antes de que sepan que me deshice de varios.

No respondí.

—Es para hoy, Genneva. Muévete.

—Mentiste —dije por fin y mi voz salió firme, pero tranquila—. No estoy molesta, pero mentiste.

—¿Qué?

Él intentó dar otro paso mas hacia mí y de nuevo retrocedí, dándome totalmente igual que tan cerca estaba de caer.

—Deja de retroceder —espetó, deteniéndose—. Vas a caer.

Ignoré eso.

—Sé que me has ayudado mucho, pero, ¿por qué mentir si siempre has sido tan sincero? —tuve que preguntar—. Dar esperanzas no es algo amable, Kaydan. Aunque sé que no te gusta nada de amabilidad y empatía.

—¿De que hablas?

—Me abandonaste —sequé mi rostro mojado—. Dijiste que volverías, pero mentiste y te fuiste.

Su ceño se frunció.

—No te abandoné.

Miré mis manos y lo escuché acercarse más y lo miré de nuevo.

—No tienes obligaciones conmigo, pero ojalá no hubieras mentido.

—No sé de qué hablas, pero tenemos que irnos —dijo con firmeza y estaba muy cerca de mí, tanto, que estiró su mano hacia mí—. Ven, vamos, no puedes estar aquí.

Retrocedí.

—Maldita sea, Genneva —gruñó—. Deja de hacer eso, es una orden y ahora ven aquí.

Volví a retroceder y sentí el momento exacto cuando mi talón tocó la orilla de la caída. Supe que solo sería suficiente dar un pequeño movimiento más hacia tras y se acabaría todo.

Se acabaría ese calvario que comenzó cuando yo tenía trece años.

—No te abandoné —repitió—. Genneva, mírame —ordenó—. No sé que estás pensando y a cuál decisión llegaste, pero no es lo que crees y lo que harás no es lo correcto.

No respondí, solo me fijé en aquella mirada de dos colores.

—No te abandoné —repitió—. Estoy aquí por ti.

—Te vi. Vi cuando subiste a tu furgoneta y te fuiste —mis labios empezaron a temblar más y no era por el frío—. Te vi.

Secó su rostro el cual también estaba empapado con la lluvia y se vio confundido e incluso frustrado, pero al parecer supo leerme bien, porque justo cuando estaba por dar ese último paso, respondió:

—Recibí un disparo por ti, Genneva. Me interpose entre una bala y tú, ¿realmente crees que iba a abandonarte?

—Dijiste que me odias.

—¿Qué tiene que ver eso? —soltó y volvió a estirar la mano—. Ven aquí, no cometas una estupidez. Esta no eres tú.

—Soy yo. Está si soy yo.

—Ven —insistió—. Créeme, no iba a dejarte. No podría, aunque lo deseara.

Una parte de mí estaba deseosa e incluso ansiosa por creerle, pero la otra parte, esa que dolía, solo me repetía una y otra vez que lo mejor que podía hacer era ponerle fin a todo aquello.

Estaba cansada y...

—¿Por qué viniste?

—Te lo dije, no voy a dejarte —me sostuvo la mirada—. Los amigos no se dejan, es obvio.

—No somos amigos.

—¿No? —preguntó y trató de distraerme, mientras se acercaba un poco más a mí—. Pensé que sí.

—Dijiste que nunca seríamos amigos.

—No recuerdo haber dicho eso. Ven conmigo.

Estaba tan sensible que solo bajé mi mirada hacia mis manos y traté de no quebrarme, mientras el cansancio tomaba ahora sí el control y me devoraba.

—¿Vas a dejar a Barío? —preguntó—. No puedes dejar a algo que ya está apegado a ti. No es justo.

—¿Tienes a Barío? —mi corazón se aceleró.

—Sí, ven conmigo —presionó—. Con él.

Mi pecho subió y bajó con fuerza mientras lo seguía viendo y pese a que la idea de caer seguía ahí, me encontré dando un paso hacia adelante y sin detenerme, llevé mi mano a la suya y sin titubear nunca, me jaló inmediatamente hacia su cuerpo.

Lo hizo como si no pudiera confiar en mí y solo me alejó del vacío.

—¿En qué estabas pensando? —su voz sonó baja, letal, pero yo solo pude preguntar:

—¿No planeabas dejarme?

Me analizó.

—No, Genneva. No lo hice.

—¿Estás mintiendo?

—Yo no miento.

Mis emociones comenzaron a rodearme como si un grifo se hubiese abierto dentro de mí y finalmente me dejara fluir, ya que sin pensar en lo que era adecuado o no, simplemente permití que todo eso saliera de mí y sin detenerme en ningún momento, terminé de acercarme a su alta persona y tomándolo por sorpresa, rodeé sus caderas con mis brazos, mientras él se tensaba y yo apoyaba mi cabeza en su pecho y asimilaba el hecho de lo que estaba haciendo.

Estaba abrazando a Kaydan Von Sclaén.

—G-gracias —sollocé suavemente—. Gracias por no abandonarme y... Está bien, acepto tu pedido, si quiero ser tu amiga.

—Yo no hice ese pedido —su voz sonó helada—. Lo hiciste tú hace días.

No dejé de abrazarlo y la tensión en él nunca desapareció, pero tampoco dijo nada más pese a que estábamos contra todo pronóstico porque en cualquier momento podían rodearnos y... Él no me alejó.

De hecho, puso una mano en la parte trasera de mi espalda y tocó levemente de manera casi torpe -como si nunca hubiese dado un abrazo-, antes de finalmente decir: —Te lo dije antes, Genneva. Yo no te odio, solo me irritas.

Estaba segura de que eso no se le decía a una mujer que estaba llorando y acababa de abrazarte, pero era Kaydan y... Eso era reconfortante en él.

Era un nefasto, pero no supe en qué momento comencé a sentirme segura en brazos de él y ya no había marcha atrás.

Algo dentro de mí me lo dijo.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 22.

22

Kaydan.

Quería destrozarlos con mis propias manos y me tenía sin cuidado si su asquerosa sangre llegaba a mi piel y la manchaba.

Un disparo no sería suficiente para castigarlos por haberse atrevido a tocarla, por haber tenido la gallardía de dejarla bajo la lluvia por horas y, sobre todo, por haberla llevado al límite y hacerle creer que la solución a todo era suicidarse.

Ella pensó en hacerlo y lo que se creó dentro de mí era algo que no iba a explicarlo y tampoco me importaba, lo único que sabía era que no podía permitirlo y no pasaría.

Genneva no iba a acabar con su vida, me daba igual si era lo que ella deseaba, ¿a quien le importaba lo que ella quería en ese momento? A mí no y por eso fue que me acerqué, por eso fue que insistí y ni siquiera me sentí miserable por llamarla una y otra vez.

Solo quería que se alejara de ese estúpido vacío. Solo necesitaba que ella volviera a su yo duro y orgulloso y dejara de pensar en tal cosa.

—Me abandonaste —fue lo que me dijo, mientras seguía ahí debajo de la lluvia y tan cerca a la caída que era un pecado.

¿Cómo podía pensar que yo la había abandonado? No iba a mentir, si había querido hacerlo, pero miserablemente no me había sido posible. No después de que recibí una bala por ella y mucho menos cuando pensé en lo que esos animales podrían hacerla.

No debería de importarme, pero lo hizo y por eso estaba ahí. Por eso volví por ella.

Solía darme igual absolutamente todo y por ello andaba en ese mundo oscuro y de muertes. Podían asesinar a mi lado a cualquier persona, incluso a los que conocía hacía años y me tenía sin cuidado. Aún así, cuando ella retrocedió un paso más hacia ese vacío y estuvo a nada de caer, sentí algo que no le daría nombre porque sería darle poder, pero era un algo que me sacó de mis casillas.

De mi zona de confort.

—Maldita sea, Genneva —le dije cuando mi paciencia se terminó y ella jugó con su vida—. Deja de hacer eso, es una orden, ven aquí.

Ella no pareció querer escuchar, en su mirada gris vi una clase de dolor sórdido que me jodió y por eso agregué:

—No te abandoné. Estoy aquí por ti.

Más tarde me maldeciría a mí mismo por decir algo como eso, pero, al menos en ese instante, eso era todo lo que sentía que necesitaba expresar para que ella dejara de ser tan demente.

Le repetí una y otra vez que no iba a dejarla y por un momento pensé que no iba a escucharme, pero lo hizo. Le recordé a su estúpido gato y le dije que ella no podía dejar a algo que ya estaba acostumbrándose a su persona -no estaba segura de si solo estaba hablando de Barío y tampoco iba a investigarlo-, solo necesitaba irme de ahí.

Necesitaba irme de ahí con ella.

Sabía que el bastardo del Gidez no estaría ahí como tal. Era un cobarde de mierda y lo único que estaba buscando hacer era atraerme hacia sus hombres y matarme -detestable cobarde-, y por más que deseé quedarme ahí y acabar con cada uno de ellos como lo hice con un par antes, no podía dejarla de nuevo sola.

No podía dejarla ahí.

Era un hombre vengativo por naturaleza, fui criado de esa manera y ni siquiera sentí remordimiento cuando asesiné a mi propio padre a sangre viva. No sentía nada y la idea de degollar a todos los que estaban a esos alrededores era una realidad, pero, por primera vez en la vida, el instinto de asesinar quedó en segundo plano y lo único que deseaba era sacarla de ahí.

Alejarla de esos deseos suicidas.

Cuando llegué ahí supe que había una superficie plana de varios kilómetros que estaba rodeada al menos por dos rotativas cada una de cinco hombres, si hubiese tenido mi rifle, los habría asesinado desde la distancia en menos de tres minutos, pero como no fue una opción, terminé escurriéndome alrededor de la noche, la lluvia y los árboles, y tomándolos por sorpresa desgarré sus yugulares mientras me mantenía pendiente del perímetro y hacía todo lo posible por encontrar el lugar en donde estaba ella.

Tardé más de lo normal en encontrarla y casi llego tarde -ese "casi" me enfureció-, pero no pensé en eso, solo me aferré a la cuestión de que ella tomó mi mano después de que le repitiera que no la había dejado y cuando hizo eso, sin medir mi fuerza, la atraje rápidamente hacia mí, quitándole cualquier oportunidad de poder cambiar de opinión y solo la miré.

La miré muy molesto.

—¿En qué pensabas? —no escondí mi irritación.

—¿No planeabas dejarme?

Ella se veía tan pequeña y delicada, que maldije en voz baja, porque tuve la necesidad eminente de protegerla más que a nada.

—No, Genneva. No lo hice.

Asintió y alejó el cabello mojado de su rostro, mientras se acercaba más a mí y levantaba la cabeza para verme mejor en medio de la tormenta. Solo me miró y vi el momento exacto en donde algo cambió del todo en ella, ya que terminó de acercarse aún más y tomándome totalmente por sorpresa, ella...

Ella me abrazó.

Rodeó con sus delgados brazos mi torso y se acercó tanto a mí, que su cuerpo estaba alineado con el mío y ella rompió todos los límites de mi espacio personal.

Ella rebasó totalmente las barreras y fue la primera persona en la vida en abrazarme. En acercarse y abrazarme como si de alguna manera pudiera encontrar alivio y consuelo en alguien tan macabro como yo.

—Gracias —sollozó y me apretó más fuerte—. Gracias por no abandonarme y acepto tu pedido, si quiero ser tu amiga.

Jamás había abrazado a alguien, no era algo que deseara hacer, pero me encontré tocando la espalda de ella de manera casi letarga, torpe, mientras sus sollozos hacían un caos en mí.

En medio de todo, le recordé que fui yo quien acepté ser su amigo y no viceversa, pero no me escuchó, solo se quedó ahí y yo la dejé estar por unos segundos.

Solo algunos, tampoco dejaría que se acostumbrara a eso de estarme abrazando.

No tenía amigos, no me interesaba. Seth Warne's había sido lo más cercano a eso, pero no servía para nada, menos después de que se casó y no se que estupidez más.

—Tenemos que movernos, Genneva —le dije y poniendo mis manos en sus hombros, la alejé gentilmente de mí—. ¿Bien?

Asintió y me miró en silencio, mientras mis ojos se pasaban por todo su rostro y tras una pausa, solo enredé mi mano con la suya y la hice venir conmigo

Teníamos poco tiempo y más allá de eso, ella se veía tan pálida, fatigada y temblorosa, que comenzaba a ser una preocupación para mí y eso era lo último que quería.

—Cuidado con las ramas de los árboles —le dije por encima del ruido de la lluvia.

Apretó mi mano y no pude evitar bajar la mirada hacia donde ambas estaban unidas y tampoco pasé por alto lo pequeña que era ella en comparación de mí.

Tardamos en llegar a la furgoneta más de lo necesario, pero lo hicimos y me mantuve alerta de que nadie nos estuviera siguiendo. Había memorizado el ir y venir de los primeros dos bloques y sabía que era cuestión de tiempo antes de que cambiaran el turno y salieran a fijarse de cómo seguía ella.

Era cuestión de minutos y quería volver ahí con ellos y joderlos, pero me controlé.

Me centré en lo que importaba.

Ponerla a ella a salvo.

Había dejado la furgoneta escondida en una bajada y una vez Genneva estuvo adentro y yo me puse detrás del volante, encendí rápidamente la calefacción y tomé de la silla de atrás -el lugar en donde estaba durmiendo Barío-, ropa que había tenido en mi maleta grande y se la pasé a la rubia.

—Necesitas quitarte todo eso mojado —le dije—. Estás muy pálida.

Ella se giró para ver a su gato y suspiró aliviada, mientras temblaba.

—Está bien.

—Te dije que estaba bien —encendí el auto—. Ahora cámbiate.

Sabía que ya no podía volver a esos hostales de mierda y el único paso era ir por la interestatal y tratar de seguir rodeando esa infernal carretera.

Mi teléfono ya se había quedado sin batería y no sabía nada de Darwyn, pero tampoco me importaba, solo necesitaba llegar a la jodida ciudad y, una vez ahí, ya vería qué hacer.

Tenía encima también esa mierda de que me estaban traicionando, no iba a pedir refuerzos de ninguna parte porque no confiaba en esos bastardos, pero una vez que lograra aclarar todo con Genneva y supiera qué hacer, yo iría hasta Inglaterra y me encargaría de eso personalmente.

—Yo... —escuché que dijo ella—. Voy a cambiarme aquí.

—Obvio, no tienes más dónde hacerlo.

—Así no se le habla a una amiga, Kaydan —dijo suavemente y bostezó, mientras comenzaba a quitarse la grande camisa que traía encima.

De manera inmediata, centré mis ojos al frente y no la miré más, solo escuché el susurro de la ropa mojada mientras ella se desnudaba totalmente y yo apretaba mis manos en el volante.

Se puso primero una camisa mía, encima agregó otra y luego un gran abrigo negro que se veía gigante. La vi por el rabillo del ojo escurrir su cabello y tratar de peinarlo con sus dedos de manera brusca y mi ceño se frunció.

—Eso parece doloroso —solté, mientras seguía tratando de desenredar los mechones pálidos.

—Estoy bien —susurró.

Siguió. Lo hizo por tanto tiempo que realmente me irrité y manejando el auto con una sola mano, estiré la otra y la llevé a la muñeca de ella, deteniéndola.

—Deja eso, Genneva. Lo único que vas a hacer es causarte dolor de cabeza.

—Está enredado —dijo y bostezó una vez más.

—Se ve bien, ya fue.

La conocía y sabía que no era una mujer que cedía por naturaleza, no era una mujer de hacer caso y, aun así, estaba tan casada y mallugada por todo lo que había estado viviendo, que terminó asintiendo.

Por un largo rato, ninguno de los dos dijo nada, yo me centré en la carretera oscura que tenía enfrente y la vi a ella girarse para tomar a su gato y traerlo hacia su regazo.

—No volveré a extraviarte más, lo juro —lo cargó y besó sus orejas y después su hocico—. Me alegra que estés bien.

—¿Estás segura de qué besar a ese gato no te pega la sarna?

—Kaydan —dijo mi nombre de una manera que me jodió—. Se amable.

El adefesio ese maulló feliz por la atención de ella y se acomodó plácidamente en su regazo, mientras Genneva acariciaba su lomo y apoyaba la cabeza sobre la ventana.

Seguí hacia adelante y siempre estuve muy pendiente del retrovisor por si en algún momento comenzaban a seguirnos, pero no ocurrió y eso fue muy raro para mí, no era un estúpido y tampoco un novato en este mundo de artimañas y maldades.

Era perro viejo.

Por eso mismo, para mí fue un poco extraño que todo hubiese sido tan fácil. No la parte de desangrar como cerdo a esos hijos de puta, sino la cuestión de salir de ahí y que no hubiese nadie siguiéndonos o algo por el estilo.

—Déjalo estar —me ordené con voz gélida, mientras seguía—. Que se jodan.

Sí, estaba dispuesto a dejar que se jodieran ellos, Darwyn y el resto del mundo. Me daba igual si querían algo en común para ellos mismo o para joderme, la realidad era una sola:

Nadie más tocaba a Genneva y por más que me irritara y me pareciera ridícula con eso de la amistad y su mirada gris y perfecta, la verdad era que ella estaba bajo mi mando, bajo mi mirada, entre mis manos y de ahí...

De ahí ya no la sacaba nadie hasta que a mí me diera la gana.

**

Genneva se resfrió dos días después de que la saqué de ese lugar y mi humor empeoró.

Cuando abordamos y llegamos finalmente a la entrada de portland, nos detuvimos en una gasolinería para recargar y yo aproveché para entrar rápidamente a la tienda y abastecernos de comida para nosotros y para Barío.

Ya había comenzado a ver el desánimo y palidez en Genneva, por eso, compré alguna medicina sin receta y cuando volví a la furgoneta, la encontré totalmente dormida, con el gato en su regazo.

Siendo siempre muy consciente con mi alrededor, volví a subirme detrás del volante y de las bolsas saqué la pequeña cobija de felpa que había comprado para ella, ya que era muy friolenta y eso de verla temblar a cada rato me tenía irritado.

—Quítate de encima —le espeté al gato, el cual me siseó—. Atrás.

No obedeció, se quedó cerca de ella y me maldije a mí mismo por no haberlo dejado en esa caja del hostal.

Volví a la carretera y miré mal al gato un par de veces mas, mientras este se rascaba contra ella y disfrutaba de tenerla cerca, teniendo en cuenta de que ella estaba ahí por mí.

Jodido tuerto.

Se suponía que el viaje mío con Genneva tenía que terminar en ese momento, justo cuando llegáramos a la ciudad y la dejara en un sitio en donde ella pudiera comenzar a hacerse cargo de si misma, sin embargo, ¿qué iba a hacer ahí?

No había posibilidad de que ella misma se pusiera a salvo y por eso mismo, teniendo en cuenta también de que Darwyn la buscaría directamente ahí, fue que supe que debíamos seguir.

Teníamos que hacerlo.

Solía visitar estados unidos al menos una vez al mes y era por eso que tenía un lugar secreto en San Francisco que me sería útil para llegar y no solo eso, sino que también me serviría para descubrir que estaba pasando.

Estábamos a unas trece horas de ahí, pero conduciría sin problema, ya habíamos hecho lo más, podríamos hacer lo menos.

Rodear el bosque de Oregón y de California debía de ser una tarea fácil, pero no tomé en cuenta de que el estado de ella iba a empeorar y eso me tuvo irritado y... Tenso todo el tiempo, ya que no podía conducir sin dejar de verla cada dos segundos.

—Geneva —la llamé bajamente, cuando estacioné el auto a un lado de la carretera en medio de la noche y toqué su perfecto rostro—. Oye.

Ella soltó sonidos suaves de queja y molestia, mientras se tapaba aun más con la cobija que le di y trataba de dormir.

—No, vamos, abre los ojos —insistí—. Estás ardiendo en fiebre.

Volvió a quejarse, pero obedeció, mientras temblaba bajo la cobija y sus mejillas rojas se volvían un panorama estresante para mi persona.

¿Era normal tener fiebre, si se tenía gripa? ¿Y si había empeorado por estar besando a ese gato?

—Me siento algo cansada —admitió suavemente—. Me duele la cabeza.

La analicé por unos segundos.

—Está bien, buscaré un lugar en donde podamos descansar —le dije—. Pero necesito que estes despierta un rato, ¿bien?

Asintió, justo cuando yo bajé un poco las ventanillas del auto para que entrara un poco de sereno y dispersara su calentura.

Ella no había comido bien, se la pasaba estornudando y ahora tenía fiebre. ¿Era una emergencia?

Me quemé los sesos pensando en aquello, mientras seguía conduciendo por carreteras desoladas y montañosas. Después de casi cuarenta minutos, entré en una breve salida de la carretera hacia el bosque y teniendo cuidado con la ruta en bajada, me desvié por ahí para buscar un lugar estratégico para estacionarme y encontré uno en medio de arbolada.

Dejé las luces apagadas para pasar inadvertidos, pero encendiendo una pequeña lámpara que tenía ahí, me estiré hacia la parte de atrás y tomé las bolsas de la compra.

—Necesitas comer —le dije, mientras rebuscaba entre todo lo que había comprado.

—No tengo hambre, tengo sueño.

—Vas a comer —repetí.

Un pequeño gemido salió de ella, justo cuando encontré unos pasteles de arroz, los cuales tenían pollo.

Abrí uno con precaución y dejé el envoltorio en la parte de abajo para que lo usara como servilleta, mientras se lo ofrecía y no dejaba de observarla.

—Gracias —dijo resignada cuando le di una mirada de “comes o comes”.

Le pasé también un jugo de naranja y una vez me cercioré de que ella estuviera comiendo, busqué los sobres de comida húmeda para Barío y poniendo dos en una pequeña tapa plástica, lo puse a comer en la parte trasera del vehículo.

—¿Y tú? —ella me miró— ¿tu comida?

—No tengo hambre.

Frunció el ceño.

—Debes comer también.

—Encárgate de comer lo tuyo, Genneva.

Me lanzó una mirada firme y de repente, solo dejó de morder su pastel y se cruzó de brazos.

—Bien, tampoco quiero.

—¿Vas a actuar como una niña?

—Sí.

Tuve que recordarme a mí mismo porque seguí con ella, mientras tomaba uno de esos asquerosos y baratos pasteles y terminaba comiéndolo bajo la mirada plata de ella.

Ambos comimos en silencio y ella me pidió otro pastel, cosa que me calmó un poco y cuando se lo di, lo devoró con prisa bajo mi mirada.

—Gracias, me gustó. Los mejores pasteles del mundo.

—Tienes pésimo gusto.

Bebió su jugo y me ignoró.

—Eres el mejor amigo.

—¿Mejor amigo? —hice mala cara—. ¿En qué momento pasamos de “amigos” a “mejores amigos”?

Sonrió un poco y mis ojos fueron a sus labios sin poder evitarlo.

—¿No puedo decirte mejor amigo?

—La verdad es que no.

—Hombre poco amable —se arropó de nuevo con la cobija y miró hacia el frente oscuro de manera relajada.

Observé su perfil por más tiempo del que debía de ser necesario, mientras terminaba mi pastel y después mi propio jugo.

—¿Crees que en algún momento se deje de extrañar mucho algo? —preguntó sin más, mientras sorbía un poco su nariz después de destornudar.

—¿Qué?

—Que si en algún momento, la sensación de extrañar desaparece —repitió—. Cuando mi padre me envió lejos de casa, extrañé a mis hermanas por mucho tiempo —explicó—. Aun las extraño, pero es una sensación diferente, es como si hubiese hecho las pases con extrañarlas.

No respondí.

—Entonces, me pregunto si en algún momento dejaré de extrañar de Julieth.

Ella estornudó de nuevo.

—Lo siento, voy a contagiarte.

Si fuese otra persona, estaría tan lejos como fuese posible. Todos los seres humanos eran asquerosos por naturaleza y no quería su mierda bacteriana cerca, pero, en aquella ocasión, era ella y, ¿qué se podía hacer?

—Toma esto —le ofrecí una pastilla—. Debe de ayudar.

Tomó la pastilla y se la bebió sin revisar lo que era y eso fue otro choque para mí, porque yo jamás recibiría algo de alguien y me lo bebería como si nada y eso era lógico, pero...

Pero, Genneva confiaba en mí.

No supe como tomar aquella afirmación.

—¿Cómo podías querer a la hija del hombre que te secuestró y la mujer que te humilló? —pregunté finalmente, queriendo dejar lo otro atrás.

—Aun la quiero —corrigió—. Y lo hago porque ella era inocente.

Nunca había concebido la idea de ser papá, no lo quería y no malgastaría mi vida en eso, sin embargo, tampoco podía concebir la idea de querer a un niño o niña que no fuese tuyo.

¿Qué sentido tenía?

—La tuve conmigo desde los tres meses —explicó y se giró totalmente para quedar frente a mí, mientras poyaba la cabeza contra el respaldo de la silla—. Era hermosa y muy gentil.

No dije nada.

—Soñaba con irme muy lejos con ella, solo las dos —cerró los ojos y afuera las gotas de lluvia comenzaron a salpicar el parabrisas de manera mas seguida—. Era tonto tener ese sueño, pero lo tenía —suspiró—. Quería que las dos tuviéramos una oportunidad de vivir, de sentirnos queridas y... —se detuvo—. Ahora que lo digo en voz alta, es tonto.

No, no lo era.

La analicé y por un instante pensé en seguir en el mismo silencio, pero, finalmente, dije con voz tranquila: —Lamento tu pérdida, Genneva.

Abrió los ojos y me observó.

Lo hizo y sonrió de una manera que iluminó su rostro y eso debía de ser incluso un pecado capital, porque... ¿Cómo podía verse tan bien, estando tan enferma?

—Wow, Kaydan Von Sclaén siendo amable —susurró—. ¿Qué maravilla acabo de presenciar?

—Como sea.

Volví mi vista al frente y hubo silencio por un momento, antes de que ella volviera a hablar.

—Sí, yo también lamento su pérdida, pero lo único que llena mi corazón es saber que se fue sabiendo que era amada —sentí sus ojos en mi perfil—. Es triste no ser querido por nadie y siempre me sentí así, pero, al menos, ella me amaba.

—¿Y por eso ibas a saltar al vacío? —tuve que preguntar, porque una parte de mí seguía sin procesar aquello.

Ella guardó silencio de repente y cuando me giré para verla, la encontré mirando sus manos de manera ausente.

—¿Por eso ibas a saltar?

—Julieth y Barío son lo único que tengo y sin Juls, yo... Ya no tengo un motivo. Ella era la única que me amaba.

—Eres joven, Genneva. Encontrarás mas razones para vivir.

No respondió.

—Estoy seguro de que esa niña no era la única que podía ser capaz de ver todo lo que hay en ti. Cualquiera lo vería.

No sabía que hacía motivándola y diciéndole cosas como esas, pero lo único que esperaba era disipar de su cabeza cualquier acto suicida.

—No soy tan genial —confesó—. Ni siquiera sé leer.

Escucharla decir eso me irritó y no necesariamente por la confección, sino porque recordé la manera como el bastardo del Darwin la humilló frente a mí por eso mismo.

—Aprendes y ya —le resté importancia—. Hay mucha gente que no sabe muchas cosas.

Volvió a mirarme.

—¿Quién eres y que has hecho con el nefasto que me hizo caminar en una carretera bajo la lluvia?

—Aquí sigo, no tientes al destino.

Murmuró algo en voz baja y solo cerró los ojos, mientras comenzaba a quedarse dormida y cuando pensé que realmente lo había hecho del todo, susurró de repente: —¿Tú también lo verías?

—¿Qué?

—Dijiste que Julieth no sería la única en ver cosas buenas en mí y en quererme y... —su mirada plata, oscura y profunda volvió a mí—. ¿Tú también lo verías?

No respondí, la pregunta me tomó totalmente por fuera de base y no dije nada, solo pude fruncir el ceño y cuando ella cerró los ojos de nuevo y cayó dormida alrededor de la fiebre y la lluvia, tuve que hacerlo.

Contra mi voluntad, tuve que responder:

—Ya lo veo, Genneva.

Había hecho muchas cosas malas en la vida y no me arrepentía de ninguna de ellas, pero estaba seguro de que, si el karma existía y me estaba llegando, me lo estaba cobrando a lo grande, porque...

Mi primo tenía una obsesión por una mujer, la cual yo debí de asesinar, pero ahora ella estaba a mi lado y no sabía que tan dispuesto estaba en dejarla marchar.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 23.

23

Genneva.

Me sentía horrible y estaba segura de que nunca en la vida una gripa me había dado de aquella manera. El dolor se extendía por todo mi cuerpo y pese a que la fiebre jamás se fue y el dolor por todo el cuerpo tampoco, traté de por todos los medios no hacer drama y tampoco demostrar demás lo que estaba sintiendo.

No porque pensara que molestaba a Kaydan, sino porque él me molestaba a mí. No podía ver que yo estornudara o medio me estremeciera, porque eso era más que suficiente para que detuviera el auto y me preguntara de mil maneras diferentes sobre que me dolía y donde lo hacía y, siendo sincera, para ser un hombre que la mayor parte del tiempo decía sentirse muy irritado por mí, estaba muy estresado por mi mal, como si nunca hubiese visto a una persona con gripe.

—Necesitas ser sincera, Genneva —me había dicho la noche anterior, justo cuando me tragué las náuseas—. No puedes estar enferma y no decirlo.

—Solo es gripe, kaydan.

—¿Y donde te duele? —exigió saber, mientras alejaba la vista del frente y me analizaba con esa frialdad que tanto lo caracterizaban—. Necesitas decirlo.

—La cabeza.

—¿Y que más?

—Solo eso.

—No mientas.

—Basta, eres molesto.

—Eres irritante.

Me miró de nuevo como si de alguna u otra manera supiera que le estaba mintiendo, pero no dijo nada más y eso fue un total respiro para mí porque nunca le había importado a absolutamente nadie y no sabía como actuar alrededor de una persona que era tan fría como él, pero parecía estar inquieto por cualquier leve cosa que me sucedía.

¿Qué había pasado con el nefasto de antes?

No era como si de la noche a la mañana creyera que había cambiado o era otra persona, pero sentía algo ligeramente diferente y no sabía darle alguna palabra, pero ahí estaba y... Quizás también podía ser el hecho de que ahora éramos amigos y teniendo en cuenta de que antes ninguno de los dos había tenido un amigo, no sabíamos como actuar.

Era raro, pero, de nuevo, solo lo dejé fluir.

Kaydan dijo que nos moveríamos hasta otra ciudad y partir de ahí ya veríamos que pasaba. Se suponía que yo debía de quedarme ahí en Porland y él seguir su camino, pero eso no estaba sucediendo y ahora íbamos camino a otro estado para que él fuese a no sé dónde y...

Siendo sincera, no quería pensar en que sería de mí y Barío cuando llegáramos al final de todo con Kaydan, no es como si estuviera planeando quedarme con el -claro que no-, pero ese pensamiento me aterró un poco y tuve que posponerlo, que dejarlo atrás porque pese a que ahora éramos amigos y todo eso, sabía que era cuestión de tiempo para que se hartara de mí y el final inevitable llegara.

Iba a llegar, sabía que el momento en donde cada uno tomara su camino estaba más cerca que nada y cuando eso sucediera, sería agradecida.

Tendría gratitud hacia el hombre frío y odioso que había sido de una u otra manera gentil conmigo.

Pero, esa noche no me permití pensar mucho en eso cuando desperté en medio de la lluvia y encontré con que estaba sola sin Kaydan y sin Barío. Eso debió de preocuparme, pero saber que el rubio estaba con mi gato me llenó de calma porque, evidentemente, sabía que nada malo le sucedería.

No con él.

Kaydan decía odiar a Barío y siempre lo estaba tratando de lo peor, al menos con palabras, pero sus acciones eran totalmente diferentes. Siempre se encargaba de darle su comida -no sin antes mirarlo mal-, e incluso había amarrado un cordón alrededor de su cuello como si fuese una correa y para evitar que hiciera sus necesidades ahí adentro, lo sacaba al bosque y dejaba que estuviera ahí hasta que hiciera algo.

—No es un perro, Kaydan —le había dicho yo, cuando lo vi hacer eso por primera vez.

—Obvio, los perros son más agradecidos que ese animal.

Ya ni siquiera le ponía atención a sus quejas y ataques, no tenía sentido si después iba a estar con el gato afuera “paseándolo”, mientras yo dormía.

Kaydan había decidido frenar un poco el trayecto hacia la nueva ciudad en los alrededores del bosque, justo cuando vio que la lluvia se volvió más densa y peligrosa, por eso mismo, estábamos en el interior de unos de los bosques, esperando que amaneciera para seguir el camino.

Una parte de mí, una secreta que se escondía detrás de la Genneva dura y firme, sentía una pizca de temor por llegar finalmente a nuestro destino. Lo hacía porque, de repente, como días atrás, no me sentía tan segura de poder hacer esto solo.

¿Cuándo había sido yo lo suficientemente buena en algo? No sabía ni leer, ¿de verdad creía que iba a conseguir un trabajo?

Ese pensamiento me hizo sentir ansiosa, pero lo dejé a un lado, así como el malestar que estaba sintiendo en ese momento y sin más, abrí la puerta de la furgoneta y me bajé en medio de la noche y una débil llovizna, mientras buscaba al par de amargados y nos los vi.

Tenía un dolor horroso en la vejiga por aguantar las ganas de orinar y tomando unos paños húmedos que Kaydan había comprado en la tienda, me alejé solo un poco para buscar oscuridad y lograr calmar la necesidad.

Dos minutos después me alejé del árbol y caminé por el lugar buscando a los mismo dos, mientras me sentía más indispuesta y, estaba segura de que nunca una gripe me había dado de aquella manera. Era algo raro, algo que...

No terminé de completar eso, escuché el enojo de él, antes de siquiera verlo y casi solté un gemido bajo.

—¿Qué se supone que haces aquí afuera, Genneva?

Me giré y ahí estaba el rubio con Barío en sus brazos y el gato negro se veía algo mojado y bastante enojado.

Tal para cual.

—Hola —dije con tranquilidad, mientras levantaba la cabeza para verlo a los ojos en medio de la poca iluminación—. Los estaba buscando.

—¿Qué haces aquí? —insistió—. ¿Eres consciente de que estás agripada?

No respondí, solo di un par de pasos más hacia su persona y estiré la mano para tocar a Barío y calmar su enojo.

—Está molesto porque lo sacaste a la lluvia —le informé.

—No me importa lo que le guste o no a este animal —dejó en claro—. De hecho, necesita más maestría, es rebelde y grosero.

—Es un gato, Kaydan.

—Sí, qué desperdicio, ¿no?

No me quería reír pero sentí las comisuras de mis labios curvarse, mientras suspiraba.

—Vamos adentro —comenzó a girarse—. No puedes mojarte.

—Quería respirar un poco de aire libre —susurré y de repente, sin más, no pude evitar pensar si al tocarlo, al igual que Barío, iba a lograr calmar su molestia.

—Genneva.

—Sé un buen mejor amigo, Kaydan —dije—. Sé amable, ¿sí?

Sus ojos me analizaron con una seriedad que era arrolladora y yo di otro paso, mientras estiraba aún más el cuello para verlo y sin saber porqué, le dije: —No me siento muy bien, pero estaré mejor.

—He pensado que debemos conducir y llegar a la ciudad hoy mismo —fue su respuesta—. Hay que llevarte a un hospital.

—No es buena idea —fue mi respuesta.

—¿No es buena idea? —preguntó y tomándome por sorpresa, estiró su mano y la llevó a mi nuca, dejándome totalmente estática—. Estás caliente, Genneva.

Por alguna razón, lo más estúpido del mundo, sentí mis mejillas sonrojarse.

—Y no de la manera correcta —agregó.

—¿Qué? —lo miré sorprendida.

—Esa fiebre por tantas horas no es normal, nos vamos.

Él estaba hablando y diciendo cosas, pero yo estaba tratando de procesar el hecho de lo que acababa de decir y no supe cómo hacerlo, es que él me sacaba tanto de mi zona de confort que era estresante y... Emocionante al mismo tiempo.

Lo vi poner a Barío en la parte trasera de la furgoneta y después de cerrar la puerta, se giró para verme y había enojo real en él.

—Ahora, Genneva —espetó—. No sé si alguna vez hayas cuidado de ti misma y como creas que es el proceso, pero es bastante hostigante el hecho de que seas tan terca y...

Volví a caminar hacia su persona -como si me sintiera atraída por él-, como si yo fuese una polilla y el la luz, y sin desear aguantar más sus órdenes y su frialdad -no podía con tanta frialdad-, me encontré diciendo:

—Eres un pésimo mejor amigo, Kaydan.

Su ceño se frunció inmediatamente y me miró de una manera que dejó bastante claro que no podía creer lo que yo acababa de decir.

—No soy tu mejor amigo.

Lo ignoré.

—Los mejores amigos no suelen ser tan duros con sus amistades —le informé—. Necesito que seas más bonito conmigo, ¿sí?

Nunca había tenido la atención real y amable de alguien y pese a que sabía que no iba a conseguir eso de él, me sentía como una niña pequeña exigiendo trato lindo. Exigiendo mimos.

—Se acabó —me dijo—. En serio, Genneva.

—¿Tan desesperado por qué vuelva al auto? —pregunté—. Puedo hacerlo, pero...

—¿Pero? —enarcó una ceja.

—Necesito un poco de mi mejor amigo primero.

Mis palabras lo tomaron por sorpresa y supe que lo irritaron. Lo hicieron y aún así, sabiendo que realmente debía volver a dentro y dejar de mojarme, él respondió:

—¿Qué es lo que quieres, Genneva?

Mi corazón se aceleró de nuevo.

—Un abrazo.

—No.

—Me lo merezco —dije y no me avergoncé por estar pidiendo algo como eso—. Los amigos hacen estas cosas, es normal.

—Nunca has tenido un amigo, ¿cómo podrías saberlo?

—Lo sé —me encogí de hombros—. Y quiero un abrazo. Sino, eso te haría un mal amigo y no entraré.

Me sentía enferma, cansada y con el insistente temor de llegar a California y tener que decir adiós.

—Bien, entonces quédate ahí —comenzó a girarse—. Eres tú quien va a estornudar todo la noche.

Fruncí el ceño y realmente lo vi cuando terminó de darme la espalda y pensé que me iba a dejar ahí del todo, pero el tonto gruñón no lo hizo -claro que no-, al ver que no lo seguí, se detuvo de repente, se giró de nuevo y con la cara repleta de disgusto, me analizó.

—¿Qué has hecho con el hada de invierno que conocí? —espetó—. La Genneva que conocí jamás habría pedido un abrazo.

—¿Hada de invierno?

No respondió.

—Necesitas ajuiciarte.

Solo lo miré y sus ojos también buscaron los míos y al parecer vio algo en estos, ya que maldiciendo en voz baja o eso creía yo, terminó de caminar hacia mí y cuando se detuvo para que los dos estuviéramos frente a frente, sin más, llevó de nuevo una de sus grandes y firmes manos a mi nuca y acercándose a él, agregó:

—Esto no se va a volver una costumbre, hada.

Levanté la cabeza aún más para verlo.

—¿Vas a llamarme hada? —inquirí—. Eso no es muy malo de tu parte.

No respondió.

—Te sigo llamando nefasto.

—Déjalo así —fue su respuesta—. Eso soy la mayor parte del tiempo.

El silencio volvió y estábamos tan, pero tan cerca, que solo tendría que empinarme un poco y levantar la cabeza para...

Mi corazón saltó dentro de mi pecho ante ese pensamiento, porque sin duda alguna, yo jamás querría hacer eso con Kaydan o con ningún otro hombre. Que le estuviera mirando la boca no significaba nada y...

—Necesito que vuelvas adentro —me atrajo hacia así—. Lo necesito.

Sin decir nada más, Kaydan me atrajo hacia su pecho y dejando una mano en mi nuca y la otra llevándola de manera torpe a mi espalda, él... Él me abrazó y yo me estremecí.

Kaydan sin duda alguna sabía sostener a una mujer, pero eso de dar abrazos no era lo suyo y me gustó tener eso para mí, pero aquello me volvía una tonta porque nada era mío.

—¿Debí pedir permiso para tocar tu espalda? —la pregunta fue sincera.

—No —respondí, mientras rodeaba su cintura y apoyaba mi cabeza en su pecho—. Tú no, Kaydan.

El silencio nos envolvió y en medio de esa suave, pero fría llovizna, no se dijo nada por lo que pareció una eternidad, pero solo fueron segundos y no sabía qué hacía ahí, pero no quería irme.

—Listo —él fue quien se alejó de mí y cortó el hechizo. Lo hizo como el nefasto que era.

—Para la próxima será un abrazo más prolongado —bromeé—. Eso hacen los mejores amigos.

—Escuchaste la palabra “mejores amigos” y jamás la dejaste ir.

—Dijiste que éramos amigos.

—Sí, Genneva, sí.

Era un odioso, aún así, mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Adentro, ya —caminó hacia el auto—. Es en serio.

Hice lo que dijo porque ya no podía pelearle más y justo cuando comencé a rodear el auto para ir hacia la silla del copiloto, mientras caminaba, por encima de las pequeñas gotas de lluvia que caían en mi cara, sentí algo caliente deslizarse desde mi nariz.

No le presté mucha atención y seguí adelante, pero justo cuando estaba por entrar al vehículo, sentí aún más salir y llevando la mano a mi nariz, me limpié y, al hacerlo, lo vi.

Sangre.

Estaba botando sangre por mi nariz y aquella era tan, pero tan oscura, que parecía casi negra.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 24.

24

Genneva.

Sabía que algo estaba muy mal y ya no había marcha atrás.

Las horas después de que comencé a sangrar, me dije a mí misma que era normal, tenía gripe y la sangre viéndose por mi nariz podría ser un signo de ello, pero cada que ocurría, no podía pasar por alto la oscuridad de la sangre y lo ardiente que me sentía.

Lo mal que estaba.

Pensé en decirle a Kaydan sobre esto y lo indispueta que me sentía cada vez más, pero de repente, a mi cabeza llegó la idea de que él pudiera pensar que yo estaba haciendo todo este drama para retrasar nuestra llegada a California y, por ende, nuestra despedida y fue por eso que guardé silencio.

Nuestras últimas horas antes de llegar a California me la pasé mirando por la ventana de manera distraída, mantuve siempre en mi mano un paño para limpiar mi nariz de manera disimulada y solo me dediqué a pensar y divagar alrededor de cosas y... Estaba segura de que esa insufrible fiebre estaba subiendo más y más y lo único que yo deseaba era llegar a una cama y tirarme ahí por horas.

Quería dormir una eternidad.

—¿Ya has pensado en que vas a hacer? —me preguntó de repente el rubio, el cual había estado más gruñon y aislado desde que la noche anterior lo obligué a abrazarme.

Era el peor amigo del mundo.

—¿A qué te refieres? —le devolví la pregunta, girándome para ver el perfil duro y cincelado de su rostro.

—Escapaste, querías venir a la ciudad —me recordó—. Ya estás en una ciudad, ¿ahora qué harás?

Mi corazón saltó dentro de mi pecho ante sus palabras y me obligué a mantenerme totalmente serena, mientras que por dentro el revoltijo seguía.

—Empezar una nueva vida —fui simple—. Lejos de él.

Hubo una pausa y él pareció reflexionar mis palabras, mientras yo miraba al frente.

—No puedes empezar una nueva vida sin tener dinero o un empleo, Genneva —fue su respuesta—. Menos en una ciudad que no conoces.

Yo sabía perfectamente eso. Lo sabía más que nadie y era horrible porque en el bolso en donde perdí los retazos de la carta de Julieth y su peluche, también se quedó el poco dinero en efectivo que traía y ahora estaba totalmente jodida.

Pero me sentí muy mal físicamente y por eso era que necesitaba aligerar el ambiente.

—¿No necesitas una trabajadora o algo? —bromeé y lo miré de nuevo—. ¿Qué tal una secretaria de ropa? Ya sé cómo luce tu ropa y podría escogerla por ti.

Kaydan jamás se reía o algo por el estilo, pero esperé que mis palabras aligeraran un poco el ambiente o algo así, pero su respuesta firme y gélida fue:

—No puedes quedarte conmigo, Genneva. Pero una vez estés mejor y puedas marcharte, te daré dinero para que sobrevivas por un tiempo.

Sobrevivas.

Ni siquiera me miró mientras lo decía, pero la tensión era evidente en su cuerpo y lo que sentí en mi corazón ni siquiera fue un vuelto o una clase de dolor latente, más bien fue algo penoso y tragando saliva con fuerza, me obligué a nivelar el tono de mi voz para que no supiera lo que me hizo sus palabras, aunque realmente él no me debía nada.

—Estaba bromeando, Kaydan. No planeo mudarme a vivir contigo o algo así —lo miré—. Y tampoco necesitas darme tu dinero, tengo todo planeado —mentí—. Conseguiré un trabajo y será suficiente para Barño y yo.

No respondió.

—Fui mesera en las Vegas —seguí adelante—. Sé mucho de eso y buscaré algún trabajo de eso o, puedo pedir en los hoteles, sé todo lo de lavandería y tender camas.

Tampoco dijo mucho.

—Trabajaré, alquílale una habitación para Barño y yo y todos seremos felices, ¿ves? —traté de sonar optimista, pese a que yo no era ese tipo de persona por naturaleza—. Nada de qué preocuparse.

Mi orgullo había sido despojado totalmente de mi cuerpo años atrás. Llevaba parte de mi vida aguantando abusos, malos tratos y demás, y pese a que tenía dudas y sabía que probablemente no lograría ni la mitad de lo que estaba diciendo, no podía quedarme sin lo único que ahora había recuperado.

No podía dejarme desfallecer y por eso mantuve mi cabeza alta y el corazón enmudecido.

—¿Qué hay de tus hermanas? —preguntó finalmente—. Podrías ir con ellas a Rusia.

—Claro que no —dije rápidamente.

—¿Por qué no? —me miró por unos segundos—. Una de ellas está casada con un bastardo importante de la mafia, podrían mandar por ti si así lo desearán.

—¿Qué sabes de mis hermanas?

—Todo —respondió como si nada—. Bianca Di'carper está casada con Alesso Di'carper, Don de la mafia Calabresa. Elizabeth Novikova se casó con el pakhan de la mafia rusa, Mikhel Novikov y la otra, Nina, estaba casada primero con Harry Becler, pero este fue asesinado y ahora anda en Rusia con Vlader Novikov.

Mi cuerpo se tensó a más no poder.

No solo porque él estaba hablando de ellas, sino porque hablo de Nina y del apellido "Becler"

Había querido a todas mis hermanas así ellas pensarán que no era real. Así pensarán que era fría, distante y aburrida. Las había querido de una u otra manera, aún así, mi

vínculo con Nina había estado por encima de todo y me había sorprendido lo inteligente y fuerte que había podido llegar a ser para su edad.

La última vez que la vi, ella tenía catorce y yo dieciocho, sus ojos, los cual eran de un azul tan, pero tan claro -casi celeste-, me habían analizado con esa ira innata que la indentificaba, luego de que hubiese descubierto que papá me iba a enviar lejos para una supuesta boda.

—Deberíamos matarlo —fue lo que me dijo—. Yo podría hacerlo, no me importaría matar.

Lo vi en sus ojos y supe que no, ella no le importaría y, aun así, jamás querría que mi hermana hiciera algo como eso por mí y por eso mismo, mi respuesta fue:

—Déjalo estar, Nina. Hay cosas que no merecen nuestro tiempo y mucho menos nuestra paz.

Jamás había deseado que mis hermanas se metieran en asuntos que tenían que ver conmigo. Becob solía decirme que, si me resistía a ser abusada, eventualmente Bianca y Nina serían las siguientes y si yo no soportaba estar sucia, ¿cómo iba a dejar que le hicieran eso a mis hermanas?

Jamás pude.

La cuestión era que me generó náuseas saber que Nina estuvo casada con Harry Becler, porque ese apellido, el Becler, le pertenecía a un hombre que por mucho tiempo me hizo tener pesadillas, un hombre que jamás le importó usar mi cuerpo a su manera y a su antojo.

Jhonsson Becler.

Eso había sucedido ya hacía mucho tiempo, pero a veces, cuando estaba dormida, caía de nuevo en pesadillas que tenían que ver con él y recordaba la manera como me había tocado y me había pedido que llorara para él.

Le gustaba o, lo prendía más bien ver llorar a mujeres, pero yo, siendo quién era, jamás había llorado por un hombre y jamás lo haría, sin embargo... ¿Por qué Nina se había casado con su hermano? ¿Ella estaba bien?

Todo eso despertó muchas ansiedades dentro dentro mí y comencé a mover mi pierna de manera inquieta, mientras observaba el exterior y pensaba en la vida de ellas y... Nina iba a estar bien, siempre había sido demasiado fuerte para ser real y si había estado con el hermano menor de Jhonsson era por algo y ella sabría cómo cuidarse.

—Estoy seguro de que tu hermana Elizabeth podrá ayudarte —continuó diciendo Kaydan—. Conozco a alguien muy cercano a Mikhel, podría hacerle llegar un mensaje sobre ti o...

—No —lo corté con frialdad y de repente me sentí muy irritada—. No quiero que hables con nadie por mí, Kaydan. No te lo he pedido.

Se giró para verme una vez más y existió una pequeña lucha de mirada entre los dos, antes de que él debiera volver la vista al frente.

—Ya te dije que no planeo ser una carga o quedarme contigo, en serio —de repente sentí su necesidad por deshacerse de mí y fue como una bofetada, pero me mantuve—. Mira, si gustas, puedes dejarme en el centro de la ciudad y a partir de ahí me haré cargo, eso sí, me quedaré esta ropa que tengo puesta, como verás, la necesito.

No me miró.

—Deja de preocuparte, Kaydan. Ya estamos llegando al final de nuestra travesía y como eres un buen amigo, te daré las gracias y seguiré adelante, ¿sí?

Algo había cambiado en la noche y ese algo lo tenía tenso. Quizás había sido lo del abrazo, quizás había traspasado sus barreras personales con mi juego de abrazos y eso lo tenía tan tenso y necesitado por alejarse de mí.

Él quería quitarse una carga de encima y yo era una muy pesada y sabiendo eso, casi treinta minutos después cuando estuvimos como tal en los alrededores del centro del primer estado, tomé una de las bolsas de papel vacías que había en la parte trasera de la furgoneta y comencé a doblar la cobija de pelpa que él compró para mí.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Bueno, me la regalaste —dije con tranquilidad—. Sé un buen amigo, Kaydan —ya no pude verlo más a los ojos—. La llevaré conmigo.

Terminé de doblarla y la guardé, mientras también tomaba los sobres de comida de Barío y una botella de agua.

Jamás había estado sola en una ciudad tan grande o desconocida, pero, siempre había una primera vez para todo y yo podía con “todo”, había podido con cosas peores.

—Estás enferma, ahora iremos a mi lugar y te pediré un doctor ahí —dijo—. No tienes que irte ahora.

—Ah, pero me siento mejor —mentí y para evitar verlo, hice como si estuviera quitando las arrugas del abrigo gigante que traía encima—. No es necesario.

El silencio volvió y esta vez, fue tan denso y tenso, que enfrió incluso todo dentro del vehículo.

Barío aparentemente sintió el cambio en mí o algo por el estilo, ya que se movió desde la parte trasera de la furgoneta para venir a sentarse en mi regazo, pero, antes de hacerlo, le siseó a Kaydan y el otro lo miró mal.

Comencé a acariciar al gato de manera distraída, no pasando por alto el hecho de que lo único que nos acompañaba a ambos era una bolsa de papel y era casi cómico, porque si me preocupaba pensar en no podría sostener a un gato, ¿cómo llegué siquiera a suponer que podría haberme encargado de Judith?

La brecha de dolor en mi pecho se volvió a abrir y sentí algo deslizarse por mi nariz, pero giré rápidamente la cabeza para que Kaydan no me viera y limpié la sangre goteante.

El rubio no dijo nada más y comenzó a moverse desde el lugar menos encantador de la ciudad, hacia las áreas que poco a poco, sin más, comenzaron a verse encantadoras y lujosas.

—¿Por dónde crees que puedo quedarme? —le pregunté—. ¿Tú vives cerca de aquí?

Necesitaba que todo sonara jovial, necesitaba que él entendiera que no estaba molesta porque me dijo que no podía quedarme con él.

No estaba molesta, la incomodidad dentro de mí era más bien por un pequeño dolor que no tenía sentido, pero ahí estaba.

—Seguimos siendo mejores amigos, ¿recuerdas? —aclaré mi garganta—. Se supone que puedo ir a visitarte y viceversa.

—No vivo aquí —fue su respuesta—. Solo tengo un lugar destinado por si necesito algo. Es todo.

—Bien, tendremos que ser amigos virtuales entonces.

Tampoco dijo mucho y yo sabía que una vez me bajara de ese vehículo, nunca más vería a Kaydan.

Jamás era jamás porque el hombre con el que había pasado los últimos días, el hombre el cual me parecía el más odioso del mundo, pero luego no, era una persona sumamente importante y estaba a nada de volver a su vida.

Una vida que claramente no tenía nada que ver conmigo ahí metida.

Pensé que en algún momento Kaydan iba a detenerse en algún lugar lujoso o algo por el estilo, pero no fue así. Siguió adelante por otros veinte minutos en total silencio, hasta que se desvió por una carretera y calle sinuosa que lo adentraron hacia lo que parecía ser un área urbana de casas mal hechas o viejas.

¿Él iba a dejarme ahí?

Siguió adelante, hasta que se detuvo frente a lo que parecía ser un edificio de cuatro pisos en mal estado, ya que su exterior era borroso y parecía que en cualquier momento se iba a caer sobre nosotros y dejarnos rodeados de escombros.

—Aquí es —informó—. Vamos.

Había esperado algo elegante, excéntrico y todo eso, teniendo en cuenta quien era Kaydan y sus gustos, pero no dije nada cuando limpié mi nariz una vez más, cargué a Baño, tomé la bolsa y salí de la furgoneta.

Él me siguió unos minutos después de tomar su maleta y alejé rápidamente mi mirada de su rostro porque se veía muy serio y me sentí incómoda.

Vi al rubio abrir la primera puerta con una llave, pero me sorprendí al ver que detrás de la puerta que daba hacia la calle, había otra que era como de metal y aquella solo abrió con la huella dactilar de él. Cuando aquello sucedió, unas escaleras oscuras que iban en ascenso se revelaron.

—Sube —ordenó—. Cuidado con tropezar.

Obedecí sin decir mucho y tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para subir todas esas escaleras oscuras y estrechas. El lugar olía a moho y polvo, pero eso descuidado y turbio no duró mucho, porque cuando subimos alrededor de tres pisos y Kaydan abrió dos puertas más -otra con su huella y una con código-, lo que se reveló ante mí no fue un lugar feo y deshaciado.

Era un pequeño, sobrio, pero elegante centro de... ¿comando?

Un espacio repleto de computadores al fondo, unas sillas de cuero oscuro, una mesa, una nevera y más atrás de eso, al otro extremo, una cama grande de telas finas y oscuras.

Era un espacio pequeño, pero suficiente para alguien que quería trabajar y descansar un poco. Un lugar bastante varonil e intimidante.

—Entra —dijo—. Pon a Barño en la cama.

Estaba tan sorprendida por lo que estaba viendo, que volví a obedecer por segunda vez consecutiva y seguí sin procesar el hecho de que, en un edificio tan horrendo, existiera un lugar así.

—Es genial —le dije—. ¿Para qué necesitas tantos computadores?

Había unos cinco.m en línea.

—Trabajar.

—¿Trabajas aquí con mucha gente?

—Solo yo conozco este lugar —fue su corta respuesta—. Nadie entra aquí.

Continué mirando alrededor y él me explicó que al fondo estaba el baño con agua caliente e incluso tina.

El lugar me gustaba, sus paredes blancas e inmobiliario negro hacían que todo fuese muy sobrio y quizás a otras personas les parecería aburrido, pero ese tipo de colores y tranquilidad eran lo mío.

—Voy a llamar a un doctor —me dijo—. Ponte cómoda.

Salió de nuevo y no me miró más, me quedé ahí en el centro del lugar y sabiendo que no tenía nada más por hacer, me encerré en el baño porque necesitaba unos segundos a solas y cuando me miré en el espejo, la mujer de ojos grises y cabello rubio que me devolvió la vista se veía fatal.

Pálida, delgada y tan sonrojada que era evidente que seguía con fiebre. Justo en ese momento, vi otro hilo de sangre salir de mi nariz y rápidamente lo limpié, mientras apartaba la vista del espejo y la horrible persona que había ahí.

—Jamás descuides tu físico, Genneva —eso solía decirme Darwyn a veces—. Es por lo que vales, muñeca. Si pierdes tu belleza, ¿qué podrías dar?

Sus palabras se habían quedado arraigadas por mucho tiempo en mi cabeza y por eso mismo, siempre tuve un problema con verme perfecta, pulcra y... ¿Si esta imagen enferma, ojerosa y con cabello enredado le daba asco a Kaydan y por eso estaba tan ansioso por deshacerse de mí?

Era un pensamiento tonto hasta cierto punto, porque él jamás me vería de aquella manera, pero no pude evitar sentirme tan, pero tan asquerosa, que solo quise quedarme ahí encerrada por horas.

—Lo harás, Genneva —susurré—. Harás esto por Barño, lo lograrás y... Verás que no es tan malo como parece.

Lavé mi cara cuando más sangre comenzó a salir y, sin poder más con nada, deseché toda la ropa y rápidamente me metí a la ducha.

Necesitaba una ducha.

Gemí bajamente cuando el agua fría chocó contra mi piel la cual sentía arder y cerrando los ojos, me sumergí y me obligué a dejar de pensar.

A dejar de estar.

No sé cuánto tiempo estuve ahí frotando mi cabello y cuerpo con algún jabón de aroma masculino que encontré, pero lo hice hasta que escuché el llamado del rubio en dos ocasiones y supe que el médico había llegado.

Había sido abusada toda mi vida, quizás debería de ser más miedosa y ansiosa alrededor de los hombres y a estar a solas con dos de ellos, pero eso no creaba nada en mí. Ya había pasado por cosas horrendas y dudaba que pudiera pasar algo más, por eso mismo, negándome a usar esa misma ropa sucia, me envolví en una bata negra que encontré y simplemente salí.

Y sí, ya estaba Kaydan y el doctor esperándome.

—Estaba bañandome —expliqué.

Kaydan miró la bata que traía puesta y después me miró a los ojos con ceño levemente fruncido, pero no llegó a decir nada, ya que caminé hacia donde estaba el doctor y le ofrecí una mano.

—Genneva.

Él la tomó.

—Doctor Caigen.

—Revísala —fue la orden directa y helada del otro.

Me senté en la orilla de la cama cuando el doctor Caigen me lo ordenó y comenzó a hacerme preguntas de rutina. Le respondí todo con tranquilidad y él anotó unas cuantas cosas, antes de abrir su maletín y comenzar a rebuscar unas fórmulas.

—La gripe puede ser debido a un sistema inmunológico debilitado —dijo—. Pero la fiebre si está muy, pero muy alta. Voy a tener que tomar exámenes para ver si proviene de lo viral de la gripe o es algo más.

—De acuerdo.

Él revisó todos mis sentidos y luego de eso, se puso unos guantes, tomó una jeringa y me avisó que iba a sacar sangre.

—Va a doler un poco.

—De acuerdo.

No me inmuté ni un poco, solo me quedé ahí sentada en silencio y dejé que tomara todas las muestras que necesitaba. Después de eso, me aplicó algunos analgésicos y recetó otros para consumir cada cierto tiempo.

—Los exámenes deben de salir al menos en una hora —me dijo—. Mientras, le aconsejo que descanse un poco e intente comer algo.

—¿Cree que es algo grave? —le pregunté y casi tuve el instinto de decirle lo de la sangre—. Si me siento muy mal.

—Tranquila —me regaló un pequeña sonrisa—. Estará bien.

—¿Cómo sabe eso si no tiene los exámenes? —espetó Kaydan y su voz fue suficiente pa—No, señor —dijo el otro y lo miró—. Pero debe de ser solo una gripe y...

—Los exámenes —fue la respuesta del rubio—. Vuelva y díganos qué es, justo cuando tenga los exámenes.

Le lancé una mirada al nefasto que dejaba bastante claro que se estaba comportando de lo peor, pero me ignoró y siguió firme en su postura dominante como si nada.

—Si, señor —el doctor recogió todo—. En una hora volveré.

Rápidamente, el doctor salió del lugar siendo escoltado por Kaydan y yo me quedé ahí sentada en la cama sin decir mucho, esperando que volviera, pero cuando lo hizo, no me miró, solo dijo:

—Mañana te conseguiré ropa para que no tengas que andar en esas batas.

—No me importa estar en bata.

Solo me lanzó una mirada, antes de caminar hacia el baño y encerrarse ahí.

No sabía porque estaba tan irritado y tampoco era como si se lo fuese a preguntar. Solo necesitaba comenzar a sentirme mejor y después irme a donde sea que necesitara hacerlo.

Sin pedirle permiso a Kaydan, me terminé de subir del todo en su cama y me acosté ahí, al lado de Barño, el cual dormía plácidamente. Comencé a cerrar los ojos sintiéndome cansada y muy indispuesta, pero antes de llegar siquiera a intentar dormir, escuché mi nombre molesto en la boca del rubio.

—Genneva.

Suspiré.

—¿Qué es esto?

—Dios, dame paciencia con este hombre —susurré, mientras me sentaba de nuevo—. ¿Qué es, qué, Kaydan?

Lo vi llegar hasta donde estaba yo, con el rostro tan estoico, que heló toda la habitación y estuve a punto de soltar un comentario, hasta que vi lo que traía en la mano.

El paño con el que estuve limpiando la sangre de mi nariz.

—¿Esto que es?

—Sangre, Kaydan —dije con obviedad—. Lo debes de saber más que nadie.

—¿Dónde estás sangrando?

—Déjalo estar, no importa.

De repente, me sentí molesta con él y eso que rara vez me permitía molestarme, aún así, no tenía sentido que se dejara enfurecer por esto. Después de todo, ya íbamos a tomar un camino cada quien.

—Genneva.

—No es nada, Kaydan. Déjalo estar.

Sin decir nada más, simplemente rodeó la cama para estar más cerca de donde yo estaba y estirando una mano, la enredó en mi brazo y sin llegar a herirme, pero sí demostrando su tiranía, me puso de pie y me obligó a bajarme de la cama.

—¿Dónde? —demandó y sus ojos se deslizaron por todo mi rostro—. ¿Dónde estás herida?

No respondí.

—¿Te cortaste o algo así?

Tampoco dije mucho.

—Genneva —la manera como pronunció mi nombre, con aquel acento, me hizo erizar—. Si debo volver a preguntarte en dónde estás sangrando y no lo dices, lo averiguaré yo mismo.

Enarqué una ceja.

—¿Es una amenaza?

—Es lo que tenga que ser.

—¿Y qué harás?

—Si debo abrir esa bata para buscar parte por parte en dónde está la herida, lo haré.

—¿Disculpa?

—Disculpada, ¿dónde está?

—Eres un nefasto.

—Bienvenida a la realidad.

Que se jodiera, no iba a ceder por él, ni por nadie.

—Esperaré entonces a que venga el doctor y le mostraré a él —fue mi respuesta.

Su mirada bicolor se oscureció ante mis palabras.

—Suéltame —agregué.

Lo hizo inmediatamente, aún así, respondió con frialdad.

—Soy tu mejor amigo, Genneva. Recuerda que es a mí a quien debes mostrarle las cosas y no a otro.

—¿Ahora si soy tu mejor amiga?

—Sí, ahora muéstrame.

ra que la espalda del doctor se irguiera—. ¿Es adivino?

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 25.

25

Kaydan.

Genneva era un dolor de cabeza por naturaleza.

Era tan, pero tan obstinada, que le hacía perder la paciencia hasta a un santo y pese a que me dije a mí mismo que la dejara hacer lo que deseaba y que era su problema. En definitiva, no podía dejar que ella hiciera lo que deseaba.

No cuando su salud estaba en mis manos y no era como si me importara si vivía o no, pero, era un hombre de palabra y carácter y ella no iba a pasar por encima de mí.

Pero lo hizo, la condenada se negó a hablar conmigo del tema de la sangre y simplemente me miró furiosa, antes de volver a la cama -mi cama- e ignorarme.

Tenía millones de cosas por hacer, llevaba días sin que se supiera algo de mí y ya sabía cómo debía de estar el mundo bajo mi mando, suponiendo y creyendo cosas, pero en vez de centrarme en ello, solo pude procesar el hecho de que Genneva estaba sangrando y yo no sabía dónde.

Tal vez pensé que era su menstruación, pero ya conocía lo suficiente a la rubia para saber lo limpia y pulcra que era y jamás dejaría evidencia de su ciclo menstrual en el lavábamos del baño. Por otra parte, la sangre era de diferentes tonos, como si llevara diferencia de horas y ella constantemente hubiese estado limpiando o secando una herida una y otra vez.

¿Dónde estaba lastimada?

No tenía la intención de ser su mejor amigo, ni nada por el estilo. Genneva definitivamente no sabía respetar límites, aún así, estuve dispuesto a decirle cualquier cosa con tal de ver dónde estaba herida, pero ella se negó.

Se negó a mostrarme algo a mí y más bien se comunicó con el imbecil del doctor cuando llegó.

—Los exámenes salen que todo está bien —estaba diciéndole él a ella, en vez de decírmelo a mí, después de todo, ese era mi asunto—. Los leocusitos están algo elevados y el hemograma muestra ciertas alteraciones por la infección, pero nada para estar preocupados, es una gripe.

Ella asintió en silencio y él dijo algo sobre tener que recetarle algunos medicamentos más, mientras se inclinaba para quedar a la altura de ella y le decía que iba a hacerle otra revisión.

—Díselo —solté de repente con irritación, mirándola a ella—. Dile lo otro.

Me ignoró.

La condenada rubia me ignoró a propósito y tuve que pellizcar el puente de mi nariz, mientras contaba mentalmente hasta diez y...

—He estado sangrando, doctor —le confesó de repente.

—¿Sangrando? —él dejó de escuchar el corazón de ella y la miró fijamente—. ¿Dónde?

La miré de manera atenta para también saber en dónde era que la infeliz había estado sangrando y porque yo no me había dado cuenta.

—Por la nariz —lo miró solo a él—. Simplemente se viene sangre y es algo oscura.

Mi ceño se frunció porque yo no había presenciado eso.

—¿Qué significa eso? —le pregunté al imbecil.

—Puede ser por la misma gripe o...

—Míreme cuando me habla —le espeté al otro y obedeció rápidamente, poniéndose algo ansioso.

—Los exámenes salieron bien, señor. No hay alteraciones grandes como tal, la sangre puede ser por la misma inflamación de la nariz.

—No necesito ideas sueltas, necesito saber qué es lo que tiene con precisión.

—Ya te dijo que es normal, Kaydan.

—Tú sigue en silencio, Genneva.

Si las miradas mataran, estaba seguro de que su fría mirada de plata ya me habría dejado ahí totalmente inmóvil y jodido, pero, para una respuesta hacia ella, yo también quería joderla por inconsciente.

—Intentemos por el día de hoy con el medicamento, señor —siguió el otro—. Veinticuatro horas después, tomaré otros exámenes y podremos seguir viendo cómo avanza.

Lo miré en silencio por unos segundos, debatiéndome en que sería mejor para hacerle, por si por alguna razón, Genneva salía perjudicada por su mierda.

—¿Estás seguro de que no es peligroso? —repetí la pregunta con una paciencia que no era la mía.

—Lo que él quiere saber es si lo contagiaré —Genneva se puso de pie y miró el doctor—. Esa es su preocupación.

La ignoré porque ella estaba llevándome al límite de decir cosas que sabía -ahora que la conocía mejor-, que probablemente la harían llorar.

Ella se mostraba como una mujer dura, pero muy en el fondo era sensible, al menos cuando estaba conmigo y por eso mismo, pese a ser el hijo que era, opté por quedarme callado.

—Bueno, la gripe si es contagiosa —explicó él—. Pero dejaré vitaminas para ambos y todo tendrá que ir mejorando.

Ella le dijo algo más a él y lo escuché responder mientras yo me mantenía sereno, aún así, esa impasibilidad no duró mucho porque cuando ella le dio la mano para despedirse y agradecerle todo, por un breve segundo -uno que fue suficiente para que

yo lo viera-, él llevó su sucia mirada hacia el lugar en donde la bata que ella llevaba puesta se había abierto un poco y dejaba ver de manera muy discreta la curva de uno de sus pechos.

Era una abertura muy pequeña, pero lo suficientemente notable para que la mirada de él hubiese acabado sobre lo perfecto y pulcro de la piel de ella y eso me disgustó.

No, disgustar era una palabra pequeña en comparación a lo que se encendió en mí y me dio igual aceptarlo. Aún más cuando Genneva también vio como la mirada del bastardo bajaba y sintiéndose incómoda, tapó disimuladamente la abertura y evitó verme a mí.

—Eso es todo por hoy, volveré mañana.

—Gracias, doctor.

La rubia volvió a la cama y se sentó cerca a su gato, el cual parecía estar medicado porque jamás despertó o se movió siquiera. Mantuve mis ojos en ella y tras darle una última mirada, me giré e hice que el imbecil pasará por delante de mí hacia las escaleras del edificio.

—Mañana haré otro examen para seguir midiendo los niveles de glóbulos —escuché que dijo, mientras seguía el descenso por la oscuridad rústica de las estrechas escaleras—. La veré y...

—No, no la vas a volver a ver.

—¿Qué...?

Él se giró para verme desde dos escalones por debajo que yo, mientras su ceño se fruncía y parecía abrir la boca para decir algo más, pero no había nada que dijera que pudiera importarme.

Ya había rebasado mi paciencia dos veces.

Cuando le sonrió y ahora cuando la miró.

La miró y la hizo sentir incómoda. La miró conmigo estando ahí, como si tuviera derecho y por eso, sin dejarlo ir más allá, simplemente levanté mi pierna izquierda y le pegué una patada tan brutal en el pecho, que lo hice caer de espaldas, rodear por las terribles escaleras y golpear su cabeza con el filo de cemento de una de estas tantas.

Lo vi caer y quedarse estático, pero no me moví a gusto hasta que vi líquido salir de la parte trasera de su cabeza y con frío desdén le pregunté:

—¿Quién te dijo que podías verla a ella?

Me giré y dejé su cuerpo ahí en el fondo de las escaleras esperando que se desangrara y su asquerosa sangre fuese una alerta de lo que sucedía cuando se me llevaba la contraria o se pasaba el límite con cosas que...

Estaban en mi poder -que eran mías-.

Cuando volví al pequeño apartamento y cerré todo con seguridad, me encontré con que Genneva estaba otra vez acostada en la cama y sin verla más de dos veces, solo le dije:

—Te conseguiré ropa para mañana. No más estar en esa bata.

Ella no respondió y supuse que estaba molesta conmigo, pero, horas después, descubrí cuál era la verdadera razón de su silencio y quise abrir la tierra y traer el infierno aquí arriba para joderlos a todos.

**

—¡Señor, está bien! —me dijo Susan, mi secretaria, cuando me senté tras los computadores y tras poner las tres contraseñas incryptadas, entré a mi sistema y la llamé—. Está bien, llevábamos días intentando hablar con usted y...

—Necesito ropa talla pequeña —dije, interrumpiéndola.

—¿Qué...?

—Ropa de mujer, Susan. Necesito que compres de todo y de lo mejor.

—Oh, sí, sí —dijo de deprisa—. ¿Dónde lo hago llegar o...?

Me irritaba tener a personas conociendo aquella ubicación mía que había sido secreta por siempre, porque ahí era un lugar para llegar cuando estaba por fuera del Reino Unido, aún así, necesitaba cosas para Genneva y tendría que ceder por ella.

Le hice llegar los datos a mi asistente y le repetí que quería que comprara de todo en tallas pequeñas porque Genneva literalmente era una cosita de nada.

Quien dijera ese temperamento tan terrible que tenía, embotellado en un cuerpo tan diminuto y frágil.

—Señor, Krepto quiere hablar con usted —me dijo ella cuando fui a colgarle—. Las cosas en la compañía han estado algo...

—Hablaré con todos cuando llegue a Inglaterra.

Colgué la llamada sin decir nada más y esperé que ella cumpliera la única labor importante que tenía en esos días. Consegirle ropa de Genneva.

La rubia se había quedado dormida y aproveché todo ese tiempo para pedir comida a domicilio, tomé una ducha y luego de que dejé todo sobre una mesa esperando a que ella se despertara, me senté de nuevo en los computadores y comencé a revisar que era lo que habían estado haciendo mis hombres en mi ausencia.

Como el apartamento, que en realidad era un espacio totalmente abierto, me dejaba ver cada que deseaba la silueta dormida de Genneva, pude dedicarme a lo mío de forma tranquila.

Revisé primero informes que se habían hecho en Omnium Global y pese a que tenía mis propios contadores, sabía perfectamente cómo leer los números naturales y ver los ingresos y desfalcos de las últimas semanas.

Omnium era una empresa que cree principalmente para el lavado de dinero y no tener que explicar excesivamente de dónde provenía toda mi riqueza. Mi tío, Christian Von Sclaén, me había enseñado desde joven que no había nada mejor que mentirle al estado de frente y mientras me llenaba los bolsillos con Vértize asesinando y enviando a otros a asesinar, era Omnium Global quien me permitía tener un soporte de mi riqueza y estar en las revistas de millonarios más exitosos del mundo.

No me interesaba ser reconocido como alguien con dinero, daba igual. Hacía mucho tiempo había perdido totalmente el conteo de cuánto había en las cuentas bancarias, pero la cuestión era que nunca había suficiente y me daba igual si no me alcanzaba la vida para gastarlo todo. Si por mi fuera, le quitaría todo a todo el mundo y sería sólo mío, sólo porque sí.

En mi mente se seguía repitiendo una y otra vez todo lo que había sucedido con los Nigerianos y entrando al sistema de rastreo del chip que sabía que había tenido en mi anterior camioneta, logré hackear el sistema de comandos para ver desde donde me habían rastreado y claramente hallé la ubicación.

Mi propia empresa.

Mis labios se curvaron, mientras daba un par de clics más y buscaba las grabaciones en audio de la sala de socios y las hallaba sin problema alguno. Aún así, cuando estaba por reproducirlas, escuché la voz de Genneva a mis espaldas.

—K-kaydan.

—¿Sí? —me giré en la silla para llevar mis ojos hacia la cama y la encontré sentada en esta misma, con las mejillas muy rosadas.

—Yo... No me siento bien.

Dejé lo que estaba haciendo y rápidamente me puse de pie, mientras me acercaba a ella.

—¿Qué es? ¿Dónde duele?

No respondió y terminé de llegar a su lado.

—Genneva.

—Tengo mucha sed, me siento caliente.

Tomé una botella de agua fría y me acerqué del todo a su lado, mientras se la ofrecía y mis ojos la detallaban con determinación.

—Toma.

Obedeció y se estremeció, mientras sus mejillas se veían aún más rojas y sus ojos color plata se veían demasiado brillantes.

—Fue horrible —cerró los ojos—. Muy horrible.

—¿Qué cosa? Necesitas hablar.

—La vi —me dijo de repente y abriendo los ojos, se puso de rodillas en la cama, haciendo que estuviéramos más cerca—. Está ahí.

Me señaló hacia el baño y yo seguí su mirada.

—¿Qué?

No respondió, continuó mirando hacia el baño y tragó saliva, mientras negaba.

—Se acabó, voy a llevarte al médico —dije—. Vamos.

Había evitado hacerlo porque Genneva no tenía papeles y harían muchas preguntas cuando ella llegara ahí, además, eso dejaría una huella de humo a su alrededor y el imbecil la seguiría, pero después me encargaría de eso.

Primero su salud.

—¿Crees que está molesta conmigo? —continuó con sus preguntas extrañas.

—¿De qué hablas?

Miró de nuevo hacia el baño.

—Julieth —susurró—. Creo que me odia como todo el mundo.

—Genneva.

—Me ignoró.

Fruncí el ceño y estuve a punto de preguntarle de qué estaba hablando, pero sin más, por inercia, llevé mi mano a su cara y maldije en alemán cuando literal la sentí arder en carne viva.

Ella estaba ardiendo en fiebre, ella estaba teniendo alucinaciones.

—Genneva —mi voz sonó más tranquila—. No es real. No...

—Me odia porque fui mala con ella, nunca pude ayudarla y... —De repente, ella tapó su rostro con ambas manos y comenzó a llorar.

Ella que era tan perfecta, estoica y firme, comenzó a llorar y lo único que yo quería era que dejara de hacerlo y fuese conmigo al médico.

—Todo el mundo me odia, soy la peor y por eso Julieth me dejó. No puede hacer nada y...

—No eres la peor de absolutamente nada —fue mi dura respuesta—. Estás sobrepensando cosas, estás alucinando, ella no está aquí.

Levantó la mirada para verme y sus mejillas estaban rojas y llenas de lágrimas.

—La vi.

—No está.

—¿No? —susurró—. ¿Seguro?

No podía poner en tela de juicio el hecho de que ella adoraba a esa niña. Realmente la amó como si fuese su hija y pese a que no lograba entender cómo se podía amar a algo que no era tuyo, algo dentro de mí luchaba por comprenderla a ella.

Solo a ella.

—Julieth murió ya hace muchos días, Genneva —suspiré y me senté en la orilla de la cama—. Ya no está y créeme que, si lo estuviera, no te odiaría. Esa niña te amaba.

Ella siguió llorando y se giró para quedar aún más frente a mí y ahora los dos estábamos en la cama y muy cerca.

—Es que la escuché llamarme.

—Es la fiebre —ya sabía que estaba caliente, pero por inercia, volví a estirar mi mano y toqué su pulcra mejilla—. Estás alucinando. Es por la alta temperatura.

Ella cerró los ojos cuando mi mano se quedó por unos segundos en su mejilla y deseé repudiarme a mí mismo por tocarla y quedarme ahí haciéndolo, pero no lo hice.

Solo me quedé ahí. Ahí tocándola.

—La amaba mucho.

—Lo sé.

—¿Entonces la imaginé?

—Sí, Genneva. Sí.

Volvió a mirarme y sus labios temblaron, mientras volvía a preguntar en voz baja:

—¿También imaginé que estás decepcionado conmigo por lo de antes?

Eso si me tomó fuera de base.

—¿Decepcionado?

—Vi la forma como me miraste cuando la bata se abrió —tragó saliva—. No lo hice a propósito, no quería coquetear o mostrar algo, yo no soy así.

La miré en silencio.

—Darwyn decía que era una puta coqueta, pero yo no quería hacerlo, yo... —Su pecho subió y bajó histéricamente—. Jamás he querido que los hombres me vean. Es que, fue un accidente y...

Mi otra mano fue a su mejilla y ahora ambas estaban sosteniendo su rostro, mientras yo la miraba y le decía:

—Me tiene sin cuidado lo que alguna vez ese imbecil haya dicho sobre ti, Genneva. No soy yo y nada de lo que ese bastardo diga o dijo me representa.

Se estremeció.

—No es tu culpa que te miren por ser lo que eres.

—¿Qué soy?

—Perfecta —dije con obviedad—. Tú no tienes porque sentir culpa por nada y, por el contrario, todos ellos perderán los ojos por hacerte sentir culpable.

No respondió, pero hizo ese pequeño gesto que hacía cuando estaba triste.

—No es tu culpa llamar la atención y yo no soy Darwyn, Genneva. Jamás te culparé por cosas que se salen de tus manos.

Ella asintió y se secó las lágrimas.

—Está bien, entonces Julieth no vino y... Tú no crees que soy una puta que le gusta mostrar y...

—No uses jamás esa palabra. No eres tú y si te la dijo un hijo de puta que te arrancó todo, te define menos.

Ella me miró con labios temblorosos y asintió lentamente, antes de simplemente tirarse hacia adelante y abrazarme.

Ella me abrazó de nuevo y el aroma de mi propio jabón en su piel me rodeó e hizo cosas en mí

—Eres el mejor amigo —sollozó—. Ya no estoy enojada porque quieras deshacerte de mí y...

¿Deshacerme de ella?

—Estoy mal, tengo mucha fiebre y no quiero ir al doctor. Odio los médicos —susurró y se alejó del abrazo para mirarme—. Pero... ¿Qué pasa si esto es un sueño?

—Genneva.

—Si es así —se estremeció—. Yo... Quiero hacerlo. Necesito hacerlo. Es que... ¿Puedo?

No entendí muy bien de qué me estaba hablando, pero la tensión en mi cuerpo creció.

—¿Hacer qué?

Tomándome por sorpresa, ahora fue ella quien llevó sus manos a mi rostro y algo se despertó con fuego y energía dentro de mí, mientras su mirada plata me analizaba y tragando saliva, negó, pero, luego agregó:

—Quiero hacer esto.

Se acercó, me dejó mudo, jodió todo mi sistema y... *Lo hizo*.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 26.

26

Kaydan.

Me besó.

Genneva puso sus manos en mis mejillas y sin importarle nada. La cordura, la decencia o mis límites, ella lo hizo.

Me besó.

Llevó sus calientes labios a los míos y besó de manera casta mi boca, haciendo que todo dentro de mí hiciera corto circuito y mi cabeza perdiera el orden o el sentido.

Perdiera su ruta.

Había besado a muchas mujeres antes. Besos reales y que no tenían nada que ver con el roce casto y genuino de Genneva, pero todo eso perdió sentido en ese momento y la odié por ello.

La odié por lograr eclipsar todo de manera tan fácil. Por ser capaz de joderme ahí en medio de la noche y el frío, mientras acercaba su suave, pequeña y sonrojada boca a la mía y me daba la clase de beso tierno que era demasiado inocente para ser real y la clase de beso que yo jamás había dado en mi vida, porque claramente, yo jamás había querido algo suave o dulce, pero ella estaba ahí para ponerme a prueba en todo sentido y para adueñarse de cosas que yo no estaba dispuesto a dar, pero tomó de mí y no pude decirle que “no”.

La odiaba, pero no pude decirle que no y menos cuando ese maldito roce se quedó en mí.

—Tenía que hacerlo —dijo en voz baja, mientras se alejaba un poco y me observaba con aquellos ojos color plata que seguían siendo horribles para mí o eso me obligué a creer—. Quería hacerlo. Hace mucho.

No dije nada, solo la observé y mis ojos descendieron a sus mejillas rojas y estuve a punto de abrir la boca para decir cualquier cosa, literalmente iba a ser un hijo de puta en todo el sentido de la palabra porque ella había sobrepasado los límites. Ella de

nuevo me atacó con su suavidad y si, tenía rabia y quería lastimarla por eso, pero eso no fue lo que hice.

Ni de cerca.

No cuando Genneva tragó saliva y me sostuvo la mirada en silencio, mientras su cuerpo temblaba y yo sentía una tensión intensa, caliente y latente embargarme.

—Tienes fiebre, Genneva —me obligué a decir, pero no pude silenciar u ocultar el hormigueo en mis labios.

—¿Estás molesto conmigo? —me preguntó y se quedó muy cerca de mí.

—Sí.

—¿Por qué te besé? —preguntó y ladeó un poco la cabeza para seguirme observando.

No respondí, solo llevé mis dedos alrededor de sus muñecas para alejarla sus manos de mi rostro y tuve que apretar los dientes con más fuerza cuando el tacto alrededor de ella se volvió insoportable.

—Odio cuando me ignoras —susurró.

—Bueno, yo odio cuando hablas demás —fue mi respuesta—. ¿Dónde quedó la Genneva callada?

Se encogió de hombros.

—Me gusta hablar contigo, Kaydan —admitió—. Hablar contigo es fácil y quizás por eso eres mi mejor amigo.

La miré mal.

—Los amigos no se besan en la boca —le dije—. Y volviendo a lo de antes, iremos al hospital.

Ella me observó y negó, cruzándose de brazos como si fuese una niña pequeña.

—¿No?

—No iré al médico, odio eso —admitió—. Y, ¿cómo sabes que los amigos no se besan? ¿Has tenido muchos amigos?

No respondí, ella realmente tenía una fiebre muy alta y no comenzaría a debatir aquel tema.

—Vamos, Genneva —intenté poderme de pie—. Necesitas revisión.

Me puse de pie y le estiré una mano tratando de fingir estoicismo, pero no había ni una mierda de eso en mí.

—Si estás molesto —me miró desde abajo—. Estás enojado porque te besé.

No, no estaba molesto porque me “besó”. Estaba irritado porque el roce de labios que me había dado no era realmente un “beso” y algo dentro de mí. Algo que no podía controlar, sintió la necesidad de enseñarle lo que era realmente un beso.

—Pues sí —mentí—. Ya te dije, los amigos no se besan, Genneva.

No dijo nada, solo se quedó ahí sentada y tuve dos impulsos, pero solo uno fue el que ganó.

—No se besan al menos que sepas hacerlo bien.

—¿Crees que beso mal?

No respondí, no le diría nada y mucho menos me rebajaría a hacerle saber que ese roce de labios suyos había sido suficiente para joderme la existencia entera. No le daría esa ventaja sobre mí, pero tampoco me quedé quieto. No cuando aún me quede de pie frente a ella, llevé mi mano a su barbilla y la hice levantarse aún más sobre sus rodillas, haciendo que quedara más cerca de mí.

—¿Por qué me besaste, Genneva? —le pregunté y no pasé por alto que se estremeció.

—Quería hacerlo.

—Querías hacerlo —repetí.

Ella ya estaba totalmente sonrojada por la fiebre, pero estaba seguro de que, si no fuese el caso, ya estaría sonrojada.

—Yo... —Genneva suspiró—. Jamás había dado un beso por iniciativa propia. ¿Acaso no podía dárselo a mi amigo?

Apreté los dientes ante sus palabras y no pasé por alto eso de que era la primera vez que daba un beso por iniciativa propia y deseé asesinar a alguien, pero lo único que dije fue:

—Eso no fue un beso, Genneva. Ni de cerca.

No respondió.

—Pero, en medio de lo nefasto que dices ser, también puedo ser muy bueno como mejor amigo y, por eso, te lo voy a dar.

—¿Qué cosa?

—Un beso de mejores amigos. Un beso de verdad.

Antes de que ella pudiera responder y yo lograra pensar y recordarme lo que era la prudencia y lo que debía de hacer o no... Bajé mi boca a ella y la besé.

La besé realmente y me odié por ello, pero no me detuve, ni el infierno podría haberme detenido en ese momento.

Genneva se estremeció con fuerza cuando mis labios se presionaron con fuerza contra los suyos y la tenté para abrir la boca, recibirme y permitirme que le demostrara lo que era un real beso y lo hizo. Ella soltó un sonido bajo y de manera inmediata obedeció a mi tentativa presión, mientras mi otra mano libre iba a su bonito y largo cabello, y me permitía acercarla más a mí, mientras mi boca la probaba, la marcaba o más bien la devoraba.

La besé con real intención y ella trató de seguirme el ritmo de manera casi torpe, pero tan necesitada, que el que terminó marcado fui yo y sí.

La odiaba.

La odiaba tanto que seguí besándola hasta que la sentí estremecerse y jadear, y tuve que obligarme a retirarme, mientras su sabor, aroma y sensación se quedaron en mí.

—Eso sí es un beso, Genneva —le dije y pese a que mi voz sonó fría, estaba ardiendo por dentro—. Ahora sí puedes decir que nos dimos un beso de mejores amigos.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar, era como si no pudiera decir nada o procesar lo que había sucedido y fue ahí cuando yo también caí en la realidad.

Acababa de besar a Genneva.

Acababa de besar a la mujer que debí asesinar y a la misma mujer de la cual el bastardo de mi primo estaba obsesionado.

La besé porque ella me dio una casta caricia que llamó “beso”, pero, después de que yo realmente la besé y le demostré lo que era que nos besáramos, viéndola a los ojos, sin más, lo supe de manera molesta.

No había marcha atrás y hacía mucho tiempo ya sabía eso, pero tuve que aceptarlo para mí mismo.

**

—¿Por qué no puedes llamar al doctor Caigen? —me preguntó Genneva por quinta vez y apreté el puente de mi nariz, tratando de no perder la paciencia—. Él podría ayudarme.

—No.

—¿Por qué me miró? —me preguntó, mientras seguía de pie en la puerta del baño.

—Sí.

—Me sentí horrible.

Lo sabía y por eso lo maté. Por eso su cuerpo se estaba pudriendo debajo de nosotros y jamás volvería a posar sus asquerosos ojos en ella.

—No volverá a pasar —fue lo que dije—. Ahora, necesitamos ir al médico, Genneva. En serio.

Negó.

—Ya me siento mejor, solo voy a bañarme —respondió—. Una ducha para la fiebre y todo estará bien.

Dos horas atrás, después de que salí de la bruma de besarla y ponernos a ambos a un nivel más complejo, intenté arrastrarla conmigo al hospital, pero evidentemente fue en vano porque ella alegó y peleó contra mí.

—Vas a tomar esa ducha y después volveremos a medir la temperatura —le dije—. Si descubro que no ha mermado ni un poco, nos iremos.

No respondió.

—Te llevaré a rastras si debo hacerlo.

Genneva me dio la espalda y terminó de caminar hacia el interior del baño y yo maldije en alemán, mientras pasaba una mano por mi rostro y sentía el cansancio envolverme.

No sabía cómo había terminado envuelto en tanta mierda, pero ya no podía escapar, no podía hacerlo y no lo haría.

Escuché como el agua de la ducha se abrió y me volví a sentar en la silla del escritorio, mientras apretaba mi frente y me decía a mí mismo que debía acabar con todo lo antes posible y volver a Inglaterra.

Mis ojos se movieron por varias carpetas que cargué en uno de los computadores y comencé a revisar las últimas misiones destinadas en Vértize, mientras mi cabeza me martirizaba y me recordaba una y otra vez como fue ser besado castamente por ella y como fue besarla realmente por mí.

Intenté concentrarme, pero la sensación de mis labios contra los suyos y su sabor en sí, hicieron cosas perversas en mi ser y quise arrancarme el recuerdo y la sensación de la boca, pero me fue imposible.

¿Por qué mierda ella me había besado? ¿Su intención era joderme? ¿Eso era lo que quería?

Con bastante irritación, no pude evitar pensar que quizás este siempre había sido su plan. Esta era su intención. Quería acercarse a mí, meterse bajo mi piel con aquellos actos y después manipularme.

Eso era lo que estaba haciendo y había sido totalmente un imbecil al dejarla ir lejos, pero peor aún, era un bastardo por devolverle el beso de aquella manera y atarme a mí mismo a esto y al desastre que era.

—Maldita sea —espeté, mientras seguía poniéndome al día y, estaba tan nublado con todo lo que estaba sintiendo en ese instante, que me sentí el doble de molesto cuando entré a mi correo personal y lo encontré lleno de correos de otra persona.

De ella.

Ni siquiera abrí los correos de ella, ya sabía que podrían decir todos estos y me tenían sin cuidado. Llevaba más de un año sin verla y no me interesaba que podían decir sus mensajes y, de hecho, nunca me importó ni lo más mínimo ella en general.

¿Quién le hacía creer que podía seguir escribiendo y exigiendo que nos viéramos?

Cerré la cuenta sin tomarme el tiempo de leer ni uno solo de sus mensajes y volví a centrarme en los asuntos de la organización, justo cuando me percaté del hecho de que la ducha ya no sonaba y Genneva tampoco había salido del baño.

Fruncí el ceño.

Me puse de pie y caminé hacia este, antes de llamar a la puerta, pero no hubo respuesta.

—¿Genneva?

No respondió.

—¿Qué está mal?

Ella tampoco habló y eso fue suficiente para mí. Siempre era muy cuidadoso cuando se trataba de sobrepasar los límites de ella, pero tampoco era como si me fuese a quedar ahí de brazos cruzados y, por eso mismo, sin más, abrí la puerta, dándome igual si podía verla totalmente desnuda y por suerte no fue así, pero la encontré sentada en la tapa del inodoro, cubierta con mi bata, mirando sus manos en silencio.

Fruncí el ceño.

—Genneva.

Levantó los ojos hacia mí y negó en silencio, mientras yo me acercaba a ella y llevaba mi mano a su barbilla para levantar aún más su rostro hacia a mí.

—Creo que me estoy volviendo loca, escuché a Juls de nuevo. Estoy loca. Dijiste que no está aquí.

Se estremeció y supe que eso era todo. Nada de lo que estaba pasando era normal y no seguiría permitiendo que ella postergara esto.

—Iremos al hospital —fue lo que dije—. Ahora mismo.

Ella pareció querer pelear conmigo, pero sin darle tiempo a eso, me incliné un poco y pasando mi brazo por debajo de sus piernas y sosteniendo con la otra su cintura, la levanté contra mi cuerpo y la mantuve con cuidado.

—Odio los médicos —rodeó con sus brazos mi cuello y su cabello mojado me hizo cosquillas en la barbilla.

—Bien, pues yo odio verte enferma y teniendo en cuenta quien manda aquí. Nos quedaremos con que mi odio es más importante.

Ella dijo algo más, pero no le presté atención. Tomé mi billetera, mi teléfono, las llaves del auto y sin soltarla jamás, salí del pequeño lugar y comencé a bajar las escaleras con ella.

Maldije cuando pasamos cerca del cuerpo del doctor al final de todas las escaleras y Genneva lo vio.

—¿Ese...? ¿Ese es el doctor? —preguntó, temblando contra mí debido a la fiebre.

—¿Cuál doctor? —fue mi respuesta, cuando puse el código de seguridad en la puerta de abajo y logré salir a la oscura calle—. Estás alucinando.

La rubia soltó un suave gemido de angustia, mientras se aferraba con más fuerza a mí y enterraba su cara en mi hombro.

—Alucinando —repitió—. Estoy viendo muertos.

No dije nada, continué llevándola hacia el auto y cuando abrí la puerta y la senté con cuidado en la silla del copiloto, susurró:

—¿Eso también me lo imaginé?

—¿Qué cosa? —le puse el cinturón.

Guardó silencio y luego me miró de nuevo.

—¿Quién es Susan? —deseó saber—. ¿Por qué la llamaste hace rato?

Su pregunta me dejó estático por unos segundos y mi entrecejo se frunció de nuevo.

—¿Por qué? —insistió.

—¿Desde cuándo debo darte explicaciones de a quien llamo, Genneva?

No respondió, alejó sus ojos de mí y continuó mirando hacia el frente, mientras yo cerraba la puerta, tomaba mi teléfono y buscaba la mejor clínica cercana.

Necesitaba un lugar pequeño, bueno y discreto.

Una vez estuve detrás del volante, comencé a conducir hacia el centro de la ciudad y Genneva no habló mas conmigo, solo cerró los ojos y se abrazó a sí misma en medio de su frío y fiebre, y no pude evitar preguntar:

—¿Ahora se supone que estás molesta?

No respondió.

—Ya veo que sí.

—Los mejores amigos no tienen secretos —fue su respuesta.

—Entonces no somos mejores amigos. Tengo muchos secretos.

Evitó verme y siguió muy molesta. En medio de su fiebre y malestar, se las arregló para ignorarme y no pude creer porque le daba importancia a aquello, pero aún así lo hice y por eso dije:

—Es mi secretaria. Susan trabaja para mí.

Se giró para verme y sus mejillas sonrojadas por la fiebre se veían... Adorables y eso era una lástima, teniendo en cuenta de que era una cosa irritante y molesta.

Aún así, no pude evitar que mis ojos descendieran hacia sus labios y el constante recuerdo de qué horas atrás la había besado y saboreado me golpeó con una fuerza que hizo que mis manos se apretaran en el volante y yo me tuviera que repetir una y otra vez que eso había estado mal y que su sabor no era algo fuera de lo normal.

No era algo con lo que debía obsesionarme.

Pero ya lo estaba. No podía dejar de verla de reojo y tampoco podía olvidar que ella dijo que era el primer hombre al que deseó besar y... ¿Por qué ella era la primera mujer a la cual no podía descifrar y tampoco lograba sacar de mi cabeza? ¿Qué había hecho? ¿Me estaba manipulando?

No pude evitar preguntarme si existía la posibilidad de que alguien la hubiese contratado para meterse bajo mi piel, controlar mi psiquis y joderme, pero si ese era el caso, estaba muy dispuesto a ignorarlo con tal de... Tenerla un rato más para mí.

¿Qué mierda era todo esto...?

Llegamos a una pequeña clínica que encontré y tuve que pagar una gran suma de dinero para evitar que me pidieran la identificación de Genneva, mientras rápidamente ella era llevada a revisión para ver qué estaba pasando y así comenzar algún protocolo.

—¿Vendrás conmigo? —me preguntó en voz baja, cuando el doctor le dijo al enfermero que la llevara a su consultorio.

—No es necesaria la compañía —comenzó a decir el enfermero—. Es adulta, puede entrar sola o...

Genneva se desinfló.

—O cierras la boca, o te corto la lengua —le dije en voz baja y después me centré en la rubia—. Y estás muy mayorcita para tenerle miedo al doctor, Genneva —solté, pero aún así la seguí de cerca y entré con ella a su revisión.

Lo hice porque, de primera mano, era yo quien debía de saber que estaba pasando. Era mi asunto.

Como antes, los exámenes solo salieron levemente alterados por la fuerte fiebre que tenía, la cual parecía ser por la gripe, pero no encontraban nada realmente comprometedor y tampoco se lograba saber porque era que estaba tan indispuesta.

El doctor sugirió dejarla hospitalizada el resto de la madrugada y la mañana para ver cómo se desarrollaba y, asimismo, hacerle más exámenes unas horas después para seguir el análisis, pero había una alerta dentro de mi cabeza que me repetía una y otra vez que lo que ella tenía no era normal.

No lo era y comencé a sentirme hastiado y preocupado. Demasiado y eso también me irritó.

—Estarás mejor —mi voz sonó fría cuando me apoyé contra la pared de la habitación premium que le dieron a ella—. El medicamento hará efecto.

Ella tenía una bata nueva y estaba sentada en la cama que le dieron con una sonda pasándole líquido por las venas.

Continuaba teniendo la fiebre alta, pero al menos ya no temblaba tanto.

—Tengo sueño —susurró y se veía tan pequeña y perfecta en medio de lo desaliñado, que no pude dejar de verla.

—Pues duerme, Genneva.

Miró sus manos y luego me miró de nuevo a mí.

—No vas a irte, ¿verdad?

Pensé en decir algo irónico. Algo como que, lastimosamente, la tenía pegada a mí como una lapa, pero no se lo tomaría bien y por ello solo respondí:

—No.

Pero ella no se vio tan segura.

—Solo duérmete ya.

Necesitaba que Genneva descansara y yo requería descansar de ella. Necesitaba tener un momento para procesar lo que había pasado y el hecho de que la probé y... Solo necesitaba un momento.

Pensé que había safo fácil el asunto cuando finalmente ella se acostó en la cama y comenzó a cerrar los ojos, pero era Genneva y jamás dejaba nada demasiado fácil. Ya que comenzó a removerse inquieta y a abrir los ojos de vez en cuando para asegurarse de qué yo continuara ahí y eso acabó totalmente con mi paciencia.

Con mi paciencia y mi cordura y, por eso mismo, caminé hacia la cama, me senté en el espacio que había en esta y gruñí:

—Ya te dije que no me iré, ahora duérmete.

Me miró con aquellos ojos únicos que tenía.

—Bien, acuéstate —ordenó, como si la infeliz pudiera ordenarme algo—. Acuéstate conmigo.

Me tensé ante sus palabras, mientras ella se hacía a un lado y me dejaba más espacio para que me acostara a su lado. Negué, no iba a hacer tal cosa y no me interesaba seguir siendo amable, pero su mirada en mí me nubló de nuevo y siendo un total imbecil de mierda, lo hice.

Le obedecí y ahora sí estaba más seguro que nunca de qué ella me manipulaba.

Me acosté a su lado y miré hacia el techo, negándome a moverme, pero ella se hizo de lado y me observó.

—Susan es tu secretaria —dijo en voz baja.

—Eso dije.

—Está bien, te creo.

La miré y fruncí el ceño.

—¿Y por qué no me creerías?

—Los hombres siempre mienten.

No respondí ante eso, de repente, fui muy consciente de lo cerca que estábamos y estaba seguro de qué la tensión iba a romper mi cuerpo en dos.

Se hizo el silencio por varios minutos y pensé que ella ahora sí se iba a dormir, pero no fue así, solo se irguió un poco con sus codos, ganando nivel sobre mí y mirándome, dijo: —Creo que ya aprendí a hacerlo.

—¿El que?

—A hacerlo bien.

Iba a preguntarle de qué estaba hablando, pero mi sangre se convirtió en lava pura cuando la condenada se acercó más a mí, me observó con intención y bajó su boca.

Bajó su boca para besarme y aquella vez, cuando nuestros labios se rozaron y yo me debatí entre hacer lo bueno o seguir por lo malo, ella no se quedó simplemente con el roce, sino que fue más allá. Abrió su boca contra la mía y me besó como yo la besé a ella horas atrás.

No fue un beso casto. Genneva me probó y quise moverme, deseé alejarla, pero su boca era una tentativa demasiado fuerte para mí y cuando yo también separé mis labios. Ella profundizó el beso, su lengua tocó la mía y su sabor se volvió en algo que solo me pertenecía a mí y quería más, en ese momento anhelé muchísimo más y... Creí que nada podía joderme más allá de aquello que estaba sucediendo ahí, hasta que...

Amaneció del todo y me desperté al escuchar un jadeo por parte de ella, mientras se removía y se sentaba deprisa, mirándome de manera extrañaba y decía:

—Pero... ¿Qué haces en la misma cama que yo?

Me puse de pie ágilmente, mientras me alejaba de la cama y la miraba a los ojos, pero antes de que yo lograra decir algo, ella se adelantó y confundida, habló.

—Estoy algo perdida, ¿qué hacemos aquí? —ladeó la cabeza—. Yo... ¿Qué pasó ayer, Kaydan? ¿Me enfermé mucho?

Sus palabras fueron como una bofetada para mí, pero justo cuando estaba a punto de decir algo -no sabía que-, mi teléfono sonó con un mensaje.

“¿Tu perra está enferma? Descuida, puede que yo tenga la cura. ¿Quieres que sobreviva al Bexcob en su sangre? Veamos cuánto estás dispuesto a pagar por ella”. —Gidez.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 27.

27

Kaydan.

Ellos la habían envenenado.

No tenía ni idea de cual había sido la mierda que aplicaron en la sangre de ella, pero tuvo que ser más que evidente para mí que algo malo había sucedido antes.

Algo lo suficientemente malo para que ella hubiese salido de ahí sin aparentemente ningún rasguño, pero con un veneno indetectable dentro de su sangre, el cual le causaba una hemorragia leve, pero constante, para evitar ser advertido por estudios y demás.

Ella no tenía gripe, tenía alguna mierda que la estaba enfermando más y más, a tal nivel de hacerla sangrar y perder defensas.

Ella estaba envenenada y era cuestión de horas para que el daño del veneno fuese irreversible y ya no hubiese nada más que hacer.

Mi idea principal fue hablar con los médicos y tratar el tema del veneno, pero antes de que comenzáramos con algún procedimiento que pudiera erradicar lo tóxico en ella, recibí otro maldito mensaje por parte de Gidez, el cual me dejó bastante claro que tratar de contrarrestar el veneno de manera equivocada podía hacer que los efectos secundarios fuesen más fuertes y la muerte llegara antes de tiempo.

—Voy a destriparte con mis propias manos —fue lo que le dije, cuando lo llamé y contestó—. Voy a arrancarte dedo por dedo y después las manos.

Su risa había llegado a través del teléfono.

—Puede, pero, antes de eso, la verás morir ahogada con su propia sangre —mi cuerpo había estado tenso a más no dar—. La verás agonizar y quedarse tan, pero tan quieta, que escucharás el momento exacto cuando su corazón se detenga para siempre.

La destrucción había entrado a mi cabeza y ya no se había querido ir. La necesidad por joder todo había sido tan grande, que tuve que apretar mis manos en puños para lograr controlarme y casi fue imposible.

Estaba furioso. Realmente molesto.

—Pero, no quiero que ella muera tampoco —me dijo él—. A cambio, puede que logre hacerte entrar en razón y, por medio de eso mismo, consiga recordarte quien manda aquí.

—Vete a la mierda.

—Lláname cuando quieras escuchar mi primera orden.

El bastardo me colgó la llamada y apreté el puente de mi nariz con fuerza, resistiendo el impulso de tirar el teléfono a la mierda y acabar con todo aquello.

Estaba harto de los nigerianos y, de hecho, estaba bastante convencido que mi ira solo mermaría si los buscaba a cada uno de ellos y les ponía una maldita bala en la cabeza.

Necesitaba hacer eso, pero no podía hacerlo en ese momento.

No cuando ella estaba tan enferma y tenía el tiempo contado. No cuando mi cabeza estaba trabajando a mil por hora y no sabía por dónde comenzar sin arruinarlo todo y ponerla en más peligro.

—Déjala que se joda —me gritó mi mente furiosa—. No más con ella. No más con esta mujer.

Pasé de nuevo una mano por mi rostro y traté de ubicarme. Traté de encontrar una alternativa o algo por el estilo, pero si lo del veneno era real -cosa que si creía-, no podía ser irresponsable alrededor de ella.

No podía permitir que le sucediera nada. Le había dado mi palabra de que la protegería y Geneva no podía terminar así.

—Estamos sacándole más exámenes para tratar de ver si es real lo del veneno, pero, por ahora, aparte del descenso de los glóbulos blancos y la constante fiebre, no encontramos ningún patógeno extraño circulando dentro de ella.

—Es un veneno silencioso —fue mi respuesta—. Pero ahí está.

El doctor volvió a revisar sus exámenes y negó.

—Hablaré con la junta directiva y veremos si podemos hacer algo o si es recomendable llevarla a otro estado o...

—Ella se queda aquí —fue todo lo que dije—. Aquí la ayudan y punto.

Él pareció querer decir algo más, pero le lancé esa clase de mirada fría que solía darle a mis hombres cuando se atrevían a siquiera pensar que podían llevarme la contraria y eso fue suficiente para callarlo de una vez por todas.

No era como si no se me hubiese pasado por la cabeza la idea de tomarla a ella y a su horrible gato y llevarlos conmigo de regreso a Inglaterra en donde tenía a los mejores médicos y cirujanos, pero el veneno en su sangre estaba circulando de manera paulatina y si llegaba a subirla a un avión o algo por el estilo, solo haría que el proceso de bombeo de su corazón fuese más rápido, llevando y trayendo el veneno por todo su torrente y eso acortaría el tiempo de vida que le quedaba.

No iba a arriesgarla de esa manera.

—Averiguaré que veneno es, mientras, ella debe de continuar con vida —fue lo único que dije—. No me importa que deban de hacer, pero lo harán.

—Señor...

—Si ella sale sana y salva de aquí, les daré tanto dinero a todos que jamás tendrán que volver a pensar en algo tan banal e insignificante como trabajar. Pero, por otra parte, si yo salgo de aquí con ella sin vida, ustedes van a desear que yo jamás hubiese puesto mis ojos en sus personas. ¿Comprende?

Asintió de mala gana, pero lo hizo.

—Haremos todo lo posible.

—Hasta lo imposible harán.

Le di la espalda para volver a la habitación de Genneva, en donde ella estaba sola y antes de hacerlo, le envié un mensaje a Krepto dejándole saber que necesitaba que reuniera al círculo PARKIAL y me llamaran más tarde, porque esto ya se había vuelto muy personal y una vez lograra poner a la rubia sansa y salva, esos nigerianos de mierda iban a saber porque me llamaban el Barón del mundo bajo.

Porque era el líder de Vértize.

Vértize era una asociación de asesinos a sueldo y hackers que estaba distribuida mayormente por toda Europa. Dentro de la asociación había una jerarquía muy establecida por el paso de los años y que comenzó con mi tío Christian por encima de todo y terminó conmigo ahí, liderando con más fuerza y más ambición.

En la cima de Vértize estaba yo, después le seguía Krepto, siendo mi mano derecha y después de ahí, estaba el resto: El círculo PARKAL -que eran los hombres que llevaban más años conmigo y en los que confiaba, si es que se podía decir que yo confiaba en alguien. De ahí le seguían los maestros, socios versos, ejecutores de pragmas, asesinos élite, asesinos de renombre, círculo beligerante, especialistas y hackers, cazadores, ingresados y snobs.

Vértize era todo un mundo de mafia, muerte y asesinatos que se envolvía como un reino duro y arcaico que no tenía fin y era lo suficientemente grande y temido como para hacerme tan poderoso que podía manejar todo a mi alrededor, pero en ese momento, al menos por aquel instante, nada de ese poder me servía porque ni todo el dinero del mundo era suficiente para darme una razón de lo que tenía Genneva y como combatirlo de la manera adecuada.

Estaba jodido.

Estaba jodido porque yo, de manera estúpida e ineficiente, había permitido que me jodieran al dejar al descubierto que tenía alguna clase de fijación por la rubia con la cual podían controlarme.

Todo era culpa del imbecil de Seth Warner's.

Ojalá lo hubiese asesinado a él y a la insípida de su esposa. Habría hecho más cortándole la garganta a ambos y así, sin más, podría decir a extensas que la culpa era totalmente mía por haber conocido a Genneva, pero, en realidad, era culpa de ese imbecil y deseé poder machacarlo.

No estaba soportando a nadie y cuando llegué a la habitación en donde estaba Genneva sentada, mirando su comida en silencio, acepté el hecho de que tampoco la soportaba a ella y en aquel momento, sin más, la detestaba.

Sí, estaba furioso con ella y todo lo que tenía que ver con su persona. No había podido controlar mi carácter desde que se despertó y simplemente me preguntó el porqué estaba acostado a su lado.

Como si ella no me lo hubiese pedido.

—Volviste —dijo cuando me vio entrar y no pasé por alto el hecho de que estaba sonrojada—. ¿Viste a Barío? ¿Está bien?

—Obvio que está bien.

Había pasado parte de la mañana evitándola a ella y en medio de todo eso, le dije que volvía después y aproveché para mover el cuerpo del estúpido doctor de las escaleras, después alimenté y limpié la mierda de Barío y, por último, tomé una ducha y la maldije a ella una y otra vez por haberse olvidado del día anterior.

Me daba igual que hubiese tenido fiebre y hubiese alucinado. Era una maldita infernal, la odiaba y estaba tentado a ser cruel con ella solo por el hecho de que estaba molesto.

Estaba molesto y no porque olvidó los besos, sino porque yo era ahora quien debía vivir con el recuerdo y la carga de ese recuerdo y ella fue la que empezó.

Fue su estúpida idea el besarme y arruinar mis límites aún más.

—No me he sentido muy bien —admitió y no tocó su comida—. ¿El doctor ya sabe que es?

—Aún no.

Me negaba a decirle que tenía veneno en la sangre. Ella no necesitaba preocuparse por aquello porque, en definitiva, yo me haría cargo de todo y estaría bien en poco tiempo.

—Es raro todo —suspiró—. Jamás había tenido una gripe así y mi nariz ha comenzado a sangrar de nuevo.

La miré en silencio sin decir mucho y su mirada plata dio con la mía, mientras ella ponía la bandeja a un lado y con esfuerzo se ponía de pie.

Su largo cabello de invierno cayó sobre su espalda y algunos mechones de éste fueron a su rostro, mientras terminaba de erguirse y caminaba hacia donde estaba yo.

Continué observándola como un halcón, hasta que llegó frente a mí y se detuvo.

—Creo que me voy a morir —se atrevió a decir—. Literalmente.

—No digas estupideces, Genneva.

—Es que me siento mal.

—Eso hace parte de estar enferma, no seas dramática.

Frunció el ceño.

—Hoy estás de peor humor que nunca, ¿por qué? —quiso saber de repente, muy tranquila y sin dejar que mi malhumor la contagiara—. Dormiste a mi lado, debería de ser yo quien esté molesta. Me vulneraste.

Sabía que estaba bromeando, lo supe por la forma como me miró y enarcó una ceja, aún así, esas palabras fueron como una bofetada para mí porque de alguna u otra manera, cuando ella despertó y dejó en claro que no recordaba los besos, ni nada de lo que sucedió. Me sentí de la peor manera posible.

Me reflejé en él.

Me sentí como el bastardo del Darwyn. Como un abusador porque yo sabía que ella tenía fiebre, que estaba indispuesta y, aún así, le seguí el juego y la besé.

La besé, la saboreé, memoricé su sabor y ahora... Ahora ella ya no lo recordaba y yo me sentía como un abusador.

—Estoy molestando, Kaydan —dijo al sentir mi tenso silencio—. Somos amigos, no me importa dormir contigo y...

—Me tienes hartos con el tema de los amigos —exploté finalmente—. No somos niños, Genneva. Ya déjalo, me asfixia y se vuelve repetitivo.

—Auch —dijo, pero no demostró nada—. Si que es un mal día para ti.

—Sí, quizás debas solo quedarte callada.

—Lo haría si me diera la gana.

—Vuelve a la cama y has lo único que debes hacer. Comer.

La orden fue clara y sabía que debía obedecerla, aún así, no lo hizo. Por las malas ella jamás cooperaba y por eso mismo, solo retiró el cabello ondulado de su rostro con pausa y murmuró: —Mejor iré al baño. Gracias.

La vi caminar lentamente hacia el baño y tuve que morderme la lengua para evitar decir algo más, mientras mis ojos la seguían y sentía otra vez el impulso de confrontarla y obligarla a recordar los besos y, más allá de eso, sentí la necesidad de que ella me dijera qué no era como Darwyn.

Que no me había pasado de listo, porque yo jamás desearía hacer algo así.

Pero ¿lo hice...?

Genneva no pudo decirme nada de eso porque no recordaba con precisión lo sucedido y yo tampoco dije nada en voz alta. En pocas palabras, ese casto beso que ella me dio quedó solo en mi cabeza y retumbó igual de fuerte al último beso que me dio antes de dormirse.

Un beso que me tenía jodido porque su sabor seguía en mí incluso muchas horas después y por más que deseé arrepentirme de lo que hice, la parte nefasta dentro de mí no pudo olvidar o eclipsar lo que se sintió y sí...

Tal vez si era un hijo de puta cómo Darwyn y ella no tardaría en descubrirlo.

**

Genneva tenía un fuerte dolor de cabeza y tuvo que ser dormida para que el dolor desapareciera y ella dejara de temblar y casi sollozar.

Seguía irritado, pero verla así me puso al límite y pese a que no sabía el actuar del veneno y cuánto tiempo le quedaba a ella antes de qué esté continuara haciéndole más y más daño, de alguna u otra manera sabía que el final se estaba acercando.

Lo sentí realmente y por eso mismo, dejando a un lado totalmente mi carácter e incluso mi ego, tomé mi teléfono y llamé al bastardo de Gedez.

Lo llamé porque sentí que la solución se estaba evaporando de mis manos y no podía permitir.

—Pensé que sería yo quien te llamaría a ti —el hijo de puta esperó hasta el último tono para responder y yo apreté los dientes enfurecidos—. ¿Estás algo desesperado?

—¿Qué es lo que quieres? —fui directo al asunto.

No estaba acostumbrado a sentirme rebasado emocionalmente y por eso mismo, me era tan difícil acostumbrarme a toda la mierda emocional que estaba floreciendo dentro de mí y que no quería, porque la mayoría de las sensaciones eran violentas y desconocidas.

—¿Qué es lo que quiero? —repitió y se rio—. No lo sé, ¿qué tal si le devuelves la vida a mi hermano?

—Habla o voy a mandarte a la mierda.

—Cuelga —me retó—. Hazlo y ten por seguro de que será la última vez que escuches mi voz y, por ende, la última oportunidad que tendrás de tener a esa puta viva; porque puedes mandar a buscar el antídoto por donde quieras o incluso averiguar qué tipo de veneno es, pero será demasiado tarde para ella y solo tendrás sangre en el piso como respuesta.

No colgué.

Quería hacerlo y mi orgullo me gritaba que lo enviara a la mierda, pero no lo hice.

—¿Qué es lo que quieres? —repetí.

—Un muerto —dijo como si nada—. Mataste a mi hermano, entonces, ahora, yo también quiero que veas morir a uno de los tuyos.

No me tomé a la ligera sus palabras, solo esperé en silencio.

—Ella tiene menos de veinticuatro horas a menos de que se le aplique una dosis de algo en especial que atrasará los efectos del veneno —informó—. Te diré que debes aplicarle, pero, primero, quiero un muerto.

—¿A quién quieres? —pregunté.

Guardó silencio por un instante, como si se estuviera regocijando con lo que estaba a punto de decirme.

—Tu mano derecha, el hombre que jamás te ha traicionado —me quedé estático—. Quiero que asesines a Krepto por ella o que la dejes morir a ella por Krepto. Como sea, no importa, solo quiero un cadáver. Al menos por hora.

No respondí, no dije nada, lo único que escuché fue un pitido tenso en mis oídos.

—Tienes menos de veinticuatro horas. Ya veremos a quien escoges. A tu coño nuevo o a tu hombre leal desde hace tantos años.

No había manera de que asesinara a Krepto.

—Pon un precio —dije—. Lo pagaré.

—Krepto o ella —repitió—. Y si escoges a Krepto, quiero que lo mates tu mismo, con tus propias manos y cuidado con fingirme una muerte, Kaydan. Si lo descubro, desapareceré y ella morirá.

Antes de qué pudiera decir algo más, el bastardo hijo de perra colgó la llamada y me dejó con la noticia latente en el aire, mientras mis ojos se dirigían hacia Genneva la cual seguía sedada y negué.

Negué porque la respuesta era no.

Yo no estaba dispuesto a arriesgar mi imperio y hombres leales como Krepto, por una mujer que acababa de conocer hacía menos de dos meses, ¿verdad?

—No lo harás, Kaydan —me advertí, sin dejar de verla a ella. Sin poder dejar de analizar su rostro perfecto y sacado de cuentos—. Te sirve más él que ella, no lo harás. No eres Christian. No eres como él, no joderás todo por una mujer.

Mi teléfono sonó en ese momento y cuando bajé la mirada, descubrí que era un mensaje de Krepto.

“Ya todo está organizado como me ordenó y los del PARKIAL están conmigo. Estamos esperando sus órdenes. Listos para actuar”.

Leí el mensaje de nuevo y negando, me repetí una vez más una sola cosa:

Yo no terminaría como Christian Von Sclaén.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 28.

28

Genneva.

Me sentía mal y no podía dejar de pensar en ello, pero tampoco podía sacar de mi mente el recuerdo del sueño recurrente que llegaba a mí, mientras la fiebre me devoraba y la indisposición también.

Tenía que centrarme en lo que me dolía y ardía, pero solo podía realmente enfrascarme en el hecho de que había soñado besándome con él.

Soñé que besé a Kaydan y después él me correspondió el beso a mí.

Mi corazón se aceleró ante ese pensamiento o más bien sueño, mientras había hecho todo lo posible por parecer casual y serena ante él, pero de alguna u otra forma me era casi imposible. Más cuando el sueño se sentía tan, pero tan vivido, que estaba segura de que en aquel había sentido la manera como mi corazón casi explotó dentro de mi pecho por su caricia, mientras mi piel ardía ante su cercanía y la manera como me besó.

Como me poseyó.

Había sido un sueño, pero ni siquiera era posible que en sueños continuara peleando alrededor de lo que él me hacía sentir o más bien lo que él creaba en mí y no sabía cómo enfrentarlo.

No sabía cómo decirlo -estaba segura de que jamás lo diría en voz alta-, porque pese a que nunca había sentido algo así de manera personal o autónoma, algo dentro de mí me advirtió de que no sería mutuo y me negaba a pasar por esa vergüenza.

No iba a hacerlo.

Kaydan había estado muy molesto y distante desde que desperté. Hice alguna clase de broma sobre sentirme vulnerada por tenerlo dormido a mi lado y eso lo hizo explotar, pero pese a que intenté buscar el momento adecuado para limar las asperezas y decirle que agradecía su apoyo y compañía, fue casi imposible porque había un gran muro de cemento alrededor de él y aquel era impenetrable.

Sentí a Kaydan muy lejos.

Cada que lo veía sentía mis mejillas arder ante el sueño del beso y lo que creaba dentro de mí, pero, por suerte, debido a mi fiebre, aquello no levantó sospechas y él no hizo ninguna pregunta. Aún así, tampoco fue como si pudiéramos hablar mucho y por eso solo me quedé en silencio.

Me quedé callada mientras mi mente me obligaba a recordar una y otra vez el sueño tan vivido y la manera como se sintió un beso para mí después de tantos años y tantas cosas.

Comenzó a oscurecer temprano debido a la fuerte lluvia y traté de descansar un poco cuando me pusieron medicamento para la fiebre, pero justo cuando estaba cerrando los ojos, la puerta de la habitación se abrió y apareció Kaydan con su alto y duro porte, mientras su rostro no revelaba absolutamente nada.

—Vamos, Genneva —fue lo único que dijo con aquel tono de voz gélido.

Me senté de nuevo lentamente, ignorando mi dolor, mientras lo observaba totalmente confundida.

—¿A dónde? —pregunté—. Me siento todavía mal y...

—Vamos al apartamento, aquí no te van a ayudar.

Abrí la boca para decir algo más, pero él estaba tan seguro de que decidí que lo mejor era no llevarle la contraria, sin importar demasiado el hecho de qué horas atrás había sido grosero y brusco conmigo.

—Está bien —fue todo lo que dije.

Se veía tenso, tanto, que estaba preocupada de que en algún momento pudiera romperse ahí mismo.

—Ahí traje alguna ropa para ti —señaló uno de los sofás de la habitación—. Escoge lo que necesites y te espero afuera.

Siendo sincera, me sentía sumamente débil y pensar en ponerme de pie y vestirme sonaba como algo demasiado extenso y difícil para mí, pero tampoco iba a decírselo a él.

Sin embargo, no tuve que decírselo, él era lo suficientemente inteligente y probablemente en mi rostro leyó la frustración y dolor, ya que de manera consciente dijo:

—¿Necesitas ayuda con algo? —tomó la bolsa y la dejó sobre la cama.

—Estaré bien —evité mirar esos extraños y atrayentes ojos de dos colores, mientras sentía el rubor volver a mis mejillas y hacía todo lo posible por evitar ver su boca y preguntarme si en realidad besaba tan bien como lo había hecho en mi sueño.

—¿Deseas que llame a la enfermera para que te ayude a vestir?

—Ya te dije que estoy bien.

Él asintió de manera brusca, mientras salía de la habitación y cerraba la puerta detrás de sí. Sin embargo, el nefasto era incapaz de aceptar palabras mías o siquiera darme tregua, ya que un minuto después llegó una enfermera la cual se ofreció a ayudarme a vestir y tuve que aceptar porque no podía conmigo misma.

Quince minutos después, salí de la habitación y en el transcurso tuve que limpiar mi nariz un par de veces porque ésta había empezado a sangrar de manera abundante. Cuando Kaydan fue consciente de eso, apretó los dientes y no dijo nada, pero por la tensión en su cuerpo era bastante claro que algo estaba muy mal.

Yo iba a morir. Iba a hacerlo.

Ese pensamiento debió asustarme o algo por el estilo, pero no fue así. Si era cierto que me sentía como la mierda y si fuese por mi persona daría o pagaría todo lo posible para que aquella sensación desapareciera de mi cuerpo, pero si era real eso de qué eventualmente moriría y algo finalmente me alejaría de este plano real, no tenía miedo y tampoco iba a huir.

Iba a aceptarlo.

Vi al rubio hablar un poco más con los doctores y en el rostro de ellos vi un poco de miedo, antes de qué él volviera a mi lado y después caminara paciente conmigo hacia el exterior y finalmente me subiera en la furgoneta.

De camino a su apartamento no hablamos absolutamente nada. Más bien él habló por teléfono con varias personas y les pidió a unas cuantas venir a Estados Unidos, mientras daba más órdenes y decía que deseaba sus doctores de siempre aquí y un toxicólogo.

No dije nada, solo apoyé mi cabeza contra la fría ventana y vi las gotas de lluvia caer, mientras procesaba todo y poco a poco lo entendía o eso creía.

Kaydan si yo adelante con su silencio y yo no lo presioné a hablar conmigo. Sentí todo lo que emanaba su persona y quería dejarlo tranquilo, aún así, no pude evitar pensar que era una lástima el cómo yo había llegado a su vida para hacerla tan caótica y pesada.

Cómo me había vuelto una carga para él esa noche que me metí en su carro sin su permiso.

Jodí todo.

—Cuidado al subir las escaleras —me dijo una vez llegamos a nuestro destino—. Iré detrás de ti.

Asentí y comencé a subir por las escaleras oscuras hacia la cima de su apartamento secreto, mientras me seguía de cerca y esperaba paciente a que yo diera cada paso. En algún instante, me tropecé y de manera inmediata, la mano de él fue a mi espalda baja y me sostuvo de ahí, recordándome que debía de ser cuidadosa y pese a que asentí y sabía que debía de hacer aquello, lo que realmente estaba haciendo era pensar en la manera como su grande y firme mano estaba apoyada sobre mi piel, por encima de la camisa y como el tacto me quemaba.

Como me sacaba de mis casillas.

Me estaba volviendo loca.

Realmente necesitaba dejar de pensar en cosas innecesarias y sobre todo con él, porque ambos estábamos en ligas muy diferentes y él jamás se rebajaría a estar con una mujer como yo y era mejor así. Ya sabía yo que este tipo de cosas no eran mis favoritas y ni siquiera sabía porque lo estaba pensando.

—Pedí comida para los tres y no tarda en llegar —me dijo el rubio cuando llegamos al bonito departamento y la luz cálida nos recibió—. Estaré abajo esperando el domicilio. Ve a la cama.

Él no me dio tiempo para decir nada más. Se aseguró de qué yo llegara de manera segura hacia la cama y sin darme una sola mirada más, sólo se giró, abrió la puerta, la cerró y volvió a descender.

Me quedé ahí sentada en la cama mirando la puerta en silencio por unos segundos, justo cuando por el rabillo del ojo vi que una sombra oscura saltó y se subió a la cama muy cerca de mí y girándome para ver, me encontré con Barío y no pude evitar sonreír.

—Aquí estás —le dije suavemente, mientras estiraba la mano y tocaba su cabeza—. Te extrañé mucho, ¿el nefasto te trató bien?

Barío maulló y yo sonreí más, mientras me inclinaba un poco para besar su peluda cabeza y no pasaba por alto el hecho de qué en la esquina lejana del lugar, en la columna del baño, había una pequeña tina azul con tierra para gato y en el otro extremo, había dos recipientes negros. Uno con comida y el otro con agua.

Él había conseguido cosas para el gato que decía odiar y eso no era todo. Incluso le compró un pequeño ratón de juguete, el cual tomé y se lo mostré al gruñón gato negro, pero éste lo ignoró.

—Ya veo que te han tratado muy bien —susurré—. Hasta un juguete tienes.

Me ignoró de nuevo.

—Necesitas ser bueno con Kaydan —rasqué su cabeza—. Es un gruñón, odioso, frío, un poquito mala persona, a veces, pero te cuidó, ¿bien?

Barío no parecía estar muy de acuerdo y fue casi gracioso el hecho de qué ambos fueran ariscos y parecieran no soportarse mutuamente.

Continué ahí acariciándolo en silencio y tratando de ignorar mis náuseas, mientras la lluvia afuera se hacía más y más fuerte y los minutos seguían transcurriendo y Kaydan nada que volvía.

En ese momento, tuve una arcada y yendo al baño deprisa, alcancé a abrir la tapa del inodoro y comencé a vomitar algo oscuro que amenazó con asfixiarme y enfermarme aún más, y una vez me detuve, vi con bastante horror que aquello era sangre.

Sangre que parecía casi negra.

—Mierda —susurré, vaciando el baño, mientras iba a lavar mi boca y usaba enjuague vocal—. ¿Qué es esto?

Me miré en el espejo y me veía incluso peor que antes. Las ojeras contra mi piel pálida parecían casi azules y había adelgazado tanto que me veía un poco calaverica y abandonada. Traté de aplanar mi cabello y darles algún orden a mis ondas, pero fue imposible y una vez me aseguré de qué las náuseas se habían detenido, salí del baño y noté que Kaydan seguía sin volver.

¿A dónde había ido?

Caminé hacia la puerta del lugar y la abrí suavemente reflejando un poco de la oscuridad de las infinitas escaleras, justo cuando al fondo, de manera baja, tanto que tuve que esforzarme para escuchar, logré oír a Kaydan hablar por lo que deduje que era teléfono:

—Si el vuelo desde allá dura siete horas, los quiero en cinco horas aquí —fue duro—. Quiero todos los especialistas y dile al toxicólogo que revise el hemograma completo que le envié de ella y la cromatología líquida. Quiero que vaya investigando que se puede hacer y, cuando llegue aquí, quiero una respuesta inmediata.

Mi ceño se frunció y él se quedó en silencio como si estuviera escuchando algo, mientras yo me quedaba ahí tranquila y paciente.

—Nada de lo que le estaban poniendo en la clínica sirvió, ni siquiera el carbón activado —gruñó—. Dile que lo quiero aquí con una solución real y me da igual lo que diga. Va a hacerlo.

Presentía que iba a morir.

Se lo había dicho a él cuando estaba en la clínica y lo pensé de nuevo en la furgoneta cuando lo escuché hablar de un tóxicologo. Era evidente que algo muy malo estaba pasando dentro de mi sistema y para que él me hubiese sacado de la clínica de aquella manera, sólo podía significar que no habían encontrado una cura para mí y el final inevitable estaba por llegar.

¿Cómo había contraído el veneno? ¿Había sido algo que Darwyn llevaba años dándome y al alejarme de él, por alguna razón, se habían activado los efectos? O ¿tenía algo que ver con la gente que me secuestró?

No lo sabía, pero la cuestión era que estaba muy mal e iba a morir. Iba a pasar y lo tenía aceptado, pero me quedé estática cuando escuché las siguientes palabras del rubio:

—Tiene menos de diecisiete horas, ahora —espetó—. El veneno está avanzando muy rápido y me dieron un ultimátum.

Se hizo el silencio.

—La única manera de que me digan cómo frenar el paso del mismo venenoso es que asesine a uno de ustedes. Es ella o ustedes. No hay intermedio.

Escuchar esas palabras fueron como una bofetada para mí, porque no esperaba que la persona que estuviese chantajeando a Kaydan lo estuviera haciendo escoger entre sus hombres y yo.

Casi me reí ante eso porque era ilógico. Claramente, él escogería a sus hombres, a quienes eran de confianza y yo no tenía nada que ver ahí. Sin embargo, no iba a hacerme la de la vista gorda y tratar de ignorar el hecho de que él había estado ahí para mí.

Él me había salvado varias veces y sin importar si en su cabeza tenía la intención de salvar a alguno de sus hombres, yo podía saber a ciencia casi exacta que podía estar conflictuado ante la idea de dejarme morir sin más.

Pero esto no era culpa de él.

Él no tenía que elegir y yo sé lo haría saber. Se lo haría entender.

No escuché más la conversación y cerrando una vez más la puerta con suavidad, caminé hacia la cama, me senté en esta apoyando mi espalda contra el cabecero y esperé a que él volviera.

Esperé en silencio y cuando lo hice, llegó con dos bolsas repletas de comida.

—Compré sopa para ti —me avisó y cuando me dio la espalda, vi la tensión en su cuello y músculos—. Tengo también tallarines, puedo compartir si deseas.

Evité verme y eso hizo que mi corazón saltara dentro de mi pecho.

—¿Qué quieres?

—Sopa está bien.

Asintió y lo vi preparar todo en uno de sus escritorios, ya que el lugar no tenía cocina y lo hizo todo de manera eficiente y silenciosa.

—Cuidado, está caliente.

Me ofreció la sopa en un pequeño plato de cerámica y lo recibí, mientras él me traía después lo que parecía ser un jugo de frutilla y luego se sentada frente a su escritorio, dándome la espalda y comiendo en silencio.

Lo vi revisar algunas cosas y yo lo oí desde la cama, jugando con la sopa y sin llegar a tomarla.

Barío se acercó al plato interesado por el olor a pollo, justo cuando Kaydan se giró para verme y frunció el ceño.

—No, aléjalo —se puso de pie y soltó su comida—. Abajo —le espetó a Barío y éste lo ignoró—. Mantenlo lejos de tu comida, Genneva.

Retiré suavemente al gato con una mano, pero no comí, solo me quedé ahí.

—¿Qué es lo que tienes? —deseó saber—. ¿Es por lo de antes?

—¿Qué es lo de antes?

—Dije que me tenías cansado con tu tema de los amigos.

—Ah, eso —negué—. Somos amigos, da igual lo que digas.

Él me lanzó una mirada que dejaba bastante claro que no pensaba lo mismo, pero dejó ir el tema.

—¿Por qué no estás comiendo? —no respondí y frunció el ceño—. ¿Estás esperando una disculpa o qué?

—La verdad es que no.

—¿Es por qué dormimos en la misma cama?

Dejé la sopa en la mesa de noche y suspiré, mientras negaba.

—Claro que no, si fuese otra persona si estuviera incómoda, pero eras tú. Tú no me incomodas, Kaydan.

No respondió nada, pero siguió observándome y mantuvo una distancia prudente.

—¿Entonces qué es, Genneva? —quiso saber—. No soy adivino. Necesito que hables.

Me aseguré de mantenerle la mirada fija y mostrarme lo más tranquila posible, porque no deseaba que confundiera cualquier cosa que saliera de mi boca.

Necesitaba que creyera que le estaba diciendo la verdad. Porque sí lo estaba haciendo.

—Lo escuché —admití tranquila—. Ya sé que estoy envenenada.

Se tensó aún más como si fuese posible.

—Ya sé que voy a morir.

Dejó atrás la distancia y caminó con pasos firmes hacia donde estaba yo, antes de acortar totalmente la distancia que tenía a la cama y se negó a sentarse, pero se quedó de pie muy cerca.

—No vas a morir —fue todo lo que dijo—. No pasará.

—¿Quién lo hizo? ¿Darwyn me envenenó?

No respondió.

—Darwyn es capaz de eso y...

—No lo llames por su nombre, él no merece tal cortesía tuya. Es un bastardo asqueroso.

A pesar de todo, no pude evitar que una pequeña sonrisa creciera en mis labios.

—Lo es, sí.

Se quedó callado y sin poder soportar la distancia, dije: —¿Te puedes sentar?

—Aquí estoy bien.

—Me duele el cuello de ver hacia arriba.

Se sentó en la cama y trató de poner la máxima distancia entre ambos, pero yo me acerqué.

—¿Quién lo hizo? —insistí—. Puedes decírmelo, Kaydan. No voy a molestarme contigo por ocultarlo.

No estaba molesta por no decirme lo del veneno. Yo siempre supe que había algo mal.

—Los nigerianos —dijo finalmente—. Te inyectaron algo y aún no sé qué es.

Procesé sus palabras y asentí, antes de volver a hablar.

—Ya sé lo que está sucediendo. Ya sé lo que te han pedido—lo miré a los ojos—. Lo sé todo y, descuida, te prometo que no debes elegirme a mí. No quiero que lo hagas.

—¿Qué?

—Sé que no vas a hacerlo, pero tampoco desearía que lo hicieras —le expliqué—. No tienes que sacrificar a ninguno de tus hombres o algo por el estilo. No tienes que tener una lucha interna.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo? —su mirada se oscureció—. Vas a morir.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Sí.

—No seas tonta.

—Estoy segura de que a las mejores amigas no se les llama así —lo molesté un poco y después sonreí ante su enojo—. Está bien, Kaydan. En serio. No tienes que dejar que te manipulen, no vamos a hacerlo.

No respondió absolutamente nada, pero sus ojos jamás dejaron mi rostro.

—Pero... —susurré y me acerqué un poco más a él—. ¿Puedo pedirte algo?

—No.

Lo ignoré.

—¿Puedes cuidar a Barño por mí?

Comenzó a negar, pero yo llevé una mano a su pecho y era tal nuestra cercanía, que sentí su calor corporal desprenderse y envolver mi cuerpo, mientras mi mano se quedaba sobre su pecho, en el lugar exacto donde palpitaba su corazón y sentía el ritmo errático de éste.

Si había un corazón ahí.

—Dicen que los últimos deseos de los moribundos son especiales, Kaydan. Sé amable.

—No voy a cuidar a Barño por ti. No me haré cargo de esa cosa y, en definitiva, prefiero asesinar a cualquier persona para mantenerte con vida y así evitar tener que quedarme con ese animal.

—Creo que mientes —lo molesté un poco y me tragué el malestar que volvió a mi cuerpo—. Estás poniendo de excusa al gato, pero realmente no quieres que tu mejor amiga te deje.

No dijo nada y sin poder evitarlo, mis ojos descendieron a su boca y el sueño de antes volvió a mí y el deseo también.

Jamás había querido besar a un hombre por iniciativa propia, pero Kaydan me atraía tanto y era mi amigo y... Deseaba besarlo.

Necesitaba hacerlo.

—Y tengo otro deseo.

—¿Me viste cara de hada madrina? —gruñó y yo me reí.

Me reí y se enojó aún más.

Era tan atractivo cuando estaba enojado.

—Kaydan, ¿por qué no puedes ser amable?

—Porque no.

—Igual voy a hacerlo. Quiero hacerlo.

Nuestras miradas volvieron a entrelazarse y me acerqué un poco más a su persona, repitiéndome a mí misma que me quedaban pocas horas de vida y no tenía nada que perder alrededor de aquello. Él podría rechazarme o no, y si no lo hacía, iba a lograr descubrir si era tan bueno besando como en mi sueño y sí que quería hacerlo.

Quería saber a qué sabían sus labios y qué tan demandante podría llegar a ser.

Necesitaba hacerlo y por eso mismo, deseando estar más cerca a él, me senté en mis rodillas y con mi mano aún sobre su pecho, me tragué los nervios de hacer esto por primera vez y sosteniéndole la mirada, comencé a acercarme poco a poco a su persona, haciendo que nuestras bocas estuvieran tan, pero tan cerca, que se rozaron y...

—¿Qué haces, Genneva? —preguntó, tenso.

—Necesito besarte —admití y sentí el rubor subir a mis mejillas—. ¿Puedo hacerlo?

Él no respondió por unos segundos y pensé que era la invitación directa para hacerlo y por ello terminé de apoyar un poco más mis labios contra su boca, pero de repente, rompiendo totalmente el hechizo, Kaydan se tiró hacia atrás esquivándome y rechazándome totalmente, mientras con voz fría decía:

—No, no puedes hacerlo. Estás enferma, tienes fiebre y no haré esto contigo.

Esas palabras fueron como un baldado de agua fría para mí, mientras él se alejaba y se ponía de pie, dejando en claro que no quería esto como yo.

Mentí, no estaba preparada para ser rechazada porque lo que sentí dentro de mí fue de denigrante y penoso.

¿De verdad pensé que él querría besarme a mí?

Kaydan probablemente sabía todo sobre mi persona. Los socios de papá, mi estadía en las vegas, lo de Darwyn... ¿Por qué se rebajaría a... Mí?

Era un hombre guapo, perfecto, millonario y demás. Tendría mujeres a su alrededor por montones y todas probablemente eran damas de familia importantes que no tenían nada de sucio alrededor de ellas. No como yo.

Dios, ¿qué había pensado?

—Lo siento —dije rápidamente y me tragué la bilis, mientras me obligaba a ponerme de pie—. No sé en qué estaba pensando, yo... Perdón, Kaydan.

No me miró y solo caminó hacia su escritorio y yo sentí mis ojos llenarse de lágrimas y odiaba esta nueva versión de mí.

Una versión en donde lloraba alrededor de él y por todo.

Una versión que había comenzado a sentir cosas por el hombre que contrataron para asesinarme. El mismo hombre que había obligado a ser mi amigo y, por último, el hombre que probablemente me tenía asco porque sabía que era una puta y...

¿Cómo pude pensar que él se fijaría en mí?

—Soy el único que te acepta con tu pasado, Genneva —solía decirme Darwyn—. Yo te amo, muñeca. Tanto, que incluso ignoro que fueras una puta desde los trece. ¿Quién más haría eso por ti?

Aquellas palabras sonaron como eco en mi cabeza y sin poder detener la turbulencia dentro de mí, el malestar y las náuseas, caí de bruces al piso y sin más, comencé a vomitar sangre de nuevo.

Lo hice y el asco que sentí no fue por lo que había en el piso y salía de mi boca, sino que el verdadero repudio fue por todo lo que había dentro de mí y lo que me representaba como persona.

Como la hija puta de Becob Blinder. Y lo que desechó cuando ya no le fue *útil*.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 29.

29.

Kaydan.

Genneva estaba empeorando y aquello era una realidad que me tenía jodido y me costaba aceptarlo, pero no podía negarlo.

Era imposible hacerlo.

Sí, estaba jodido.

Los médicos ya habían llegado en compañía de varios de mis hombres y entre aquellos estaba Krepto, el cual no dejó de dar ordenes una vez entró al edificio.

—Quiero todo el perímetro controlado —escuché que les dijo a varios de los soldados que se trajo—. No quiero carros entrando por este sector o algo por el estilo, quiero todo zanjado e información cada cinco minutos.

Varios de mis hombres asintieron hacia él, luego de darme un saludo de respeto y se marcharon para tratar de mantener todo controlado.

—No es necesaria tanta seguridad —fue lo que dije—. No va a pasar nada aquí.

—Siempre es necesaria mucha seguridad —respondió—. Y más después de lo que está pasando.

No dije mucho y mis ojos dieron con los de él que eran de un tono oscuro y severo.

—¿Los nigerianos te han dado más información?

—No, solo que a ella le quedan menos de cuatro horas.

Los únicos que habían subido al apartamento como tal era los doctores, porque después de ahí, incluso Krepto solo había llegado hasta el segundo nivel y nada más de ahí.

Sabía que Genneva como tal no se sentía muy incómoda cuando había hombres alrededor porque, al parecer, ella ya había aprendido a controlar aquello, pero tampoco deseaba dejarlo muy expuesta.

No cuando estaba temblando y vomitando en cada instante. No cuando se veía tan frágil y apagada, que sentí la necesidad de herir a medio mundo solo por ella.

—¿Crees que van a alcanzar a salvarla? Me preguntó finalmente Krepto, justo cuando yo me quedé mirando hacia el exterior en silencio.

—Tienen que hacerlo —lo miré a los ojos—. No hay alternativa.

Asintió en silencio, mientras yo llevaba las manos a mis bolsillos y agregaba.

—Sé que parte del directivo de Omnium me está traicionando. Sé que alguien de Vértize les dio información sobre el rastreador en mi camioneta y eso lo usaron para venderme a los nigerianos.

El ceño de mi mano derecha se frunció.

—Pero ¿quién haría eso?

—Lo sabré cuando llegué a Inglaterra y tenga más tiempo para investigarlo, mientras, no quiero a nadie fuera de tu radar.

Él asintió mientras yo comenzaba a girarme, pero, de repente, agregué lo realmente importante: —Y dile a Lucyus que necesito que se aliste él y una escuadra para un viaje a la capital de Nigeria. Hoy comenzaré el rastreo para Gidez y una vez tenga su ubicación parcial, quiero su cabeza.

—Ya mismo le informo.

Lucyus era uno de mis hombres que hacía parte de los ejecutores de pragma y era uno de los mejores. No estaba en lo mas alto de la torre de poder, pero seguía siendo un soldado especializado que era muy capaz de enfrentarse a cualquier panorama y traer respuestas positivas.

Eso esperaba.

Lo que me había hecho ese bastardo de Gidez no se iba a quedar así. Ese hijo malnacido no sabía con quien realmente se había metido y cuando yo decía que “quería su cabeza”, lo decía de la forma más literal posible.

Quería su cabeza en una caja repleta de ratas y cucarachas.

Quizás así, solo así, lograría calmar la tempestad de ira que había dentro de mi persona y eso que pensaba que no era posible calmarme. No estaba calmado desde que el hijo de puta me puso a escoger entre Genneva y mi mano derecha.

A Genneva apenas la conocía -o eso quería obligarme a creer- y, por otra parte, Krepto había sido leal a mí por años y sabía que asesinarlo crearía repercusiones de confianza a mi alrededor.

Lo sabía y el maldito de Gidez, que también se movía en este mundo, lo entendía de maravilla y por eso estaba haciendo todo esto, pero no lo dejaría ganar.

Me negaba a permitir que alguien me chantajeara.

No lo haría y me repetí lo mismo una y otra vez, mientras volvía al apartamento y me encontraba con que le estaban sacando unos análisis de sangre a la rubia la cual seguía sentada en la cama y se hallaba en total silencio.

En el lugar estaban mis dos doctores de confianza, un toxicólogo, un hematólogo e incluso un cirujano por si algo sucedía y se necesitaba.

El hematólogo estaba estudiando unos exámenes que le habían tomado antes a Genneva, mientras hablaba con el toxicólogo de manera rápida y ambos asentían.

—Vamos a necesitar un poco de cabello también —me dijo Justien, mi médico de confianza—. Es para lograr sacar todos los estudios pertinentes.

Lo miré fijamente con rostro inexpresivo.

—Sé cuidadoso al córtalo.

—Sí, señor. Es solo un poco.

Genneva no dijo nada cuando le cortaron el pequeño trozo de cabello rubio y no pasé por alto que evitó mirarme a los ojos. -Había evitado hacerlo en toda la noche-. Estaba haciendo aquello desde que intentó besarme horas atrás y esquivé su beso, rechazándola.

Por la forma como me miró cuando me tiré hacia atrás, supe que más que enojarme mi rechazo, le dolió y la avergonzó. Pude leer en aquella mirada plata la vergüenza pura y deseé poder decirle algo en aquel momento, pero no me fue posible, no podía hacerlo porque yo también me sentía jodido y rebasado por la manera como ella estaba logrando pasar cada uno de mis límites y ni yo mismo podía ponerle freno y esto no era normal para mí.

Nada de lo que estaba sucediendo era normal, porque sentir no era lo mío y desde el momento que la conocí a ella, eso era lo único que hacía: Sentir y sentir.

—Vamos a suministrar varios medicamentos y esos deben de ser suficientes para contrarrestar un poco la fiebre y nauseas —agregó él—. Estamos trabajando rápido para tener los análisis es menos de una hora.

—Treinta minutos —le dije y llevé mi mirada hacia el toxicólogo y hematólogo—. No sé como le van a hacer, pero esos exámenes deben salir antes y quiero una respuesta, ¿entendido?

—Vamos a tratar de aislar la cepa para saber que tipo de veneno es, señor —me dijo el hematólogo—. Le pedimos paciencia, lo haremos tan rápido como sea posible.

Cuatro horas tenía ella si era cierto eso lo que decía el bastardo del Gidez. Él me había llamado hacía poco y me recordó que quería una elección, o la cabeza de Genneva o la de Krepto y al no escuchar nada de mí, se burló y dijo:

—¿Entonces escogiste a tu hombre por encima de la puta? —su carcajada volvió—. Me sorprendes, Von Sclaén, debo de admitirlo. Por un instante realmente llegué a pensar que tendrías corazón por alguna mujer, pero los negocios son los negocios, ¿no?

Las ganas por acabar con su vida habían sido mas intensas que antes y tuve que hacer todo lo posible por no explotar, tuve que recordarme una y otra vez la clase de hombre que era y como no dejaba que nada llegara más allá de mí y esto no lo haría, él no lo haría.

—Sus pulmones serán los primeros en colapsar —avisó—. En cinco horas, dejará de poder respirar bien y después de eso, cuando sus pulmones ya no puedan mas con el paso del oxígeno, sus vasos sanguíneos se van a explotar y sus ojos, orejas, fosas nasales y boca sangrarán por una hemorragia y...

—Voy a sercenarte vivo —fue lo único que le respondí, mientras sus palabras creaban imágenes de Genneva muriendo en mi cabeza—. O, mejor aun, no voy a ensuciar mis manos contigo y haré que me traigan tu cabeza hasta aquí para luego grabarla mientras es devorada por gusanos, cucarachas y ratas.

Su risa había resonado de fondo.

—Y lo grabaré todo —añadí—. Lo haré y esperaré a que tu hija de dos años crezca y cuando eso suceda, de cumpleaños le mandaré el video para que recuerde siempre como terminaste por meterte conmigo.

Rápidamente, dejó de burlarse y lo único que dijo fue: —De hoy no pasa tu perra, estoy esperando a ver a quien escoges.

Me colgó luego de eso y la ira siguió bombeando dentro de mi cabeza, lo hizo porque sentía que el tiempo se me estaba terminando y no había nada que realmente pudiera hacer para evitar que fuese de esa manera.

Todos creían que Genneva iba a morir, hasta ella misma. De hecho, ella no solo lo creía, sino que también me lo había pedido.

Me pidió que la dejara ir. Me dejó en claro que no deseaba que escogiera entre ella y Krepto y como 'ya sabía que era eso lo que iba a suceder', me dejó saber que estaba bien y que no tenía problema con aquello, ya que lo único que deseaba era que cuidara a su estúpido gato.

Como si yo deseara quedarme con ese animal, sin embargo, no le dije nada, ¿Qué podría decirle en ese momento? ¿Qué era mejor que muriera ella a que lo hiciera uno de mis hombres? ¿Qué la muerte de ella pasaría casi desapercibida porque al parecer no tenía a nadie en el mundo que deseara preocuparse por su persona, pero que asesinar a Krepto me crearía problemas?

¿Qué se suponía que dijera? ¿Cómo se suponía que enfrentara toda esa mierda?

Mis hombres me conocían y sabían que, si de alguna u otra manera me fallaban, iban a encontrar la muerte y me daba igual el tiempo que nos conociéramos, sin embargo, hasta ahora, Krepto era uno de los hombres mas leales que había tenido y asesinarlo no solo sería poco ético, sino también problemático y sin importar que yo estuviera en la cima del poder, el poder no podía mantenerse con traición.

—Ya sé lo que está sucediendo. Ya sé lo que te han pedido. Lo sé todo y descuida, te prometo que no debes elegirme a mí. No quiero que lo hagas.

Tonta, me irritaba y al mismo tiempo la detestaba. ¿Quién le dijo que podía decirme algo y, sobre todo, quien le dijo que la elegiría?

Estas preguntas permanecieron en mi mente durante varias horas, aunque lo que realmente persistió fue el recuerdo de su intento de beso y la forma en que me miró.

Como si fuese lo único que ella deseaba antes de morir.

Maldiciendo en silencio, volví al ahora y después de que terminaron de sacarle todos los exámenes a Genneva y los doctores indicaron que irían al laboratorio que con una gran suma de dinero logré alquilar en el centro de la ciudad.

—Estaré en el primer piso, señor —me dijo Justien, el cual se iba a quedar supervisando a Genneva— Subiré cada treinta minutos.

—Bien.

Los vi irse y pese a que su ayuda claramente era requerida ahí, la idea de que estuvieran por mucho tiempo alrededor de ella era estresante. Además, desde que llegaron, Barío no había querido salir de debajo de la cama y tampoco había comido demasiado, por eso mismo, tomé su cuenco de comida y se lo metí debajo de la cama, esperando que el tuerto comiese algo al menos.

—¿Tienes hambre? —le pregunté a Genneva cuando el silencio se hizo demasiado insoportable para ser real.

Yo era un hombre de silencios y vacíos, pero la idea de estar ahí con ella en constante silencio no me gustó y por eso mismo fui el primero en hablar. Por otra parte, la idea de que continuara negándose a verme a lo ojos comenzaba a sacarme de quicio.

—No, la verdad no tengo hambre —dijo y jugó con sus manos, mientras las miraba.

—El hematólogo dice que sería buena idea que pudieras meterle mas comida al estomago. Eso es para regular...

—¿Cuántas horas crees que me quedan? —preguntó, ignorando lo que acababa de decirle.

Me tensé ante esa pregunta.

—Vas a estar bien.

—¿Vas a cuidar a mi gato? —siguió ignorándome—. Tiene algunos problemas de cadera y hay que comprarle vitaminas, pero te prometo que no será una carga.

Apreté los dientes con fuerza y no dije nada, solo continué mirándola fijamente.

—Sé que es mucho, pero...

—Mírame a los ojos cuando me hables y quizás me ose a pensar en quedarme a tu gato —solté finalmente—. Mírame cuando me hablas a mí, Genneva.

Llevó sus ojos grises, idénticos a la plata, directo a mí y me miró con firmeza, mientras sus mejillas ardían con mas fuerza, pero el resto de ella se veía totalmente pálido y desganado.

—Cuida a Barño por mí, Kaydan. Por favor.

La petición llegó a mí, pero lo que realmente se quedó fue el peso de su mirada que hasta ahora sabía que tenía un poder en mí, pero apenas hasta ahora le di un significado real y con palabras: Su mirada me gobernaba.

—Tengo que pensarlo —fue lo que respondí.

Salí de ahí antes de que ella me dijera algo más, cerré los ojos y pasé mis manos por mi rostro con frustración, mientras me sentaba en mi escritorio, frente a todas mis pantallas de computador y me obligaba a creer que podía trabajar, pero no.

Lo único que podía hacer era pensar en ella, pensar en la manera como casi me besó de nuevo y la forma nefasta como estuve tentado a recibir y corresponder ese beso, pero finalmente no lo hice porque ella probablemente no quería nada de eso y su fiebre era la que la hacía actuar.

—No eres, Christian —me dije en voz baja, mientras le enviaba un mensaje a Krepto para que presionara aun mas a los doctores. Quería una respuesta o una cura ya—. No eres él, no tirarás todo a la basura como él.

Ayudé a Genneva todo lo posible para alejarla de Darwyn y que se sintiera bien. Sin embargo, no podía matar a Krepto solo por ella; aunque no me importaba mucho, él era parte de mi mundo y eliminarlo sin razón afectaría mi imperio y mi enfoque.

Hacer ese tipo de cosas me convertirían como mi tío y estaría haciendo lo que tanto juzgué de él, cuando conoció a esa mujer y sacrificó su mundo y su vida por ella.

Solo por ella.

El debate mental que estaba teniendo me tenía estresado, pero fue peor cuando Justien volvió para revisar a Genneva y se sorprendió al ver que la fiebre en vez de mermar, subió.

—Es una hipertemia muy grave —me dijo en voz baja, una vez le pidió a Genneva que se diera una ducha fría—. El veneno está avanzando a niveles muy rápidos.

—¿Dónde mierda están los resultados de los exámenes? —espeté—. ya se debería de saber que es, ya ha pasado una hora.

—Gabriel está intentando aislar la sangre, señor, se está sacando un cuadro de prototipo y necesitamos un poco más de tiempo.

—Genneva no tiene un poco mas.

Asintió, nervioso.

—Lo sé, señor. Pero, mientras, intentemos bajarle la fiebre, eso es lo más importante ahora mismo porque los niveles de latidos de su corazón van muy acelerados y temo un colapso.

Quería pegarle un puñetazo por imbecil, pero después de todo tenía razón y fue por eso mismo que asentí.

—Iré a ver como sigue, le pedí que se quitara las capas de ropa y...

Vi como él comenzaba a caminar hacia el baño y lo dejé dar solo unos cuantos pasos, antes de simplemente cuestionar con voz cortante: —¿Y pretendes entrar al baño con ella?

Se detuvo en seco y se giró para mirarme, inseguro.

—Iba a revisarla, señor.

—¿En el baño?

—Es algo netamente profesional.

—Ni aunque fuese religioso —le respondí—. ¿Qué ibas a revisar?

—Debe de estar tomando el baño sin la menor capa de ropa y el agua debe de estar muy fría. Necesito que se quede ahí por unos minutos, voy a suministrarle otra bomba de dolor y añadiré una sonda de líquidos por intravenosa que sean fríos.

Asentí.

—No puede quedarse sola, necesito saber si convulsiona.

Di otro rígido asentimiento, antes de alejarme rápidamente de él y caminar hacia el baño en donde estaba ella con la puerta cerrada y toqué dos veces, esperando su respuesta.

La idea de que alguien la viese en el baño de aquella manera tan vulnerable me desagradó y no solo por mí, sino también por ella, porque a pesar de que no sabía como era el comportamiento común de las mujeres que habían pasado por tantos abusos y Genneva se comportaba con una confianza y templanza que nunca le había visto a otra mujer que hubiese sufrido tanto. Al final de cuentas, ella seguía siendo una victima y que no demostrase su incomodidad era una cosa, pero que yo permitiera que la incomodaran era otra y no iba a suceder.

Por eso mismo, toqué la puerta de nuevo y le avisé que iba a entrar, antes de abrir sin más e ingresar y detenerme en seco.

Me detuve abruptamente cuando mis ojos se pasearon por el baño y la vi a ella sentada en la ducha en ropa interior, mientras la llave estaba abierta solo un poco y salpicaba sus pies con agua que deduje que estaba tibia.

Esa imagen de ella me conmovió de una manera que no tendría jamás palabras para explicar. Solo sabía que se fue directo hacia mi pecho y se instaló ahí para siempre. No se iría jamás y sin pensar en otra cosa que no fuese en lo pequeña, pálida y temblorosa que se veía. Caminé hacia la ducha, entré en esta y me incliné para quedar a la altura de la rubia, mientras el agua mojaba la parte alta de mi camisa y yo buscaba de manera casi desesperada su mirada.

—Genneva —la llamé, mientras ella abrazaba sus rodillas con sus brazos y mantenía la cabeza baja—. ¿Qué haces ahí sentada?

—L-lo siento, no pude bañarme —susurró y tembló—. Hace mucho frío, el agua estaba fría y...

Llevé mis dedos a su barbilla levantando su cabeza y haciendo que subiera su mirada hacia mí, mientras yo le hablaba de una manera que estaba seguro de que jamás le había hablado a nadie.

—No tienes que disculparte —le dije bajamente—. Pero debes de meterte al agua, necesito que lo hagas, ¿sí?

No respondió.

—Vamos, te ayudo a levantarte.

Negó y sus mejillas sonrojadas se encendieron aun más.

—No miraré —sabía que estaba solo con su sostén y bragas—. Lo prometo.

De nuevo, vi la vergüenza en los ojos de ella, combinado con algo de mortificación y supe que no lograría hacerla cambiar de opinión y por eso mismo, solo continué viéndola a los ojos, mientras estiraba la mano y abría del todo la llave de la ducha.

Escuché a Genneva gemir y tensarse, justo cuando el agua fría comenzó a caer alrededor de ambos y pese a que ella estaba hirviendo por fuera, tenía escalofríos y mucho frío, y el agua helada solo la hizo temblar aun más, mientras se retorció queriendo huir de mí.

—N-no, Kaydan —intentó ponerse de pie, pero no la dejé—. Basta.

—Mírame —llevé ambas manos a sus mejillas y la hice verme—. Eres muy fuerte, Genneva, esto solo es agua. Puedes soportarlo.

—No, no puedo —jadeó y secó las gotas que empaparon su cabello y se deslizaron por su rostro—. No puedo más, me duele mucho, yo... Me voy a morir y se siente horrible. Me duele y no puedo más, no...

Había escuchado a Genneva decir varias veces que iba a morir y demás. Siempre lo decía con una firmeza que dejaba claro que era su decisión y era lo que quería.

Aún así, en ese momento era diferente. No se veía fuerte y decidida. Se veía pequeña, adolorida y asustada. Tan asustada que comenzó a llorar y yo negué, mientras sentía su desespero y como acto de querer hacerle entender que pese a mis palabras yo estaba ahí, llevé mi frente a la suya y apoyé ambas, deteniendo su palabrería de terror.

—N-no sabía que era tan doloroso.

—No pasará —mis manos estuvieron sosteniendo la parte baja de su barbilla y nuestras frentes siguieron unidas—. Sé que duele, pero no pasará. No voy a dejar que nada malo suceda, no vas a morir.

—Mi corazón se va a detener. Siento que va a ocurrir.

Volví a negar porque no me interesaba que pudiese decir el resto del mundo e incluso la ciencia. Ella no iba a morir. Genneva a mí no me iba a dejar.

—¿Confías en mí? —le pregunté una vez cerré la llave para darle una tregua y dejar que respirara mejor.

No respondió.

—Dime que confías en mí, Genneva —insistí—. Por eso somos mejores amigos.

Bajó la vista, evitando mi mirada.

—Dijiste que no querías que te llamara más así. Dijiste que no éramos niños. Que no éramos nada.

Quería golpearme a mí mismo por todo lo que había dicho horas atrás. Odiaba la manera como había puesto límites o pretendí hacerlo.

—Jamás vuelvas a permitir que yo diga que no somos nada, hada. Sí lo somos.

Se estremeció y su labio inferior se torció en un pequeño gesto de tristeza, mientras yo seguía ahí muy cerca de ella y aquella vez era por mi desición propia y porque no había manera de que estuviera lejos.

Quería estar ahí. Solo ahí.

—Si confío en ti —fue lo único que respondió.

—Entonces, créeme. No vas a morir esta madrugada.

Ella no dijo nada más y me encargué de hacerla quedar otro rato mas en la ducha, mientras que me aseguraba de que su temperatura bajara al menos un poco.

Cuando ambos salimos del baño, totalmente emparamados, la llevé hacia la habitación y rápidamente fui a las bolsas de ropa que le hice comprar y entre aquellas busqué ropa interior y una pijama que fuese fresca

—No tenías que buscar eso —susurró cuando le entregué la ropa y se aferró aún más a su toalla—. Hay cosas personales.

—Los mejore amigos no tienes secretos.

Le di espacio para que se cambiara y yo fui a cambiarme mi ropa en el baño. Lo hice de manera inmediata porque no deseaba dejarla mucho tiempo sola.

No podía.

Cuando regresé, Genneva estaba en la cama con Barío a su lado y una gran cobija a su alrededor. Sus ojos dieron con los míos cuando me vio entrar con un pantalón de pijama y camisa blanca básica.

—El doctor subirá para ponerte una intravenosa —le dije—. También te traerá algo para comer.

—Pero no tengo hambre.

Le regalé una mirada, antes de que la puerta del apartamento se abriera y volviera el doctor.

Lo vi volver a tomarle los signos y después comenzó a ponerle el catéter para pasar los medicamentos. Ella no dijo nada y tampoco se quejó, pero de repente fui consciente de sus manos y brazos, los cuales comenzaron a tener hematomas por tantos chuzones.

Sabía que era lo que se tenía que hacer, pero eso no significaba que me hubiese gustado un poco más. Ni de cerca.

Su piel era blanca, pulcra y perfecta. Tendría que seguir siendo de esa manera, pero por culpa de ese bastardo estaba llena de morados.

—Le quedan dos horas y media —le dije en voz baja al imbécil—. ¿por qué aun no hay una respuesta? ¿Por qué no hay un antídoto?

—Estamos trabajando, señor. Lo juro —dijo—. Denos una hora más. Gabriel dice que ha encontrado un componente que se va a usar como antídoto retardante.

Lo miré unos segundos en silencio y sin duda alguna supo que mi paciencia se había acabado, aun así, lo único que le respondí fue: —Ella muere y tú y el resto tan bien. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien.

Lo vi marcharse y antes de hacerlo me entregó el helado de Yogurt sin gluten que Krepto había logrado encontrar para Genneva y que le iba a servir para aliviar un poco la irritación en la garganta y la calentura.

Cuando volví con ella. Estaba acostada, totalmente arropada y caminando hacia la cama, me detuve y le dije: —Mira lo que hice traer para ti.

No se movió.

—Es helado de fresa.

No hubo ninguna respuesta y, de repente, a mi mente llegó la idea de que a ella le hubiese pasado algo y sintiendo que casi se me detenía el corazón, estiré rápidamente la mano hacia su brazo y la jalé para girarla, mientras sentía que todo dentro de mí se congelaba con algo que no sentía hacía mucho, pero mucho tiempo.

Aprehensión.

—Genneva —repetí y fue ahí cuando terminé de girarla y noté que estaba despierta, pero no quería hablar y la molestia con mucho alivio me invadió—. ¿No escuchas que te llamo? —no dijo nada—. ¿¡Por qué no respondes!?

Mi corazón estaba frenético dentro de mí y quería zarandearla por ser tan tonta, por hacer que casi se me detuviera el corazón.

—Genneva.

—No quiero comer.

La hice que se sentara y lo hizo, mientras permanecía frente a ella, asegurándome de que mantuviéramos contacto visual.

—No vuelvas a hacer eso —le advertí.

No respondió.

—Y, por otra parte, es helado de fresa.

Negó.

—Te gustará —aseguré

Volvió a negar y llenándome totalmente de impaciencia, destapé el helado y tomando la cuchara que traía, comencé a revolverlo, mientras me sentaba mas cerca de ella.

—Vamos, come.

—Se ve asqueroso.

—Es helado.

—Se ve insípido.

Llevé una cucharada a mi boca para probar y la verdad era que no sabía a nada. Pura agua o fresa simple.

—Me gusta —mentí—. Pruébalo tú.

Llevé la cuchara a su boca y pensó en negarse de nuevo, pero terminó por aceptar y le di del yogurt, mientras mis ojos se mantenían en ella.

—Te dije, insípido —susurró.

Vi como por la comisura izquierda de su labio se regó un poco de yogurt y sin pensar en nada, solo llevé mi pulgar hacia su boca y la limpié, mientras asentía: —Sí, Krepto es un inservible. Ni Yogurt sabe comprar.

Ella me miró aguantando la respiración, mientras mi pulgar seguía ahí cerca a sus labios y bajando la mirada y cubriendo ese magnífico color de su mirada con sus pestañas espesas y claras, solo respondió:

—No deberías hacer eso.

—¿Qué cosa?

—Estar tan cerca y tocarme.

—¿Por qué no? —le pregunté y si tenía que hablar demasiado para distraerla y sacarla del dolor, iba a hacerlo.

—Porque no.

Sabía que esto tenía que ver con lo que había sucedido horas atrás y sabiendo que el tema no podía posponerse más, supe que era momento de hablarlo.

—¿Te incómoda que te toque? —necesité saber—. ¿Sientes que sobrepasé los límites?

—No, tú no —me miró de inmediato—. Sé que jamás harías algo así, Kaydan.

La culpa volvió a mí.

—¿Cómo podrías saberlo?

—Lo sé, eres diferente a todos ellos —aseguró—. Por eso eres mi mejor amigo.

No dejé de memorizar su hermoso rostro que era sacado de cientos de fantasía y sabiendo que ella no se merecía otra cosa que la verdad, confesé:

—Lo hice.

—¿Qué hiciste?

—No respeté tus límites.

Ella se vio confundida y me analizó.

—¿De qué hablas?

La idea de que ella pensara que era como otros hombres que había conocido en el pasado casi me asqueó, pero necesitaba decirlo y ni siquiera sabía porque.

—Hace noches tenías fiebre y me dijiste algo sobre que habías visto que Julieth estaba aquí —se tensó ante la mención del nombre de la pequeña—. Te levantaste algo alterada y te dije que todo estaba bien, que podrías estar alucinando y te calmaste.

Me miró en silencio.

—Me quedé aquí contigo y de repente, te acercaste a mí y me besaste —sus mejillas se encendieron mucho más—. Me besaste y sabiendo que probablemente estabas alucinando y estabas muy indispuesta, te correspondí el beso. Yo también te besé y sobrepasé todos los límites.

Esperé ver repulsión o enojo en su cara, pero solo frunció el ceño.

—¿Entonces no fue un sueño? —preguntó.

—¿Qué?

—Pensé que había soñado tu beso —dijo y se volvió más roja—. Pensé que lo soñé y...

—Te besé.

—Me besaste.

—Lo hice, sí y no debí.

—¿Por qué somos amigos?

—Porque no estabas del todo en tus cabales, Genneva. No sé si realmente lo querías.

—Lo hacía —respondió deprisa, apenada—. Nunca había querido besar a un hombre por voluntad propia, pero a ti sí.

La miré en silencio, recordando que esas habían sido las mismas palabras que me dijo noches atrás.

—Me gustas —bajó la vista a sus manos—. Y eres mi mejor amigo y quiero que siga siendo así y me gustas. Sé que estamos en niveles diferentes y...

Llevé dos dedos a su barbilla.

—¿Niveles diferentes? —anarqué una ceja.

—Tú eres tú y yo soy yo.

—¿Qué significa eso?

—Que es tonto que me gustes y quiera romper los límites, cuando es obvio que no soy tu tipo y no es que como quiera serlo, en serio —dijo con prisa—. Somos amigos, pero, obvio no soy tu tipo.

La continué analizando unos segundos en silencio, antes de decir con total calma: —¿Y cuál es mi tipo?

Se encogió de hombros y se vio más pequeña y adorable de lo que ya era.

—Ya sabes, lo normal.

—¿Y tú no eres normal?

—Ningún hombre, incluyéndote, tendría de tipo a una mujer como yo y no me malinterpretes, sé lo hermosa que soy, pero no olvido lo... Sucia que estoy.

Dijo esas palabras con una tranquilidad y convicción que se sintieron como una bofetada para mí, porque ella podía ser descrita de cualquier manera, incluyendo lo terca, irritante, molesta, etc. Pero "sucia" jamás sería una de esas palabras.

—Pero, por otra parte —trató de regalarme una pequeña sonrisa—. Te veo saliendo con alguna modelo o... Espera, ¿has salido con actrices? —se vio curiosa—. O, ¿modelos importantes?

No dije nada, solo la observé.

—Siento que eres team pelirrojas y debo decir que siento envidia, el cabello rojo lo es todo. Ojalá hubiese sido pelirroja.

—No seas tonta —respondí—. Tu color de cabello es perfecto.

Abrió la boca y antes de que lograra decir algo más, añadí: —Y yo no tengo ningún tipo de mujer, Geneva.

—¿No?

Jamás la había tenido, pero, si en ese momento lo tuviese, ya estaba seguro cuál era mi tipo de mujer y cómo se tenía que ver. Como se veía.

—No.

Ambos nos miramos en silencio y ella asintió, antes de apoyar la espalda contra el cabecero de la cama.

—Está bien —cedió—. Yo... Estoy un poco cansada. Creo que necesito dormir.

Aún nos quedaba algo de tiempo y seguía esperando una respuesta. Por eso, si ella quería descansar, iba a dejarla que lo hiciera.

—Está bien.

Comenzó a acostarse de nuevo al lado de su gato, pero se detuvo.

—¿Vas a irte?

—¿Qué?

—Cuando duerma, ¿te irás?

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

—Entonces aquí me quedaré.

Asintió y pese a todo el dolor que estaba sintiendo, sus ojos se iluminaron.

—Gracias, Kaykay.

Mi ceño se frunció.

—¿Kaykay?

—Es un apodo de amigos —explicó, acostándose y girándose para que viese su rostro—. Me llamaste hada, puedo llamarte Kaykay.

—La verdad es que no.

—Lo haré.

Sentí la necesidad de recordarle el significado y relevancia de mi nombre, aunque consideré que probablemente no sería relevante para ella.

—Me alegra que no haya sido un sueño —dijo de repente, cerrando los ojos—. Me alegra que si me hayas besado. Quería ese beso.

Comenzó a dormirse, pero antes de que lo hiciera, quien habló fui yo:

—Eres perfecta, Genneva. En ti no habita ni un solo gramo de suciedad y lo que te hicieron creer que eras, no es ni media parte de todo lo que realmente eres.

—¿Qué soy entonces?

—Una ensoñanza.

Ella se quedó dormida a mi lado mientras yo me mantuve sentado observándola y algo dentro de mí comenzó a gritarme algo una y otra vez. Por un momento, no quise prestar atención de que era, pero mientras más la veía dormir a ella, más lo pensaba y, después de un instante, realmente supe que era lo que me decía mi mente:

Lo que tanto había juzgado de Christian, mi tío, era justo lo que yo mismo iba a hacer.

Porque justo cuando vi que pasó otra hora y a ella solo le quedaba una hora y veinte minutos, fue ahí cuando todo se terminó para mí y la decisión estuvo tomada.

No había una cura visible todavía, Genneva comenzó a arder una vez más en fiebre y sabiendo que debía parar esto, tomé el teléfono y le hice saber a Krepto que lo quería ver en el primer piso del edificio.

Debía verlo ahí porque había tomado la decisión.

Iba a matar a mi hombre de más confianza y quien me acompañaba desde hacía tantos años por ella.

Mataría a Krepto por Genneva y no había duda y tampoco habría arrepentimiento, no porque, después de todo: *Ella estaba por encima de todo y todos. Incluso por encima de mi lealtad hacia mi propia orden y mafia.*

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 30.

30

Kaydan.

—¿Me llamaste? —me preguntó Krepto cuando entró al primer piso del lugar y me encontró en la sala de lo que parecía ser un desván.

Aquel lugar solía usarlo para guardar cosas que no usaba o que después tiraría. Estaba todo organizado y limpio, pero nada tenía un orden en específico o con sentido, como tampoco lo hacía la decisión que recién había tomado y estaba a punto de llevar a cabo.

Pese a que había decidido que la vida de Krepto ya había llegado a su fin porque era él o ella y sin duda alguna la ecogería a ella, me negaba rotundamente a quitarle la vida de una manera cobarde o silenciosa.

No pasaría.

Años de lealtad hacia mí y la organización me hacían desear darle la verdad de frente, porque los hombres siempre se decían la verdad en la cara y, por otra parte, le daría la oportunidad de defenderse.

Sería una pelea justa y quien ganara saldría de allí. Pero, evidentemente, yo sabía que vencería, no solo por mi experiencia en combate, sino porque había prometido a Genneva que ella no moriría esa noche y no lo haría o me dejaría de llamar Kaydan Von Sclaén.

—Sí, tenía que hablar contigo —respondí y me giré para verlo.

—Seguro —su mirada oscura me analizó—. ¿Pasó algo con la joven? ¿Cómo sigue?

—Su fiebre volvió a subir, esta muy delicada — respondí—. Queda alrededor de una hora, dudo que encuentren ya un antídoto o retardante para lo que sea que ella tenga.

Asintió en silencio y yo continué analizándolo como si fuese mi presa, pero él aun no sabía que lo era.

—Te preocupas por ella —señaló—. Creo que es la primera vez en la vida que te veo preocupado por alguien.

Eso era cierto y debido a que él estaba a punto de morir, simplemente le di la verdadera respuesta:

—Ella es diferente.

—¿Lo es?

—Sí.

Asintió en silencio procesando mis palabras, mientras yo decidía que ya no tenía mas tiempo para perder ahí.

—Voy a seguir el pedido de Gidez.

No se inmutó.

—Necesito que me diga el nombre del químico que se necesita para frenar los efectos alrededor de Genneva.

—¿Eres consciente de que este es solo el primer pedido, no? —enarcó una ceja—. Una vez sepa que eres capaz de asesinar a tus propios hombres por esa joven, no detendrá para nada sus pedidos.

Eso lo sabía, era bastante evidente que una vez le mostrara lo que era capaz de hacer por la rubia, él seguiría pidiendo más y más.

Lo haría porque sería la primera vez en la vida que me encontraban una clase de “debilidad” y estaba seguro de que lo que me daría para calmar lo que había dentro de Genneva no sería un antídoto, sino que simplemente me daría un retardante que le daría unos días mas de vida, pero, si quería mas días para ella, tendría que hacer más por él y después más y más.

¿De verdad iba a permitir que alguien tuviera ese tipo de poder sobre mí?

Mi yo de hace horas habría respondido un rotundo “No”, pero, en ese instante, estaba tan desesperado porque ella estuviera sana y salva, que la respuesta era: Sí.

Haría eso por Genneva y ya después encontraría la manera de vengarme de ese hijo de puta y lo único que tenía para decir era que sería la peor clase de calaña que se había

cruzado en el camino de ese bastardo y me daba igual que tantos inocentes debían caer para que eso fuese una realidad.

Lo sería.

—Sí, estoy al tanto de eso —respondí—. Sin embargo, esa fue la decisión que tomé.

Él me analizó unos segundos, antes de asentir sabiendo que era una decisión directa la cual acababa de establecer.

—Entonces, que sea así. ¿A quién debo traer aquí? ¿A quién vas a matar?

No me iba a ir por las ramas. Iba a ser directo en cuanto a la realidad y justo cuando abrí la boca para dejarle en claro que la cabeza que iba a rodar aquella noche era la suya, justo en ese instante, como el toque de una campana que resuena y alerta, Krepto recibió una llamada a su teléfono y frunciendo el ceño, dijo: —Es Justien.

La alerta siguió resonando una y otra vez dentro de mí, mientras me repetía que el tiempo se estaba acabando.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté, mientras me movía hacia un escritorio que había al fondo del lugar y de ahí tomaba una daga negra que me había estado esperando pacientemente.

La tomé y comencé a pasar ésta ágilmente entre mis dedos, esperaba que él terminara la llamada y una vez lo hizo, lo único que dijo fue:

—Han encontrado un antagonista parcial que claramente no es el antídoto total para el veneno que tiene la joven, pero servirá para ir contrarrestando y frenando los efectos secundarios.

Me quedé estático, mientras esa información se sumergía en mí.

—¿Estás seguro?

—Gabriel viene hacia acá con una pequeña dosis que debe de ser suficiente para darle unas horas más de ventaja mientras continúan investigando un antídoto parcial.

Lo miré unos segundos en silencio, mientras procesaba toda la información de manera inmediata y tras una pausa, le decía: —Dile a Justien que por seguridad suya y la del resto de doctores, más les vale que sea cierto lo que me estas diciendo y, más allá de eso, que sea seguro, ¿entendido?

Krepto asintió y volvió a llamar al doctor que estaba arriba con Genneva, mientras yo dejaba la daga de regreso en su lugar y esperaba la llegada de los especialistas.

—Estarán aquí en diez minutos.

—Bien.

Comencé a caminar hacia la puerta del lugar deseando salir y poder volver arriba con ella, ya que le dije que no me iría mientras estuviera durmiendo, pero justo cuando le di la espalda a Krepto y estaba por llegar a la salida, preguntó:

—¿A quien ibas a matar por ella?

No me detuve, pero tampoco mentí.

—A ti —fue la respuesta—. A ti o a cualquiera que hubiesen puesto en medio de ella y yo.

—Es la mujer de tu primo —se atrevió a decir y ahí de me detuve—. Darwyn en algún momento...

Me giré para verlo y pese a que Krepto era igual de alto a mí y solo era mayor por un año, vi la manera como se tensó cuando mi mirada lo detalló con una fuerza y dureza salida de todo espacio y lugar.

—Genneva es una mujer libre, una mujer que no le pertenece a nadie y menos a ese bastardo abusador —mi voz fue tranquila, pero había una nota letal—. Ella no le pertenece a nadie y si está aquí y ahora conmigo, es porque lo desea, no por nada más.

Volví a darle la espalda para salir del sitio y pese a que había algo hambriento y posesivo dentro de mí cuando se trataba de ella y su irritante ser, me aseguré una y otra vez de que jamás sería como los otros hombres que la habían rodeado.

Nunca tomaría algo que no me pertenecía y, por eso mismo, la respuesta era clara: Genneva era libre y se podía marchar cuando deseara después de que estuviera sana.

Si en algún momento quería volar lejos y de forma segura, jamás, sin importar qué, yo cortaré sus alas.

**

—Este neutralizante tiene una pequeña base en cadena de opioides y unos oxidantes que lo que harán será retrasar o más bien congelar el paso del veneno —explicó el hematólogo—. Tiene algunos efectos secundarios, pero fue la única manera en la que logramos ver que el proceso de avance se retardaba un poco.

Vi como él se ponía unos guantes y comenzaba a manipular los viales en donde tenía un líquido que parecía un poco verdoso.

—El veneno que corre en las venas de la señorita es a base de químicos fuertes y de hecho, creemos que también se usó una toxina animal.

Apreté los dientes con fuerza, mientras el malhumor me rodeaba y me repetía a mí mismo que iba a joder a ese hijo de puta.

Realmente iba a joderlo.

—No quiero esa inyección —susurró ella cuando el doctor se acercó y le pidió que se sentara—. Se ve rara y...

Me acerqué a ella y le extendí la mano, manteniendo el contacto visual. En ese momento, sin más, reflexioné sobre cómo anteriormente había percibido su mirada como poco atractiva, peculiar y excesivamente oscura.

¿Qué estaba mal en mí?

La mirada gris de Genneva era enigmática y más allá de eso, preciosa y no era cierto que era la mirada más vacía que había visto en la vida. No había nada vacío en la rubia y mucho menos en su mirada, la cual se quedó en mí, justo cuando ella estiró la mano y tomó la mía.

—¿Recuerdas la promesa que te hice?

Mi mano que estaba acostumbrada a ser dura y demandante, envolvió de manera firme y suave la mano caliente de ella, mientras me inclinaba para quedar a la altura de sus ojos y me resistía al impulso de tocar su sonrojado y bonito rostro.

—¿Lo recuerdas, Genneva?

Asintió.

—Nada va a estar mal. Confía en mí.

Darle mi palabra a ella se sentía más fuerte que dársela a otras personas, porque solo con ella contaba realmente y no sabía si era cierto eso de que ese antídoto funcionaba o no, pero iba a arriesgarme y no estaba dispuesto a perder.

—Yo... No le temo a las inyecciones —dijo bajamente—. Pero eso se ve tenebroso.

—Duele un poco, sí —aceptó el hematólogo—. Pero se sentirá mejor. La fiebre bajará y tu cuerpo va a enfriarse. El dolor también menguará y podrás descansar.

Eso era lo único que quería. Que ella dejara de tener fiebre y dolor. Que dejara de sangrar.

—Genneva...

—Sí, confió en ti —respondió finalmente a mi pregunta—. Está bien, pueden ponerla.

Apreté levemente su mano, agradeciéndole en silencio el hecho de que se dejase curar. Sí, yo le agradecí a ella porque la cuestión ya se había vuelto personal y no lo podía ocultar más.

—Voy a ponerla a un lado de su garganta —le informó—. Tengo que suministrarlo lentamente, ¿bien?

Ella asintió de nuevo y pese a que se veía cansada y enferma, puso recta su espalda para verse como esa Genneva dura y fuerte que yo había conocido. Esa Genneva que

no solía demostrar mucho, aun así, cuando fui a dar un paso hacia atrás, ella se negó a soltar mi mano y sin verme, solo dijo: —No te vayas.

—No lo haré.

Gabriel se acercó a ella para tantear un lado de su frágil garganta y pese a que la estaba tocando a través de unos guantes y todo era netamente profesional, me irritó.

—Tome una respiración profunda —le indicó él—. Y vaya soltándolo suavemente.

La vi a ella obedecer, mientras Gabriel hallaba el lugar exacto en donde tenía que suministrar el líquido y así lo hizo. Esa maldita aguja era demasiado grande para ser real y pese a que estaba acostumbrado a ver hombres mutilados y demás cuestiones, me desagradó ver como ese borde filoso entraba en la piel pulcra y sonrojada de ella y la hacía tensar.

Genneva me apretó la mano con fuerza, mientras poco a poco le iban suministrando el antídoto y apretó los ojos con fuerza como si le estuviera doliendo demasiado.

—Más suave —espeté.

Mis ojos se quedaron trabados en el lugar exacto en donde la aguja estaba lastimándola y no dejé de ver hasta que finalmente la retiró y el líquido estuvo dentro de sus venas.

—¿Ves? —le pregunté a ella y me miró inmediatamente —. Todo está bien.

Genneva se negó a soltar mi mano y tampoco la obligué, no es como que deseara que lo hiciera.

—Hay que aplicar una nueva dosis cada ocho horas —explicó Gabriel—. Cada hora tomares sus signos y frecuencia.

Ella asintió.

—Ahora la fiebre tiene que comenzar a bajar y va a sentir mucha fatiga y frío —continuó—. Es normal, su cuerpo necesita descansar.

Él siguió dando recomendaciones y después de un momento, me llamó a un lado y me pidió avisarles de cualquier cosa que me pareciera extraña.

—La sangre va a seguir saliendo por su nariz, pero será menos cantidad.

—¿Cuándo estará la cura parcial?

—Trabajaremos lo más rápido posible, señor —respondió—. Necesitamos algo que liquide totalmente el veneno, pero, al mismo tiempo, necesitamos que sea seguro para ella.

Asentí.

—Bien, quiero informes a cada hora.

—Sí, señor.

Lo vi irse y una vez me aseguré de que la puerta estaba totalmente cerrada, volví con Genneva y la encontré sentada con Barío en su regazo.

—No me siento diferente —dijo.

—Dale tiempo —respondí—. Vamos, necesitas dormir.

No se movió por un instante y después buscó de nuevo mi mirada.

—¿Volverás a quedarte conmigo?

—Sí, Genneva. Sí.

Ni siquiera tenía que preguntar y la respuesta para ella eran puros «sí».

Barío me siseó molesto cuando me vio sentarme en el otro extremo de la cama y lo miré mal, mientras reprimía la necesidad de enviarlo lejos.

—Sin pelear, Barío —le advirtió ella, mientras se acostaba y acobijaba—. Sé amable con nuestro mejor amigo.

—Puedo hacer el esfuerzo de aceptarte a ti, Genneva. Pero a esa cosa no.

Ella soltó una risita.

—¿Y entonces por qué le compraste juguetes?

—Porque me dio lástima. Tengo permitido sentirlo por animales defectuosos.

Ella volvió a reírse bajamente y no pude apartar mi mirada de su rostro. ¿Por qué había pasado tanto tiempo sin verla?

—Duérmete, Genneva. Eventualmente vas a sentirte mejor.

Esperaba que fuese así, faltaba menos de media hora para que se acabara el tiempo que el bastardo me dio y si lográbamos superar ese tiempo sin más, sería cierto que teníamos un antídoto de horas.

Sentía que estaba arriesgando demasiado, pero cuando finalmente se cumplió el plazo y ella siguió respirando como si nada, fue ahí cuando yo realmente pude respirar de nuevo.

Fue ahí cuando supe que mi existencia estaba enlazada a la de ella y era una maldición, pero no quería salvación.

No la necesitaba.

—Cuéntame un secreto tuyo —me pidió en voz baja, un tiempo después, cuando finalmente me convenció de acostarme a su lado y pese a que me esforcé por dejar mucho espacio entre ambos, la cercanía entre nuestros cuerpos creó más tensión.

—No tengo secretos.

—Mientes —se giró de lado para ver mi rostro en medio de la poca iluminación que soltaba la lámpara en la mesa de noche—. Todos tenemos secretos.

—¿Ah, sí? —eso llamó mi atención y mientras seguía acostado totalmente boca arriba, giré mi cabeza para poder verla mejor—. Dímelos. Vamos a escucharte.

Sus ojos grises se pasearon por todo mi rostro y se detuvieron en mis labios por unos segundos. Esa breve mirada fue más que suficiente para comenzar una hoguera dentro de mí, pero me obligué a mantenerme a raya.

—Me alegra que hayas sido mi primer amigo.

Las comisuras de mis labios se curvaron.

—Eso no es un secreto, Genneva. Eso claramente yo ya lo sabía.

Sonrió.

—¿También te alegra que sea tu amiga, sin importar que a veces seas un gruñón?

No respondí, pero me di todo el gusto del mundo observándola.

—Hablando de eso, ¿soy tu única amiga, verdad?

—No lo sé, ¿por qué?

—Porque tú eres mi único amigo y no sería justo.

—¿Qué no sería justo?

—El tener que compartirte.

Dos comentarios llegaron a mi cabeza y uno de ellos era irónico y probablemente la molestaría. Por eso mismo, solo dije el real: —Jamás vas a saber lo que es eso.

—¿Qué cosa?

—El compartir —respondí—. Tú no tienes que compartir nada, Genneva.

Su mirada se iluminó y la detesté un poco de nuevo. Lo hice por hacer que el gris fuese mi nuevo color favorito.

Ella se quedó en silencio por un instante y no dijo nada más, solo me observó.

—Tengo mucho frío.

Sin pensarlo, estiré la mano y toqué una de sus mejillas y sí, ya no estaba ardiendo, ahora estaba fría.

—Los efectos secundarios del antídoto —respondí—. ¿Pero duele algo?

Negó y mi mano siguió contra ella, de hecho, comencé a mover mi dedo índice sobre su mejilla, creando de manera distraída una caricia sobre su perfecta piel y haciendo que sus ojos se cerraran.

—La amaba mucho —dijo de repente y no abrió los ojos, de hecho, solo los apretó.

—¿Qué?

—Jamás lo dije en voz alta, pero amaba demasiado a mi madre —se estremeció—. La amaba, sin importar que nunca fui su favorita y nunca deseó ayudarme.

Sabía que Genneva había tenido una vida difícil y a pesar de que seguía siendo joven y fuerte, pero al mismo tiempo sensible -al menos conmigo-, pude ver en aquellas palabras y gesto en sí, que había mucho que aún le dolía.

—En el pasado tenía asco de mí misma, aún lo tengo, pero si mi madre hubiese estado ahí y me hubiese explicado que muchas cosas no eran mi culpa, quizás, solo así, yo lo habría superado.

—¿Superar qué?

Tardó en responder y después negó. Lo hizo como si se hubiese arrepentido rápidamente de lo que estaba a punto de decir y fue por ello que yo hablé.

Que yo solté uno de mis secretos.

—Tengo dos medios hermanos mayores. Mave y Dominic son hermanos por parte de madre —mi voz sonó fría y de manera inmediata, ella me miró—. Fui el último hijo de Luciana y el cual ella negó, ya que estaba casada con un ruso y su manera de deshacerme de mí fue decir que fui producto de un abuso, pero no era real. Llevaba años siendo amante del hombre que decía ser mi padre.

Genneva se tensó.

—Que horrible, Kaydan...

Me mantuve tranquilo.

—Pero, a diferencia de tí, no la amaba, ni un poco. La detestaba y fue por eso mismo que la aceché y la maté en los brazos de su hijo mayor. Le devolví toda la mierda que me tiró.

Genneva no dijo nada, pero me miró levemente sorprendida.

—Querías un secreto, ahí lo tienes, hada. Que sea tu amigo no mengua la verdad que tarde o temprano te hará huir de aquí: *Soy y seguiré siendo un monstruo por siempre.*

Capítulo 31.

31

Genneva.

Por un momento pensé que iba a morir congelada.

Realmente lo creí porque estaba segura de que nunca en la vida sentí un nivel de frío como el que estaba sintiendo aquella madrugada tan desalentadora y dolorosa.

Creí que iba a morir, todo dolía y los temblores no se iban. No lo harían, aun así, no me cambiaría por nadie en aquel momento, no cuando estaba acostada muy cerca a Kaydan y podía escuchar la manera tranquila como respiraba, mientras que una de sus manos jugaba con los mechones claros de mi cabello.

Él no dijo nada más después de que confesó haber asesinado a su madre y se llamó a sí mismo un monstruo. No lo corregí y tampoco dije nada más, porque siendo justa y coherente, estaba segura de que había un gran villano dentro de Kaydan y a mí no me importaba negarlo y él tampoco parecía tener escucharlo.

Aun así, mientras en las ventanas se escuchaba el salpicar de la lluvia y su mano seguía acariciando mi cabello y casi arrullándome, fue ahí cuando dije:

—Los monstruos no siempre son los que aterrorizan a los buenos de una historia, Kaydan. Porque, para empezar, hay buenos fingiendo ser buenos y eso da más miedo que cualquier otra cosa, porque ya sabes que el villano es perverso, pero ¿Cómo constatas que el bueno será realmente bueno?

Su mirada de dos tonos me había analizado en silencio, mientras yo agregaba.

—No digo que esté bien que hayas asesinado a tu madre, pero, si lo hiciste, ¿a quien le importa? Era tu guerra y tú escogiste como avanzar esa batalla. Es tu asunto.

Jamás me habría atrevido a hacerle daño a mi madre o incluso a mi padre, sin importar que a veces tuve el pensamiento. No necesariamente porque le tuviera miedo a la sangre o miedo a matar. Sino más bien porque jamás pensé que tuviera sentido hacerlo. Después de todo, el daño que ellos hicieron ya estaba hecho y ni siquiera su muerte podría retroceder o alivianar ese asunto, porque el dolor estaba destinado a transformarse, pero jamás a borrarse.

—¿No me temes? —preguntó él y pese a que su voz era firme e incluso un poco gélida, pude notar como aguardó atento por mi respuesta.

—No —le sostuve la mirada—. No te tengo miedo, Kaydan. Los amigos no se temen.

Ninguno de los dos dijo nada más y sin importar todo lo que rodeaba lo que estaba sintiendo en ese momento, estaba segura de que no me cambiaría por nada, ni por nadie. No lo haría porque aquella era la primera vez en la vida que me sentía tan cómoda en algo y con alguien.

—Los amigos no se temen —repitió, como si estuviera absorbiendo las palabras y después asintió de manera seca y retomó las caricias en mi cabello.

Lo hizo como si no fuese consciente de lo que estaba haciendo, pero como si no pudiera dejar de hacerlo y tampoco me quejaba. Su tacto era suficiente para frenar y eclipsar el frío que embargaba mi cuerpo.

Él estaba bocarriba y volvió a mirar al techo, pero yo, quien estaba de lado, me di el lujo de analizar el perfil de su varonil y atractivo rostro y pese a que la mayor parte del tiempo era una máscara que no demostraba nada. Seguía siendo tan atrayente como la primera vez que lo vi y tragué saliva con fuerza porque mientras lo miraba ahí, en medio de mi silencio, mi corazón se aceleró con fuerza y sentí una clase de mariposas en el estomago que jamás sentí con nadie y no podía entenderlas, pero tampoco deseaba hacerlo.

No deseaba entender todo lo que sentía cuando estaba cerca de él. Solo quería seguir sintiéndolo y manteniéndolo muy dentro de mí, porque era algo cálido y mi vida siempre se había tratado de fríos.

Muchos fríos.

Y pese a que Kaydan era un hombre sumamente gélido y sonreír no era lo suyo y ser amable menos, a veces, sin más, decía cosas que ya no lograba sacar de mi cabeza y estaba segura de que jamás se irían sin importar que pasara en el futuro.

—¿Soy tu única amiga, verdad? —le había preguntado yo y pese a que sonó en forma de broma, esperé su respuesta con seriedad.

—No lo sé, ¿por qué?

—Porque tú eres mi único amigo y no sería justo.

—¿Qué no sería justo?

—El tener que compartirte.

Eso también lo dije muy en serio y mi corazón se había acelerado con fuerza al tener que esperar su respuesta.

Mi corazón casi se detuvo ante su respuesta.

—Jamás vas a saber lo que es eso.

—¿Qué cosa?

—El compartir —había respondido con seriedad—. Tú no tienes que compartir nada, Geneva.

El salto de mi corazón dentro de mi pecho fue épico, fue magistral. Nunca había tenido algo que fuese mío como tal, para no tener que compartirlo. Jamás tuve absolutamente nada y de repente, tenerlo a él diciendo ese tipo de cosas me hizo erizar y me fracturó por dentro, como también lo hizo el hecho de que muchas horas

atrás, al encontrarme sentada y sola en el baño, bajo la regadera, él se inclinó ante mí y fue bueno.

Fue bueno conmigo y me prometió que todo estaría bien. Me pidió que confiara en él y pese a que confiar no era lo mío, lo haría.

Confiaría en Kaydan con cada cosa que me dijera, con tal de que nunca me fallara.

—Duerme, Genneva —me repitió el rubio, cuando me seguí removiéndolo por el frío.

—No puedo dormir —respondí, porque pese a que estaba cansada, me costaba dejar de pensar.

Pensé que diría que lo intentara o algo así, pero, en vez de eso, solo estiró la mano con la que había estado tocando mi cabello y no dijo nada, pero la invitación fue clara y no la ignoré.

No podría ni aunque lo deseara y, por eso mismo, me acerqué más a su grande y duro cuerpo con necesidad, mientras su brazo se pasaba por debajo de mi cuello y él buscaba de nuevo mi cabello, mientras de manera titubeante yo ponía una mano en su pecho y sentía el latido pacífico de su corazón.

—Ah, si tienes un corazón —bromeé en voz baja, tratando de controlar mi respiración.

—Sí, Genneva, lo tengo. La ciencia dice que no es posible existir sin uno de esos — fingió irritación y yo casi me reí, mientras sentía como el frío retrocedía al estar tan cerca de su calor corporal.

—No eres tan nefasto, entonces.

—Esperemos a ver como amanece mi humor mañana.

Volví a sonreír y estuve tan cerca a él, que su aroma propio, revuelto con el gel de baño masculino entró por mis fosas nasales y se volvió mi aroma favorito, pero tuve obligarme a parecer normal.

Tuve que obligarme a esconder cuanto me gustaba él. Me gustaba mucho y no estaba segura de si sentir esas cosas por un mejor amigo era normal, pero no deseaba que dejara de suceder.

Quería que se quedara.

—¿Qué era lo que ibas a decir antes? —me preguntó de repente él y cuando miré su rostro, vi que tenía los ojos cerrados.

Era tan guapo...

—¿Cuándo?

—Cuando hablaste de los secretos.

—Ah... —Negué, pese a que él no me veía—. No era nada importante.

Abrió los ojos y bajó su mirada hacia mí.

—Mientes.

Sí.

—Claro que no —le sostuve la mirada y no pude evitar pensar en lo cerca que estábamos—. No miento.

No pareció creerme, pero justo cuando comencé a cerrar los ojos y me permití sentirme absorbida por él, agregó: —No hay nada que desees contarme que pueda hacerme pensar mal de ti, Genneva.

—No puedes asegurar eso. No sabes todo de mí, Kaydan.

—Sé cierta parte, pero lo otro, lo que solo sabes tú, no hará nada en mí. No va a cambiar la realidad de lo que ahora creo que eres.

—¿Qué crees que soy? —enarqué una ceja—. ¿Irritable? ¿Intensa? ¿Un poco brava? —lo molesté—. ¿Muy bonita para ser real?

—Todo eso, incluyendo lo último, sí —mi corazón se aceleró—. Pero, sobre todo, tienes un orgullo muy bajo.

—¿Perdón? —jadeé.

—Nadie que tenga su orgullo en el lugar que es, sin duda alguna, se atrevería a andar con un gato como el tuyo —dijo con seriedad—. Es tan feo, que incluso te hace ver fea.

Solté una carcajada.

—¡Kaydan!

—Es lo que hay.

Las comisuras de los labios de él se curvaron cuando me vio reír y por un momento no dijo nada más, antes de solo agregar: —Cuando desees, puedes hablar, Genneva. Nunca te calles, no conmigo.

Esas palabras se quedaron en mi mente incluso cuando dejé que la sensación de su mano en mi cabello me hiciera dormir. Esas palabras se quedaron en mí por encima de todo lo que había pasado y pese a que deseaba confiar en que nada cambiaría entre los dos si él descubría todo sobre mi pasado, no estuve segura de querer hablar de esos años pasados.

No quería recordar nada, pero, mi cerebro siempre había sido como una cárcel de rejas doradas para mí y por eso mismo, apenas caí en los brazos de Morfeo, sin importar que físicamente estuviera protegida por Kaydan, mi mejor amigo, los recuerdos en forma de sueños llegaron a mí y me asfixiaron.

**

Tenía dieciocho años cuando lo descubrí.

Recordaba la sensación de terror recorrerme de arriba abajo, mientras la realidad me golpeaba con fuerza y hacía todo lo posible por no caer en la desesperación, pero era imposible.

Si estaba desesperada.

Normalmente, no solía decir nada y siempre era el fantasma de casa. La distante, la fría, la solitaria e incluso la odiosa.

Tenía muy poca relación con mis hermanas y pensar en la idea de estar cerca de ellas me asqueaba, pero no por ellas en sí, sino por lo que yo era. Por lo que había sido siempre.

Pero, aquel día, por primera vez en la vida, tuve la necesidad de hablar con alguien. Necesitaba hacerlo porque sentía que me estaba volviendo loca y sin importar qué tanto deseara refugiarme en el silencio y aislar las voces que me recordaban una y otra vez lo que solía suceder en algunas noches, aquella vez no fue posible.

Iba a explotar.

Iba a hacerlo y no sabía cómo iba a detonar, pero lo único seguro era que no sería nada bonito y por eso pensé que podía confiar en ella. Pensé que podría por primera vez en la vida tenerla a ella apoyándome, pero no, no fue así.

Tenía dieciocho años cuando descubrí que estaba embarazada de Jhonsson.

El descubrir esto me llenó de un terror infinito, mientras procesaba la cuestión de que algo que jamás había deseado estaba creciendo dentro de mí y no sabía cómo afrontarlo, porque, para empezar, jamás fue algo que deseé, algo que permití.

Sabía que si mi padre lo descubría estaría en muchos problemas, ya que desde que yo había alcanzado la mayoría de edad él estaba buscando cualquier excusa para joderme más de la cuenta y si descubría aquello, él... Iba a matarme.

No le tenía miedo a morir. Tenía miedo a dejar de estar y que todo el foco se fuese para Bianca, Nina y Elizabeth. No podía permitirlo, había pasado toda mi vida protegiéndolas y ahora mismo no podía desfallecer y por eso la busqué a ella.

A Bella Blinder.

Sucedió una noche. Era el cumpleaños número setenta de mi abuela y se celebraría una cena en la parte baja de la mansión. Sabía que todas mis hermanas ya estaban ahí y yo estaba haciendo todo lo posible por esconder los morados de piel y estar abajo a tiempo, pero, mientras hacía eso, no podía dejar de pensar en el hecho de que estaba embarazada y no quería estarlo.

¿Era una mala persona por eso? ¿Me merecía esto?

Las preguntas siguieron reproduciéndose en mi cabeza una y otra vez, justo cuando hubo una interrupción.

—¿Genneva? —en ese momento escuché que tocaron a la puerta de mi habitación y un segundo después, aquella se abrió y pareció mi madre con rostro serio y postura rígida—. Tu padre te está esperando abajo desde hace rato, ¿Por qué no has terminado?

La miré a través del espejo y seguí pasando el cepillo por mi cabello, mientras mantenía mi rostro estoico, pero sentía un nudo instalarse en mi garganta y mis manos volvían a temblar.

—Sabes que odia esperar.

Abrí la boca y la volví a cerrar. Lo hice de manera inmediata porque sabía que lo que estaba por pedir era lo más ilógico del mundo y más teniendo en cuenta quien era la persona que estaba frente a mí.

—Te espero abajo —me lanzó una última mirada—. Necesitas ser rápida, lo sabes.

La vi a ella comenzar a darse la vuelta para irse, pero de manera inmediata, sin poder contenerme y sabiendo que era la primera vez que realmente necesitaba a mi madre, sin importar demasiado que ella no me soportara y siempre dijera que odiaba mi actitud desde que nací. Jamás lloré demasiado, nunca hablé demás y siempre había sido muy retraída y silenciosa. Odiaba hablar, era más de escuchar, pero mi madre creía que no tenía sentimientos debido a eso.

Ella creía que no había un corazón latente dentro de mí, pero si lo había y se hallaba más roto que nunca.

—Espera, no te vayas —dije rápidamente, mientras soltaba el cepillo y me giraba hacia ella, siguiéndola hacia la puerta—. No te vayas, mamá.

Se detuvo en seco, se giró y me miró con el ceño fruncido, porque era la primera vez que le pedía que se quedara conmigo y no se fuera. Era la primera vez en mucho, pero mucho tiempo, que pedía algo y sentí que el mundo me daba vueltas, pero necesitaba que mi madre se quedara conmigo.

—¿Qué es lo que pasa, Genneva? —se giró completamente hacia mí con el ceño fruncido—. Necesito volver abajo.

—Lo sé, yo solo... —Negué y sentí mi corazón latir con más y más fuerza—. Te necesito, mamá. Por favor.

Vi a Bella Blinder suspirar como si no pudiera concebir el hecho de que su hija mayor le estuviera pidiendo algo y acercándose a mí, levantó la mano y acarició mi cabello. Lo hizo suavemente, mientras sus ojos claros me analizaban.

—Eres la mujer mas fuerte que conozco, Genneva. Tú no necesitas a nadie. Puedes con todo.

Negué, porque eso no era verdad y por ello dije: —Yo siempre te he necesitado, mamá. Te necesito al igual que Elizabeth, Nina y Bianca. Lo hago porque...

—No —Retiró la mano de mi cabello y me regaló una sonrisa templada—. Tienes dieciocho años, Genneva. Ya eres una mujer adulta y las mujeres adultas se hacen cargo de sus problemas.

Eso fue como una bofetada para mí.

Fue de esa manera y no porque fuese la primera vez que ella me hablaba así, sino porque en ese momento me sentía en el limbo y no tenía a nadie más y eso fue terrorífico.

—No más de estas escenas, Genneva —me advirtió—. Te vas a comportar y vas a bajar.

Sabía que mi madre solo tenía ojos para Nina. Ella era su vida, lo había sido desde siempre e incluso era mas importante por encima de Elizabeth, que era la más joven de todas, sin embargo, nunca me importó, jamás lo peleé porque no estaba para discutir alrededor de quereres ajenos.

Por ello mismo, nunca le había pedido estar para mí, pero en ese momento la necesitaba y fue por eso por lo que tragándome la bilis que subía por mi garganta justo cuando ella me dio la espalda de nuevo, solté de manera abrupta la realidad.

La verdad que me estaba carcomiendo.

—Estoy embarazada.

Mamá se detuvo en seco, con la espalda rígida, pero no me miró.

—Estoy embarazada de Jhonsson, mamá.

Ella ni siquiera se movió o dijo algo. No hizo nada, se quedó dándome la espalda como si no fuese merecedora de su mirada.

—Estoy embarazada, tengo dos meses y...

—No quiero escucharlo, Genneva —por fin se giró y me miró—. ¿No te cuidaste?

La miré estupefactada.

—Eres una mujer adulta hace mucho tiempo y, por ende, esto es tu responsabilidad. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

Nunca había llorado realmente frente a ella y tuve que parpadear de prisa para alejar las lágrimas, mientras sus palabras eran como mil puñaladas para mí.

—Yo no sé qué hacer con esto —confesé—. No sé y...

—Vas a hacer lo que tengas que hacer —siseó—. Es tu responsabilidad. Son tus acciones.

—¿Mis acciones?

—Te lo buscaste.

Me dio la espalda y volvió a caminar hacia la puerta con rigidez, ignorando mis palabras adoloridas y sintiéndome muy rebasado por absolutamente todo, volví a hablar:

—¿Por qué no puedes actuar tan solo una vez como mi madre? —la pregunta salió de lo más profundo de mi ser y pensé que dolió preguntar eso, pero lo que realmente firmó mi sentencia fue su respuesta:

—Porque prefiero pensar que yo no soy madre de una ramera como tú,

Genneva —me miró—. Es vergonzoso.

Me quedé ahí de pie por mucho tiempo mientras sus palabras se incrustaban en mi pecho. Me quedé ahí sintiendo el ardor rodearme y casi matarme, mientras enterraba las uñas en mi brazo y me prohibía llorar.

—No llores, no llores, no llores —me lastimé—. No llores, no eres una víctima. No lo eres.

Me repetí a mi misma que podría con aquello. Yo misma me haría cargo, lo haría y... El infierno se acabaría.

Realmente pensé que sería así, pero el infierno no se acabó, solo se transformó y...

—¡Genneva! —me desperté jadeando, mientras sentía dos grandes manos sarandesr mis hombros y sacarme de la bruma del sueño—. Vamos, despierta —me exigió la misma voz—. Es una pesadilla.

Jadeando, me obligué a abrir los ojos y traté de salir de la bruma de lo que sentía y dolía, pero los recuerdos continuaron viniendo a mí y en medio de los recuerdos de mi embarazo a los dieciocho y mi compromiso a la misma edad, recordé el verdadero dolor.

El dolor de la carta que fracturó mi vida en dos y me hizo olvidar cosas tan sencillas como leer.

—Mintió —levanté la cabeza y miré a Kaydan con mis ojos llenos de lágrimas—. Él no quería casarme con nadie, solo me vendió a un americano y se burló de mí por creer que alguien querría ser mi esposo.

Me estremecí.

—Mintió todo el tiempo.

—¿Qué? —Kaydan se vio perdido, pero la que estaba realmente pérdida era yo.

—Mintió y cuando estuve lejos, confesó realmente lo ruin que era. Confesó como arruinó el futuro de Nina.

Capítulo 32.

32

Genneva.

No había muerto por el veneno.

Los días comenzaron a avanzar después de la primera dosis de antídoto que me pusieron los doctores y pese a que recibir inyecciones cada ocho horas era doloroso y desalentador, el dolor en el cuerpo desapareció y la nariz sangrante también.

Dejé de tener fiebre, el hambre volvió y el frío se esfumó. Tenía un lado de mi garganta con morados debido a todos los chuzones, pero ese dolor no era nada para mí, teniendo en cuenta todo lo que había sentido cuando estuve tan enferma.

Los días pasaron, los doctores continuaron trabajando en una cura -la cual todavía no estaba-, pero según ellos, estaría pronto o eso se obligaban a decir, ya que Kaydan no dejaba de presionarlos.

Por otra parte, Kaydan seguía siendo el mismo gruñón de siempre, pero no conmigo. Mi corazón se aceleraba cada que anochece y decidía estar a mi lado cuando yo iba a dormir.

Sí, siempre me acompañaba.

No solía dormir mucho, eso a veces me preocupaba, pero él lo desestimaba y lo único que me pedía era que fuese yo quien descansara y lo hacía, pero la calma no duraba mucho.

Jamás lo hacía.

Al parecer, en mi mente, se había abierto una caja de pandora que me estaba devolviendo una y otra vez a los recuerdos de años atrás y pese a que me obligué a mí misma a no dejarme arrastrar al pasado y a lo que este significaba, la verdad era que no podía escapar.

No podía hacerlo porque cuando cerraba los ojos, sin más, volvía a Italia o a Carolina del Norte. Volvía a los lugares en donde mi alma se fracturó en trozos y desde ahí, jamás fue igual.

Solía despertar jadeando y temblando y Kaydan siempre estaba ahí en la cama o en unos de sus escritorios. Solía decirme que todo estaba bien, que él estaba ahí y pese a que me costaba por mucho tiempo el regular mi respiración y obligarme a tener en cuenta de que ya estaba muy lejos de esos lugares a los que en algún momento temí. Cuando lo hacía, cuando lograba salir de ese agujero negro, lo único que el rubio hacía era observarme en silencio y callar.

Jamás preguntaba que era o que dolía, porque estaba segura de que en mis ojos podía leer el hecho de que no quería hablar de eso.

No quería revictimizar mi pasado y, sobre todo, me negaba a contarle todo lo que había sucedido. Me negaba a dejar esa ventana abierta porque pese a que él dijo que nada de eso me definía y nunca pensaría mal de mí, no estaba segura de si eso era cierto.

No estaba segura de si sentiría asco de mí al saber toda la verdad y no entendí como estuve a punto de hablarle del embarazo que tuve. Kaydan decía que le parecía hermosa, que de cierta manera era perfecta y sin importar que yo no me sentía de esa manera, estaba aferrada a la idea de que por primera vez en la vida, sin importar la realidad, alguien me viese como algo valioso y sin duda alguna, deseaba que ese alguien fuese él.

Solo él.

Era sábado en la mañana, cuando desperté, los doctores ya habían dejado la inyección de la próxima dosis que me correspondía y todo alrededor estaba impecable.

Kaydan había limpiado.

Tenía un problema con el orden y nunca nada podía estar por fuera de lugar. Lo había visto y lo primero que hacía al despertar era encargarse del arenero de Barío y, al hacerlo y dejarlo impecable, el gato negro lo volvía a usar y aquella mañana no fue diferente.

—¿No podías usarlo antes de que lo limpiara? —espetó el rubio cuando vio al gato mear la arena limpia—. No seas bastardo.

Las comisuras de mis labios se curvaron y para irritarlo aun más, Barío salió de su arenero llenando todos sus alrededores de arena en bolitas y eso irritó aún más al otro.

—Maldito gato de mierda —dijo y limpió inmediatamente.

—Estoy segura de que si fueses amable con él dejaría de hacer eso —mentí, mientras sobaba mis ojos y me sentaba en la cama.

—Esto deberías de estarlo haciendo tú, no yo —fue su única respuesta.

—Puedo hacerlo —escondí una sonrisa—. Me siento un poco débil, pero lo haré.

Me puse de pie y él giró la cabeza para verme y, cuando lo hizo, sus ojos se deslizaron brevemente por mi persona al ver que llevaba puesta una de sus camisas y mirándome mal, solo gruñó:

—Manipuladora.

—Pésima palabra para iniciar la mañana y más cuando se trata de tu mejor amiga.

—Como sea.

Volví a sonreír y lo vi terminar de organizar, antes de ir a lavar sus manos y después agregar: —Ya hay desayuno para ti —señaló uno de los escritorios—. Come.

—Me bañaré primero.

—Puedes desayunar antes.

—Nop. El baño siempre va primero.

Le di la espalda para ir a buscar las bolsas de ropa que él me había comprado y cuando me moví hacia el pequeño espacio que era el closet en donde él antes había guardado sus propias cosas, descubrí que lo que había ahí pulcramente doblado era mi ropa y aquella fue categorizada por colores y...

—¿Doblaste mi ropa? —me giré para verlo.

—Odio el desorden.

—No estaba desorganizada.

—Ahí está mas organizada.

—Pero es tu closet.

—Ahora es tuyo.

Nos miramos unos segundos en silencio y no pude evitar sentir el calor subir a mis mejillas justo cuando mi mirada descendió a sus labios y recordé que él me confesó que nos habíamos besado.

Ese beso fue real y pese a que se sentía como un sueño en mi mente, como algo lejano. Lo que sentía a nivel físico era totalmente diferente y tan real, que a veces me costaba actuar como si nada y, para empezar, ni siquiera sabía como debía de actuar porque nunca tuve un beso real y que yo deseara.

Nunca y quería repetir, pero no sabía si él...

—Necesitas desayunar antes de tu otra dosis, Genneva.

—Una ducha rápido primero.

Tomé rápidamente algo de ropa y cuando comencé a caminar hacia el baño, él habló de nuevo.

—No tienes que estar perfecta a cada segundo del día, Genneva. Ni siquiera debes esforzarte para estarlo.

—¿Bañarse es querer estar perfecta? —lo miré por encima de mi hombro.

Abrió la boca para decir algo y supe que su respuesta no me iba a gustar y él también lo supo, ya que después de unos segundos, simplemente cerró la boca y dejó ir el asunto.

Bien.

Llevaba años de mi vida esforzándome por verme perfecta e impecable en cada instante. Esa había sido la manera como sobreviví y una de las reglas que siempre me puso Darwyn y ahora, sin más, no podía dejarlo atrás.

Probablemente, parecía algo vanidosa, pero la verdad era que en mi apariencia siempre estaba tratando de esconder el asco interno que sentía por mí misma y si bañarme y vestirme de manera linda iba a menguar un poco todo lo que llevaba años sintiendo por mí misma, lo haría.

Seguiría haciéndolo.

—Creo que gasté toda el agua caliente —le informé al rubio una vez terminé la ducha y volví con él, ya totalmente vestida.

No respondió, solo se sentó a mi lado y comenzó a destapar las bolsas de papel en donde estaba el desayuno.

Primero me ofreció una taza de chocolate en leche y lo tomé ansiosa deseando despejar el frío, mientras que al mismo tiempo me ofrecía un sándwich de pavo caliente.

—Amo el pavo —le dije y le di el primer mordisco, casi gimiendo cuando la calidez de la salsa de mantequilla llenó mi boca.

—Lo sé.

—Amo que lo sepas —aseguré—. También amo el sándwich de atún.

—Anotado.

Seguí devorando todo lo que él me pasó y mientras hacía eso, de repente, en medio del silencio, dije: —¿Qué crees que está haciendo Darwyn?

Kaydan se quedó estático ante la pregunta y no pasé por alto la manera como sus hombros se tensaron.

—¿Cómo se supone que lo sepa? —preguntó—. Y, mejor aún, ¿por qué debería de importarnos?

—Solo lo pienso —admití.

—¿Solo piensas en él?

Su mirada verde con bordes azules dio con la mía y pese a que su rostro era una máscara totalmente impenetrable, había un deje de furor ahí.

—Pasé los últimos siete años de mi vida con él, Kaydan —expliqué—. Es imposible que no piense en él.

—Es imposible —repitió y me lanzó una dura mirada, justo cuando su teléfono sonó y nos sacó a ambos de nuestra conversación.

Seguí comiendo en silencio y pese a que hora la atención de él estaba en su teléfono y en la conversación fría que estaba teniendo en inglés. Me sentí culpable por sacar el tema.

—¿Me estás avisando o me estás pidiendo permiso? —fue la respuesta que él le dio a la persona que estaba al otro lado de la línea—. Porque si es la primera opción, tendrás problemas.

Nunca alzaba la voz.

Kaydan hablaba con una letalidad calmada y pese a que no gritaba y mucho menos despotricaba como un demente. Había cierta letalidad en la manera como hacía las preguntas y como esperaba en medio de densa frialdad una respuesta para así, de manera evidente, dar su veredicto.

—Viajaré hoy para allá —respondió—. Y, cuando llegué a la ciudad, espero que lo que me estás diciendo esté solucionado.

Escuchar que iba a irse hizo que mi corazón se acelerara de manera casi doloroso, pero me repetí a mí misma que esto iba a suceder tarde o temprano.

Era natural. Inevitable.

Vi al rubio seguir escuchando en silencio y su mirada dio conmigo cuando descubrió que terminé el sándwich y sin dejar de atender lo suyo, tomó un pan de mantequilla y queso en rebanada y comenzó a quitarle los bordes tostados, antes de ofrecérmelo.

Sonreí.

Pese a lo que sentía en el pecho por su inevitable partida, sonreí. Lo hice porque él me prestaba atención más que nadie y, evidentemente, sabía que esa parte del pan era mi menos favorita.

—Krepto se quedará aquí, dile al piloto que estaré en la pista en menos de tres horas —respondió a algo—. Y dile a Susan que la espero en la oficina en la noche.

Susan.

Ya había escuchado ese nombre con anterioridad y ahora sabía que era su secretaria. Lo sabía y pese a ello sentí una incomodidad crecer dentro de mí.

No empieces —me dije mentalmente, terminando la segunda tajada de pan sin bordes que él me dio—. No lo hagas.

—No me cabe un bocado más —le dije a él, una vez terminó su llamada e intentó hacerme comer más—. Gracias, Kaydan.

Asintió, sintiéndose muy a gusto con todo lo que yo había comido.

—Bien, en diez minutos podremos llamar para que vengan a poner tu dosis.

—Está bien.

Se hizo un silencio y lo vi a él revisar su teléfono, mientras yo solo me quedaba ahí y...

—Y, entonces, volverás a Inglaterra —traté de sonar lo más normal posible.

—Sí, tengo asuntos allá.

Pensé en ofrecerme a ir con él, pero antes de llegar a cometer tal vergüenza, él añadió:

—Tendrás todo aquí. Krepto y otros de seguridad se quedarán para cuidarte y Justien seguirá a cargo de tu salud.

—Seguro, sí —asentí, deprisa—. Gracias. Gracias por todo.

Asintió y justo en ese momento recibió otra llamada y, al hacerlo, se tensó y para responderla, solo se puso de pie y se alejó.

—No pases pena, Genneva. Basta —me regañé, no pudiendo creer que estuve a punto de pedirle que me llevara con él—. No lo hagas.

Era evidente que él tenía muchas cosas por hacer y asuntos para ponerse al día.

A veces, solo estando con él y teniendo nuestras peleas verbales, tendía a olvidar quien era realmente Kaydan y su poder. Tendía a olvidar que ni siquiera, para empezar, debíamos de estar juntos y tuve que obligarme a recordarlo, porque aterrizar siempre era la mejor opción para no estrellarse de frente con la realidad.

Para no joder lo que ya estaba jodido.

El resto de la tarde me ocupé pintando en uno de esos cuadernos de dibujos que Kaydan mandó a comprar para mí e incluso distraje un poco a Barño, pero pese a que intenté pasármela ocupada, nada de aquello logró sacar de mi cabeza el hecho de que él iba a irse y cuando eso ocurrió, puse una careta tranquila en mi rostro y escondí lo que estaba sintiendo.

—Krepto estará al tanto de todo lo que necesites, ¿bien? —me dijo el rubio y no pasé por alto que la ropa cómoda había desaparecido y ahora llevaba un traje negro a medida y una gabardina del mismo color—. Pide cualquier cosa que necesites.

—De acuerdo, gracias.

—Ten —él me ofreció de repente un teléfono y yo lo miré insegura—. Tienes mi número ahí.

—Yo... —Me sentí estúpida—. No podría escribirte porque...

—Lláname, Genneva —me cortó—. Lláname cuando me necesites. Responderé.

Acepté el teléfono en silencio y él dijo algo más sobre que podía usarlo en lo que deseara y asentí, mientras sus ojos me detallaban y tras un leve silencio, solo añadió:

—Bien, cuídate. Te veré en cuatro días.

—Está bien.

Sacó su teléfono para escribirle un mensaje a alguien y no pude evitar preguntarme si debía darle un abrazo de despedida o algo, pero Kaydan me evitó eso, ya qué se centró

en su llamada y supe que era un tema muy importante, ya que se alejó y yo le di su espacio.

Le di su espacio para que se fuese y se alejara de mí. Le di el espacio para que volviera a la vida y el mundo al cual pertenecía él y yo jamás encajaría.

**

El primer día que Kaydan se fue no hice mucho. Tuve mis comidas a tiempo, pinté un poco más en esos tontos libros e incluso exploré un poco el teléfono pero no entendí mucho.

También recibí mis dosis y después de eso, me encerré en el baño a llorar al ser consciente de todos los días que llevaba sin Juls y todos los días que me quedaban enfrente para seguir sin ella.

A veces, en medio de la monotonía y mi propio malestar, solía olvidar por fracciones de tiempo su ausencia y lo que hacía en mí. Pero, entonces, cuando volvía a la realidad y sentía ese trozo faltante en mi pecho, esa rueda importante y ahora ausente, era justo cuando el mundo volvía a arder y tenía que llorar.

Tenía que hacerlo porque el dolor nunca se iría y solo se estaba transformando: Se había transformado en su inevitable y perpetua ausencia.

—Te amo —le dije a su recuerdo esa primera noche, mientras lloraba ahora en la cama y miraba mis manos—. Te amo y te extraño mucho, Julieth.

Nunca volvería a tener una respuesta. Jamás.

El segundo día me obligué a mí misma a hacer algo más y, al igual que Kaydan, amaba la pulcritud y por eso limpié absolutamente todo, después tomé una ducha y luego del desayuno, finalmente, me obligué a llamarlo.

Quería escucharlo.

Entré en el icono de llamadas y marqué al único número que estaba guardado y esperé en silencio. Lo hice mientras mi corazón se aceleraba y por un momento pensé que no tendría respuesta, hasta que la hubo, pero no fue suya.

—Buenos días, habla Susan Daniels, secretaria del señor Von Sclaén. ¿Con quién tengo el gusto?

La voz joven que llegó a mí me hizo aguantar la respiración, mientras miraba pensativa por la ventana y...

—¿Bueno?

—Uhm, hola, buenos días —dije—. ¿Se encuentra Kaydan?

Hubo una pausa.

—¿El señor Von Sclaén?

—Sí —solté de prisa—. Es que necesito hablar con él.

—Que pena, ¿de parte de quién? —quiso saber ella en un tono profesional.

Abrí la boca y la volví a cerrar, justo cuando agregé:

—El señor Von Sclaén en este momento está en una junta, pero, si desea, puede pasarle su recado o, por lo contrario, puede llamar más tarde.

—Sí, sí —asentí—. Gracias, sí, lo haré. Lo siento. Hasta luego.

Me sentí como una estúpida. ¿Había algún horario en especial en el que uno debía llamar a sus amigos?

Quizás había sido imprudente de mi parte llamarlo tan temprano. Él estaba trabajando y, además, ¿Qué le habría dicho de todos modos? ¿Hola? ¿Te he extrañado mucho?

Me sentí mortificada por lo estúpida que era y me negué a volver a llamar. Solo me tiré en la cama y sin saber mucho del teléfono, comencé a meterme en muchas aplicaciones para ver que había y tras horas de solo hacer eso, encontré un lugar en donde aparecía leyendas que yo no podía leer, pero también muchas imágenes de todo tipo de flores, con gran variedad de colores y comencé a verlas en silencio, encantada con los tonos y lo bonito que se percibía todo.

Seguí mirando todo, justo cuando Krepto entró para dejar mi almuerzo y cuando estaba por irse, me puse rápidamente de pie y lo llamé.

—Hola, espere —lo detuve—. Lo siento, ¿cree que pueda explicarme algo?

El gran hombre se giró para verme con rostro inexpresivo, justo cuando lo alcancé.

—¿En que puedo ayudarla, señorita?

—Es que encontré flores aquí —le expliqué mostrándole el teléfono y él lo miró sin un ápice de emoción—. Me gustaría no perder esto para seguir viéndolo después. ¿Cómo lo hago?

Me miró unos segundos y después respondió: —Simplemente es Google imágenes.

—Google imágenes —repetí.

—Ajá.

—¿Y como no pierdo las imágenes? —insistí—. Por ejemplo esta me gusta —le mostré una flor violeta—. Quisiera seguir viendo así y...

—Solo guarde la fotografía en el dispositivo, señorita —soltó como si fuese lo más obvio del mundo.

Miré de nuevo el teléfono y fruncí el ceño.

—¿Podría enseñarme a como hacerlo y donde encontrarlas después?

Por la mirada que me dio supe que probablemente pensaba que era el pedido más estúpido del mundo. Aun así, me explicó cómo hacerlo y, después de ahí, me pasé horas descargando imágenes de todos los tipos de flores que me salieron y estaba segura de que jamás había visto tanta belleza junta.

Ese mismo día, en la noche, justo cuando Justien puso mi dosis y se marchó, Krepto vino con mi cena y la dejó la mesa sin decir mucho.

—Hola, una pregunta —dije con calma—. ¿Sabe si Kaydan ya salió de trabajar? —pregunté—. Quería llamarle, pero...

—Sigue en la oficina —fue su tajante respuesta—. Hoy sigue de largo.

—Oh —asentí—. Entiendo.

—Bien.

Él comenzó a girarse para irse y de repente, siendo esa misma Genneva directa que había sido siempre, lo llamé de nuevo y levantando mi cabeza en un acto firme, pero no necesariamente de desafío, pregunté:

—¿No le agrado, verdad?

—¿Perdón? —me miró.

—Pregunto que si no le agrado —reiteré.

—No la conozco.

—Claro está, pero no esconde el hecho de que no le agrado.

—No debe de agradarme. Solo estoy siguiendo órdenes.

—Ya veo —asentí y mis ojos dieron con los suyos—. Puede decirlo, lo veo en su cara.

No respondió.

—Supongo que es un hombre directo y yo, francamente, soy una mujer bastante sincera, entonces, puede decirlo —lo invité—. Hay en su cara algo que desea decir y puede decirlo en este momento.

Por un instante pensé que no diría nada, pero sí que lo hizo.

—No debería de estar aquí —se mantuvo templado—. No es de este mundo y el que este aquí, de manera tan arraigada, está haciendo que las columnas de este mundo se tambaleen.

No dije nada y solo lo observé en silencio, mientras sus palabras se incrustaban en mi pecho, pero yo me mantenía firme.

—No es personal, solo pienso que no debe de estar aquí y solo representa un peligro y distracción para él.

—No busco ser eso en la vida de Kaydan —me obligué a responder.

—Pero lo es y está mal. Ha descuidado muchas cosas por estar detrás de usted. Ha permitido que se le vea con debilidad debido a usted y, en este mundo, ¿sabe que pase cuando se dan cuenta de que se tiene una debilidad?

No respondí.

—Te atacan como hienas y te destruyen como mierda.

La idea de que Kaydan estuviera en problemas por mi culpa me hizo sentir ansiedad, mientras yo solo miraba en silencio a Krepto.

—Será la caída del imperio de Kaydan —añadió—. Apenas llega y ya veo cómo va a hacer desplomar todo. Todo por lo que él y su tío trabajaron.

—Yo...

—Mi tarea es protegerlo a él, siempre ha sido así y seguirá siendo de esa manera, incluso cuando él pone a una mujer que apenas conoce por encima de sus hombres más leales.

Sabía a que se refería con eso.

Sabía que cuando Kaydan me prometió que yo no iba a morir noches atrás, sin más, él había tomado la decisión de salvarme a mí por encima de sus hombres y ahora que Krepto lo decía, era verdad.

Eso había estado mal y...

—Tengo entendido que lo único que necesitaba era que él la ayudara a escapar de Darwyn y después de eso se iría, ¿no?

—Sí.

—Ya está lejos de Darwyn, ¿por qué sigue aquí?

Esa pregunta fue fuerte. ¿Por qué seguía yo ahí...?

—Kaydan y yo somos amigos.

—Es una carga para Kaydan y alguien tiene que decírselo, señorita —fue rudo, pero sincero—. Si tanto le importa él y es verdad que es su amigo y ya tomó de su persona lo que necesitaba, hágalo —señaló la puerta—. Aproveche que él está lejos y váyase. No arruine más esto.

Un nudo se instaló en mi garganta.

—Váyase con todos esos problemas que acarrea.

—No puedo irme. Mi gato y yo...

No teníamos a donde ir y...

—Seguro —me miró de arriba abajo y me dio la espalda—. Vio la manera de tener algo grande y no va a irse. Las oportunistas jamás lo hacen y eres muy buena fingiendo no ser una.

—No soy una oportunista.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

Vi al hombre marcharse y dejarme ahí con el corazón en la mano, mientras sus palabras se incrustaban muy dentro de mí y no volvían a salir jamás.

Nunca.

¿Cómo lo harían?

Aquella noche, cuando Kaydan llamó al teléfono, no le respondí y en medio de la ansiedad y la vergüenza ajena de la verdad que me dijo Krepto, solo pensé en una cosa:

Yo no podía seguir siendo una carga más.

[vhttps://t.me/Butaca_Digital](https://t.me/Butaca_Digital)

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 33.

33

Ginebra.

Estaba muy agradecida con Kaydan.

Si la gratitud dentro de mí tenía un perteneciente. Para siempre, sin importar qué, sería únicamente para él.

Al inicio y en variedad de días, Kaydan no era siempre la persona más amable del mundo, pero se esforzaba cada día por ser paciente conmigo y de alguna u otra manera, terminaba haciendo cosas por mí que no eran su responsabilidad, pero aun así las hacía y por eso le agradecería siempre.

Por hacer cosas por mí cuando nadie, ni ahora, ni en el pasado, había hecho ni un solo movimiento por mi persona.

Y, pese a que estaba molesta con Krepto por la manera como me había hablado y mirado. Era bastante evidente que el enojo no podía cegar la realidad que había a mi alrededor y esa realidad si tenía mucho que ver con lo que él dijo.

Yo estaba arruinando a Kaydan.

Era mi amigo, claramente jamás lo haría a propósito, sin embargo, si estaba sucediendo y lo sabía por la decisión que tomó de deshacerse de su hombre y, más allá de eso, la distracción y constantes problemas que le traía encima.

Quizás si era una oportunista.

Sí, lo era.

Había encontrado comodidad, silencio y protección alrededor de él y había hecho todo lo posible para aferrarme a ello. Lo hice sin pensar que quizás él ya no podía pedirme que me fuese, pero muy en el fondo ya era consciente de que estaba arruinando parte de su mundo, justo como lo dijo su mano derecha.

—Hemos tomado más de lo que merecemos —le dije a Barño la mañana del mismo día que llegaba Kaydan en la tarde—. ¿No queremos ser otra carga de nuevo, verdad?

Barño restregó su cabeza contra mi mano y yo sonreí con desgano, mientras seguía sintiendo el mismo nudo de siempre en mi garganta. Un nudo que me hablaba de querer llorar y demás, pero no podía hacerlo. No podía llorar y tampoco quejarme porque Krepto tenía razón y yo era una mujer lo suficientemente adulta y sincera para aceptarlo.

Así que, por eso mismo, después de pasar toda la noche desvelada pensando en que debía de hacer y como hacerlo, fue que tomé una decisión.

Lo hice porque era inevitable y si Kaydan había volado tan deprisa a Inglaterra y había estado tan tenso, aquello solo quería decir que algo realmente malo estaba sucediendo y tenerme en su vida no ayudaba.

No lo hacía.

—Nos iremos —le avisé al gato, mientras finalmente me ponía de pie y sentía mi estómago revolverse—. Lo haremos.

Tenía todo pensado y era consciente de que rubio se enojaría demasiado conmigo por mi decisión, pero esperaba que pudiera entenderlo.

Realmente, una parte ansiosa y débil dentro de mí, esperaba que no pensara que era una desagradecida y más allá de eso, entendiera que lo que estaba haciendo era porque no deseaba seguir siendo una carga y él ya me había ayudado lo suficiente.

Demasiado y más de lo que yo merecía.

No solo había dejado en claro que podía ser chantajeado por sus enemigos, sino que empezó una guerra con su propio primo y ahora tenía a sus hombres indignados y...

Sí, debía irme.

—Es una carga para Kaydan y alguien tiene que decírselo, señorita. Si tanto le importa él y es verdad que es su amigo y ya tomó de su persona lo que necesitaba, hágalo. Aproveche que él está lejos y váyase. No arruine más esto.

Esas palabras de Krepto se repitieron en mi cabeza por horas y cada que volvían a mí, vez tras vez, sentía como el malestar me envolvía y casi me hacía añicos.

—Vete —me dije—. No más excusas, solo hazlo y... Hazlo, Genneva.

Iba a hacerlo y era mejor ahora que él no estaba cerca, porque si volvía y lo miraba a los ojos, no sería capaz de irme, sin importar que yo fuese la culpable de todo lo que estaba pasando.

Me obligué a dejar de pensar en cuanto me gustaba estar ahí y tomando una bolsa plástica negra, empaqué algunas cosas esenciales. La comida de Barño, su manta, el arnés que Kaydan le compró y, después de eso, no sabiendo si era correcto tomar algo de la ropa que el rubio me compró, lo sobrepensé por un momento, justo cuando el teléfono sonó con una llamada y supe que era él.

Lo supe y mi corazón se aceleró de manera frenética y punzante, mientras me debatía en si debía responder o no. En sí debía decirle la verdad o simplemente irme y...

—No se lo merece, Genneva —me regañé—. Tú no eres así y él no merece llegar y descubrir que te fuiste. No lo hace.

Sin importar todo lo que había pasado en la vida, siempre había sido reconocida por mí misma como una mujer que tenía el carácter lo suficientemente definido para decir y hacer las cosas y pese a que en ese momento el corazón me dolía y me sentía pérdida, no podía darle a él menos de lo que me otorgó desde que me ofreció su ayuda y fue por eso mismo que respondí a su llamada.

Fue por eso mismo que casi se me detuvo el corazón cuando escuché su voz y me di cuenta de que había extrañado su frialdad y rudeza.

—Genneva —dijo en forma de saludo y había cierta tensión en su voz—. Llamé anoche, ¿por qué no respondiste?

Tan educado como siempre.

—Hola, Kaydan, yo estoy bien, espero que tú también —mi voz sonó amable, suave.

—¿Por qué no respondiste?

—Estaba dormida —mentí—. Pero ahora te respondí.

Hubo una pausa y luego volvió a hablar.

—¿Cómo has estado?

—Bien, gracias por preguntar.

Caminé hacia la ventana y miré el nublado día en silencio. Mientras pensaba cuales eran las palabras correctas que debía decirle.

—Espero que tú también —agregué—. Te llamé ayer en la mañana, pero respondió tu secretaria.

—Lamento eso. Susan si me notificó —explicó—. El teléfono se descargó y lo dejé con ella cargando.

—Entiendo.

El silencio volvió y por un instante ninguno de los dos dijo nada más y supe que era el momento indicado para decirle que iba a irme, pero antes de llegar eso, él se me adelantó:

—Hoy llegaré un poco más tarde, tengo que ir al centro de la ciudad a recoger algo, pero creo que estaré en la noche.

—No te preocupes.

—Ese apartamento es muy pequeño para ti y Barño —siguió diciendo y yo mordí mi labio inferior con fuerza, sin saber cómo simplemente soltarlo—. Estoy buscando otro lugar más cómodo para ustedes y quiero que veas cuál te gusta o...

—No tienes que hacer eso, Kaydan, en serio —lo frené, porque la idea de que él estuviese buscando un mejor lugar para mi gato y para mí hizo estremecer mi corazón y algo más.

Algo emocional que le pertenecía a él.

—Necesitas un lugar mas grande. Un lugar que tenga cocina y un espacio para que ese andrajoso gato se desestrese.

—No tienes que hacerlo —repetí con más firmeza, pero sin perder el toque amable—. En serio, ya has hecho suficiente y no quiero más.

—¿A que te refieres con eso? —preguntó.

—A nada, simplemente no quiero que te tomes más tareas por mí. Aquí hemos estado muy bien y te lo agradezco.

La pausa volvió y no debía tenerlo de frente para saber que mis palabras lo habían irritado.

—Este espacio es muy lindo —traté de calmar la tempestad—. Tienes un gusto excepcional con la inmobiliaria y...

—¿Estás molesta conmigo? —me interrumpió de manera tosca—. ¿Es eso?

—¿Qué?

—Solo di si estás molesta y listo —ordenó—. No es tan difícil.

—Ahora no estoy molesta contigo, pero si continuas hablándome así, en definitiva, si me voy a molestar —le advertí.

Lo escuché gruñir algo en voz baja.

—¿Es por la llamada? ¿Por qué no la respondí? —indagó—. Ya me disculpé por eso, Genneva. Te devolví la llamada en la noche.

¿De verdad él creía que estaba molesta por qué no atendió a mi llamada?

—Kaydan, no es eso.

—¿Entonces que es?

—Nada.

—Mientes —afirmó.

Le repetí que no y ante eso, él me repitió que cuando llegara aquí, íbamos a hablar y, después de eso, iríamos a buscar otro lugar más grande.

—No hay que buscar un lugar mas grande y si fuese el caso que necesitara algo así, primero necesitaría un empleo para poder costear un lugar así de grande.

—No necesitas nada de eso —dijo como si nada—. ¿Por qué te preocupas por el dinero? ¿Quién habló de dinero?

Sabía que él no estaba hablando del asunto y probablemente estaría encantado de gastar su dinero en mí, pero mientras sopesaba aquello, la palabra “oportunista” volvió a mi mente y si Krepto ya veía aquello, solo era cuestión de tiempo para que Kaydan también lo sintiera de esa manera y yo no podía soportarlo.

No podría soporta la idea de que él pensara que me estaba aprovechando de él.

—Hablaemos mas tarde —reiteró—. Ahora debo hacerme cargo de algo, pero...

—Voy a irme —solté de manera abrupta, sabiendo que el tiempo iba a acabarse y él iba a terminar la llamada.

El otro lado de la línea enmudeció y mi corazón se acelero con fuerza dentro de mí, mientras las náuseas me rodeaban.

—No por nada malo, sino que lo estuve pensando y quiero irme. Aun así, quería agradecerte por todo porque eres mi mejor amigo y a los amigos hay que agradecerles y...

—¿Quieres irte? —repitió finalmente y ahora si que no existía ni un solo gramo de emoción o sensación en su voz.

—Sí.

—Quieres irte y justo lo decidiste cuando salí del país —señaló.

—Kaydan...

—¿Cuándo lo decidiste? —quiso saber—. ¿Ahora?

Estaba molesto.

—No, ayer —confesé—. Lo pensé en toda la noche y tomé la decisión.

—Creí que no me habías respondido la llamada porque te dormiste temprano —señaló.

Mierda.

Me quedé callada y pese a que era consciente de que todo esto era para el bienestar de él, me sentí muy mal.

—Estás enferma, no puedes irte. El veneno sigue dentro de ti —añadió.

—Estaba pensando que podías decirles a tus médicos que me dieran unas cuantas dosis para llevar —dije—. Puedo ponerlas yo misma y...

—No.

—¿Ah?

—No vas a irte.

—Ah, sí, lo haré —aseguré—. Iba saliendo cuando me llamaste.

Supe que no debí decir eso. Lo supe por la manera como el silencio volvió y yo sentí la culpa asentarse en mi pecho y picarme con fuerza.

—Agradezco todo lo que has hecho por mí, Kaydan —mi voz sonó más suave—. Lo juro.

—Sí, se nota —el sarcasmo llegó—. Tanto, que ibas a irte sin decírmelo. Si no hubiese llamada, ¿solo te habrías ido?

No dije nada.

—¿A dónde se supone que irás?

—Me las arreglaré.

No quise mentirle más y por eso me quedé callada, mientras trataba de regular lo que estaba sintiendo.

—No eres una rehen o algo por el estilo, pero estás siendo injusta.

—Kaydan.

—Debo irme, tengo algo que atender.

No quería que la llamada terminara sin que él y yo hubiéramos hablado bien todo. Podía entender de cierta manera su reacción, pero necesitaba saber qué entendía.

Necesitaba saber que no me odiaba, porque yo jamás podría odiarlo a él,

—No te enojas conmigo —le pedí antes de que colgara—. Por favor, Kaydan.

No respondió.

—Eres mi amigo.

—Y mira como le pagas a tu supuesto amigo.

Auch.

—Te estoy agradeciendo lo que hiciste por mí —le repetí—. Estoy...

—Espera a que vuelva —fue todo lo que dijo—. Si deseas irte y todo eso, bien. Pero espera a que vuelva y háblalo conmigo de frente.

—¿Por qué estás tan aferrado a me quede?

No respondió.

—¿Por qué? —insistí.

—No tiene sentido que te vayas. No después de lo que tenemos.

El vacío en mi estómago se abrió y las palabras de Krepto volvieron a resonar en mi mente y por ello dije: —Somos amigos, Kaydan. No tenemos realmente nada y si es por nuestra amistad; los amigos se distancian y después se vuelven a encontrar. Eso es todo.

—Bien —respondió después un minuto en silencio—. Entonces las puertas del lugar están abiertas. Vete.

Colgó la llamada y yo me quedé ahí mirando el teléfono con las manos temblorosas, mientras sentía ganas de llorar y volver a llamarlo para hablar todo, pero después caí en cuenta de que era lo mejor y en algún momento él lo iba a agradecer.

Iba a agradecer quitarse del camino a una mujer como yo.

**

—Si deseaba irse realmente, se lo hubiese guardado solo para usted —me dijo Krepto con cara de pocos amigos, justo cuando bajé las escaleras del lugar y me detuve en el primer piso, sosteniendo a Barño contra mi pecho—. Sabía que diciéndoselo a él, ¿iba a tratar de detenerlo, no?

La miré fijamente por unos segundos y sopesé en responderle con altanería, pero lo dejé de lado.

—¿Puede llamar a un taxi? —pregunté—. Lo agradecería.

No se movió y yo solo continué esperando con paciencia, mientras me decía a mí misma que todo estaría bien y que encontraría la manera de hacer todo bien.

Lo haría.

—¿Con que se supone que va a sobrevivir? —preguntó de repente—. Mejor vuelva arriba y espere a que él llegue.

—El taxi —repetí.

No se movió, de nuevo.

—Escuche Krepto lo que le voy a decir y esta será la última vez que me dirija hacia su persona —mi voz sonó helada— He conocido una gran cantidad de bastardos infelices, poco empáticos y caballerosos. Usted no es el primero y mucho menos será el último

de esa lista —levanté la cabeza para verlo a los ojos—. Puedo entender todo lo que dijo ayer y como desea proteger a Kaydan, se la doy por eso. Pero, después de ahí, créame que no me interesa oír ni un solo comentario más de su parte.

Frunció el ceño.

—Ahórreselo porque nada de lo que salga de su boca me interesa y si vuelve a negarse a llamar un taxi o decide darme otra de sus opiniones, las cuales no pedí, ¿sabe que haré? —le pregunté—. Llamaré a Kaydan y le diré que decidí irme por culpa de su mano derecha, el cual, aprovechando su ausencia, me atacó.

—¿Me está amenazando?

—Sí —estaba dolida, asustada, confundida y muy enojada—. Ahora deje de hablarme y, por favor, llámeme un taxi.

Me miró por unos segundos y después, como si nada, solo dijo: —Bien, me da igual.

Esperé paciente a que llamara al taxi y agradecí haber encontrado una mochila en donde había logrado guardar la bolsa con las cosas de Barío. Sin querer parecer descarada, tomé un poco de la ropa que Kaydan me dio y convencí al doctor de darme ocho dosis del antídoto.

—No creo que sea buena idea —había dicho el doctor Justien, mientras me ofrecía una diminuta nevera que parecía una cartera plateada en donde se podían refrigerar las inyecciones—. Cuando las muestras se acaben...

—Esperemos a que eso suceda —fue lo que dije con amabilidad—. Gracias.

Él le tenía miedo a Kaydan y sabía que probablemente le había avisado ya de mi decisión. Por suerte, el rubio no me llamó y eso fue un respiro para mí porque no estaba segura de poder escuchar su voz de nuevo.

Cuando el taxi llegó y se detuvo finalmente, caminé hacia aquel sin mirar jamás hacia atrás y tampoco dar algunas gracias. Me repetí una y otra vez en la mente que aquello era lo correcto y una vez la puerta se cerró detrás de mí, le pedí al conductor que me llevara al centro de la ciudad.

—¿Desea que la deje en algún lugar en especial? —me preguntó amablemente el señor.

—Solo en el centro o donde estén los hoteles y hostales.

—De acuerdo.

La amenaza que le solté a Krepto no era del todo real. No iba a decirle a Kaydan jamás lo que me había dicho su mano derecha porque, siendo realista, estaba segura de que no se lo tomaría bien y pese a que el otro hombre no me agradaba, lo último que deseaba era su muerte.

—Por aquí puede encontrar variedad de hoteles, señorita —después de un rato, el conductor se detuvo en un lugar rodeado de plazas y hoteles.

No había mucha gente alrededor debido al clima, pero se veía seguro.

—De acuerdo, tenga —le ofrecí un billete.

Debí sentirme mal por haber tomado dinero en efectivo de Kaydan -si me sentía muy mal-, pero después se lo devolvería y, además, él me había dicho que si necesitaba algo lo tomara y sí.

Tomé unos cuantos de sus billetes, pero no todos. Sabía que eran de cien porque él me lo había dicho, pero solo agarré un par y dejé el resto ahí.

—*Oportunista —me gritó mi mente—. Oportunista.*

Me bajé del taxi una vez recibí el cambio y no supe si el conductor me devolvió lo que era o no. Solo guardé el cambio, apreté a Barño contra mi pecho y me dispuse a caminar.

Nunca había caminado por las calles solas. Jamás.

Siempre había estado en el poder de alguien y hacerlo, así sin más, me llenó de ansiedad porque no podía leer nada de mi alrededor y tampoco sabía hacia donde tenía que ir, pero, siendo la mujer que era, me obligué a mí misma a esconder el temor y me recordé lo que tenía que hacer.

Necesitaba aprender a salir adelante.

Kaydan había sido de gran ayuda para mí y, de nuevo, siempre estaría agradecida, pero si él no hubiese deseado ser bueno conmigo o algo por el estilo, yo sola habría tenido que hacerme cargo de mi vida y de la de Barño y eso era lo que iba a hacer.

Lo haría.

Pasé parte de ese día buscando en donde quedarme y en los dos primeros lugares no me aceptaron porque no tenía dinero suficiente para pagar como mínimo dos noches. En el tercer lugar no aceptaban animales y, por último, yendo más al otro lado del centro, justo cuando se comenzó a nublarse más y más y la llovizna vino. Me rechazaron por no tener identificación para registrarme.

Me comencé a sentir frustrada porque por nada en el mundo pensé que no fuese a encontrar un sitio en donde quedarme. Pensé que los pocos billetes que había conseguido sería suficientes para darme al menos una semana en algún lugar económico y, después de ahí, lo haría.

Iba a buscar empleo, encontraría una habitación para Barño y yo, ahorraría para pagarle a Kaydan y todo estaría bien.

Eso quería pensar.

No tenía estudios para buscar empleos profesionales, pero vería si podía conseguir algo limpiando o algo por el estilo.

Me aferré a esa idea por mucho tiempo, justo cuando encontré un hostal y estuve por pagar la habitación por dos noches, justo cuando descubrí que tendría que compartir habitación con dos hombres y una mujer más y, definitivamente, la respuesta fue no.

No podía hacer eso.

Pasé una hora más deambulando y, por suerte, terminé encontrando una de las estaciones del tren y cuando se soltó la fría e histérica lluvia, no me quedó más opción que entrar y refugiarme en el lugar.

Había una gran cantidad de gente moviéndose de un lado a otro y sintiéndome un poco estúpida, miré a todas partes sorprendida por la logística del lugar, hasta que sentí que me había vuelto la atención de todo el mundo y sabiendo que era por el gato, caminé deprisa entre los vagones deseando encontrar un baño y esconderme por si me veía seguridad.

Encontré el baño público de mujeres unos minutos después y suspiré aliviada cuando lo hallé vacío.

—Vamos a estar bien —le dije a Barío, mientras ajustaba la puerta y soltaba al gato en el piso—. Lo estaremos.

Tenía que organizarme y pensar todo de nuevo. Quizás había sido un poco irresponsable el salir así tan molesta y sin un plan mejor ejecutado, pero... Estaría bien.

Eso quería pensar.

Me senté en el piso del gran baño y abriendo el morral saqué el agua y la comida de Barío, mientras sopesaba mis opciones. Quizás esa noche iba a tener que pasarla ahí, pero mañana, en la mañana, buscaría de nuevo un hotel asequible y después preguntaría por un trabajo.

—Lo haré —vi como Barío bebía agua—. Conseguiré un trabajo. Lo haré.

Estaba tan distraída mirando al gato, que tardé un segundo en darme cuenta de que la puerta del baño se estaba abriendo y, cuando ésta se abrió, su figura apareció y...

Él enojó cayó.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 34.

34

Genneva.

Con solo verlo a los ojos supe que él estaba furioso conmigo y de manera inmediata, sin poder evitarlo, yo también me sentí molesta y no sabía porque o quizás sí.

Me sentía molesta conmigo misma por atreverme a sentirme un poco aliviada por verlo a él ahí, justo cuando yo misma acababa de tomar la decisión acertada de irme por su bien.

Se veía enigmático como siempre. Se veía poderoso y ese traje negro que llevaba puesto sin corbata y sin chaleco logró quitarme la respiración por unos segundos, antes de simplemente atreverme a hablar.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté y pese a que mi voz se escuchaba de una u otra manera firme, mi corazón tembló dentro de mí.

Él permaneció en silencio durante unos segundos, observando su entorno con atención y cierto aire distante, mientras yo era muy consciente del hecho de que se estaba preparando para decir algo que probablemente no me gustaría oír.

Ya lo conocía lo suficiente.

—¿Cómo me encontraste, Kaydan? —le pregunté y continuó ignorándome, mientras sus ojos caían en Barío, el cual estaba comiendo ahora sus croquetas del piso.

—¿Esto es parte de lo que deseabas venir a hacer cuando me hablaste de irte? —su voz helada me rodeó y me hizo tensar—. ¿Tu intención era traer al gato aquí para hacerlo pasar necesidades?

Me puse de pie lentamente sintiendo el enojo crecer aun más dentro de mí, mientras su mirada volvía y caía en mi persona.

—¿Desde cuando te importa lo que pasa con mi gato? —tuve que preguntarle con voz firme y tranquila, mientras la lava dentro de mí se encendía, pero, por otra parte, mi sección mas sensata me recordaba todo lo que él había hecho por el gato.

—Desde que lo tomas de prisa de un lugar seguro, como mi apartamento y lo traes a comer del piso de un baño sucio como este.

—Le puse su comida en su cuenco —me defendí—. Él la regó.

Por la forma que me miró, dejó bastante claro que no le importaba ni un poco lo que yo le estaba diciendo, mientras ambos nos sosteníamos la mirada y había una batalla interna de la cual ninguno parecía desear ceder. De repente y sin más, dentro de mi cabeza se encendió un foco que terminó en bandera roja, cuando la misma pregunta de antes, pero ahora con mas fuerza, vino a mí...

—¿Cómo me hallaste, Kaydan? —repetí y mi pecho subió y cayó con fuerza—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Él no parecía querer decir nada, porque de repente, fui muy consciente de que me estaba castigando con su dureza, pero, siendo sincera, al menos en ese instante, no me importaba ni un poco su enojo.

Yo quería saber cómo él había descubierto que estaba ahí y mientras sentía ese deseo de la verdad, solo pedí una y otra vez que fuese cualquier cosa, menos que él hubiese robado e invadido mi privacidad.

Que él hubiese hecho lo mismo que muchos otros hicieron.

—¿Enviaste a alguien para que me siguiera? —la pregunta salió de mí con fuerza y casi como un anhelo, mientras espera que la respuesta fuese un sí.

Iba a aceptar que él hubiese hecho cualquier cosa, menos que hubiese puesto un rastreador en mí y aquello era porque si lo había hecho, si se había atrevido a llegar a tanto y sin pedirme permiso o notificármelo, entonces, de la nada y de manera devastadora; él me lo estaría confirmando.

Kaydan me demostraría que no era diferente a todos esos que había conocido antes y no quería que fuese real.

Eso rompería mi corazón y podía aceptar el corazón roto por cualquiera, pero no quería que fuese por él.

—Quiero una respuesta —le exigí—. Yo no te di permiso de seguirme.

Una de sus cejas rubias, las cuales eran más oscuras que el dorado natural de su cabello, se curvaron con cinismos, mientras finalmente preguntaba: —¿Ahora eres tú quien está molesta aquí?

Mi pecho subió y cayó con mas fuerza y no entendí mis emociones. Jamás las entendía cuando se trataban de él.

—Que gracioso es todo esto. Eres tú quien me traiciona, abandona mi ayuda, se trae al gato para pasar necesidades y, sin embargo, ¿eres la molesta?

Estaba tan furiosa por lo del rastreador, que ni siquiera procesé bien lo que acababa de decir sobre una traición y mi gato.

—Ten un poco de vergüenza, Genneva.

—¿Perdona?

—No, no te perdono —espetó y un músculo saltó en su quijada—. Ni en las posibilidades mas cercanas.

Esas palabras lograron sacarme de mi bruma molesta y mirándolo a los ojos, más allá de su ira, pude ver algo más en él.

Algo que hablaba de decepción y muchas cosas que él jamás diría en voz alta.

—No sé de que hablas, no sé de que me acusas —comencé a decir—. Lo único que sé es que violaste mi confianza y no te perdonaré.

—Que bueno, no pensaba pedirte perdón por absolutamente nada.

De repente, esas palabras me llevaron de regreso a semanas atrás. Al inicio de todo y al Kaydan odioso que había conocido antes. Al Kaydan que no tenía nada que ver con el hombre que se acostaba a mí lado y acariciaba mi cabello, mientras sus ojos me analizaban de una manera que estaba segura de que nunca antes había sido observada.

Él no se parecía al hombre que consideraba mi mejor amigo.

Esto era diferente y no estaba segura de si era lo susceptible y vulnerable que me había sentido todo aquel día o lo doloroso que había sido descubrir que no era capaz de valirme por mí misma, pero la cuestión fue que tenerlo hablándome así me hizo daño y de manera inmediata, mis ojos se llenaron de lágrimas, mientras yo apartaba la mirada y me repetí una y otra vez que necesitaba volver a la Genneva de antes.

Necesitaba ser un roble y no dejar que las emociones me atravesaran y me traspasaran, pero fue imposible. Fue de esa manera y tuve que morder mi labio inferior con fuerza para evitar que las lagrimas cayeran y las emociones se desbordaran.

—Quiero que te vayas Kaydan —logré decir y mi voz se rompió—. No quiero estar cerca de ti y, en definitiva, ya no quiero ser tu amiga.

—¿Por qué vas a volver con él, no?

Su voz era baja y letal, pero había una advertencia de vendaval ahí. Un enojo que estaba dirigido solo para mí y eso imaginario con lo que estaba peleando.

—¿Volver con él? —pregunté—. ¿De que se supone que hablas?

—¿Vas a negarlo?

—No estoy negando nada —solté exasperada—. Estás actuando como un demente y, ¿sabes que? Ni siquiera deseo saber de que hablas, no me importa, vete, no te quiero conmigo.

Su mirada de dos colores se oscureció ante mis palabras y el tono azul, el cual parecía rodear el verde, se tornó más gélido que nunca y odié que esa mirada estuviera destinada para mí, pero así era.

—Debo confesar que me sorprendes —admitió—. Eres una excelente actriz y eso tengo que dártelo, me creí todo tu papel.

No respondí.

—Pero nunca mas.

Comenzó a girarse como si tuviera la intención de irse y eso me dolió como si de una puñalada se tratase, porque le pedí que se fuese, pero eso era lo confuso.

Había una parte de mí que no quería que se fuera y me dolió tanto que, perdiendo totalmente el juicio, exclamé: —¡Ni siquiera sé de que me hablas! —mi pecho se

apretó—. Y tú, haciendo lo que hiciste, eres el menos indicado para decirme algo. ¡Yo confié en ti! ¡Tú me pusiste un rastreador! ¡Lo hiciste como él!

Se giró de nuevo para verme.

—¿Me estás comparando con ese imbecil? —preguntó y yo no respondí—. No tengo absolutamente nada que ver con ese bastardo y, para comenzar y al mismo tiempo terminar, no seas tonta, yo no te he puesto ningún rastreador.

—No me llames tonta —dije y mi voz se rompió.

Pareció querer decir algo mas duro, lo supe, lo vi en sus ojos. Aun así, negó, rendido entre su enojo y decepción.

—El estúpido localizador lo tiene el gato. Se lo puse en el arnés para evitar que volviera a escapar. No te puse absolutamente nada a ti, jamás haría eso y que me estés culpando es ridículo.

Su confección me dejó estática.

—No voy por ahí invadiendo y tomando tu privacidad como lo acabas de sugerir —algo de culpa comenzó a despertarse dentro de mí, pero antes de que pudiera decir algo, él agregó: —. Y tampoco iba por ahí creyendo que fueses tan mentirosa.

Ahora que estaba totalmente claro el asunto del localizador -porque si él decía que lo tenía Barío yo le creía-, fue ahí cuando terminé de caer en cuenta en lo herido que él se veía y lo confirmó cuando preguntó.

—¿Por qué lo llamaste?

Me quedé callada sin saber de qué me estaba hablando.

—Te pedí que te quedaras, pero lo llamaste a él. Lo escogiste a él por encima de todo lo que te ofrecí.

Negué.

—No he escogido a absolutamente nadie, Kaydan. ¿De que se supone que me hablas?

—Vi la llamada, Genneva —braveó—. Vi la estúpida llamada.

Le repetí que no sabía de que estaba hablando y ante mi negativa, sin más, sacó del bolsillo de sus pantalones caros el teléfono que él me había dado y desbloqueándolo, me mostró la pantalla de llamadas y fue ahí cuando vi un número que conocía a la perfección.

Lo había memorizado por años.

El número de Darwyn. El único número al cual tuve permitido llamar por años y...

—¿Dos horas de llamada? —el reclamo fue evidente—. ¿Dos horas de llamada fueron suficientes para convencerte de irte de donde me esforcé para tenerte segura y buscarlo a él?

Estaba procesando todo lo que me estaba diciendo, mientras seguía viendo el número del otro y sentía cosas terribles reptar por mi pecho porque, definitivamente, nada que se tratara de Darwyn me hacía bien.

—¿Qué te dijo? —exigió saber—. Tengo curiosidad de saber que es lo que pueden decirte y ofrecerte en dos horas, para que te lleven a la estúpida decisión de olvidar que ese imbecil te secuestró y te abusó por años. ¿Qué te ofreció? —él no dejaba de hablar y mi corazón estaba tan frenético que me costaba salir del lugar oscuro en el que estaba cayendo—. ¿Dinero? ¿Una vida mejor?

—Basta, Kaydan —le advertí.

—¿Dijo que dejaría a su esposa y ahora serías la oficial? —siguió—. Porque, ciertamente, lo dudo. Jamás serás la oficial de él.

—Ni de nadie —añadió mi subconsciente y eso fue todo para mí. Mi mente de regreso se vio arrastrada a un mundo y un lugar en donde solía recordarme que jamás sería una prioridad y...

Caminé rápidamente hacia Barío y recogiendo su comida y volviendo a poner todo dentro del morral, lo cargué conmigo y lo apreté contra mi pecho, mientras me repetía una y otra vez que no iba a llorar frente al rubio.

No lo haría.

—¿Vas a irte? —me preguntó, justo cuando comencé a caminar hacia la puerta, pero me detuve y lo miré.

—Yo no hice esa llamada —mi voz se rompió—. No la hice y eso es todo lo que diré, porque sin importar la clase de acusaciones que tengas para decir, solo yo y nadie más sé lo que es ser la víctima de Darwyn y si tú y el resto creen que me vendo por dinero o por una relación estable. Estás muy equivocado.

No dijo nada.

—Era su víctima y créeme, Kaydan. Cuando eres la víctima de una persona por tanto tiempo, sin importar que tan desesperado estés, jamás piensas en la probabilidad de volver porque irse era lo mas duro y cuando tomas la valentía para hacerlo, ya lo hiciste y no hay vuelta atrás.

Nuestras miradas se encontraron una última vez, antes de simplemente girarme y salir de ahí. Tenía el corazón roto y la parte sabia de mí me repitió una y otra vez que aquello era una trampa y alguien estaba haciendo todo lo posible por alejarme de Kaydan. Lo sabía.

Sin embargo, sus palabras me dolían porque la idea de que él pensara que era capaz de venderme me llenó de asco por mí misma y no supe como controlarlo.

Jamás sabía hacerlo.

Salí de ahí lo más rápido posible y ni siquiera me cercioré si me estaba siguiendo o no. Lo único que necesitaba era irme y encontrar un lugar en donde pudiera pasar la noche con mi gato. Después de ahí, sin importar que tanto sangrara mi corazón, encontraría una manera de calmarlo.

Lo haría.

Salí de la estación sin mirar atrás y maldije cuando la lluvia me emparamó de manera inmediata e hizo lo mismo con Barño, el cual comenzó a pelear en mis brazos furioso.

—L-lo siento —le dije al gato y aproveché que la lluvia mojándome era suficiente para amortiguar mi dolor y lo dejé salir.

Lo hice y sollocé un poco, mientras afuera la noche ya había caído y había muy pocas personas alrededor. Lo hice mientras corría hacia unos callejones que vi al otro lado del lugar y justo cuando entré al segundo de estos. Un espacio contaminado por basura y soledad, escuché pasos pisar charcos de agua detrás de mí y ante eso, intenté caminar incluso más rápido, pero no fue posible porque una mano firme se enredó en mi brazo y me detuvo.

—Basta, deja de correr, vas a caer —me dijo esa voz acentuada que detestaba en ese instante—. Deja de correr.

—¡Suéltame! —le manoteé a Kaydan con fuerza para alejarlo y me giré para verlo—. No me toques.

—¿Estás llorando?

No estaba segura de como él le hacía para diferenciar la lluvia de mis lagrimas, pero no me importaba.

—Te dije que me dejaras en paz.

Negó, mientras el agua también se escurría alrededor de él y empapaba su cabello. Negó, mientras me miraba a los ojos y daba un paso hacia mí como si de alguna u otra manera, no pudiera mantenerse apartado.

—No puedes estar aquí en medio de la noche —su voz fue firme—. Y estás dejando que Barño se moje. Va a enfermarse.

Aparté el cabello mojado de mi rostro y negué.

—Vete.

—Genneva.

Me sentí rebasada una vez más y sin poderlo evitar, porque ya era bastante claro que me gustaba humillarme ante él. Terminé por llorar y abracé a mi gato más fuerte contra mi pecho, mientras retrocedía unos cuantos pasos y mi espalda chocaba contra la pared de cemento rústico del espacio.

—Es hipócrita que esté molesta porque me culpaste de hablar con... Él. Es hipócrita y lo sé porque yo acabo de culparte de poner un rastreador en mí y demás, pero... —Negué y mi voz se rompió—. Yo no hice esa llamada y, sobre todo, yo no soy una mujer que se vende por promesas y mucho menos por dinero, Kaydan. No lo soy y...

—No lo dije de esa manera, se entendió mal —de repente parecía el Kaydan de días atrás. De repente, ya no parecía tan demente y descontrolado—. Se malinterpretó.

—Tú lo dijiste.

—Solo pregunté.

—No soy así —abracé mas fuerte a mi gato—. No sé quien hizo eso de la llamada y porqué, pero no fui yo y jamás te traicioné. No soy una traidora.

Negué y miré el piso.

—No se muchas cosas, pero ser leal es algo que sí sé y quizás no te parezca, pero jamás iría contra ti por el cariño que te estaba tomando...

—¿Qué me estabas tomando? —su tonó de voz fue bajo.

—Por favor, vete.

Vi al rubio dar un paso de nuevo hacia mí y negué, pidiéndole distancia, pero fue la primera vez que él ignoró mi orden.

—Vamos a hablar de esto en otro lugar —aconsejó—. Hace frío y aun no te recuperas del todo. Vamos.

—Tomé una desición hace horas y te la dije cuando llamaste.

—Ven conmigo —repitió—. Vamos, Genneva.

Él no parecía querer escuchar y entender el hecho de que lo deseaba lejos. No parecía entender que me estaba haciendo daño y pese a que en las ultimas semanas se había vuelto en lo único que tenía y deseaba cerca. Ya no era así, al menos en ese instante y al parecer él pudo leerlo en mis ojos porque terminando de romper totalmente la distancia, se acercó y llevó sus manos frías y húmedas a mis mejillas y...

—Lo siento —dijo y la palabra salió de forma natural de él, pero aquello era extraño porque estaba segura de que disculparse no era lo suyo—. ¿Habla conmigo, sí? —intentó de nuevo—. Ya me disculpé y...

—No, no me pidas disculpas si no lo dices en serio —mi voz se quebró una vez más—. No te disculpes conmigo si...

—Perdí la mierda, perdón, sí —dijo de prisa y cuando intenté alejar mi rostro, no lo permitió—. La idea de que volvieras con él me sacó de mis cabales y... No sé como comportarme cuando se trata de ti, Genneva. Perdón.

Eso podía entenderlo perfectamente. Me sentía madura en muchos aspectos de mi vida, pero era como una niña cuando de emociones se trataba y mas cuando se trataba de él.

Pero me dolía y no sabía que hacer con ello.

—Te dije que me iba e intenté hacerlo todo de manera correcta.

—No hay nada correcto en el irte. No en la manera que lo hiciste.

—Soy una mujer libre, Kaydan. Se supone que puedo irme cuando lo desee y...

—Eres una mujer libre, sí —su mirada duocolor me analizó con más fuerza—. Por eso pudiste irte y fui yo quien vino a buscarte y créeme que jamás busco a nadie, Genneva. No a menos que sea para matar.

La lluvia siguió y sus manos en mi rostro no debieron de ser un consuelo para mí, pero lo eran y...

—A veces te o...

—No me digas que me odias, al menos que no sea cierto, porque si lo dices, ya no podré dejar de pensarlo. Ya no pondré dejar de estar jodido, buscando alguna manera de remediarlo y hacer que dejes de sentirte así conmigo y lo desees.

—¿Desea qué?

—Quedarte conmigo y alejar esa estúpida sensación que tengo en el pecho. Esa mierda que me hace querer comportarme como un imbecil rabioso y... Celoso.

Su confección me sorprendió porque jamás, ni en esta vida, ni en la otra, llegué a imaginarme que Kaydan se sentiría celoso de alguien.

—Kaydan.

—Quiero enojarme contigo, porque esto se trata de ti y todo gira alrededor de lo que eres y es justo por eso que me siento como un canalla celoso que no puede dejar de pensar que vas a volver con ese imbecil y, ¿cómo alguien como yo podría estar celoso de ese bastardo? —se acercó más, lo ultimo que le faltaba y su altura me arrojó a mí y a Barño—. ¿Cómo podría tener celos de Darwyn y, al mismo tiempo, simplemente por qué él te llama? ¿Por qué sigue siquiera respirando?

Estaba segura de que probablemente él ni siquiera se estaba dando cuenta de lo que estaba admitiendo, pero yo tampoco podía procesarlo.

—No te vayas, Genneva. Al menos no lo hagas de esta manera y menos cuando estoy ausente.

—¿Por qué?

—Porque siento que me estás abandonando y pese a que jamás le doy a nadie la posibilidad de acercarse a mí y después dejarme, ya no puedo hacer nada contigo y no

quiero sentirme de esa manera —su voz era firme, su rostro era tranquilo y pese a que visiblemente él no mostraba ninguna vulnerabilidad, yo supe que había una ahí—. No te vayas. Ven conmigo. Ven tú y Barío y hablemos.

No podía rechazarlo -pensé- y tampoco era como si deseara hacerlo. Aun así, susurré: —Yo no hice esa llamada.

—Te creo —me sostuvo la mirada y levantó mi rostro—. ¿Puedes venir conmigo?

No respondí.

—Por favor, Genneva —agregó mas bajo—. Por favor, Hada.

—Sí —asentí, cediendo finalmente a él y no se sintió como una perdida—. Está bien.

Pensé que finalmente se iba a alejar y a dejar estar todo, pero de repente y sin más, soltó una exhalación suave que lo que hizo fue acariciar mis labios y hacerme estremecer ante la frialdad y lo prometedor de su cercanía y su aliento.

Su mirada me analizó por unos segundos con una necesidad que me dejó sin aire y con temblores, antes de que él simplemente bajara su rostro al mío y sin decir mucho, en una caricia prometedora que me llenó de mas calidez que cualquier otra cosa, acarició con sus labios los míos en un roce tierno y conciliador que se llevó todo de mí y pese a que yo deseé en ese instante más y leí en su cara que él también quería más, detuvo el roce de labios y simplemente dijo:

—Gracias, Genneva. Gracias por querer volver conmigo.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 35.

35

Kaydan.

Ella había estado realmente molesta conmigo, pero mas allá de eso, había estado sumamente decepcionada y cuando la herí con mis palabras, cuando dije cosas guiadas por la tormenta que estaba sintiendo dentro de mí, ella me dio la espalda y estuvo más segura que antes sobre la importancia de dejarme atrás.

Ella iba a irse sin importarle nada y si cuando recibí la llamada aquello fue molesto y desconcertante, tenerla de frente diciéndome lo mismo me sacó totalmente de mis casillas y de mi estado natural.

Me sacó de cualquier clase de juicio y fue por ello mismo que la seguí por toda la estación y fuera de aquella, olvidando totalmente el hecho de que estaba furioso por esa llamada a Darwyn que encontré.

Eso me tenía siseando de la ira, pero no fue suficiente para permitir que ella se fuese. No pude hacerlo y seguirla fue la única opción porque pese a que Genneva era una mujer libre que tenía derecho a hacer cualquier cosa, la idea de que se fuera era algo que resonaba y creaba agujeros en mí.

Solo llevábamos juntos un par de semanas y eso había sido suficiente para que de alguna u otra manera, sin más, yo me negara a pensar en la posibilidad de que se fuese.

No quería que se fuera. No me parecía justo.

Antes solo pensaba en dejarla atrás y a su ritmo, bajo sus consecuencias, pero ahora ese pensamiento era tan, pero tan distante, que parecía de otra persona y sin duda alguna, no hablaba de ella y de lo que deseaba para su persona.

—Yo no hice esa llamada —me había dicho ella cuando la acusé con lo del bastardo—. No la hice y eso es todo lo que diré, porque sin importar la clase de acusaciones que tengas para decir, solo yo y nadie más sé lo que es ser la víctima de Darwyn y si tú y el resto creen que me vendo por dinero o por una relación estable. Estás muy equivocado. Era su víctima y créeme, Kaydan. Cuando eres la víctima de una persona por tanto tiempo, sin importar que tan desesperado estés, jamás piensas en la probabilidad de volver porque irse era lo mas duro y cuando tomas la valentía para hacerlo, ya lo hiciste y no hay vuelta atrás.

Le había dolido que la culpara de llamar y escapar con ese imbecil. La había matado mis palabras y después de que ella me recordó de manera firme, tranquila, pero dolorosa -lo leí en sus ojos-. Que jamás volvería con ese infeliz, supe que quería joderme a mí mismo por haberme dejado guiar por la ira y... Por los celos.

Estaba jodido, hacía mucho no sentía celos, cuando lo hice estaba muy pequeño y me encontraba preguntando porque Luciana, quien era mi madre, prefería a otros y jamás a mí.

Pero, de manera rápida, aquello quedó en el pasado y ya no me importaba. No quería que lo hiciera y, aun así, aquel día, después de que Genneva se despidió de mí y casi jodí todo a mi alrededor al llegar al apartamento y encontrar su teléfono. Yo... Perdí mi mierda y sí, había seguido el rastreador puesto en el arnés de Barño para saber donde estaban y poder comprobar con mis propios ojos que había vuelto con él.

Quería verlo y mientras me negaba a razonar y lo hirviente dentro de mí me guiaba de un lado a otro, supe lo que haría si llegaba a encontrar a Darwin con Genneva y me daba igual que pensara ella.

Iba a asesinarlo.

Esa noche fui dispuesto a acabar con todo y las consecuencias eran algo que jamás habían sido de mi importancia y menos lo serían si llegaba a verlo tan, pero tan cerca de ella, que el límite se desdibujaría y yo. Yo no me haría cargo de las consecuencias.

Me daba igual si ella me odiaba después.

Sin embargo, lo que encontré al seguir el rastreador fue una pequeña y delicada joven totalmente pálida por el frío, con las mejillas sin color y mirada desganada, mientras estaba sentada en el piso y veía al estúpido gato comer sus croquetas de la baldosa fría.

Esa imagen también me irritó porque si ella fuese lo suficientemente inteligente y atenta con todo lo que le había dicho antes, entendería que el gato jamás tendría que volver a pasar necesidades y mucho menos ella. No me importaba nada, a excepción del hecho de que ella no tenía que estar ahí. Ella tenía que estar conmigo y daba igual lo que otros creyeran o incluso nosotros mismos pensáramos: Eso era una realidad y estaba desesperado porque ella también lo entendiera.

Pero lo había jodido con mis palabras y casi me tocó suplicarle para que viniera conmigo. O no, casi no, definitivamente lo hice, le supliqué y aquello después me haría querer golpearme a mí mismo porque suplicar no era lo mío y el orgullo era algo que me representaba como Kaydan Von Sclaén. Aun así, no tuvo sentido cuando la seguí a ese callejón y la vi llorar, abrazando al horrible gato, el cual estaba temblando por el frío y eso también me disgustó porque que fuese horrendo, no significaba que lo quería enfermo.

En ese momento, nada tuvo realmente importancia porque necesitaba que ella entendiera el río de confusión y enojo que había en mí, porque aún deseaba enojarme y hablarle con rudeza, pero ese querer quedó a un lado y solo pude decirle la verdad que me carcomía en ese instante:

—Quiero enojarme contigo, porque esto se trata de ti y todo gira alrededor de lo que eres y es justo por eso que me siento como un canalla celoso que no puede dejar de pensar que vas a volver con ese imbecil y, ¿cómo alguien como yo podría estar celoso de ese bastardo? —la mirada gris de ella se había abierto con sorpresa al escuchar mis palabras—. ¿Cómo podría tener celos de Darwyn y, al mismo tiempo, simplemente por qué él te llama? ¿Por qué sigue siquiera respirando?

¿Por qué yo aún no lo había asesinado? Tocar sangre no era algo que soliera hacer, pero estaba comenzando a fantasear con la suya como con la de nadie y, de hecho, no solo quería la sangre suya, quería la sangre de todos los que en algún momento estuvieron vinculados de manera directa o indirecta en el sufrimiento de la rubia.

Quería verlos arder.

—Jamás le digas a alguien que no se vaya de tu lado, Kaydan —solía decirme mi tío christian antes de echar su vida a perder por esa mujer—. Le dejarás saber que su presencia es importante en tu vida y cada que hagas algo que no les agrade, te manipularan con su ausencia. ¿Comprendes?

Esas palabras se habían quedado en mi cabeza desde niño y jamás se fueron. Ni siquiera le dije a mi tío que se quedara cuando escogió a esa mujer por encima de

todo. Jamás dejé o permití que alguien se acercara lo suficiente como para pedirle que se quedara, pero con ella era diferente.

Con Genneva todo se sentía de una manera que no entendía y por eso mismo, sin importarme la crianza, los años de entrenamiento y lo mucho que me gustaba lo solitaria que podía llegar a ser la vida, me encontré diciendo:

—No te vayas, Genneva. Al menos no lo hagas de esta manera y menos cuando estoy ausente.

Que ella hubiese llegado a esa decisión de irse cuando yo no estaba se sintió como si siempre hubiese estado esperando mi ausencia para irse y no me gustó.

No me agradó que mi ausencia fuese tan poca cosa para ella, cuando irme, cuando el dejarla, fue algo que no logré sacar de mi cabeza por los días que estuve afuera.

—¿Por qué? —se había atrevido a preguntarme en ese momento y esa mirada de plata me cautivó a un nivel que volví a ser sincero.

—Porque siento que me estás abandonando y pese a que jamás le doy a nadie la posibilidad de acercarse a mí y después dejarme, ya no puedo hacer nada contigo y no quiero sentirme de esa manera. No te vayas. Ven conmigo. Ven tú y Barío y hablemos.

Pensé que no lograría convencerla, pero si se logró y fue como un total logro para mí cuando ella me permitió acercarme a su persona, dejó que rozara mis labios con los suyos y después aceptó.

Aceptó venir conmigo y pese a que en ese momento deseé dejar de lado los límites y todo lo demás, tenerla de regreso conmigo, al menos en ese instante, era mas importante que cualquier cosa y por eso se hizo de esa manera.

Ella me permitió llevarla a la camioneta que había dejado estacionada dos calles atrás y cuando se subió en aquella, coninuó manteniendo al gato cerca de su pecho, mientras yo conducía hacia el cetro de la ciudad y buscaba uno de los mejores hoteles para pasar la noche ahí.

—¿No iremos a tu apartamento? —su voz había perdido totalmente todo el rastro de enojo y volvió a sonar tan tranquila como siempre.

—Hoy no —respondí—. Necesitamos hablar.

Asintió y volvió a mirar al frente, mientras yo seguía al volante y cinco minutos después, me detenía en uno de los mejores hoteles del lugar.

—No creo que pueda entrar ahí —dijo de repente, cuando descendí por el estacionamiento del lugar.

—¿Por qué no?

—Intenté antes alquilar una habitación y dijeron que no podía entrar con Barío y... Creo que no les gustó mucho mi apariencia.

Detuve el auto en uno de los carriles y girando totalmente mi cuerpo para verla, no pasé por alto que su perfecto y largo cabello rubio claro -muy claro-, caía de manera mojada y ondulada alrededor de su rostro en un caótico orden llamativo, mientras que el resto de su ropa estaba arruinada por la lluvia y sí, ella se veía como un desastre.

—No todo el mundo tiene buen gusto, Genneva —fue mi respuesta ante sus palabras—. Y ese no es tu problema.

No respondió, pero me analizó de una manera que terminó de joder mi sistema y me hizo sentir una jodida necesidad que llevaba días controlando, pero aquel día, esa noche en particular, no me sentía como si pudiera controlarme de una manera u otra.

—¿Cómo planeabas pagar el hotel? —pregunté por pura curiosidad, domando mi deseo y vi como de manera inmediata las mejillas de ella se ponían rojas.

—Yo... Tomé un poco de tu dinero prestado —admitió—. Pero iba a devolverlo, lo prometo. Yo jamás he robado nada. No soy así.

Las comisuras de mis labios se curaron un poco y no pude creer que encontrara su palabrería de una u otra manera adorable.

¿Por qué todo en ella me parecía que estaba bien? ¿Cuándo me había vuelto tan imbecil? Tan... Fastidioso.

—Si iba a devolverlo.

—Te creo.

Asintió a gusto.

—¿Cuántos billetes tomaste? ¿Todos?

Esperaba que, si su intención había sido irse sin más, hubiese tomado todo el efectivo que había en el apartamento para su sobrevivencia. Sin embargo, se trataba de Genneva y su respuesta fue suave y me hizo verla en silencio:

—Tomé diez billetes —aceptó, aun sonrojada—. Los necesitaba.

—¿Diez billetes para irte lejos?

Ella asintió segura, demostrándome una vez más que no tenía ni la más mínima idea del mundo que la rodeaba y resignado, solo pude dejar que las comisuras de mis labios terminaran de curvarse y sonreí.

—¿Qué voy a hacer contigo, Genneva? —le pregunté y estiré la mano para tocar con mi dedo índice la suave piel de su barbilla—. Pero mejor aún, ¿qué haría sin ti?

No respondió nada, pero me miró con una intensidad que despertó de nuevo esa necesidad voraz dentro de mí, pero tuve que controlarla.

—Vamos, iremos por una habitación.

Me bajé del auto y ella se bajó detrás de mí, mientras yo la alcanzaba para comenzar a caminar hacia el ascensor. Comenzamos a subir y cuando estábamos justo subiendo, habló de nuevo.

—No tendrías problemas.

—¿Cómo?

—Preguntaste que harías sin mí y eso te respondo —respondió con voz suave—. No tendrías problemas.

Puse una mano en la parte baja de su espalda cuando el ascensor se detuvo en el primer piso, en el vestíbulo del hotel y ella se tensó inicialmente por mi tacto, pero rápidamente se calmó y de hecho se apolló más contra mí, como si el tacto calmara la tempestad de minutos atrás.

Sentí la mirada sobre nosotros cuando comenzamos a caminar hacia el mostrador y sin importarme nada, bajé mi cabeza y llevé mis labios hacia la oreja de ella, antes de rozar la piel y hacerla estremecer, mientras yo agregaba: —No eres un problema para mí, Genneva, pero, si lo fueras, me daría igual. La vida siempre ha sido problemática y un problema más, que venga acompañado de tu nombre, me temo que vale la pena.

El rojo en sus mejillas fue caótico.

—¿Qué hiciste con el nefasto que conocí?

—Estás a punto de verlo en unos segundos —le respondí, justo cuando llevé la mirada hacia enfrente y vi la manera como las recepcionistas estaba viendo a Genneva y la forma como ella se cohibió ante el juicio de las otras.

—Deberíamos ir a otro lugar —susurró.

—Deberíamos estar haciendo muchas otras cosas, pero yo no me ando quejando, ¿verdad?

La mirada de ella buscó de nuevo la mía y sin poderlo evitar, aquella descendió hacia mi boca y la tensión que nos rodeó a ambos fue tan devastadora que me jodió directamente fue a mí.

—Kaydan.

—Silencio, Hada. Vamos a conseguirte una habitación para que puedas quitarte eso mojado y tú y Barío puedan descansar.

No dijo nada más y la mantuve a mi lado aún con la mano en la parte baja de su espalda, mientras nos teníamos frente a una joven de apariencia sonriente y forzada.

—Buenas noches, señor y señora, bienvenidos a...

Sin dejarla terminar de hablar, saqué una de las tarjetas de crédito negra con la que andaba y se la puse en el mostrador sin llegar a esperar que estirara la mano y tampoco deseando que mis dedos estuvieran cerca a ella.

—Quiero la habitación mas lujosa del lugar —informé—. Y servicio a la habitación.

Ella miró la tarjeta, después a mí y por último a Genneva, la cual tenía la espalda recta y se veía segura, pero yo sabía que no era así.

—Seguro, señor. Lo que sucede es que aquí no se permiten animales y...

—La habitación más grande —repetí y le sostuve la mirada.

Se puso nerviosa de manera inmediata y comenzó a decirme que no de nuevo, justo cuando vi como la otra recepcionista llamada al director general del lugar y al verme, este, se puso pálido y caminó con prisa hacia nosotros.

—Señor Von Sclaén —dijo y miró mal a su recepcionista—. Que gusto es tenerlo de regreso por estos lares y...

—¿Tan a gusto que he tenido que pedir una habitación dos veces? —Lo miré.

—Discúlpela, señor. Ella es nueva y no sabe mucho del tema, pero en seguida le daremos el mejor lugar para usted y la señorita...

Observó a Genneva probablemente preguntándose cómo se llamaba, pero yo solo lo miré fijamente y cuando él me miró de regreso, supo que tenía que dejar de verla en los próximos dos segundos o no sería agradable después.

—Le pido cinco minutos para tener todo organizado, señor —me dijo él, después de que la otra recepcionista hizo una llamada apurada.

—Tiene dos.

—Sí, señor.

—¿Requiere algo más?

—La mejor comida que tengan disponible. Nada recalentado y carne magra —él asintió—. Y para mi gato, quiero que consigan pollo cocido y sin condimentos.

Ni siquiera se atrevió a decir que no o algo por el estilo, aceptaron todo con prisa.

—Listo, señor. La habitación ya está disponible.

Asentí y Genneva comenzó a girarse, pero la detuve suavemente y mirando a la recepcionista del inicio, dije: —Algo más, quiero un perdón por parte de ella.

Mi mirada cayó en la mujer y esta se tensó.

—Pídele perdón a Genneva —ordené—. Y asegúrate de verte deseosa por ese perdón.

—Kaydan —la rubia me miró rápidamente—. No es necesario, en serio. Ella hacía su trabajo y...

—Silencio —le dije y fui mas suave—. Tú solo escucha ese perdón y después niégalo —agregué en voz baja—. Nadie merece tu perdón.

Volvió a quejarse y repitió que no era necesario, pero ella no se iría de ahí sin antes recibir lo que merecía.

Que le imploraran por menospreciarla.

—Disculpate —le ordenó el director y la mujer se vio mas avergonzada.

—Disculpa, señorita Genneva —dijo con prisa y me miró a mí—. Lamento las incomodidades.

Me adelanté antes de que la rubia pudiera responder.

—Ordené que le pidieras perdón, no disculpas.

—Kaydan —Genneva se giró para verme y puso una mano en mi pecho, mientras que con la otra sostenía a Barío—. Basta, no es necesario.

No la miré a ella, me mantuve viendo a la mujer hasta que finalmente hizo lo que tenía que hacer.

—Perdón, señorita, Genneva.

—Está bien —Genneva asintió y eso fue aburrido—. No pasa nada.

Oh sí, pasaba demasiado, sin embargo, antes de que pudiera decir algo más, la pequeña mano de ella se enredó con la mía y eso fue suficiente para distraerme.

Fuimos hacia el ascensor cuando ya todo estuvo ordenado y terminamos de entrar, los ojos de ella dieron con los míos y había un leve enojo ahí.

—Fuiste grosero —dijo—. No debías humillarla así.

—Con lo gratificante que es humillar.

—Kaydan.

—No tenías que perdonarla —agregué y me divertí ver su inconformidad—. Nadie merece tu perdón.

—¿Entonces no debí perdonarte a ti?

—Eso es diferente.

—¿Ah sí?

El ascensor se detuvo en el ático que era para nosotros y por un instante estuve a nada de decirle que era diferente porque éramos algo, pero ella antes, por llamada, me recordó que no éramos nada más que amigos y fue por eso que me obligué a responder:

—Soy tu mejor amigo.

—Un mejor amigo muy grosero.

No dije nada y solo le mandé una mirada que dejaba bastante claro que eso me tenía sin cuidado, antes de simplemente entrar al lugar y comprobar que nos habían dado lo mejor.

Sin perder tiempo, le ordené a ella que se deshiciera de esa ropa húmeda y tomara una ducha, mientras le decía que dejara al gato sobre la encimera de la cocina para cercarlo.

Por suerte, obedeció y se perdió en el baño, mientras yo tomaba una toalla y comenzaba a secar el pelaje negro del animal, el cual me siseó molesto.

—Me muerdes y te pongo a comer mierda y barro bajo la lluvia —le advertí.

—¡Te escuché! —me gritó la rubia desde el baño lejano—. Sé amable, Kaydan.

La ignoré y seguí con lo mío, no pudiendo evitar pensar en lo jodida que estaba mi vida como para que estuviera secando a un gato sin un ojo, pero aun así lo hice y una vez me aseguré de que estaba bien, lo puse encima de la cama y el bastardo se acostó gustoso sobre las almohadas.

Mi ropa estaba húmeda y pensé en quitarla y ponerme una bata mientras nos traían algo cómodo, pero a mi mente llegó la probabilidad de que ella se pusiera incómoda por verme solo en bata y deseché la acción.

No la quería cohibida.

Por eso, solo la esperé ahí y busqué en su morral una de las inyecciones que sabía que necesitaría pronto, mientras pensaba en como iba a hacer para pedirle que viniera a Inglaterra conmigo.

Debía volver.

Mi ausencia no se iba a tomar demasiado bien y tenía muchas cosas por poner en orden y algunas manos que cortar después de todo lo que descubrí al volver al centro de mi mundo.

Debía regresar y, aun así, no podía hacerlo si Genneva se negaba a venir conmigo y por ello debía convencerla de la manera correcta.

Necesitaba que ella deseara venir conmigo sin importar que eso fuese un fallo total a las reglas de Vértize, porque en ese mundo, mi mundo, todos mis hombres tenían totalmente prohibido tener distracciones y entre aquellas estaba tener mujeres.

Las debilidades no estaban permitidas.

Podían tener juegos, parejas sexuales y demás, pero nada de vínculos emocionales que pusieran en riesgo el régimen y las operaciones. Había asesinado a hombres por aquello y entre esos, al año pasado estuve a nada de asesinar a Seth Warne's cuando descubrí que se enamoró de su misión y me desobedeció por ella.

Lo intenté matar antes de que se volviera como un segundo Christian y jodí a su mujer regresándola al mundo que tanto odiaba y su familia que tanto daño le hizo -se merecía más-, pero eventualmente, le perdoné la vida y a veces me arrepentía por ello.

Debí cortarle la cabeza por débil, sin embargo, pese a que al inicio él había sido mi hombre ideal para la misión de Genneva y la tarea de matarla. El estúpido había saldado todo al rechazar el trabajo porque sin yo darme cuenta en ese momento, me dio la excusa perfecta para conocerla y...

No me arrepentía de conocer a Genneva y lo comprobé cada día desde entonces, sin importar la irritación y los límites.

—¿En que tanto piensas? —escuché una voz detrás de mí y al girarme, ahí estaba ella vistiendo una bata que le quedaba gigante.

¿Por qué era tan pequeña?

No respondí por un momento y casi fui sincero. Casi le dije que estaba pensando en su persona, pero no caería en eso.

—Ven aquí —fue lo que dije.

—Te faltó el “por favor” —añadió, pero vino.

De pie solo llegaba hasta el centro de mi pecho y tuve que bajar la cabeza para verla a los ojos, mientras mi mano iba a su barbilla.

—Necesitas aprender modales —dijo y trató de sonar firme, pero tembló ante mi mirada y mi tacto—. Lo digo en serio.

—Quizás me lo tome en serio o no —deslicé dos dedos de su barbilla hacia su garganta, directo al lugar en donde había pequeños hematomas debido a los chuzones de antes y mientras me sentía irritado por las marcas, también me sentí privilegiado del roce suave de su pulcra piel contra las yemas de mis dedos—. Ya veremos.

Ella comenzó a decir algo, pero se detuvo ante mi caricia e incluso dejó de respirar, mientras mis dos dedos acariciaban su piel y nunca un roce tan sencillo e inocente me pareció tan jodido e intenso.

—Kaydan —dijo mi nombre de una manera que me recordó a una clase de súplica y no pude evitar pensar que su boca no estaba hecha para rogar, pero pagaría por escucharla tan solo una vez rogando por mí.

Rogándome por...

—Necesitas tu inyección —fue lo que me obligué a decir—. Voy a ponerla, ¿bien?

Tragó saliva con fuerza y asintió, mientras cerraba los ojos y lamía sus labios rosados con la anticipación de la picadura de la aguja y aprovechando que no estaba viéndome, me di un festín observando su rostro, sus labios y mierda... ¿Por qué era tan perfecta?

Pero esa perfección no hablaba solo de su físico. Hablaba de ella en general. De lo que era en medio de sus silencios, sus palabras, sus miradas, sus experiencias y...

—¿Vas a ponerla en algún momento? —cuestionó sin abrir los ojos.

—Paciencia, Genneva —la regañé.

—Solo hazlo.

Lo hice, fui lo más cuidadoso posible a la hora de aplicar el antídoto y ella se estremeció, mientras abría los ojos y me miraba.

—No dolió tanto.

Retiré la aguja.

—¿Es qué con el doctor duele mucho? —fruncí el ceño.

—No. Por favor, deja a Justien en paz.

—¿Justien? —pregunté casualmente—. ¿Desde cuando tanta confianza?

Ella negó y suspiró, mientras daba un paso atrás, pero había una leve diversión en sus ojos.

—Como sea —suspiró—. Dijiste que teníamos que hablar y...

De repente, acercándome ese paso que ella se alejó, la interrumpí.

—Tengo dos confecciones mas esta noche.

Me miró confundida.

—¿Qué?

—¿Recuerdas la noche en el tejado de la casa del imbécil? —sus ojos se pasearon por todo mi rostro.

—¿Cuándo?

—Cuando te desmayaste.

—Sí.

—Te envenené —confesé casualmente—. Envenené tu chocolate.

No se vio muy sorprendida.

—¿Y qué pasó después? ¿Te arrepentiste?

—Fui piadoso.

—Kaydan Von Sclaén siendo piadoso...

—¿Estás viva, no?

—Uhm.

Levanté una mano para acariciar su mejilla y el pecho de ella subió y bajó con fuerza, mientras yo miraba su boca.

—Tenía que decirlo, los mejores amigos no tienen secretos.

Algo dentro de mí terminó por joderse cuando levantó una de sus manos y la puso encima de la mía, la cual estaba en su mejilla.

—Entonces... Esa noche Dios me miró a los ojos y evitó que muriera —dijo y no pudo ocultar que estaba sin aliento.

Negué y bajé mi boca a la suya, pero sin llegar a tocarla.

—No. Dios no te miró a los ojos, Genneva. Quien te miró fui yo y no lo supe en ese momento, pero ahí fue que comenzó mi segundo secreto.

—¿Y ese es...?

—Que necesito besarte —admití—. Necesito besarte más que cualquier otra cosa y que se jodan los límites, en esto solo mandamos los dos.

Los ojos de ella se abrieron mucho, antes de que yo simplemente acortara el último tramo de distancia y pegara mi boca con la suya en un firme beso, que comenzó suave, pero terminó en donde era.

Con su sabor impregnado en mí.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 36.

36

Genneva.

Lo que estaba sintiendo no tenía nombre, cara o emoción permanente para mí, pero estaba ahí devorando mi cuerpo y mis sentimientos en su totalidad, mientras que lo único que yo quería era que no se detuviera jamás.

No deseaba que el fuego en mis venas se extinguiera, porque si antes le huí al fuego y todo lo que tenía que ver con el tacto y el sentir. Por primera vez en la vida, alrededor de esto, quería sentirlo absolutamente todo y no deseaba guardarme nada.

Deseaba todo.

Jamás había sabido realmente lo que era el deseo. La necesidad de querer algo con más fuerzas de las que existían en el mundo, pero aquello estaba sucediendo en ese momento y lo sentía.

Sentía el deseo de permitirme tener eso que estaba alterando totalmente el fuego dentro de mí y fue por eso que me dejé ir. Me permití olvidar todo y tomar lo que sentía que tanto merecía, justo cuando él, Kaydan, me confesó que me había envenenado semanas atrás y después de eso, también admitió que quería besarme y lo hizo.

Estaba segura de que habían muchas cosas incorrectas alrededor de lo que estaba sucediendo ahí, comenzando por el hecho de que él había sido contratado para asesinar me y lo intentó -realmente lo hizo-, pero daba igual todo aquello. Nada era realmente bueno en este mundo y yo no era de las que buscaba perfección porque, para empezar, jamás había buscado realmente algo, pero lo había encontrado a él y quería quedármelo.

Quería quedarme con él sin importar las voces de otras personas e incluso la mía. Alguien como él probablemente merecía más y tenía otro estilo, pero en ese momento, en ese instante, cuando su boca cubrió la mía y el escalofrío me embargó, fue ahí cuando supe que necesitaba volverme egoísta.

Por una vez en mi vida, siendo consciente de que no merecía muchas cosas, yo quería ser egoísta y tomar algo que no me pertenecía, pero quería y lo hice.

Soltando un gemido bajo, me levanté en la punta de mis pies y enredé mis manos en la tela húmeda del traje de él, mientras mi boca se abría contra la suya y me permitía ceder a ese beso poderoso, posesivo y hambreado que me estaba dando.

Un beso que me arrebató todo el oxígeno y me hizo sonrojar, porque no solo avivó calor en mi piel en sí, sino que hizo hormiguear otras partes de mi cuerpo en las que jamás había sentido otra cosa que no fuese vergüenza y dolor.

—Necesito besarte —me había dicho él—. Necesito besarte mas que cualquier otra cosa y que se jodan los límites, en esto solo mandamos los dos.

Esas habían sido sus ultimas palabras, antes de realmente recordarme lo que era un beso, Porque el admitió que los besos de antes, aquellos de cuando tuve fiebre, fueron reales, pero hasta hacía unos segundos atrás seguían sintiéndose como un sueño, pero él llegó y me llevó a la realidad.

Llegó, me besó y me hizo recordar porque había llevado tantos días fantaseando con esto. Necesitando esto y quise más y él me dio más.

Antes había sido besada por otros hombres, pero nada de eso tenía sentido o importancia. Nadie nunca me había besado con la fuerza y seguridad de Kaydan. Nunca nadie me saboreó de la manera que él lo hizo, mientras dos de sus dedos acariciaban de manera suave y coqueta la piel de mi garganta y sus labios se movían contra los míos y hacían tanta presión contra mí, que terminé cediendo todo y fue cuando su lengua me gobernó.

Traté de seguirle el ritmo. Traté de besarlo con el mismo adiestramiento pero fue imposible. Era como si él estuviera tan cediendo por y para mí, que tomó el control de

todo y fue quien marcó el ritmo de como quería besarme y como deseaba ser besado: Duro, hambreado e inolvidable.

Me besó hasta que que mi cabeza dio vueltas debido a la falta de oxígeno. Lo hizo hasta que mis piernas temblaron y mis labios se sintieron sensibles y supe que era el único que deseaba así de cerca ...

—Esto es lo que debería haber hecho hace mucho tiempo —dijo cuando se alejó un poco y su voz fue ronca y más acentuada que nunca.

Su acento debería de ser ilegal para los oídos de las mujeres. Se escuchaba tan, pero tan bien, que de repente sentí celos de que otras lo oyeran.

—¿Así que hace mucho deseabas besarme? —pregunté y no pasé por alto que mi voz también sonaba ronca y jadeante.

Sonaba como otra mujer totalmente diferente. Una mujer que de repente estaba experimentando lo que era el deseo.

—¿Por qué preguntas lo obvio, Genneva? —no perdió la oportunidad de regañarme, pero tampoco se alejó.

Él se mantuvo lo mas cerca posible, mientras su mano seguía en mi garganta y sus dedos se detenían en el lugar en donde mi pulso estaba martillando como loco.

—¿Asustada? —preguntó de repente, mientras esa maravillosa mirada de dos colores me analizaba con una determinación avasalladora.

—¿Qué?

—Tu pulso está errático —señaló con voz firme—. ¿Estás asustada por qué te he besado?

Lo miré en silencio un segundo y no pude evitar sentir como mi pecho se llenaba de calidez ante sus palabras, porque sin importar que a veces él era deliberadamente rudo y odioso conmigo y me hacía molestar mas de lo que nunca nadie lo hizo antes, Kaydan era muy considerado conmigo.

Lo era y no me trataba necesariamente como algo que estuviera roto y debiera de ser tratado con delicadeza. Me decía lo que tenía que decirme con el carácter que era requerido, pero, al mismo tiempo, sin importar qué, era cuidadoso y atento.

Siempre pensaba en mis límites y que pensara en ellos hacía que me gustara el doble de lo que ya lo hacía.

Me tenía mal y era la primera vez en la vida que estaba tan agradecida por algo sacándome de mis casillas. Sacándome del hielo.

—No estoy asustada —respondí a su pregunta, mientras mi mano seguía aferrada a su prenda—. No te tengo miedo, Kaydan.

—¿Entonces por qué tu pulso se disparó así?

—Soy humana, ¿recuerdas? —le pregunté y escondí una sonrisa cuando me envió una mirada que decía “¿en serio?” Jamás se lo diría en voz alta, pero me encantaba su sarcasmo, ironía y malhumor.

—Claramente.

—Yo... —Mordí mi labio inferior porque estaba a nada de pedirle otro. Deseaba otro beso pero no sabía si era correcto decirlo o simplemente dárselo y... ¿Como debía actuar alrededor de esto?

—¿Tú qué?

Bajé la mirada a mis manos y él llevó sus dedos a mi barbilla para hacerme verlo de nuevo.

—Ojos siempre en mí.

—Necesitas dejar de ser mandón, Kaydan.

Ignoró eso.

—¿Que ibas a decir?

Comencé a negar, pero de repente, vino algo a mí y tuve que decirlo en voz alta.

—¿Te imaginas que vuelva a olvidarlo? —le pregunté y sonreí cuando entrecerró los ojos de manera inmediata—. El beso, digo.

—Me encargué de hacerlo imborrable, Genneva —respondió con ese orgullo que solía rodearlo—. Ni deseando olvidarme lo logras y si quedó dudas de aquello, estoy a nada de resolverlo, pero primero quiero saber qué ibas a decir.

—Nada, Kaydan. Déjalo estar.

—Dijimos que nada de secretos —me recordó—. Yo estoy comprometido con la noción.

—Tan comprometido que te sientes orgulloso por decir que me envenenaste y me engañaste diciendo que todo fue culpa del chocolate —señalé, pero no había ni un solo ápice de enojo en mí.

—Hablando de eso, no he recibido las gracias por perdonar tu vida. En mis tiempos, la gente era bastante agradecida con quienes tenemos gestos caritativos.

Solté un jadeo y retrocedí un paso, pero rápidamente él me siguió y llevó sus manos a mi cintura, deteniéndome y sonriendo de una manera tan abierta y tan real por primera vez, que visualicé como un amanecer un hoyuelo en su mejilla derecha.

Un hoyuelo que incrementó su belleza masculina y creó una desestabilización dentro de mí.

—Por supuesto que tienes un hoyuelo —dije en forma de queja, pero realmente estaba agradecida con la vida por poder ver toda esa perfección en un hombre como él.

—¿Algún problema?

Asentí, mientras me estiraba de nuevo y con la yema de mi pulgar tocaba su piel con barba incipiente y el lugar exacto en donde estaba ese bendito hoyuelo.

—Los hombres con hoyuelos son terriblemente coquetos.

Enarcó una de sus cejas rubias.

—¿Sí? ¿Te han coqueteado muchos hombres con hoyuelos? —quiso saber casualmente, pero vi una sombra en sus ojos que me hizo sonreír aun más.

—Todo el mundo sabe eso.

—Yo no lo sabía.

—Acabo de decírtelo.

Me miró mal y yo volví a reírme, sintiéndome totalmente cálida y permitiendo que se borrara por un tiempo todo lo que había estado sintiendo horas atrás.

Por un instante ninguno de los dos dijo nada más y de repente, solo porque sí, deseé ser tan sincera como él. Deseé dejar caer esa pequeña barrera que jamás se extingüía.

—Lo que iba a decirte antes es que me gusta —sentí el calor subir a mis mejillas, pero me obligué a mantener la cabeza en alto—. Me gusta besarte y no sabía que me gustaba hacerlo, pero... Me gusta todo esto contigo y me preguntaba sí...

—¿Si qué?

—Somos amigos.

—Eso lo sé, Genneva. No necesitas repetirlo.

Lo ignoré.

—Somos amigos, pero... ¿Puedo hacerlo cuando lo desee?

Tardó un segundo en responder y yo bajé mi mano de su mejilla hoyuelada para tocar ahora el centro de su pecho.

—¿Hacer que?

—Besarte —susurré—. ¿También puedo besarte cuando quiera?

No sabía como era esto. No estaba tan segura de si era algo de ahora o podíamos hacerlo después también. De hecho, había mucho por hablar, pero necesitaba tener esto claro porque no quería ser tonta o arruinar algo.

Aún así, el rubio siempre sabía que decir para calmar la tempestad dentro de mí.

—Ahora, en un segundo, en dos minutos, mas tarde, mañana, en dos días e incluso en otras semanas —fue su firme e inmediata respuesta—. No necesitas permiso para besarme, Genneva.

El calor vibró más fuerte dentro de mí.

—¿Yo necesito permiso para besarte?

Negué deprisa.

—Muy bien —sus ojos se llenaron de gusto y algo más—. Entonces no tenemos nada mas de que hablar, hada.

Me mataba cuando me llamada de esa manera. Lo hacía porque de una u otra manera, sabía que estaba hablando muy en serio y así era como me veía.

—Se supone que si íbamos a hablar —me encontré diciendo.

—¿Quieres hacerlo justo ahora?

Lo miré y negué deprisa.

—¿Entonces que es lo que deseas?

Tragué saliva con fuerza y me obligué a bajar las armas y dejar las inseguridades atrás, antes de simplemente decir: —Esto. Esto es lo único que deseo, Kaydan.

Volví a empinarme porque era demasiado alto para mí y gracias a que él ayudó, pude llevar mi boca a la suya y en aquella ocasión fui yo quien lo besó.

Primero fue un leve roce y después lamí su labio inferior, antes de acercarme otro poco y no pasar por alto la manera como su cuerpo se tensó ante mis atenciones.

—¿Como debo de besarte?

—Bésame como deseas, Genneva —casi gruñó—. Hazlo, pero hazlo con ganas. Hazlo como lo necesitas y como sabes que lo necesito.

Gemí bajamente porque sus palabras me tenían mal y disiparon cualquier duda de que pudiera hacer algo mal.

El miedo a arruinar algo se esfumó y lo único que quedó fue el deseo y fue ahí cuando volví a besarlo y aquella vez lo hice en serio.

Lo atraje hacia mí y él me permitió guiar todo por unos segundos, mientras mi boca se abría sobre la suya y mi lengua lo saboreaba ahora él. Sus manos se apretaron aún mas sobre mi cintura y pese a que estas se hallaban por encima de la tela de la bata de baño, sentí como si estuvieran tocando directamente mi piel y gemí contra su boca, apretando mis muslos y respirando de manera irregular.

El sabor a calidez, menta y alguna clase de bebida llenó mi boca al profundizar el beso, justo cuando mi lengua barrió por encima de la del rubio y al parecer eso fue suficiente para él y su dominio, ya que una de sus manos se movió de manera inmediata hacia mi

nuca y enrendó su mano en el cabello húmedo de ahí, mientras me acercaba mas a su persona y mi pecho quedaba casi al raz con el suyo.

No fue bonito, pero fue caliente, avasallador y tan inolvidable que temblé ahí en sus manos, mientras tomábamos todo de la boca del otro e incluso más.

Se necesitó más y cuando él me hizo retroceder hacia una de las paredes de la habitación no dudé en aceptar, mientras seguía besándolo y su nombre salía de mi boca en forma de un suspiro ansioso y anhelante.

—A veces solo desearía odiarte —dijo de repente, cuando mi espalda terminó de chocar contra la pared y él se alejó un poco para verme a los ojos—. Desería odiarte por adueñarte y marcarme en todos los sentidos.

Mi pecho subió y bajó con fuerza, mientras trataba de recuperar la respiración y el ardor por el cuerpo se intensificaba.

—¿Me he adueñado de tus cosas?

—Sí, Genneva. Mierda, sí.

Su boca volvió a la mía y me dio esa clase de beso posesivo que me dejaba con las neuronas tostadas y el cuerpo temblando.

Me besó hasta que el sabor de cada uno era una mezcla del de ambos. Lo hizo hasta que estuve segura de querer pedir más. No sabía que era más, pero necesitaba más y fue en ese momento cuando él retrocedió un poco y viéndome, dijo:

—Necesito recordarte siempre así —besó la comisura de mi boca y despues la punta de mi nariz—. Mierda sí, mantén esos ojos de plata en mí. No los apartes.

—No pensaba hacerlo.

—Obediente, me gusta.

Le lancé una mirada dura y estuve apunto de soltar algo satírico y él lo supo, ya que sonrió, pero no me dejó procesar nada porque su boca fue a mi boca por unos segundos, antes de deslizarse por mi barbilla y haciéndome inclinar un poco la cabeza hacia atrás -contra la pared-. Comenzó a besar mi garganta. Besó el lugar sensible y delicado en donde latía mi pulso y sin poderlo evitar, ahora fui yo quien enredó la mano en su suave cabello rubio y jadeé con más fuerza, justo cuando sus dientes rasparon levemente el lugar en donde solían ponerme las inyecciones y despues besó de nuevo, como si de alguna u otra manera deseara borrar el rastro de los morados con su propia boca.

Tiré levemente de su cabello y el castigo fue otro pequeño pellizco de sus dientes, mientras yo me estremecía y le pedía más.

—¿Más qué? —fue la pregunta que me hizo, cuando levantó la cabeza y sus ojos bicolor buscaron los míos.

Estaba sonrojada, necesitada y no podía pensar con mucha claridad, mas allá del hecho de que deseaba esto. Lo deseaba a él como jamás había deseado a nadie y podía ser algo vergonzoso por mí, no por él. Pero Kaydan se veía tan seguro y cuando una de sus grandes y firmes manos fueron a mi garganta para acariciar el lugar en donde acababa de besarme, supe que era mi fin.

Sus manos en mí lo eran todo.

—Puedes pedirme lo que desees —dijo y ahora estaba serio—. ¿Quieres que me detenga?

Negué de inmediato.

—No, pero...

—¿Pero?

Jugué con los bordes de la bata y por un instante me sentí mal por dañar el momento con mis inseguridades, pero la idea de arruinar algo o hacer que él me viese diferente me llenó de miedo y él lo supo, ya que dijo:

—Sabemos que soy tu mejor amigo porque paracticaente me obligaste a serlo y como lo soy, debo decir una verdad que está en el aire y no sabes.

Había una leve diversión en sus ojos y me hizo feliz ver que no estaba molesto conmigo por la inseguridad. Por detenerlo.

Los hombres odiaban ser detenidos siempre. No les gustaba la distracción y mucho menos la palabra no, pero a Kaydan no le importaba.

—¿Decirme qué? —me encontré preguntando.

—Eres un partido demasiado bueno. Eres hermosa y cualquiera te quisiera en sus manos, lo sabes; aún así, hablas demasiado, Genneva. Tanto, que estoy seguro de que si te secuestran, te devuelven al otro día porque eres irritante y...

—¡Kaydan! —jadeé y golpeé su pecho, mientras otra sonrisa crecía en mis labios y no pasaba por alto el hecho de que solo quería aliviar el ambiente y relajarme—. Esas cosas no se le dicen a tu mejor amiga.

—Ahí tienes. Te las acabo de decir.

—Bien, yo también tengo muchas cosas malas para decir de ti.

—Lo dudo —llevó sus dos manos a las solapas de la bata y sin abrirla, solo tiró de estas y me acercó a él—. Soy Kaydan Von Sclaén, comprendes que significa eso, ¿verdad?

Negué.

—No tengo defectos.

—Tienes y demasiados.

—Lo dudo.

—Claro que no. Mira, el primero es que...

—No tengo.

—Trataste mal a una mujer ahí abajo, eso no fue caballeroso y...

—No busco ser educado o caballeroso con absolutamente nadie. No hago distinción entre mujeres o hombres. Para mí son absolutamente lo mismo y trataré mal a cualquiera que se pase de listo contigo.

—¿Así de tanto te molesta que me digan cosas?

—Así de tanto —fue su respuesta, su admisión.

—Kaydan...

No me dejó terminar de hablar. Terminó de acercarme por la bata y sin miramiento alguno, volvió a besarme y no es como si me estuviera quejando. Que me muriera si lo hacía.

Me besó con firmeza y profundidad haciendo que yo lo correspondiera con gusto, justo cuando de repente y rompiendo un poco el hechizo que nos rodeaba a ambos, la puerta de la habitación sonó y el aviso de que la comida estaba lista llegó.

El rubio se tomó su tiempo para alejarse de mí y cuando lo hizo y estuvo por dar un paso atrás, volvió a darme un beso casto en los labios y analizó mi rostro con intención.

—En este momento soy un maldito afortunado, Genneva. Espero que eso lo entiendas —dijo—. El afortunado aquí soy yo.

—Pensé que eras lo máximo de la habitación —dije bromeando y no sabiendo como aceptar aquel halago.

Volvió a besarme y se giró para caminar hacia la puerta del lugar, pero cuando estaba a solo unos cuantos pasos de distancia, simplemente respondió: —Desagradable tener que admitirlo, pero ya no tiene sentido que compita contigo. No lo sabes, pero ya ganaste, hada.

Solo Kaydan podía ser insultante y perfecto a la vez. Solo a él le aceptaba ese comportamiento y quizás no lo sabía, pero también había ganado.

Él se había ganado algo muy grande dentro de mí.

**

La comida había estado deliciosa y los del hotel se esmeraron por enviar lo mejor, aunque a Kaydan nada le parecía lo suficientemente bueno.

El pollo para Barío lo había hecho cambiar dos veces porque, según él, estaba o muy seco o muy pálido. Sentí pena por los encargados de entregarle la comida porque se les notaba el pavor y el rubio aprovechó aquello para ser mil veces mas terrible.

—Ahora ese pollo esta seco y pálido, las dos cosas —dijo con voz seca cuando le llevaron el pollo por tercera vez—. Esto no me sirve.

—Señor Von Sclaén...

Vi cuando el nefasto abrió la boca para soltar algo muy duro y por eso mismo, no aguantando mas su dinámica odiosa, me metí en el medio, tomé el pollo y dejé ir al pobre joven que había sido el encargado de soportar a ese demonio.

—Estoy buscando lo mejor para el adefesio, Genneva —me miró irritado.

—No, solo estás siendo malo solo porque sí.

—¿Te parece?

—Sí.

Enarcó una ceja y supe que deseaba seguir con su discurso terco, pero sabiendo que debía entretenerlo y simplemente convencerlo de dejar atrás su comportamiento que parecía ser destinado a hacerle la vida imposible a todos los del hotel, me puse en puntillas y besé su boca.

Primero fue un roce, pero definitivamente, despues fue un beso mas prolongado y supe sin duda alguna que pese a que podría besarlo siempre si mi vida dependiera de aquello, jamás me acostumbraría a ello.

No cuando en cada beso, en cada caricia y roce de nuestras lenguas y nuestros sabores, se sentía como una experiencia diferente y mas emocionante para mí. Se sentía como si todos esos besos que me habían robado en el pasado, sin más, estuvieran siendo recuperados y entregados específicamente a donde pertenecían.

A él.

Después de darle el pollo a Barño y que el gato negro lo devorara con ansiedad y Kaydan pidiera más al restaurante -sí, al parecer no podía controlarlo ni un poco-. Finalmente, ambos comimos en un cómodo silencio.

Devoré absolutamente todo lo que Kaydan puso en mi plato. No me quejé cuando tomó los trozos magros de la carne y comenzó a partirlos en trozos mas pequeños para después ponerlos en mi plato. No dije nada, solo comí y sentí la calidez estar siempre conmigo.

—Solo por si las dudas, lo de antes era una broma —dijo un rato despues, cuando terminé la carne y ahora íbamos por una especie de arroz cremoso.

—¿El qué?

—Lo que hablas mucho —me miró—. Si hablas demasiado, pero no me molesta que hables.

Lo miré y le regalé una pequeña sonrisa, mientras asentía ante sus palabras y las guardaba dentro de mí.

—Siempre he sido una persona muy silenciosa —le expliqué—. Me gusta el silencio, no tengo problema con que comamos sin decir una sola palabra y tampoco me afecta si no quieres decir mucho, Kaydan. Puedo hablar, puedo escuchar o simplemente callar. Está bien.

Me analizó.

—Bien —aceptó—; pero, conmigo hazlo. Háblame a mí. Genneva.

—Un hombre bastante exigente.

—No te imaginas.

Ambos nos sostuvimos la mirada por un momento y la misma sensación de antes embargó mi cuerpo.

¿Cuando se iba a detener aquel calor?

—Ahora si tenemos que hablar —añadió, tomando su copa de vino y llevándola a sus labios—. De todo.

Solté un gemido bajo porque había estado evitando un poco de aquello.

—Pero no vamos a pelear —advertí—. No quiero pelear contigo y lo digo muy en serio, Kaydan —le sostuve la mirada—. No tengo ánimos para una pelea más.

Lo que había pasado en el baño de la estación fue suficiente para mí.

—Bien, yo jamás pretenderé discutir contigo en vano —aceptó—. Solo vamos a ponerte en la misma página que yo para así evitar confusiones.

Enarqué una ceja.

—Pero, primero, ¿deseas postre?

Miré el pequeño brownie de fresa y asentí.

—Bien, ven aquí.

Lo vi retroceder un poco la silla en donde estaba sentado y de manera descarada y bastante arriesgada, señaló su regazo y el rubor volvió con mas fuerza a mi rostro porque la invitación era bastante íntima y...

—Kaydan.

—Sin límites y tomando lo que ambos deseamos, ¿recuerdas? —me preguntó—. No estamos haciendo nada mal, Genneva. Estamos en nuestro mundo y es eso. Solo nuestro.

Tragué saliva con fuerza y supe que haríamos lo que yo deseara y él llegaría tan lejos hasta donde yo se lo permitiera. Hasta donde yo quisiera y, sin duda alguna, yo quería esto y fue por eso que poniéndome de pie y sintiendo la lava bullir dentro de mí,

caminé hacia su persona y una vez estuve lo suficientemente cerca, hice lo que me pidió: Me senté en su regazo.

Era muy pequeña en comparación a él y su tamaño, incluso sentado y yo encima de él, seguía siendo imponente y resaltante.

—¿Que se supone que vas a hacer conmigo en tu regazo? —le pregunté, poniendo mis manos en sus hombros y mirándolo fijamente.

No respondió por un momento, solo tomó la pequeña cuchara que traía el postre y tomando con esta la crema de fresa del brownie, la llevó a mi boca y esperó pacientemente a que abriera la boca y recibiera.

Lo hice y una vez el dulce sabor de la fresa llenó mi boca y la crema se derritió sobre mi lengua, él dirigió una posesiva mano a mi nuca y atrajo mi boca hacia la suya para poder probar de mí lo dulce del postre y devorarme de una manera que bajo ninguna circunstancia podía ser amigable o algo por estilo.

—Sabía que sabría mejor así —dijo, cuando se alejó con mi aliento incluido.

—Eso fue sucio —susurré, sonrojada.

—¿Te parece?

Asentí y sonrí. Lo hizo dejándome ver su hoyuelo de nuevo y pude ver en el brillo de su mirada que tenía algo más por decir, pero no lo hizo.

Se guardó ese comentario que probablemente me pondría peor.

—Ahora sí, dímelo.

—¿Que cosa?

Se mantuvo tranquilo y una de sus manos fue a mi cadera y se apoyó ahí de manera casual, sin embargo, su mirada se volvió mas sigilosa mientras me observaba y esperaba a que yo empezara a hablar.

—¿Por qué te fuiste? ¿Que te dijeron de mí?

—Nadie me dijo nada.

—¿Estás mintiéndome?

Era un hombre inteligente y observador, lo sabía, lo podía leer en él y pese a que me desagradaba Krepto y todo lo que había sucedido aquel día en sí y los días en que Kaydan estuvo ausente. Me negaba a decirle la verdad y ponerlo en contra de su hombre de confianza por mí. Me negaba a seguir creando conflictos en sus alrededores y fue por eso mismo que dije:

—Nadie me dijo nada de ti, Kaydan. Yo solo... Pienso que es lo mejor, ya me has ayudado demasiado y no quiero ser un problema para ti.

—Mala manera de no desear ser un problema —respondió—. Llámame para decirme que me dejas e irte sin más no es ayuda en nada. No es una opción y si deseas algo, como mínimo, quiero que me lo digas a mí de frente y no por un teléfono.

Sabía que eso había sido algo que lo descolocó demasiado. Algo relacionado a ser dejado lo sacaba de sus casillas.

—No estaba esperando que te marcharas para yo irme —llevé una de mis manos hacia su cuello y comencé a acariciar el cabello corto de ahí—. No planeaba que lo sintieras como un abandono.

—Se sintió así.

—Lo siento —me acerqué y besé su boca—. Lamento que hayas pensado que hiciste algo mal.

Asintió y me analizó por un instante.

—No has hecho nada malo, Kaydan.

—¿No?

Supe que la respuesta era importante para él.

—No.

Asintió como si esa afirmación hubiese sido todo y no pude evitar besar primero su mejilla y después su boca. Era como si no pudiera mantenerme lejos de él y de lo que sentía.

—¿Me crees en yo no fui la que llamó a Darwyn, verdad? —tuve que preguntar, porque eso era algo que se sentía como un puñetazo en mi estómago.

—Sí —no dudó—. Yo te creeré cualquier cosa que me digas, Genneva. ¿sabes por qué? —negué—. Porque no hay nada que tu hagas que pueda hacerme cambiar de opinión alrededor de ti y si sabes eso, sin más, vas a entender que hagas lo que hagas o digas lo que digas, voy a desear que sigas aquí.

Nunca nadie me había dicho algo así, porque, para empezar, jamás le importé de esa manera a otra persona y tener a alguien como Kaydan hablándome así lo significó todo.

—Pero de eso no era precisamente de lo que quería hablar.

—¿Y qué es?

—Necesito volver a Inglaterra, ya no puedo seguir aquí, tengo muchos asuntos por resolver allá.

Mi corazón dio un salto dentro de mi pecho, pero aquella vez fue de manera dolorosa porque si él debía irse, eso significaba que realmente si íbamos a separarnos y quizás solo nos veríamos de vez en cuando y eso sería todo.

—Oh —susurré y traté de no mostrarme afligida—. Entiendo, tienes cosas de tu trabajo por resolver y todo eso.

Asintió.

—Está bien —le regalé una pequeña sonrisa—. ¿Y sabes cuando te vas?

Él había sido muy insistente con eso de que me quedara en su apartamento y quizás eso era lo que quería. Dejarme en un lugar seguro antes de irse.

—Mañana.

—Entiendo —bajé la vista a mis manos—. Bueno, si me regresas el teléfono, podremos hablar cuando tengas tiempo y...

—Ven conmigo, Genneva —me interrumpió con firmeza—. Ven conmigo a Inglaterra. Tú y Barío.

Sus palabras me tomaron por sorpresa.

—¿Qué?

—No tienes que quedarte aquí, no tienes que hacerlo porque puedes venir conmigo. A mí me gustaría que vinieras y no entres en pánico, podrás hacer lo que desees, vamos a irlo solucionando, solo no debes quedarte acá.

No pensé que Kaydan fuese a invitarme a ir a la cuna de donde estaba su poder. No sabía que tan buena idea era aquello y al parecer leyó las dudas en mi cara, porque estirando su mano y tocando mi mejilla, soltó:

—Nueva regla de amistad: Dime siempre lo que piensas.

—No tenemos reglas de amistad.

—Ahora sí.

Gemí en voz baja y suspiré.

—No le agradaré a tus hombres, Kaydan. No le agradaré a nadie de tu mundo porque yo no pertenezco a ese mundo y lo último que deseo es llenarte de problemas.

—No necesitas agradarles a ellos —fue su respuesta—. Que te odien si desean, pero entre su mierda, su responsabilidad será cuidarte y respetarte y después de que cumplan con eso, es muy su problema que sienten o dejan de sentir.

—No tienes que hacer todo eso por mí.

—Eres mi única amiga. ¿entonces por quién más?

No respondí porque mi corazón estaba latiendo a todo prisa al no saber que me aterraba más. Si quedarme sin él o irme con él.

—Ven conmigo —repitió—. Solo mientras organizas tus ideas y una vez sepas que es lo que quieres, que es lo que deseas, lo haremos a tu ritmo —aseguró—. Siempre tendrás la libertad de irte o quedarte. Te lo prometo.

Ni por un momento pensaba en la posibilidad de que Kaydan me robara mi libertad, no lo creía de esa manera y pese a que sabía que todo podía salir muy mal porque yo no tenía cabida en el mundo de él y éramos muy diferentes, me encontré asintiendo porque la idea de no volver a verlo me aterraba más que cualquier otra cosa y...

No quería perderlo.

—Podría ir, pero...

—¿Pero qué?

—Tengo algunas reglas.

Me miró sin pestañear y asintió.

—Bien, ¿Cuáles son?

—Tú tendrás tu espacio y yo el mío, no puedo vivir contigo, Kaydan. No puedo invadirte así y, ciertamente, necesito mi espacio también. Nunca he tenido un lugar que sea mío y necesito aprender a estar sola. Necesito demostrarme que puedo hacerlo, ¿lo entiendes? —no pareció muy a gusto, pero asintió—. Conseguiré yo misma un empleo y si tienes un lugar en donde yo pueda quedarme, te pagaré una renta cuando tenga empleo, ¿te parece?

Me observó unos segundos como si no pudiera creer lo que estaba escuchando, pero terminó asintiendo porque claramente era consciente de que no iba a ceder en este tema.

—Me parece.

Se sintió muy bien el hecho de que él no me negara esto que también era tan importante para mí.

—Gracias —le dije—. Y prometo no ser un problema, seré lo más invisible posible y...

—No termines eso —fue lo único que dijo y se vio levemente molesto—. Solo no lo termines.

Su mirada verde con bordes azules se tornó más dura y supe que mis palabras no habían sido probablemente las más indicadas, pero necesitaba ser realista. Necesitaba que él supiera que no planeaba revolver su vida o llegar a desorganizar todo.

Me portaría bien.

—Siguiendo con el tema y ya que dijiste que tenemos reglas de amigos, yo también tengo una regla de amigos.

Enarcó una ceja.

—¿Tienes una regla?

—Por ahora, sí.

—¿Y esa sería?

Lo observé un momento en silencio y tragando saliva con fuerza, levanté la cabeza con firmeza y dije: —No quiero que ella vuelva a responder tu teléfono, Kaydan.

Me miró en silencio.

—Puede ser tu secretaria, pero si te llamo, quiero que respondas tú, no ella.

—¿Estás celosa?

—No es cuestión de celos, es cuestión de que es raro que una mujer maneje tu teléfono. No quiero que lo haga más.

—No quieres que lo haga más —repitió y algo de diversión llenó su mirada.

—Me molestaré —admití—. Si vuelvo a llamarte y responde ella, voy a molestarte, Kaydan.

—¿Es una amenaza? —cuestionó, curioso.

—Es una verdad.

No sabía cómo estaba funcionando la amistad ahí, pero la verdad era que no quería que siguieran sucediendo aquel tipo de cosas.

—No lo hará más —cedió finalmente—. Nadie responderá el teléfono por mí de nuevo, ¿bien?

Asentí, aún así, tuve que preguntar.

—¿Tuviste algo con ella?

—¿Con Susan?

—Con tu secretaria, sí.

—No —me sostuvo la mirada—. Jamás.

Asentí en silencio, sintiendo como el malestar dentro de mí se evaporaba y yo creía en su palabra porque él jamás me había dado motivos para desconfiar. Continué sentada en el regazo de él y estaba por decir algo más, justo cuando el rubio recibió una llamada y sin dejarme ir, respondió al llamado en silencio.

Lo vi escuchar con suma atención, antes de llevar sus ojos a mí y tras una pausa, lo único que dijo y me dejó bastante claro que se venían problemas fue:

—Quiero a Krepto en el sótano mañana mismo. Yo personalmente me haré cargo de esto.

Supe inmediatamente que él había descubierto todo y me puse más nerviosa

—Kaydan...

—Nadie, Genneva —fue su respuesta, mientras terminaba la llamada—. Nadie se vuelve a pozar y a pasar por encima de ti. Ni siquiera tú misma.

—Oye —mi mano fue a su mejilla y lo hice verme—. Es tu mano derecha y...

—Y tú eres tú —me cortó—. Eso ahora tiene más peso y ley que cualquier otra cosa y mañana voy a demostrarlo.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 37.

37

Kaydan.

El olor a húmeda y moho llegaron a mí cuando entré a una de las salas de sótanos que había en una de las residencias de pragma de la organización.

Teníamos espacios especializados para aquello en casi todos los lugares del mundo en donde operábamos y ahí no sería la excepción.

No se escuchó absolutamente nada, mientras yo terminaba de llegar al centro del espacio y veía el cuerpo tenso y sentado de Krepto en una de las sillas de madera que se solían usar para comenzar el ritual de tortura y finalizar con el asesinato.

Aun no sabía a ciencia exacta cual sería el castigo de él. Quería ser directo y cortar su garganta sin pensar en otra cosa que no fuese el hecho de que se pasó de listo con ella. Con Genneva.

Pero pese a que esa acción era la que gobernaba mi mente y estaba muy dispuesto a llevarla a cabo, una parte de mí, esa que seguía siendo consciente de todo y sabía cómo se movía aquel mundo y lo drástico que podía llegar a ser sacrificar a una mano derecha.

Eso traería preguntas, incertidumbres y ante aquello, sabiendo que no estaba dispuesto a ser indagado por nadie, sería el comienzo de un derramamiento de sangre sin pausa alguna, porque la ley tenía un nombre y ese era el mío y las consecuencias a sublevarse ante mí eran terribles. Mortales y no solo hablaba de la vida de ellos, sino incluso la de sus familias.

El último que se alzó contra mí terminó muriendo, pero, antes de hacerlo, vio como toda su familia era destrozada por una jauría de lobos salvajes. Fue todo un espectáculo digno de dejar marcado en la historia de la organización.

Krepto siempre había estado ahí, era parte del círculo PARKIAL de mi mafia y sabía cómo se movían las reglas y las leyes. Él sabía lo que podría ocurrir si yo descubría lo que hizo y tener que tomar aquella decisión me irritaba porque no era solo por tener que sacrificar la vida de él, uno de mis hombres más fieles. Sino porque había tocado algo que ya consideraba intocable en mi vida y eso era Genneva.

—Señor —me dijo Brandie, uno de mis hombres del círculo PARKIAL y el activo más cercano de Krepto—. ¿Me mandó a llamar?

—Sí, quédate aquí —le respondí sin ni siquiera verlo, mientras me detenía en el centro de todo y comenzaba a quitarme los guantes de cuero negro que llevaba puestos—. El resto, largo.

Ninguno volvió a regalarle ni una sola mirada a Krepto y él tampoco hizo el ademán de decir algo. Todos se marcharon y él se mantuvo ahí sentado con la mirada siempre enfrente, mientras los hombres que solía manejar lo dejaban y daban por hecho la cuestión de que esa madrugada iba a morir.

Brandie también evitó mirar a Krepto, se mantuvo estoico sin demostrar ni una sola emoción, pero sabía que había una fibra tocando ahí. Sabía que estaba a punto de hacerlo matar a su superior porque así eran las reglas en este mundo.

Siempre hacía que el hombre más cercano al otro fuese quien acabara con su vida. Aquello era un destino que ellos entendían que tarde o temprano iban a tener que pagar por hacerse tan cercanos unos con otros en un mundo donde la selva y el dominio animal nos envolvía.

Y si tomaba la decisión de acabar con la vida de Krepto, sin más, haría que su amigo lo asesinara solo para que sintiera la traición el doble, así como yo sentí que me había jodido cuando por su culpa ella casi se fue y me dejó.

Cada que pensaba en esa probabilidad, en la cuestión de haber llegado demasiado tarde y que ella se hubiera ido para siempre, me hacía querer arrancarle los dientes al bastardo con mis propios puños, mientras le hacía tragar todas las palabras que le dijo a ella.

O quizás lo haría lamer el piso por donde caminaba ella y hacer que le pidiera perdón una y otra vez por tan solo haberla visto y hacerla sentir menos de lo que realmente era.

Había escuchado los malditos audios. Tenías micrófonos por todas partes y apenas hacías horas me habían llegado encriptados para poder abrirlos y fue ahí cuando escuché la manera como le habló a ella. La forma como se atrevió a echarla como si alguna mierda de ahí fuese suya y tuviera el derecho.

Me jodió escuchar el silencio de ella, mientras ese bastardo le decía que era una oportunista.

¿Cómo podía pensar alguien que de alguna u otra manera, Genneva era una aprovechada? Esa mujer no sabía tomar algo sin dudar y sin estar apenada de estar recibiendo demasiado y, ¿ahora venía él a decirle esa mierda?

Puto imbécil.

—¿Por qué no lo haces tú mismo? —me preguntó de repente él, cuando quité mi gabardina negra y la dejé sobre una silla—. Mátame tú.

Comencé a arremangar las mangas de mi camisa negra, mientras mis ojos daban con los suyos y no dije nada, solo enarqué una ceja en forma irónica, casi sintiéndome divertido por el hecho de que él pensara que me podía hablar siquiera.

—Si tan molesto estás, termina con esto ya.

—¿Es una orden?

No respondió, pero no precisamente por miedo a morir o a lo que le esperaba, sino más bien porque dentro de él seguía existiendo respeto y lealtad hacia mí y era esa misma lealtad la que lo había llevado a actuar de manera errónea.

Krepto no era directamente un traidor, lo sabría si lo fuese. Lo que había hecho y había dicho lo hizo por su necesidad de protegerme siempre, pero eso no significaba que iba a aceptarlo o que estuviera bien.

—¿Qué prefieres usar, Brandie? —le pregunté al otro.

—Lo que usted ordene, señor.

Al fondo del lugar había una mesa repleta de todo tipo de instrumentaría que servía para el arte de dolor. Cada herramienta era mejor que la otra y probablemente Krepto merecía todas y cada una de ellas.

—Eres el mas cercano a él, debes de saber cual es su favorita.

Brandie caminó con pasos firmes hacia la mesa y lo vi volver con una pinza de metal que solía usarse para extraer grandes secciones de piel. Suponía que era una cuestión bastante dolorosa, ya que en quien era usado esto, de por sí, siempre terminaba suplicando, jadeando e inconsciente.

—Buena elección —dije.

—¿Inicio, señor? —me preguntó.

Volví a mirar a Krepto y este aprovechó mi momento de atención para hablar.

—Te estás volviendo en lo que tanto prometiste destruir, Kaydan —escupió, casi retante—. Estás cayendo por la misma barranca que cayó Christian y vas a permitir que lo mismo que lo jodió a él, te joda a ti, porque pasará —aseguró—. Has asesinado a hombres tuyos por tener debilidades como mujeres, pero ¿ahora de repente tú tienes a una que te importa por encima de tu imperio y los que son leales a ti?

Lo miré en silencio.

—Ser un tirano es lo tuyo, pero ser un hipócrita no lo creo y no lo ves, ¿sabes por qué? Porque esa mujer te cegó.

—No soy mi tío —fue mi simple respuesta, pero una parte de mí me gritó que eso no era del todo real y odié esa parte.

Detesté esa parte que me recordó a él y la manera como terminó por ella.

—Ya lo eres y que no puedas verlo solo demuestras que has perdido tu imparcialidad por esa mujer.

—Esa mujer —repetí y caminé hacia él—. ¿Cuál mujer? ¿La misma que atacaste aprovechando mi ausencia?

—Solo dije la verdad.

Ladeé la cabeza y me detuve a un solo paso de su cuerpo.

—¿Y cuál es la verdad?

—Es una oportunista.

Eso fue todo lo que tuve que escuchar.

Levanté mi puño y lo conecté de manera tan brutal y fuerte contra su rostro, que se escuchó el momento exacto cuando su nariz se rompió en dos y la sangre salpicó a todas partes como respeto a ello. Aun así, eso no fue suficiente para mí y dándole dos puñetazos más, jodí su boca y su barbilla, mientras el gusto por verlo sangrar calmaba levemente la ira efervescente en mí y evaporaba un poco lo ofendido que me sentía ante la idea de que hablaran de esa manera de ella.

—Vuelvo a escuchar esa palabra salir de tu asquerosa boca para referirte a ella y te corto la lengua —le dije y mi voz sonó muy tranquila en comparación a lo que estaba sintiendo—. A Genneva se le trata con respeto o no se le trata. Es tu problema.

Él escupió sangre al piso, mientras intentaba respirar por encima de su nariz rota, pero era casi imposible, ya que el líquido escarlata jamás dejó de salir y escurrir.

—Mátame si deseas —repitió—. Pero tarde o temprano serás consciente de que esto es un error y ya debes de estarlo viendo. Tienes un traidor en la empresa.

Sabía eso, cuando estuve en Inglaterra comprobé la cuestión de que la junta directiva de Omnium estaba en contra de mí y uno de ellos se había alineado con uno de los ejecutores de Vértize para deshacerse de mí. Para vender mi paradero a los nigerianos y poderme sacar del camino.

Eso lo sabía y eso lo iba a solucionar.

Por eso iba a volver a Inglaterra y una vez tuviera todo el esquema sobre la mesa, sangre iba a llover. Lo haría porque los traidores que estaban detrás de mí, esos que querían mi cabeza, lo hacían por todo el patrimonio que había en mi poder.

Sabía que quienes me estaban traicionando querían mi dinero y para eso también había tomado una decisión y ese día la llevaría a cabo.

Pero, en ese momento, volví a centrarme en Krepto y ver su sangre no calmó mi enojo. No menguó absolutamente nada en mí y de repente supe que matarlo tampoco lo haría porque eso era lo que hacía siempre. Mi respuesta ante todo era asesinar y si hacía lo mismo con Krepto, sin más, no demostraría lo que significaba las consecuencias de meterse con ella.

—Sé que puedo confiarte mi vida si así lo necesito —le dije—. Pero deja mucho que desear el hecho de que tomes decisiones sin mi consentimiento.

No respondió.

—A partir de este momento ya no haces parte del círculo PARKIAL y ya no representas a mi mano derecha —se quedó estático ante mis palabras, porque para todos ellos era mejor morir que ser desnivelados y dejados de lado—. Vuelves a tu puesto de años atrás y, a partir de que volvamos a Inglaterra, serás un guardaespaldas más.

Se tensó.

—Serás el guardaespaldas de Genneva y como ella está por encima de ti, seguirás ordenes de ella callado y por lo que eres. Un perro.

Le sostuve la mirada esperando a que dijera algo más, pero claramente no había nada que pudiera decir ante esa decisión. Krepto era sumamente leal a mí y sabía que iba a llevar la orden tal y como acababa de dársela, pero no iba a confiarle realmente a Genneva.

Solo lo mantendría lo suficientemente cerca para que aprendiera la lección y ya veríamos por donde nos llevaba el camino y si podía volver a confiar en él.

—¿Quieres que cuide a la mujer que es la causante de todo esto?

—Tú eres el causante de todo esto y vas a cuidar a esa mujer porque así lo ordeno yo.

No respondió nada más y me giré hacia Brandie el cual había estado todo ese tiempo callado.

—Hazte cargo de él —le dije—. Dale una lección lo suficientemente dura para que recuerde que jamás puede y debe volver a tomar decisiones sin mi permiso y mas te vale ser lo suficientemente duro o remplazaras su lugar.

—Si, señor.

Comencé a caminar hacia la salida y cuando estaba por irme, agregué algo que supe que terminaría por joder el ego del imbécil del Krepto.

—Y llama a Seth Warner's apenas termines aquí y dile que lo quiero en Inglaterra lo antes posible. Es mi nueva mano derecha y lo necesito cerca. Hay sangre que necesita correr.

**

—Necesito que ese testamento quede legítimo en cada país existente —le dije al notario, mientras yo revisaba mi teléfono y respondía un mensaje de Brandie en donde me decía que todo estaba hecho ya con Krepto.

—Si, señor —me dijo el notario y revisó el acta en donde se estaba secando mi firma y en donde se constataba que se haría con la suma millonaria de mi patrimonio si yo llegaba a faltar—. Ya todo está al día, lo único que debo hacer es escanear unas copias, enviar los documentos actualizados y todo estará listo para hacerse una vez llegue a suceder algo con usted.

Mis ojos fueron a los suyos y lo analicé unos segundos, antes de simplemente ponerme de pie, tomar una computadora portátil y dejársela enfrente.

—Hazlo todo aquí —le dije—. Esperaré a que termines.

Me miró por unos segundos nervioso y un poco confundido por no poder salir, antes de aceptar y ponerse a trabajar en lo que le había pedido.

Estaba en un despacho en el centro de la ciudad, no muy lejos del hotel en donde había dejado a Genneva desde la madrugada y en donde ella estaba siendo cuidada por varios de mis hombres.

Antes de volver con ella había mucho que debía seguir solucionando y más teniendo en cuenta de que al otro día volaríamos a Inglaterra y sería un cambio muy importante para ella y debía de estar ahí. No tenía tiempo, pero de alguna u otra manera iba a encontrar el espacio para ayudarla a adaptarse y para estar con ella.

—Prometo no ser una carga.

Ella había repetido esas palabras anoche cuando se fue a dormir y yo la cuidé mientras lo hacía. Lo dijo de una manera como si estuviera pensando en aliviar alguna incertidumbre dentro de mí, pero la única maldita duda dentro de mi sistema era saber como la iba a hacer cambiar de opinión sobre vivir lejos de mi persona.

Se le había metido en la cabeza que iba a vivir en otro lugar, que iba a trabajar y que iba a pagar su alquiler. Ella quería ser lo mas independiente posible y pese a que eso era algo bueno y lo admiraba de su pequeño ser. La parte dura y terca de mí no lograba adaptarse a la idea de que ella estuviera lejos y separada por tantas horas.

Pero respetaría su decisión.

Lo haría y me lo repetí anoche, justo después de que se fue a dormir y su sabor se quedó impregnado en mis labios por horas. De hecho, una vez se durmió, tuve que

tomar un baño de agua helada porque mi sistema le costó procesar lo cerca que había estado y lo bien que se sintió besarla, tocarla y sostenerla.

Pero, peor aún, me costó procesar la forma como ella me besó, me tocó y me sonrió. La manera como me dijo que era un sucio por besarla después de darle crema de fresa y se sonrojó de una forma que me hizo querer decirle que, si eso era ser sucio para ella, lo mejor era que jamás me diera confianza porque le enseñaría la verdadera definición de la palabra, pero no lo dije.

No se lo dije.

Solo le sonreí y tuve que besarla de nuevo para acallar mi necesidad por ella y evitar decirle que esa crema de fresa sabría mejor siendo probada, lamida y chupada de cada parte de su cuerpo.

Tomé una ducha y no le dije nada, incluso me obligué a mantenerme lejos de la cama y trabajé gran parte de la noche, revisando las últimas misiones que habían sido cargadas a Vértize y después escuchando de nuevo los audios que descargué de la sala de juntas de la empresa.

—Hay que aprovechar que está lejos para levantar una junta y lograr ver qué hacemos con las acciones —dijo Zanson Geriel, uno de los socios más antiguos de Omnium y el puto dolor de cabeza que me dejó Christian.

—No podemos alzar una junta sin él aquí. ¿Crees que no sabrá que fuimos nosotros? —le preguntó Bruno a su primo—. Ese bastardo todo lo sabe. Lo sabrá.

—¿Y esperas que sigamos perdiendo dinero solo por qué a él no se le da la gana de aceptar los nuevos cargos y ahora se va a limitar con los comerciantes?

—Sabes cómo es Kaydan.

—Bueno, pues ya estoy harto de ese hijo de puta —gruñó Zanson, quien a sus sesenta y cinco años tenía mucha mierda por decir—. Lo peor que pudo haber hecho Christian fue haberle dejado todo a ese infeliz que no sabe hacer nada más que ser un bastardo ruin.

Las comisuras de mis labios se habían curvado ante aquello, mientras ellos seguían despotricando sobre mí.

Zanson y Bruno habían sido los primeros socios que Omnium tuvo cuando comenzó a ser fundada por mi tío. Yo era un adolescente ya adiestrado cuando eso y fui parte del proceso. Siempre estuve ahí detrás de un imperio que se creó para generar riquezas, pero una vez mi tío fue asesinado y yo fui el dueño de todo, años después, usé la empresa para comenzar a lavar dinero y tener que evadir los impuestos que me generaba la mafia.

Volví Omnium mi fábrica de dinero negro y arrastré a los socios conmigo. Socios importantes como Zanson, Bruno y Parker Derecks, quien fue el mejor amigo de mi tío y con quien llevé una relación más estrecha debido a ciertos compromisos en los que Christian me metió.

Parker aun seguía con vida y pese a que tenía una parte importante de Omnium, desde hacía un año y medio había tomado distancia debido a desacuerdos que tuvimos. Intenté ser correcto y comprarle su porcentaje y se negó.

Se negaba a ceder y quizás tendría que matarlo tarde o temprano por eso, pero aun había algo que debía solucionar con él y con su...

—Si tienes miedo a que la empresa se devalúe, entonces vendámosle las acciones a él —dijo Bruno en el audio—. Y nos alejamos de todo esto.

—¿Y dejarlo ganar? —Zanson se rió y sonó casi furioso—. Nunca. Estoy harto de ese hijo de puta. Que se haya hecho millonario acosta de todo esto y su mierda turbia no es justo y ahora simplemente no se va a quedar con todo. Vamos a recuperar lo que nos pertenece. Quiero mis acciones y las suyas.

—No es tan fácil.

—Es más fácil de lo que crees, tiene muchos enemigos y tengo un contacto cercano a él —respondió—. ¿Viste el patrimonio que tiene? ¿Crees que dejaré que se quede con todo eso?

Bruno no le respondió nada.

—Vamos a venderlo a uno de sus enemigos y, cuando suceda eso, haremos una demanda fiscal y como no tiene familia, hizo que los Derecks firmaran un acuerdo de renuncia y nosotros somos poseedores y socios, apelaremos esa riqueza. No la merecemos por haber aguantado a ese bastardo por tanto tiempo.

La conversación había seguido a partir de ahí y escuché como Zanson era cercano a uno de los asesinos de pragma de Vértize. Escuché su plan y las comisuras de mis labios se curvaron, mientras Bruno accedía a uno de mis servidores de la empresa y comenzaba a sacar información de mis fondos y estados.

Bien.

Estaban planeando deshacerse de mí y quedarse con el dinero. Ellos pensaban que les dejaría más de quinientos mil millones de dólares para ser accedidos por ellos.

Ya veríamos.

No estaba planeando dejarme asesinar en un futuro cercano, pero, si sucedía algo, ese dinero ya tenía destinatario.

—Listo, señor —me dijo el notario dos horas después cuando terminó la aplicación del testamento y la legalidad de este—. Ya todo está subido y autenticado, solo necesitamos veinticuatro horas para que cambie el estado.

Me puse de pie y caminé hacia donde el estaba para así poder ver lo que había hecho en la computadora.

—¿Todo será dirigido a un solo lugar?

—Si, señor.

Revisé todo y una vez fui consciente de que estaba como quería, asentí.

—Y es confidencial como usted lo pidió —me recordó, poniéndose de pie—. Solo usted y yo sabemos de este cambio y sobre que...

Lo miré a él y volví a bajar la vista hacia donde estaba el testamento, antes de negar y decir:

—No, esto es solo mío.

—¿Disculpa?

Saqué el arma de la parte trasera de mi traje y antes de que pudiera decir algo más disparé dos balas certeras en su cabeza, terminando con su vida de manera inmediata y borrando cualquier otro testigo sobre el cambio de dinero y su nuevo poseedor; porque que alguien supiera esto haría que quisieran ir también por la otra persona y no.

Jamás sucedería.

Yo no tenía intención de morir, pero, si sucedía, esos bastardos se iban a quedar con las ganas de todo ese dinero porque seguía siendo mío, pero, a partir de ese día, también ya tenía una nueva *dueña*.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 38.

38

Kaydan.

Aquel día íbamos a volar finalmente a Inglaterra y ya todo estaba coordinado para la llegada de Genneva, Barío y yo a la ciudad.

El jet privado nos estaba esperando desde el amanecer y sabía que al tocar tierras inglesas lo primero que haríamos sería ir a mi pent-house en lo alto y más excéntrico de la ciudad de Londres para que ella se pudiera organizar y, después de ahí, encontraría un lugar cercano para que pudiera quedarse y obtener esa privacidad que tanto decía querer.

Mi mente se estaba moviendo rápidamente alrededor de todo, no solo en el viaje con ella, sino también la cuestión con Krepto, la mierda con los socios y la intervención en el teléfono de Genneva, la cual indicó que ella habló con Darwyn, pero no era así y eso significaba que alguien había tratado de joderme por otra parte.

Alguien diferente a Krepto y a ese si iba a arrancarle las manos por esa mierda porque, después de todo, me hizo acusarla a ella por algo que le dolía y no había hecho. Me hizo hacerle daño y cuando rastrear la intervención y supiera quién era el culpable, no sería bonito y mucho menos limpio.

Pero, en ese instante debía centrarme en otras cosas y una de ellas era saber que tenía a Genneva tan silenciosa y tensa. Que era eso que la estaba carcomiendo a tal manera que desde que había despertado no había dicho ni una sola palabra y eso se sintió raro.

Se sintió mal.

—¿Todo bien? —le pregunté por segunda vez, cuando la vi doblar la ropa que yo le había comprado cuando llegamos a ese apartamento.

La había traído de regreso del hotel solo para que tomara lo que creía necesitar, pero ahora estaba doblando toda la ropa con una pulcritud que casi le envidié.

—Sí —respondió en voz baja y evitó verme—. Todo bien.

Mentía.

Sabía que lo estaba haciendo y eso hizo que me decidiera por retrasar el vuelo una hora más, antes de simplemente acércame a ella y evitar tocarla.

No me gustaba tocarla cuando estaba en aquel estado de animo y no porque creyera que fuese a romperse, sino porque no deseaba traspasar sus límites.

—Mírame —le ordené y no lo hizo—. Genneva —presioné.

Frunció el ceño, se giró para verme y esa mirada plata se vio ahogada en lo que parecía ser tristeza.

—Necesito doblar toda esta ropa, Kaydan.

—En realidad no debes doblar nada. Deja eso aquí, no importa —di un paso hacia ella y tuvo que levantar la cabeza para verme todavía a los ojos—. Te compraré cosas nuevas y mejores.

Pese a lo que estaba sintiendo, su mirada se suavizó.

—No tienes que comprarme más cosas.

—Quiero hacerlo.

Parecía querer negarse y decir algo más, pero terminó por suspirar y solo guardó silencio.

—Vamos, dime que es —insistí y fue realmente alucinante la paciencia que tuve alrededor de ella, porque no había nada que me sacara mas de quicio que los rodeos y el silencio—. ¿Ya no quieres venir a Inglaterra?

No la obligaría si ella no lo deseaba, aun así, la idea de que se quedara aquí no me gustó ni un poco.

—No es eso.

—¿Entonces? —repetí—. Habla, Genneva. No soy adivino y necesito saber que es lo que pasa y que es eso que te acongoja. Preciso saberlo y si no eres capaz de decirlo, entonces no seré capaz de solucionarlo.

—No puedes solucionarlo —fue su respuesta—. Nadie puede hacerlo.

Estuve a punto de decirle que yo era muy capaz de solucionarlo todo y si no era preciso por mis manos, entonces, sin más, compraría la solución de las manos de otros.

Aun así, antes de que pudiera decir aquello o algo más, ella tragó saliva con fuerza y dijo: —Hoy Julieth está cumpliendo un mes de muerta. Ha pasado un mes tan rápido y para mí es como si hubiese sido ayer. Para mí es como si hubiese escuchado su voz por ultima vez anoche y después despertar con su cuerpo estático a mi lado.

La voz de ella se rompió y eso me jodió.

—La extraño tanto —bajó la vista a sus manos—. Cada día, cada noche, cada hora...

No supe que decirle porque una parte de mí seguía sin comprender como ella llegó a querer tanto a la hija de dos bastardos que le hicieron la vida imposible, sin embargo, no era como si pudiera juzgarla o algo por el estilo.

—No puedo evitar pensarlo.

—¿El qué?

Volvió a mirarme y la tormenta estaba totalmente presente en su mirada.

—No puedo evitar pensar que, si quizás hubiese muerto, si el veneno hubiera acabado con mi vida, sin más, tal vez estaría con ella o la habría visto otra vez. Una última vez.

Me tensé.

—Quizás si llegara a morir y...

—No —la interrumpí y mi voz fue demasiado dura—. No vayas ahí. No me importa que tanto te duela, no vas a ir a ese pensamiento ni por las dudas.

Ella me miró en silencio por unos segundos, antes de preguntar: —¿No te importa que tanto duela?

Le sostuve la mirada.

—No si la respuesta es que te vas a desear rendir —fui claro, contundente—. Que duela lo que tenga que doler, pero no te irás. No te dejarás caer.

Abrió la boca y la volvió a cerrar, antes de negar y curvar levemente las comisuras de sus labios por encima de su dolor.

—Eres el mejor amigo más raro del mundo, Kaykay —susurró—. Rara manera de pedirme que no me rinda.

Le lancé una mirada con mas determinación y pese a que el dolor no dejó su mirada, solo se acercó un paso a mí y tocó amistosamente mi brazo.

—Descuida, no pretendo suicidarme.

—Mas te vale.

Ahora si sonrió, lo hizo antes de darme la espalda y volver a doblar la ropa de manera acongojada.

Ella amaba a esa niña mas de lo que estaba seguro de que jamás amaría a algo mas en la vida y de repente, siendo un total bastardo, no pude evitar sentir inquietud alrededor de una niña ya fallecida, pero la pregunta estuvo ahí: ¿Y si Geneve solo logró sentir algo por ella y ya no había espacio para nadie más?

No me gustó pensar eso y me daba igual que tan bastardo me hiciera ver esa realidad.

Geneve no habló mas en el transcurso de la mañana y no me calmó el hecho de no verla llorar, ya que estaba aprendiendo a conocerla lo suficiente y sabía que se podía encerrar en su mundo frío para no decir y demostrar mucho.

Eran alrededor de las ocho de la mañana cuando finalmente salimos del apartamento luego de que Geneve recibiera su otra dosis de antídoto puesta por mí mismo, ya que desde que se la puse en el hotel y me hice cargo de aquello, me negaba a dejar que el imbécil del doctor -el cual seguía sin hallar la cura completa-. Se acercara demás a ella.

—Estás actuando como un loco —me había dicho ella en voz baja cuando le lancé una mirada de advertencia a Justien cuando se acercó demasiado.

—Quizás soy bastante demente.

No sabía que tenía ella y que hacía en mí, pero era muy cierto aquella parte que actuaba como un psicótico y no iba a remediarlo. No quería.

—Wow, que impresionante —escuché que dijo la rubia a mi lado, justo cuando la camioneta se detuvo cerca a la pista de vuelo y ella pudo ver mi jet privado de lujo—. ¿Es totalmente tuyo?

—Sí —abrí la puerta y la mantuve abierta para ella, mientras le ofrecía una mano para ayudarla a bajar.

Barío venía en una maleta de seguridad para gatos y siseó molesto por el viaje, mientras me enseñaba los dientes y yo lo ignoraba.

—Es muy bonito —me dijo y se vio algo tímida por la magnitud y vista del imponente avión negro que dominaba totalmente el paisaje con su tamaño y permitía resaltar las líneas elegantes y duras de su acabado lujoso y sofisticado.

—Vamos.

Alrededor de diez hombres nos siguieron en silencio y con actitud firme y vigilante, mientras ella y yo caminábamos hacia las escaleras del jet y éramos esperados por una tripulación compuesta por el capitán, el copiloto y tres azafatas.

—Bienvenido, señor —me saludó el capitán una vez subimos y Genneva fue por delante de mí—. Bienvenida, señorita...

—Genneva —dijo ella y no pasé por alto que jamás decía su apellido italiano—. Así está bien.

Él asintió, mientras me daba otro asentimiento en forma de respeto y después hacía que el resto de la tripulación nos saludara.

Genneva se mantuvo después de ahí, una vez más, totalmente callada y miró asombrada a su alrededor cuando descubrió que el avión por dentro tenía muy pocas sillas de vuelo, ya que adelante, después de los baños, había una sala para la tripulación, luego un pequeño bar, después seis sillas de vuelo y, por último, una puerta que llevaba a una pequeña habitación que yo nunca solía usar, pero ahí estaba para descansar.

En el vuelo solo seríamos nosotros, ya que los guardias iban a volar en otro jet privado. De por sí, no me gustaba compartir espacio si no era netamente necesario y mucho menos ahora con Genneva y Barío cerca, ya que no los quería incómodos.

—Solo he subido en avión dos veces —me dijo la rubia en voz baja, cuando la puerta del gran aparato de cerró y el capitán nos informó por el altavoz que debíamos tomar asiento—. Y nunca fue un avión así, ¿estás seguro de que es confiable?

—Sí —respondí sin verla, justo cuando mi teléfono se inundó de alertas de correos electrónicos.

¿Se había creado otra cuenta para hablarme? La molestia y la impaciencia me llenaron porque al parecer mi silencio no era suficiente para dejar en claro que la respuesta era no.

Escuché a medias que el capitán dijo que el vuelo podría tardar alrededor de diez horas debido a una tormenta que estaba pronosticada y que habría turbulencias, pero que todo estaría bien.

—No creo que sea muy seguro —insistió de nuevo ella—. Dijo que habría tormenta y...

—Hago esto casi todos los días, Genneva —la corté con mas rudeza de la que pretendía, sin dejar de ver el teléfono—. No se va a caer, las turbulencias no tumban aviones. Solo ponte el cinturón y eso es todo.

Mantuve mi vista en el móvil y evité leer los mensajes, justo cuando el silencio de la rubia se volvió eterno y levantando mi cabeza y llevando mis ojos hacia ella, la encontré tratando de abrochar su cinturón, mientras uno de sus pies rebotaba con nerviosismos y me maldije a mí mismo.

Me odié por no ser cuidadoso a la hora de hablarle. Me detesté por permitir que mierda exterior interfiriera sobre nosotros y guardando el teléfono en mi bolsillo, me puse de pie y me incliné para quedar a la altura de ella, mientras la ayudaba con el cinturón.

—Lo siento —le dije y sus ojos dieron con los míos—. Acabo de ser un imbécil. Lo lamento.

—Está bien.

No, no lo estaba y fue por ello por lo que llevé una mano a su mejilla y sin importarme si alguien nos veía o no, atraje su boca hacia la mía y la besé.

La besé suavemente, en modo de disculpa.

—Todo estará bien —le repetí—. El avión se va a estabilizar unos minutos después de que arranque y podremos movernos de la silla e incluso pedir comida. ¿Bien?

Asintió de nuevo y, una vez más, me odié por dejar que mi privilegio nublara la realidad de lo que había sido la vida de ella y lo poco que conocía.

Ella no respondió, solo se tiró un poco hacia adelante y ahora fue su turno de besarme castamente antes de retroceder.

—No estoy molesta contigo.

—Está bien.

Me regaló una pequeña sonrisa y no pude creer como antes llegué a pensar que era demasiado fría para ser real.

Genneva era adorable y no podía dejar de repetirlo y tampoco es como si deseara hacerlo.

Diez minutos después, finalmente el vuelo despegó y cuando ella se puso más y más nerviosa, llevé una de mis manos a nuca y comencé a acariciar ese lugar de manera lenta y casi reverente, haciendo todo lo posible por distraerla.

La vi llevar la mirada a la ventana y observar como todo se iba haciendo más y más pequeño y supe que eso la puso ansiosa y por ello le dije: —Ojos en mí, hada. Mírame solo a mí.

Obedeció y continué acariciándola.

—No podría acostumbrarme a estar subida en una cosa de estas todos los días.

—Eso es bueno —la molesté—. Teniendo en cuenta de que te da miedo volar y esas cosas, no tendré que preocuparme con que quieras dejarme y decidas irte a otro país. Los aviones se caen, Genneva, evítalos.

—Kaydan —me reprendió con esa voz suave y firme que tenía.

Le sonreí y ella me miró indignada.

—Eres el peor mejor amigo.

—Es lo que hay.

Ambos guardamos silencio por un momento y seguimos observándonos, justo cuando el avión tuvo un movimiento fuerte y de manera veloz y ansiosa, ella llevó su mano a mi brazo y me hizo bajar mi mano de su nuca para poder entrelazar sus dedos con los míos de una forma que me hizo fruncir el ceño.

Mi mirada se quedó ahí en donde nuestras manos estaban unidas y no pasé por alto lo pequeña que era su mano en comparación de la mía.

—Nunca volveré a volar —me dijo—. Jamás.

—Entonces, eso te deja atada en Inglaterra conmigo.

Soltó un ruidito bajo y se mantuvo rígida y en silencio mirando siempre hacia adelante, mientras mis ojos devoraban su perfil y esa belleza etérea que probablemente era sacada y traída de otro mundo.

—Todo estará bien —le dije de repente y ella se giró para verme—. Se que lo de Julieth te duele demasiado aun, pero todo estará bien. Lo superarás.

—Dudo que pueda superar eso —confesó.

—Lo harás —repetí—. Las muertes se superan tarde o temprano, Genneva. Se superan por el paso del tiempo o porque ya se sintió demasiado dolor, pero eventualmente sucede.

No se vio muy segura, pero preguntó.

—¿Perdiste a alguien importante?

—El único familiar que realmente tuve murió ya hace muchos años —fue mi inexpresiva respuesta.

—¿Te dolió mucho?

—Me sorprendió su muerte —dije—. Pero nada con lo que no pudiera vivir.

—¿Y no lo extrañas?

—No.

Asintió y volvió a mirar al frente. Sabía que ella estaba buscando la manera de empatizar conmigo y sentirse reflejada en mí, pero, indiscutiblemente, no había nada en lo que ambos nos pareciéramos en aquel tema.

Sin embargo, recordé lo que ella me había dicho sobre perder el peluche de la pequeña y una tal carta, y no pude evitar pensar que quizás le costaba mas cerrar aquel tema porque no tenía como sellar su duelo.

—Creo que te admiraba demasiado —le dije de repente—. Siempre la escuché hablar de ti cuando estaba cerca.

Había compartido muy poco con la niña porque no era como si me importara, pero jamás pasé por alto que su vínculo real era con Genneva y no con su propia madre.

—No tenía nada que admirar de mí, más allá del hecho de que la cuidaba y me veía como su madre —respondió suavemente—. Ni siquiera podía leerle un cuento, eso es vergonzoso.

Genneva no solía hablar mucho de aquel tema de la lectura y su pasado, pero aprovechando que ella sacó el tema, finalmente pregunté: —¿Qué sucedió con eso?

No respondió.

—¿Nunca has logrado aprender a leer?

Evitó mirarme, pero vi la forma como sus mejillas se sonrojaron y supe que estaba avergonzada.

—Genneva —su nombre salió de manera lenta de entre mis labios, mientras apretaba la mano que estaba enlazada con la mía—. Mírame, no hay de que avergonzarse.

—Tengo veintisiete años y no sé leer —me miró—. Creo que si hay mucho para hacerlo.

Ya llevaba días pensando en aquello y sabía que haría todo por enseñarle a leer. Quería que ella dejara de sentirse de esa manera y fuese más segura consigo misma alrededor de ese tema, pero, claramente, era algo que me tomaría con paciencia porque no quería herir su susceptibilidad.

—Tengo treinta y tres y hay muchas cosas que no sé hacer —mentí y me detesté por caer en aquello por ella, pero lo hice—. Solo es un número.

Tardó en responder y cuando lo hizo, se vio más tranquila.

—Aprendí a leer desde muy joven, incluso hablo varios idiomas —confesó—. Mi lengua materna que es el italiano, ahora el inglés, y el ruso y el chino se me dan algo bien.

Asentí.

—Mi padre me obligaba a aprenderlos porque... Era bueno que lo hiciera.

Ahí había un tema importante, pero no presioné.

—¿Qué pasó con la lectura?

Se encogió de hombros.

—Solo un día olvidé como hacerlo —admitió—. Sabía leer en la mañana y de repente, sin más, olvidé leer en la tarde y ahora no puedo hacerlo. Mis ojos reconocen las letras y todo eso, pero cuando intento unirlos es como si se distorsionaran y no crean nada para mí. Es raro, soy tonta.

—No eres tonta.

—Antes me has llamado así.

—Te he pedido que no actúes como una tonta, no que directamente lo seas.

—Ah.

Me dije a mí mismo que sobre mi cadáver volvería a usar aquella palabra con ella y, por ahí mismo, no pude evitar pensar que lo que ella tenía con la lectura era algo psicológico. Algo directamente mental y buscaría toda la ayuda necesaria para tratarle aquello y saber realmente de donde venía.

—Supongo que ese bastardo jamás intentó ayudarte o saber que sucedía —dije, refiriéndome al imbécil del Darwyn.

—Soy bonita —fue la respuesta—. Eso era lo único que interesaba.

El enojo comenzó a encenderse dentro de mí, pero no dije nada porque justo en ese momento el capitán anunció que ya podíamos desabrocharnos los cinturones y ponernos de pie si así lo deseábamos.

—Creo que jamás me pararé de aquí —me susurró ella y yo negué, mientras iba hacia la mesa de enfrente y por fin dejaba salir a Barño el cual estaba de malhumor y nervioso.

Volví a la silla justo cuando una de las azafatas se acercó a nosotros para preguntarnos que deseábamos beber y se enfocó por unos segundos en mí, pero todo fue netamente profesional. Frío.

Todos me conocían. Sabían lo estricto que era con las reglas y por eso ninguna se atrevía a coquetearme o algo por el estilo, ya que entendían que no estaba buscando follarme a ninguna ni de cerca.

—Señor, Von Sclaén —me dijo la pelinegra—. ¿Lo de siempre?

—Sí —mi voz fue seca—. ¿Qué quieres, Genneva?

—Agua —dijo—. Solo agua.

La azafata se retiró para ir por las bebidas y cinco minutos después volvió con el vaso de agua y una copa de cognac.

—En unos minutos le traeremos la carta con los platillos que surtió el chef —me dijo la mujer—. ¿O hay algo en especial que desee, señor?

—Por ahora no —la miré—. Mas tarde Genneva y yo decidiremos.

—Bien, estoy a la orden.

La observé girarse e irse y justo cuando llevé mis ojos a la rubia, vi la manera como miró a la azafata cuando esta se alejó de mí y sin poderlo evitar, pese a que debió

parecerme irritante, hizo que las comisuras de mis labios se curvaran y el deseo por besarla volvió, aunque siendo sincero, jamás se había ido.

No desde que la conocí y descubrí que no podía hacer algo tan básico como matarla.

—¿No te agradó? —le pregunté y le di un sorbo a la bebida amarga.

—Normal.

—No te agradó.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

—Nada, solo observaba —mintió—. ¿Siempre vuelan contigo?

—Sí.

No dijo nada más, pero, de hecho, no tuvo que decirme algo. Leí en su rostro esa vena celosa y aunque no se lo dije en voz alta, haría cualquier cosa para que jamás se sintiera insegura y era por eso mismo que a partir del otro día esa mujer y el resto de las azafatas ya no tendría empleo ahí.

Ahora quería solo hombres asistiendo el vuelo.

**

La fuerte y pronosticada lluvia empezó cuando llevábamos alrededor de tres horas de vuelo y después de comer pasta con pollo y aceitunas, Genneva comenzó a quedarse dormida en la silla y fue por eso por lo que la convencí a ella de venir conmigo y Barío a la habitación.

Se vio insegura y me dijo algo sobre la turbulencia, pero terminó accediendo e incluso se acostó en la pulcra y suave cama de sabanas color crema.

—No te vayas —me dijo cuando me quedé de pie en el centro del lugar.

—A ninguna parte.

Dejé que el horripilante gato se subiera en la cama, a los pies de Genneva y una vez ella tomó confianza y se relajó del todo. Caminé hacia el otro extremo de la cama y me senté apoyando la espalda contra el respaldo de esta, mientras por inercia llevaba una mano a su suave cabello y lo acariciaba.

—Duérmete.

—¿Tú no vas a dormir?

—No.

—Me preocupa lo poco que duermes, Kaydan.

—Duerme —repetí.

—Lo haré cuando quiera, no cuando tú me lo digas.

Enarqué una ceja.

—¿Estamos en modo rebelde ahora?

—Pues sí.

La analicé desde arriba y continué jugando con las ondas suaves y claras de su cabello.

—Kaydan, ¿puedo preguntar algo? —soltó de repente y alejó su cabeza de mi mano para sentarse y quedar de frente conmigo.

Crucé mis pies y continué viéndola.

—Ajá.

Cuadró su espalda para verse mas recta y tras una pausa, soltó: —No tienes novia, ¿verdad?

No esperaba la pregunta y ella probablemente lo leyó en mí, ya que agregó:

—Sé que somos amigos y demás, pero de repente tuve la duda. No sé si haya alguien esperándote en Inglaterra y me gustaría saberlo.

No dije nada.

—No porque sea de mi incumbencia —añadió de prisa—. Solo me gustaría saberlo porque sería raro no saberlo y... Quiero saber.

—No hay nadie —dije, inexpresivo.

—Oh —sus hombros se relajaron inmediatamente—. Pero ¿si hubo alguien importante o...?

—No.

Asintió y ahora se animó aún más.

—Bueno, me alegra escucharlo —suspiró—. Somos amigos y esas cosas, pero después de Darwyn y todo lo que sucedió con la demente de su esposa, me da nauseas la idea de entrometerme en algún lugar. No quiero pasar por lo mismo, sería raro y más porque te aprecio.

Ella me apreciaba...

Mis ojos buscaron los suyos.

—No te estás entrometiendo en ningún lugar, Genneva.

—De acuerdo —sonrió—. Me alegra saberlo. Gracias por decirme la verdad.

El avión se movió otro poco y por suerte ella no se asustó demás, solo apoyó su espalda contra el cabecero y pensé que no diría nada más, pero lo hizo y me dejó estático.

—A veces me siento culpable por haber amado tanto a Juls —confesó—. No porque no se lo mereciera, sino porque... —evitó verme—. Porque me pregunto como es posible que haya amado tanto a una pequeña que no era mía, pero como no llegué a amar a algo que era mío.

Mi ceño se frunció.

—¿A qué te refieres?

—Yo... —se estremeció.

Llevé mi mano a su barbilla para hacerla verme.

—¿De qué hablas, Genneva?

—Tenía dieciocho años cuando descubrí que estaba embarazada de uno de los socios de mi padre —confesó y se puso pálida—. No sabía como sentirme con aquello, yo... No quería ser mamá. No quería estar cerca de lo que representaba ese bebé y cuando lo perdí, cuando sucedió, fue doloroso, pero me sentí aliviada.

Me quedé estático y solo pude observarla.

—No hubiera sido una buena mamá. Tenía dieciocho y llegué a un lugar peor y sabía que sufriríamos. Ambos lo haríamos y por eso me sentí aliviada cuando ya no estuvo —no lloró, pero vi el dolor en sus ojos—. Me sentí aliviada de perder a mi propio bebé, pero, años después, comencé a amar a la hija del hombre que se adueñó de mí sin piedad alguna y después la perdí. La vida se la llevó y si existe Dios o el karma, me está haciendo pagar el no haber querido a mi propio bebé. Merezco haber perdido a Juls, pero... No podía tenerlo.

Negó, distante.

—Siempre creí que sería un niño. Quería que lo fuese porque si me aferraba a esa idea no me volvería loca pensando que sería una niña y pasaría por lo mismo que yo. No lo habría soportado. Tenía mucho miedo, dolor y cuando murió, cuando lo perdí. Lloré, pero sentí alivio porque no vendría a sufrir como yo.

Suspiró.

—Soy lo peor. Lo sé.

—Eras joven, Genneva —me obligué a decir, pero algo estaba burbujeando dentro de mí.

—Sí, lo era.

Tenía muchas preguntas en la cabeza y todas eran probablemente erróneas, pero la única que salió de mí de manera firme y fría fue:

—¿Cómo perdiste al bebé?

—Él me golpeó —dijo como si nada—. La peor paliza de mi vida.

Apreté lo dientes.

—¿Quién es él?

—Bennet Jantomp —me miró—. Mi padre me hizo creer que él quería casarse conmigo y que yo sería su esposa, pero no fue así. ¿Quién querría casarse conmigo? —sonrió un poco y suspiró—. La verdad es que me intercambié a Bennet. Bennet me tuvo por un año y después... Después él me vendió a las vegas, Darwyn me conoció y eso. El resto es historia.

Genneva esquivó de nuevo mi mirada antes mi silencio y pese a que no dije mucho en ese instante... El nombre del bastardo se quedó en mi cabeza, tatuado en mi mente.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 39.

39

Genneva.

No estaba segura si hablarle a Kaydan del embarazo y lo que sucedió con Bennet fue lo mejor, porque, después de todo, lo último que deseaba era causarle repulsión o algo por el estilo, pero tampoco podía negar la cuestión de que mi pecho descansó cuando pude hablar de aquello con alguien. Cuando por fin, después de nueve años, logré dejar salir esa realidad que fue y era tan dolorosa.

No quería que él me viera diferente, pero tampoco era como si lo estuviera haciendo. Después de mis palabras se había quedado totalmente callado, pero reemplazó sus palabras por el tacto y buscó cualquier excusa para tocar mi cabello o la parte baja de mi espalda. Incluso, en un par de ocasiones, lo encontré mirándome en silencio y pese a que eso me hacía sonrojar, nunca me sentí juzgada o algo por el estilo.

Kaydan era el único que no me hacía sentir así.

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando aterrizamos en Londres y ya un gran esquema de seguridad y tres camionetas negras y blindadas estaban esperándonos al lado de la pista, mientras nosotros desembarcábamos.

Kaydan me hizo bajar por delante de él -con su mano aún en la parte baja de mi espalda- y no pude evitar pensar que aquello era algo extraño para sus hombres, ya que me miraron disimuladamente cuando el rubio insistió en todas las ocasiones que siempre yo fuese enfrente de él.

—Señor —dijo en inglés un alto sujeto que no conocía de ningún lado—. Bienvenido de regreso.

—Dame los últimos parámetros —fue lo único que respondió el rubio, mientras me guiaba hacia la camioneta del centro y su mirada se mantenía en movimiento alrededor de todo.

El resto de los hombres se mantuvieron en posición firme esperando que llegáramos al vehículo y una vez aquello sucedió, montaron en sus respectivas camionetas y se alistaron para guiar y escoltar el auto en donde iríamos nosotros.

En la camioneta del medio solo íbamos el conductor, un copiloto -el cual era el guardia al que el rubio le pidió notificaciones-, Kaydan, Barño y yo.

Me mantuve en silencio en todo momento apretando la maleta en donde estaba mi gato, mientras escuchaba lo que decía el guardia.

—Todo está en orden, señor. La seguridad alrededor del condominio es neta y acta. Hemos cambiado la ruta de llegada al centro de la ciudad y se ha coordinado un esquema de quince hombres para esperarnos a unos kilómetros de aquí y seguirnos en automóviles de baja sospecha.

Miré a Kaydan el cual asintió en silencio.

—En la organización ya se notificó su llegada y los contadores y sistemáticos están organizando los análisis y reportes de las ultimas rutas de ejecución y el dinero entrante.

Me sentí un poco mareada al escuchar tanta información junta y no lograr entender nada, pero, por otra parte, Kaydan no se inmutó. Solo asintió en un estoico silencio que dejaba muy claro que él ya sabía todo lo que le estaban diciendo, pero solo deseaba que se lo repitieran.

—Hemos tenido una conversación resiente con los ucranianos, pero se niegan a darnos un anticipo de lo que desean precisamente. Piden hablar personalmente con usted.

—¿Sobre qué?

—Un acuerdo, algo así. No han dicho demasiado.

Kaydan no dijo nada y tamborileó los dedos contra una de sus piernas, mientras sopesaba lo que le estaba diciendo su hombre, el cual, definitivamente, nunca dejó de hablar porque tenía mucho para intentar poner al día a su jefe.

—Siete millones de dólares —soltó de repente el rubio—. Hazle saber a los ucranianos que el precio por escucharlos hablar por cinco minutos será siete millones de dólares.

El otro asintió.

—Tienen cinco minutos y si en el minuto tres me aburro, los envié a la mierda.

—Sí, señor.

Me costó procesar la cantidad de dinero que él pidió por una pequeña reunión de cinco minutos y, más allá de eso, también me creó un acelerero en el corazón ver esta otra faceta de Kaydan.

No es como si me hubiese permitido olvidar la clase de hombre importante e influyente que era. Sin embargo; este Kaydan me recordaba mas al nefasto que había conocido al inicio y no al hombre que solía ser mas paciente y calmado conmigo. A mi mejor amigo, el cual, me había besado y pedido disculpas en el avión cuando descubrió que fue demasiado duro ante mi miedo a volar.

Ambos lados de él me atraían y me hacían suspirar, pero este lado, el que era más solicitado y poderoso, me hacía recordar la diferencia de estatus e importancia que había entre los dos y no pude evitar preguntarme cuanto tiempo tenía que pasar antes de que él también lo viera y decidiera alejarse.

—¿Qué ha pasado con Lucyus? —preguntó con ese mismo tono de voz—. Llevo días sin tener reporte suyo sobre su misión.

—Hasta ayer mandó una notificación, señor —respondió el otro—. Ya está en tierras nigerianas, pero el acceso ha sido restringido. La seguridad ha aumentado por tierra de manera exponencial.

—¿Qué significa eso? —la letalidad llenó la voz de Kaydan—. ¿Qué le quedó grande mi orden?

Vi como su hombre titubeó desde el asiento delantera y antes de que pudiera decir algo o probablemente inventar una excusa por el otro, el rubio añadió:

—Dile que si no hace lo que debe de hacer, que ni siquiera se tome la molestia de volver por acá, porque lo primero que haré será dar la orden de que le tajan el cuello —aguanté la respiración ante la gravedad de sus palabras—. ¿Entendiste?

—Si, señor —aceptó el otro—. Aunque dicen que el heredero de Gidez está planeando un ataque y...

—Que vengan —fue la respuesta de él—. Las guerras son caras, y tengo cientos de miles de millones para gastarlos todos en cercenar y calcinar sus cuerpos y el de toda su descendencia, si así se me antoja.

Me removí ansiosa en el asiento al escuchar su fría bestialidad. Al parecer, Kaydan de pronto se dio cuenta de que yo había estado escuchando todo, porque giró su mirada - verde con bordes azules- hacia mí. Por unos segundos, solo vi un salvajismo crudo en sus ojos, antes de que se suavizaran brevemente. Sin decir una palabra, llevó una mano a mi nuca y la acarició, lento pero firme y en modo de disculpa.

Lo hizo para recordarme que él estaba ahí y nada de aquello tenía que ver conmigo, pero si estaba muy molesto y probablemente alguien pagaría los platos rotos por su malhumor.

El otro hombre intentó seguir hablando, pero una mirada por parte del rubio fue mas que suficiente para callarlo y dejarle en claro que después tendrían el resto de esa conversación y supe que había tomado esa decisión por mí y no por nadie más.

El resto del camino todo fue en total silencio y no pasé por alto las notificaciones por intercomunicador que le daban al conductor de por donde debía desviarse si de alguna u otra manera veían algo extraño.

Cuando llegamos por fin al edificio en donde vivía Kaydan y vi como la zona se volvía más y más lujosa, pero silenciosa y vacía. Tuve que hacer todo lo posible por verme casual y no parecer alguna tonta que nunca había visto condominios tan elegantes e imponentes.

Venía de una familia muy adinerada. Los Blinder tenían dinero y más, sin embargo, a veces sentía que todo ese lujo quedaba empañado ante la riqueza sobria, distinguida e imponente de Kaydan.

El edificio era un cuerpo gigante de más de veinte pisos que se alzaba como un coloso neutro, con una fachada revestida de cristales oscuros y bordes de plata que parecían brillar en medio de la noche. Era tan imponente y elegante, que gritaba Kaydan Von Slaén por todas partes y la sensación se volvió aún más abrumadora dentro de mí cuando descubrí que el lugar entero le pertenecía y que los pisos inferiores estaban vacíos, ya que él solo utilizaba el penthouse para sí mismo.

Eso casi me hizo sonreír. Solo Kaydan tendría una propiedad tan gigante, usaría el último piso para sí mismo y dejaría el resto vacío porque la idea de compartir o subexistir cerca a otras personas le parecía aberrante y asqueante.

Bajamos de la camioneta una vez estuvimos en el parqueadero subterráneo del lugar y me sorprendí de nuevo cuando encontré ahí abajo una gran gama y variedad de autos lujosos, los cuales se repetían en tonos negros y grises oscuros.

—La seguridad y esquema alrededor de la propiedad ya está vigente, señor —le informó el hombre.

—Bien. Nos vemos mañana.

Kaydan puso una mano en la parte baja de mi espalda y haciendo que fuese por enfrente de él, me guío hacia el ascensor del lugar y puso una larga contraseña en el panel del gran aparato, antes de que este se cerrara y comenzara a conducirnos hacia la última planta del edificio.

Por un momento, ninguno de los dos dijo absolutamente nada y yo solo continué apretando la maleta con Barño contra mi pecho, antes de atreverme a romper el hielo.

—Entonces te debo demasiado dinero.

Me miró.

—¿De qué hablas?

—Bueno, le dijiste a tu hombre que le cobrarías siete millones de dólares a los ucranianos por cinco minutos de tu tiempo y como eres tan solicitado e importante, me temo que he tomado mucho tiempo de ti y te debo esta vida y la otra —lo molesté.

—Siguiendo esa lógica, entonces sí —me miró—. Me debes demasiado, Genneva.

Me ericé ante la fuerza de esa mirada.

—Bueno, no tengo dinero para pagarte.

—Ya veremos cómo te cobro —estiró la mano y tiró suavemente de una de mis ondas rubias—. Mientras, intenta ser una buena amiga, a veces siento que doy demás y no es buenos.

Jadeé y me regaló una corta sonrisa. No lo suficientemente grande y despampanante para dejarme ver ese hoyuelo que me mataba, pero lo necesariamente encantadora para acelerar mi corazón.

—Bienvenida a mi lugar —me dijo finalmente él, distrayéndome de lo que hacía en mí, justo cuando las puertas del ascensor se abrieron y vi el vestíbulo pulcro y neutro de su hogar—. Eres la primera en entrar aquí —añadió—. Así que muéstrate agradecida.

—Muy gracioso.

Me dio un suave empujón para que diera un paso hacia adelante y no pude evitar mirar todo con gusto y sin mucha sorpresa, ya que había estado aprendiendo cual era el tipo de estilo de Kaydan y aquello no se quedaba atrás.

Yo era mas fan de los lugares pequeños cálidos y claros, pero él no. Todo era demasiado grande, alto y con inmobiliaria muy parecida a la que tenía en estados unidos.

No había nada fuera de lugar. Todo estaba impecable y los colores no salían del blanco, negro y gris.

—¿Por qué nunca has traído a nadie aquí? —le pregunté, mirando hacia los ventanales oscuros que dejaban entrever la gran ciudad de Londres.

—Es mi lugar. Nadie tiene que estar en mi lugar.

—Yo estoy aquí.

—Sí —dijo—. Lo estás.

Me giré para verlo y las mariposas volvieron a mi estómago.

—El lugar es demasiado grande y no deseo darte un tour, pero, eventualmente irás conociendo todo por tu cuenta.

—Ah, que amable.

Me lanzó una mirada.

—Hay piscina, sauna, biblioteca, tres patios. Dos exteriores y uno interior. Gimnasio y más cosas por ahí. Ve a mirar como deseas.

—Tú si sabes cómo hacerme sentir bienvenida.

Me ignoró.

—Puedes escoger una de las habitaciones de invitados, la que mas te guste. Todas tienen buena vista.

Traté de no verme muy desilusionada ante la idea de que ya no estaría en las noches cerca a él, pero, al mismo tiempo, quise patearme a mí misma y recordarme el hecho de que éramos amigos y los amigos no dormían juntos.

—De acuerdo, gracias.

—La cocina siempre está llena, puedes tomar lo que deseas, cuando lo deseas.

Seguí asintiendo a todo lo que él me decía y la idea de quedarme ahí sonaba tan bien, pero tuve obligarme a aterrizar en la realidad.

—¿Cuándo crees que me pueda mudar de aquí?

La mirada que me lanzó podría haberme asesinado ahí mismo.

—¿No has llegado y ya deseas irte?

—Ya hablamos de esto, Kaydan.

—Relájate, Genneva —dijo, irritado—. Haré que a partir de mañana te busquen un lugar. Tómalo con calma.

Sabía que a él no le gustaba la idea de que me fuera y el tema lo ponía más gruñón de lo normal, pero era algo que debía de suceder sí o sí.

Terminé escogiendo una de las habitaciones del pasillo izquierdo, la cual tenía una vista encantadora y una vez Kaydan me abrió la puerta del lugar, me dijo algo sobre ponerme cómoda que él traería mi maleta de ropa luego y al otro día conseguiría más cosas para mí. Se marchó a responder una llamada justo cuando iba a decirle que no era necesario, pero al final solo quedamos Barío y yo y dejándolo salir por fin, lo solté en la cama y suspiré.

—¿Qué te parece? —le pregunté al gato, mientras estiraba la mano y tocaba su peluda cabeza—. Nos quedaremos unos días aquí.

Miró alrededor algo nervioso, antes de acercarse mas a mí y yo me senté en la cama para que pudiera sentarse en mi regazo.

—Kaydan ha sido muy buenos con nosotros —murmuré—. Sé agradable, ¿bien?

Comenzaba a sospechar que ese supuesto odio entre Barío y Kaydan era totalmente falso y que de alguna u otra manera se estaban comenzando a soportar.

—Conseguiré un empleo lo mas pronto posible —le informé—. Prometo que será real y, cuando eso pase, le pagaremos al rubio lo que le debemos y no seremos una carga.

Mi plan era conseguir un empleo lo más rápido posible. Haría que Kaydan me mostrara la ciudad o que le pidiera a uno de sus hombres que lo hiciera y llevaría mi currículum a todas partes. Siendo sincera, no tenía mucho para dar y dudaba que desearan darle empleo a alguien que jamás terminó sus estudios y ni siquiera sabía leer, pero podría ser mesera o trabajar limpiando.

Podía hacer cualquiera de esas cosas. Estaba emocionada con la idea de hacer algo útil y tener mis propios ingresos.

Estaba ansiosa, pero al mismo tiempo feliz de haber dejado Estados Unidos atrás y todo lo que representó para mí. El dolor, la vergüenza, las ataduras, el silencio... No podía creer que realmente había dejado a Darwyn y ya estaba muy lejos de él.

—Jamás serás nada sin mí, Genneva —siempre me dijo—. Recuerda lo que eras y ahora ve en lo que te convertí. Si te vas, volverás a lo mismo de antes. Volverás a no valer la pena.

—No volveré a lo mismo —le dije al vacío de la habitación—. Y si seré mucho sin ti, Darwyn. Seré mejor.

No quería que en mi corazón hubiera odio hacia él. No quería llevarlo en ningún lugar cerca de mí, pero era imposible borrar ocho años de tantas cosas.

Quizás nunca lo iba a olvidar y eso me generó náuseas, pero sería algo con lo que tendría que cargar para siempre. Pero no era *algo* que dejaría que me arrastrara al vacío.

Jamás.

—Lo haremos muy bien —besé a Barño y pese a que era un día triste para mí por la pérdida de Juls, sonreí—. Este será nuestro comienzo. El comienzo que ambos nos merecemos después de tanto dolor. De tanto maltrato.

Barño y yo teníamos una vida sumamente sufrida y como si el destino deseara recompensarnos, por suerte, lo conocimos a él.

Conocimos a Kaydan y todo comenzó a tener sentido y quería que fuese así por siempre, aunque los para *“siempre”* ya no solían ser tan eternos y en unos meses iba a descubrirlo.

**

Salí de la habitación muchos minutos después, justo cuando sentí el delicioso aroma de algo siendo cocinado y mi estómago gruñó con hambre y necesidad.

Barño se acostó a dormir plácidamente en el centro de la cama y dejándolo descansar, solo caminé por el pasillo del lugar siguiendo el aroma hasta encontrar la gran cocina.

Kaydan estaba de espaldas a mí picando algo de manera precisa y veloz, mientras hablaba por teléfono en un idioma que no reconocí de ninguna parte pero sonaba muy bien saliendo de sus labios.

Al parecer, él fue consciente de mi llegada, ya que girándose para verme y sin apartar el teléfono de su oreja, señaló una de las sillas que estaba en la isla y dijo: —Siéntate.

Enarqué una ceja ante la orden y no la seguí. Aquello lo hizo fruncir el ceño y terminó por decir algo en ese otro idioma, antes de colgar la llamada.

—No sabía que cocinabas —le dije, observándolo.

—Hago de todo.

—¿Y en que idioma estabas hablando?

—Alemán.

—¿En que ciudad de Alemania fue que naciste?

— Düsseldorf.

—¿Es hermoso allá?

—Normal.

Casi sonreí por lo seco que sonaba.

—Yo nací en Sicilia.

—Ya lo sé —me miró, justo cuando se giraba para vaciar lo que parecía ser una crema en un sartén—. Ahora, siéntate.

—Lo haré cuando quiera hacerlo.

—¿Por qué eres tan terca a veces?

—Porque eres muy mandón —dije y lo determiné con intención, mientras ahora lo veía revolver eso que estaba cocinando y olía tan bien—. No soy como el resto. No puedes darme órdenes.

—Definitivamente, no eres como el resto —me miró y mi piel se erizó—. Pero, lo de no poder darte ordenes puede cambiar de un segundo a otro. Soy bastante estricto.

Me sonrojé inmediatamente y pese a que él habló con seriedad, sentí ese tono de voz acentuado golpear partes de mi cuerpo que no estaban descubiertas.

—Ahora, siéntate. Vas a comer.

El sonrojo y el calor siguieron en mi cuerpo haciendo tantos estragos y confundiéndome, que no me quedó mas opción que seguir su orden.

Me senté en uno de los banquillos y esperé en silencio hasta que él terminó de cocinar. Cuando lo hizo, me sirvió lo que parecía ser una crema de champiñones con maíz, queso y pan de ajo.

Mi estomago gruñó ansioso, pero tuve que decir la verdad.

—No me gustan los champiñones.

—¿No?

—No.

—¿Por qué no?

Apoyó las manos en el borde de la isla de mármol y no pude evitar ver y admirar lo grandes, pálidas y venosas que eran.

¿Desde cuando las manos de un hombre eran tan atractivas?

—La primera vez que los probé no me supieron bien.

—Es diferente, esto lo hice yo y todo lo que hago sabe bien.

Negué de nuevo.

—¿No me crees?

No respondí y vi el reto en sus ojos y algo más, mientras tomaba la cuchara y la llenaba un poco con la crema, el maíz y los champiñones.

—Bien, abre la boca, Genneva. Te voy a enseñar que es realmente lo bueno.

El mismo sofoco y calor envolvieron mi cuerpo y quise decir algo o negarme a probar la crema, pero antes de llegar muy lejos, él simplemente llevó la cuchara a mi boca y me hizo comer.

Me hizo probar la suave y tersa crema que preparó y pese a que no me gustaba el sabor del champiñón, en aquella ocasión fue diferente. El sabor salado y aliñado llenó mi boca y solté un gemido bajo de gusto, mientras su atención seguía solo en mí.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Dame otro poco.

La mirada de él cayó en mis labios y sin decir mucho, sirvió un poco más y llevó la cuchara a mi boca.

—Me gusta —dije tragando y saboreando—. Sabe muy bien.

—Te lo dije, yo todo lo hago bien.

Abrí la boca para decir algo sobre su ego, justo cuando él llevó uno de sus pulgares a la comisura de mi boca y limpió un poco de la crema que se había desbordado, y no pude

evitar aguantar la respiración cuando ese dedo rozó mis labios y su mirada siguió el movimiento con una intensidad que me mató.

—No me mires así —susurré, con el corazón a todo dar y con la necesidad calcada en el aire.

—¿Así como?

—Como si me quisieras besar.

—Si lo deseara, ya lo habría hecho hacía unos segundos —fue su respuesta—. Pero este es otro segundo, entonces lo haré en este instante.

Se inclinó y llevó su boca a la mía para besarme de esa manera que solía quitarme el aliento y la vida en sí. Intenté seguir el beso con la misma intención y necesidad de su dominante lengua, justo cuando se separó y con voz ronca, dijo: —Ahora, comételo todo, hada. Quiero ese plato limpio.

Obedecí porque no era como si pudiera hablar en ese momento. No cuando mi corazón estaba a mil por hora y mi cuerpo se sentía como una hoguera viviente.

La verdad era que la comida si estaba muy buena, tanto, que repetí y una vez quedé lo suficientemente satisfecha. Lo vi a él comerse mis sobras e incluso comer con mi misma cuchara como si nada.

—Gracias, Kaydan —le dije—. Realmente me gustó.

—¿Qué cosa?

—Todo.

—¿Qué es todo?

—La comida y...

—¿Y?

—El beso. Me gustan tus besos.

—Procura que siga siendo así.

—Que amable.

Ambos nos miramos en silencio y la tensión aumentó de una manera que prácticamente echaba chispas y me hacía desear pedirle cosas que nunca le pedí a nadie más.

—Creo que iré a tomar un baño y...

—No, quédate, primero quiero hablar de algo contigo.

—De acuerdo.

Lo vi servirse un vaso de agua y luego se centró de nuevo en mí.

—Nina —me tensé cuando ese nombre salió de él y llegó a mí—. ¿Nina es tu hermana menor, no?

Hubo una breve pausa.

—Sí —lo miré de repente recelosa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Está es una relación informal con Vlader Novikov. El hermano de Mikhel Novikov, el esposo de tu otra hermana menor, Elizabeth.

Escuchar hablar de ellas me hizo tensar.

—Tu hermana Nina lleva años buscándote, pero ahora cree que estás muerta —me informó y yo dejé de respirar—. Tus hermanas piensan que estás muerta y ahora tú tienes una decisión que debes tomar alrededor de eso.

No dije nada.

—Permites que tus hermanas sepan que estas viva y segura aquí conmigo o, dejas que continúen pensando que estás desaparecida, muerta.

Ni siquiera lo pensé.

—Muerta —mi voz de repente sonó firme y desprovista de emoción—. Estoy muerta. Quiero seguir estando muerta para ellas.

—¿Por qué?

La vergüenza dentro de mí surgió y negué.

—El pasado debe quedarse en el pasado, Kaydan. Es lo mejor para ellas, confía en mí. No soy la hermana que conocieron.

No se vio muy seguro.

—¿Y qué es lo mejor para ti, entonces?

—Quedarme aquí.

—¿Conmigo?

Me dolía por Nina porque sabía que probablemente estaba sufriendo, pero asentí y respondí: —Sí, contigo.

El gusto llenó su mirada, pero de repente agregó algo que me dejó estática.

—Tu hermana está embarazada de Vlader Novikov y, al mismo tiempo, Jhonsson Becler la está cazando.

Escuchar ese nombre me llevó al pasado. Al miedo, al dolor, a la vergüenza.

—No tienes que contarme cosas de tu pasado que no te hacen sentir cómoda, pero, lo que si puedes hacer es darme una lista de nombres, Genneva —su mirada se

oscureció—. Solo dime si ese tal Jhonsson es el primero en la lista y me haré cargo del resto.

Pensar en él tocando o haciéndole daño a Nina me llenó de nauseas y ante aquello, solo asentí.

—Lo es —susurré, casi nerviosa—. J-jhonsson esta en mi lista.

El rubio se acercó a mí y llevó una mano a mi nuca, haciéndome dar un paso hacia adelante y acercándose a él.

—Repite su nombre con firmeza, Genneva —decretó, con voz de acero—. Hazlo sin titubear, porque en este momento, aquí en Inglaterra, no hay reina ni corona que pese más que tu sombra y tu voluntad es una ley y su cabeza, aquella... Ya tiene precio.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 40.

40

Kaydan.

Genneva estaba feliz.

Aquello era lo único en lo que podía pensar, mientras la primera semana pasaba después de que llegamos a Inglaterra y ella parecía a gusto y emocionada con todo.

Llevaba más de seis días conmigo quedándose en mi lugar y jamás perdía la oportunidad de recordarme o más bien preguntarme si ya había encontrado un sitio para ella. Tenía que admitir que de cierta manera había esperado que con el paso de los días ella olvidara la cuestión, pero la rubia se negaba a dejar fluir el tema y era por eso mismo por lo que tenía a varios asesores de inmobiliaria buscando las mejores casas para la rubia.

—Tiene que ser una casa muy cerca de aquí —dejé en claro, ya que me negaba a estar alejado de ella por más de unas cuantas cuerdas. ¿Qué pasaría si se le salía el estúpido gato y no podía ayudarla a buscarlo? —El lugar no debe ser muy grande y, por supuesto, debe ser cálido, tener jardín y una disposición adecuada que la haga sentir cómoda y en hogar.

Todas mis peticiones fueron seguidas al pie de letra y comenzaron a enviarle a mi secretaria las ideas de casas que tenían para ella, pero, al final, solo me gustó una que era lo suficientemente cerca de mi edificio y, por otra parte, gritaba Genneva en cada rincón.

Era una casa pequeña, hermosa, pero no necesariamente excéntrica y tenía un jardín precioso que sabía que ella amaría una vez pasara el invierno. Porque había visto en el teléfono que le di que descargó una gran variedad de flores y eso solo dejaba muy en claro que le encantaban. Por otra parte, sabía que cuando estuvo con el bastardo del Darwyn, el imbécil solía “castigarla” no dejándola salir de su habitación por días o prohibiéndole ir a los jardines.

¿Qué clase de bastardo era ese?

Ahora tenía la necesidad de darle todo lo que ese imbécil le negó a ella y no porque estuviera en una especie de competencia imaginaria con el otro, sino porque ella lo merecía.

Genneva se merecía todo y ya no me importaba el tener que aceptarlo.

—Esta casa es la indicada —le dije a Susan el martes a primera hora en la mañana, justo cuando llegué a Omnium y fui directo al último piso del edificio, en donde estaba mi gran oficina.

Solo Susan y yo teníamos acceso directo a esa planta, sin mi permiso, nadie subía a la oficina y mucho menos se acercaban a mí.

—Quiero esta para el fin de semana —mis ojos buscaron la mirada miel de ella—. Asegúrate de que compren todo nuevo y de la mejor calidad. Quiero todo en tonos suaves, delicados.

Justo como mi hada.

—Sí... —Comenzó a decirme Susan, algo insegura—. Sobre eso... Hay un problema, señor.

La miré sin decir absolutamente nada, solo enarqué una ceja y esperé que ella terminara de hablar.

—La casa aún no está disponible como tal. La están vendiendo, pero los dueños han dejado en claro que la pueden desocupar a inicios de marzo.

—No me sirve a inicios de marzo. La quiero para el domingo.

Me senté detrás de mi escritorio luego de deshacerme de la gabardina negra y comencé a quitarme los guantes de cuero que estaba usando. Esperé a que ella simplemente se fuese, pero no lo hizo y la volví a mirar.

—¿Por qué sigues aquí?

—Señor, lo que sucede es que los dueños no pueden irse aún.

—¿Por qué no?

—Porque tienen planeado vender la casa a finales de mes —repitió—. Por ahora, solo la están mostrando, pero...

Sabía que esa sería la casa que escogería Genneva. Ya la conocía casi a la perfección y ese sería un lugar en donde se sentiría muy cómoda y, por ello mismo, sería ahí en donde se quedaría. Esa sería la primera casa a su nombre. Su primera propiedad.

—Triplica la demanda de oferta y dile al contador que te dé el dinero en efectivo —dije.

—¿Y si no aceptan el dinero?

—Lo harán.

—Pero si...

—Quiero esa casa para el fin de semana, Susan —repetí lentamente, mirándola de una manera que dejaba bastante claro que el asunto estaba zanjado—. Por ende, o reciben el dinero o simplemente desaparecen, ¿comprendes eso?

No se movió.

—Quiero esa casa para Genneva, cueste lo que cueste.

Vi a la pelinegra ponerse un poco pálida, pero solo asintió.

—Llamaré al contador, señor.

Bajé la vista a mi portátil y lo encendí para comenzar a revisar lo que necesitaba, justo cuando la escuché a ella salir deprisa y cerrar la puerta tras de sí.

Esperaba que desocuparan la casa lo antes posible. Esperaba que todo estuviera para Genneva en pocos días y si se negaban a recibir el dinero e irse, entonces, sin más, haría que los desaparecieran de la faz de la tierra y ese no era mi problema.

Ya no podía seguir negándole el lugar a la rubia. Genneva me lo preguntaba cada día, a cada hora y mi irritación estaba por las nubes. Quería decir que era por su insistencia, pero la verdad era que me costaba procesar el hecho de que estuviera tan ansiosa por dejarme.

¿Por qué no podía simplemente acostumbrarse a mí y quedarse a mi lado?

El penthouse era lo suficientemente grande, ni siquiera tendríamos que vernos si no lo deseábamos, pero ella seguía de terca.

—Déjalo estar —gruñí y entré a los archivos de mi programa, mientras revisaba los horarios y veían que en dos horas tenía mi reunión con los bastardos de la junta directiva.

Bueno, ellos creían que íbamos a tener una reunión informativa y de dirección como siempre, pero, para mí, era más que todo una reunión explicativa. Una reunión de enseñanza.

Necesitaba saber a quién de Vértize Zanson y Bruno habían contratado para darme de caza. Necesitaba saberlo y eso era lo único que impedía que acabara con sus asquerosas vidas, pero, tarde o temprano sucedería.

Por otra parte, tenía el tema de la llamada desde el teléfono de Genneva hacia Darwyn y también la cuestión con Jhonsson Becler. Ese último no salía de mi mente en ningún instante.

Lo había investigado lo suficiente para saber que actualmente tenía y en el pasado tuvo bastantes anexos con los italianos y más que todo con la familia de ella. Sabía que formaba parte del pasado tormentoso de ella y por esa misma cuestión, acababa de tomarme este asunto con él como algo directamente personal. Algo que le cobraría atacando directamente su base. El eje de su poder.

Así sería.

—Jamás inicies una guerra que no sea necesaria, Kaydan —siempre me advertía Christian, con voz firme y contundencia de fuego—. Las guerras nacidas del impulso y seguidas por el orgullo sólo atraen derrotas que duran toda la vida.

En otro momento de mi vida quizás si les hubiese prestado atención a sus palabras, pero aquellas ya carecían de importancia para mí en el presente y sobre todo por el hecho de que ella lo merecía.

Genneva merecía que se pelearan guerras a nombre de ella y lo haría.

—Estás jodido —dije, pero yo ya sabía eso más que nadie. Más que todos.

Pasé alrededor de cuarenta minutos codificando y extrayendo información de los discos duros que copié de los socios de Omnium y al mismo tiempo recibiendo actualizaciones de vértice, justo cuando llamaron a mi puerta y, un segundo después, esta se abrió y apareció Susan de nuevo.

—Señor —soltó y apretó unos archivos contra su pecho—. Lamento interrumpir, pero... Traté de hablar con la familia Mazflog y se niegan a vender la casa tan de repente e irse. Ellos...

—Ellos van a morir —la interrumpí—. Déjalo estar, ya me hago cargo desde aquí.

—Pero, encontré otra casa similar y...

Volví a darle esa clase de mirada que dejaba muy en claro que debía cerrar la boca y dejar el tema hasta ahí. Lo supo y por ello no dijo nada más del tema, pero añadió.

—Señor, por otra parte, acaban de llamarlo —alejó la carpeta y papeles de su pecho y sin más, me enseñó mi teléfono—. Era la misma señorita de antes, Genneva y...

Maldije en voz baja y en alemán, detestando esa estúpida manía que tenía de dejar el teléfono siempre con Susan. No había ahí nada importante que no pudiera ser atendido por mi secretaria, porque una vez llegaba ahí, a la oficina y a ese mundo de hienas y desfalcos, lo último que deseaba era recibir insistencias de otros.

No tenía familia. Jamás había tenido absolutamente a nadie por quien preocuparme o esperar su llamado de manera constante. Tenía todo, pero nunca tuve algo de eso y por ello era tan descomplicado a la hora de ceder mi teléfono.

Por eso no me importaba quien llamara o me necesitara. Ya después Susan me daría el recado, sin embargo, en ese momento, cuando mis ojos fueron al teléfono y escuché el nombre de la rubia salir de la boca de mi secretaria, supe que la había cagado de nuevo.

—¿Dijo algo? —pregunté con voz seca, mientras estiraba la mano y esperaba a que ella me entregara el teléfono.

Obedeció rápidamente.

—Preguntó por usted, señor —informó—. Le dije que estaba ocupado y solo dijo que entonces llamaría después.

Asentí, mientras comenzaba a revisar el teléfono y veía las llamadas perdidas de ella.

—Ya puedes irte —le dije a Susan—. Que nadie me moleste más.

—Sí, señor.

—Susan, otra cosa —la llamé y ella se detuvo.

—Si, señor.

—Dile a Brandie que quiero la casa de Genneva para más tardar el domingo. Hazle saber que necesito a los Mazflog bajo tierra y las escrituras a nombre de... Mi rubia, ¿entendiste?

Las palabras salieron de mi boca sin que fuese consciente de lo que estaba diciendo. Incluso Susan se vio un poco sorprendida por mi declaración, pero tragando con fuerza asintió de prisa.

—Ya le informaré, señor.

La escuché irse y una vez la puerta estuvo cerrada, le devolví la llamada a Genneva de manera inmediata y... No respondió.

—Responde —especté, mientras me ponía de pie y caminaba hacia los grandes ventanales del lugar—. Responde.

La llamé cinco veces y no hubo ninguna respuesta. No me atendió y no pude evitar preguntarme si estaba molesta conmigo.

—Lo está —gruñí, marcándole de nuevo—. Lo que faltaba.

Me lo dijo. Me dejó en claro que no se tomaría muy bien el hecho de si volvía a llamarme y Susan respondía. Genneva no solía decir mucho o sacar a flote cuestiones que la molestaban, pero me habló de esto y no sabía si ese tipo de reglas aplicaban o no en las amistades, pero lo hacía en las nuestra y sí.

Estaba en problemas.

Volví a llamarla y como no hubo una jodida respuesta, tuve que salir de la oficina con las llaves de mi Mercedes en la mano, mientras sentía mi ceño más fruncido que nunca y la irritación me circulaba por las venas.

—Señor —escuché que me llamó Susan cuando me vio salir—. Su reunión empieza en treinta minutos y...

—Que esperen a que yo vuelva —fue mi respuesta, antes de llamar el ascensor y entrar en este.

Era una idiotez lo que estaba haciendo. No podía dejar tirado todo mi esquema del día y mis reuniones por ir hasta el edificio y saber qué era lo que ella necesitaba decirme y comprobar, más que todo, si no se encontraba molesta conmigo por no responder a la llamada.

Era una estupidez y, sin embargo; fue lo que me encontré haciendo de manera apresurada, ya que una vez estuve afuera de Omnium y despaché al esquema de seguridad para que me dejaran en paz, me subí en mi auto negro y conduje rápidamente hacia el destino.

Lo hice mientras pensaba en cuál sería la excusa que iba a darle.

—Eres un imbécil —llegué a aborrecerme un poco—. No le debes nada. No lo haces.

Cuando finalmente me detuve afuera de la fachada del imponente edificio, ya tenía la excusa perfecta para darle a la rubia de porque Susan había respondido mi teléfono de nuevo y como eso nunca jamás pasaría. Aún así, una vez estacioné el auto afuera del condominio y me bajé de este, toda idea de excusa desapareció de mi cabeza cuando descubrí que había otro auto estacionado adelante de mi edición.

Un auto que conocía muy bien.

—Hijo de puta —especté, antes de caminar deprisa hacia la entrada del edificio, en donde el portero ya me estaba esperando.

—Señor Von Sclaén, Bienvenid...

Ignoré sus estúpidas palabras y seguí rápidamente hacia el ascensor principal, hundiendo el botón que llevaba directamente a mi Penthouse y después escribí de manera rápida el código de seguridad.

Alrededor de todo el edificio había un gran esquema de seguridad que estaba protegiendo las entradas desde la distancia, pero sabía de manera directa que no habían detenido la entrada de ese bastardo porque se suponía que era ahora mi mano derecha y...

La ira se encendió con más fuerza dentro de mí, justo cuando saqué el arma de la parte trasera de mis pantalones de traje y la apreté con soberbia en mi mano, unos segundos antes de que las puertas del ascensor revelaran la sala de estar de mi lugar y... Yo viera ese hijo de puta.

Estaba de pie en el costado de la sala, apoyando el hombro contra una de las vigas de los techos, mientras su alta figura se veía despreocupada y su atención estaba centrada en una única cosa.

En ella.

Aquella subida por el ascensor se me hizo eterna pensando en todas las cosas que ese bastardo podría hacerle a ella en forma de venganza por lo que sucedió más de un año atrás con su propia mujer, pero ni siquiera me permití ir demasiado lejos, no iba a pensar en Genneva siendo lastimada y fue por eso mismo que pese a la violencia que me estaba envolviendo en aquel instante, pude respirar un poco mejor cuando mis ojos cayeron en la pequeña figura que estaba sentada en una de mis sillas de cuero, viéndose algo incómoda y observando al imbécil frente a ella, el cual no dejaba de verla.

—¿Qué haces aquí? —especté con brusca frialdad, justo cuando salía del ascensor y caminaba con prisa hacia él, con el arma en la mano.

Seth Warner's, quien hacía poco había proclamado mi mano derecha y quién en el pasado fue algo parecido a un amigo, se giró para verme y sus ojos grises -los cuales eran mucho más oscuros y feos que los de Genneva-, dieron conmigo, mientras leve diversión lo envolvía.

—Hola, Kaydan —respondió el hijo de puta con su acento inglés—. En mis tiempos, se saludaban a los amigos.

—¿Qué. Haces. Aquí? —apreté aún más el arma en mi mano y la mirada de él descendió hacia esta, antes de llevarla de nuevo a mis ojos con reproche divertido.

—Me proclamaste tu nueva mano derecha, ¿no se supone que debería de estar aquí?

—Te di la orden de ir a la oficina.

—Ah, pensé que era aquí. Mi error.

Sabía muy bien lo que estaba haciendo este bastardo y me lo demostró mientras me miraba a los ojos, antes de bajar su vista hacia el anillo de casado que tenía en su dedo adular.

—Ah, por cierto, Rhea te manda saludos —se atrevió a decir, recordándome a su estúpida esposa.

Era demasiada suerte para este bastardo que fuese uno de mis mejores hombres y lleváramos tantos años de misiones juntos, porque si no fuese por eso, ya le habría volado los sesos ahí mismo.

—Lo dudo —fue mi tajante respuesta—. No después de mi último regalo.

La diversión nunca abandonó el rostro del imbecil y sin decir nada más, guardé el arma y caminé con prisa hacia Genneva, la cual había estado escuchando todo el intercambio en silencio.

No dije nada al llegar frente a su persona, simplemente estiré mi mano y enredándola en su muñeca, la puse de pie con más fuerza de la que desearía haber usado, mientras ella jadeaba y su pequeño cuerpo quedaba frente a mí.

—Kaydan —siseó.

Mis ojos se movieron con prisa por toda ella. Por su cabello rubio tan, pero tan claro, que parecía cenizo. Por su hermoso rostro de piel de porcelana, ojos grises, mejillas pálidas y labios rosas. Después descendí mi atención hacia su esbelta garganta y continué analizándola de pies a cabeza, mientras pensaba rápidamente en algo que pudiera estar mal.

—¿Dónde te hirió?

—¿Qué?

—¿Dónde te lastimó, Genneva?

—Nadie me lastimó, Kaydan. Basta.

Volví a revisarla y ella intentó dar un paso atrás, pero no se lo permití.

—¿Barío?

—En mi habitación...

Abrí la boca para decirle algo más, justo cuando recordé que ahí estaba el imbécil y llevando mis ojos hacia él, espeté.

—¿Por qué sigues aquí? Largo.

Las comisuras de los labios de Seth se curvaron brevemente, antes de mirar de nuevo a Genneva y asentir.

—Seguro, te esperaré abajo entonces —respondió—. Un gusto conocerla. Señorita, Genneva.

El hijo de puta comenzó a girarse para irse y estuve tentado a seguirlo y simplemente romper su cuello, pero Genneva clavó sus manos en mis muñecas y arañándome un poco me detuvo, mientras su mirada plata buscaba a la mía.

—¿Qué te pasa? —preguntó, una vez la puerta se cerró detrás de ese inservible—. Cálmate.

—¿Qué te hizo?

—Ya te dije que nada.

La volví a revisar y ella suspiró exasperada.

—¿Te dijo algo de mí? —seguí con el interrogatorio—. ¿Por eso no respondiste a mis llamadas?

—No me dijo nada de ti.

No le creía. Había algo molesto en ella. Casi podía leerlo en esa mirada de plata y...

Quería arrancarle los ojos a Seth solo por tener el mismo color de ojos que ella, solo que su tono era más feo y menos impresionante que el de Genneva.

Nadie tenía su mirada de mil cuentos.

—¿Por qué no me avisaste que estaba aquí? —pregunté y hasta con más molestia—. Te expliqué que acá adentro no hay cámaras, no sé qué sucede a puertas cerradas y si no avisas, me queda difícil el saber que está sucediendo.

Me analizó unos segundos, antes de simplemente decir: —Bueno, teniendo en cuenta de que cuando te llamo nunca te encuentro a ti, pero si a tu secretaria. La próxima notificaré a Susan sobre lo que pasa aquí. ¿Qué te parece?

Guardé silencio y entrecerré los ojos ante su tono, haciendo que ella finalmente sólo suspirara.

—No sabía quién era, Kaydan. Deduje que, si tus hombres allá abajo lo dejaron subir, es porque era alguien importante o algo así.

—¿Se propasó contigo de alguna manera?

—No.

La molestia siguió vigente dentro de mí, porque la idea de qué ella ya no pudiese sentirse segura ni estando en mi casa me sacó de mis cabales.

—Jamás volverá a suceder —fue mi respuesta—. Nunca tienes que sentirte insegura conmigo, porque lo que acaba de pasar hoy no va a volver a suceder jamás. No permitiré que nadie se acerque de esta manera una vez más.

Me analizó, antes de regalarme una suave sonrisa que me desarmó totalmente.

—Nunca pensé que fuese a hacerme daño, Kaydan. No temo de nada, no cuando estoy contigo.

Esas palabras fueron directamente a un lugar helado que quedaba en mi pecho, pero era un lugar al que sólo ella tenía acceso.

Un lugar desconocido para mí, pero un espacio que con cada instante -día, hora, minuto y segundo que pasaba-. Me hacía entender un poco más lo que se refugiaba en mí, porque al mirarla a los ojos, incluso en medio de mi enojo y deseo de negarlo todo, sabía que ya había perdido, sin remedio alguno, todas las batallas de esta gran guerra ante ella.

—Si te dijo algo sobre mí, probablemente es cierto —mi voz sonó dura, mientras seguía viéndola—. Cree absolutamente todo lo que escuches de mí, Genneva. Soy perverso y ruin en todo el sentido de la palabra, porque quitar vidas para mí es tan fácil como parpadear.

No dijo nada.

—Manipulador, vengativo, asesino, avaricioso, calculador, cínico, implacable y miles de adjetivos más. Soy todo eso y seré más si me lo propongo, aún así, sin importar todo lo que te digan, hay una sola cosa que jamás seré.

—¿Y eso es...?

Levanté la mano y con mis nudillos acaricié levemente la piel pálida y suave de su mejilla.

—Jamás seré malo de nuevo contigo, hada —le sostuve la mirada—. Que el mundo entero se coma lo ruin de mí, porque lo poco afable que existe en este asesino, sin duda alguna, está reservado para ti lo quieras o no.

La mirada de ella se iluminó ante mis palabras y supe que debía volver abajo con Seth y el resto para hablar de lo que había sucedido, pero sin poder alejarme lo suficiente y ya siendo una costumbre, llevé una de mis manos a su nuca y con mi palma grande abarqué toda la piel de esta haciéndola a ella estremecer, antes de simplemente decirle.

—Los besos suaves no son mis favoritos.

—¿Qué? —me miró con ojos grandes.

—Me gusta besar duro. Voy a besarte duro.

La atraje hacia mí antes de qué pudiera decir algo y de manera contundente y ruda, estampé mi boca contra la suya en un ansioso y posesivo beso que la hizo estremecer y jadear con fuerza, mientras mi lengua se colaba dentro de su boca y aprovechaba la ocasión para saborearla y dejarla estampada en mí de una manera imborrable.

Ella se puso en puntillas para intentar acercarme más a su boca, mientras enredaba sus pequeñas manos en mi camisa y trataba de seguir el ritmo de mi beso, el cual se robó totalmente su respiración y la obligó a ir a ese lugar ansioso e intenso en donde ambos sabíamos que necesitábamos algo del otro.

Algo que nos estaba carcomiendo la piel e incinerando las venas.

Me encantaba su boca. Me jodía la manera tan caliente como comenzaba pareciendo indecisa sobre lo que tenía que hacer, pero terminaba dejando ir las inseguridades y los miedos para después tratar de seguir lo devastador de mi beso y demostrarme que ella quería esto tanto como yo. Quería mi sabor de la misma manera que yo anhelaba el suyo y así fue, porque su lengua rodeó la mía y me probó con la misma necesidad.

Una necesidad que me puso tenso y duro, mientras ella se sonrojaba y se alejaba para verme a los ojos.

—Eso no fue bonito —susurró.

—¿Entonces qué fue?

Pareció querer decir algo, pero él sonrojo creció en sus mejillas y negó.

—Ya me lo dirás después —fue todo lo que dije, antes de darle un breve apretón a su nuca y retroceder—. Debo volver a salir, pero ¿te veré en la noche?

—Está bien.

Mis ojos volvieron a analizarla unos segundos, antes de darle la espalda y comenzar a caminar hacia la puerta, pero me detuve y girándome otra vez hacia ella, pregunté: —¿Para que me llamabas antes?

De repente, la sonrisa de ella se volvió más brillante e ilusionada y mordiendo su labio inferior por unos segundos, respiró y dijo:

—Conseguí empleo —la miré en silencio—. ¡Tengo empleo en un Bar Grill! —no me moví—. La señora dijo que podría ser la encargada de las alistas y las papas fritas y... ¿Qué te parece?

Que la mierda me llevara. Genneva era desde hacía días multimillonaria, ¿Por qué trabajaría en un bar con gente pobre?

—No —dije—. Definitivamente, no.

La sonrisa dejó los labios de ella.

—Te conseguiré otro empleo, pero en un lugar de esos no.

—¿Por qué no? Hoy que salí a dar una vuelta con tus hombres, pregunté en el supermercado sobre vacantes y...

—No, Genneva.

Levantó la cabeza con esa clase de orgullo que me recordaba a cuando la conocí y mirándome a los ojos por unos segundos, no me dijo nada y simplemente me dejó ahí en el centro de la sala, pero su silencio era una clara determinación.

Ella iba a trabajar en donde se le diera la gana.

**

Bajé al primer piso con el malhumor pegado a la piel, ardiéndome en la nuca como una amenaza constante y enfermiza. Cuando las puertas del ascensor se deslizaron y se abrieron dejándome ver el amplio y luminoso vestíbulo, mi mirada se fue hacia donde estaba él. Seth estaba hablando por teléfono, tan tranquilo, como si nada importara. A su lado, de pie como una sombra imponente, se hallaba Gandel, el jefe de escuadra que vigilaba el edificio. En ese instante, mientras los veía a ambos, mi enojo, que hasta ahora apenas había sido un zumbido bajo, se convirtió en una tormenta eléctrica y sanguinaria.

—Te llamo después, Cordero —escuché que decía Seth en alemán. Claramente estaba hablando con la insípida de su esposa—. Te veo en la noche.

Cortó la llamada y llevó sus ojos a mí, mientras me terminaba de acercar a su persona y justo cuando abrió la boca para decirme algo, no lo dejé llegar demasiado lejos.

Levanté mi puño y con una fuerza brutal y la misma ira presente, le metí un puñetazo tan fuerte en la mandíbula que incluso rompí su boca.

El bastardo chocó contra la pared ante mi embestida, pero no perdió el equilibrio. Mantuvo sus ojos en mí, mientras limpiaba la comisura de su boca por donde comenzó a fluir sangre.

—Vuelve a acercarte a ella sin mi permiso o siquiera mirarla sin su consentimiento, y lo que hice con tu esposa quedará pequeño a lo que voy a hacer contigo, ¿entendiste? —gruñí.

Gandel nos observó a ambos en total silencio y con el cuerpo tenso, mientras se ubicaba de una manera que dejaba bastante claro que si debía atacar a Seth lo haría.

Por otra parte, el pelinegro sólo continuó observándome, mientras terminaba de limpiar su sangre y tras una pausa, el hijo de puta solo sonrió.

—¿De qué hablas? —preguntó—. Soy leal a ti. Lo de Rhea quedó en el pasado. Tú me perdonaste la vida, yo ya te perdoné que por tu culpa haya casi perdido a mi esposa.

No respondí nada y la diversión creció en sus ojos.

—Pero, no deberías de estar tan preocupado por tu mano derecha, Kaydan —se acercó solo un poco—. Yo que tú me preocuparía por otras cosas. ¿Quieres saber cómo cuáles?

—Si aprecias tu lengua, te mantendrás callado con tu mierda que a nadie le importa.

Me ignoró.

—Preocúpate cuando esa pequeña rubia que tienes ahí arriba te deje. Cuando ella conozca el mundo exterior y se dé cuenta de qué el paraíso que quieres darle encerrada entre lujos no será suficiente, porque ella conocerá gente, entenderá realmente el mundo y entonces, cuando eso suceda; querrá vivir, querrá irse.

Iba a matarlo.

—No va a irse.

—Lo veo en sus ojos. Tu pequeña cosa solo quiere volar y lo hará. Muy lejos de aquí.

Comencé a olvidar el porqué lo tenía ahí como mi mano derecha. Olvidé los años que compartimos siendo adiestrados y en misiones. Comencé a olvidar que era uno de mis mejores hombres e incluso algo parecido a un amigo, y las ganas por ver su sangre se volvieron más y más fuertes. Aún más cuando añadió:

—Escupir para arriba nunca es bueno, jefe. Creo que viene tu karma y será una perra muy grande.

No iba a pasar.

Yo no tenía, ni iba a tener encerrada a Genneva y, por ende, jamás me dejaría. Ella nunca me iba a dejar.

Lo prometió y yo creía en sus promesas.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 41.

41

Kaydan.

—Llegas tarde —fue lo primero que escuché, una vez entré a la sala de conferencias de la empresa—. Ya estábamos a punto de iniciar la reunión —agregó Sanzon, llevando sus ojos a mí.

Le sostuve la mirada por unos segundos, antes de simplemente caminar hacia la cabeza de la gran mesa de vidrio y mirando al resto que estaba ahí, solo respondí: —El jefe nunca llega tarde y, en definitiva, nunca nada empieza sin mí.

Se hizo el silencio absoluto y aún más cuando Seth y Brandie entraron detrás de mí como dos sombras macizas y silenciosas.

—¿Qué es esto? —volvió a hablar el hombre, el cual no parecía querer esconder su disgusto por mí—. Es una reunión privada, Kaydan. No puedes traer a tus...

—Estás comenzando a hartarme en los primeros dos minutos, Zanson —me senté en mi silla y miré a todos los que tenía enfrente—. Yo que tú, si tuviera un grado de supervivencia humana, guardaría simplemente silencioso.

Odiaba todo lo que tenía que ver conmigo y aquello estaba claro, aún así, yo lo detestaba aún más a él y tener que estar perdiendo mi tiempo valioso en esa reunión me disgustó, pero había cosas que debía hacer por mi propia cuenta.

Había momentos en donde tenía que recordar quién era yo y por qué me temían en muchas partes.

—Bruno, Parker —saludé a los otros dos socios, los cuales, desde el momento uno, habían estado en un tenso silencio.

El último de estos, Parker, me lanzó una mirada helada, antes de simplemente decir:

—Que sea rápido, tengo asuntos que resolver.

—Me imagino que sí —mi voz fue seca, pero claramente había un tono burlón ahí.

El resto de la sala estaba complementada por los dos contadores de la empresa, las secretarías de los bastardos, el jefe del departamento económico, Susan, yo y mis hombres.

—Por ahí escuché que no están de acuerdo sobre mi idea de reinventar la utilidad y las ganancias —comencé—. Lo escuché de boca de otros y no directamente de las suyas. ¿Qué pasó ahí? —con mi pulgar sostuve la parte baja de mi barbilla, mientras mi dedo índice caía en toques rítmicos sobre mis labios, creando un vaivén pensativo.

—Pasa que estamos hartos de este juego de poder en donde se hace lo que dices —gruñó Zanson—. No vamos a seguir trabajando toda nuestra vida para enriquecer tus asquerosos bolsillos, mientras tomas nuestros dividendos y los continuas invirtiendo a tu gusto.

Enarqué una ceja.

—¿Estás hablando por ti o por todos? —miré a Bruno y a Parker—. ¿Es el vocero de ustedes? —pregunté más que todo por falsa cordialidad.

—Para nadie es un secreto que te estás aprovechando de las compensaciones desiguales, Kaydan —respondió Parker tajante—. Estás usando la empresa y nuestros nombres e inversiones para hacer lo que se te da la gana, sin tener en cuenta las cláusulas. Somos socios y no estamos siendo tratados de la manera justa.

—Socios menores —corregí despreocupado—. No lo olviden.

—No puedes seguir haciendo lo que deseas —Zanson se puso de pie, furioso—. No lo harás.

Lo observé unos segundos, mientras un tenso silencio rodeaba la sala y sentía todas las miradas en mí.

—Ya no estás en edad para hacer estos berrinches —fue mi respuesta—. Siéntate.

No obedeció, me desafió frente a todos y solo tuve que lanzarle una mirada a Seth, antes que las comisuras de los labios de éste se curvaran y comenzara a caminar hacia el hombre de edad.

Todos ahí aguantaron la respiración, justo cuando mi nueva mano derecha enredó su mano en la nuca del bastardo y empujándola con fuerza hacia la silla, lo sentó con evidente violencia.

—Que te sientes, maldita sea.

Zanson comenzó a maldecir, queriendo ponerse de pie y llevarle la contraria al otro, pero de manera inmediata, su primo lo miró.

—Basta, Zanson.

—No —lo miró furioso—. Por eso es que este bastardo es así, porque todos se dejan acobardar por sus matones y su mierda fraudulenta —me miró ahora a mí—. No te tengo miedo —escupió.

Normalmente, no solía sentir absolutamente nada alrededor de los retos y las palabras tiradas así en el aire. No solo porque disfrutara rompiendo el carácter y firmeza de las personas, sino más bien porque mi tiempo era demasiado relevante para ubicarlo ahí.

Por eso mismo, manteniendo mi postura firme desde la distancia, solo respondí, mirando a Bruno y Parker:

—Si tan aburridos están aquí y sienten que sus inversiones están siendo vulnerables, les compro sus acciones y listo. Se pueden ir.

—Eso es lo que quiere —Zanson volvió al ruedo—. Quedarse con todo, como si nuestros esfuerzos de años no valieran la pena.

—¿Entonces qué propones? —inquirí finalmente—. Déjanos escucharte.

Le di una mirada a Seth para que lo dejara estar y lo hizo, no antes de dejarme saber con el brillo oscuro de su mirada que estaba más que dispuesto a derramar sangre y pasaría.

Eventualmente.

—Propongo que te pongas los pantalones y seas un buen CEO —gruñó, rojo de la cólera.

—Basta, Zanson —Bruno me miró nervioso, pero yo simplemente continué observando a su primo.

—Ya es hora de que te des cuenta o más bien recuerdes que esto es un lugar evaluado en miles de millones y tu falta de compromiso nos está jodiendo.

—¿Llegaste a esa conclusión tú solo?

—Lo hice cuando dejaste la empresa y rechazaste a grandes socios por todo un mes, mientras andabas paseando en tierras americanas con una mujerzuela que sacaste de quién sabe dónde —toda la sala aguantó la respiración—. Porque claramente sé de ella.

No moví ni un solo músculo de mi cuerpo, pero no necesariamente porque estuviera en tensión, sino más bien porque estaba pensando en una respuesta apropiada.

Claramente, todo el mundo a mi alrededor sabía sobre la existencia de Genneva, porque desde que había llegado a Inglaterra o incluso mientras estuve en Estados Unidos, jamás hice absolutamente nada por esconderla. Porque, después de todo, ella no era una mujer que debía vivir en las sombras.

—¿Por mujerzuela te refieres a Genneva? —finalmente pregunté.

—Kaydan —quien habló fue Bruno, tenso—. Deberíamos dejar esta reunión hasta aquí, es obvio que todos tenemos los zumos muy arriba y lo mejor que podemos hacer es calmarnos y después conciliar sobre qué se va a hacer con las inversiones de la empresa.

Vi al hombre comenzar a ponerse de pie, pero no llegó tan lejos, Seth habló:

—Siéntate, nadie te ha dado la orden de irte.

Bruno volvió a caer en su silla.

—El resto largo —dije, refiriéndome a las secretarias de cada uno y a los contadores.

De manera veloz, salieron de la sala de juntas sin mirar ni una sola vez hacia atrás, dejándonos solos a los socios y a mis dos hombres.

Sin más, me puse de pie y alicé los pliegues de mi camisa negra, mientras después llevaba las manos a los bolsillos de mi pantalón del mismo color y caminaba hacia los ventanales del lugar, admirando el frío atardecer de Londres.

—¿Es verdad que trajiste una mujer de América? —me preguntó Parker.

La pregunta quedó colgada en el aire y no me giré para verlos y tampoco para responderla.

—Si desean, compraré las acciones de ustedes, les daré una indemnización y se pueden ir tan lejos como les plazca.

—No queremos vender nada —gruñó Zanson—. No a ti.

—No hablaba contigo —me giré finalmente para verlo—. Esa oferta es para Bruno y Parker. Para ti, tengo reservada otra cosa.

Se hizo un tenso silencio.

—Te tengo guardado el trato que le doy a traidores como tú.

De repente, él se quedó simplemente en silencio y yo caminé hasta volver a la mesa.

—¿Pensaste que me podías robar y que yo no me iba a dar cuenta? —pregunté—. Te falta calle.

Comenzó a ponerse de pie, pero, de manera inmediata, Seth volvió a poner una mano en su nuca con fuerza violenta y lo detuvo.

—No sé de qué hablas, ¡suéltame, matón de mierda!

Bruno y Parker comenzaron a preguntar con insistencia que estaba sucediendo, mientras Seth mantenía inmóvil al detestable sujeto y Brandie por fin se sacaba las manos de detrás de su espalda y mostraba un pequeño estuche negro que había cargado consigo desde el inicio.

—¿Pensabas que no iba a descubrir que estabas pasando material bajo cuerda como defectuoso, mientras lo vendías más barato a competencia china y me robabas alrededor de veinte millones?

Bruno miró a su primo con los ojos muy abiertos.

—No sé de qué hablas —espetó Zanson, pero claramente sí lo hacía.

Miré de nuevo a Brandie y esa fue la señal, ya que caminó hacia la mesa, puso el estuche y, al abrirlo, sacó de este lo que parecía ser una gran hoja de hacha que era capaz de rebanar cualquier cosa.

—¿Q-qué es eso? —preguntó Bruno, mientras me miraba con ojos muy abiertos—. ¿Kaydan? ¿Qué vas a hacer?

Me senté de nuevo en la silla y arrecostando del todo mi espalda contra el respaldo, apoyé mi pie izquierdo contra mi rodilla derecha y una vez tuve una posición cómoda, simplemente dije:

—No suelo mezclar las dos caras de mi mundo. Procuro mantener lo perverso lejos de lo menos perverso, pero hoy... Me han obligado a hacerlo —miré a Zanson con frío escrutinio—. Están a punto de descubrir lo que ocurre cuando alguien osa mentir, traicionar o intentar robar a Kaydan Von Sclaén.

Sin tener que decir una palabra más y dándole una última mirada a Seth y a Brandie. Vi como el primero de estos, inmovilizó a Zanson, el cual comenzó a revolcarse en su silla intentando alejarse o ponerse de pie, pero no pudo, no cuando fue neutralizado y sin mucho problema, Seth tomó su mano derecha y la separó de su cuerpo para apoyarla sobre la mesa de manera extendida.

—Basta —Parker se puso de pie—. Frena esto.

—Siéntate o serás el siguiente —fue todo lo que dije, mientras observaba como Brandie tomaba la hoja de hacha y se disponía a cercenar la mano del bastardo traidor.

—Hazlo lento —ordené de repente, antes de qué diera el primero y último toque—. Quiero que sienta segundo a segundo el paso de la hoja afilada sobre su carne, músculos, tendones y huesos.

Bruno parecía a punto de desmayarse justo cuando Brandie llevó el filo a la mano de Zanson y la sangre comenzó a salir. Los gritos no tardaron en llegar y yo sólo observé la escena con fría expectación, justo cuando los ruegos llegaron.

—¡P-perdón, perdón! —vociferó Zanson pálido y tembloroso—. Tienes razón, no debí hacerlo, no tenía que hacerlo. Yo... ¡Te venderé mis acciones! ¡Lo haré!

No respondí. Volví a mirar a Seth y este le dio la indicación a el otro para que continuara, justo cuando Bruno se fue de bruces al piso y comenzó a vomitar.

La sangre era demasiada, tanta, que comenzó a escurrir por la mesa y el llanto del bastardo llegó a gritos y desespero. La mitad de su mano ya había sido cercenada, justo

cuando mi teléfono sonó con una llamada entrante y, al sacarlo, descubrí que era Genneva.

—Detente —le dije a Brandie y obedeció de inmediato—. Necesito un segundo de silencio, agradecería tal bondad de parte de ustedes —ironicé—. Voy a responderle la llamada a la italiana que me traje desde América. Agradecería su colaboración, no desearía que ella supiera de este... Infortunio encuentro.

Zanson se llevó su mano ya casi rebanada hacia su pecho, mientras lloraba fuertemente y ante eso, Seth le pegó un puñetazo y después lo hizo morder la chaqueta del traje de su primo.

Mantuve mi vista en la sangrienta escena y llevé el teléfono a mi oreja, después de darle en responder.

—¿Genneva? —pregunté y trabé mi mirada con Zanson.

—Ay, por fin me respondiste tú —dijo ella y la escuché agitada, mientras movía algo de fondo.

—¿Qué pasa?

—¿Estás ocupado?

Volví a ver toda la sangre y la manera como Zanson lloraba en silencio, Bruno temblaba en el piso y Parker me analizaba con odio desmedido.

—No, no estoy ocupado. Háblame.

—Bueno, primero, ya te disculpé por lo que dijiste de mi empleo. Sé que eres sobreprotector, pero todo estará bien. Segundo, estoy organizando los muebles de tu casa, ¿no te importa verdad?

—No, no lo hace.

—Bien —suspiró—. Y, tercero, vi un comercial de Sushi.

Guardé silencio por unos segundos, antes de preguntar:

—¿Me llamaste por qué viste un comercial de Sushi?

—Sí, y se vio todo muy rico y sé que me dijiste que le hablara al jefe de seguridad si llegaba a necesitar cualquier cosa, pero la verdad es que me avergüenza decirle que quiero probar ese Sushi y, quería saber si más tarde cuando vuelvas de tu empresa, ¿podrías comprar un poco?

No dije nada.

—Solo si puedes, si no, entonces será otra cosa o...

—Te llevaré Sushi cuando vaya para allá —Respondí y Seth me miró con una ceja enarcada. Lo ignoré—. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo con prisa—. Muchas gracias, Kaykay.

Ella era tan fácil de satisfacer, que necesitaba malcriarla para que comenzar a exigir cosas más difíciles de conseguir, porque, sin duda alguna, merecía ese tipo de cuestiones.

—¿Algo más?

Hubo una pausa.

—No, yo solo... Te he extrañado un poco —no dije nada, pero sentí como mi sangre comenzaba a calentarse—. Te veo más tarde. Adiós.

Colgó la llamada y tardé unos segundos en recuperar lo interno de mí que se jodía siempre con ella, antes de alejar el teléfono de mi oreja y mirar a los hombres que me miraban en agonizante silencio.

—Me disculparan, caballeros —me puse de pie y miré el reloj en mi muñeca izquierda—. Sé que este asunto aquí es importante, pero me temo que tengo algo por hacer.

Rodeé la mesa.

—La Italiana que me traje del otro lado quiere Sushi y, teniendo en cuenta de que las peticiones de ella son más importantes que lo que representan ustedes aquí, tendré que irme a conseguirle su comida, pero, quedarán bien acompañados —miré a Seth y a Brandie—. Quiero esa mano de recuerdo en Vértize para mañana y, por supuesto, espero mi información y el cede de todas las acciones firmadas.

Ambos asintieron en silencio, mientras yo comenzaba a caminar hacia la puerta y escuchaba las súplicas de Zanson y Bruno.

—Ah, y no quiero volver a escuchar la palabra “mujerzuela” de la boca del señor Geriel y menos siendo dirigida hacia Genneva —miré por encima de hombro—. Su lengua también se va.

—¡No! —gritó Zansón—. ¡No!

Salí escuchando las súplicas y los gritos, mientras el olor a sangre se quedaba impregnado en mi nariz y una vez estuve lo suficientemente lejos del drama, tomé mi teléfono de nuevo y le marqué a uno de mis hombres del círculo PARKIAL.

—Necesito localizar a Rublen Becler —eso fue lo primero que dije—. Ya decidí que el reinado de la mafia de Jhonsson Becler se ha acabado y no seré yo quien le monte cacería. Para eso necesito a su primo.

—Tendré la información para mañana, señor.

—Necesito tenerlo presente en Vértize mañana mismo, a primera hora—fue la orden.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Hazle saber a Jhonsson Becler qué tengo la intención de reunirme con él de manera presencial. No porque deba, sino porque quiero que sepa que voy de frente —solté con gelidez—. No advierto por principios, sino que aviso por desestabilizar y como la cortesía no es lo mío, la táctica de entrar en su mente sí, y vamos a ver qué hace cuando sepa el precio que tiene su cabeza. Vamos a ver qué tan hombre realmente es.

Colgué la llamada dejando totalmente las piezas ya puestas y movidas sobre mi tablero, mientras salía de la empresa y me iba directo a buscar el Sushi de la rubia y, en el camino, recordé las fotos de flores en su teléfono y sin poder evitarlo, sintiéndome como un bastardo dominado, le compré unas rosas amarillas.

Las compré pensando en ella, pero una vez estuve en la casa y la hallé esperándome, le entregué la comida, las flores y solo dije:

—No te emociones por las flores, estaban en promoción y se las compré a la dueña solo por caridad —mentí, admirando lo bonita que se veía con el suéter rojo que llevaba puesto—. Nada del otro mundo.

Genneva escondió una sonrisa, pero apretó las flores contra su pecho y sonrojada, solo respondió:

—Gracias, mejor amigo. Amo tu acto de caridad.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 42.

42

Genneva.

Tenía un empleo. Tenía una casa.

Aquello era algo que me repetía todos los días, a cada hora y pese a había muchas cosas tristes en mí que trataban de no dejarme avanzar, no podía evitar sentirme a gusto y muy feliz por la bendición de tener un empleo.

Siempre soñé con la oportunidad de poder tener un hogar mío y un trabajo para poder comprar mis cosas, sin tener que recibir insultos y humillaciones. Ganaba muy poco en el empleo, lo justo para ir pagando pequeñas cosas, pero no me importaba. Trabajaría mucho y jamás me quejaría.

¿Cómo podría quejarme de la nueva oportunidad que me estaba dando la vida?

Kaydan cumplió su promesa y una semana atrás me entregó una preciosa y pequeña casa que quedaba a unas cuantas cuerdas de su edificio. El lugar era tan hermoso y auténtico, que me sentía como si perteneciera a él no sólo por la comodidad y lo hermoso que era, sino porque gritaba mi nombre en cada esquina.

—¿Te gusta? —me había preguntado el rubio cuando me vio entrar a la pequeña casa de dos pisos, la cual tenía dos habitaciones, una hermosa cocina que daba al patio trasero, una sala con muebles color crema y preciosos baños.

—Es mejor de lo que imaginaba —le había sonreído, mientras mi corazón se aceleraba—. Gracias, Kaydan. ¡Es perfecto!

Sabía que Barño y yo seríamos muy felices ahí. Odiábamos los entornos encerrados o demasiado fríos, y pese a que siempre había estado alrededor de lugares demasiado neutros o despampanantes, la tranquilidad del lugar, los colores suaves y lo iluminado que era todo, pese al invierno, llenó mi corazón de una gratitud extensa.

—Puedes cambiar lo que desees —había agregado Kaydan con ese mismo tono de voz tranquilo, un poco frío.

—No quiero cambiar nada. Me gusta así.

Su silencio había sido mi respuesta y después de ahí, me ayudó a instalarme e incluso sonreí un poco cuando descubrí que se había encargado de hacerle una sala de juegos a mi gato para que no se aburriera cuando estuviera solo.

Pese a que Kaydan no deseaba que yo me fuese y más bien quería que simplemente me quedara viviendo en su Penthouse. Entendió o más bien comprendió lo importante que era para mí hacer esto y por ello mismo, sin importar que no estuvo muy de acuerdo con el trabajo que conseguí en un Bar Grill, tampoco volvió a decirme que no podía trabajar ahí.

—¿Estás segura de que no te gustaría trabajar para mí? —fue su último intento, días atrás—. En la empresa hay muchas vacantes y...

—No, realmente quiero trabajar en el bar.

El disgusto había llenado sus ojos bicolores, pero solo respondió: —Bien, como sea.

No era tonta, sabía perfectamente que no tenía cabida en ese mundo de Kaydan. No sabía nada. No sabía lo más básico que era leer y claramente, no existía posibilidad alguna de que yo fuese parte de una empresa multinacional como aquella y si llegaba a suceder, sólo sería porque el rubio haría una excepción por mí y no quería que continuara rompiendo las reglas por mí.

Además; aún ni siquiera era capaz de procesar la manera tan extraña como conseguí empleo en el bar. Me sentía orgullosa de ello, quizás para otras personas sería algo tonto, pero para mí, el simple hecho de yo misma haberlo encontrado hacía que dejara de sentirme tan inepta e inútil como me sentía desde que era una niña.

—Hola, que pena, ¿puedo hacerle una pregunta? —días atrás, cuando fui al supermercado con uno de los hombres de Kaydan mientras éste trabajaba, aproveché para preguntarle algo a la cajera del sitio.

—Dígame —me había respondido ella con voz hastiada.

Normalmente, yo era una mujer de carácter, pero, en ese momento, me sentí nerviosa y emocionada.

—¿Usted sabe cómo podría hacer para conseguir un empleo aquí? —la había mirado expectante—. Me gustaría trabajar en este sitio o algo así.

Me analizó sin pestañear.

—¿Ha sido cajera antes?

—No —dije con prisa—. Pero puedo hacer otras cosas. Sé limpiar, puedo organizar estanterías y...

—¿Vio el cartel en alguna parte?

—¿Disculpa?

—¿Vio o leyó un cartel en donde se diga que se está buscando empleada? —indagó y su respuesta fue como un balde de agua fría para mí—. ¿Va a comprar o se va a salir de la fila? —agregó.

Miré rápidamente hacia donde estaba el hombre de Kaydan y agradecí el hecho de qué estuviera lo suficientemente alejado para escuchar lo que me estaba diciendo ella, ya que la vergüenza me picó con fuerza y no tuve otra opción que salirme de la fila y hacer como si estuviera interesada en las verduras que había en el fondo del lugar.

—Eso fue grosero —escuché una voz femenina detrás de mí y, cuando me giré, me encontré con una señora de cabellos blancos—. Esa mujer es una desagradable.

La miré en silencio.

—¿Cómo es tu nombre? —quiso saber.

—Genneva.

—Bien, Genneva. Mi nombre es Blanca —me regaló una corta sonrisa—. Lamento que hayas tenido aquel recibimiento en este país —agregó— ¿De dónde eres?

No solía ir hablando de mi vida con personas desconocidas, pero simplemente no pude pasar de ella.

—Italia.

—Comprendo.

—Sí —le regalé otro corto gesto—. Pero, está bien. Un gusto conocerla, Blanca. Debo volver.

Le di la espalda y traté de ocultar de mi rostro cualquier emoción desanimada que pudiera alertar al hombre de Kaydan, justo cuando la mujer de edad volvía a hablar:

—No tengo mucho que ofrecer, pero, mi esposo Marco tiene un Bar Grill en el centro de la ciudad, a los alrededores de las universidades. Puede que estemos buscando a alguien que nos ayude con las frituras.

Sus palabras me habían hecho detener en seco, mientras me giraba para ver a la mujer que me observaba de manera comprensiva.

—¿Te gustaría saber sobre el empleo? —añadió—. No es mucho el pago, pero...

Mi corazón se aceleró al escuchar aquellas palabras. La posibilidad de conseguir un empleo en ese país encendió una ráfaga de emociones imposibles de dejar atrás y por eso mismo, asentí con rapidez, sin pensarlo, mientras ella me dedicaba una breve sonrisa que dejaba en evidencia las arrugas del tiempo en su rostro. Luego de mi aceptación, Blanca me entregó un papel con su número y la dirección del bar, indicándome que pasara el día siguiente por la tarde para hablar al respecto sobre el trabajo y conocer mejor el sitio y así se hizo.

Kaydan insistió en querer venir conmigo, pero me negué. Sabía que no dejaría de analizar y criticar todo y eso era lo último que deseaba.

—Bien, irás con cinco de mis hombres.

—¿Cinco? —lo había mirado indignada—. Voy a una entrevista de trabajo, Kaydan. No a una guerra.

—Vas a una entrevista de trabajo a un bar que perfectamente podría ser de personas de recursos bajos o en situación de calle, sin duda alguna, aquello me suena no solo a guerra, sino también a miseria.

—Así no se habla del trabajo de tu mejor amiga.

—Ya lo hice.

Quería enojarme con él por estar haciendo eso tan difícil, pero nada pudo opacar mi alegría de casi tener un empleo y fue por ello por lo que lo ignoré y solo accedí a ir con dos de sus hombres.

Bary's Food resultó ser un bar para estudiantes de la mayoría de las universidades cercanas, el cual abría de miércoles a domingo y solía tener promociones de cervezas y mojitos, mientras que, al mismo tiempo, vendían las mejores alitas con papas fritas de los alrededores. Sus hamburguesas también eran muy conocidas y sus papas a lo inglés, que era una mezcla de quesos y tocino.

Me encantó el lugar apenas estuve ahí y no necesariamente por toda la música a alto volumen, sino más bien por todos los jóvenes que había alrededor. Me encantó ver la vitalidad de los estudiantes universitarios yendo y viniendo alrededor de las mesas, la música y las luces de colores, mientras bebían sus cervezas y consumían la comida grasosa.

Estar ahí me gustó porque me recordó a una clase de vida que en algún momento pude haber tenido, si se me hubiese presentado la oportunidad de ir a la universidad, tener amigos y poder hacer cosas como salir a reír en las noches, escuchar música y filtrar con algún chico que me gustara realmente.

Nunca pude hacerlo, pero ver a otros en ello y escuchar sus emociones ayudó que todo alrededor de mí se aligerara, porque pese a que nunca pude vivir esa vida, trabajar ahí y vivirla a través de las personas que iban y venían se sintió como una nueva experiencia para mi vida.

Como algo nuevo que ver.

Blanca y su esposo Marco, los cuales tenían sesenta y cuatro y setenta, fueron realmente amables y muy encantadores conmigo. Me explicaron que su sobrino era el encargado de llevar las riendas del bar de la familia y como tenían que arreglárselas porque pese a que el lugar siempre estaba lleno, no se podían dar el lujo de pagarle a muchos empleados porque tenían su casa hipotecada.

Por eso mismo, el sueldo no era muy grande, pero el dinero que me ofrecieron sería más que suficiente para pagar parte de la renta a Kaydan, las cosas de Barío, ahorrar un poco y tener algo de despensa. No sería millonaria con el empleo, pero se sintió tan bien, que le dije inmediatamente que sí a todo lo que me dijeron.

Había tres meseras, dos bartenders, un cocinero y el único que armaba las hamburguesas. Danyel -el administrador y sobrino de Blanca y Marco- y, ahora, estaba yo.

Por suerte, no tenía que preparar absolutamente nada, sino que simplemente era la encargada de servir las alas apanadas, las papas fritas, las papas inglesas y los aderezos que me iba enviando Thomas, el cocinero.

Barys Food era un espacio realmente abierto en cuanto a la cocina, ya que mientras yo iba sirviendo los pedidos que hacían en mi área. Las personas podían acercarse a preguntarme la disponibilidad de los fritos y, asimismo, yo podía ver todo alrededor. No me sentía jamás sola y mucho menos con Thomas, ya que las primeras tres noches de trabajo estuvo a mi lado explicándome con paciencia cuáles eran las porciones de cada alimento y como debía entregarlas.

Las meseras también fueron muy lindas conmigo y eso me motivó cada noche a seguir yendo y haciendo todo lo posible por volverme más rápida.

—No creo que sea buena idea —le dije a Kaydan una tarde de sábado, justo cuando me llamó a mi teléfono y yo estaba terminando de ponerme el uniforme para iniciar mi jornada laboral.

Solía trabajar de seis de la tarde a las tres de la mañana. Eran horarios pesados, pero, de nuevo, no me quejaba.

—Ya hablamos de esto —fue su respuesta—. Necesito que alguien esté pendiente de tu seguridad mientras estás trabajando. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por mi paz mental.

—Ya entendí eso —respondí—. Pero... Krepto me odia, Kaydan. No creo que sea buena idea que él me cuide.

—Descuida, hará su trabajo bien. Aprendió la lección.

La idea de qué le hubiese hecho algo a su mano derecha me generó conflicto, porque no quería ser la causante de la separación o problemas con sus hombres más cercanos.

Además, había accedido a tener un poco de seguridad mientras trabajaba porque sabía cómo solían ser los hombres cuando estaban ebrios y pese a que hasta ahora nunca me había sucedido nada en el trabajo, también sabía que aquello aliviaría la tensión del rubio y fue por eso que acepté.

—Yo... —suspiré—. Está bien, si así lo decidiste, entonces que sea de esa manera.

—Bien —fue su respuesta—. Nos vemos luego.

—Kaydan —dije con prisa, ansiosa por no dejarlo ir—. ¿Podemos hacer algo el lunes?
—pregunté—. Es mi día de descanso y pensé que...

Guardé silencio.

—¿En qué pensaste?

—En qué quiero pasarlo contigo.

Hubo un denso silencio.

—Que ya no viva contigo no significa que no podamos hacer cosas juntos, las amistades hacen cosas todo el tiempo y eres mi mejor amigo. Me merezco algo de tu carismática y genial atención —lo molesté—. ¿Sí?

—Miraré mi agenda y te aviso.

Solté un jadeo y escuché la diversión en su voz cuando volvió a hablar:

—Respira, Genneva. Puedo hacer eso por ti, sacaré algo de tiempo. Descuida.

—Nefasto.

—Sé cuidadosa, hada. Buena noche.

Colgó la llamada y pese a que mi corazón estaba latiendo a mil por hora y la calidez me embaduró con fuerza, me encontré añorándolo en la distancia y sabiendo que lo que sentía ya no era solo un gusto.

Ya había comenzado a sentir más.

Más por Kaydan. Mi mejor amigo.

**

Las semanas comenzaron a pasar una tras otra y yo me adentré en una rutina de trabajo, paz y libertad, mientras Kaydan y yo nos veíamos una vez a la semana o así.

Su vida era muy ocupada la mayor parte del tiempo y yo salía tan cansada del trabajo, que usaba toda la mañana para dormir y las tardes para hacer cualquier cosa antes del trabajo.

Aún me estaba adaptando a la rutina de mi vida y, entre aquella rutina, trataba de ignorar a Krepto la mayor parte del tiempo, el cual había sido descendido a ser mi guardaespaldas y tener que vigilarme desde una esquina todas las noches cuando estaba en el trabajo.

No pasé por alto que en sus manos había cicatrices frescas que se veían dolorosas y supe que estas tenían que ver con lo que había sucedido conmigo en Estados Unidos, aún así, él jamás habló del tema e incluso me ignoró más de lo que yo lo ignoraba a él.

Aquel día era ya veintisiete de marzo. Un día antes de mi cumpleaños número veintiocho.

Eso no significaba mucho para mí. Aparte de estar envejeciendo, cumplir años no era absolutamente nada para mi persona y fue por eso que no dije nada del tema y tampoco me emocioné. Esa noche solo continué en silencio sirviendo todas las órdenes, mientras veía como me dejaban propinas.

—Quiero tu suerte —escuché que me dijo Thomas, mientras llegaba a mi lado con la canasta repleta de alas recién hechas—. Quiero tus propinas. Necesito tu belleza.

Lo miré y le regalé una corta sonrisa.

—Podemos compartirla —fue mi respuesta tranquila—. La estación es de ambos.

—Claro que no, eso es tuyo —me guiñó un ojo—. Y me siento bendecido hoy, has dicho más de dos oraciones.

Se rió y volvió hacia la puerta que lo llevaba a la cocina, mientras yo negaba y sonreía en silencio, llenando las pequeñas bandejas con alas picantes o de mostaza.

Los compañeros de trabajo siempre solían decirme que era demasiado silenciosa y no es como si fuese falso. Ya que, si no era estrictamente necesario, me gustaba estar escuchando todo alrededor: La música, las risas e incluso las peleas, pero no era muy fan de participar en las pláticas.

Los sábados el trabajo era más intenso. Había muchos más estudiantes y siempre varios intentaban coquetear conmigo, pero rápidamente se les pasaba cuando obtenían solo mi silencio o, en su defecto, alas fritas.

Cuando fue mi descanso, alrededor de las diez de la noche. Desde la distancia, en donde sabía que debía de estar Krepto observándome, señalé con mi mirada hacia los

pasillos de servicio de los trabajadores para hacerle saber que iba a ir a los baños y después simplemente Thomas me relevó.

Aproveché ese tiempo para lavar mi rostro en el baño y tratar de esconder las sombras del cansancio, mientras tomaba mi teléfono y le marcaba a Kaydan.

No tuve respuesta y volví a insistirle, porque sabía que él estaba fuera del país y probablemente estaría ocupado, pero tampoco respondió y eso me desanimó un poco.

—¿Genneva? —escuché la voz de Krepto afuera del baño.

—¿Sí?

—¿Todo está bien? —su voz fría llegó a mí.

—Sí —sequé mi rostro y salí, encontrándome su alta figura enfrente—. Todo bien.

Me analizó para tratar de ver si había algo mal y cuando no halló nada, asintió.

—¿Sabes por qué Kaydan no responde? —tuve que preguntar—. Desde ayer no sé de él.

—¿Soy tu guardaespaldas o el suyo? —fue la fría respuesta.

—Ah, que amable.

Me miró mal y comenzó a salir de los pasillos, mientras yo lo seguía en silencio y miré de nuevo mi teléfono, ansiosa por recibir una llamada suya.

Solo una.

Estaba feliz por tener un empleo, pero quería que nuestra relación continuara siendo igual que antes. Quería que él siguiera pensando en mí, así como yo no podía sacarlo de mi mente a él ni un solo instante.

Ya no podía.

Terminé el resto del turno y cuando el lugar se vació, me esforcé por dejar mi estación totalmente limpia, mientras volvía a llamar al rubio, pero nada.

Comencé a dejarle un mensaje de voz:

—Hola, ¿estás bien? Sé que estás ocupado, pero, te he llamado porque quería escuchar tu voz y...

Maldiciendo y sintiendo que era demasiado, pasé una mano por mi rostro y cancelé el mensaje, mientras comenzaba otro:

—Hola, sé que estás algo ocupado, pero, quería saber si estás bien, colega —traté de sonar más afable—. Quería contarte que hoy Barño arañó mi pierna por tu culpa. Odia que toque ese tonto ratón que le diste y ahora ya no puedo ni tomarlo para aspirar el piso. Por otra parte, te he... Echado de menos ¿Cuándo vuelvas comemos Sushi?

Estaba por enviar el mensaje, justo cuando mi teléfono sonó con un mensaje de voz también y eliminando el que iba para Kaydan. Abrí el que me llegó y una voz robótica dijo:

—Feliz cumpleaños a mi vendida favorita. ¿Qué se siente nunca ser la primera, pero, en esta ocasión, ni siquiera la segunda?

Frunciendo el ceño, alejé el teléfono de mi oreja para mirar la pantalla, justo cuando otro mensaje llegó, pero este fue en forma de fotografía y cuando aquella se descargó, la imagen de Kaydan con una mujer en lo que parecía ser un evento social me dio la vista, mientras ambos iban vestidos de negro y estaban sentados solos en una mesa hablando y bebiendo.

Con razón no respondía a mis llamadas.

Otro mensaje de voz llegó:

—La conoció hace una semana. ¿No crees que van muy rápido? Quizás hoy se la folle, como se la folló ayer.

Mi corazón comenzó a latir con más y más fuerza y no sé qué me jodió más, si la vista de él con esa mujer de cabellos negros y largos, ambos viéndose tan importantes y elegantes, o si el hecho de qué ella estuviese tocando el brazo de él de una manera tan íntima que la cuestión fue muy clara.

Había algo ahí entre ellos.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 43.

43

Genneva

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Thomas la tarde siguiente, cuando me vio llegar al bar alrededor de las cuatro de la tarde—. Pensé que te habían dado este domingo libre.

Dejé mi bolsa en la encimera del lugar en donde se tomaban las órdenes y me encogí de hombros, mientras recogía mi largo cabello claro.

—No tenía nada que hacer en casa y me gusta estar aquí —fue mi respuesta—. Además, vine más temprano para ver si necesitabas ayuda limpiando la cocina o preparando los adobos de las carnes.

Él me analizó por unos segundos, antes de simplemente asentir.

—Bien, no me quejo, la ayuda me vendría genial.

—¿Quieres que lave las ollas que dejaste en remojo?

—Sí.

—Bien.

Estar ocupada era todo lo que necesitaba ese día. Había pasado una terrible madrugada y mañana después de haber recibido la foto de Kaydan con esa otra mujer y pese a que me repetí a mí misma que no teníamos nada y no me debía ninguna clase de explicación como tal. Me dolió.

Ver la foto de él con esa mujer me dolió y me carcomió de una manera que me quitó el aliento, el sueño e incluso el hambre. Se llevó todo de mí. Menos la necesidad de recordarme que dentro de las reglas de amistad que ambos teníamos, yo jamás le dije que no podía conocer a nadie.

¿Quién era yo para pedirle eso? ¿Cómo podría?

Era una masoquista.

Había mirado esa fotografía más de veinte veces, mientras la ampliaba y no pasaba por alto la manera como ella le estaba tocando el brazo a él. Era un gesto íntimo, muy posesivo y Kaydan no parecía molesto o algo por estilo.

—Basta —me dije en voz baja, mientras fregaba un gran sartén—. Déjalo ir, basta.

Quería soltarlo y no aferrarme a ello, incluso me había prometido a mí misma que actuaría de manera normal con él, porque de nuevo, no tenía ningún derecho a exigirle algo por más que me estuviera doliendo y creando herida.

Él me llamó alrededor de las diez de la mañana para desearme un feliz cumpleaños y no me sorprendió que supiera que era mi día. Kaydan Von Sclaén siempre lo sabía todo.

—Feliz cumpleaños, Genneva —me había dicho con voz tranquila.

—Gracias, Kaykay —le tuve que responder yo, fingiendo que esa fotografía de él con otra no había roto mi corazón y algo más. Pero no podía juzgar a mi mejor amigo por... Querer estar con otras.

—Mi vuelo llega hoy alrededor de las ocho —me informó—. Haremos algo para celebrar esos veintiocho. Enviaré a que te recojan.

—Debes de estar cansado —había sido mi respuesta—. No es necesario.

—A los ocho —repitió y colgó.

A las ocho nada, claramente eso era lo último que deseaba hacer. Celebrar mis cumpleaños nunca había sido una prioridad y tampoco lo sería aquella noche teniendo en cuenta la manera como se sentía mi corazón y fue por ello mismo que decidí venir al trabajo y evitar verlo al menos ese día.

Necesitaba dejar fluir lo que sentía dentro de mí. Necesitaba hacer una tregua con las emociones que me estaban envolviendo y una vez entendiera que él no era mío y yo no tenía derecho a celarlo ni a sentirme de aquella manera. Podría verlo a la cara y no sentirme tan dolida y traicionada, cuando claramente él no me había traicionado. Sólo había decidido hacer otras cosas con su vida.

Había decidido estar con una mujer. Una mujer de su estatus. Con su elegancia.

—Genneva —me llamó Thomas una vez terminé de organizar toda la cocina y era tanto mi frenesí, que limpié los enfriadores.

—¿Sí?

—Te necesita un hombre afuera.

—Seguro.

Sabía que era Krepto antes de terminar de salir por la puerta bailarina que daba al tramo en donde estaban las vitrinas de comida.

—¿Sí? —le pregunté al hombre, el cual me miró con desagrado cuando me detuve frente a su persona.

Lindo.

—Kaydan quiere que estés en su edificio a las ocho y veinte —dijo—. En punto.

—Kaydan quiere... —repetí, mirándolo con fría calma—. No va a ser posible. Hoy trabajo.

—Es la orden.

—No sigo órdenes —fue mi respuesta—. No soy tú.

No se inmutó ante mis palabras y tampoco sentí ni un gramo de remordimiento por decírselas, teniendo en cuenta de qué ya habíamos dejado bastante claro que no íbamos a fingir agradecerle al otro.

—¿Vas a venir o no? —preguntó de nuevo.

—No.

—Bien.

—Bien.

Me giré para volver a la cocina y ahí pasé gran parte de la tarde, hasta que llegó el momento de abrir y tuve que cambiarme por mi otro uniforme.

Siempre, antes de abrir, las chicas y los chicos se reunían para darse buena vibra y decirse que todo estaría bien. Era un ambiente laboral muy ameno y pese a que no solía decir mucho, apreciaba que me tuvieran en cuenta.

—¿Quién fue? —me preguntó Disley, una de las meseras.

—¿Disculpa? —me giré a verla, mientras ataba mi cabello en una coleta alta.

—Tienes esa mirada.

—¿Cuál mirada?

—La de tener el corazón roto. ¿Quién lo hizo?

Abrí mi boca dispuesta a decirle que no era lo que creía y que nadie había roto mi corazón, pero en ese momento ni siquiera tenía el ánimo adecuado para mentir y fue por ello que simplemente dije: —Somos amigos, solo eso.

—Oh, es una mierda —me lanzó una mirada de lástima—. Alguna vez, también estuve enamorada de un amigo y... Terminó mal.

Alejí la mirada.

—Puedo imaginarlo.

—Lo siento, no debí decir eso.

—No importa —la tranquilicé—. No importa.

Ambas volvimos a lo de nosotras y, por suerte, cuarenta minutos después de qué el bar fuese abierto, comenzó a llenarse de estudiantes y las órdenes no tardaron en ir y venir, haciendo que mi mente se nublara y no tuviera que pensar en absolutamente nada.

—Son las mejores alitas que me he comido en la vida —tres chicos se acercaron a la barra en donde yo estaba sirviendo alitas y papas deprisa, y uno de ellos, el más alto, me habló directamente; al tiempo que sonreía y dejaba una gran propina—. Eres la mejor.

Lo miré un segundo, antes de solo decir:

—En realidad, no las hago yo, solo las sirvo. Pero le diré al chef que tiene un don especial.

El chico y sus amigos se rieron.

—Eres graciosa, me gusta tu acento, ¿de dónde eres?

Volví a mirarlo y pensé que estaba siendo amable, pero no pasé por alto el hecho de qué estaba coqueteando conmigo y eso era lo último que deseaba.

—¿Vas a necesitar algo más? —tuve que preguntarle—. Si es así, llamaré a una de las meseras para que te tome una nueva orden y después despacharé tu pedido.

No tuve que esperar una respuesta de ellos, ya que justo Thomas apareció con más papas fritas y tuve que girarme para ayudarlo a ponerlas en la vitrina, mientras yo les ponía sal.

—Mírate, ya eres toda una experta —me dijo el moreno—. Y eres la peor recibiendo propinas.

—¿A qué te refieres?

—Estaban coqueteando contigo esos chicos —explicó, aún a mi lado—. Habrías ganado más propina.

—No me gusta coquetear —respondí.

Thomas soltó una risa baja y de repente, tomándome por sorpresa, golpeó suavemente su hombro con el mío.

—Relájate un poco, Genneva. Déjate fluir.

Levanté mi rostro para ver sus ojos marrones y estuve a nada de responderle, justo cuando por el rabillo del ojo vi que había llegado una alta figura de silueta oscura o ropas negras y sin importar que sólo estaba viéndole por el rabillo del ojo, sentí como absorbió totalmente toda mi energía y respiración, y, por ello mismo, me giré rápidamente y cuando lo hice, todo tuvo sentido.

Era él.

Kaydan había llegado.

Estaba ahí de pie apoyado casualmente contra la encimera de mi espacio de trabajo, mientras mantenía sus ojos en mí y después los movía levemente hacia Thomas, el cual parecía confundido por la vista de un hombre tan enigmático, alto y fuera de lugar como Kaydan.

No tenía sentido ahí. No con el traje a medida que llevaba puesto y mucho menos por el reloj de diamantes oscuros que brillaba en su mano izquierda.

Estábamos acostumbrados a la vista de universitarios sudorosos y extasiados, y no a la imagen de un hombre tan imponente que atraía la atención de toda persona a su alrededor y pese a que verlo hizo que el dolor en mi pecho despertara de nuevo, también no pude evitar sentirme privilegiada por ver lo varonil y atractivo de su frío y estoico rostro.

¿Por qué era tan perfecto?

—Aquí no se toman los pedidos, amigos —le dijo Thomas de manera amigable a Kaydan, pero este no le regaló una segunda mirada—. Debes ir con las meseras o...

—No soy tu amigo —fue la seca respuesta de Kaydan y yo lo fulminé con la mirada, mientras me giraba hacia Thomas rápidamente.

—Yo me encargo de esto —toqué levemente su brazo—. Gracias.

Cuando miré de nuevo a Kaydan, no pasé por alto que sus ojos cayeron en el lugar en donde mi mano tocó a mi compañero de trabajo y dejó la mirada ahí trabada por unos segundos, antes de verme de nuevo a mí con una fuerza que me hizo erizar.

—De acuerdo, seguiré con las hamburguesas entonces.

Thomas se marchó y yo sequé el sudor de mis manos contra mi delantal, mientras trataba de actuar de manera casual y ocultar lo que realmente estaba por explotar dentro de mí.

—Hey, volviste antes de tiempo —le dije al rubio por encima del ruido de la música y traté de sonar casual. De no verme herida—. ¿Cómo estuvo el viaje?

Su mirada siguió en mí y no respondió nada.

—No puedo quedarme mucho tiempo quieta —le expliqué—. Debo volver a los pedidos, ¿te parece si hablamos mañana?

—Mañana —repitió.

—Sí, debo trabajar, Kaydan.

—Se supone que hoy no ibas a hacerlo —su voz continuó siendo tan gélida como una mañana en Alaska—. Es tu cumpleaños.

—Es un día más.

—Teníamos planes.

—No, Kaydan. Tú tenías planes, yo tengo que trabajar —le recordé—. Y, para seguir en ello, debes irte.

En ningún momento fui directamente grosera con él, pero mi voz se mantuvo tranquila y bastante neutra. Tuvo que ser de aquella manera porque si me permitía ir más allá y soltar lo que realmente estaba sintiendo, delataría la intensidad de mis emociones.

—Estoy seguro de que no tienes autorización para correr a nadie de este lugar —me sostuvo la mirada—. Es poco amable.

—La amabilidad es para los clientes.

Enarcó una ceja.

—No estás consumiendo nada —señalé.

—¿Ah, no? —preguntó y, de repente, levantó una mano en señal de llamado y como si Yeimy, la otra mesera, hubiera estado pendiente de lo que él deseara para atenderlo, corrió a su llamado y lo miró casi ansiosa.

Necesitada.

—Si, señor, ¿en qué puedo servirlo?

Apreté los bordes de la encimera cuando vi la manera como ella lo miró.

—Algo fuerte para tomar —fue la respuesta del rubio.

—Solo tenemos cervezas, mojitos y vino, pero es económico y...

—Una cerveza será —la cortó.

—¿Y de comer? —la vi alejar el cabello de su rostro de manera coqueta y no pude culparla por querer la atención de él—. Hay hamburguesas, alista, pap...

—Una cerveza.

—Seguro —la vi a ella alejarse con prisa y volví a llevar mi mirada a Kaydan, antes de simplemente negar y darle la espalda para volver al lugar en donde estaban las órdenes.

Estaba furiosa, ansiosa, desmedida, celosa y.... A nada de explotar.

Realmente iba a estallar y no quería hacerlo, porque llevaba muchos años de mi vida controlándome y no sabía que haría cuando ya no pudiera tener el control.

—¿No crees que es muy pronto? —me preguntó él por encima del ruido, cuando me giré para dejar tres canastas de alas en el mesón.

Lo ignoré.

—¿Cuánto llevas aquí? ¿Tres semanas?

—¿Cuál es tu punto? —le pregunté finalmente, cuando Disley se llevó las bandejas.

—Llevas pocas semanas aquí y, ¿ya tocas a ese sujeto? ¿Qué son? ¿Amigos?

Lo miré sin creer realmente lo que me estaba preguntando, teniendo en cuenta lo que había estado haciendo él la noche anterior.

El enojo se enroscó con más fuerza dentro de mí.

—Eso no es tu incumbencia —dije con eterna paciencia—. ¿Vas a tomarte esa cerveza en algún momento?

Ni la miró.

—No.

Claro que no. Kaydan jamás se tomaría algo tan barato.

—Kaydan, debo volver a mi trabajo, lo digo en serio.

—Ve, ni que te estuviera cogiendo las manos.

—Me distraes —su mirada sostuvo la mía—. ¿Serías tan amable de dejarme trabajar en paz?

No respondió.

—Estoy segura de que debes ponerte al día en muchas cosas después de tu viaje. No tienes que estar aquí.

—Voy a estar aquí —fue su respuesta—. Voy a estar aquí esperándote afuera y, cuando tu turno termine, vas a salir y vas a hablar conmigo y, entonces, me vas a explicar porque me dejaste plantado el día de tus cumpleaños.

—Es mi cumpleaños, Kaydan. No deberías de estar afectado —siseé—. Es algo mío, no tuyo.

—Afuera, Genneva —comenzó a girarse para irse, pero dejó un fajo de billetes para Yeimy en la encimera—. Estaré esperándote afuera.

—Salgo a las tres.

—Esperaré entonces hasta las cuatro.

Salió sin decir nada más, dejando mi pecho totalmente colapsado, mientras él se llevaba las miradas de todas las mujeres a su alrededor y el enojo seguía creciendo y creciendo dentro de mí, esperando las horas que faltaban para finalmente explotar.

**

De regreso a mi casa ninguno de los dos habló.

Kaydan se deshizo de Krepto y fue él quien me llevó en su auto gris a mi lugar, mientras que ambos nos manteníamos en nuestros propios pensamientos.

Había tenido la esperanza que mientras trabajaba y las horas seguían pasando, mi enojo se evaporara y finalmente yo pudiera dejar de estar dolida con él, pero, claramente, fue imposible.

Esa sensación de mi pecho no iba a irse en las próximas horas y daba igual que me dijera él.

—Hola, amigo —saludé a Barño una vez llegamos a la hermosa casa y el gato trotó hacia la puerta para saludarme—. ¿Cómo estuvo tu día?

Sonreí cuando se sobó contra mi pierna, mientras seguía rascando su cabeza y no pasaba por alto que ignoró a Kaydan.

—Es un malagradecido —dijo el rubio con franqueza, cerrando la puerta del lugar y comenzó a mirar todo a su alrededor—. ¿Cada cuanto mueves todo de sitio? —preguntó.

—Cada que estoy aburrida.

—Entonces, eso es muy seguido.

No respondí, simplemente dejé mi bolso sobre la pequeña mesa de madera de la sala y después caminé hacia mi habitación para cambiarme de ropa, porque la idea de seguir con el uniforme me axficiaba.

Lavé mi cara y me puse una camisa grande de las que él me compró y un short corto de pijama, mientras volvía a repetirme una y otra vez que no podía hacer una escena y que necesitaba continuar fingiendo que todo estaba bien.

Todo lo estaría.

Kaydan no era mío. Kaydan no me pertenecía de la manera que yo creía que lo hacía y, por ello mismo, necesitaba aterrizar y dejar de tomarme aquello personal.

—No seas tonta —susurré—. No pases vergüenza, no lo hagas.

Me tuve que repetir eso por dos minutos más, hasta que finalmente salí de la habitación con un pequeño sobre en la mano y mi peine negro en la otra.

Me encontré a Kaydan sentado casualmente en la sala y, cuando me vio, sus ojos parpadearon brevemente por mi cuerpo, antes de subir a mi rostro.

—No había podido darte esto —dije, ofreciéndole el sobre.

Lo miró, pero no lo tomó.

—¿Qué es?

—El pago del arriendo —respondí—. Sé que la mensualidad en esta casa no vale eso, pero, prometo ajustar las propinas del otro mes y pasarte más.

Continuó observándome sin mover un solo músculo.

—¿Vas a tomarlo?

—¿Cuándo te he cobrado una mensualidad?

—No importa —dejé el sobre en la mesa y necesitando ocuparme en algo, solté mi cabello y empecé a peinarlo—. Quiero pagarlo. Que seas mi amigo no significa que no tengo que pagarte las cosas.

El silencio volvió y encontré mi cabello más interesante de lo que realmente era, porque no podía soportar el peso de su mirada bicolor.

—Me dejaste plantado en tus cumpleaños —dijo finalmente y no había emoción en su voz.

—No te lo tomes personal, Kaydan. Ya te lo dije, era mi cumpleaños, no el tuyo.

—¿Qué tal si me miras cuando me hablas? —preguntó—. Eso sería un poco más amable.

Sentí el enojo crecer aún más en mí y llevando mi mirada a él, solté: —¿Tú me vas a hablar sobre amabilidad a mí?

—Si tengo que hacerlo, sí.

Bufé y negué.

—¿Por qué simplemente no me dices cuál es el motivo tras tu enojo? —soltó sin más—. Vamos, exteriorízalo. Sé que quieres hacerlo.

—Lo que quiero es dormir —respondí—. Van a ser las cuatro de la mañana, Kaydan. Estoy cansada y...

—Y enojada —apoyó uno de sus pies sobre su rodilla, en un gesto despreocupado y casi dominante—. ¿Qué pasó, Genneva?

Pasó que siento que el corazón me arde por haberte visto con ella -casi solté-, pero me obligué a mantenerme callada.

Me obligué a no pasar más vergüenza.

—No soy adivino —añadió con esa misma simpleza—. Si te molestas por algo y no eres capaz de decirme el qué, entonces; ni siquiera te tomes el tiempo de ponerte brava si no quieres una solución. Serás adulta y dirás lo que pasa y te incómoda, o te ahorras el berrinche y sigues como si nada.

Sentí mi sangre volverse lava pura.

—¿Disculpa? ¿Qué acabas de decir?

—¿Qué pasó Genneva? —me sostuvo la mirada—. Dilo.

Abrí la boca para tratar de seguir en mi faceta de negarlo todo y hacer como si no me importara nada, pero, la verdad era que estaba harta de fingir y por eso mismo fue que dije:

—¿Me ves haciendo algún berrinche? ¿Qué berrinche he hecho? —quise saber y mi voz igualó la frialdad de la suya—. Si mal no recuerdo, en toda la noche te he dicho que todo está bien y que no tienes que estar al lado mío. No te he dicho absolutamente nada y si querer callar es un berrinche para ti, pues es tu problema y no el mío —apreté el peine en mi mano—. Estoy tratando de ser una mujer racional.

No respondió.

—Por eso mismo, simplemente márchate —caminé hacia la puerta y la abrí—. Quiero descansar, es tarde y ya mañana hablaremos si gustas.

No se movió.

—Lo digo en serio, Kaydan.

Se puso de pie abarcando con su altura todo el oxígeno del lugar, mientras caminaba con pasos firmes y lentos hacia donde estaba yo sosteniendo la puerta abierta.

—Estoy casi seguro de que tratar a tu mejor amigo de esta manera va contra toda clase de moral y regla —dijo—. Vengo exhausto del trabajo, directo a buscarte y, ¿una pequeña malhumorada es lo que me recibe? —enarcó una ceja—. No es justo.

—Pobrecito de ti —respondí—. Con lo duro que trabajas.

—Aunque no lo creas —se hizo hacia el lado de la salida, pero se quedó en la puerta—. Fue una semana demandante.

—¿Y cual parte fue la peor? —quise saber—. ¿Cuándo estabas en aquella cita con esa mujer tan elegante? —las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas y deseé golpearme.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó él.

Dios, ¿por qué era tan tonta?

—Nada, solo déjalo estar —lo miré mal—. Vete.

—¿Cómo sabes de Freya?

El mismo dolor de antes regresó y escucharlo a él hablando de ella fue como una bofetada desolada para mí.

—No sé nada de esa tal Freya —dije tranquila, pero algo dentro de mí quería llorar—. Ahora vete.

—¿Cómo sabes de esa reunión? —cambió la pregunta y cuando no dije nada, dio un paso hacia mí—. Genneva.

De manera impulsiva, fui hasta mi bolso, tomé mi teléfono, busqué la fotografía y le entregué el aparato con brusquedad.

—Ahí tienes el como supe de ti y esa tal Freya, ¿feliz? —pregunté—. Ahora, largo.

En ningún momento subí el tono de voz, sin importar qué es lo que estaba sintiendo dentro de mí era tan atroz que me hacía sentir pequeña e insignificante.

Kaydan no dijo absolutamente nada por lo que pareció una eternidad, mientras miraba la foto con interés y después escuchaba los audios.

Cuando me miró de nuevo, había una leve chispa en sus ojos y quise romper algo.

—Genneva —dijo mi nombre con una paciencia infinita—. ¿Todo esto es por esta fotografía?

Lo miré en blanco, no pudiendo creer que me estuviera haciendo aquella pregunta y, al mismo tiempo, repitiéndome que él no me debía nada.

—¿Lo es?

Le quité el teléfono de la mano con altanería y señalé la puerta.

—Vete, Kaydan.

—No estabas haciéndome un berrinche —el humor llenó aún más su mirada verde con bordes azules—. Estás haciéndome una escena de celos.

—No es verdad —respondí—. Y dije que te fueras.

Negó.

El nefasto tuvo la osadía de negar y mi pecho subió y bajó con fuerza.

—Estás molestándome más.

—¿En serio?

—¡Vete!

—No puedes estar molesta conmigo simplemente porque salí a una cena de negocios

—señaló—. ¿En qué parte de nuestras reglas de amistad decía que no podía hacer eso?

—ladeó la cabeza—. Yo ni siquiera tendría que tener reglas.

—No, no las tienes, eso está claro —miré la puerta—. Ahora, en serio, vete.

Normalmente, Kaydan siempre respetaba mis deseos, pero aquella madrugada no lo hizo, ya que se acercó más a mí y cuando intenté alejarme, enredó su mano en mi muñeca.

—Solo era una cena de negocios, Genneva.

—No, no era una cena de negocios —aterqué con el corazón a mil—. Ella estaba tocándote y tú estabas con ella y...

—No duermo con quienes trabajo —no perdió la paciencia—. Es obvio que no tuve nada con ella.

No respondí.

Solo deseaba que él se fuera y así yo poder tomar una ducha y tranquilizarme.

Necesitaba volver a mi yo razonable, entender que no era mío y demás, pero me costaba tanto y...

—Estás haciendo una escena de celos solo por gusto, hada —tiró un poco de mí para acercarme a su persona—. No sucedió nada.

—Sí sucedió —me quedé en mi terquedad—. ¿¡Por qué estabas ahí con ella!? ¿¡Por qué ella tiene que mirarte mientras hablan!?

De repente, una sonrisa gigante creció en los labios del imbecil y vi aquel hoyuelo que amaba tanto.

¿Amaba?

—No puedo creer lo que estoy escuchando —negó y llevó una mano a mi mejilla—. Genneva, eres la peor celando.

—¡Es obvio que le gustas!

No dejó de sonreír y miró brevemente mi boca.

—¿Sí? —ladeó la cabeza—. ¿Todo eso lo descubriste a través de una foto?

Mis ojos se llenaron de lágrimas debido a lo frustrada y tonta que me sentía y sin darme tregua, levantó mi rostro por mi barbilla y dijo:

—Eres un desastre celoso —apoyó su frente contra la mía—. Pero soy muy fiel a esta amistad, hada. No sucedió nada ahí, lo prometo.

No respondí. No podía hacerlo porque si hablaba, sin más, dejaría salir a flote todo lo que sentía por dentro y probablemente lloraría.

Me vería peor de ridícula.

—Freya es la hija de un empresario biométrico muy importante. Estábamos poniéndonos al día porque hay unos artefactos que necesito que me construyan y ella es la mano derecha de él —explicó—. Era una cena de negocios.

Me alejé un paso de él y lo miré a los ojos.

—Da igual, puede ser la hija de la reina de aquí, ¿cómo es que se llama...?

—¿Quién?

—La reina —dije.

—Isabel.

—Puede ser la hija de Isabel, ¡ella te estaba tocando!

Kaydan me observó en silencio.

—Te tocó el brazo.

—No sucederá de nuevo.

Abrí la boca y la cerré de nuevo, antes de terminar de retroceder.

—Como sea, ¿ya te vas?

—¿Vas a seguir así de molesta?

No respondí.

—No tienes que sentir celos de ninguna mujer, Genneva.

—Te llamé —susurré—. Te llamé y estabas con ella.

—En una reunión.

—Y no es justo —fue mi respuesta—. Porque ella es una aparecida que te toca con libertad y...

—¿Y qué?

—Y yo estoy aquí, soy tu mejor amiga y ni siquiera puedo tocarte como quiero —la energía que creó aquellas palabras nos impactó a ambos—. Te tocó, las tocaste, pero ¿qué hay de mí?

Los celos me tenían al borde del alcantilado.

—¿Por qué no puedo tocarte como quiero?

La mirada de Kaydan se oscureció.

—Genneva.

—No es justo —repetí—. No es justo que cuando estés con otras, con ella, te olvides de mí, cuando yo no puedo dejar de pensar en ti y en lo que quiero.

Él me analizó de la manera en la que una fiera analizaría probablemente a su presa.

—¿Y qué es lo que quieres, Genneva Blinder? —inquirió, finalmente.

—¡Quiero que me toques! —exploté—. ¡Quiero que me toques solo a mí! ¡Eres mi amigo, no el suyo! —Mi pecho subió y bajó con fuerza—. ¡Quiero no tener jamás que volver a ver una foto tuya con otra! ¡Quiero...!

Apreté los puños.

—¡Quiero sentir que me perteneces tanto como yo ya siento que te pertenezco!

Dio un paso hacia mí y yo negué.

—Pero supongo que quererlo es demasiado —cerré los ojos y un segundo después los volví a abrir—. Porque la única que quiere algo aquí soy yo y eso me enferma.

Sin darle tiempo a decirme nada más, le di la espalda y comencé a caminar hacia mi habitación totalmente desganada y rebasada por mis emociones. Aún así, no logré llegar demasiado lejos, ya que él me alcanzó por la espalda y enredando una mano en mi nuca de manera firme pero no necesariamente brusca, me detuvo haciendo que mi espalda chocara contra su duro pecho y de manera inmediata, llevó su boca a mi oreja y en voz baja, letal y fría, dijo:

—No existen tales otras que me hagan olvidar de ti —mi piel se erizó—. Tu rebeldía es encantadora, pero esos celos son una pesadilla y voy a tener que hacer algo.

—¿Hacer qué?

Me estremecí con más fuerza cuando con la mano que tenía en mi nuca hizo a un lado mi cabello y acercándose más a mí, bajó sus labios a mi cuello y los posicionó unos segundos sobre mi piel que se sentía caliente, antes de lastimar el mismo lugar con el barrido de sus dientes y luego responder:

—Si demandas que te toque, Genneva. Yo exijo que aguantes mi manera de tocar y no, esta noche tú y yo no somos amigos, hada.

Capítulo 44.

44

Kaydan.

Ella estaba molesta y muy arrepentida por todo lo que había dicho.

Podía leer aquella realidad en su rostro, en sus ojos color plata, mientras se giraba para verme y hacía todo por borrar las palabras que había dicho hacia un segundo, pero no había probabilidad alguna de que yo olvidara el hecho de que ella me dejó en claro que quería que la tocara y que esto fuese solo con ella.

Como si pudiera existir alguien más.

Como si no fuese consciente que desde que llegó a mi vida, sin más, arruinó todo para otras y eclipsó todo en mí.

Cambió todo para mí y eso me molestaba. Me jodía porque nada podía cambiar de nuevo y tampoco era que lo deseara. No quería que todo volviera a como había estado antes de ella y eso ya era mucho que decir.

—No tuve que decir eso —me dijo, recuperando la compostura y negando suavemente—. Somos amigos y no tengo derecho a esas escenas y...

—No, Genneva —la analicé desde mi altura y continué sintiendo la calentura en mis labios justo después de besar un lado de su cuello y aspirar su dulce aroma—. Esta noche no somos amigos, ya te lo dije.

Su mirada plateada se oscureció y pese a que su grado de atrevimiento alrededor de este tema era nulo, confió lo suficiente para quedarse. Para dejarme tocarla y lo hice.

Llevé mis manos a sus hombros y era pequeña y frágil ante mí, pero quien la reverenciaba era yo, porque Genneva tenía todo para hacerme caer de rodillas ante ella y no lo sabía, pero esta noche lo vería.

—Sigo molesta contigo —dijo con voz firme y retrocedió cuando la empujé levemente hacia atrás. Hacia la silla de cuero.

—Sigues celosa —la corregí y cuando la parte trasera de sus rodillas tocó el borde de la silla y cayó sentada con una leve exhalación, me sostuvo la vista desde abajo, creando cosas perversas en mi mente. Cosas que tenían que ver con sus ojos y su boca y sin más, me incliné en el piso para quedar a su misma altura y mis manos fueron a cada lado de sus piernas, tocando la piel que revelaba su corto short de pijama—. Sigues celosa injustificadamente.

Se erizó ante la caricia de mis manos sobre su pulcra y pálida piel; y por un momento llevó sus ojos al recorrido lento que estaba haciendo sobre ella, antes de mirarme de nuevo y negar.

—No es injustificadamente.

—¿No?

—No, Kaydan —se estremeció aún más y lamió sus labios de manera ansiosa, casi nerviosa—. Estabas con ella.

Sí, había estado con Freya en una cena de negocios que era de mayor importancia para mí, pero, más allá de eso, había sido una cena que fue preparada para algo en especial.

Para hacerme saber desde donde estaba viniendo la información filtrada y ahora lo sabía. Pero después me haría cargo de eso. En ese momento, al menos en esa noche, mi prioridad era la rubia frente a mí y esos celos absurdos que estaba sintiendo.

—Era una reunión, Genneva. Ya lo dije.

—No se veía como una reunión —contraatacó y casi sonreí ante su seriedad.

—¿Cómo se veía?

—Como una cita.

Enarqué una ceja.

—Entonces, solo para saber, ¿en nuestra amistad están prohibidas las citas?

No respondió.

—¿Es eso lo que estás diciendo?

Jamás en mi vida había tenido una cita como tal. Me tenía sin cuidado ese proceso tedioso y superficial. Pero quería probar hasta donde llegaba ella con sus celos y su necesidad. Necesitaba saber que era realmente lo que deseaba de mí.

—No puedo prohibirte ver a otras, pero...

—¿Pero?

—No quiero que lo hagas.

—¿Por qué no?

—Ya te lo dije.

Sí, mierda. Ya lo había dicho y me tenía mal. Me tenía tenso y hambreado.

—Repítelo —ordené—. Y hazlo viéndome a los ojos.

—Kaydan...

Intentó alejar la mirada y las yemas de mis dedos se apretaron aún más sobre su piel, obligándola a verme de nuevo.

—Si te digo que lo digas, lo vas a decir, Genneva —mi voz fue baja, pero contundente—. Dime que es lo que quieres.

—Quiero que me toques —no tartamudeó, Genneva podía ser firme cuando quería, aún así, el rubor subió a sus mejillas—. Quiero que tú lo hagas.

Tenerla a ella pidiéndome algo como eso fue todo para mí y no solo por la posibilidad de tocarla, sino por la jodida confianza que estaba depositando en mí. Una confianza que probablemente no merecía, pero que haría todo lo posible por respetar y resguardar, porque había muchas cosas que jamás haría y una de aquellas, sin más, sería fallarle.

—¿Cómo? —subí a un más mis manos y estas rozaron las aberturas de su short de pijama, acariciando aún más sus piernas—. ¿Así?

No respondió, pero vi la manera como su pecho subió y bajó con fuerza.

—O... ¿Así?

Sin darle tiempo a responder, bajé mi cabeza y llevé mis labios hacia una de sus rodillas, empezando un barrido suave sobre su piel, antes de subir un poco más sobre su pierna y depositar un casto beso ahí. Un beso que la hizo quedar sin aliento y la llevó a estremecerse contra mis labios, justo cuando saqué levemente mi lengua y probé la calidez y ambrosía de ella.

Genneva era hipnótica y no sabía o entendía como era que ella no podía verlo, pero para mí era una realidad que me tenía inclinado ante ella, besando y acariciando sus piernas y tratando de memorizar no solo como se sentía, sino también como sabía, ya que mi paladar y lengua eran adictos a los sabores exquisitos y ella iba mucho más.

Tanto, que besé su otra pierna y subí un poco más mis manos dentro de su short de pijama, mientras la sentía temblar ante mi atención.

—¿Cuál prefieres, Genneva? —le pregunté—. Mis manos o mi boca.

El rubor se intensificó y se vio algo cohibida, tanto, que tuve que sonreír.

—Estabas hablando mucho ahora, hada —le recordé su escena—. ¿Qué es mejor?

Negó y se removió.

—¿Ninguna forma es tu favorita? —ladeé la cabeza—. ¿Tienes una manera en especial, entonces?

—No lo sé...

—Bien, vamos a enseñarte de nuevo.

Sin dejar de verla y disfrutando la manera como su pecho subía y bajaba con fuerza, repetí la acción.

Las palmas de mis manos acariciaron de arriba abajo sus piernas, mientras mi boca volvía a su rodilla y me deslizaba sobre esta de manera suave y reverente. Probé yendo más allá y cuando mis manos subieron por dentro de su bonito short y rocé su ropa

interior, esperé que me alejara, que se arrepintiera, pero aparte de una leve exhalación, no dijo nada, solo me observó.

—¿Mis manos o mi boca? —volví a preguntar.

—Ambas —la plata de su mirada me sostuvo la vista—. Me gustan ambas.

—Eres una mujer avariciosa, Genneva.

—¿Eso es malo? —mis dedos delinearon el elástico suave de su ropa interior, mientras yo intentaba esconder lo afectado que estaba.

—No. Siempre puedes pedir más.

—Me gustan ambas, entonces —susurró.

—Buena elección. Estar enojada no nubla tu juicio, me gusta.

No le di tiempo a decir nada más. No cuando volví a acariciar la piel de sus piernas desnudas con mis labios y la saqué con mi lengua, subiendo por el río de su suavidad y haciéndola suspirar.

—Kaydan —el aliento la abandonó.

—¿Quieres que me detenga? —dejé mis labios sobre ella, pero levanté mi mirada hacia la suya, queriendo ver cómo estaba manejando mi tacto directo—. ¿Estoy yendo muy lejos?

Negó.

—¿Entonces?

—No sé qué hacer —admitió—. Es que yo en el pasado...

—No hay pasado aquí para nosotros—la acaricé de nuevo, la reverencé—. Solo presente. Solo un tú y un yo.

Había una leve duda en su mirada. Un temor constante que hablaba de un pasado que no podía dejar atrás. Que la seguía sin importar nada y fue por eso mismo que volví a preguntar: —¿Debo detenerme?

—No quiero que te detengas, pero no quiero hacerlo.

—¿Qué no quieres hacer?

—No deseo decepcionarte, Kaydan.

Nuestras miradas se entrelazaron por unos segundos, antes de que yo simplemente le preguntara: —¿Confías en mí?

No dudó.

—Sí.

—Entonces, déjame mostrarte como las reinas como tú no decepcionan a nadie.

Su mirada brilló ante mis palabras y esa fue la mejor recompensa que pudieron darme. Ya que llevando una mano a su barbilla la atraje hacia mí y estampé mi boca contra la suya en un feroz y demandante beso.

Un beso que me volvió más adicto a ella y a eso que representaba en mi vida.

—Déjame demostrarte como jamás tienes que sentir celos por nadie —me alejé solo un poco y después deslicé mi boca a su barbilla—. Voy a enseñarte cómo siempre debieron reverenciarte, hada.

Mordió su labio inferior por unos segundos, antes de asentir: —Sí. Sigo enojada contigo, pero sí.

—Tranquila, el enojo será lo último en lo que vas a pensar en los próximos minutos. Eso te lo juro.

No dijo nada más y tampoco le di tiempo a ello. Llevando mis manos al dobladillo de su blusa de pijama, comencé a levantarla y Genneva no se tensó y tampoco me detuvo. Cedió ante mí y una vez saqué la prenda por su cabeza y pude ver su bonito y sencillo top de algodón, maldije internamente cuando a través de la tela se notaban sus pezones duros, los cuales se elevaron con cada subida y bajada de su pecho.

La invitación era más que clara y sin poder domarme, me tiré hacia adelante y rodeé aquel pequeño botón en mi boca, a través de la tela y el sonido que salió de los labios de Genneva fue todo para mí. Tanto, que, si no estuviera inclinado, sin más, estaría de rodillas.

—Kaydan —gimió mi nombre y una de sus manos fue a mi cabello, mientras yo pellizcaba su pezón un poco con mis dientes y después pasaba la atención hacia el otro pecho.

Normalmente, iría a lo seguro, lo duro y rápido. Pero no deseaba nada de eso con ella. Mi intención no era que todo fuese rápido con Genneva. Quería más y ella merecía mucho más. Por eso mismo, encantado, la vi intentar apretar los muslos alrededor de mí, mientras mi saliva mojaba del todo su top y veía con gusto cómo estaba de excitada y sonrojada.

—Voy a sacarlo —le informé, comenzando a levantar la tela—. ¿Puedo hacerlo?

—No necesitas mi consentimiento en todo, Kaydan.

Mi ceño se frunció levemente.

—Siempre, Genneva —dije—. Siempre voy a necesitar tu consentimiento. Eres quien manda aquí, ¿puedo hacerlo?

Asintió de nuevo y sin dejar de verla, levanté los bordes de la prenda y con un movimiento preciso lo saqué por encima de su cabeza, dejando totalmente libres un par de pechos redondos y pequeños que probablemente serían la cosa más perfecta y provocativa que había visto en la vida.

No sabía que me jodía mas. Si lo pulcro y terso de su piel sedosa, o lo sonrojado y erecto de sus pezones, los cuales llamaban por mí. Los cuales necesitaba directamente en mi boca sin una sola tela de por medio y así lo hice.

Me acerqué a su pecho y aspiré su suave aroma, mientras mis manos bordeaban el peso de su busto, haciéndola erizar y después tomaba de nuevo su pezón en mi boca y comenzaba a chupar este y luego a pellizcarlo con mis dientes.

Me tomé el tiempo de turnarme entre ambos, mientras continuaba sintiendo la manera como su pecho subía y caía con fuerza, desesperada y al mismo tiempo ansiosa ante mis atenciones, las cuales fueron lentas y explorativas.

Su mano volvió a enredarse en mi cabello y ella se arrecostó aún más contra el respaldo de la silla -dándome más espacio para besarla- y maldije internamente a lo que me hacía su toque, mientras mi boca iba descendiendo de sus perfectos pechos hacia su plano abdomen y llegaba a su ombligo, el cual besé y lamí un poco.

Temblaba.

Apenas había iniciado a acariciarla y ella temblaba de una manera que parecía que iba a fragmentarla y dejarla en el piso. Temblaba como si nunca nadie la hubiese adorado con su boca y probablemente esa era una realidad, pero no sería la última vez.

La adoraría cada que ella me lo permitiera y cuando mi boca llegó al elástico de su short y la sentí tensarse un poco, volví a preguntar.

—¿Puedo hacerlo, Genneva?

—Sí, Kaydan.

Sin dejar de verla a los ojos, comencé a retirar la prenda y dejé al descubierto sus bragas rosas, las cuales se pegaban a ella como una segunda piel y sin llegar a tocarla aún, lo supe: Estaba húmeda para mí.

Sentí mi erección ponerse más dura. Tanto, que fue una mierda dolorosa que tuve que controlar con furia, porque en ese momento, ella era la prioridad y mi necesidad iba para después.

Mis dos manos fueron a sus rodillas para separarlas un poco más y volviendo al inicio, besé primero una de sus piernas y luego la otra.

—Vas a dejarlas así, Genneva —mi voz sonó ronca, pero firme—. Quiero esas piernas separadas para mí en todo momento, ¿comprendes?

—¿Qué vas a hacer?

—¿No es obvio? —enarqué una ceja—. Voy a enseñarte que es el placer, hada. Vamos a olvidarnos de la amistad y voy a llevarte a un punto sin retorno.

—¿C-cual punto es ese?

—El punto en donde recibes un orgasmo por Kaydan Von Sclaén y después quieres, necesitas y suplicas por más.

—¿Sí? ¿Eso pasa? —me preguntó.

—Es una regla.

—¿Entre quienes? —pese a lo sonrojada y excitada que estaba, me sostuvo la mirada con fuerza—. ¿Las hijas de tus socios?

Me arrancó una risa baja. Realmente lo hizo y ubicándome mejor entre sus piernas, solo respondí:

—Voy a hacerte pagar ese sarcasmo.

Llevé mi boca hacia la parte interna de su pierna y comencé a recorrerla con mis labios y a humedecerla con mi lengua, mientras ella soltaba pequeños sonidos bajos y clavaba sus uñas en mis hombros de manera desesperada y ansiosa.

Bien.

No le di tiempo a recuperarse. Continué subiendo por el camino glorioso de su piel, directo a sus muslos y muy cerca a su húmeda y calidez, mientras ella se retorció y decía mi nombre en voz baja una y otra vez. Su aroma llegó a mí y justo cuando mi boca estuvo a centímetros de ese lugar caliente entre sus piernas, levantando de nuevo mis ojos hacia ella, pregunté una última vez:

—¿Puedo hacerlo, Genneva?

—Sí —dijo con prisa y yo sonreí.

—Ni siquiera sabes lo que voy a hacerte.

—Puedes hacerlo.

—¿Sí? —mis dedos fueron a sus bravas—. Que bueno saberlo, tenía ganas de devorarte.

Llevé mi boca a la húmeda entre sus piernas y la besé por encima de la tela, inhalando el aroma de su excitación y preparándome para darme un verdadero festín.

El festín de probar su calidez y estrechez por primera vez contra mi lengua, mientras me alimentaba con su propio placer.

Sus manos volvieron a mi cabello justo cuando separé aún más sus piernas y comencé a pesar mi lengua por encima de la tela húmeda, acariciando sus labios exteriores y haciendo que su busto subiera y bajara de manera pesada, mientras yo la saboreaba como si de un adicto me tratase.

Pero no fue suficiente, no obtuve a gran medida lo que quería y fue por ello mismo que enredando dos de mis dedos en su prenda mojada y obligándola a ella permanecer con

las rodillas muy separadas, hice a un lado la tela y por fin revelé su bonito coño, el cual no lo sabía, pero estaba ansioso por mí y mi lengua.

—Kaydan, yo nunca he...

No la dejé terminar de hablar. Bajé mi boca de manera directa hacia el paraíso y solté un gruñido bajo y ronco cuando mi lengua encontró mi catarsis. Encontró su húmeda e hinchada necesidad, la cual alimentó todas y cada una de mis monstruosas necesidades, las cuales jamás iban a estar a gusto con ser sólo el amigo de ella, porque nada de lo que había dentro de mí hablaba de amistad ni mucho menos.

Hablaba de posesividad, necesidad y hambre. Un hambre que solo menguó cuando sus gemidos llenaron mis oídos y su sabor fue todo en lo que pude pensar.

Todo lo que supe que desearía para siempre.

—K-Kaydan —ella volvió a pronunciar mi nombre con desespero, mientras yo tiraba más de la tela de su ropa interior y lastimaba la piel de sus muslos, mientras mi lengua la acariciaba en círculos y mis dientes las hacían lloriquear un poco.

Llegó un punto en donde el placer fue tanto para ella, que arqueó la espalda y tiró con más fuerza de mi cabello rubio, mientras se tragaba ahora sus gemidos que en realidad eran rurgos y antes su silencio, tuve que detenerme.

Tuve que hacerlo para reprenderla.

—Déjame oír cuanto disfrutas de mi boca entre tus piernas, Genneva —ordené—. Quiero oírlo.

Negó y llevando mi pulgar a su labio inferior, lo liberé de entre sus dientes y la obligué a abrir la boca, mientras introducía un poco mi dedo y lo humedecía con la saliva de su lengua.

—Así te quiero, hada. Bullosa y expresiva para mí. Déjame ver cuando te gusta.

—¿Q-qué hay de tí? —estaba totalmente sonrojada—. ¿Qué hay de tu placer? Yo...

—¿Mi placer? —preguntó—. Aquí lo tengo —llevé mi mano entre sus muslos y sosteniéndole la mirada, comencé a acariciar su excitación con dos dedos—. La estoy tocando y estoy apunto de volver a probarlo.

Bajé mi boca de nuevo a ella y el barrido de mi lengua, en aquella ocasión, fue más duro y con más presión. Jugué con lo hinchada y sensible que estaba, mientras chupaba, lamía y pellizcaba con mis dientes. En aquella ocasión, me permitió escuchar sus gemidos y jadeos. Estaba un tanto renudente a soltarse, pero no tuvo más opción.

Finalmente se permitió soltarse y liberarse alrededor de mí, mientras mi lengua continuaba probándola y yo aprovechaba la humedad de su propia excitación, para embadurnar mi dedo medio con su líquido y comenzar a hacer presión en su entrada para que el estímulo fuera doble.

—Kaydan —se tensó y jadeó al mismo tiempo, cuando mi dedo se abrió paso alrededor de su calor y estrechez—. No puedo, yo...

—Shh, seré cuidadoso, vida —besé su muslo y comencé el vaivén con mi dedo de manera lenta—. Disfruta, solo disfruta.

La vi cerrar los ojos y lamer sus labios con nervios, pero necesidad, mientras yo me grababa su rostro a fuego en mi cabeza y continuaba moviendo mi dedo primero con paciencia y luego con rápidas y ondas estocadas.

Sin dejar de tocarla, me alcé un poco hacia ella y llevando mi mano libre a su barbilla, la atraje hacia mí y la besé con fuerza, mientras mi dedo seguía complaciéndola y haciéndola temblar.

Me correspondió el beso en medio de jadeos, justo cuando añadí un segundo dedo de manera lenta y la estiré lo suficiente para hacerla sentir llena y satisfecha.

—N-no sé qué hacer —admitió, mientras el sudor se resbalaba por su garganta y sus mejillas ardían más y más—. Me siento extraña y...

—Córrete para mí, Genneva —fue mi oscura respuesta—. Córrete mientras mis dedos te tocan y te pruebas a ti misma en mi lengua. Hazlo para mí, hada.

—N-no puedo hacerlo. No sé cómo hacerlo.

—Así —respondí, mientras volvía a besarla y curvaba ambos dedos dentro de ella y aumentaba la presión y el ritmo.

Los jadeos y grititos que salieron de su boca fueron tan calientes, que estuve a nada de joderme a mí mismo ahí, pero ella era mi prioridad y lo fue en aquella noche. Lo fue cuando comenzó a retorcerse debajo de mí, ante la presión de mis ociosos dedos y una vez la sentí arquearse de nuevo y apretarse con más fuerza alrededor de mis dedos, volví a llevar mi boca entre sus piernas y cerré el pacto.

El pacto de mi lengua castigándola, mientras mis dedos la complacían y mi recompensa fue obvia: Su orgasmo alimentando mis monstruosas y sadicas ganas, mientras ella se retorció, proclamaba mi nombre y pedía más.

Claro que deseaba más.

Su fuerte y demoledor orgasmo me recordó que si ella merecía más. Yo merecía lo mejor, el doble y eso era tenerla alrededor de mí, encima de mí y debajo de mí y cualquier cosa que tuviera que ver conmigo y ella.

Solo nosotros.

—Abre los ojos, Genneva —dije con autoridad, viendo como sus piernas temblaban y como su sabor se quedaba en mí—. Abre los ojos, mírame y no lo olvides.

Jamás había visto su mirada tan oscura como en ese instante y sus mejillas tan rojas.

—No olvides antes de hacerme una escena de celos, que acabo de darme el mejor festín de mi vida entre tus piernas y cada que tengas la osadía de hacerme otra escena de esas, tendré que recordarte que es lo que me gusta y porque todo tiene que ver contigo, vida —acaricié su mejilla—. Como todo siempre se va a tratar de ti.

Su mirada estaba brillante y su pequeño cuerpo tembló, mientras me miraba en silencio y yo hacía todo por no volver a besarla. Por no iniciar las caricias de nuevo.

—Porque lo único que me gusta está aquí y no es mi problema si quieres pensar que podría desear a alguien más —besé su mejilla—. Usa la lógica.

Un pequeño sonido salió de la boca de ella ante mis palabras y por un momento pensé que me iba a decir nefasto o algo más, pero no lo hizo.

Ella simplemente se tiró hacia adelante, besó castamente mi boca y retrocediendo, sin más. Ella hizo lo peor que podía hacerme a mí.

Genneva comenzó a llorar.

Mi hada de invierno lloró.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 45.

45

Genneva.

Estaba avergonzada por todo lo que había dicho. Por todo lo que había pedido.

Nunca había sido tan franca, tan sincera alrededor de cuestiones que necesitaba porque callar era lo mío, pero no lo había sido en aquella ocasión y ahora quería que el mundo se abriera y me tragara.

Ahora deseaba desaparecer y borrar los recuerdos dentro de mí, sin importar que había sido una de las mejores experiencias de mi vida.

Tener a Kaydan inclinado ante mí, en medio de mis piernas, había sido una de las mejores sensaciones de mi vida y quería borrarlo.

Quería olvidarlo porque temía haberme ido demasiado lejos y que nada volviera a ser como antes entre los dos.

Jamás lo sería.

No después de como fue todo. No tras la manera como me miró y la forma tan íntima como me tocó, como me veneró con sus manos y luego con su boca.

—Dios —susurré, poniendo una almohada en mi rostro y tratando de sofocar el aturdimiento—. ¿Qué hiciste, Genneva?

Había comenzado a llorar una vez Kaydan terminó conmigo y alejó su boca de entre mis piernas. Había estado aturdida por todas las emociones y sensaciones que estaba sintiendo y no me detuve a pensar en nada, aparte del hecho de qué me sentía satisfecha y hermosa.

Nunca me había sentido hermosa, pero esa madrugada sí. Aún más cuando él me sostuvo la mirada en todo momento y siempre me preguntó que quería.

No recordaba ni una sola vez que un hombre me hubiese preguntado que quería y si lo hubieran cuestionado en aquel instante, habría dicho que nada.

No quería absolutamente nada con nadie de mi pasado. Nada que fuese vergonzoso y doloroso, pero ahora, pese a la vergüenza que sentía por mí -y no por Kaydan-, no podía arrepentirme de nada.

No de la manera como se sintió mi piel y otras partes de mi cuerpo. El fuego había estado en mis venas y más cuando él me cuestionó como lo quería. Si tocando o besando y casi me desmayé ahí mismo.

Deseé hacerlo porque estaba segura de que jamás superaría a Kaydan Von Sclaén y lo que hizo en mí. No superaría la manera como recorrió mi cuerpo y me llevó al borde del colapso. De mi mente jamás saldría la imagen de su rostro entre mis muslos, mientras mis dedos tiraban de su cabello dorado y él ordenaba que lo dejara escuchar mis gemidos y sí que los había escuchado.

No había podido mantenerme silenciosa. No con el fuego ardiendo a través de mis venas y yo permitiéndome soltar y fluir en ese momento.

Permitiendo que un hombre, uno real como Kaydan, me enseñara, me mostrara y me diera lo que era realmente un orgasmo. Lo que en realidad sí era el placer y lo había hecho y ahora, casi cuatro horas después, no podía sacarlo de mi mente.

No podía dejar de sentirlo en mi cuerpo, jodiendo mi mente y mi corazón.

Kaydan ya tenía mi corazón, mi cuerpo y todo lo que él deseara tomar, pero...

—Deja de pensar —me regañé, sentándome en la cama y pasando una mano por mi rostro—. Basta, basta.

Después del orgasmo y que yo hubiese empezado a llorar, había tenido que disculparme con él y huir directo a mi habitación para escapar de lo que sentía.

Estaba avergonzada por haberle hecho aquella escena de celos, pero, más allá de eso, estaba aterrada de que él me dejara después de lo que había sucedido.

En el pasado, ningún hombre que hubiese tomado algo de mí, aparte de Darwyn, habían deseado quedarse porque no había demasiado que yo pudiera dar y no me

importó en ese entonces. Sin embargo; era consciente del hecho de qué no soportaría verlo a él irse porque lo quería conmigo siempre.

Realmente lo quería y... ¿Si no había sido lo suficientemente buena? ¿Y si todo fue por lástima y para callar mis celos?

No me había pedido que lo complaciera a él. No me pidió nada a cambio y no estaba segura de qué podría significar eso y si nos ponía en un punto muerto.

Sabía que los hombres siempre querían ser complacidos y si él no recibía nada de mí, entonces lo obtendría de alguien más y...

Maldiciendo y sabiendo que no podría dormir -ni estando agotada-, me puse de pie y me obligué a tomar una ducha fría a primeras horas de la mañana, viendo si así podía espabilar y sacar de mi cuerpo toda la calentura que seguía recorriéndome.

Una calentura que me hacía apretar las piernas cada dos segundos, mientras la imagen de esos ojos de dos tonos me analizaban, a tiempo que sus dedos entraban y salían de mí, estirándome y...

—¿Genneva? —llamaron a la puerta de mi habitación veinte minutos después, justo cuando salí temblando del baño con una bata rosa alrededor de mí.

Me tensé al oír la voz del rubio porque, pensé que se había ido una vez me encerré en mi habitación horas atrás, pero al parecer no, ya que volvió a tocar y yo supe que no podía esconderme detrás de las paredes por siempre.

—¿Vas a salir en algún momento o estás esperando que me vaya?

Apretando la tela con más fuerza alrededor de mí y tratando de protegerme como si horas atrás no lo hubiese dejado besar mis pechos y más que eso, me obligue a verme serena y estoica, mientras caminaba hacia la puerta y finalmente la abría y ahí estaba él.

Aquí estaba ese hombre que parecía querer matarme y llevarme a la eternidad al mismo tiempo.

Aquí estaba y cuando abrí la puerta y levanté la cabeza para verlo a los ojos, no pude evitar ver también su boca y recordar cómo se sintió el movimiento de sus labios y lengua contra mi deseo y humedad.

Mierda. Mierda.

—Hola —dije con voz firme, tratando de verme casual, pero fallé—. Yo... Estaba tomando una ducha.

—Lo deduje por el cabello mojado y la bata —fue su respuesta y yo entrecerré los ojos—. ¿Ibas a salir en algún momento o piensas quedarte viviendo aquí?

—Lo que quiera —respondí—. Haré lo que quiera.

—Evidentemente.

Ambos nos miramos unos segundos en silencio y mi corazón casi se detuvo en mi pecho cuando sus ojos se deslizaron primero por mi cara y después hacia mi garganta y el resto de mi cuerpo.

Fue más que todo para ver si estaba bien -él siempre hacía lo mismo-, pero lo tomé por otra parte y tuve el impulso de apretar los muslos y...

—¿Estás sonrojándote?

Solté un quejido bajo.

—Basta, ¿viniste a interrogarme?

—Quizás —se apoyó contra el marco de la puerta y pese a que llevaba la misma ropa elegante de ayer, se veía tan cadente y dominante.

—Kaydan.

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

La idea de estar sola con él y cerca a una cama no me sonó como una gran idea y no por él, sino por mí y mi deseo.

—¿Ya te pusiste tu dosis de antídoto?

—Aún no es la hora.

—Bien, aprovecharé y te ayudaré a ponerlo.

—Puedo hacerlo sola.

—Además, vine a saludar a Barño, me ha extrañado.

—Lo dudo, en la madrugada te ignoró.

Miró al gato negro que estaba encima de la cama lamiendo su lomo y preguntó: —¿Vas a prohibirme ver a mi gato?

De repente, pese a todo lo conflictivo que estaba sintiendo dentro de mí, no pude evitar casi reírme.

—¿Tu gato? —enarqué una ceja—. ¿Quién dijo que es tu gato?

—No nos hagamos los desentendidos, hada —fue su odiosa respuesta—. Ambos sabemos que todo lo que hay aquí me pertenece. Me lo he ganado a pulso, ¿verdad?

Mis mejillas se encendieron aún más, pero terminé retrocediendo un par de pasos para dejarlo entrar a la habitación y me repetí una y otra vez que necesitaba recuperarme y dejar de actuar como una tonta enamorada.

Sí, estaba enamorada.

Fui al clóset para ponerme algo de ropa y traté de serenarme, mientras me preparaba para la posible conversación que se venía entre ambos.

Cuando volví a la habitación, lo encontré a él siendo simplemente él.

—Quizás voy a hacer que te bañen con cloro un par de veces a la semana, porque no sé si al estar tanto tiempo en la cama de ella, dejes alguna bacteria que pueda enfermarla —le estaba diciendo a Barño—. Y deberías mostrarte más agradecido cuando vengo, después de todo, soy el que paga tu pollo y teniendo en cuenta que eres feo y tuerto, ni siquiera tendrías que comer.

—Dijiste que venías a saludarlo, no a regañarlo —murmuré.

—Alguien tiene que corregir a este animal, Genneva. Míralo.

Lo miré y literalmente, Barño solo estaba existiendo y el rubio estaba buscando una manera de ser un nefasto.

—Es un bebé, basta.

—¿Un bebé? —frunció el ceño—. Si tiene más cara de anciano que quién sabe quién. Le pongo un año más antes de qué...

Se detuvo abruptamente ante lo que iba a decir, pero yo supe que era.

—¿Crees que va a morir pronto? —pregunté y me mantuve de pie frente a su persona.

—No, claro que no —frunció el ceño.

—¿Entonces que ibas a decir?

—Otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Otra cosa —repitió.

Yo miré mis manos y suspiré.

—Barño es lo único que me queda —mi voz salió baja—. No puedo perderlo.

Suspiró casi irritado, antes de ponerse de pie y caminar hacia mí, eclipsándome con su imponentia.

Kaydan era tan alto que siempre era toda una labor para mí el levantar la cabeza y verlo a la cara, pero lo hice y me cautivé aún más.

—Primero, no le va a pasar nada a ese animal y, segundo, Barño no es lo único que tienes, Genneva. Lo sabes.

Mi corazón se aceleró con más fuerza.

—¿Estás molesta conmigo? —preguntó finalmente—. ¿Me sobrepasé ayer?

Pese a que los músculos de su cara y todas sus facciones en sí se mantuvieron estoicas ante la pregunta, en sus ojos verdes con halo azul pude ver la necesidad de obtener una respuesta mía ante aquella pregunta.

—No, no te sobrepasaste.

—¿Entonces por qué lloraste? —quiso saber—. ¿Por qué huiste?

—No lo sé.

—No lo sabes.

Negué y mordí mi labio inferior con fuerza.

—¿Fui muy rápido?

—No, Kaydan.

—¿Entonces? —no dije nada y por ello agregó:—. Ya te lo dije antes, Genneva. Ninguno de los dos tiene la pacacidad de adivinar las cosas del otro, por eso mismo, espero siempre sinceridad de tu parte, porque es lo que vas a recibir de mí.

—No quiero que esto arruine nuestra amistad —me obligué a admitir—. No quiero que me dejes de tratar como lo haces, solo por esto y...

Miré mis manos.

—No me lo pediste, entonces no sé qué hacer.

—¿Qué no te pedí?

Sentí el rubor volver a mis mejillas, pero me obligué a hablar con firmeza.

—No me pediste que te satisficiera. Me tocaste e hiciste todas esas cosas y demás, pero no me pediste nada y no soy una caridad, Kaydan. Anoche estaba molesta y celosa, pero...

—¿Quién crees que soy, Genneva? —me interrumpió sin más—. ¿Alguna alma de caridad que se pasa por la vida siendo un desinteresado?

Dio dos pasos hacia mí y tuve que tragarme la necesidad de estremecerme.

—No soy un hombre de favores y mucho menos de noblezas. Todo lo hago por algo y, ¿quién dice que anoche fui totalmente desinteresado? —ladeó levemente la cabeza—. ¿Piensas que no disfruté tener mi cara entre tus lindos y sonrojados muslos, mientras me alimentaba con tu placer?

Los pulmones me fallaron y sentí que iba a darme algo ahí mismo.

—No eres un caso de caridad para mí y, de hecho, soy bastante interesado, ¿quieres saber en qué? —negué, pero no tuvo piedad por mí—. Estoy interesado en arrancar de tu boca la estúpida etiqueta de “mejor amigo” y hacerte nombrarme de otra manera,

mientras vuelvo a llevar mi boca y mi lengua entre tus piernas y te hago rogar y exigir por más. ¿Qué te parece? ¿Demasiado directo?

Iba a matarme.

Él sabía lo que estaba haciendo en mí y, sin embargo, no tuvo piedad.

—Yo amo ser tu mejor amiga —casi tartamudeé.

—Y yo adoro darte placer con mi boca, ¿ves? —se burló de mí—. Estamos en la misma línea. Almas gemelas prácticamente.

—Eres un nefasto.

—Es lo que hay.

Sí, en definitiva, era lo que había y no era como si deseara más, porque él era lo único que realmente me atraía. Lo único que me había permitido querer tener y...

—No me arrepiento realmente —le confesé—. Lo de la madrugada fue diferente —tragué saliva con fuerza—. Fue como una primera vez para mí y...

—Siempre serán primeras veces, Genneva —llevó una mano a mi barbilla y me hizo verlo con más intención a los ojos—. Lo que sucedió en el pasado y todo aquello que haya sido contra tu voluntad, jamás tendrá peso o significado en tu vida, porque sólo lo que desees y pidas por gusto, es lo que representará una primera vez para ti.

La calidez me rodeó y pese a todas las inseguridades que había estado sintiendo y a la pena de lo que él pudiera estar pensando de mí, sonreí y sentí algo bonito.

—Gracias, Kaydan —susurré—. Gracias por todo.

Ambos nos miramos por unos segundos a los ojos y vi una leve suavidad suya dirigida hacia mí, antes de que dijera:

—Acepto tu gratitud, pero, sigo indignado.

Fruncí el ceño.

—¿Tú molesto conmigo?

—Arruinaste la celebración de cumpleaños —dijo como si nada—. Me plantaste por quedarte a vender alas con ese inepto llamado Tom.

—Thomas —corregí.

Me lanzó una mirada dura y tuve que sonreír. No pude evitarlo.

—Solo era un cumpleaños, Kaydan.

—Arruinaste mi celebración de cumpleaños.

—Mi cumpleaños.

—Da igual.

De repente, si me sentí un poco culpable por no haberle dado la posibilidad de explicarse y de haberlo dejado plantado.

—¿Podemos hacer hoy lo que íbamos a hacer ayer? —pregunté y puse una mano en su pecho, tratando de ignorar lo que hacía en mí tocarlo.

Me miró en silencio.

—No obtuve nada especial, podría ser lindo tener algo.

—Eres una manipuladora.

—A tu mejor amiga no se le llama así...

—A mi mejor amiga no, pero a mi nuevo sabor favorito sí.

—¡Kaydan!

Me regaló una descarada sonrisa que me permitió ver el hoyuelo en su mejilla izquierda y, que, al mismo tiempo, me hizo estar muy segura de que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por tenerla siempre.

—Hoy tenía un vuelo, pero, puedo hacer una excepción por ti.

—¿Vuelves a irte? —no oculté la leve decepción.

—Por algunos días, sí —asintió—. Pero, la regla quedó clara.

Sus grandes y firmes manos fueron a mi cintura para traerme más hacia él.

—¿Cuál regla? —pregunté y me quedé sin aliento cuando llevó su boca a la mía y me besó castamente, antes de salpicar otro beso con la misma suavidad en la punta de mi nariz y hacer que las mariposas bailarían dentro de mí.

—No más cenas de negocios con ninguna mujer. Seth se encargará de eso.

No respondí, solo lo miré en silencio.

—¿Es lo que deseabas, no?

Pensé en volver a quedarme callada, pero él agregó: —Tienes que decirme que quieres y que no, Geneva. Las cosas se solucionan hablando.

—No más cenas con mujeres —respondí—. No me gusta verte con ellas.

—Bien —asintió, como si tomar esa decisión no le afectara en lo más mínimo—. Te daré unos minutos para que te organices y después iremos a ver tus regalos de cumpleaños.

Mordí mi labio inferior para no desbordar emoción y asentí, mientras él me daba una última mirada y comenzaba a girarse para irse, pero, cuando lo hizo, tuve que preguntar algo que había sonado en mi cabeza toda la noche.

—Me llamaste vida —susurré—. ¿Por qué?

Se detuvo y se giró para verme con esa firmeza de siempre, antes de simplemente responder con tranquilidad:

—Eres *vida*, Genneva. Eres la *vida* que me hacía falta.

Me enamoré aún más.

Kaydan Von Sclaén era mi primer amor.

**

Llorar no era algo que solía hacer mucho en el pasado, pero desde que había conocido a Kaydan, no era algo que pudiera evitar.

No cuando me llevaba del enojo y los celos, al placer y el deseo y después, sin más, a la sorpresa, la gratitud y... El amor.

O eso creía yo.

Nunca había sentido amor por un hombre, pero estaba segura de que la calidez dentro de mi pecho que me tenía llorando y me hacía querer abrazarlo y besarlo una y otra vez, sólo podría significar aquello.

Sentía por él lo que nunca había llegado a sentir por nadie más.

—¿Estás llorando, Genneva?

—¿Hiciste todo esto para mí? —me giré para verlo, mientras él mantenía dos manos dentro de los bolsillos de su pantalón elegante negro.

—¿Alguien más está cumpliendo años?

—Grosero —susurré.

Sonrió y llevó una mano a mi nuca para acariciarme ahí.

—Solo hago cosas para ti, hada. ¿Para quién más podría llegar a hacer esto?

Estábamos en uno de los grandes jardines acondicionados de su lujoso Penthouse y al llegar ahí, sin más, el aire abandonó mis pulmones y mis ojos se quedaron atrapados en la materialización de lo más hermoso que había visto en mi vida.

—Una casa de flores —susurré.

—Un invernadero —me corrigió suavemente y besó un lado de mi cabeza—. Feliz cumpleaños, vida. Te mereces esto, más y lo tendrás —lo había mirado con ojos llenos de lágrimas—. Apenas estás empezando a vivir realmente tu vida y me encargaré de que sea especial.

—Ya tengo veintiocho y...

—Veintiocho, sí —asintió—. Sigues siendo una pequeña y detestable cosita.

—Kaydan.

—Y todo esto lo hice por generosidad, quien lo construyó necesitaba el empleo y...

Me reí en medio de mis lágrimas y lo besé en la mejilla, antes de girarme y ver de nuevo aquel lugar tan precioso y fantasioso.

El invernadero era una pequeña casa erigida con elegancia en medio del jardín de él. Su estructura, robusta y de un tono oscuro se alzaba de manera imponente pero increíblemente delicada en el centro del lugar, dándole una vista cálida y al mismo tiempo rústica al espacio.

Sus paredes de cristal permitían la vista directa y mágica hacia el interior del sitio, el cual extendía hacia el exterior la luz dorada de las bombillas que colgaban del techo como estrellas fugaces y hacían que el resplandor cayera sobre la silueta de las plantas y flores que habían sido plantadas ahí adentro, creando un camino que parecía casi un santuario o probablemente lo era.

Ver todas las flores de diferentes tipos de colores, mientras procesaba el hecho de en secreto él había mandado a construir aquello para mi cumpleaños fue algo que me llevó a una epifanía.

Observar las flores, el cristal y la promesa de nueva vida floreciendo me reveló aún más la epifanía de mi vida y transformó las dudas en aciertos, porque ya no había nada que sopesar, era una realidad.

Me había enamorado de Kaydan, pero, más allá de eso. Yo amaba a Kaydan.

Lo amaba y no me iba a arrepentir jamás de eso. Nunca sucedería.

—Lo amo —dije y sonreí—. ¿Puedo entrar a ver todas las flores?

—Es tuyo, puedes hacer lo que gustes sin pedir permiso —respondió—. Eso sí, tendrás que venir todos los días a regar tus flores y a hacerte cargo de mantener todo vivo.

Asentí, feliz.

—¿Planeaste construir esto aquí en tu casa para tener mi visita más seguido, verdad?
—bromeé.

La diversión llenó su mirada.

—Eso es muy psicópata, Genneva, ¿por quién me tomas?

Me reí de nuevo y tomando su mano comencé a tirar de esta para llevarlo hacia la entrada del invernadero, pegó su voz me detuvo.

—Espera, me falta algo.

—¿Uhm?

Me giré para verlo, justo cuando él se alejaba por unos minutos de mí y volvía al interior de su casa y, al salir, lo hizo trayendo consigo una pequeña caja.

—Esto es tuyo —dijo ahora con seriedad—. Merecías tenerlo de regreso.

Lo miré sin saber de qué estaba hablando y cuando abrí la caja, el mundo se detuvo.

—Kaydan... ¿Cómo la recuperaste?

—Un pequeño negocio —dijo sin más—. Pero es tuyo.

Asentí y un sonido lastimero salió de mí, justo cuando metí la mano en la caja y extraje de aquella la carta rota -ahora levemente armada- que Juls me había dejado antes de morir y su madre destruyó.

Pero eso no era todo, en el interior de la caja había tres fotografías de la pequeña, dos de sus peluches favoritos y sus crayolas favoritas.

—Oh —sollocé y apreté la caja contra mi pecho—. G-gracias, Kaydan.

—Traté de unir los trozos de la carta tan correcto como fue posible —dijo y estiró la mano para secar mis lágrimas—. Hay algunas partes mojadas que se ven borrosas, pero se logrará leer. La leerás.

—Yo no sé leer... —lloré.

—Lo harás —fue amable y cuidadoso, mientras metía un mechón rubio de mi cabello detrás de mi oreja—. Voy a ayudarte y cuando la leas, verás que nada te queda grande a ti, Geneva. Tú eres lo grande.

Lo abracé de nuevo y pese a mi llanto y tristeza por no tener a Julieth, también estuve muy feliz por tenerlo a él.

Al hombre que amaba y el único lugar seguro que existía en la tierra. Porque quizás era muy pronto para decir que amaba al hombre que contrataron para asesinarme, pero, por primera vez en la vida, no me sentí conflictuada por tener algo.

Yo me merecía a Kaydan Von Sclaén.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 46.

46

Kaydan.

Vértize era el imperio que Christian imaginó y yo realicé.

Un reino que movía cientos de miles de millones de dólares a la semana y era solicitado por todo tipo de millonarios: Políticos, magnates, mafiosos, etc...

Un mundo repleto de asesinos a sueldo y hackers, los cuales, al final de cuentas, todos servían por y para mí. Yo tenía el mando completo de aquel turbio mundo de

asesinatos y sería de aquella manera hasta que fuese asesinado y alguien usurpara mi lugar, ya que me negaba a dejar descendencia para heredar y llevar aquel purgatorio.

Pero, aún faltaba mucho para que alguien lograra deshacerse de mí. No había nacido el primero y, debido a ello, seguía manteniendo rienda firme sobre el lugar y toda la maldad y codicia que lo rodeaba.

Mi visita a Vértize siempre era producto de tensión y silencio en aquel mundo que yo mantenía en las sombras. Un mundo que no quedaba a las afueras de Londres o de otro sitio. Era un reino debajo de otro reino y todo aquel me pertenecía.

Vértize era tan gigante y extenso, que cuando Christian me habló de la necesidad de tener un mundo que no pudiera ser visto, siempre hablábamos de las sombras, la profundidad y una tapadera inexpugnable que camuflara la existencia de una bestia tan atroz como lo era ese mundo.

Vértize estaba a los ojos de todo el Reino Unido o no, corrección. Vértize se hallaba a los pies de todo Londres y nadie que yo no deseara lo sabía y si lo hacía, ya no se encontraba vivo.

Ya era comida para gusanos.

Eran alrededor de las dos de la mañana y yo estaba sobrevolando en un helicóptero por encima del parque regional de Lee Valley. Todo estaba demasiado oscuro y silencioso en la línea enorme que se extendía por 42 km por encima de la planicie de los ríos Lea y Stort. El parque regional era una de las zonas verdes y urbanas más grandes de Europa, con más de diez mil acres.

Era todo un mundo verde para ver por encima, pero solo pocos sabían que existía realmente un reino perverso y sangriento por debajo, ya que Vértize se extendía como una cicatriz interna de más de ochocientas hectáreas, que era como un monstruo de hormigón y acero que estaba incrustado en la profundidad del parque de Inglaterra, a kilómetros de la civilización.

La base central de la organización contaba solo con unas tres entradas y una de ellas era por helicóptero y la otra por debajo de una de las reservas naturales que estaba situada y rodeada por un lago también artificial y, la última, solo la conocía yo y seguiría siendo así para siempre.

No pude dejar de pensar en este sitio como un gran dragón que se podía manejar, pero sólo por un rey. De alguna u otra manera podría parecer bastante egocéntrico, pero mientras continuaba viendo el parque desde la altura y mi aliento empañaba el cristal blindado del helicóptero, supe que jamás arriesgaría el mundo que había debajo de la vasta alfombra verde y azul.

—El descenso ha iniciado, señor —me informó el piloto—. Coordinadas vistas.

A sentí en silencio sin apartar los ojos del cristal, sabiendo que él era uno de los únicos pilotos que podía aterrizar en la base que no era visible ni en los mapas satelitales, ni

en paseos dominicales, ya que lo que existía a cientos de metros bajo tierra era un perímetro constante de seguridad y aislamiento.

Mientras el helicóptero bajaba, vi como la ciudad de edificios de hormigón y tuberías sobresalientes le daban un aspecto futurista a todo, mientras el piloto se deslizaba hacia una zona boscosa en uno de los lagos artificiales y comenzaba a deslizarse hacia una rampa hidráulica que no emitía ruido y que era lo suficientemente discreta para que se pensara que era una grieta natural y no la entrada a ese mundo de hierro, disciplina y sangre.

Aterrizamos con firmeza sobre una plataforma de titanio negro, la cual estaba rebasada por altos tropes de tierra y una vez estuvimos ahí, de manera inmediata, de entre las piedras, surgió unas fauces de hierro en forma de ascensor la cual leyó nuestros ojos y tras un segundo de reconocimiento facial, nos dio el acceso para entrar a mi mundo.

El ascensor descendió hacia las profundidades a una velocidad tétrica, mientras que por encima de nosotros escuchábamos cómo se cerraba de nuevo la entrada como si de una tumba de cientos de hectáreas se tratase.

El aire ahí adentro era filtrado y tenía un leve aroma a metal. Cuando el ascensor se detuvo en el piso más bajo del lugar y las puertas se abrieron, los pasillos principales rodeados con paredes de acero pulido e iluminados con luz blanca y fría que eliminaban cualquier sombra que pudiera estar acechando, nos dieron la bienvenida, mientras se escuchaba el eco distante de pasos.

Vértize era un edificio con más de treinta pisos. En el último de todos, literalmente en el centro del infierno, se hallaba mi oficina y el sitio desde donde veía y escuchaba todo, de todos.

La vida principal de aquel condominio eran cada uno de los pisos que tenía y las áreas que desenvolvían. Por encima de mí habían salas de reuniones y tácticas, cámaras de entrenamiento, salas de descanso para los que no tenían permitido salir del lugar, los simuladores de entorno y terror real, campos de tiro, laberintos de láser rojo, salas de reacción y estrés, salas de tortura psicológica y límite maquiavélico, túneles inundados que servían para desarrollar simulaciones de misiones, las bóvedas de desechos que eran donde traíamos a nuestros enemigos y usábamos técnicas de torturas para ver cuáles eran más falibles y después los dejábamos ahí para alimentar a las ratas, las cárceles de barroco en donde llevaba a cabo mi tortura favorita con quienes me negaba a dejar ir muy rápido, la salas de claustrofobia y asfixia que las usaba como trampa de presión para los soldados que no daban lo mejor de sí, salas con las mejor tecnología existente y así podía seguir enumerando lo que componía la monstruosidad y maravilla ingeniera que era Vértize.

—Puedes retirarte —le dije al capitán cuando comencé a dirigirme hacia la zona de receptores especializados que me permitían entrar a mi espacio—. Hoy no saldré de aquí.

—Si, señor.

Vértize tenía una seguridad impecable que impedía que alguien saliera de las instalaciones sin ser vistos, pero, mejor aún, nadie entraba, de igual manera, sin ser visto y si alguno intentaba hacerlo -era porque sabía el secreto de mi mundo- y lo dejábamos. Le permitíamos entrar y, después de eso, nunca jamás volvían a ver rastros del sol.

Alrededor de las hectáreas también se había implantado lo que parecía ser extensos campos naturales para entrenamiento y todo esto estaba rodeado por más de quinientos hombres armados, los cuales eran como halcones que jamás despidaban nada.

Llegué al panel de seguridad de todo mi piso y puse la contraseña, luego mi huella y, un segundo después, las puertas de cristal blindado se abrieron y me dieron paso a un interior esterilizado que mantenía un leve zumbido eléctrico por el pulso constante de todas las máquinas que había alrededor. Un gran escritorio repleto de computadores se extendía como la sala de control principal mía, mientras que en las paredes bailaban hologramas flotantes que mostraban la imagen de todos los mapas del mundo en 3D y al mismo tiempo, estos filtraban los datos de las actividades de mis agentes que estaban en alguna misión y yo podía rastrearlos por medio de los códigos y GPS que cada uno de ellos tenían en sus nucas.

Desabotoné y quité mi garbarnida negra, después la chaqueta elegante que traía encima y por último los guantes de cuero que impedían que tocara cosas sucias que no debía tocar. Tomé mi teléfono para ver la hora y cuando me aseguré también de que no tenía ninguna llamada perdida de ella, de mi rubia, me uní a la computadora madre de mi oficina y comencé a abrir las decenas de operadores con interfaces que me permitían ver el flujo de información a una velocidad que era casi imposible, pero yo la tenía.

Tomé el radio satelital y encendiéndolo, solo dije:

—Quiero a Seth y a Brandie en mi oficina.

Esperé a que ellos llegaran y, mientras eso sucedía, llamé a Krepto para saber que estaba sucediendo con Genneva.

—Está haciendo lo mismo de siempre —respondió con frialdad—. Vendiendo alas de pollo y papas.

Había una parte de mí que constantemente necesitaba la acción y rapidez de Krepto en ciertas cuestiones, pero aún continuaba sin perdonarle la mierda que le había hecho a Genneva.

Probablemente jamás se lo perdonaría.

—¿Cómo ha estado hoy?

—Bien.

—Expláyate.

—Bien, ha estado muy bien.

—Voy a cortarte la lengua si sigues omitiendo las órdenes.

—Ha estado muy bien, señor —la molestia llenó su voz—. Ya casi va a terminar su turno, ha estado más sonriente de lo normal y si ha ofrecido a ayudar a su amigo de cocina a terminar las salsas de acompañamiento.

No me gustaba ese imbécil y lo cercano que se estaba haciendo a ella.

—No es su amigo —fue lo que dije de manera tajante.

—Creo que escuché a ella llamarlo así.

Iba a arrancarle la cabeza a alguien.

—Mantén tus ojos sobre ese bastardo del Tom y dime cualquier cosa que suceda.

—Se llama Thomas.

Colgué la llamada sin decir nada más, sintiendo como el malhumor iba haciendo estragos dentro de mí

Hacía tres días atrás había tenido a Genneva conmigo celebrando su cumpleaños y luego de qué le hubiese dado el invernadero -el cual hice construir en mi propio lugar para poder tenerla a ella todos los días ahí- sí, así de obsesionado estaba. También le di algunos objetos de la niña que ella tanto amaba, los cuales fueron entregados por Dakota, la esposa de Darwyn.

Ese era un acuerdo al cual había llegado, mediante a una promesa que hice y claramente no pensaba cumplir, ya que jamás respetaría acuerdos con personas que le hicieron daño a ella.

Mi ella.

Pero, Genneva estuvo feliz. Me sonrió mientras veía su invernadero, sonrió mientras me abrazaba y después veía las fotos de la pequeña y cuando la llevé a cenar a un hermoso restaurante al sur de la ciudad, fue más feliz y me besó.

Lo hizo como si ese condenado beso no jodiera cada molécula de mi cuerpo y me hiciera recordar lo bien que se había sentido el llevar mi boca a su cuerpo y saborearla de una manera que no podría olvidar ni en cien siglos.

Tampoco quería hacerlo.

No quería arrancar de mi mente los sonidos que había hecho cuando la saboreé. La forma como sus pequeños y delgados dedos tiraron de mi cabello, mientras susurraba mi nombre con desespero y necesidad.

Ella me había necesitado y yo quería hacer todo lo posible por demostrarle que yo no era una necesidad para ella, porque siempre iba a estar.

—Señor —me saludó Brandie cuando entró a la oficina, seguido por Seth, el cual me dio un seco asentimiento—. Todo está listo, pero, antes de eso, todos los rangos están arriba formados esperándolo para su recibimiento.

—Será después.

—Entonces, la videollamada está a dos minutos de iniciar.

Asentí, obligándome a alejar los pensamientos de la rubia de ojos plata que estaba trabajando en un tonto bar.

—Es un canalla cobarde —fue todo lo que dije—. No aceptó una reunión presencial.

—Claramente no lo haría —respondió Seth—. No se va a exponer a que lo asesines sin más.

Enarqué una ceja.

—Es un narcotraficante de alto nivel, ¿tanto miedo tiene?

Seth no respondió, pero ambos sabíamos que el poder del otro no sería un impedimento para mí.

—¿A qué horas nos vamos mañana? —me preguntó, tomando asiento sin mi permiso y Brandie frunció el ceño.

—Seis de la mañana —lo miré sin parpadear.

—Muy temprano para ir a joder a Nigeria.

—Que suerte que solo sigas órdenes y no se te permita opinar.

El hijo de puta me lanzó una mirada divertida, pero antes de que dijera algo, a la base de datos llegó la notificación de una videollamada entrante.

Bien.

—La reunión no puede durar más de tres minutos y medio, señor —me recordó Brandie.

—Lo sé.

Sin más y sin querer perder más tiempo, respondí la llamada y un segundo después, una pantalla externa se abrió y apareció la imagen en vivo del hijo de puta que quería joder hasta la ruina.

Jhonsson Becler.

—Kaydan Von Sclaén —dijo con una sonrisa presuntuosa en los labios, mientras él también me veía desde el otro lado—. Todo un gusto poder conocerte finalmente, colega.

Lo observé por unos segundos sin decir nada, mientras su mirada azul se llenaba de más ociosidad.

—Debo decir que he escuchado muchas ti, pero, siendo sincero, solo hay una que me llamó la atención.

Tampoco respondí.

—Tu primo, tú y yo tenemos algo en común —la sonrisa se ensanchó—. Nos gustan el mismo tipo de mujeres. La única diferencia es que, bueno, ¿cómo decirlo? Yo la estrené, ¿entiendes eso?

—No, la verdad es que no —mi voz fue serena, fría—. ¿Vas a explicármelo?

Soltó una carcajada.

—No te hagas, ya sé que andas con mi Genneva.

—Tu Genneva —repetí.

—Siendo sincero, no me importa que la tengas, ella no es tan... Divertida, ¿comprendes? —suspiró—. Ni una sola emoción tiene esa perra, es demasiado amarga para mí.

Quizás había sido buena idea el no tenerlo frente a mí. Habría sido impulsivo por primera vez en la vida y le habría arrancado los ojos y la lengua con mis propias manos.

—Pero tengo empatía con Darwyn, ¿cómo vas a quitarle a la mujer?

—De eso sabes mucho aparentemente —fue mi respuesta—. Después de todo, Nina Blinder parece escurrirse de tus manos siempre.

La sonrisa dejó su estúpido rostro.

—Primero se casó con tu hermano Harry y ahora está embarazada de Vlader Novikov.

Pude ver el momento exacto cuando mi confesión lo golpeó.

—¿Qué acabas de decir?

Enarqué una ceja.

—Pero bueno, no vine aquí a hablar de mujeres —establecí—. Quería darte dos noticias.

—¿Nina está embarazada? —volvió a preguntar, rojo de la ira.

Ignoré la pregunta y oprimiendo un botón, en la pantalla de ambos se comenzó a cargar una red de datos en donde se mostraba todo tipo de información privada de la mafia inglesa y acuerdos que tenían a nivel nacional e internacional.

—Deberías tener más cuidado con la información que guardas en tu computadora —dije—. Cualquiera podría extraerla.

Se quedó estático, mientras leía lo que se iba mostrando en la pantalla.

—¿Te imaginas que sucedería en donde Rusia descubra tus acuerdos con sus enemigos?

—¿De dónde sacaste eso? —espetó.

—Ya te dije, de tu computadora.

Hackear una computadora y encriptar sus datos no era nada del otro mundo y me había tomado el tiempo de extraer todo lo que pudiera llevar a ese bastardo a la ruina.

—¿Qué quieres? —preguntó inmediatamente—. ¿Qué quieres a cambio de esa información?

Fue mi turno de sonreír. Las comisuras de mis labios se curvaron con maldad.

—No tienes nada que pueda interesarme, Jhonsson Becler —fue mi respuesta—. ¿Lo que quiero? Ya lo tengo.

—No deseas una guerra conmigo.

—Ah, no, yo no voy a tenerla directamente contigo, no pierdo mi tiempo en banalidades.

—¿Qué significa eso?

—Prepárate, Jhonsson —respondí—. Prepárate para ver cómo hago que tu imperio se voltee contra ti mismo y como me complazco haciendo que dejes de ser un rey en tu propio reino.

—¿Y crees que con solo información harás eso?

Levanté mi mano para mirar el reloj en mi muñeca y sabiendo que el tiempo había llegado, respondí:

—Ya te dije, yo no haré nada, para eso tengo a tu primo Rublen Becler —chasqueé—. Lo tengo a él y a cientos de hombres que ahora se están moviendo bajo mi nombre, con mi dinero y por tu cabeza.

—No es verdad.

Miré de nuevo el reloj y cuando la manecilla marcó las tres en punto, lo volví a mirar.

—Sí, observa como comienza el espectáculo.

Justo en ese instante, se escuchó una fuerte detonación viniendo desde el lado de la llamada del asqueroso bastardo y con rostro pálido y poniéndose rápidamente de pie, miró a todas partes desorientado por unos segundos, antes de que las puertas de su oficina se abrieran y entraran sus hombres diciéndole que debían marcharse de prisa, que había una emboscada.

—Corre, escóndete —siseé, la voz convertida en un filo helado—. Escóndete como la rata cobarde y abusadora que eres, y mientras te arrastras por las sombras, graba este nombre a fuego en tu insignificante cerebro: Genneva.

Su pecho se infló y se desinfló con fuerza, mientras al fondo sus hombres continuaban pidiéndole que saliera de la oficina.

—Genneva es, y será la muesca en tu lápida, la caída de tu miserable imperio — enfaticé y volvió a haber otra detonación—. Puede que ella no te asesine con sus propias manos, pero esto es a su nombre y lo que una vez creíste tuyo, ahora me pertenece por derecho de conquista. Y voy a entregárselo a tu primo a cambio de tu miserable cabeza... una ornamentación perfecta para mi trono.

—¿Todo esto es por esa puta?

—Todo esto es por esa reina.

La llamada se cortó con otro temblor y gritos, y lo sabía. Ya tenía a Dakota, estaba exterminando a Jhonsson, iba a ir por Gidez y solo me faltaban tres más: Bennet, Becob y Darwyn.

—Llama a Alesso Di'Carper y dile que tengo intención de negocios con él —le dije a Brandie—. Dile que poseo información sobre su esposa que le podría interesar.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 47.

47

Genneva.

Abril estaba siendo un mes demasiado húmedo en Londres.

Pese a que la primavera ya estaba en la puerta y se suponía que el frío debía de irse, la lluvia jamás se detuvo y en las noches, mientras estaba trabajando en el bar hasta la madrugada, ponía ver por la ventana de la cocina como la fuerte tormenta emparamaba las calles oscuras y estrechas de ese lado de la ciudad.

Abril estaba siendo frío, pero no necesariamente malo. Era un buen mes.

Pese a que Kaydan llevaba más de una semana y media de viaje y ya comenzaba a extrañarlo, me llamaba todos los días en la mañana y hablaba conmigo al menos media hora. Después, luego de que yo terminaba mi trabajo, solía llamarlo en la madrugada y normalmente respondía a menos que estuviera muy ocupado y eso ahora lo entendía.

Lo hacía, pero me hallaba extrañándolo más y más. Tanto, que había tomado la costumbre de contar las horas que faltaban para verlo y mientras eso ocurría, me pregunté si algo más sucedería entre nosotros. Me cuestioné si habría más besos y... Más caricias.

Sí, quería que me tocara de nuevo. Necesitaba que volviera a encenderme de aquella manera que solo él podía, porque si antes me había sentido ajena en mi cuerpo, con él, con Kaydan, me sentía como la dueña de mi misma y por eso lo quería de regreso.

Por eso lo quería para mí, besándome y...

—¿Estás bien? —escuché una voz detrás de mí y, cuando me giré, me encontré con Yeimy, una de las meseras—. Te ves algo sonrojada, quizás tengas fiebre.

El bar ya estaba totalmente vacío y yo estaba terminando de limpiar mi estación para cambiarme la ropa y finalmente irme a casa o más bien a la casa de Kaydan, ya que, en su ausencia, me había sugerido que me quedara en su lugar con Barío para así, estar pendiente de mi invernadero.

—¿Estás seguro de que me quieres tener aquí sola en tu casa?

—¿Planeas robarme algo, hada?

—Jamás he robado —había sido mi respuesta.

—Aburrido, un día de estos te muestro lo divertido que puede ser arruinar a otros robándoles.

Un sonido bajo había salido de mí.

—No seas nefasto, Kaydan —fue mi respuesta—. Robar es malo.

—Malo es lo que hay en mi mente cada que veo tu boca y recuerdo lo bueno que fue arrodillarme por primera vez en la vida y aquello haya sido ante ti.

El rubor había subido inmediatamente por mi rostro y no había podido evitar pensar en cuanto quería que realmente hiciera aquello y como si él pudiera leer mi mente, en ese instante, sólo había curvado levemente los labios y había respondido: —Cuando lo desees, pídemelo, Genneva. Pídeme que vuelva a darte placer.

No había pedido nada. Algo dentro de mí se había sentido cohibida al atreverme y decirle directamente que lo quería de nuevo conmigo, pero ahora que estaba lejos y lo necesitaba tanto, había tomado la decisión de qué cuando volviera lo haría.

Tomaría la iniciativa.

Quería hacerlo y, sobre todo, quería aprender con él y de él. Quería más de Kaydan.

—Estoy bien —le respondí a Yeimy y seguí limpiando la cocina—. Solo algo acalorada.

—Oh, entiendo —ella suspiró y se quedó a mi lado—. ¿Ya casi te vas, no?

—Sí.

—Oye y... —la miré y ella me regaló una tímida sonrisa—. ¿Crees que tu amigo venga hoy por ti?

Abrí la boca y la volví a cerrar, mientras sentía algo molesto enrollarse dentro de mí.

—Sé qué me dijiste que es tu amigo y no quiero sonar como una acosadora, pero...
¿Crees que podría llegar a ser su tipo?

—Definitivamente no —dije y no lo pensé.

—¿Disculpa?

—No por ti —corregí con firmeza—. Es solo que él tiene otro tipo.

—¿Otro tipo de qué? —frunció el ceño—. Pensé que yo era el tipo de mujer para todo hombre y... ¡Oh! —me miró con ojos muy abiertos—. No me digas, no me digas... ¿Es gay?

Supe que tenía que desmentir aquello, tendría que hacerlo y simplemente dejarle en claro que no estaba cómoda con la idea de que se acercara a mi mejor amigo, pero no dije nada.

—Dios, no, qué desperdicio —se quejó y manoteó—. Ya decía yo que tanta perfección en un solo hombre no podía ser posible y ahora lo entiendo, tira para el otro bando.

Continué limpiando en silencio, mientras ella se quejaba y me decía que había estado segura de qué él le había regalado un par de miradas y que había química ahí, pero que, si le gustaban los hombres, claro estaba que no podría luchar contra eso.

—¿Crees que lo puedo hacer cambiar de parecer? —insistió, cuando yo terminé la limpieza y comencé a caminar hacia los pasillos que iban directo al baño—. Quizás si soy muy buena en...

Nunca en la vida había sentido celos y ahora que estaba en una etapa de mi vida en donde estos habían llegado y no sabía cómo controlarlos, tampoco sabía cómo mantener cerrada mi boca y sin pensar en las consecuencias, me detuve, la miré y dije:

—¿Has visto al otro hombre que viene aquí a recogerme y siempre está conmigo?

—¿El alto amargado?

—Sí, Krepto.

—¿Qué pasa con él?

—Es su novio.

Ella me miró y parpadeó.

—¿Qué?

—Es mi primo y el novio de mi mejor amigo, por eso, siendo sincera, no me siento cómoda con la idea de que te estés sugiriendo a Kaydan. Ellos tienen una linda relación y no quiero que nadie la estropee.

—¡Ay, Dios! ¡Genneva! —jadeó—. Perdóname, no tenía idea de qué era la pareja de tu primo o algo por el estilo. No quiero verme como una perra daña relaciones y...
Olvídalo, ¿sí? —pidió—. Olvida todo lo que te acabo de decir.

—Seguro —asentí—. Olvidado.

Ella volvió a pedirme disculpas, mientras se marchaba rápidamente por donde habíamos venido y pese a que una parte de mí me recriminó lo inmaduro que había sido mi comportamiento y las palabras falsas dichas, por otra parte, sentí esa necesidad abrumadora por recordarme a mí misma que era mía.

Era mi mejor amigo, era el hombre del cual estaba enamorada y no quería a nadie cerca. No quería que nadie me lo quitara y pese a que el rubio ya me había dicho en varias ocasiones que yo era única y jamás debía preocuparme por otra mujer, seguía existiendo una parte sincera de mí que no pasaba por alto que detrás de él había mujeres más bonitas y más interesantes que una analfabeta con un trágico pasado.

—No empieces —me dije en voz baja, mientras me cambiaba el uniforme por ropa casual y soltaba por fin mi cabello—. Él quiere estar contigo. Él no quiere a otras.

Comencé a repetirme aquello una y otra vez, mientras me miraba en el espejo y mis ojos color plata se ilusionaban ante esas palabras que él mismo me había dicho y yo me estaba obligando a creer.

Estaba tan centrada en mi manifestación, que me asusté un poco cuando un mensaje de voz me llegó al teléfono y por un momento pensé que era Kaydan, ya qué hacía días había cambiado mi número por uno nuevo para evitar que recibiera más mensajes. Sin embargo; cuando reproduje el audio, era la misma voz robótica de semanas atrás.

—Llegó a tu sangre en forma de venganza y odio desmedido y arde en tus venas como un fuego dormido. Imploraste piedad y creíste encontrar bondad, pero en la adicción sólo quedará la llegada a tu infierno personal.

Estaba segura de que repetí el audio más de cinco veces, mientras mi ceño se fruncía y no entendía nada de lo que estaba escuchando porque todo sonaba como una locura para mí.

Frustrada y cansada de aquel juego que venía por parte de la persona que estaba detrás de esto, intenté regresar la llamada al número que me estaba enviando los mensajes, pero fue imposible porque de manera inmediata salió que la línea ya no estaba en función.

—¿Qué es esto? —pregunté, escuchando el audio de nuevo—. ¿Es una broma?

Pensé en reenviarle el audio inmediatamente a Kaydan, pero tampoco deseaba ser pesada o distraerlo de sus propios asuntos y fue por ello que tomé la decisión de qué lo hablaría cuando él volviera.

Tomé la decisión de darle tiempo al tiempo, pero, al parecer, tiempo si había, pero no precisamente para mí.

**

—¿Qué haces? —me gruñó Krepto, cuando íbamos de regreso hacia el penthouse de Kaydan en medio de la madrugada.

—Contar mi pago y las propinas —respondí, mientras metía la mitad de mi dinero ganado en un sobre.

Él iba conduciendo y normalmente yo siempre me sentaba en las sillas de atrás, pero aquella madrugada no quería irme sola y por eso me senté en la silla del copiloto.

—¿Y para que la guardas en ese sobre?

—Es el pago de Kaydan —expliqué y lo miré—. Pago arriendo por la casa.

—¿Cuál casa? ¿Dónde vives? —era la primera vez que hablaba tanto conmigo.

—Ajá.

—Se supone que la casa es tuya, ¿por qué pagarías alquiler?

—No es mía, Kaydan la alquiló para mí.

Se giró a verme con molestia y abrió la boca para decir algo, pero después volvió a cerrarla y no dijo nada más.

Una parte de mí, una muy al fondo, no detestaba a Krepto. De hecho, estaba segura de que era uno de los hombres más leales a Kaydan y fue por ello que dije:

—Lamento que te hayan corrido de tu puesto por mi culpa, aunque, siendo justa, también es tu culpa.

No respondió.

—No me agradas del todo, pero, no quería que te destituyeran.

—No necesito tu disculpa.

—Pues la tienes.

Ambos guardamos silencio por un momento y él continuó conduciendo, mientras yo veía como las gotas de agua emparamaban el cristal y pensé que no se diría nada más, hasta que agregó con el mismo malhumor:

—Te he observado y no lo eres.

—¿Qué cosa?

— No eres una cazafortuna, usurpadora y mantenida —respondió a regañadientes—. Me desagradas, pero eres diferente a otras mujeres que le he conocido a Kaydan y...

—¿Has conocido muchas de esas? —tuve que preguntar.

—¿Qué?

—¿Le has conocido muchas mujeres a Kaydan?

Frunció el ceño ante mi pregunta y la ignoró.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un “no es asunto tuyo”

Suspiré y terminé de organizar el dinero que era para Kaydan y luego separé lo que estaba destinado para mi gato y lo poquito que me quedaba, lo iba a utilizar para comprarme algo de ropa nueva. Me negaba a que Kaydan se hiciera cargo de eso una vez más.

—¿Por qué no dejas que él te pague todo? —me preguntó el amargado cuando estábamos a nada de llegar al edificio de Kaydan.

—¿Por qué dejaría que hiciera eso?

—Porque tiene con qué y a las mujeres les encanta ser consentidas.

—Me gusta ser consentida, lo descubrí con él —admití—. Pero con otros también entendí la importancia de ser independiente y nunca tuve la oportunidad de demostrarlo, Krepto.

—¿Demostrar qué cosa?

—Que soy un desastre, pero yo también puedo —miré al frente—. También puedo salir adelante y lo haré. Lo haré así deba vender alitas fritas toda la vida.

Esa madrugada al llegar al penthouse me hice cargo de limpiar los desastres de Barío y una vez terminé, tomé una larga ducha y estaba tan exhausta que siquiera pensé en comer y, por el contrario, solo quise dormir.

Dormir en la cama de él.

Era un secreto, solo yo sabía que estaba durmiendo en su cama y jamás se lo diría. Me sentía como una obsesiva que se acostaba entre sus sábanas y apretando el rostro contra su almohada, aspiraba ese aroma varonil y característico que siempre traía encima y me hacía apretar los muslos al recordar sus besos y demás.

—Tiene que ser un secreto que te dejé dormir aquí en su cama —le dije a Barío, mientras me reía—. Ya sabes cómo es de neurasténico, dirá que llenaste todo de pulgas.

El gato negro se acostó y comenzó a lamerse las patas.

—Dice que te odia, pero le importas —añadí—. Antes de irse dejó mucho pollo para ti, trata de no ignorarlo la próxima vez que vuelva o hará un drama.

Barío me ignoró y yo suspiré, mientras lo acariciaba y me quedaba dormida con su calidez alrededor de mí y todo pareció perfecto, pero mis sueños no fueron de aquella manera, ya que soñé con audios en donde me decían palabras robóticas que no entendía y, por otra parte, soñé con ella.

Soñé con Nina y con la carta que Becob me envió sobre ella cuando estuve lejos de casa a los dieciocho años, embarazada y creyendo que iba a casarme con un buen hombre.

La carta que rompió mi corazón en dos y pese a que intenté recordarla y leerla en mi sueño, no pude encontrar las palabras. No pude hacer otra cosa que gritar y llorar al saber que le había fallado a ella y siendo una total inútil, sellé su destino.

Un destino igual o peor al mío.

**

—Genneva —me saludó Kaydan alrededor de las nueve de la mañana cuando me llamó por videollamada—. ¿Dormiste mal?

Negué y bostecé un poco, mientras ponía el teléfono encima de la mesa y me sentaba.

—Te ves fatal.

—Ah, que amable —respondí—. Justo eso se le dice a una amiga.

—Es lo que hay.

No pude leer bien el lugar en donde él estaba. Solo sabía que todo estaba un poco oscuro y se escuchaba eco.

—¿Vas a volver pronto? —pregunté.

—Sí —miró el reloj en su muñeca y supe que no teníamos mucho tiempo para hablar—. Anoche me ocupé, por eso no llamé.

—Está bien, entiendo.

Asintió y ambos nos quedamos en silencio por un instante, antes de que dijera: —No lo he dicho y en cierta manera en un poco generoso de mi parte decirlo ahora, pero, te he echado de menos.

Una gran sonrisa creció en mis labios y mi corazón saltó con fuerza dentro de mi pecho.

—Ahora, no todo es lindo —siguió—. Asegúrate de que tu feo gato no arruine el cuero de mis sillas con sus garras.

—Pensé que también era tu gato.

—Me pasé de generoso diciendo eso.

Solté una carcajada y los labios de él se curvaron un poco.

—Yo también te extraño, Kaykay.

—¿Ah, sí?

—Uhm.

—Me extrañarías menos si vivieras conmigo, pero te gusta ser una envidiosa.

Jadeé.

—¿Eso es ser envidiosa?

—Bastante, diría yo.

Entrecerré los ojos e intenté no llevarle la contraria porque difícilmente podía hallarle sentido a la manera como él pensaba.

—Hablando de todo, te han llegado tres correos de los mismos —le dije y me puse de pie para tomar los sobres blancos con sellos rojos que me entregó el portero—. Son tuyos.

Volví a la mesa con los sobres y se los enseñé.

—Debe de ser importante porque son los mismos.

Kaydan se quedó estático por unos segundos mientras le mostraba las tres cartas o lo que sea que fuese. Siendo sincera, no entendía que eran o de dónde venían, porque en el exterior solo tenía unas cuantas letras pequeñas en la parte trasera del sobre, pero claramente no las pude leer.

—¿Quién te dio eso? —preguntó casualmente.

—El portero —respondí—. Dijo que llevaban días ahí y que justo ayer llegó otro sobre de los mismo.

Asintió y no respondió.

—¿Es algo importante? —pregunté con curiosidad—. ¿Quieres que se lo dé a Krepto o...?

—No es nada del otro mundo, cosas de la empresa —explicó—. Impuesto probablememente.

Miré de nuevo el sobre y asentí.

—¿Quieres que lo abra y te envíe fotos?

—No es necesario.

—Oh, seguro, entonces lo guardaré para cuando vengas, ¿sí?

Pareció querer decir algo, pero terminó asintiendo.

—Sí, Genneva. Gracias —sentí de repente el cambio en él—. Debo irme, pero te llamo apenas sea posible.

—Sí...

—Bien, adiós.

Cortó la llamada sin decir algo más y yo suspiré, justo cuando la puerta principal sonó y supe que era Krepto, ya que había quedado en recogerme para llevarme a hacer unas compras.

—Dame cinco minutos me cambio —le dije, dejándolo pasar—. Vuelvo enseguida.

No lo dejé responder, corrí rápidamente hacia la habitación de invitados en donde tenía mis pertenencias y poniéndome algo cómodo pero abrigado, me preparé para ir a las tiendas del centro de la ciudad. Cuando volví con el otro, lo encontré con uno de los sobres que le había mostrado antes al rubio.

—¿Y esto? —me preguntó, mirándome—. ¿Quién te los dio?

—Ah, son impuestos —le dije, amarrando mi cabello en una coleta alta.

—¿Impuestos? —su ceño se frunció—. ¿En dónde dice eso?

—Uhm, no sé leer —sentí el rubor subir a mi rostro, pero me mantuve firme—. Kaydan dijo que eran de la empresa o algo así. ¿Por qué?

Algo zurcó la mirada de él, antes de dejar el sobre encima de la mesa y responder con voz firme:

—Por nada —negó—. Sí, seguro. Son impuestos...

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 48.

48

Kaydan.

Noreste — Desierto del Sahel.

Nos tomó alrededor de diecisiete horas llegar hasta Nigeria y transitar desde Borno hasta los lares retirados y retraídos del desierto Sahel.

El lugar era una inmensa zona remota y árida, la cual tenía muy poca infraestructura y gracias a la investigación exhausta que hice, entendía que era el corazón del campamento secreto que ahora tenía Gidez. Un campamento que estaba rodeado a varios cientos de kilómetros por hombres armados que utilizaban el poco follaje y el revuelto de las arenas agresivas para no ser vistos o detectados.

Llegar ahí era descubrir cientos de kilómetros de arena rojiza y fina, que tenían pequeñas dunas erosionadas y alrededor afloramientos rocosos los cuales parecían casi volcánicos. La vida era casi inexistente en ese infierno caluroso y aparte de los arbustos espinosos o los esqueletos de animales muertos, no se divisaba nada más que eterna soledad.

La comunicación era casi nula ahí. La red estaba interferida y mientras en la frontera en el día las temperaturas eran agresivas y calurosas, en las noches, aquella misma temperatura decaía y el frío era tan mortal como el mismísimo sol y, justo en ese instante, el desierto era un pozo oscuro y helado con cielo totalmente nublado que no permitía ver nada y acompañado con el silencio total, el cual sólo era roto por el ir y venir del fuerte viento que levantaba la arena, supe que faltaban pocas horas para atacar.

Pocas horas para entrar en la hora cero antes del ataque.

Asesinar era algo que había hecho desde muy joven. Era algo que estaba en mis venas y siempre lo hice con una practicidad que no requería realmente alguna clase de placer, pero, sin embargo, en aquella ocasión sí había emociones tras aquel ataque y disfrutaría cada momento de él.

Lo haría porque había permitido que pasara mucho tiempo desde que me atacaron, desde que se metieron con algo que era intocable para mí y ya era ahora de que Gidez pagara y que mejor que a mis manos, a mi manera.

—Maldito frío de mierda —se quejó Seth quitándose sus gafas nocturnas, mientras cerraba y abría las manos dentro de sus guantes de cuero grueso—. No voy a quedarme una noche más aquí, es una joda ridícula, vamos a rebanarlos de una vez.

Lo ignoré, mientras seguía de pie en lo alto de los peñascos elevados -lugar en donde teníamos nuestro campamento oculto- e intentaba ver hacia el fondo del norte. El lugar en donde sabía que estaba Gidez, su familia y sus hombres.

—Hay que esperar antes del amanecer y llevar a cabo el plan —respondí luego de unos segundos, usando todavía mis gafas de visión nocturna.

Seth no estaba muy feliz con ello, ya que llevábamos cuatro noches ahí, pero asintió de manera brusca, mientras volvía a acomodarse los guantes y procedía a usar encima de su traje de combate negro, robusto pero ligero, el chaleco táctico que no permitía que ninguna luz se reflejara encima de nosotros y, por aparte, nos mantenía siempre en las sombras.

—Señor —escuché una voz detrás de mí y no me giré mientras Will se acercó a nosotros con pasos silenciosos y movimientos fluidos—. Logré acercarme a un radio de 3 kilómetros más y confirmado. Hay movimiento en la base y aunque hay poca iluminación, la hay. Están todos en la hoguera.

Will era uno de mis hombres más cercanos del círculo PARKIAL. Uno de los mejores asesinos y espías que tenía y, por eso mismo, tenerlo a él, Seth y yo en una misma misión era más que suficiente para decir que sería todo un éxito y lo único que necesitábamos.

—¿Había sonidos aislados? —pregunté, mientras el frío seguía golpeando mis mejillas.

—Definitivamente —su voz fue seca—. Estoy seguro de que por dentro tienen blindaje que hace que ese campamento sea prácticamente imposible de atacar desde afuera y es por ello que hay que hacerlos salir tal y como lo ordenó.

Asentí de nuevo y finalmente me giré para verlo. Al igual que Seth y yo, Will iba con su vestimenta negra que absorbía toda la luz, mientras que sus botas de combate eran del mismo color que la arena rojiza y así permitía que sus pies siguieran en movimiento incluso cuando había foco de luz alrededor.

—¿Viste algo de Lucyus? —pregunté.

—Nada, señor —se sentó en la piedra junto a Seth y comenzó a descargar sus armas—. Aparte de la radio frecuencia que indica que está en esta misma zona, no lo he podido ver.

Guardé silencio y sopesé aquella respuesta, mientras tenía todo claro en mi cabeza y comenzaba a armar algunos hilos que estaban suelto.

Lucyus había sido uno de mis ejecutores de pragma que había enviado para deshacerse de Gidez. Las primeras semanas obtuve información de él en donde dejaba en claro que hasta ahora estaba haciendo totalmente imposible el acercarse al mafioso y su gente debido a toda la seguridad, pero días posteriores perdí información suya luego de qué dejé en claro de qué no tenía permitido volver sin la cabeza del nigeriano y, evidentemente, no lo hizo.

—Es un traidor —la voz de Seth rompió el eco del frío viento—. ¿Ya sabías que era un traidor?

—Algo así.

—¿Y entonces por qué lo enviaste hasta acá si sabías que no cumpliría su misión?

Volví a mirar hacia donde se suponía que estaba el campamento a la distancia y analizando todo por un instante, simplemente respondí:

—Siempre recuerdo absolutamente todo lo que digo frente a otros, Seth. Sé cuando nuestro una entrada o un costado para que me ataquen y para la mala suerte de Lucyus, le saqué el cebo y se fue detrás.

Volví a mirarlos a ellos dos y alejándome del peñasco, tomé mi rifle, la maleta en donde tenía mi restringido arsenal y comencé a caminar hacia la otra roca que tenía más altura y estaba a unos cuantos kilómetros por encima del nivel del campamento.

—Pendiente a sus audífonos —fue todo lo que dije—. Iré organizando el punto de ataque y ubicando la densidad, apenas tenga una visión completa de todo, les aviso para que comiencen su parte desde acá abajo.

me alejé entre la oscuridad sin decir una sola palabra más, mientras sentía el peso de mi rifle golpear mi costado y mis pasos silenciosos retumbaban nada más en mi mente,

recordándome que faltaba cada vez menos para ver correr la sangre que tanto me merecía.

Lucyus Macleer era un traidor de Vértize.

Había comenzado a sospecharlo cuando vi en él varios dejes de subordinación. Jamás era algo que me dijera directamente, pero sabía leer a los hombres que tenía por debajo de mí y entendía perfectamente que cuando había uno refutando y cuestionando absolutamente cada una de mis órdenes, era un indicio muy claro de que había una latente falta de respeto ahí y, más allá de eso, existía la idea de que era casi una promesa sobre una rebelión.

Había leído ese comportamiento en Lucyus y cuando descubrí que los socios de Omnium habían pagado a alguien de mi propio imperio para deshacerse de mí, no fue necesario que uniera dos más dos y recordara que muy pocos hombres sabían sobre el GPS en mi camioneta y Lucyus era uno de ellos.

Las reservas habían estado ahí, pero esperé. Lo hice en silencio, aguardando la oportunidad para descubrir si él fue el que recibió el dinero para ir por mi cabeza y casi pensé que no hallaría nada, hasta que sucedió lo del teléfono de Genneva.

Hasta que descubrí lo de esa supuesta llamada de horas con Darwyn y la ira me cegó totalmente, pero una vez fui capaz de volver a mis estribos y pensar con mente clara, supe que aquello había sido una trampa no sólo para la rubia, sino también para mí y fue ahí donde comencé a averiguar desde donde se estableció el flujo directo de aquella llamada.

Diez dígitos.

Cada uno de mis hombres, desde el rango más inferior hasta el superior, tenían diez dígitos marcados en la base alta de su nuca. Ellos pensaban que el tatuaje era solo para identificarlos y marcarlos como pertenecientes a mi legión, pero iba más allá de eso.

Las runas, o más bien la tinta que se utilizaba para los números eran sólo el primer paso de partículas y microchips que se incrustaban en la piel mientras ellos eran marcados. Esas partículas estaban compuestas por un pequeño sistema que era capaz de captar no sólo la ubicación de cada uno de ellos en cualquier lugar, profundidad que fuese y el infierno que existiese, sino que era el mismo código que se utilizaba para codificar y marcar sus aparatos electrónicos y por medio de ello crear una base de datos que me permitía rastrearlos no sólo en persona sino también a nivel virtual.

Tenía cada uno de sus movimientos registrados en los cientos de archivos que contenía bajo mi poder y cuando comencé a revisar el código de Lucyus y el rastro digital que había dejado en llamadas, descubrí que, desde la IP de su ordenador, en un computador diferente, había hackeado el teléfono de Genneva para hacerle aquella llamada a Darwyn y hacerme creer que ella iba a volver con él.

¿Cómo logró hackear el teléfono?

Había estado en el apartamento para los días que Genneva casi murió por el veneno, pero, jamás lo había dejado acercarse lo suficiente a ella y eso sólo quería decir una cosa: Alguien que si estuvo cerca a ella les dio acceso a los códigos del teléfono de la rubia.

Había más traidores.

Lucyus no estaba trabajando solo.

Había aceptado dinero por parte de los socios de Omnium para matarme. Se había aliado con los nigerianos para darles mi ubicación mientras estuve en América con Genneva y, por otra parte, al parecer, tenía una relación de interés con Darwyn.

Había encontrada llamadas eliminadas de ambos y pese a que no sabía de que habían estado hablando, la obviedad estaba ahí.

Yo era el enemigo de todos ellos y se habían aliado para tener algo en común y eso era mi muerte.

Pero asesinarme no era fácil. No había sido fácil en el pasado y, claramente, no lo sería ahora que existía ella, que la conocía a ella y por eso era que siempre me obligaba a ir a un paso por delante.

Era su estúpido mejor amigo -según sus ridículas palabras-, y no iba a fallarle. No iba a dejarla sola y pese a que jamás había sido un hombre de promesas, esto era un juramento.

Y por ello estaba ahí.

Me encontraba en donde estaban mis enemigos y los que le hicieron daño a ella, porque pese a que fui muy consciente de qué llegar a Gidez en esa ocasión no sería tan fácil como lo fue en el pasado cuando asesiné a su hermano. Usar a un traidor que tenía un GPS qué era imposible de detectar fue mi primer paso para comenzar mi venganza con mi caballo de Troya.

Terminé de subir la otra gran roca y desde arriba vi con mis gafas nocturnas a Seth y Will contar y revisar sus provisiones, mientras yo me dirigía hacia el sitio perfecto que antes había visto y me serviría como resguardo para poner el bípode y mi rifle de confianza.

El que nunca me fallaba.

Por suerte, no debía ser muy cuidadoso con los ruidos, ya que el viento estaba siendo demasiado fuerte aquella noche en especial y se tragaba totalmente todo tipo de sonido que pudiéramos crear y alertar.

Una vez dejé todo en su sitio, antes de comenzar a organizar mi arsenal e iniciar a acechar desde la distancia, me alejé hacia la parte profunda de lo que parecía ser la unión de dos piedras que creaban una pequeña cueva y sacando el aparato satelital que sólo podía utilizar por pocos minutos, le bajé el brillo a mi teléfono y sabiendo que

solo teníamos una hora de diferencia y que Genneva ya debería haber salido de trabajar, la llamé.

Necesitaba escuchar su voz antes del infierno que se iba a soltar y, como siempre, respondió y mis labios se curvaron.

—Kaydan —dijo y su voz sonó suave, pero había emoción ahí—. Apareciste.

—Ocurrieron cosas temprano y no pude llamar.

—Entiendo.

Ambos nos quedamos callados por un momento y eso era algo que me gustaba de hablar con ella, que jamás debíamos llenar los espacios con incomodidad o algo por el estilo, porque a ambos nos gustaba también el silencio.

—¿Cómo estuvo el trabajo hoy? —pregunté finalmente y mantuve mis ojos al frente, pendiente de todo.

—Bien, algo exhausto —suspiró—. Hoy dos chicas fueron groseras conmigo porque dijeron que las alas sabían asquerosas y una de ella me las tiró encima.

—¿Qué? —mi ceño se frunció—. ¿Krepto no hizo nada?

—Le dije que lo dejara así, es parte de mi trabajo aguantar eso.

—No, eso no es parte de tu trabajo, Genneva —mi voz sonó fría—. Quiero los videos de seguridad, voy a descubrir quienes son.

Ella soltó un gemido bajo.

—Ay no, nada de eso, mantente al margen, Kaydan.

—Les enseñaré a respetar.

—Ya te dije que no, Kaydan Von Sclaén.

—¿Crees que me puedes dar órdenes?

—Ya te las estoy dando.

—Aterriza, Genneva.

—Estoy tan aterrizada, que ya sé que, si te digo que no, es no.

La detestaba.

Bueno, a veces. Se creía una gran sabelotodo y aprovechaba siempre lo de los límites para salirse con la suya.

—Oye, ¿y por qué no hiciste video llamada? —quiso saber, curiosa—. ¿Pasó algo?

—Mala señal —expliqué—. Y no puedo quedarme mucho, debo irme en unos segundos.

—Oh, entiendo.

Volvió el silencio y deseé decir algo más, pese a que escuchar su voz era todo lo que necesitaba.

—Hablando de todo, Krepto se llevó tus sobres de lo del impuesto —me dijo y yo me quedé en silencio—. Dijo que se haría cargo.

—Sí —respondí con calma—. Está bien.

Le había dejado en claro a Krepto que no quería a la rubia cerca de aquello, aún así, una vez volviera a Londres, me haría cargo finalmente de esa cuestión a las buenas o a las malas y me tenía sin cuidado las consecuencias.

—Bueno —susurró—. Entonces, te dejo para que sigas con lo tuyo.

—Bien.

—Adiós.

Ella estaba por colgar, pero rápidamente añadí.

—¿Genneva?

—¿Sí?

—¿Qué te haría ir de mi lado?

Hubo una pausa.

—¿Qué?

—¿Cuál sería una razón para que me dejes?

Ella soltó una risita baja.

—Deja la paranoia, Kaydan. No iré a ningún lugar —aseguró—. No hay nada que hagas que me vaya a hacer ir, los amigos no se abandonan, ¿bien?

Estúpidamente, pude respirar mejor.

—Bien. Recuérдалo siempre.

**

Estaba amaneciendo, el cielo del decierto comenzó a aclararse con notas de color naranja y amarillo, mientras el frío se volvía más tétrico y las olas de tierra pegaban contra mí y me llenaban con esa harina pesada.

Hacía ahora había organizado de nuevo el rifle en una posición en descendencia en donde el ángulo no iba a flaquear, mientras en mi oreja tenía el audífono que me comunicaba con los otros dos.

—Esto es una orquesta de la muerte —escuché que dijo Seth y sabía que ya se estaba moviendo para estar en su posición—. Recuerda que tengo esposa y debo sobrevivir.

—Tu esposa es lo último que me importa —respondí, mientras llevaba el ojo a la mira óptica del rifle y con la mirada lograba ver desde la distancia como se estaba organizando el campamento para el nuevo día.

—Vete a la mierda.

La mayor parte del tiempo nos detestábamos, pero ambos sabíamos que no iba a dejarlo morir y él tampoco se iba a dejar asesinar. Seth y Will se iban a acercar lo suficiente a la base para crear un punto de pánico y escabullo, mientras yo coordinaba todo desde la altura y después soltaba mis objetivos que iban a ser claves, pero si alguno de ellos fallaba, iba a estar yo listo para hacer lo que mejor se me daba.

Volar cabezas.

—Ya tengo vista dominante —le informé a Will—. Debemos movernos antes de qué termine de amanecer.

Prontamente el cielo iba a estar repleto de mi nueva adquisición y para usarlos de la manera adecuada, debían utilizarse en el amanecer, debido a la filtración de los rayos naranjas y amarillos, para que pudieran perderse como una ilusión óptica alrededor de estos y no llamar tanto la atención.

—Datos —exigió y lo escuché mover cosas y supe que estaba organizando las bombas que iba a tirar para crear la distracción para que Seth pudiera salirles por detrás.

—Guardia mínima de cuarenta hombres al frente —informé y ajusté aún más la mira para acercarme. —Seguridad del perímetro en un treinta por ciento con salvedad de turnos.

Deslicé la mira para otro lado.

—Guardia de reacción rápida en un cuarenta por ciento.

—¿Movilizados?

—Sí.

Continué informándole todo el panorama, justo cuando Seth llegó a su lugar de ataque y avisó que estaba listo. Todo tipo de humor o sarcasmo desapareció de su voz y se mantuvo en su posición serena y depredadora, mientras Will también me avisaba que estaba listo y entonces lo supe y lo dije:

—Todo el mundo muere hoy, a excepción de Gidez, su esposa y sus hijos.

—¿Lucyus?

—Ese también lo quiero vivo.

—Bien —quien respondió fue Will—. A su orden, señor.

Levanté la mirada para ver el cielo y esperé unos dos minutos más para que el amanecer continuara llegando y cuando eso sucedió, bajé la vista hacia la pantalla táctil que tenía al lado y sin mucha pausa, le di iniciar y sucedió.

Los drones asesinos cobraron vida.

La inversión en maquinaria y combate especializado y letal que había adquirido. Siluetas pequeñas y compactas que volaban con sigilo y silencio por encima de nosotros buscando con visión térmica y avanzada los humanos no reconocidos.

La alta resolución les permitía navegar por encima del desierto con una precisión extrema, mientras su algoritmo de reconocimiento facial y base de datos interna marcaba y buscaba los patrones faciales de quienes no debían asesinar, por eso mismo, aparte del rostro de Gidez, su familia y Lucyus, tenían la orden de escanear al resto mientras sobrevolaban por encima del campamento y una vez encontraran a sus víctimas, cada dron activaría su micro proyectil balístico y en alta velocidad y sin piedad alguna, comenzaría la matazón y el desierto de Sahel se tiñería en rojo y así ocurrió.

Will activó las bombas, la seguridad se dispersó, Seth atacó desde atrás, en la distancia, con metralletas y la mayoría de ellos hicieron lo que se suponía. Salieron del campamento y los drones cayeron como jauría sobre ellos.

Desde la distancia, con toques rápidos y moviendo la mira de un lado a otro, disparé en la cabeza de varios soldados que aún no habían sido reconocidos inmediatamente por los diez drones y les fui dando de baja con una rapidez fría.

Donde ponía el ojo, de manera inmediata, ponía la bala y cada tiro lo clavé certeramente en la frente de mis enemigos, mientras los veía caer uno a uno.

Seth y Will se encargaron del sector trasero, mientras los escuchaba por el audífono darse órdenes mutuamente e ir liquidando a quienes estaban tratando de devolverse al campamento.

Sentí el sudor empapar mi frente cuando el sol terminó de salir y la temperatura aumentó rápidamente. El olor a sangre comenzó a dispersarse con el aire caliente, pero jamás dejé de disparar, era como un halcón moviendo la mira de un lado a otro y justo cuando estaba por matar a un bastardo que intentó irse contra Seth, hubo una interferencia en mi audífono y llegó otra voz.

La voz de Lucyus.

—Hoy muero y me doy por bien servido, señor —dijo—. Hoy seré asesinado, pero este triunfo no me lo quita nadie.

Dejé de disparar y alejé el ojo de la mira, mientras apretaba el arma con fuerza y decía con voz seca.

—¿Triunfo? ¿Cuál triunfo? —solté—. ¿El de perder la cabeza y dársela como regalo a la bastarda de tu madre?

Se rio, pero era una risa casi demente. Perversa.

—No, el triunfo de saber que cuando lo descubras ya será demasiado tarde — vociferó—. Tan tarde, que en la adicción solo quedará tu maldito infierno personal.

La comunicación cayó y pese a que siempre iba dos pasos por delante, de repente, tuve la sensación de que había retrocedido *uno*.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 49.

49

Kaydan.

No disfruté de mi venganza hacia Gidez.

No disfruté ver los cuerpos de sus hombres caer sobre la arena, mientras poco a poco su seguridad se reducía y él y su familia quedaban solos como las ratas que eran.

No disfruté nada de aquello porque cuando descubrí que Lucyus acabó con su vida con una pastilla de plomo que había llevado con él, entendí que por nada del mundo sabría que era de lo que había estado hablando y a qué se refería con lo del infierno.

De nuevo, no supe que era nada de eso, pero la sensación vertiginosa jamás desapareció de mi pecho y pese a que era la primera vez que experimentaba algo así, fue terrible y abrumador.

Tan abrumador que supe que no podía quedarme ahí y darme el festín que me merecía con Gidez y sus hijos.

Mi venganza era importante, pero yo tenía otra prioridad.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dije a Seth por el audífono, cuando empaqué mi rifle y comencé a descender por la gran piedra—. Quiero que tortures a toda su familia frente a él y le saques información sobre lo que le aplicó a Genneva y el antídoto que ella necesita.

—¿Te vas? —preguntó, sorprendido.

—Tengo cosas que hacer.

—Kaydan.

—No lo asesines a él. Una vez de la información que necesitamos, mata a toda su familia y tráelo a él contigo a Inglaterra. Tengo planes.

No escuché más preguntas o quejas sobre mi abandono repentino alrededor de la misión. Caminé hacia el fondo del desierto para buscar en las dunas las cuatrimotos que habíamos dejado escondidas y una vez hallé la mía, sin pensar en otra cosa que no fuese salir de ese infierno, la monté, me subí y comencé a conducir hacia la frontera.

Había llamado a Krepto y él dijo que todo estaba bien. Que Genneva aún seguía dormida y que la seguridad del edificio estaba al cien.

Sabía que era real, pero no se sentía de esa manera.

Yo necesitaba comprobar por mis propios ojos que era cierto que ella se hallaba sana y salva y una vez lo viera y lo palpara con mis manos, iba a dejar de sentir aquella mierda como un martirio.

Un martirio que duró más de diecisiete horas. Nunca un vuelo se me había hecho tan eterno como aquel, pero lo fue. Pude haber pasado aquellas diecisiete horas trabajando y adelantando cuestiones de Omnium o Vértize, pero mi cabeza no sirvió para otra cosa que no fuese repetir las palabras del bastardo y pensar si habían sido ciertas o sólo una incógnita más para mí.

Ya lo veríamos.

Una fuerte tempestad hizo que el vuelo se retrasara aún más y cuando llegamos por fin a Londres, eran alrededor de las cuatro de la mañana y el clima seguía siendo igual de terrible y helado.

—A mi edificio —le dije al chofer con voz seca, totalmente emparamado por no haber esperado que la camioneta entrara por mí hasta la pista—. Rápido.

—Sí, señor.

Mi teléfono sonó con varias llamadas perdidas que sabía que podían ser de Seth o Will, pero no respondí nada de aquello. De hecho, absolutamente nada me importó hasta que finalmente me detuve frente a mi edificio y sin despedirme y tampoco saludar al portero, entré deprisa al gran lugar y tras llegar a los ascensores y poner el código de seguridad de mi Penthouse, comencé a subir hacia el único lugar que me interesaba.

Ella.

No quería cuestionarme a mí mismo como era que las palabras de otro bastardo habían logrado sacarme de mi fría letalidad y hacerme tomar un vuelo tan deprisa sin pensar en la seguridad y lo que podría suceder. No quería analizar el hecho de qué con cada segundo que pasaba cerca a Genneva, sin más, me parecía más y más a Christian.

Estaba jodido.

Lo supe cuando logré entrar al lugar y lo encontré en silencio y oscuridad. Sabía que ella hacía menos de una hora había vuelto de su trabajo y estaba bien, pero necesitaba verla y fue por eso que comencé a buscarla por todas las habitaciones de invitados y

cuando no la encontré, cuando no la hallé, sentí esa misma sensación punzante en mi pecho que casi me jodió y me llevó a un extremo que nunca había llegado.

—¿Genneva? —la llamé, mientras me movía ahora hacia la sala y después hacia la otra subsala—. ¿Genneva?

Estuve a nada de llamar a Krepto, justo cuando tuve el pensamiento de buscarla en mi habitación y eso hice.

Fui hasta mi lugar de prisa y cuando abrí la puerta, me quedé estático cuando la luz del pasillo se derrochó hacia el interior de la gran habitación y gracias a esta, sin más, pude ver las dos figuras que estaban encima de mi cama.

Genneva y Barño.

El gato negro estaba felizmente dormido a los pies de su dueña, totalmente envuelto contra sí mismo, mientras ella estaba durmiendo en el lugar donde solía dormir yo.

La miré en silencio por unos segundos, mientras su largo cabello rubio claro se extendía sobre las sábanas y las adornaban de una manera encantadora. Tenía abrazada contra sí misma una de mis almohadas, mientras su pecho subía y bajaba lentamente y sin importarme un poco la delicadeza o el cuidado, encendí rápidamente la luz de la habitación, asustándola a ella con la fuerza de la iluminación blanca y caminando con prisa hacia donde se hallaba, me senté en la orilla de la cama y ella se incorporó confundida, sobre los codos.

—¿K-Kaydan? —susurró, pérdida—. ¿qué haces...?

Mis ojos volvieron a analizarla de arriba abajo, buscando alguna señal de heridas y no hallé nada, aparte de los leves hematomas en su garganta por las inyecciones que ella misma se ponía y sintiéndome jodido y aliviado de que estuviera bien y nada de lo que el imbécil de Lucyus había dicho fuese real, me sentí aliviado.

No, aliviado era una palabra demasiado pequeña, mundana. Me sentía como si el alma hubiese vuelto a mi cuerpo y por eso actué sin pensar.

Por eso actué como un cediendo necesitado y sin llegar a decir nada, llevé una mano a su nuca y la hice terminar de levantarse, mientras que al mismo tiempo estampaba mi boca contra la suya y la hacía soltar un gemido bajo y abrumado, sorprendido.

Genneva suspiró contra mi boca cuando fui con más fuerza y esa fue la señal de que deseaba que siguiera con el beso y lo hice. Profundicé la caricia y su sabor familiar me rodeó, mientras ella separaba por unos centímetros más los labios y mi lengua lograba deslizarse sobre la suya y el sabor se hacía más intenso y abrumador.

Me hacía sentir en casa.

—Kaydan —jadeó cuando la dejé ir y sus mejillas estaban rojas—. ¿Cuándo volviste? ¿Cuándo...?

Sus hermosos ojos seguían medio nublados por el sueño, pero no se quejó cuando alejé los mechones de cabello rubio de su rostro y la atraje de nuevo hacia mí para besarla y lo hice.

Podría besar a Genneva toda la vida y jamás me cansaría. Su boca era el único lugar al que deseaba volver una y otra vez y sin importar que estaba dejando mucho a la suerte y descuidando mucho más, nada de eso tenía sentido cuando se trataba de ella y de lo que hacía en mí.

De lo que representaba.

—Kaydan...

—¿Alguien te hizo daño?

—¿Q-qué?

—Dime, vida. ¿Alguien te hizo daño mientras no estuve? —ella no respondió—. Necesito saberlo, Genneva, yo...

Se alejó un poco para verme mejor y llevando una mano a mi mejilla, me analizó con una suavidad que llegó muy al fondo de mí.

—Mírame, Kaykay —respondió y se señaló a sí misma—. Estoy bien, todo está bien. ¿De qué hablas?

Ella no sabía de qué estaba hablando y yo menos. Sabía que mi recelo era injustificado a más no dar y jamás había sido de esos que se volvían locos con premoniciones, pero me volvería como un maldito demente con todo lo que tuviera que ver con ella.

Con mi hada.

—Oye —ella insistió—. Estoy feliz de que estés aquí de regreso conmigo —confesó—. Pero estoy bien, ¿no me ves?

—Pensé qué...

—¿Qué pensaste? —cuestionó y llevó sus dos brazos a mis hombros—. ¿Pensaste que me había ido?

—Pensé que te habían hecho daño —respondí—. Si hubiese pensado que te habías ido, sería diferente.

Soltó un pequeño bostezo y sonrió un poco.

—¿Diferente cómo? ¿Qué estarías haciendo?

—Levantando cada maldita piedra del mundo y buscándote por cielo y tierra —fue mi respuesta—. Quemaría hasta lo inquemable porque sé que estarías en algún lugar y te encontraría, pero si te lastiman...

Algo se suavizó en la mirada de ella. Algo que normalmente siempre estaba un poco inseguro y frío, y en medio de todo, volví a repetirme que era tan divina que dolía y me aislaba.

—Estoy bien —volvió a decir y besó mi mejilla—. Y tú estás mojado, tenso y te ves cansado.

No respondí.

—No sé qué te trajo tan desesperado aquí, pero nada es lo que imaginas —agregó—. Todo está bien y yo estoy bien, mi vida.

Me quedé estático ante como ella acababa de llamarme y estuve seguro de que nunca mi corazón había latido de una manera tan desenfrenada como en ese instante.

—¿Cómo acabas de llamarme? —mi voz sonó seca, pero todo en mí estaba revolucionado.

Me sonrió.

Genneva que siembre había sido tan fría y distante, sonrió y ahora besó mis labios de una manera lenta y cariñosa. Casi amorosa.

—Tú no solo eres la vida que me hacía falta, Kaydan —respondió con seriedad—. Tú eres la vida que me hace querer vivir. Tú eres eso que creía que no existía, pero ahora tengo y me hace entender.

—¿Entender qué?

—Que después de tantos años tengo una vida y es contigo —me besó de nuevo—. Amo estar contigo. Eres el mejor amigo del mundo y más.

—¿Más? —enarqué una ceja.

—Más, Kaydan. Eres más.

Estaba seguro de que nunca nadie en la vida me había dicho que era “más” y tampoco era como si me importase, pero viniendo de ella, sí que me llegaba y de repente, sin más, el cansancio de días atrás me rodeó, me gobernó.

—Sí, tienes razón, estoy cansado —admití aquello y eso que jamás admitía debilidades— me siento algo... Aletargado.

—Bien, necesitas dormir.

Le sostuve la mirada a ella y después la desplacé hacia donde estaba el tuerto.

—Lo siento por eso —soltó de prisa—. Sé que no deberíamos estar en tu cama, pero... Quería dormir aquí.

—¿Por qué, hada?

—Porqué te extrañaba —se encogió de hombros—. No debería estar aquí, pero esto era lo más cercano a ti.

Suspiré y pasé una mano por mi rostro.

—Vas a matarme, Genneva.

—¿Sí?

—Uhm.

Sin decir más, me puse de pie y caminé hacia el baño para deshacerme de la ropa húmeda. Lo último que quería era tomar un baño, pero necesité una ducha rápida y cuando salí, solo usé un pantalón de dormir blanco y caminé de regreso a la habitación.

—Vamos, Barïo. No seas grosero —escuché que se estaba quejando la rubia—. Debemos volver a nuestra habitación.

Ella intentó tomar al gato negro, pero éste se molestó y le siseó.

—¡Barïo! —lo regañó.

—Te dije, ese animal es un infeliz grosero —solté y ella se giró para verme, pero se detuvo por unos segundos cuando vio mi pecho y abdomen desnudos—. Vamos a regalarlo en adopción.

Sus ojos siguieron en mi abdomen y le costó procesar por unos segundos: —¿Q-qué dijiste? —preguntó.

Suspiré.

—Nada, vamos a dormir —pasé una mano por mi cabello—. Déjalo dormir ahí.

—¿En serio?

—Uhm.

—Bien —sonrió—. Entonces te dejo para que descanses, feliz noche y...

—¿A dónde vas? —me atravesé en el camino de ella—. ¿Vas a dejarme solo aquí?

Soltó una risita.

—¡No me digas que le tienes miedo a dormir solo de repente, Kaydan Von Sclaén!

Mis terrores nocturnos tenían que ver más con el hecho de estar lejos de ella, pero solo respondí: —Necesito tener la seguridad de que esa cosa no me va a atacar mientras duermo, Genneva. ¿Seguro de que tu animal no tiene sarna?

Me miró mal.

—Eres un nefasto.

—Sí, sí. Cállate y bésame.

Fui yo quien la besé a ella y se sintió como el maldito paraíso. Se sintió como todo lo que necesitaba y no siendo suficiente, una vez me alejé de ella y su sabor se quedó en mí, la tomé de la mano y la atraje a la cama.

La llevé conmigo y cuando estuvo de regreso entre las sábanas, entré detrás de ella y pasé mi brazo por encima de su cintura.

—¿Estamos desbloqueando otro tipo de acercamiento entre amigos? —bromeó y pegó su espalda más a mi pecho.

—Uhm.

Hubo un suave silencio alrededor de ambos y la calidez nos rodeó, pegué mi nariz a su cabello y aspiré su dulce aroma, mientras cerraba los ojos y me obligaba a dejar la guerra atrás.

—Kaydan.

—¿Qué?

—Estoy feliz de que volvieras.

—Ya dijiste eso.

—Quería repetirlo.

—Ya, ahora silencio. Quiero dormir.

—Que grosero eres.

Sonreí y besé su cabeza.

Por un momento, ninguno de los dos dijo algo más y sin saber qué era lo que había dentro de mí y porque necesitaba con tantas fuerzas explotar, volvió a hablar.

—Odié que ella me dejara. Odié que Luciana se fuese y nunca más volviera por mí.

Genneva aguantó la respiración ante mis palabras.

—Estaba pequeño, mi padre era un alcohólico y mi tío Christian era un buen cuidador, pero era frío y exigente —mi voz sonó helada—. Y pensé que volvería.

De repente, Genneva se giró en mis brazos y quedó frente a mí. Una de sus manos fue a mi pecho y en su mirada no había lástima, solo entendimiento.

—Luciana tenía dos hijos más. Mave y Dominic —ella ya sabía más o menos de esto, pero yo necesitaba hablar más—. Ellos eran más grandes y... Nunca se lo dije a nadie, pero rogué para que ella volviera. Quería que me escogiera a mí. Quería tener una oportunidad, así como sus otros dos hijos.

—¿Nunca hablaste con ella? —la voz suave de Genneva llegó a mí.

—No, dijo que yo era producto de una violación. Dijo que le daba asco y que mis ojos eran un recordatorio de mi padre y sus cosas.

—¿Tienes los mismos ojos de tu padre?

—Sí, y de mi tío.

Ella me analizó por unos segundos y, de repente, llevó sus dedos a mi barbilla y me acarició.

—A mí me encantan —admitió—. Tus ojos son los más especiales y perfectos que he visto en la vida, tanto, que hasta estoy a nada de querer darte un hijo solo para que tenga tu mirada, ¿qué te parece? —bromeó, pero todo se encendió dentro de mí.

—Jamás he querido tener hijos, pero, para llegar a eso, debemos entrar a otra base, hada —la molesté y sus mejillas se sonrojaron—. Necesitamos consumir nuestra amistad.

Soltó una carcajada y eso me sorprendió y me encantó.

—Con qué consumir la amistad, ¿no?

—Así de importante es, Genneva. Aprende.

Negó y besó mi barbilla, antes de suspirar y cerrar los ojos.

En medio de la lluvia y la madrugada, analicé su perfecto rostro y pensé que se había quedado dormida, pero no.

—Era una estúpida —dijo—. Esa mujer fue una estúpida por dejarte atrás y no tiene idea el gran hombre que perdió como hijo. Ella no te merecía, Kaydan. Nadie que te deje atrás te merece.

No respondí, pero esa sensación estuvo dentro de mí por muchos años y ahora salió a flote.

—Vales mucho la pena y si ella deseó dejarte, otros no lo harán.

No estaba tan seguro y tampoco me importaba que otros se fueran. Solo la quería a ella.

—Verónica —le dije.

—¿Qué?

—Ese era el nombre de la secretaria de mi tío Christian. La mujer por la que lo asesinaron.

Ella me miró en silencio.

—La odié a ella por mucho tiempo, pero, sobre todo, lo odié a él por permitir que una mujer nos separara, por dejarme solo al igual que otros y fue estúpido, pero ahora lo entiendo.

—¿El qué? —susurró.

—El porque es tan necesario dar la vida por una mujer si es necesario —respondí—. Yo haría lo mismo que él.

Los ojos de Genneva se abrieron mucho ante mis palabras y la vi tragar saliva con fuerza.

—¿Hablas de mí...?

—¿Tengo una vida mas? —enarqué una ceja—. Las preguntas tontas no van, hada.

Intentó alejarse de mí, pero no la dejé. Solo sonreí y apreté mi mano en su cintura.

—Kaydan, ¿cómo le haces para decir algo lindo y después algo tan odioso? —me preguntó—. Te amo, pero...

De repente, los ojos de ella se abrieron demasiado ante mis palabras y se tensó, mientras a mí me costaba procesar lo que había dicho y...

—¿Qué acabas de decir? —pregunté, casi con incredulidad—. ¿Qué me amas?

Genneva se puso pálida y se sentó deprisa, mientras su pecho subía y bajaba con fuerza.

—¿Genneva?

—P-perdón —dijo con prisa—. Se me salió, yo... Perdón.

Ella se puso rápidamente de pie y antes de que pudiera procesar tal magnitud de palabra y lo que estaba creando dentro de mí, ella huyó al baño y se encerró ahí.

Comencé a llamarla, justo cuando mi teléfono sonó de nuevo con mas insistencia y maldiciendo, lo tomé y respondí sin ver quién era.

—¿Qué pasa? —gruñí.

—Dijiste que tienes una información sobre mi esposa y la quiero ahora —una voz en inglés con acento llegó a mí—. Más te vale que seas directo, Kaydan Von Sclaén.

Procesé por unos segundos las palabras.

—Alesso Di'Carper —fue mi respuesta—. Pensé que no querías saber nada de mí.

—¿Qué sabes de Bianca? —gruñó.

—Esa información te va a costar algo —miré el baño y tuve cuidado de que Genneva no me escuchara—. ¿Quieres saber con quién está hablando tu esposa? —lo molesté—. Entonces, asegúrate de que Becob Blinder sea acorralado en su mismo territorio. Si descubro que estás trabajando con él, en pro a su mafia, tú y yo tendremos problemas.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con un deje siniestro de letalidad.

—Sí —respondí—. Y yo que tú, le vigilaría más las llamadas a tu esposa.

Colgué la llamada y supe que había dejado la espina de duda en la cabeza de un bastardo tan posesivo como ese. Había investigado a Bianca y esa mujer era correcta con su esposo de pies a cabeza, pero Alesso era celoso, posesivo, desconfiado y esas eran sus debilidades y esa era mi estrategia.

Jugar con las debilidades de mis enemigos o futuros socios.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 50.

50

Genneva.

La vergüenza iba a matarme y aquello era algo en lo que no podía dejar de pensar hasta tres días después de que Kaydan volvió de su viaje secreto y yo en medio de besos y confesiones, le dije que lo amaba.

¡Le dije lo que realmente sentía por él!

Había sido vergonzoso y no porque él no mereciera ser amado, porque sin importar si eso era una realidad o no, yo lo hacía. Yo amaba a Kaydan Von Sclaén y no había marcha atrás. Era más bien vergonzoso por la mirada que él me había dado, porque claro estaba que jamás había esperado que yo dijera algo así.

Algo tan comprometedor y, más allá de eso. Algo que estaba fuera totalmente de lugar, porque sin importar los besos, los abrazos y la amistad, había una gran barrera entre los dos y yo no podía amarlo.

No podía hacerlo porque él jamás me correspondería y eso era vergonzoso.

—Mierda —susurré y continué cambiándome la ropa del trabajo, mientras me sentía exhausta y algo mareada.

Había sido una jornada bastante larga y no me había sentido muy bien en todo el día. Había comido y dormido muy mal y, para completar, había olvidado ponerme una dosis de mi antídoto y sentía que la temperatura me estaba comenzando a subir y el malestar en el cuerpo también.

Lo que me faltaba.

Además, por otro lado. Llevaba tres días pasando de Kaydan y creando excusas para no verlo. Aquella noche en su casa, después de salir del baño, evité verlo a los ojos y sin decir mucho, salí de la habitación, fui a otra y me encerré -sí, era una cobarde-, pero prefería ser aquello, antes de tener una plática con él en donde me dijera que me estimaba y demás, pero no podía sentir lo mismo que yo.

No estaba preparada para eso.

Había sido tanto mi desespero por huir, que había dejado a Barño con él y desde entonces no había vuelto a casa conmigo y me negaba a pasar por él.

Sabía que estaba en buenas manos.

—No seas una llorica —me advertí, una vez guardé el uniforme y tras soltar mi cabello como cada noche, salí del baño y agradecí en secreto haber terminado otra jornada laboral—. Solo le dijiste “te amo”, ya está. Déjalo estar.

Cada noche, al cerrar los ojos, recordaba la manera como él me había mirado impactado por mis palabras y eso era suficiente para hacer que mi estómago se revolviere y la vergüenza volviera a visitar.

Aún así, era consciente de que no iba a morir por pena y tenía que hacer todo lo posible por enfrentar mis palabras y tratar de seguir como si nada.

—Sí, finge demencia —dije—. Haz como si jamás le hubieses dicho que lo amas. Hazlo, tú puedes.

Me repetí lo mismo una y otra vez, y le dije a mi corazón que se calmara, después de todo, no lo vería aquella noche y tendría más horas para descansar y pasar mi vergüenza sola. Sin embargo; la vida tenía otros planes porque de repente, sin más, me detuve en seco cuando salí de los pasillos del lugar y vi que Kaydan estaba adentro del bar, de pie en el centro del sitio, con ambas manos metidas en su pantalón negro, pero él no estaba solo.

Estaba con la mesera, Yeimy.

—Ay —susurré, deteniéndome en seco por unos segundos, mientras miraba la manera fría y letal como él estaba observando a la joven—. Mierda.

Caminé hacia ellos, tragándome la vergüenza de antes y terminé deirme al carajo cuando escuché lo que Yeimy le estaba diciendo.

—Y como le decía, respeto mucho todo y lamento si he sido irrespetuosa con usted o algo por el estilo. No pensaba ser sugerente.

—Si ha sido sugerente o incinuate, no me he dado cuenta.

—Oh, sí, claro —ella se rio nerviosa—. Es solo que pensé que había un malentendido y...

—Justo llegó quien nos va a aclarar el malentendido—dijo el rubio y el aire abandonó mis pulmones cuando él me miró a los ojos—. ¿Qué le dijiste a tu compañera, Genneva? —me preguntó y había una advertencia ahí, tanto, que me detuve a unos pasos y él añadió como si yo fuese una niña pequeña—. Ven aquí.

En otra circunstancia habría ignorado la orden porque seguirla y viniendo de él no era algo mío, pero había algo en su mirada que hizo que fuese imposible que le desobedeciera.

—Hola —traté de sonar lo más casual posible—. ¿Cómo están? —tragué saliva—. ¿Qué haces aquí Kaydan? —lo miré—. Justo ya me iba y...

—¿Le dijiste a tu compañera que soy gay? —soltó la pregunta sin un ápice de compasión y de forma directa. Grosera.—. ¿Que soy gay y mi pareja es Krepto?

Quería que se abriera la tierra y me tragara. Solo deseaba desaparecer en ese instante y no volver a surgir nunca más.

—¿Qué? —pregunté con firmeza—. ¿Yo dije eso?

—En serio, lamento los problemas —Yeimy me miró sonrojada—. Yo respeto a las parejas y...

—Sí, es importante respetar a las parejas —miré de nuevo al rubio—. Ellos... Se aman mucho.

La chica dijo algo más, pero yo me perdí en la manera como él me analizó. Una manera que hizo que mi piel se erizara y una presión latente creciera entre mis piernas y me hiciera sonrojar.

—Nos vamos —se giró y comenzó a caminar hacia la puerta—. Andando, Genneva.

Mierda, no sabía si estaba muy molesto conmigo por haber dicho que era gay o si estaba incómodo por lo que le dije antes, pero tuve que seguirlo en silencio mientras mi corazón tronaba con fuerza y maldecía una y otra vez a Yeimy por hablar con él.

¿Por qué me había inventado eso? ¿Qué haría ahora?

—¿Nos vamos? —Krepto nos estaba esperando afuera y frunció el ceño cuando me vio en silencio—. ¿Pasó algo?

—No —respondí automáticamente.

—Sí —fue lo que respondió Kaydan y sacó de sus bolsillos las llaves de su lujoso auto plateado—. Genneva inventó un rumor.

Jadeé y lo seguí con más prisa.

—Kaydan.

—¿Un rumor? —Krepto preguntó, intrigado—. ¿Cuál rumor?

—Nada —aseguré—. No es nada del otro mundo.

—Dijo que...

—¡Kaydan! —tiré de su camisa y finalmente me hizo caso y se giró para verme—. ¡No digas ni una sola palabra más!

Enarcó una ceja y tras analizarme unos segundos, siendo un total odioso, llevó sus ojos a mí y después a Krepto y soltó:

—Dijo que tú y yo éramos gays —me aventó sin piedad alguna—. Todo el mundo ahí adentro cree que somos pareja.

Miré rápidamente a Krepto y maldije en mi interior porque, de la manera en que me miró, dejó bastante claro que la tregua entre los dos había terminado.

—¡Eres el peor amigo del mundo! —le espeté lo al rubio—. ¡No puedes aventar a tu mejor amiga así!

Me lanzó una mirada que dejaba bastante claro que le daba igual lo que yo estaba diciendo.

—Vete, Krepto —fue su respuesta—. Yo llevaré a Genneva a casa.

—Quiero ir con Krepto.

—Pues vas a venir conmigo.

Abrí la boca para pelear, pero de manera inmediata y volviendo a lo mismo de antes, Krepto me dio la espalda y me dejó atrás.

—¡Arruinaste todo con Krepto! —me quejé—. ¡Ya estábamos siendo amigos!

Si las miradas asesinaran, él ya me habría dejado ahí totalmente tirada e inerte.

—Nos vamos —caminó hacia la puerta del copiloto y en medio de la madrugada y el callejón medianamente iluminado en donde estábamos, suspiré y me fui hacia donde él me estaba sosteniendo la puerta abierta.

—Fuiste un nefasto —le dejé saber, mientras llegaba a su lado y le daba la espalda para subir al vehículo—. Nefasto y...

De repente, solté un sonido bajo cuando él llevó su mano a mi nuca y me detuvo con la firmeza y fuerza que lo caracterizaban.

—¿Nefasto? ¿yo? —preguntó y me estremecí, mientras llevaba sus labios a mi oreja—. La única nefasta aquí eres tú, hada. No puedes amarme e ir por ahí inventando chismes míos.

Solté un gemido bajo.

—¿Sabes que es lo que hago con los mentirosos?

Negué.

—Los torturo y los asesino.

—¿Vas a asesinarme?

—Voy a reprenderte.

—¿Qué...?

—Y ahora, por culpa de tus palabras, tendré que demostrarte o más bien enseñarte como soy un hombre de mujeres y no de otras cosas.

Me giré en sus brazos, pese a su agarre y tuve que levantar la cabeza para verlo a los ojos.

—¿Mujeres? ¿En plural? —me obligué a preguntar.

—Nada de celos, no tienes derechos hoy.

—Kaydan.

—Arriba, Genneva. Te quiero arriba.

Mis mejillas se sonrojaron ante sus palabras y el jodido sentido que tuvieron para mí.

—Necesitas dejar de darme órdenes.

—Y eso que apenas estamos empezando —soltó—. Arriba.

Me crucé de brazos y sabiendo que no tenía sentido seguir peleando con él, me subí al auto y él cerró la puerta con cuidado de no lastimarme.

Lo esperé en silencio mientras rodeaba el vehículo y cuando estuvo detrás del volante no dijo nada. No hasta que salió del callejón y se adentró a las carreteras solas de Londres.

—Me has estado evitando —no me miró—. ¿Por qué?

No respondí.

—Teniendo en cuenta de que fuiste chismosa e inventaste un chisme mío. Tengo derecho a saber todo.

—Yo no soy una chismosa —lo miré mal—. Y, además, no te he evitado, he estado trabajando.

—¿Por qué andas tan lejana? —repitió y me miró—. ¿Es por qué estás avergonzada por haberte confesado conmigo?

Solté un ruido bajo y suspiré, porque él a veces era inepto para decir las cosas.

—No me confesé.

—Dijiste que me amas —me recordó con una clase de orgullo que no pasé por alto—. ¿Eso no es una confesión?

Cerré los ojos y llevé mi mirada hacia la ventana.

—¿No fue eso?

—No quiero hablar del tema, Kaydan.

—Bien, entonces, ahora vas a demostrármelo.

Me giré y lo miré de nuevo.

—¿Qué...?

—Ahora me vas a demostrar cuánto me amas y, mejor aún, ahora voy a enseñarte qué tan hombre soy y cómo jamás vas a volver a hacer pasar por gay al hombre que dices amar.

El calor volvió y mi pecho se aceleró con fuerza.

—Lo siento por eso.

—Ya veremos que tanto.

—Deja de amenazarme, Kaydan.

—Son promesas, Genneva.

Mi pecho siguió bajando y subiendo en todo el regreso a casa y pese a que intenté mostrarme dura y serena, había algo dentro de mí que se estaba derritiendo ante la anticipación que sentía.

Ante la idea de llegar a casa y estar los dos solos en medio de la madrugada y... Caí en cuenta de algo.

—No me estás llevando a mi casa.

—Vamos para la mía.

—No, quiero ir a la mía —lo miré—. Ahora mismo.

—Compórtate —me lanzó una mirada—. Y no te llevo a mi casa porque te quiera ahí.

—¿Ah, no?

—No, te llevo porque Barío necesita verte —aseguró—. El tuerto te extraña, por otro lado, sé responsable, tienes flores que regar.

—Eres un manipulador —susurré, pero me rendí—. El peor.

Ninguno de los dos volvió a hablar por mucho tiempo y estuve casi avergonzada de que él pudiera escuchar el tronar de mi corazón errático.

Una vez llegamos al gran edificio y nos adentramos en éste, hice todo lo posible para no verlo a los ojos y perderme en esa dualidad de colores que pintaban su mirada.

Dios, tres noches atrás no sólo le había dicho que lo amaba, sino que también había dicho algo sobre querer darle un hijo que tuviera sus ojos.

¿Qué estaba mal en mí?

Había algo fuera de control en mis neuronas y mi boca cuando estaba cerca de él. Algo que no me permitía pensar con claridad y fue por eso mismo que una vez el ascensor

se abrió en su gran Penthouse, sin voltear a verlo y saliendo de primera, comencé a decir en medio de la oscuridad de la gran sala:

—Me equivoqué cuando dije que te amo, o sea, lo hago, sí —añadí—. Pero en forma de amistad porque eres mi mejor amigo y...

Me detuve cuando él llevó su mano a mi nuca -al parecer amaba hacer eso- y de nuevo, me detuvo, pero no solo eso. Me detuvo, me giró y controlándome como si fuese una muñeca, me hizo verlo.

—Ya cállate, Genneva. Cierra la boca —ordenó, pero no fue necesariamente duro—. Tú y yo ya no somos amigos y, en definitiva, no te creo.

—¿No somos amigos? —mis ojos se abrieron mucho—. ¿Qué? ¿Por qué? —mi corazón tartamudeó en mi pecho—. ¿Es por el chisme?

No respondió.

—¿Y qué es lo que no me crees? —agregué.

—No creo que no me ames, puedo verlo en tus ojos.

—N-no es cierto.

—Veo cuánto me amas y no, ya no somos amigos, ven aquí y firmémos ese acuerdo.

Sin darme tiempo a procesar sus palabras, estampó mi boca contra la suya en un feroz y demandante beso.

Un beso posesivo y retador. Un beso y pelea entre nuestros labios, dientes y lenguas. Un beso que me hizo gemir contra su boca, mientras la mano en mi nuca se apretaba aún más y su otra mano iba a mi cintura y dejaba ahí una caricia con una fuerza que estaba segura de que me dejaría marca, pero no me importó.

Jamás me importaría ser marcada por Kaydan.

Me paré en puntillas para poder acceder más a él y mis manos fueron a sus hombros, mientras su sabor me hacía alucinar y él se volvía aún más demandante y controlador.

—¿Q-qué dices que ves en mi mirada? —susurré, manteniendo los ojos cerrados cuando los labios de él se deslizaron hacia mi barbilla.

—Me adoras, Genneva. No voy a culparte, pero lo haces y tienes la responsabilidad de demostrármelo.

Abrí rápidamente los ojos.

—¿Demostrártelo? ¿Cómo?

Enarcó una ceja.

—Así, vida. Así.

Volvió a llevar su boca a mí y después de eso no hubo marcha atrás y tampoco era como si yo deseara que nos devolviéramos.

No podía.

Quería más y eso que no solía desear más de ahí. Pero con Kaydan sí y fue por eso que le devolví la caricia con más intensidad. Con más devoción.

El fuego comenzó a correr por mis venas como si de lava pura se tratase. Lo que estábamos sintiendo, en aquel momento, fue tan apasionado que devoró y calcinó todo a nuestro alrededor y pese a que una voz insegura me dijo algo en el fondo de mi cabeza, por primera vez en la vida ignoré aquella voz y me dejé guiar por lo que realmente sentía o más bien lo que quería sentir.

Kaydan llevó ambas manos a mi cintura y como si me tratase de algo tan delicado y suave como una pluma, me levantó en el aire y de manera inmediata rodeé con mis piernas sus caderas, mientras mis manos acariciaban y tiraban de la suavidad de su cabello rubio y yo seguía permitiendo que su lengua rodeara la mía y fuese tan profundo a un nivel que no era lindo, pero sí caliente e inolvidable.

Kaydan era mi primer todo y ¿sus besos?

Sus besos eran mi perdición y lo serían para siempre.

Él comenzó a cargarme hacia algún lugar de su casa, en medio de la oscuridad, pero jamás dejó de besarme. Me degustó como si fuese su platillo favorito y eso terminó por matar a mi corazón.

—¿A-a dónde nos llevas? —le pregunté casi jadeando, mientras acariciaba su nuca y jugaba con su cabello.

—¿La sala?

—Tu habitación —respondí y sentí mis mejillas calentarse—. Vamos a tu habitación.

Kaydan se detuvo por unos segundos. Una leve vacilación que sabía que no era por él, sino por mí.

—Dijiste que tenía que demostrarte algo —le recordé y pese a que todo dentro de mí tembló. Soné segura—. Quiero demostrártelo en tu habitación.

No tuve que decir nada más, con pasos seguros y firmes, sin soltarme nunca, Kaydan me llevó hacia su gran habitación y una vez estuvimos adentro, sin poder dejar atrás la lava vibrando en nosotros, él cerró la puerta con fuerza y apoyó mi espalda contra la madera, mientras su boca volvía a mí y yo apretaba mis muslos alrededor de sus costados, tratando de calmar el calor entre mis piernas.

En otro momento, pensaría en lo vergonzoso que eran los sonidos que salían de mi boca mientras él me estrujaba y me marcaba con su boca, pero nada era vergonzoso en aquel momento. No en aquella intimidad y me sentí feliz por primera vez en la vida.

Me sentí feliz, caliente y lista.

—Aún no he escuchado las disculpas pertinentes, Genneva —la voz ronca del rubio llegó a través de mí en la oscuridad.

—¿D-disculpa?

—No, mejor pídemme perdón —corrigió—. Pídemme perdón por haber huido de mí tres noches atrás y, sobre todo, pídemme perdón por haber dicho que tenía una relación con Krepto.

Negué en la oscuridad y al parecer él lo sintió, ya que preguntó:

—¿No? ¿Segura?

—No voy a pedirte perdón.

—Bien, veámoslo.

Jadeé sorprendida cuando me bajó de manera rápida y casi perdí el equilibrio, pero inmediatamente tomó mi mano y me llevó consigo a la cama.

—¿Que haremos?

—Enseñarte a obedecer mis órdenes, hada. Eso haremos.

En medio de la penumbra lo vi sentarse en la orilla de la cama y separar lo suficiente las piernas para que yo me hiciera en medio de estas.

Sentí la humedad y la anticipación devorarme.

—Comenzaremos con algo fácil —agregó—. Ve y abre las cortinas de los ventanales. Deja que la luz de la luna entre.

—¿Por qué?

—Porque te lo estoy ordenando.

—Sí, pero...

—Porque voy a comprobarlo, Genneva y tienes mi palabra. Voy a comprobar que tan pulcra y tersa se ve tu piel bajo el resplandor de la luna; y una vez vea como te conviertes en una diosa de plata como tu mirada, voy a probarte y trataré de recordar si tu sabor es tan bueno o yo lo imaginé.

Él sabía el poder que tenía con sus palabras y las usaba cada que podía contra mí. Tanto, que caminé hacia los ventanales y tratando de ocultar el temblor de mis manos, recogí las persianas y pese a que era tarde en la madrugada y debería de estar netamente nublado, los rayos de la luna filtraron el cristal y llegaron a nosotros.

Iluminaron todo para él. Para mí.

Volví con el rubio y el tono azul y verde de su mirada, totalmente ensombrecidos por la poca luz, me devoraron, mientras me volvió a ubicar en medio de sus piernas y sus manos caían directamente a cada lado de mis caderas.

—¿Puedo hacerlo? —preguntó de repente.

—Sí.

Sonrió y la luz de la luna me dejó ver su coqueto hoyuelo.

—Sigues sin saber el qué.

—Hazlo todo, Kaydan. Tú puedes hacerlo.

Sus manos fueron directamente al dobladillo de mi blusa y sin dejar de verme, comenzó a subir la tela sobre mi piel hasta llevarla a su final y sacarla por mi cabeza. Maldije en silencio por no traer algo más sensual que un top blanco, pero teniendo en cuenta la forma como me miró, me sentí hermosa y deseada.

—Sigo sin creer que no me hayas pedido perdón —comenzó a subir ahora la tela del top y mi piel se erizó, mientras mis pechos rebotaban suavemente libres y él los devoraba con la mirada—. Saliste peor de nefasta a mí.

—Kaydan.

—Callada, ahora vamos a darte clases de respeto.

El top también desapareció para mí y unos segundos después, sin dejar de verme y con mucha practicidad, abrió los botones de mi pantalón y lo bajó por mis piernas, mientras me dejaba solo en bragas.

—Bonita —dijo, mirando la ropa interior rosa—. Me gusta.

—Kaydan.

—Aquí —señaló sus piernas—. Siéntate a horcajadas sobre mí.

Mordí mi labio inferior con fuerza y supe que la Genneva de semanas atrás se habría negada por pena e incertidumbre, pero la yo de ahora no lo hizo.

La yo de ahora sabía cuánto necesitaba esto y por eso mismo obedecí. Me senté en los duros y fuertes muslos de él, mientras mis manos llegaban a sus hombros y las suyas iban a mi cintura desnuda.

Como si cada trozo de mí supiera que solo le pertenecía a él, comencé a arder e incluso me fue imposible el respirar de manera adecuada, mientras sus dedos se deslizaban sobre mí y dejaban un rastro ardiente.

—¿Con qué gay, eh? —la pregunta fue plana y casi despreocupada, pero no había nada ligero en la manera como me estaba mirando y tocando—. ¿Cómo llegaste a la conclusión de que debías decirle eso a tu compañera de trabajo?

No respondí, volví a morder mi labio inferior con fuerza, mientras una de sus manos se dirigía hacia el norte de mi cuerpo y llegaba a la tela incómoda y ahora húmeda de mis bragas.

—Habla, Geneva.

—Ella quería coquetear contigo —fue mi baja respuesta, ya que no podía concentrarme en otra cosa que no fuese su mano y lo que estaba haciendo en mí.

—¿Y la solución fue decirle que era gay?

Asentí.

—Geneva.

—No quiero que coquettee contigo —admití—. Eres... ¡Mío! No lo quiero.

Leve diversión llenó su mirada, pero conociendo lo odioso y codicioso que era, claramente eso no era suficiente para él y terminé por descubrirlo cuando sin dejar de verme, llevó dos dedos hacia mi ropa interior y enredándolos ahí, hizo a un lado la tela y dejó al descubierto el desastre sonrojado e hinchado entre mis piernas.

Sentí el rubor subir a mis mejillas mil veces peor, pero no alcancé a decir nada, porque justo en ese instante y sin dejar que la tela volviera a su sitio, el rubio llevó su dedo medio entre los labios hinchados de mi coño y buscó directamente el nudo ansioso y comenzó a acariciarlo en círculos precisos y firmes, haciendo que mi pecho subiera y bajara con fuerza, mientras yo apretaba las piernas.

—Eso, aprieta esos lindos muslos, hada —dijo con voz ronca, mientras su dedo seguía torturandome y la tela de mis bragas me lastimaba, pero aumentaba el placer—. Aprieta y no dejes mi mano libre y alejada de tu lindo y exquisito desastre.

Sus palabras iban a terminar conmigo y él lo sabía. Lo hacía y pese a ello, no dejó de tocarme y hablarme de manera baja y sucia.

Intenté silenciar los sonidos que salían de mi boca mientras su dedo seguía trabajándome en círculos, pero no pude controlarme. No era posible y sentí la corriente pura comenzar a construirse en la parte baja de mi espalda, mientras mis piernas temblaban, el deseo me devoraba y...

Él se detuvo.

Kaydan paró y pese a que no sacó su mano de entre mis piernas, su dedo dejó de estimularme.

—¿Qué...? —casi jadeé.

Sonrió.

¡El maldito sonrió!

—No voy a recompensarte después de lo que hiciste —dejó en claro—. No sin un perdón de por medio.

—Pero...

Llevó su mano libre a mi barbilla para acercarme a él. Sacó la lengua y lamió mi labio inferior y tras besarme con altanería, agregó: —Pídeme perdón y voy a darte ese orgasmo que tanto quieres, vida.

Negué.

—¿No?

—No hice nada malo.

—Pídeme perdón por ociosa y por mentirosa —miró mi boca—. Pídeme perdón o esto dejará de tratarse sobre tu placer y se tratará exclusivamente sobre el mío y como este tiene que ver con enseñarle a esa lengua que mentir sobre mí, alguien tan importante, es trágico y mortal.

Tragué saliva con fuerza y pese a que quería darle el mismo tipo de placer que él me había dado antes y ahora mismo, también necesitaba que aliviara la presión entre mis piernas y volviera a recordarme lo bueno que había detrás de la intimidad.

—Lamento haber mentido —dije, finalmente.

—Oh, no, esa no es la palabra correcta —su dedo comenzó a acariciarme de nuevo con lentos círculos—. Perdón. Quiero un perdón, Genneva.

Cerré los ojos cuando el placer comenzó a crearse de nuevo y separé un poco las piernas para darle más acceso a mí.

Los gemidos llegaron y la misma tensión comenzó a embargarme, justo cuando él agregó un dedo que rozó mi entrada como una promesa de lo que podría darme, pero al mismo tiempo quitarme si me negaba a obedecerlo, y pese a que normalmente no era fanática de hacerle caso a él y a sus egocéntricas ordenes, en ese momento no estaba dispuesta a sacrificar lo bien que se sentía tenerlo entre mis piernas.

—Bien, perdón —abrí los ojos y dije de mala gana—. Perdón por decir que eras gay —mi voz sonó sin aliento—. ¿¡Feliz!?

—No hada, la que está apunto de estar feliz es otra.

Arrancándome un pequeño grito, me levantó como si no pesara nada y apoyó mi espalda contra lo suave de sus sábanas, mientras se acercioraba de que mis nalgas quedaran en la orilla de la cama y sin pausa o piedad alguna, se arrodilló en medio de mis piernas, las separó, se deshizo de mis bragas e hizo aquello que había deseado de regreso por tantos días atrás.

Llevó su boca a mi desastre latente y necesitado.

Él me devoró y yo no pude hacer otra cosa que gemir y enredar mis manos en su cabello, mientras mi espalda se curvaba y yo gemía con fuerza ante lo sensible y perfecta que me sentía bajo su demandante lengua y la llegada de sus dedos.

No tardé en llegar al primer orgasmo, -el segundo que tenía en mi vida- y vi luces detrás de mis párpados y sentí candela en mis venas. No pude silenciarme y Kaydan me recompensó siendo más directo, más obsceno. Tanto, que cuando pensé que todo se había acabado con el primer orgasmo, él comenzó a estimularme con su lengua y sus dedos curvados para llevarme al segundo. Estaba temblando, sin fuerzas y rebasada.

Le dije que no podría tener un segundo orgasmo, pero su respuesta fue:

—El primero fue de cortesía para ti, Genneva. El segundo es para tratar de alimentarme y hastiarme yo. No seas egoísta.

El egoísta fue él, pero no fue como si pudiera quejarme, porque después de todo, vi las estrellas mientras volvía a probarme de esa manera codiciosa y posesiva que sólo él tenía. Si no fuera porque todo el edificio era solo de él, estaría segura de que los vecinos se habrían despertado por la magnitud de los sonidos que salían de mi boca, mientras me retorció y tiraba de su suave y claro cabello.

Kaydan me probó hasta que se cansó y una vez se aseguró de qué había obtenido lo suyo. Sus labios se deslizaron de entre mis piernas, hacia mi pelvis, mi abdomen, mi tórax y el valle de mis pechos. Me besó y me saboreó, hasta que se detuvo cernido encima de mí y tuvo mucho cuidado de no dejar caer su peso, mientras los ojos iban de mis labios a mis ojos.

—¿Todo está bien? —preguntó, necesitando mi aprobación.

Asentí.

—Habla, Genneva.

—S-sí.

—Bien.

Atacó mi boca en otro beso. Un beso que me dejó saborearme a mí misma y apartir de ahí, todo fue ansioso y delirante.

Le correspondí el beso con la misma necesidad y deseo, mientras sus manos delineaban mi cuerpo y las mías iban a su camisa y comenzaba a levantarla para deshacerme de ella.

No iba a mentir, sentí los nervios invadirme un poco, pero era más la necesidad que tenía por él, que cualquier otra cosa y por eso seguí adelante.

Por eso interrumpí nuestro beso y le quité del todo la camisa, maravillándome con su torso desnudo, mientras tocaba esa clara, dura y limpia piel. Mis uñas se dirigieron hacia sus abdominales y dejé mis manos ahí, mientras le decía:

—Quiero hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Quiero darte placer también —me obligué a responder y tuve que usar mucha fuerza de voluntad para no dejar de mirarlo a los ojos—. Dime que tengo que hacer. Lo haré.

Sonrió y no fue una sonrisa egocéntrica, fue amable y entendedora.

—Otro día será sobre lo que yo quiera hacer, Genneva. No hay prisa —dijo—. No esta noche.

—¿Entonces qué haremos?

—Lo que desees hacer tú —dijo como si nada—. ¿Te incómoda que esté encima de ti?

Tardé unos segundos en responder y después dije: —Sé que eres tú.

En el pasado, había sido terrible la idea de tener a un hombre encima de mí. Era avergonzante, doloroso y demás. Pero este era Kaydan y con él nada era así y...

—Ya sé que soy yo —me guiñó un ojo—. Pero vamos a hacerlo mejor.

Me dejó ahí acostada en la cama y lo vi caminar alrededor de esta, antes de subirse por el otro lado y apoyar su espalda contra la cabecera.

—Ven aquí —ordenó—. Deslízate hacia tu hombre, hada.

Me volteeé para verlo y ni siquiera mi desnudez me afectó tanto, como el hecho de que él acababa de decir que era “mi hombre”.

Iba a matarme.

Seguí su orden y gateé hasta donde estaba sentado como si de un rey se tratase. Me esperó en silencio y con picardía en los ojos, mientras me detallaba como si estuviese planeando devorarme una tercera vez.

Cuando llegué a él, me llevó a su regazo y me hizo que separara las piernas para sentarme en sus muslos y cuando lo hice, sentí lo duro de su erección apretarse contra mis nalgas y el rubor y la necesidad volvieron.

—A tu ritmo —fue lo único que dijo—. Iremos a tu ritmo y, a la próxima, te mostraré el mío.

—¿Qué pasa si quiero aprender de tu ritmo desde ya?

Sonrió.

—Descuida, Genneva. Incluso en tu lado de la arena, puedo demostrarte que es estar conmigo y cuál es el voltaje que tengo —llevó una mano a mi nuca y me inclinó hacia delante para acercar nuestras bocas, al mismo tiempo que mis muslos se aliñaban con la dureza detrás de sus pantalones—. Ya terminamos el juego previo, vamos por lo que nos pertenece.

Los besos volvieron. Su lengua rodeó la mía, mis dientes marcaron sus labios y mis caderas comenzaron a moverse en círculos ansiosos, mientras el roce de su erección era cada vez más y más fuerte.

Estaba segura de qué jamás había besado con tanta pasión y cuando sentí que de mí podía ebulir un volcán, me separé un poco de él, tomé una respiración y deslizándome brevemente hacia atrás en sus piernas, llevé mis manos a los botones de su pantalón negro y susurré: —Hagámoslo.

Kaydan me observó.

—Dilo fuerte y sin susurrar.

—Hagámoslo —repetí—. Quiero hacer esto contigo.

—Entonces, toma lo que quieres.

Lo hice. Mis manos temblaron mientras desabotonaba los botones de su pantalón, pero no me detuve. Jamás en la vida había estado tan segura de algo como el hecho de qué quería ser suya en ese instante y fue por eso que seguí adelante.

Mi respiración se cortó cuando él levantó sus caderas y me ayudó a bajar por sus duros muslos sus pantalones oscuros y la ropa interior del mismo color. Pese a que se mostró sereno y paciente, era claro que su excitación estaba ansiosa, ya que su miembro salió a flote de manera inmediata y mi respiración se cortó cuando mis ojos cayeron sobre él y todo lo que era.

Lo había imaginado muchas veces, pero la realidad era netamente distinta. Era más grande, más intimidante, más sonrojado y, en definitiva, más prometedor.

Mordí mi labio inferior con fuerza, mientras llevaba mis ojos a la mirada verde con azul del rubio —él estaba observándome fijamente—, y tras una pausa, volví a mirar su miembro y mis ojos recorrieron la escultura enorme de su longitud y no pude evitar lamer mis labios con ansiedad y deseo, porque era la primera vez que no encontraba asquerosa aquella parte del cuerpo de un hombre.

—¿Puedo tocarte? —pregunté.

—Puedes hacer lo que desees, Genneva —fue su ronca respuesta—. Lo que quieras.

Me sentí eufórica y aliviada cuando llevé mi mano izquierda alrededor de su duro miembro y él se estremeció y vibró debajo de mí, mientras mi corazón latía de forma violenta y yo trataba de hacerme cargo de su magnitud y longitud.

El aire alrededor de ambos se volvió más denso y cargado, mientras trataba de envolver todo su eje con mi puño y comencé a subir de arriba abajo tratando de acariciarlo, mientras lo escuchaba a él maldecir entre dientes y yo volví a morder mi labio inferior con fuerza, tratando de controlar lo que estaba sintiendo.

Mis caricias se volvieron más rápidas y las manos de Kaydan se apretaron en mi cintura, casi como si necesitara anclarse a algo. Por un momento pensé que podría estar

haciendo algo mal, pero de repente, un gemido ronco y varonil escapó de él, y con ese sonido, sin más, mi miedo se evaporó y el deseo tomó el control.

Ambos volvimos a besarnos y no dejé de tocarlo en ningún momento. Como si fuese posible, se puso más duro y apreté más mi agarre, haciéndolo maldecir y después decir: —Mierda, Genneva.

—¿Lo estoy haciendo bien?

No respondió, solo siguió devorándome con su mirada y tuve que apretar mis muslos porque me sentí gotear y...

—Basta de juegos —dijo—. Ven a tomar lo que necesitas y aprieta esos muslos cuando me tengas donde quieres, hada.

Me sonrojé.

—Vulgar.

—¿Eso te parece vulgar? —bromeó y me atrajo hacia él, haciendo que nuestros pechos se pegaran y yo dejara ir su dura polla—. Espera a que estemos en mi turno.

Me estremecí ante su promesa, pero no me quejé. Volví a besarlo y sentí el roce de su miembro entre mis muslos, directamente en donde estaba más mojada e hinchada, y no pude evitar gemir en su boca, mientras él llevaba una mano a su propio eje y con maldad usaba la cabeza de su miembro para barrer y sobar los labios de mi coño, mientras me besaba y me hacía jadear con su tentativa.

Todo fue caliente, frenético y más. El placer comenzó a construirse en mí, mientras él me rozaba y yo sentía que necesitaba más.

Siempre más.

En el pasado había sido doloroso la parte sexual, pero, cuando me alejé para verlo a los ojos y puse mis brazos en sus hombros para rodearlo, no me quejé, ni me estremecí cuando sin dejar de verme, llevó todo lo duro de él, a lo sensible en mí y poco a poco comenzó la presión para entrar en mí.

Para tenerme a mí.

Mordí mi labio inferior con fuerza, mientras sentía la manera como me iba estirando poco a poco su dureza y longitud. Kaydan fue paciente, pero no se apagó. Besó mis labios de nuevo, después los llevó hacia mi barbilla para dejar besos también ahí y, por último, los dirigió hacia mi oreja y mientras poco a poco me tomaba, me susurró lo perfecta y diosa que era para él en sus manos y ante su vista, y como ni siquiera la luz de la luna podía competir contra mí.

Gemí con fuerza cuando sentí la leve molestia y escozor por tener un poco de él en mí, pero no me quejé y tampoco lo detuve. Lo que estaba sintiendo no era solo físico, sino también emocional y fue por ello que enterré mis uñas en su espalda, justo cuando me tomó por las caderas y me bajó un poco más.

—¿Está todo bien, Genneva? —su mirada era netamente oscura.

—S-sí —susurré—. Sí.

—Mírame, vida.

Obedecí y gemí de nuevo cuando se hundió más en mí, tocando puntos que se sentían apretados y tan estrechos que dolían, pero al mismo tiempo me hacían ver las estrellas. Me sugirió que fuera a mi ritmo, a mi manera y lo hice.

Enterré mi rostro en su garganta, mientras ahora era yo la que movía mis caderas en círculos, ansiosa por encontrar más placer y poco a poco fui tratando de tomar todo de él, pero al parecer aquella noche sería imposible, ya que dijo con leve diversión.

—Suave, esto es tuyo, pero vas a necesitar práctica y esfuerzo para tenerlo todo, Genneva —me detuvo un poco—. Ya aprenderás a cómo gobernarlo.

La sangre subió a mis mejillas y yo jadeé.

—¿Entonces qué tengo que hacer?

—Disfrutar sin dolor, solo así —respondió y llevó sus labios a mi garganta, mientras yo me prendía de sus hombros y comenzaba a subir y bajar sobre el trozo de su miembro que ya estaba dentro de mí.

Tomé más de la mitad y dolía y al mismo tiempo me daba placer. Su grosor era agónico para mí, pero también algo que sabía que jamás sacaría de mi mente y eso era lo que quería.

El sudor comenzó a deslizarse por mi garganta y entre mis pechos, y el rubio siguió con su lengua el trayecto de las gotas ociosas, mientras yo seguía agarrada de sus hombros subiendo y bajando, y sintiendo como realmente le pertenecía a un hombre al que quería pertenecerle.

Él llevó sus dedos al nudo tenso y mojado entre mis pliegues y mientras yo seguía tratando de tomar lo más que podía de él, me estimuló y agregó el doble de placer, mientras su otra mano iba a mis caderas y él me enseñaba el movimiento y el ritmo con el que tenía que ir para lograr encontrar ese orgasmo el cual necesitaba tanto y me tenía tan ansiosa.

Besos, toques y jadeos llenaron esa madrugada. Una madrugada en donde pese a su orgullo y carácter, Kaydan me demostró de nuevo lo perfecto y bueno que podía ser conmigo.

Una madrugada en donde dejé atrás los demonios que empezaron desde que era muy joven y me permití experimentar el placer a carne viva, mientras lo montaba al ritmo que él me había enseñado y permitía que sus labios y dientes marcaran mi garganta y mis pechos, mientras yo tiraba de su cabello y gemía su nombre.

Todo se volvió más histérico cuando la base del orgasmo comenzó a devorar mi piel y a construirse dentro de mí. El sonido que hacía mi cuerpo al chocar con el suyo fue tan

caliente que me hizo sonrojar aún más, pero jamás se me pasó por la cabeza el detener el acto y menos teniendo en cuenta la forma como él me miraba. Como si intentara memorizarme.

—Eso es, mantén tus ojos de plata en mí, Genneva —llevó su mano a mi barbilla y la levantó para hacerme verlo mejor, mientras su dedo índice acariciaba mis labios y los separaba con la yema de su dedo—. Mírame mientras aprietas esos muslos para mantenerme casi por completo dentro de ti y te corres conmigo.

Gemí ante sus palabras, aún subiendo y bajando sobre su eje.

—Te sientes tan bien y tan precisa para mí —agregó con la misma ronques—. Que tendremos que volver a esto una y otra vez, para lograr sacarte de mi sistema.

—S-sí quiero.

—¿Qué cosa?

—Quiero volver a hacerlo una y otra vez —jadeé y cerré los ojos—. Quiero hacer esto para siempre contigo.

No tuve que verlo para saber que estaba sonriendo cuando me respondió: —Es obvio, no puedo culparte.

—Kaydan...

—Shh —acercó su boca a la mía—. Cierra la boca y ahora recompénsame dejando mis muslos tan mojados como el paraíso entre tus piernas.

El frenesí estuvo ahí y pese a que yo llevé el ritmo, las estocadas de él fueron un poco más profundas, dando en ese lugar exacto que me llegó al paraíso y sin dejar de temblar o sudar, lo abracé con fuerza y mordí su cuello para tragarme los gemidos, justo cuando el orgasmo me llegó y fue tan potente y descontrolado, que me desvanecí temblando contra él, mientras decía su nombre una y otra vez, y él gruñía algo en voz baja y buscaba su propio alivio. Cuando lo encontró y yo no me sentí presa o asqueada por el pasado, sino más bien en las puertas del presente, lo supe.

Las cadenas de oro habían sido rotas.

El pasado ya no me definía.

—Tenemos que hacerlo de nuevo —susurré, tratando de recuperar el aliento y sintiendo mis piernas temblar alrededor suyo—. Pero ahora tú sobre mí —agregué—. Necesito tu peso sobre mi cuerpo.

Sonrió y me dejó ver ese maldito hoyuelo.

—Ya te dije que este fue el inicio, hada —se movió velozmente y de repente, era yo quien estaba acostada en la cama y fue él quien se irguió sobre mí—. Estás hecha un desastre sudoroso.

No respondí.

—Voy a hacerme cargo de cada gota de sudor con mi lengua y una vez termine con ellas y con tu cuerpo temblando, vamos a volver a la plática de porque no debes mentir y porque jamás debes volver a llamarme gay.

—Kaydan...

—Silencio —se alejó para verme mejor desde arriba y de repente dijo: —Y separa las piernas, Genneva. Cúpleme la fantasía de ver como me escurro fuera de ti y, mientras lo hago, recuerda que ya me dijiste que me amas

Mordí mi labio inferior, pero lo hice. Recordé que le había dicho "te amo" y le cumplí su fantasía. Lo amaba tanto, que estaba dispuesta a cumplirle todas y más.

Lo haría todo por él.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 51.

51

Kaydan.

Las obsesiones eran para débiles, pero lo que yo sentía por Genneva estaba lejos de hacerme sentir como un maldito débil. Me sentía poderoso, hambreado y quería más.

Necesitaba más de ella.

No podía sacarla de mi mente en ningún momento. No podía olvidar lo bien que sabía, lo dulce y suave que era, mientras estaba encima de mí y me llevaba al paraíso húmedo y apretado de entre sus piernas.

No podía trabajar sin pensar en Genneva. No podía pensar en Genneva, sin necesitar más de Genneva y, en definitiva, no podía dejar de desear a Genneva, sin olvidar como trataba de acoplarse a mí y me pedía que la hiciera venir una y otra vez.

Ella era adicta al placer y yo, siendo adicto a ella, estaba dispuesto a cualquier cosa y así fueron los días siguientes.

Me tomé siempre el tiempo de ser paciente y complaciente. Ya habría espacio para lo duro y lo ansioso, pero, por ahora, mientras los días pasaban y ella se armaba de más y más valor. Mi boca se la aprendió de memoria, mientras ella me tocaba y después me pedía que le demostrara lo bueno de estar solo conmigo y lo hacía.

Siempre la tocaba en el lugar correcto, con la presión adecuada y mi recompensa era tenerla escurriendo sobre mis dedos, mientras gemía mi nombre y me miraba como si yo fuese lo que más adoraba. Y pese a que no volvió a decirme que me amaba, si creía que lo hiciera.

Si creía que ella sentiera aquello por mí y eso me llenó de una satisfacción que ni siquiera el dinero o el poder podrían darme.

—¿Vas a tomar la costumbre de recogerme cada madrugada? —me preguntó Genneva una noche de tantas, luego de que la esperé afuera del terrible lugar en donde trabajaba.

—Puede.

—Krepto se va a molestar.

—¿Krepto se va a molestar por qué vengo por ti? —pregunté—. Explícame eso a profundidad.

Sonrió y se giró para verme, antes de inclinarse por encima de la consola de mi auto y besar mi mejilla.

—Krepto se va a molestar porque lo haces perder tiempo y podría estar haciendo otras cosas.

—A nadie le importa Krepto y ti menos —fue lo que dije y fue mi turno de inclinarme por encima de la consola—. Y ahora calla y saluda bien.

La besé de la manera que me gustaba besarla, mientras mis labios se abrían sobre los suyos y me sentía de regreso a casa una vez su lengua tocó la mía.

Los besos y las caricias jamás se detenían en aquello después de que estuvimos juntos por primera vez. Genneva siempre quería más, yo siempre deseaba más y pese a que siempre esperábamos a estar en mi casa o en la suya, en aquel momento no sucedió así e ignorando o quizás agradeciendo la oscuridad y soledad de los alrededores -a mi me daría igual si había una maldita multitud-. Ella terminó en mi regazo, mientras el beso seguía y mi mano se deslizaba dentro de sus pantalones y tocaba ese lindo y sonrojado coño que era solo mío.

—N-necesitamos tomarnos todo con calma —dijo, pero mordió su labio con deseo, mientras que dos de mis dedos encontraban el camino estrecho que tanto me gustaba—. O...

—¿O solo haces silencio y te dejas llevar? —se estremeció cuando fui más rápido—. ¿Qué te parece?

No tuvo que responder, los vidrios del auto terminaron empañados una vez le di lo que tanto le gustaba y probé y mastiqué de su boca sus gemidos y jadeos.

Estuve a punto de hacerla montarme a ahí mismo, pero no teníamos protección y ambos habíamos asegurado de que no volveríamos a hacerlo sin protección o antes de que ella comenzara su proceso de planificación.

Esa madrugada, la convencí de quedarse conmigo y Barío en mi casa -sí, el tuerto se estaba quedando conmigo- y tras mirarme unos segundos, solo había preguntado.

—¿Por qué quieres que me quede a dormir tanto contigo? —la pregunta había sido suave, pero había algo más ahí—. ¿Por qué quieres sexo?

—Porque no duermo, pero si lo hago, al despertar, quiero que estés ahí conmigo —fue mi simple respuesta—. Me gusta saber que estás ahí, Genneva. Se siente más real.

—¿Qué cosa?

—El hecho de que eres mía.

—¿Lo soy?

—¿Lo eres? —le devolví la pregunta y sonrió.

Ella sonrió e iluminó todo.

—Lo soy —besó mis labios—. Soy tuya, Kaydan Von Sclaén.

No había una palabra clara para describir lo que éramos realmente, pero quizás era tanto y pesaba de tal manera, que simplemente no necesitábamos una palabra para clasificarlo.

No era necesario, pero a la mañana siguiente, cuando desperté y la encontré a mi lado, totalmente dormida y con su pierna encima de la mía, supe sin duda alguna que no solo quería hacer esto para toda la vida.

Necesitaba de esto para siempre y por ello tomé la decisión.

La haría mi mujer.

Necesitaba encontrar la manera de hacer a Genneva mi mujer y hacer que ella me necesitara tanto como yo a ella.

—¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo? —me preguntó Seth con impaciencia, mientras yo estaba sentado detrás de mi escritorio en Vértize.

—No me interesa lo que estés diciendo —fue mi respuesta y traté de fingir que estaba mirando una base de datos, pero realmente estaba pesando en Genneva y lo dulce y suave que fue conmigo en la mañana.

Desayunar no era lo mío, pero me hizo café y me obligó a comer pancakes con frutas con ella, mientras se sentaba en mis piernas y me besaba cada que tenía oportunidad.

Jamás había estado tan de buen humor una mañana.

—¿Qué piensas hacer con Gidez? —quiso saber él, mirándome con seriedad—. Ya te dio la información que querías. ¿Cuándo lo vas a asesinar?

—No por ahora —respondí y miré a mi mano derecha—. Tengo otros planes para él y espero que me sirva como advertencia de lo que le ocurrirá a cualquiera que la toque a ella.

—¿Te la estás follando, no? —tuvo la osadía de preguntarme el imbécil.

Lo observé por unos segundos en silencio, antes de inquirir con voz letal: —¿Por qué estás hablando de Genneva y lo que hago o dejo de hacer con ella?

—Ni que fuera una Diosa para no poder nombrarla.

—Cuidado —advertí—. Si existe algo superior a una deidad en este mundo, en mi mundo, es ella y eso significa que no puedes ni nombrarla, imbécil.

Me analizó y de repente, sin más, sonrió como si supiera algo que yo no.

—Deberíamos hacer una cita doble entonces —tuvo la osadía de decir—. Rhea le encantaría conocer a tu... Amiga.

Iba a arrancarle los dientes por la forma en que había pronunciado la palabra “amiga”, pero solo dije:

—Mantén a esa psicótica de tu esposa lejos de Genneva.

—¿Qué? ¿Tienes miedo de que alguien le cuente a tu linda amiga todo lo que has hecho? —sí, iba a matarlo—. Quizás te deje.

—No pasará —mi respuesta fue segura—. Genneva jamás me va a dejar.

Eso era lo único seguro que tenía en la vida y nada que dijera ese bastardo me cargaría de pensar en la posibilidad de que ella se fuese.

—Y ya que andas tan desocupado metiéndote en cuestiones ajenas, encárgate de Parker y la cuestión de las notificaciones.

—¿Hasta cuándo vas a estirar ese asunto? —dijo con disgusto—. Simplemente mátalos a ambos y ya está.

—Hazle saber a Parker que quiero que firmen los papeles y esta es mi última notificación —lo miré con seriedad—. No quiero saber más de este asunto y si no tengo la firma antes del otro mes, ya saben cómo actuaré.

Ese asunto con Parker y su familia era algo que había estirado por demasiado tiempo y todo porque fue el mejor amigo de Christian. Aun así, no pensaba seguir en aquello y necesitaba zanjear esa etapa de mi vida lo antes posible.

—No está en la ciudad —fue la respuesta de Seth—. Ni él, ni...

—Van a volver tarde o temprano o, si no, haz que los cazen en cualquier lugar. Quiero mi firma.

Él asintió, sabiendo que estaba hablando muy en serio y antes de que pudiera decir algo más, me llegó un mensaje de Krepto en donde me decía que Justien había llegado a mi edificio y llevaba consigo todo lo que requería para los nuevos exámenes de Genneva.

Seth y Will habían torturado a toda la familia de Gidez frente a él, para así, lograr sacarle información sobre el veneno que tenía la rubia y cuál era el antídoto.

Incluso el bastardo más frío se rompía ante el terror de ver sufrir a su familia y el imbécil terminó dándonos la base central del propio veneno que creó y cual era el antídoto indicado para aislar la cepa infecciosa.

Ya Justien y el resto de los especialistas estaban trabajando para encontrar un antídoto definitivo y que el doctor hubiese aparecido, solo significaba que todo estaba marchando en orden y por fin ella dejaría de usar esas malditas dosis diarias.

—Cercené a su familia frente a él una vez me dio el nombre del veneno —me había notificado Seth—. Complácete al saber que gritó hasta quedar afónico, mientras la sangre salía del cuerpo de su esposa y de sus hijos y empapaba su propia ropa.

En ese momento, Gidez estaba encerrado en un abismo oscuro que hasta mi decisión sería su purgatorio y, por otro lado, yo estaba a nada de tener a Genneva totalmente limpia y sana.

Aún tenía muchas cosas en mente y no me sacaba la tensión de la mierda con Lucys, sus palabras seguían resonando en mi mente, pero, tenía todo cubierto. Estaba rodeando todos los panoramas y estaba seguro de que poco a poco, todo estaba volviendo a su orden.

—Iré con Genneva —me puse de pie y miré a Seth—. Encárgate de todo aquí y avísame cualquier cosa.

Él asintió y cuando yo tomé mi teléfono para salir, dijo: —Espero que el antídoto de frutos. No es vida estar así dependiendo de algo por tanto tiempo.

—No pasará —no lo miré—. Ella estará bien.

En mi cabeza no había posibilidad para otra cosa que no fuese el hecho de que ella se fuese a poner bien y por ello fue que estuve seguro y de buen humor una vez salí de Vértize, porque alejarla de esas malditas inyecciones ya sería algo bueno.

Sin embargo, mientras era llevado a mi edificio y me preparaba para todo, esperé cualquier cosa, menos la vuelta que me tenía el puto destino y hablaba desde todas las perspectivas.

**

—Necesitábamos un antagonista sintético para aislar la cepa química y tóxica que hay en el cuerpo de Genneva —había explicado Justien junto al toxicólogo dos días atrás—. Hemos tomado más pruebas de sangre y hemos podido llegar a la conclusión de que con un fijador metabólico ya no será necesario seguir con las dosis y podremos por fin exterminar el veneno impuesto en las moléculas.

Genneva me había sonreído contenta al escuchar aquella información, totalmente ansiosa por librarse de su calvario.

—¿Estás seguro de que eso es lo correcto? —había sido mi tajante pregunta hacia Justien.

—Nos basamos en la información que nos dieron del veneno, señor —me miró con seriedad—. Hemos hecho los análisis y, definitivamente, si hemos encontrado al cien por ciento el factor común del veneno y ya podremos erradicarlo del todo.

—Si le llega a pasar algo a... —Mi amenaza había comenzado a nacer en mis labios, pero de manera inmediata, antes de que pudiera llegar muy lejos, Genneva puso su pequeña mano en mi brazo y me detuvo.

—Oye, todo estará bien —susurró—. Relájate, ¿sí?

Le lancé una mirada que dejaba bastante claro que no iba a relajarme con absolutamente nada que tuviera que ver con ella, pero lo permití.

Permití que le pusieran el nuevo antídoto y le quitaran el otro.

Lo permití y por un día todo estuvo bien, por una semana todo siguió de tal manera, pero, quince días después, antes de la llegada Mayo, todo comenzó a cambiar y lo noté.

Comenzó con pequeños temblores. Ella no se daba cuenta porque era muy distraída cuando se encontraba en su invernadero, pero yo estaba obsesionado con su persona y siempre estaba viéndola. Tanto, que comencé a notar que sus manos no eran tan firmes como antes.

Era como si hubiese desarrollado un pequeño tic que la hacía estremecerse por una fracción de segundos y después desaparecía como si nada. Al inicio no dije nada porque pensé que sería cualquier cosa, pero, la cuestión fue subiendo de intensidad y algunos días más, después del trabajo, ella me miró y regalándome una sonrisa triste, dijo:

—Espero no perder mi trabajo.

—¿Por qué pasaría eso? —había sido mi pregunta.

—Fui un desastre hoy —dijo—. Hoy mis estúpidas manos decidieron ser defectuosas y dejé caer dos bandejas de alitas. Me las van a descontar, pero espero no quedarme sin empleo.

Yo la había analizado en silencio por unos segundos, mientras mi mente maquinaba lo que ella acababa de decirme y sin responder nada, sólo llevé mi mano a su barbilla y trayéndola hacia mí, besé castamente sus labios y le dije: —Todo estará bien, solo fue un mal día, hada.

Sonrió.

Ella siempre sonreía, ya no era ni la sombra de la mujer que había conocido meses atrás y eso me tenía más jodido y embelesado que nunca.

—Sí, quizás solo debo descansar —respondió—. Solo eso.

Genneva y yo habíamos adoptado una rutina en donde, si yo no estaba fuera de la ciudad o del país, un día nos quedábamos en su casa y al otro en la mía. La necesidad por estar siempre cerca del otro nos tenía totalmente rebasados y pese a que ella continuaba llamándome su “mejor amigo”, yo sabía que había algo más, pero no quería presionarla a querer tener algo.

Al menos no todavía.

Ella había pasado mucho tiempo de su vida atada y quería que experimentara un poco de la libertad antes de convertirse en lo que realmente debía de ser: Mi mujer.

Las manos temblando solo fueron el inicio de los síntomas de ella, porque dos días después, sin más, tuvo un bajón energético que la puso a dormir más de doce horas y, por otra parte, se despertaba cada poco con terrores nocturnos, mientras sudaba y sudaba.

—No es normal —le dije a Justien con dientes apretados, una tarde que la vi a ella temblar en sueños—. Algo está mal con ese maldito antídoto que le pusiste y te quiero aquí ahora mismo para solucionar esto.

Iba a matar a alguien, eso era una realidad y cuando los doctores me aseguraron que el antídoto que habían hecho se basaba en el veneno que dio el bastardo del Gidez, deduje rápidamente que nos había engañado y un temor creció dentro de mí.

¿Qué probabilidad había de que el veneno dentro de Genneva no tuviera cura?

No iba a pensarlo. No quería hacerlo e hice que los doctores tomaran más pruebas e incluso traje a nuevos especialistas porque quería una segunda versión.

La quería a ella sana.

Pero lo que comenzó con manos temblorosas y falta de energía, terminó con una Genneva algo... Silenciosa y aislada.

Por ocasiones, de la nada, se quedaba totalmente en silencio y no decía mucho. Era como si la desconectarán y no le importara mucho su alrededor. Ni siquiera ese trabajo que tanto cuidaba y al cual ya no quería volver.

—¿Qué más te duele? —le había preguntado una noche, después de que la hubiese llevado a urgencias a la clínica privada de Vértize por un dolor de cabeza—. Debes decírmelo todo, Genneva. Necesito que...

—Yo necesito que hagas silencio, Kaydan —había sido su ruda interrupción, mientras miraba la pared—. Quiero silencio y no me lo das.

Me sorprendió su contestación porque ella jamás era así conmigo, pero antes de que pudiera decir algo, simplemente cerró los ojos, suspiró y dijo: —Lo siento, no debí hablarte así —no había emoción en su voz—. No es tu culpa, solo me siento cansada y... ¿Podemos hablar después?

—Seguro —rodeé la cama y me acerqué para llegar a ella y sin poder evitarlo, llevé mis manos a sus mejillas y mis ojos se posaron en sus pálidos labios—. Estarás bien, Genneva.

Asintió.

—De acuerdo.

Besé castamente sus labios y no pasé por alto el hecho de que su boca estaba fría, al igual que ella.

—Quiero dormir.

—Duerme, entonces, vida.

Comenzó a acostarse y cuando terminó de hacerlo, cerró los ojos y tras unos segundos, añadió en un suspiro:

—Te amo, Kaydan. Quiero decirlo por si más tarde no lo siento.

Eso me hizo tensar y cuando le pregunté a qué se refería, fue demasiado tarde porque ella ya estaba totalmente dormida y cuando despertó, lo hizo en medio de una pesadilla, mientras temblaba y llamaba a su hermana Nina.

—¿Qué mierda es lo que tiene? —le pregunté a Justien una hora después, justo cuando lo tomé por la camisa y lo estrellé contra la pared de los pasillos de la clínica—. ¿Qué mierda es?

—Agente cero, señor —me dijo nervioso, mientras me entregaba un historial médico—. Hemos hecho todos los exámenes en conjunto con los nuevos investigadores clínicos y hemos llegado a la hipótesis de que: O ella está haciendo alergia al último antídoto o, en definitiva, hay un agente cero e indetectable en su cuerpo.

—¿Qué mierda significa eso?

—Gidez mintió y lo que hay en la sangre de la señorita Genneva hasta ahora no puede ser detectable y, posiblemente, no tenga cura.

Escuchar eso y ser confirmado por los nuevos especialistas que traje para revisarla sólo creó un eco dentro de mí. Un eco que me llevó de regreso a Vértice y cuando hice que sacaran a Gidez de la maldita celda oscura en la que estaba, exploté.

Exploté como un animal en cautiverio que llevaba mucho tiempo siendo acorralado y en medio de mi ira sanguinaria y desespero notable, lo golpeé y una vez la sangre de su rostro se entremezcló con la de mis nudillos, pregunté entre dientes: —¿Qué mierda le aplicaste a ella?

No respondió, solo me miró.

—Dime la maldita cura de lo que le aplicaste —lo zarandeé con violencia—. ¡Dímela! —Grité, yo que jamás gritaba y la respuesta del bastardo fue una sola.

Sonrió y después rió.

Él se rio en medio de la sangre, no dijo nada y de repente, recordé las palabras de Lucius y sin más; sentí como el bienestar de Genneva ya no me pertenecía a mí.

El poder lo tenía otro.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 52.

52

Genneva.

La cura al veneno no había funcionado en mí.

Al parecer, el nigeriano mintió sobre lo que estaba dentro de mí y una vez me pusieron el antídoto, aquel no funcionó y mi cuerpo comenzó a tener efectos terribles como manos temblorosas, fiebre, terrores nocturnos y algo que no podía explicar.

Algo que iba a nivel mental o incluso más lejos. Era como si aparte del desespero y la ansiedad, todo dentro de mí se bloqueara y no fuese capaz de sentir otra cosa que no fuese frialdad y vacío.

Era como si todo hubiese sido extraído de mí y me encontré temblando porque quería que todo acabara, pero, por todo, no sabía si me refería al vacío o a la vida.

Ese pensamiento me desconsoló porque yo no quería morir. Yo quería estar con Kaydan y por eso mismo había tenido que comenzar a tomar de nuevo el antídoto que Justien y los otros especialistas habían creado inicialmente para mí. Las inyecciones cada ocho horas volvieron, pero, por suerte, la terrible sensación en mí desapareció y volví a la normalidad.

Volví a sentirme segura y serena. Regresé a desear trabajar y, sobre todo, no volví a hablarle mal a Kaydan.

Eso me pesaba.

Por los días que estuve con el supuesto antídoto “verdadero”, fui distante y dura con él. Hice comentarios que no debía y pese a que él jamás me lo recriminó o dijo algo sobre aquello, en su mirada verde con bordes azules vi cuánto le resentía mi comportamiento y días después, quería solucionarlo.

Kaydan dijo que todo estaba bien, pero estaba más tenso y distante que nunca. Estaba preocupado por todo lo que estaba sucediendo y por eso mismo, había pedido aquel día libre en el trabajo y sabiendo que él iba a quedarse todo el día y toda la noche

trabajando en su empresa, busqué una receta de papas al horno que sabía que le gustaba y tras hacerlas, empaqué todo en dos envases de vidrio y le pedí a Krepto que me llevara con él.

Sabía que nada sucedía sin que Kaydan lo supiera y por ello mismo, cuando llegué a su empresa, no me sorprendí al tener a una persona esperándome para indicarme por donde tenía que moverme dentro de la gran y lujosa estructura para llegar a la oficina del CEO.

Todo era enigmático, lujoso y exitoso. Justo como él.

Esto era otra cara de la vida de Kaydan que no conocía muy bien y en la que tampoco encajaba, pero decidí no darle importancia porque pese a que él y yo éramos de dos mundos totalmente diferentes, yo lo amaba y no quería dar marcha atrás.

Le había prometido no hacerlo y, siendo sincera, ¿cómo lo haría?

No podía pasar las noches sin pensar en la manera como mi corazón se aceleraba cada que me miraba y me tocaba de esa manera que me hacía sentir hermosa, perfecta y deseada. No podía dejar de pensar en sus labios y la forma como solía besarme, mientras sus dedos llegaban entre mis piernas y me recordaba que era el único hombre que alguna vez pensó en mí y me enseñó no sólo el placer, sino lo caliente detrás del deseo y del consentimiento.

Sí, amaba a Kaydan Von Sclaén y quería sentirme de aquella manera para siempre y por ello sonreí.

Lo hice mientras escuchaba las indicaciones de la persona encargada de dirigirme al último piso del gran monstruo que era esa empresa.

—Susan ya la estará esperando para recibirla arriba, señorita Genneva —me dijo el señor—. Gracias por la visita.

Asentí, encantada con el hecho de que ahí todo el mundo fuese amable conmigo y no me haría la boba, sabía que era probablemente por orden de Kaydan, pero se sintió bien.

Sentirse bienvenida era algo bueno y quizás, solo quizás, yo no era tan ajena al mundo de él.

Una vez el ascensor paró y las puertas de cristal se abrieron con un suave chasquido, yo estuve tan entretenida revisando que las papas no se hubiesen volcado del todo dentro de mi bolso, que ni me fijé que el aparato se detuvo primero dos pisos por debajo de donde se suponía que estaba Kaydan y sin mirar nada, simplemente comencé a salir, pero me detuve abruptamente cuando choqué contra algo o mejor dicho contra alguien y le hice caer al piso.

—Ay —escuché que dijo ella en voz baja, mientras sacudía la cabeza y de manera veloz intentaba recoger el desastre de papeles que se hizo en el piso, a su alrededor—. Lo siento, no te vi.

Me incliné rápidamente para ayudarla a recoger lo que se le había caído, mientras sentía la pena comerme viva.

—Lo siento, fue mi culpa —mi voz sonó tranquila, firme—. No me fijé por dónde iba.

Le entregué todo lo suyo y ella lo metió de regreso a su carpeta, justo cuando ambas nos erguimos y yo vi el rubor subir a las mejillas pecosas de ella.

—Fue mi culpa, venía en el móvil —suspiró y alejó el cabello marrón claro de su rostro—. Soy un desastre.

No dije nada, sólo retrocedió un paso para volver a la seguridad del ascensor y ella agregó: —¿Subes o baja?

—Subo.

—Está bien, bajo, pero, subiré los dos pisos y bajaré el resto.

—Bien.

Ella entró conmigo al ascensor y se hizo en la esquina opuesta de donde yo estaba. El trayecto a los otros dos pisos no duró más que unos cuantos segundos, pero cuando volví a ver a la chica de cabello marrón, la encontré apenada mirando la punta de sus zapatos.

—Que tengas feliz resto de día —le dije, cuando las puertas finalmente se abrieron en un lugar más hermético que dos pisos abajo.

Ella levantó su mirada avellana a mí y me analizó unos segundos, antes de regalarme una suave sonrisa: —Oh, tú también. De nuevo, lamento lo de antes.

Salí sin decir nada más y rápidamente el bochorno por el inconveniente con la chica quedó a segundo plano, ya que cuando caminé por el pasillo de pisos de mármol y llegué al final de lo que parecía el comienzo de un mundo de ventanales que dejaban ver todo Londres, me encontré de frente con la secretaria de Kaydan, Susan.

Era linda.

Eso fue lo primero que pensé, cuando vi su cabello negro perfectamente peinado. Ella me regaló una sonrisa de cortesía, pero no pasé por alto que me reparó disimuladamente.

—Señorita Genneva —dijo—. Él señor Von Sclaén la está esperando.

—Bien, gracias —mi tono fue formal—. ¿Hacia dónde debo ir?

—Yo la llevo, descuide.

Caminé detrás de ella en silencio, apretando mi bolso contra mi costado y traté de repetirme a mí misma que no debía de estar nerviosa. Iba a ver a Kaydan.

Sí, sabía que él era un hombre sumamente importante y peligroso, pero también era el mismo hombre que me besaba cada dos segundos. El que me pedía que me quedara

con él y el hombre que me construyó un invernadero solo porque sabía que amaba las flores.

Me repetí que era mí Kaydan y traté de repetírmelo cuando vi que Susan se detuvo frente a una gran puerta oscura, tocó dos veces y sin más, abrió aquella y reveló lo que era la cuna del poder y la elegancia.

La gran oficina tenía una panorámica de la cima de los rascacielos londinenses. Y pese a que desde la altura todo se veía borroso y demasiado pequeño, la ciudad se extendía bajo la pared de cristal como un mundo de hormigas que se movían de un lado a otro.

La habitación era algo oscuro y brutal de ver. El escritorio monolítico de obsidiana y la silla cromada sólo dejaban en claro que era el lugar de un hombre poderoso como Kaydan, el cual todo le gustaba elegante, oscuro y minimalista.

Quise continuar analizando la claridad de las paredes y la magnitud de los ventanales que conformaban todo el sitio, con el contraste de los libreros alrededor y el bar de tragos que probablemente valían una fortuna, pero aquello no fue posible porque desde que mis ojos llegaron a la silla cromada y vieron al poderoso hombre sentado ahí vestido con pantalones de traje a medida negros y una camisa elegante del mismo color. Sentí que todo falló en mí.

Más aún cuando lo escuché hablar por teléfono en su idioma natal -alemán-. Con un tono de voz frío y demandante.

Él me podía, y lo hizo aún más cuando levantó la mirada de su computador y aquellos perfectos ojos cayeron inmediatamente en mí.

El sonrojo llegó a mi rostro.

Dijo algo más y cortó la llamada sin dejar de verme nunca, antes de dejar ir su teléfono, ponerse de pie y estirar una mano hacia mi dirección.

—Genneva —mi nombre no se escuchó frío en su boca, más bien sonó gustoso y ansioso—. Ven aquí.

Caminé hacia él con el corazón martillando en mi pecho, antes de que le dijera a su secretaria sin ni siquiera verla: —Puedes irte.

—Sí, señor —asintió—. Pero le recuerdo que su reunión es en...

—Cáncelala —no la miró cuando yo llegué a su lado—. Eso es todo.

Si hubiese sido en otra ocasión en donde no estuviera tan embelesada con él, probablemente le diría que fue un total nefasto con su secretaria, pero no pude hablar o pensar, no cuando llegué a su lado y tomé su grande y firme mano.

—¿Qué haces aquí, hada? —preguntó, pero no había nada tenso en su voz, solo curiosidad.

—Yo... —Aclaré mi garganta—. Quería verte.

—Uhm.

—Pero ya veo que aquí nada puede ser secreto.

—¿Por qué tendría que ser un secreto que vengas?

—Quería que fuese una sorpresa.

—Es un regalo.

Mis mejillas se calentaron aún más, antes de que él se sentara en la silla y me atrajera suavemente para que yo me sentara en sus piernas.

—Alguien podría entrar, Kaydan.

—Aquí nadie entra sin mi permiso y, si lo hicieran, ¿acaso esto es un secreto?

No respondí.

—No eres mi secreto, Genneva y eso debes de tenerlo bastante claro.

Llevó su mano a mi garganta para inspeccionar los últimos pinchazos que tenía por el antídoto y lo vi tensarse por eso, pero antes de que pudiera decir algo sobre el tema, me adelanté:

—Quería verte e intenté cocinar una de tus comidas favoritas. No sé si quedó bien, pero... —lo distraje—. Fue con mucho amor.

—¿Con mucho amor, eh?

Asentí.

—No puedo culparte por eso del amor —bromeó de manera seca y traté de no reírme—. Pero, si no me gusta lo que trajiste, sin importar todo ese asunto del amor, no lo comeré, ¿lo entiendes?

Solté un bajo sonido, antes de negar.

—Eres imposible, Kaydan. El peor.

—Sí, sí, calla y primero lo primero.

Como siempre, me besó y pese a que todo había estado algo tenso últimamente entre ambos, le correspondí ese beso también como siempre. Con intensidad, necesidad y fe absoluta de qué estar ahí con él era todo lo que necesitaba.

Muchas cosas habían ocurrido en los últimos meses. Sabía que mi hermana Nina había dado a luz a su bebé en abril, entendía que todas ellas estaban por ahí siendo felices, pero, al mismo tiempo, pensando en mí y mi supuesta muerte. También estaba el tema del veneno y lo que eso significaba y pese a que sí, había mucho, al menos en ese instante, solo pensé en lo que era mucho para mí y eso era él.

Kaydan.

Comimos lo que llevé y si no le gustó -al menos- tuvo la amabilidad de decir que había probado cosas peores y después sonrió dejándome ver su hoyuelo cuando dije que jamás le volvería a preparar nada.

Estuvo más accesible y más tranquilo. Me besó en cada ocasión que tuvo la oportunidad y cuando le pregunté por cuestiones que tenían que ver con la empresa, respondió todo de manera tranquila y paciente, mientras su mano jugaba con mi cabello.

—Bien, tienes una reunión y necesitas ir a ello —le dije cuando llevaba alrededor de dos horas ahí—. Volveré a casa.

—No te vayas —sus manos habían ido de manera posesiva a mis caderas—. Espérame y volvamos juntos a casa, prepararé algo de comer para los dos.

—¿Tu casa o la mía?

—La mía, la cual puede ser nuestra si quieres volver ahí.

Kaydan llevaba días repitiéndome que podía vivir con él y estar de regreso con Barño. Decía que el gato, según él, ya estaba acostumbrado a los dos y se sentiría mejor si viviéramos juntos y no tuviéramos que separarnos.

Me estaba manipulando porque lo que realmente deseaba era que viviera con él para tenerme siempre cerca -no es como si me estuviera quejando-, pero algo de mí se aferraba a la necesidad de saber primero que éramos.

Amaba la forma como me tocaba y me hacía sentir, pero no había algo formal o algo más allá y no podía vivir con él sin tener todo verbalmente claro.

—Me quedaré hoy contigo —fue lo que dije—. Pero, mañana volveré a mi casa.

—Genneva.

—No me discutas, Kaydan.

Me miró mal y yo casi me reí, mientras seguía sentada en sus piernas y ahora me fijaba en su escritorio. Claramente, como todo lo que tenía que ver con él, se encontraba pulcro y bien organizado.

Él me comenzó a decir que la otra semana tendría unos exámenes que buscaban seguir analizando lo que había dentro de mí y ante ese tema, se volvió a tensar, pero lo tranquilicé dándole un beso y le aseguré que todo estaría bien.

Él necesitaba escucharlo más que yo.

—¿Ya solucionaste esto? —pregunté de repente, cuando llevé mi mano hacia donde estaban los documentos de él y vi el mismo sobre que había llegado hacía semanas a su penthouse—. ¿Lo de los impuestos?

Tomé el sobre y él me miró, antes de asentir con calma: —Sí, todo solucionado. Nada de qué preocuparse.

Asentí y jugué pensativa con la carta, antes de animarme a decir cosas que no había deseado hacer antes.

—Quiero aprender a leer de nuevo —mis mejillas se sonrojaron—. Sé que es tonto y ya estoy vieja, pero...

—No continúes por ahí —me silencio—. No es tonto, no estás vieja y vamos a hacerlo —asintió—. Vamos a buscarte un psicólogo para ver cómo va todo y comenzaremos el proceso, ¿bien?

Miré mis manos.

—¿Vendrás conmigo si te lo pido? —mi voz bajó—. Es que no quiero estar sola.

Llevó dos dedos a mi barbilla y me hizo verlo.

—Siempre —ni siquiera dudó—. Iría contigo a cualquier parte, vida.

**

Los días, las semanas y los meses comenzaron a pasar y Kaydan y yo nos adentramos en una monotonía encantadora de la cual no podíamos escapar.

Ya siempre dormíamos juntos. O en mi casa o en la suya. Cada noche teníamos que recordarnos cuánto necesitábamos el calor del otro e incluso más, porque poco a poco, mi cuerpo se estaba moldeando a la necesidad de él en lo sexual y no sabía que me gustaba más.

Si cuando era paciente y suave o estricto y duro.

Simplemente lo amaba y trataba de demostrárselo cada noche entre las sábanas, cuando me daba sus órdenes y decía mi nombre de manera ronca, casi idolatrándome.

Kaydan cumplió treinta y cuatro años en julio y pese a que me dijo que no era necesario que hiciera nada especial por él, compré un pastel e invité a los únicos hombres suyos que conocía más o menos.

Seth, Krepto y Will.

Kaydan estuvo de malhumor por la sorpresa o más bien por tener que compartir su día con ellos, pero terminó cediendo por mí y eso me hizo feliz.

Nunca había sido muy buena dando regalos, pero había pasado semanas ahorrando mis propinas para poder darle algo y pese a que sabía que jamás podría comprarle algo de la magnitud que a él le gustaban las cosas, encontré un elegante y llamativo reloj de correas negras y bordes plateados que pensé que podría gustarle y lo hizo.

Estaba segura de ello porque dejó atrás sus relojes con diamantes para usar el mío cada día y eso llenó mi corazón.

Lo meses siguieron pasando y de la nada, llegó el primero de noviembre y no podía creer que llevara nueve meses estando con él. Nueve meses desde que Juls dejó de estar y nueve meses desde que no supe más de Darwyn.

Por suerte, las llamadas y amenazas se habían acabado para mí, pero por la parte mala, seguían sin encontrar un antídoto para el veneno dentro de mi sangre y cuando intentaron quitarme de nuevo las inyecciones que utilizaba cada día, caí otra vez en una crisis de ansiedad y terrores nocturnos. Por otro lado, las clases de leer no estaban dando fruto.

Kaydan había intentado contratar a alguien y no sirvió. Intentó enseñarme él y menos. Era como si mi cerebro estuviera bloqueado y después de visitar psicólogos y terapeutas, ambos habían llegado a la conclusión de qué padecía de un trastorno raro llamado alexia psicógena o funcional.

Era una incapacidad que, según ellos, surgía de un trauma psicológico que lo que hacía era crear un mecanismo de defensa en forma de bloqueo. Se consideraba un trastorno disociativo el cual, debido al trauma, podía crear ciertas incapacidades cognitivas y en mi caso, era el bloqueo a la lectura.

—Soy un desastre —le dije a Kaydan en voz baja, mientras veía como Barío llegaba a la mesa donde estábamos cenando y se acostaba a los pies del que se suponía que era su enemigo en el pasado—. Capaz me quedé bruta para siempre.

—Genneva —salió una advertencia de la boca del rubio, el cual no consentía que ni yo misma me tratara mal—. No eres bruta.

—Díselo a esa tonta cartilla que no he podido leer.

—Date tiempo, no te presiones —insistió y tomando mi mano desde el otro lado, besó mis nudillos—. Podrás hacerlo, hada. Ten paciencia.

Abrí la boca para decirle que él solo estaba diciendo aquello por compromiso, pero la volví a cerrar porque no tenía sentido pelearse con él. Aún más cuando su teléfono sonó de repente con una llamada y la respondió con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —insistió con voz seca y hubo una pausa, antes de que apretara el teléfono—. ¿Estás seguro?

Me miró.

—Bien, voy para allá.

Lo vi ponerse de pie y rápidamente lo imité, sintiendo mi corazón acelerarse.

—¿Pasó algo malo? —le pregunté ansiosa y no respondió.

—¿Kaydan?

Levantó la mano y acarició mi mejilla con brevedad, antes de retroceder.

—Es Gidez —su voz sonó oscura—. Por fin quiere hablar del veneno en tu sangre.

—Oh... —me ericé, pero traté de ocultar ese hecho—. ¿Eso es bueno, no...?

Kaydan no respondió, decidió callar, pero, aún así, días después, la vida si me dio una respuesta.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 53.

53

Kaydan.

Llevaba una racha realmente mala desde hacía semanas, meses y el malhumor no se iba de mí.

No solo porque muchas cuestiones se habían salido de mis manos, cosas como por ejemplo el asesinato de Jhonsson y Becob, el cual, siendo un total dolor de cabeza, Vlader Novikov y Nina Novikova me robaron al asesinar y llevarse parte de la venganza que yo había prometido en nombre de Genneva.

Rublen si había comenzado la cacería de brujas con su primo cuando se la ordené e hizo todo lo posible por atraparlo. Mi orden y mi seguimiento sobre ese bastardo fue tan denso, que incluso llevé a ese maldito enfermo a hacer algo bastante cuestionable.

Cambiarse su cara por la de su hermano fallecido.

Jhonsson Becler hizo todo lo posible por escapar de mí y el ejército que puse a cazarlo y en su desespero, cambió su rostro por el de Harry, pero ni eso le sirvió. No cuando Nina y Vlader le dieron cacería.

No cuando ese par de bastardos se llevaron lo que era mío para vengar y pese a que Rublen hizo un buen trabajo, me sentí insatisfecho. Yo quería la sangre de todos ellos en mis manos, bajo mi nombre, pero Nina se metió en mi camino.

Se metió en donde no debía y ahora le había fallado de nuevo a Genneva. No solo no maté por mis propios medios a su padre -el bastardo que la vendió-, sino que tampoco asesiné al hijo de puta que le hizo tanto daño y eso me enervaba.

Lo hacía porque si había a alguien a quien yo jamás deseaba fallarle bajo ningún pretexto, era a ella. A Genneva.

Pero el paso del tiempo solo estaba demostrando lo difícil que me quedaba cumplirle con lo que debía, así como lo era el hecho de que seguíamos sin hallar una cura para el veneno en su sangre y, por ende, continuaba usando esas malditas inyecciones.

Ella siempre me decía que estaba bien. Que se sentía enérgica, saludable y que debía dejar de estresarme tanto, pero me era totalmente imposible mantenerme sereno ante algo que estaba fuera de mi control y más si tenía que ver con ella.

El paso de los meses solo me había demostrado una y otra vez que si pensé que antes en la vida tuve alguna prioridad -como Omnium, Vértize y mis cientos de millones-, claramente estuve muy equivocado. Nunca supe que era una prioridad, hasta que la conocí a ella y deseé asesinarla; pero después descubrí que no era posible, no cuando solo quería cuidarla, tenerla para mí y desde entonces, desde ahí, lo entendí: Mi prioridad era tener a Genneva cada día en mi vida.

Mi prioridad era que ella quisiera quedarse para siempre conmigo y dijo que sí.

Sonreía cada mañana y me besaba, recordándome que estaba ahí, conmigo, porque quería. Podía estar en muchas otras partes si lo deseaba, pero me había escogido a mí y aquello me hacía el bastardo más afortunado del mundo.

Aún era un inepto en cuanto a la relación. Aún había muchas cosas que debían hablarse y entre ellas estaba mi necesidad de que fuese mía. No quería que fuese mi novia, necesitaba que fuese mi mujer y eso lo sabía desde hacía meses atrás, pero nunca lo dije.

Mi necesidad y deseos no podían pasar por encima de ella y pese a que Genneva nunca me lo dijo, en sus ojos podía ver lo feliz que se sentía de la libertad que tenía en su vida. Amaba su trabajo, tener su propia casa y tenerme como más que amigo. Amaba todo eso y por ello, solo estaba esperando el momento indicado para hablar con ella, para explicarle lo bien que me hacía y como la necesitaba conmigo el resto de mi vida.

Su sonrisa, su cuerpo, su mirada plata y su cabello de hada eran lo único que quería y lo tendría. Le pediría a ella que me escogiera a mí, solo como yo siempre la escogería a ella.

Siempre.

Pero, antes de eso, tenía otros asuntos por resolver y uno de ellos era escuchar lo que tenía para decir el bastardo del Gidez. Cuando llegué a Vertizé, la sangre me hervía porque el hijo de puta llevaba meses en frío silencio en su cárcel de abismo.

Había desarrollado un nuevo tipo de tortura que iba a poner a prueba pronto y él le daría inicio. Llevaba más de cuatro meses encerrado en plena oscuridad, comiendo sobras de lo que le llevaban mis guardias y coexistiendo en un silencio que tarde o temprano lo volvería demente, pero antes de qué aquello sucediera, iba a darle el final que se merecía.

Pero no esa noche. Esa noche iba a saber que había aplicado en mi rubia.

—Hay un problema con las bandas y líneas de Nigeria —me estaba informando Seth, mientras yo me movía por los extensos pasillos con iluminación blanca que me

llevaban al abismo—. Después de lo de Gidez, ha comenzado una guerra por el poder y el nuevo caponni ha prometido guerra hacia nosotros y...

—Que la comience —fue mi seca respuesta—. Quiero verlo.

—Aparte, tenemos el problema con el presidente de la asamblea americana. El asesino que lo mató fue descubierto, por lo tanto...

—Ya sabes que se debe de hacer, Seth —lo corté—. Quien cómete errores en nuestro mundo, sin importar quien sea, paga con su vida la estupidez de su ineptitud y si a Gabriel lo descubrieron en su misión y ahora están buscando su cabeza, quiero que hagas que se la corten y se la entreguen a quienes lo están buscando.

Eso fue todo lo que dije y no hablé más del tema. Nada me importaba en ese momento, aparte del hecho de saber la verdad y sí que lo hice.

No pensaba entrar a la asquerosa celda en donde estaba Gidez con su miseria y mortandad. Por otra parte, él tampoco podía recibir luz y fue por ello que hice que le entregaran un teléfono por los arandelas de la puerta de hierro, y haciéndome desde afuera de donde sabía que estaba él, hice la llamada y en aquella ocasión no me hizo esperar.

Evidentemente, estaba desesperado por hablar conmigo.

—¿Qué le aplicaste a ella? —fue lo que pregunté de manera seca y directa, mientras miraba fijamente la puerta de hierro como si pudiera verlo a él a través de esta.

—Para ser un hombre muy inteligente, cuando se trata de esa puta, eres un inepto, Kaydan Von Sclaén—dijo y su voz sonaba oxidada, seca—. Imbécil.

Apreté el teléfono con más fuerza en mi mano, mientras me ordenaba mantenerme gélido.

—¿Qué veneno tiene ella?

Hubo una pausa, pero finalmente dijo:

—Pensé que iba a divertirme con ella muriendo, pero admito que, en medio de mi miseria, esto me divierte más.

Conté mentalmente hasta diez.

—xKronos es una toxina que se auto destruye así misma un mes después de estar segmentada en las venas —explicó y lo escuché toser débil, pero no perdió la avidez de tener ventaja sobre mí—. Es una toxina activa que hace efecto metabólico, genera un daño, mata, pero si no llega a asesinar a la persona, como en esta ocasión, se autodestruya así misma.

La confusión me llenó.

—Mi hermano era experto en el juego del gato y el ratón. Creaba venenos que no podían ser rastreados, venenos que desaparecían y era como si nunca hubiesen estado ahí.

—Ve al punto, ¿qué mierda significa eso?

Se rió.

El maldito trastornado soltó una carcajada áspera.

—¿Qué veneno piensas curar en tu puta, si tal veneno dejó de existir hace mucho tiempo? —preguntó—. ¿Estás seguro de qué es de un veneno de lo que estamos hablando?

Me quedé helado.

—O mejor aún, *¿crees que hay algo que necesite cura para ser curado?* —rió—. Pobre bastardo.

Cortó la llamada y caminé hacia la maldita puerta seguro de que iba a atravesarla y arrancarle la lengua y los dientes, pero me detuve en seco y me recordé la importancia de la serenidad.

Me recordé lo que iba a hacerle pronto y, por eso mismo, solo miré a Seth, quien había estado al otro lado del pasillo y con voz dura, solo le dije: —Tráeme a Justien.

Al parecer, ese bastardo también me había traicionado.

**

Los días comenzaron a pasar y en un abrir y cerrar de ojos, Justien desapareció de la faz de la tierra y pese a que tenía a Seth, Will y ahora a Krepto -sí, ya lo había perdonado-, buscándolo, no se sabía nada de él.

Había evitado hablar con Genneva sobre el tema del veneno, necesitaba primero respaldo científico que me dijera realmente qué estaba sucediendo y pese a que los análisis y los exámenes si demostraban el hecho científico de que no había un veneno dentro de ella, si existía una pequeña alteración que no estaban logrando rastrear y tampoco sabían de dónde provenía.

—Puede ser algo psicológico también —me dijo el especialista alemán que había hecho traer especialmente para aquello—. Aparte de la variante encontrada, no hay ninguna toxina que pueda explicar el comportamiento de ella cuando la dejan sin antídoto. Puede que haya relacionado el medicamento como algo que necesita e involuntariamente su psiquis la engaña con síntomas que no existen.

Me mostró los exámenes y Genneva estaba perfecta. No había nada fuera de lugar y cuando volvía a casa y la veía, se hallaba radiante, hermosa y sana.

Pensé que si podía ser algo psicológico.

Con los especialistas se decidió qué se iba a cambiar el antídoto del bastardo de Justien, por una vitamina y ella no lo sabría. Solo era para ver si los síntomas no aparecían y se comenzó a hacer de aquella manera, mientras yo buscaba a ese otro traidor de mierda por cielo y tierra.

Estaba seguro de que la ira y la sed de sangre que tenía no podían ser aplacados con nada. Todo el mundo alrededor de mí, bajo mi mando, sabían que se venían días oscuros y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para erradicar a cualquier clase de rata traidora a mi alrededor.

Jamás había tenido este tipo de sucesos relacionados a mi imperio, y que estuviera sucediendo ahora sólo significaba que habían tomado a Genneva como una debilidad para mí y no por lo que era, una reina.

Mi maldita reina.

Al parecer, Justien no deseaba dejar huellas. Ya que los dos especialistas que trabajaron inicialmente con él fueron encontrados asesinados y degollados a las afueras de la ciudad y el mensaje era bastante claro.

Él buscaba escapar y llevarse consigo la respuesta de lo de Genneva.

Bien, primero muerto antes de dejarlo irse y por ello era que estaba usando todos mis recursos y tiempos para buscarlo como diera lugar. Había otras cosas en las cuales debía enfocarme, pero todo aquello careció totalmente de sentido para mí, porque la obsesión que tenía con el tema no me dejaba ni siquiera sentarme a tomar un vaso de agua.

Dos días habían transcurrido desde que Gidez me habló sobre el veneno y comenzamos a darle vitamina a Genneva. Hasta ahora, ella se veía bien y estaba actuando normal, aquello era lo único que me tenía tranquilo, porque de resto, mi sed de sangre no me iba a abandonar.

—Estaré allá en quince minutos —le dije a Will por teléfono, mientras el ascensor del edificio se detenía en mi penthouse.

—¿Por qué no descansas? —me preguntó con voz seria—. Seth y yo podríamos hacer esto. Krepto también viene y...

—Estaré allá en quince minutos.

Colgué la llamada, consciente de la necesidad que tenía por cambiarme de ropa y volver a salir hacia el lugar en donde supuestamente se había registrado un patrón sobre Justien.

Sin embargo, cuando terminé de entrar del todo al lugar, un delicioso aroma a carne y condimentos me rodeó, mientras escuchaba la baja y suave voz de ella.

Mi hada.

—Deja de ser grosero, Barño —escuché que le estaba diciendo y pese a mi malhumor, mis labios se curvaron—. No puedes subirte a la encimera a robarte la carne.

Llegué a la puerta de la cocina y me detuve en seco cuando vi a mi rubia ahí de pie, de espaldas a mí. Llevaba un bonito y sencillo vestido blanco que caía suelto alrededor de ella. Su largo cabello ondulado estaba recogido en una alta coleta, revelando su elegante cuello y la caída del collar de diamante rojo que le había dado semanas atrás.

Ella no había querido aceptarlo al inicio porque decía que era muy costoso, pero terminó aceptándolo y vérselo puesto me jodió.

—Ya te he dicho que hay que hacer con ese gato, vida —dije y ella saltó, asustada—. Botémoslo.

—¡Kaydan! —llevó una mano a su pecho—. ¡Me asustaste! —sus mejillas se encendieron—. ¡Eres igual de escurridizo a un tonto gato!

Sonreí y seguí analizando lo bonita y perfecta que se veía.

—¿Tonto cómo Barño?

—Basta.

Me alejé de la puerta para caminar hacia ella y mis ojos cayeron en su boca y el deseo se despertó.

—¿Estás cocinando de nuevo?

—Sí.

—Pensé que te había prohibido eso —la molesté—. Ya sabes, por el bien común.

Me miró mal, pero yo solo sonreí de nuevo y cuando terminé de llegar a su lado, llevé dos dedos a su barbilla y levanté su rostro.

—Estás hermosa, vida —le dije—. Tanto, que no sé lo que es tener aliento.

Su piel se sonrojo aún más, pero antes de qué pudiera decirme algo, bajé mi boca a la suya y la besé de manera tentativa, suave y prolongada.

—G-gracias —respondió sin aliento cuando la dejé ir—. Yo...

—Tú eres divina.

—Vas a hacerme sonrojar.

—¿Cómo hace dos noches? —la molesté—. Me gusta como suena.

Sonrió y pese a todo lo que venía sintiendo en el día, de manera inmediata, fue como si esa parte de furia y maldad dentro de mí se apagara por esos segundos que estaba ahí con ella.

—¿Cómo te has sentido hoy? —pregunté y la analicé.

—Bien —dijo—. Todo está bien.

Si se veía bien y me sentí más relajado en ese tema. No había veneno y tampoco ella necesitaba nada más.

—¿Olvidé algo especial? —pregunté cuando miré hacia todo lo que ella estaba preparando y olía muy bien.

Negó en silencio.

—¿Entonces?

—Solo quería cenar contigo.

—¿Por qué?

—Porque eso hacen las personas que se agradan, Kaydan.

—Yo no te agrado, Genneva. Tú a mí me amas —le recordé y suspiró, pero no lo negó.

No negó amarme y eso me hizo feliz.

—La cosa es... —Yo la analicé por unos segundos y después besé la punta de su nariz, necesitando tocar cualquier parte de ella. —¿Tienes que irte? —preguntó finalmente—. Puedo guardar todo para más tarde o...

Jamás rechazaría a mi hada. Jamás.

—Tomaré una ducha y estaré aquí en diez minutos —respondí—. ¿Sí?

Asintió y sus ojos brillaron con alegría. Con ilusión.

—Sí.

—¿Solo un “sí”? —adoraba molestarla—. Al menos dame un beso, mujer, lo merezco, voy a sacrificarme comiendo tus cosas y...

Me pegó una palmada en el brazo y yo me reí, mientras la besaba y salía de la cocina para dejarla a ella llamándome nefasto y demás cosas.

La verdad era que sabía cocinar bien. Me gustaba todo lo que hacía tanto como ella.

Tomé una rápida ducha y le escribí a Seth haciéndole saber que se adelantarán en el asunto de Justien y me fuesen enviando noticias. Me puse una ropa oscura más casual y no me quité el reloj que me dio ella.

Estaba seguro de que era el reloj más... Curioso que había usado en mi vida -por curioso me refería a feo-, pero como era un regalo de Genneva, valía la pena ser empático y usarlo. Así de mucho me agradaba ella.

Estaba saliendo de la habitación justo cuando escuché que sonó el timbre de la puerta principal y me dirigí hacia allá, pero Genneva se me adelantó y sonriendo, me miró.

—Le pedí a Gandell que me comprara un vino y ya lo trajo —explicó—. Es para acompañar la cena.

—Buena chica —la molesté y rodó los ojos, mientras yo la veía abrir la puerta con una gran sonrisa en los labios, pero cuando terminó de hacer esto, se detuvo en seco y yo también lo hice frunciendo el ceño.

Quien estaba ahí no era Gandell.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 54.

54

Genneva.

La chica del ascensor.

Al abrir la puerta del penthouse de Kaydan, me encontré de frente con la chica castaña y pecosa con la que choqué en la empresa de Kaydan y no con Gandell.

Ella se vio intimidada de estar ahí y me permití por unos segundos verla, antes de salir de la sorpresa y decir: —Hola.

Los ojos avellanos de ella dieron con los míos por un segundo, antes de llevarlos detrás de mí y mirar a Kaydan.

—¿Estás pérdida o...? —la pregunta fue estúpida, pero continuaba sin saber qué hacía ella ahí o que necesitaba.

Se veía algo pálida y ansiosa, y sentí empatía.

—No. Yo... Lamento venir así sin avisar, es que... —levantó de repente la mano y mostró un sobre. Era uno muy parecido a los sobres que solían llegarle a Kaydan. Los sobres de los impuestos—. Es que tenía que hablar contigo sobre esto —le dijo a él.

De repente, sentí la presencia de Kaydan más cercana y cuando me giré, lo encontré casi pegado a mí, pero sus ojos estaban en ella y su mirada era helada, letal.

—¿Cómo llegaste hasta aquí arriba? —espetó y de inmediato supe que había algo mal ahí.

¿Era una trabajadora suya o algo así?

—Es que tenía que hablar contigo —repitió ella.

—Largo.

—Kaydan —mi voz sonó tranquila, pero firme—. No seas grosero.

Él no me miró a mí, mantuvo los ojos en ella y por un instante vi lo asesino en su mirada. Vi la intención que tenía de herir a la chica por siquiera estar ahí y no me gustó.

No lo hizo porque ella apartó la mirada y miró el sobre que traía consigo.

—Si no hablaba hoy contigo, no iba a poder hacerlo nunca —explicó—. ¿Puedes concederme unos minutos?

No entendía que estaba pasando ahí, pero era evidente que era algo muy fuerte por la manera como el miedo de la chica era tan palpable como la ira del rubio.

—¿Por qué no entras? —le pregunté a ella y abrí más la puerta para que pasara—. ¿Quieres algo de beber o...?

—Ella no va a entrar aquí —fue la tajante respuesta de Kaydan—. Vete, te buscaré después.

Lo miré con el ceño fruncido, sin poder procesar el hecho de que estuviera siendo tan duro con su trabajadora, pero antes de que pudiera decir algo más, la chica respondió:

—No podemos hablar después, tenemos que hablar ahora —lo miró a los ojos—. Tenemos que hablar de nuestro matrimonio.

Kaydan dijo algo ante esas palabras que soltó ella, pero yo no dije nada porque no las procesé e incluso, en medio de todo, casi me reí por lo absurdo de lo dicho y lo raro que estaba siendo todo.

—Espera, ¿qué? —pregunté, claramente pérdida.

—Largo —Kaydan se interpuso entre ella y yo y la tomó por la muñeca con fuerza—. Lárgate de aquí ahora mismo.

—Oye, no hagas eso —lo miré entre molesta y sorprendida por sus acciones—. Kaydan, suéltala y déjala que hable.

—Déjanos solos un segundo, Genneva —ordenó él, pero claramente no obedecí—. Genneva.

Pese a que me sentía pérdida y fuera de base con todo lo que estaba pasando, me mantuve firme y buscando esa mirada verde con azul que tanto amaba, le dije: —Suéltala y déjala hablar, Kaydan. Lo digo en serio.

Pensé que iba a ignorarme. Realmente pensé que sucedería porque vi lo iracundo que estaba, pero no lo hizo. La dejó ir ante mi orden y ella lo miró casi sorprendida por el hecho de que hubiese cedido.

—¿Estás bien? —le pregunté a ella.

Asintió, pero lo miró de nuevo a él.

—¿Tú eres...? —inquirí.

Necesitaba saber qué estaba pasando ahí, porque me sentía pérdida o eso creía yo, pero no era tan así. El camino realmente se me perdió cuando ella respondió a mi pregunta.

—Hola, Genneva. Tú no me conoces, pero yo a ti sí —me regaló una suave y casi melancólica sonrisa—. Soy Grecia Derecks, la esposa de Kaydan.

La miré estupefactada por sus palabras, mientras procesaba ahora sí lo que acababa de decirme. Sentí mi corazón latir con velocidad dentro de mí, mientras me negaba a creer algo como eso y miré inmediatamente a Kaydan, el cual no había dejado de mirar a la mujer como si fuese su próxima presa.

—¿Qué...? —le pregunté a él, mientras retrocedía un paso para poder verlo mejor y trataba de recordarme cómo respirar—. ¿De qué habla ella, Kaydan?

—No es lo que crees —respondió y por fin me miró a mí—. Voy a explicártelo.

Abrí la boca para preguntarle qué era eso que me iba a explicar, pero ya no podía crear bien las preguntas en mi cerebro y soltarlas con mi lengua. Era como si algo dentro de mí estuviera haciendo corto circuito y...

—¿Es una broma? —le pregunté a él en voz baja, tratando de respirar con normalidad.

Algo pasó por su mirada. Algo parecido a la culpa y algo más.

Algo que no pude leer, pero que me dio la respuesta que tanto estaba buscando.

Miré de nuevo a Grecia y ella se veía igual de incómoda y nerviosa. Se removió mirándolo a él y mis ojos cayeron de regreso al sobre que traía consigo.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Genneva —Kaydan intentó dar un paso hacia mí, pero lo ignoré.

—¿Qué es?

—El acta de matrimonio y el reclamo de divorcio —respondió ella—. Hay que firmarlo y...

Dejé de escuchar sus palabras y lo volví a mirar a él. Ese era un sobre parecido -mejor dicho, igual-, a los que le llegaban a él a casa y a su oficina. Eran sobres con documentos sobre su matrimonio. Un sobre que yo había tenido en mis manos y cuando le pregunté qué era, él dijo...

Oh.

Sentí el vacío llenar mi estómago y mi corazón, mientras yo retrocedía tres pasos y de repente, mi espalda daba contra la mesa de decoración y en acto seguido, tumbaba el florero de rosas frescas que había puesto temprano.

—Ay, mierda, lo siento —dije con prisa, viendo el caos llenar el piso y también mi corazón—. Que torpe soy y...

Me incliné rápidamente para intentar recoger los cristales rotos, pero era tonto porque ni siquiera tenía donde echarlos y...

—Basta —Kaydan llegó a mi lado y se inclinó para quedar a mi altura, mientras enredaba su mano con suavidad alrededor de mi muñeca—. Vas a cortarte, déjalo, Genneva.

No pude mirarlo a los ojos, en vez de eso, miré hacia la castaña y vi el momento exacto cuando ella apartó la mirada como si le doliera ver la atención de él sobre mí y... Obvio le dolía, ella era su esposa y yo.

Yo era su...

Las náuseas llegaron a mí y me puse de pie rápidamente. Traté de mostrarme serena, pero... ¿Cómo podía actuar sereno uno, mientras le rompían el corazón?

—Ustedes tienen mucho de qué hablar —dije y tragué saliva—. Voy a ir a... Buscar algo para limpiar y les daré su espacio. Sí, eso haré.

Me giré y comencé a irme, justo cuando escuché que Grecia decía: —Gracias, Genneva.

¿Gracias? ¿Gracias por qué?

Caminé velozmente hacia los pasillos que llevaban a las habitaciones e hice todo lo posible por recordarme como era el proceso de respirar y mantenerme firme.

Había pasado por cosas dolorosas en mi vida. Yo, Genneva, sabía realmente lo que era el dolor físico y emocional, lo sabía y siempre encontré la manera de seguir de pie y traté de recordarme eso una y otra vez, mientras la llegada a la habitación de Kaydan se me hacía eterna y una sola frase se repetía en mi cabeza.

Él tenía esposa.

Llegué a ese lugar. Su habitación. El sitio en donde llevábamos muchas noches besándonos, tocándonos y después durmiendo. La habitación en donde él me enseñó lo que era el placer y como dárselo. El mismo sitio donde solía molestarme con sus palabras odiosas y demandantes, pero después me mimaba con sus labios y me sostenía mientras dormía.

Un lugar que creía que era nuestro, pero no era posible. Nada ahí era mío y mucho menos Kaydan.

—Genneva —él entró por la puerta de su habitación y pese a que su rostro era una máscara fría, su mirada buscó la mía con necesidad—. Puedo explicarlo —dijo y se acercó a mí.

Lo miré y yo también me mantuve tranquila.

—Podemos hablar después tú y yo —fue mi respuesta—. Tu esposa está ahí afuera, estoy segura de que eso es más importante —lo alenté con suavidad—. Ve, yo esperaré.

—No lo digas así —me pidió y terminó de cortar la distancia entre los dos—. No te he engañado, Genneva. Lo juro.

Sí, si me había engañado. Mentir u omitir era engañar.

—Ve con ella.

—Es un malentendido y...

—Está bien, ve a solucionar eso allá —me senté en el borde de su cama y traté de ocultar el temblor de mis manos—. Esperaré a que termines con ella.

Él parecía recio a irse y de hecho lo dijo:

—No tengo nada que hablar o terminar con ella.

—Ve.

Me sentía mal por ella y al mismo tiempo me sentía mal por mí y eso me hacía odiarme, porque yo no tenía derecho a sentirme mal en ese momento.

Yo era culpable del dolor que estaba pasando esa chica y ni siquiera debería estar ahí con él, teniendo su atención cuando afuera estaba su esposa.

—Voy a sacarla de aquí y voy a explicarte todo —soltó finalmente—. Te juro que puedo explicarlo.

No dije nada cuando salió y cerró la puerta tras de sí. Solo me quedé ahí sentada en el borde de su cama y miré mis manos en silencio, mientras sentía la opresión de mi pecho crecer y crecer.

Él tenía esposa.

Él tenía a una mujer en su vida y todo este tiempo, de nuevo, como en el pasado, yo solo fui una distracción. Fui su amante.

Cerré los ojos y clavé mis uñas en las sábanas, mientras las náuseas me rodeaban y sentía tanto dolor dentro de mí, que me era casi imposible el respirar.

—Las putas como tú sirven solo para una cosa, Genneva —solía decirme Darwyn cuando se molestaba conmigo—. Por eso Dakota es mi esposa y tú eres la amante. ¿Comprendes?

Nunca lo había entendido, pero quizás en ese momento si lo hacía. Había algo en mí que hacía que los hombres no pudieran tomarme en serio nunca.

Quizás era por mi pasado. Quizás tenía que ver con el hecho de que no era como otras mujeres o al menos las del mundo de ellos. No valía lo suficiente para ser algo más que algo para usar y no podía culparlos por eso, yo misma sabía lo defectuosa que estaba.

—Es bueno que seas hermosa por fuera —también dijo alguna vez Darwyn—. Tan perfecta que incluso olvido lo usada que estás.

Sí, era algo desechable y vacío. Algo que no valía la pena y mientras seguía ahí sentada en la cama de Kaydan mirando la puerta en silencio, me sentí ridícula por llegar a creer que de alguna u otra manera encajaría en el mundo suyo.

—Dios, Genneva —susurré en voz baja y cerré los ojos—. No aprendes.

Realmente pensé que habría algo más entre los dos. Pensé que en algún momento me pediría que fuese su novia o algo así. Lo creí porque él me trataba bonito y nunca nadie me había tratado así, entonces, eso podría significar que quería algo serio. Algo real conmigo y lo esperé.

Jamás había tenido a un novio, jamás había amado a un hombre y me hizo feliz que todo aquello fuese con él, pero... Fui tonta e ingenua.

Me lo merecía.

Seguí ahí sentada y de repente, sentí la necesidad de salir y disculparme con la chica, con Grecia. En el pasado, nunca me disculpé con Dakota por ser la amante de su esposo, porque ella me hizo la vida imposible y no me dejó explicarme. No entendió que yo estaba ahí contra mi voluntad.

Sin embargo, ella, la esposa de Kaydan -mi corazón dolía cada que la llamaba así-, se veía como una buena mujer. Se veía sencilla, pérdida y también rota. Tanto, que quise poder disculparme por lo que le había hecho, porque al parecer, ella ya llevaba tiempo sabiendo quién era yo -en el ascensor lo supo- y tuvo que callar. Tuvo que dar un paso atrás y dejar que yo tomara algo que no era mío.

Pese a que no tenía ni una sola lágrima por derramar, un sonido lastimero salió de mí y quise morirme ahí mismo.

Quería hacerlo porque estaba sufriendo por todo lo anterior, pero también estaba sufriendo porque lo amaba y sentía que me estaba arrancando el corazón del pecho. Sentía que él había acabado de matarme.

De nuevo, me sentí incluso más estúpida y mis ojos cayeron al dobladillo del vestido que me había puesto aquella noche para pasar una cena con él. Había estado sonriente por cocinarle algo y ante la expectativa de qué estuviéramos juntos y quizás me pidiera de nuevo que viviera ahí con él.

Esa noche iba a aceptarlo.

No quería que tuviéramos que separarnos más. Amaba despertar en sus brazos y sentir sus besos en mis hombros desnudos cuando el sol finalmente salía y él se preparaba para irse a hacer lo que sea que hiciese en su trabajo.

Esa noche le iba a decir que “sí”, pero, en ese instante, todo se sentía tan lejano y ridículo, que claramente ya no existía nada que aceptar y por eso mismo fue que me puse de pie y quitándome el vestido de manera veloz, busqué unos pantalones y un suéter mío, solté mi cabello que había estado peinado y tras sentir que había

escondido lo máximo posible mi piel y la vergüenza, me senté de nuevo en la cama y esperé en silencio.

Lo hice hasta que él volvió y en su rostro vi el enojo, pero éste desapareció rápidamente al posar sus ojos sobre mí.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Solo lo vi cerrar la puerta y quedarse ahí parado unos segundos, antes de finalmente decir: —Puedo explicar todo lo que acaba de suceder.

Bajé la mirada a mis manos y traté de mantenerme relajada, tranquila.

—¿Ya se fue tu esposa?

—Basta, no la llames así, Genneva.

—¿Es mentira? —continué sin verlo—. ¿Es mentira que es tu esposa?

Lo escuché caminar hacia mí y me tensé. Lo hice porque no soportaría si me tocara. Yo iba a deshacerme ahí mismo.

—Estábamos en proceso de divorcio, acabamos de firmar los papeles.

—Sí es tu esposa —afirmé y las comisuras de mis labios se curvaron un poco en una sonrisa desganada.

—Fue un matrimonio concertado y político por parte de mi tío y su amigo y socio —explicó—. Yo tenía veinte años y Grecia diecisiete. Éramos jóvenes y era una idiotez por poder y recursos.

No respondí, solo tragué saliva y seguí jugando con mis dedos de manera distraída.

—Intentamos en algún momento que la relación fuese en serio, pero no pude. Jamás tuve la intención de tener una esposa, no era lo mío y estaba enfocado en mi mundo, en mis entrenamientos. Christian lo sabía, pero Parker nunca aceptó que no fuese tan atento con su hija y demás.

—Entiendo.

—No, vamos, mírame, Genneva —terminó de llegar y se inclinó frente a mí—. Mírame y habla de esto conmigo. Yo puedo explicarlo.

Levanté mi mirada hacia la suya y lo analicé con eterna calma, mientras sentía el caos brillar en mi pecho.

—Necesito que entiendas esto que te estoy diciendo. Necesito que me creas cuando te digo que no te he fallado y que llevo más de dos años sin verla a ella, mucho más —aseguró—. Antes de conocerte a ti, ya no había un matrimonio ahí, hacía tiempo había pedido el divorcio.

Sus palabras llegaban a mí, pero era como si no pudiera procesarlas correctamente. Como si no las entendiera.

—Yo soy leal a ti —insistió—. ¿Puedes creerme en eso, Genneva?

—Ella te ama —fue mi respuesta—. En sus ojos pude ver cuánto lo hace y deberías de estar tratando de arreglar las cosas con ella, no conmigo.

Su rostro se llenó de confusión.

—¿Qué?

—Ella es tu esposa.

—No es mi nada, es lo que estoy diciéndote —respondió—. Y me da igual si me ama o no, esto no se trata de ella, se trata de ti y de mi necesidad porque me creas.

No respondí, tuve que tomar aire suavemente y recordarme como seguir erguida.

—¿Me crees? —preguntó.

—Yo no te estoy juzgando, Kaydan —fue mi respuesta—. Solo... Solo estoy algo confundida y sorprendida, pero, está bien.

—¿Qué está bien?

—Está bien que haya otra mujer, o sea, siempre pasan estas cosas, los hombres hacen esto todo el tiempo y...

De repente, Kaydan que siempre era tan sereno, tan seco y distante, cerró los ojos como si mis palabras le dolieran.

—¿Fui quizás muy intensa? ¿Sugereente?

—¿De qué hablas, hada? —me miró.

Darwyn solía decir que tenía una forma “atrevida” de mirar a los hombres. Una forma de hacerlos querer tener algo conmigo y por eso él engañó a Dakota y se obsesionó con mi persona. Quizás había hecho lo mismo con Kaydan y...

—Sea lo que sea que estés pensando, no es culpa tuya —agregó el rubio—. No has hecho nada mal, Genneva. No hay nada que puedas hacer mal.

No se sentía así, porque si fuese cierto, mi corazón no estaría en cientos de trozos en ese instante. Yo no sentiría que mi vida acababa de perder totalmente sentido de nuevo.

En ese momento, me sentía abrumada y no lograba entender en sí a mis sentimientos. No podía entender nada, aparte del hecho de que había construido mi castillo de emociones sobre una mentira.

Sobre algo que no era mío.

—El sobre —logré decir—. ¿Era el mismo que trajo ella? ¿Nunca existió un sobre de impuestos, verdad?

La culpa llenó su mirada y supe cuál era la respuesta: Era demasiado fácil mentir y engañar a una analfabeta.

De repente, a mi mente vino el recuerdo de la mirada que me lanzó Krepto cuando me vio con ese sobre y era evidente que todos -cualquiera que tuviera dos dedos de frente y supiera leer-, sabía que ese sobre era sobre el matrimonio de él y no sobre impuestos.

La vergüenza me golpeó con más fuerza y me puse de pie. Tuve que hacerlo y morder el interior de mi mejilla con fuerza, para tratar de disipar las lágrimas que sentí que iban a caer y no podía permitirme.

—Discúlpame, Genneva —se irguió también—. Discúlpame y no me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si fuese uno de ellos —añadió en voz baja—. Sé que lo arruiné, pero...

Por “ellos” se refería a los hombres de mi pasado. A todos los que me mintieron, me engañaron y me usaron. Y en aquello tenía cierto sentido, tenía razón.

Él no era como ellos.

Ellos nunca tuvieron la oportunidad de romper mi corazón. A ellos nunca los amé.

—Quiero irme a mi casa y descansar un poco —lo miré y seguí aguantando las ganas de llorar—. Hablemos otro día de esto. Estoy segura de que tienes mucho que hacer y yo ahora no me siento muy bien.

—Genneva.

—Quiero irme, Kaydan. ¿De acuerdo?

—Quédate —me miró casi desesperado—. Prometo no hablar o molestar. Solo esperaré a que quieras darme otra oportunidad para explicarme mejor.

Como si no hubiese escuchado sus palabras, dije: —¿Puedes llamar a Krepto para que me lleve a casa?

Me miró en silencio.

—Dejaré a Barño aquí, ¿sí?

—Sé que en este momento me odias, pero...

—Nunca —fue mi respuesta—. Jamás voy a odiarte, Kaydan. Fuiste la primera persona que me ha tratado bien en la vida. Gracias a ti tengo mi libertad y pude tener una casa, un trabajo —le regalé una pequeña sonrisa y dolió. Lo hizo porque fue una sonrisa resignada—. Yo no te odio, tú no me debes nada a mí.

Yo me enamoré y me ilusioné sola. Yo creí que sería diferente.

—Feliz noche —pasé por su lado comencé a caminar hacia la puerta—. Descansa, Kaykay.

—Vida...

Salí de ahí teniendo marcada en mi mente sus facciones talladas con dureza, pero al mismo tiempo, rígidas por la agonía que estaba sintiendo en ese instante.

Salí de ahí sintiendo de todo, menos odio por él. No lo odiaba, lo amaba, pero de repente, el amor fue opacado por la decepción y la vergüenza.

La decepción de creer que yo sería suficiente para él y la vergüenza de que todos supieran que mentirme en la cara era tan fácil como respirar.

Sí, Darwyn tenía razón. Siempre sería un hazmerreír. Siempre sería la segunda o la tercera opción y me merecía esto que me estaba pasando.

Me lo merecía por haber creído que Kaydan Von Sclaén era diferente.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 55.

55

Genneva.

Estaba deshecha.

Eso fue en lo único que pude continuar pensando dos noches después, mientras estaba en el trabajo y hacía todo lo posible por mantenerme erguida y fuerte.

Por mantener las apariencias.

El dolor que estaba sintiendo en mi pecho era tan desgarrador y constante, que tuve que morder mi labio inferior una y otra vez, para así, detenerme de soltar algún sonido o alguna palabra.

No quería decir nada. No necesitaba hacerlo.

Ya tenía suficiente con lo que estaba sintiendo dentro de mí. Ya era suficiente con la agonía que me recorría de pies a cabeza y por ello mismo, el silencio era lo mejor que podía otorgarme a mí misma en ese momento.

Thomas y algunas de las meseras intentaron hablar conmigo e incluso me preguntaron si todo estaba bien, pero mi respuesta fue un asentimiento y nada más. Entendieron rápidamente que no deseaba ser molestada y agradecí que me dieran el espacio para concentrarme en hacer solo tres cosas.

Callar, temblar y servir alitas.

Estaba mal no solo del corazón, sino que mi cuerpo estaba comenzando a sentirse ansioso y adolorido. Las pesadillas habían vuelto -si es que lograba dormir-, y el desaliento y el dolor eran la única compañía que tenía en las noches.

Unas noches donde recordaba lo sucedido con Kaydan y con ella. Con su esposa.

Unas noches donde la vergüenza y la culpa también me embargaban y no siendo suficiente, llegaba el desafiante y delirante dolor de tener el corazón roto por un hombre que no era y jamás sería mío.

Estaba deshecha. Repetía lo mismo una y otra vez en mi cabeza, tratando de encontrar la respuesta de porque me había mentido y, más allá de eso, ¿de por qué me había permitido amarlo, si sabía que jamás sería mío?

Si sabía que ya era de otra.

Ese pensamiento me hizo temblar más fuerte y siendo un completo desastre, dejé caer una bandeja de alitas al piso y estas volaron por todas partes creando un desastre de salsas y pollo.

Maldiciendo, en medio del ruido, me arrodillé detrás de la barra e intenté recoger todo rápidamente, pero mis movimientos eran lentos y pesados. Mis ojos ardían y tenía un nudo en la garganta que me impedía tragar.

—¿Genneva? —por encima del ruido de la música y la risa de los universitarios que iban y venían, escuché y vi cuando Danyel, el administrador del lugar llegó a mí—. ¿Está todo bien?

—S-sí —terminé de recoger todo con prisa y me puse de pie—. Lo siento, me tropecé y tiré todo, pero, voy a limpiarlo y puedes descontar de mi sueldo esto. Lo lamento.

Él me analizó por unos segundos, antes de que sus ojos bajaran a la bandeja que estaba sosteniendo y viera como se movía debido a mis manos temblorosas.

—Deberías ir a casa —dijo.

—¿Me estás despidiendo? —la pregunta salió ahogada de mí—. Yo... Por favor, Danyel, necesito este empleo, es lo único que tengo y...

Mi voz se quebró y me obligué a detenerme ahí mismo porque no lo haría. No iba a llorar.

—Cálmate, Genneva —su voz fue amable—. Nadie va a despedirte, solo deberías irte a descansar. Te ves algo exhausta y, aparte, solo quedan tres horas de turno, te cubriremos.

Lo miré en silencio y no dije nada, así que simplemente tomó la bandeja y añadió: —Ve a casa, te veremos mañana.

No quería estar en casa. Mi casa ya no se sentía como mía. Primero porque había muchos recuerdos ahí y, segundo, porque las últimas semanas había estado durmiendo

en otra cama, envuelta en unos brazos que amaba y de repente, sin más, todo había desaparecido.

Todo menos el dolor y la vergüenza.

—Gracias —le dije a Danyel.

Salir del bar fue lo más difícil del mundo. Pasé alrededor de treinta minutos encerrada en el baño tratando de domar mis mareos y temblores. Me miré en el espejo una vez me quité el uniforme y la mujer que me devolvió la mirada era la misma de casi un año atrás.

Aquella que había perdido todo, incluso el amor de una pequeña que no era suya, pero la amó como si lo fuera. Me veía apagada, pálida y helada.

Tan helada que cualquiera no me creería si llegaba a decirle que mi dolor me estaba quemando de adentro hacia afuera y en ese instante, sin más, estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de apagar el eco de lo que sentía.

—¿Todo bien? —me preguntó Krepto, cuando me vio salir del bar y encogerme en mi abrigo debido al clima húmedo.

Asentí y no lo miré, solo caminé hacia la camioneta.

—Te ves algo pálida —agregó—. ¿Seguro todo está bien?

—Sí.

Sentí su mirada puesta en mí en todo momento de regreso al apartamento. Mientras eso ocurría, tuve que apretar mis manos entre mis piernas para evitar el temblor que llevaba horas conmigo y se negaba a irse.

El viaje de regreso se me hizo rápido, o tal vez era por el simple hecho de que no estaba pensando o viendo absolutamente nada y sólo me encontraba en el bucle que mi propia cabeza había creado.

—Gracias —le dije a Krepto cuando se detuvo afuera de casa—. Feliz resto de noche.

—¿Genneva?

Finalmente, levanté la mirada hacia la suya y esperé a que volviera a hablar.

—No sé si es pertinente y de mi incumbencia decir esto, pero; Kaydan te adora.

Alejé la mirada, abrí la puerta y me bajé del auto, sin embargo, antes de irme, respondí:

—Es un hombre casado y solo tiene una responsabilidad, un deber —mi tono de voz fue tranquilo, suave—. Adorar a su esposa y no a cualquier aparecida.

Le deseé feliz noche y me fui sin más, pensando y más bien sabiendo la noche intranquila y dolorosa que se venía para mí.

Pero había otros planes en marcha, porque cuando entré al pequeño lugar, cerré la puerta detrás de mí y comencé a caminar hacia la sala, me detuve en seco al ver que no estaba sola.

Kaydan se hallaba ahí.

Mi corazón se aceleró con fuerza cuando lo vi sentado esperándome en silencio. Se aceleró aún más cuando él llevó su mirada verde con azul a mí y se puso inmediatamente de pie, demostrando esa altura imponente, poderosa e inolvidable que tenía.

Se veía como siempre. Frío, poderoso y atrayente, sin embargo, había un deje de cansancio y algo más en las facciones duras y masculinas de su rostro. Un tipo de cansancio que no le había visto nunca en meses atrás y sentí un poco de empatía por él.

Sí, a pesar de todo, podía sentir empatía por Kaydan porque no mentí cuando dije que jamás lo odiaría. En mí no había espacio para eso y menos cuando se trataba de él.

—Kaydan —me quedé en la entrada de la sala, negándome a dar un paso más—. ¿Qué haces aquí?

Me analizó de arriba a bajo por unos segundos, antes de meter las manos en sus bolsillos y responder con tranquilidad: —Necesitaba verte.

No respondí. No reaccioné a sus palabras.

—Necesitamos hablar.

Hice todo lo posible por esconder los temblores de mi cuerpo y el caos de mi corazón. Probablemente me veía distante y fría, pero era a lo único que podía aferrarme para finalmente no dejarme caer.

—¿Puede ser otro día? —di varios pasos hacia la sala y dejé mi bolso sobre una de las sillas—. Hoy estoy cansada.

—Dijiste lo mismo ayer.

—Ayer también estaba cansada, Kaydan —lo miré de nuevo—. No te imaginas todo lo laborioso que hay detrás de servir alas y lavar platos.

Guardó silencio y siguió viéndome de una manera que hacía que el aire se quedara atascado en mi garganta.

—Bien, entonces déjame hablar a mí —intentó de nuevo—. Seré rápido.

—Creo que ya todo está dicho.

—Nada está dicho —negó—. Es un malentendido.

No entendía cómo funcionaba la mente de Kaydan y cómo él creía que todo lo que había sucedido era un malentendido, pero, siendo sincera, no quería pelear contra aquello.

Por eso mismo, solo me moví hacia la silla más cercana y me dejé caer en esta, mirando hacia en frente y mordiendo el interior de mi mejilla para ahogar la necesidad de llorar.

No iba a llorar.

—De acuerdo —dije, finalmente—. Puedes hablar.

Él se sentó en la silla frente a mí y pese a que su porte era rígido, su tono de voz tenía un filo de emoción.

—Sé que probablemente tengas muchas preguntas y las voy a responder, seré sincero y...

—No —lo interrumpí.

—¿Qué?

—No tengo ninguna pregunta para hacerte, Kaydan —expliqué—. Ya sé toda la verdad y eso era lo único que necesitaba saber, sin embargo, si necesitas hablar, yo puedo escucharte —lo miré a los ojos—. Puedo darte lo que necesites y te de paz.

Más emoción llenó su rostro, pero no supe leer nada y tampoco lo intenté. Solo me quedé ahí y esperé.

—Yo no te traicioné, Genneva —comenzó diciendo—. No de la manera que crees. Grecia y yo jamás tuvimos un matrimonio como el que crees.

Miré mis manos.

—Llevo años pidiendo el divorcio. Fui yo quien comenzó el proceso y la carta que recibiste meses atrás, era una demanda por parte de ella, guiada por su padre, para intentar conciliar el matrimonio —jamás había escuchado hablar a Kaydan tan rápido como en ese momento. Lo hacía como si sintiera que el tiempo se le estuviera acabando—. Incluso, antes de pedir el divorcio, tampoco teníamos una relación real. Grecia vivía acosta de las cartas que su padre le escribía haciéndose pasar por mí y creyó que la amaba. Creyó que lo nuestra era real, pero, desde el inicio, siempre fue algo político y transaccional.

Sentí pena por ella.

—Les advertí hace meses sobre lo que pasaría si no firmaban el divorcio, pero Parker se negaba a permitir a Grecia firmarlo porque había una cláusula que dejaba en claro que una vez separados, ella no tendría acceso a mi riqueza y a mis empresas.

Continué en silencio.

—Todo ha sido un juego de poder y ambición. Mierdas que vienen de muchos años atrás y pese a que esto suena mal, te juro que no miento sobre la naturaleza de mi relación con ella. Jamás te engañé y puedo probarlo.

—Kaydan.

—Puedo hacer que te traigan todas las solicitudes de divorcio que mis abogados emitieron incluso antes de conocerte —habló con más prisa—. No estoy mintiendo sobre esto.

—Está bien, yo te creo —respondí—. No pasa nada, Kaydan.

Siguió adelante: —Grecia me enviaba correos diciéndome que podíamos sacar nuestra relación a flote y demás cosas, pero todo era una ilusión de ella creada por las cartas falsas que su padre le enviaba haciéndose pasar por mí.

El rubio pasó una mano por su cara.

—No hay nada entre ella y yo —repitió—. Tú no eres la otra. Eres la única. La única que realmente he querido y necesitado conmigo.

No sentí mucho al escuchar aquellas palabras.

—¿Puedes creerme? —preguntó.

—Sí, por supuesto —asentí—. Puedo creer que era un matrimonio por conveniencia y demás.

—Así fue —asintió—. Jamás hubo algo romántico.

—Entiendo.

Él esperó a que yo dijera algo más, pero en mí no había nada para decirle, para otorgarle.

—Ya estamos oficialmente divorciados —agregó—. No hay nada más ahí.

Nuestras miradas volvieron a chocar y asintiendo en silencio, me puse de pie, le regalé una corta sonrisa y dije: —Me alegro por ti, espero que la cuestión económica y política se haya solucionado de igual manera.

Él también se puso de pie y frunció el ceño ante mis palabras.

—Me alegra haberte podido escuchar, Kaydan. Tenías razón, escuchando todo se entiende mejor.

Se quedó estático.

—Ahora sí, creo que deberías irte, quiero descansar.

No se movió y más bien dijo:

—No me crees nada de lo que acabo de decirte.

—Si te creo.

—Pero estás enojada conmigo.

—No estoy molesta.

—Mientes.

—No estoy mintiendo.

—Estoy aquí tratando de solucionarlo todo, Genneva —caminó hacia mí y tuve que tragarme el impulso y la necesidad por retroceder—. Solo quiero solucionar esto y que estemos como antes. Solo tú y yo.

Sus palabras llegaron directo a mi corazón y me sentí más débil.

—Eso ya no es posible.

—¿Por qué no? —gruñó—. Dijiste que no estás enojada conmigo.

—Es verdad, no estoy enojada —mi voz fue suave—. Pero, tengo el corazón roto y estoy decepcionada.

—¿Decepcionada de mí?

Tragué saliva.

—De ambos —confesé—. De mí por haber sido tan tonta y permitirme confiar y de ti porque... Pensé que sería diferente. Que serías diferente.

Hizo una mueca como si acabara de golpearlo.

—No digas eso —me pidió y levantó una mano como si tuviera la intención de tocarme, pero retrocedí dos pasos—. Esto es diferente. Lo nuestro lo es.

Esperé unos segundos para poder soltar lo que llevaba adentro y tras una corta respiración, me llené de coraje y lo dije:

—No hay un nuestro, Kaydan.

Se quedó estático.

—Nunca lo habré.

—No hablas en serio —me miró entre extrañado y molesto. Herido—. ¿Qué estás diciendo, Genneva?

Me sentí débil y por eso mismo volví a caer en la silla.

—Ya te expliqué todo sobre lo de Grecia. Nunca fue real, fue algo inadecuado y tan insignificante, que...

—Te burlaste de mí —lo interrumpí, sintiendo una chispa de dolor y vergüenza—. Te pregunté si había otra mujer y me dijiste que no. Te conté sobre mi problema con la lectura y te aprovechaste de eso. Sabías que te amaba y...

—Jamás me burlaría de ti, Genneva —dijo deprisa—. Sé que actué mal, pero te estoy diciendo la verdad...

—Decir la verdad después de actuar mal no repara lo roto, Kaydan.

—Discúlpame.

—Ya te disculpé.

—Entonces no hables de nosotros como si fuese el fin —pidió—. No me hagas esto.

Era cómico como era yo quien tenía el corazón roto, pero era él quien me pedía que no le hiciera daño.

—No puedo seguir con esto. Necesito pensar algunas cosas, ponerme al día en otras y es por eso que necesito tiempo —levanté la mirada para verlo a los ojos—. Necesito que dejes de venir a buscarme.

Su mirada se oscureció ante mis palabras.

—Necesitas tiempo —repitió.

—Sí.

Comenzó a negar, mientras sus hombros se ponían rígidos y después solo decía: —¿Por qué simplemente no eres directa y me dices que significa eso de “necesito tiempo”? Puedes decirme cualquier cosa, lo entenderé.

No, sabía que no lo haría y no quería decirlo, pero él me presionó.

—Sé que fui yo quien arruinó todo, pero también puedes decirme lo que piensas, necesito que me lo digas y así me esforzaré en solucionarlo todo. Pídeme cualquier cosa, lo haré. Lo juro —tragué saliva—. Sé que fallé, pero te demostraré que nunca jamás lo volveré a hacer porque...

—Quiero irme —solté finalmente las palabras que llevaba horas incrustadas en mi corazón—. No quiero estar más aquí.

Vi el momento exacto cuando mis palabras lo impactaron a él.

—¿Irte? —la pregunta salió de él de forma extrañada—. ¿Irte a donde?

El corazón estaba tronando dentro de mi pecho y el temblor de mis manos se empeoró.

—¿Sabes qué? —negó—. No importa a dónde, si necesitas irte, yo puedo buscar un lugar —ofreció con voz firme—. Encontraré el lugar perfecto y cuando estés lista, puedes llamarme e iré. Lo haré cuando tú lo decidas.

—Kaydan.

—¿Qué te gusta? —preguntó—. Hablo de ciudades o...

—Kaydan.

—¿Quieres otro país? —siguió—. Podríamos ir a Alemania. Te encantará y...

—Quiero irme con mis hermanas —mi voz subió con fuerza, interrumpiéndolo—. Quiero irme, pero no contigo. Quiero volver con mi familia. Quiero ir a Rusia.

Me miró estupefactado ante mi respuesta. Fue tanto, que ahora quien retrocedió un paso fue él y me miró sorprendido.

—¿Rusia? —inquirió—. ¿Quieres irte a Rusia?

—Voy a volver con mis hermanas —la idea de estar cerca de ellas y arruinar sus vidas me ponía al borde de una crisis, pero no podía quedarme ahí.

—Pero... —negó y pasó una mano por su rostro, antes de negar de nuevo y preguntar: —¿Por cuánto tiempo? ¿Algunos días? ¿Semanas?

Cerré los ojos.

—No soy bienvenido en Rusia, tendría problemas para ir a verte seguido, pero si lo deseas, lo intentaré, me haré cargo de eso.

—No lo has entendido, Kaydan —lamí mis temblorosos labios—. Lo nuestro se acabó. Ya no somos amigos, ni nada cercano a amantes, nada —le sostuve la mirada—. Se acabó y es por eso que quiero volver con mi familia. No quiero estar más contigo.

Si estuviera segura de que dentro del pecho de Kaydan Von Sclaén había un corazón, podría decir que justo en ese instante aquel se rompió. Los músculos alrededor de su boca que siempre estaban dispuestos para dibujar una línea plana e indiferente, temblaron y se curvaron en un gesto de pérdida y derrota que también se manifestó en su mirada.

Tardó alrededor de un minuto en responder, pero aquella mirada de dos tonos se volvió un espejo que reflejaba emociones que nunca antes le vi. No flaqueó ni nada por el estilo, porque su orgullo jamás lo permitiría, pero su mirada no podía mentirme en aquel momento y menos cuando dijo:

—Vas a ir con tus hermanas, con tu familia, pero ¿qué hay de mí? —sentí mis ojos llenarse de lágrimas, pero ni una sola cayó—. Tú eres mi familia, Genneva.

Negué.

—Eres lo único que tengo.

—No —susurré—. Tú a mí no me tienes, Kaydan. Ya no.

Él supo que ya no había nada más que hacer ahí. Lo leyó en mi cara y en la decisión que acababa de tomar; porque no era sólo el hecho de qué hubiese estado casado y me lo hubiera ocultado. Fue lo que sus mentiras y omisiones me hicieron sentir. Fue como devolverme al pasado y no quería nunca en la vida volver a sentirme de aquella manera. No podía verlo sin sentir la vergüenza de haber planeado una vida a su lado, mientras él me estaba ocultando la vida que ya tenía.

No lo odiaba, le creía lo que me decía sobre el divorcio y demás, pero no podía quedarme ahí. Él ya había roto mi corazón.

Ya me había hecho daño.

—Tienes razón, lo arruiné, sí, lo hice. Lo siento —soltó de repente, desesperado—. Lo arruiné todo con mis mentiras y creyendo que, si algo no era importante para mí, no lo sería para ti.

El desespero tiñó su voz.

—Lo siento, no volveré a hacer algo así. Fui un estúpido y... No te vayas —caminó hacia donde yo estaba sentada—. Perdóname, Genneva.

La primera lágrima rodó por mi mejilla y temblé justo cuando vi lo que jamás pensé que vería en la vida. Vi a Kaydan cayendo de rodillas.

Él se arrodilló frente a mí, haciendo que nuestros rostros quedaran a la misma altura y dejándome ver el desespero y agonía de sus ojos, volvió a hablar:

—No me dejes, Genneva. No tú.

—Levántate, Kaydan —pese a mi dolor, mi tono de voz salió sorprendido al verlo ahí de rodillas. Jamás pensé que un hombre tan diplomático y frío como él se fuese a arrodillar ante alguien y mucho menos ante mí—. Levántate.

No se levantó, siguió ahí de rodillas y llevó sus manos a mi cintura, haciéndome temblar.

—Perdóname.

—Ya te disculpé por lo que pasó —susurré—. Pero quiero irme.

—Me lo prometiste —soltó, casi deshecho—. Prometiste que nunca ibas a dejarme. Te lo pregunté y lo dijiste, lo hiciste.

Yo también le había pedido a él que jamás me mintiera o me hiciera sentir como me había sentido en el pasado, pero lo hizo. Me ocultó la verdad y ahora estaba la cuestión de que ninguno iba a cumplir las promesas del otro.

—Solo dame una oportunidad de demostrarte que no lo haré de nuevo —siguió adelante—. Mírame, hada, soy yo.

Me dejó ver vulnerabilidad por encima del hombre dominante, prepotente y poderoso que era.

—¿Vas a dejarme?

— Nunca me sentí tan sola como hace dos noches, cuando entendí que, sin quererlo o no, me pusiste al mismo nivel que otros hombres en el pasado lo hicieron —admití finalmente, y mi voz se rompió—. Me sentí sola no porque me hubieras mentido a la cara, sino porque supe que, por más que quiera estar aquí, no puedo quedarme; no lo

haré porque te di lo que no les había dado a otros, y eso fue mi corazón, y tú decidiste traicionarlo, Kaydan —llevé mis manos a las tuyas y lo obligué a soltar mi cintura, armándome de valor y tratando de silenciar mi dolor y mis ganas de llorar, mientras me ponía de pie y lo miraba desde arriba:— puedes arrodillarte ante mí y repetirme cuánto me quieres y me necesitas en tu vida, pero viví tanto tiempo rodeada de irrespeto que tuve que enseñarme a respetarme a mí misma, y por más que me duela y esto me esté matando, no puedo pasar por alto el hecho de que irrespetaste mi amor por ti, que irrespetaste mis debilidades y las usaste en mi contra.

Se quedó ahí mirándome en silencio. *De rodillas.*

—Te amo, pero no lo suficiente para cumplir mi promesa de quedarme después de lo que hiciste —algo cambió en su mirada. Lo vi—. Entonces, sin importar mis promesas de antes, la respuesta es sí: Sí voy a dejarte, Kaydan. Te estimo, pero tú y yo ya no somos, ni seremos nada.

—Eres mi familia, Genneva —dijo sin levantarse y su voz sonó apagada, muerta.

Tan inerte, que yo di la estocada final y cuando le di la espalda y comencé a salir de la sala, respondí:

—Tú no tienes familia, Kaydan. Eres tú, tu dinero y tu poder juntos. No necesitas nada más.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 56.

56

Genneva.

Lloré como nunca cuando Kaydan se fue.

Mis palabras habían sido un filo mortal dirigido hacia él, pero un golpe certero también para mí, porque lo que sentí en mi pecho fue doloroso y desconcertante.

Insuperable.

Me tiré entre las sábanas y abrazando mi almohada -una almohada que olía a él-, solloqué y finalmente me permití sentir.

Me permitir aceptar el hecho de que todo estaba roto y no quería solucionarlo. No podía hacerlo.

Traté de decirme que había tomado la decisión correcta -una decisión que hablaba de mí y de como tenía que priorizarme-, pero tomar las decisiones correctas no siempre era fácil y menos cuando había corazones lastimados de por medio.

Menos cuando no podía olvidar el hecho de que él me besó y me llamó su “vida” una y otra vez, mientras cada día, a cada hora, tomó la decisión de mentirme y hacerme sentir inútil, ignorada.

Llorar jamás había sido lo mío, pero lo hice hasta que me descargué y quedé tan, pero tan exhausta, que el único consuelo que tuve fue el saber que yo siempre estuve dispuesta a darlo todo, sin importar que no tuviera mucho para ofrecer.

Mi amor había sido real, al igual que mi agradecimiento y lealtad. Habría saltado si Kaydan Von Sclaén me lo hubiese pedido. Lo habría hecho, pero ahora solo quedaba la lección de que dar mucho. Dar y confiar demás, siempre sería un gran “no” en mi vida.

—Eres mi familia, Genneva —esa frase se repitió en mi cabeza por horas, tanto, que hizo imposible que dejara de llorar en algún momento y hastiada y demasiado débil, justo cuando el reloj marcaba las cuatro de la mañana, supe que necesitaba salir.

Era algo estúpido y arriesgado teniendo en cuenta las horas y temperaturas, pero necesitaba sacarme la mirada de Kaydan de la cabeza y el dolor atroz de mi corazón.

Necesitaba hacer algo estúpido o, al final de cuentas, volvería a llorar hecha un ovillo en la orilla de una cama que olía a él y me recordaba a él.

Busqué un abrigo para mí y sabiendo que Krepto jamás cuidaba demasiado la parte trasera de la casa porque yo nunca había intentado irme sin avisarle, aproveché esa opción y manteniendo las luces apagadas, me moví hacia ahí y salí a la fría y oscura interperie.

Me costó.

Me sentía mareada, temblorosa y tan débil que una ventisca podría acabar conmigo sin más, pero seguí adelante.

Quería hacerlo.

El frío helado golpeó mis mejillas y las lastimó, mientras yo metía las manos en el abrigo y caminaba hacia las sillas húmedas que había en el jardín de la casa.

Los faroles del exterior acompañaron mi cabizbaja sombra y no queriendo arriesgarme a irme muy lejos, simplemente caminé hasta la silla de cemento, me senté en esta y cerrando los ojos, sin más: Pude respirar.

Respiré una y otra vez, mientras las lágrimas comenzaban a caer de nuevo y yo llevaba una de mis manos hacia el collar de diamante rojo que Kaydan me había dado semanas atrás.

Sollocé y me sentí como una niña pequeña por primera vez en la vida. Me sentí pérdida y pese a que había tomado la decisión de irme con mis hermanas y volverme una carga para ellas, solo quería que todo fuese una pesadilla.

Quería volver con él. Lo necesitaba a él.

—Ya tomaste una decisión —susurré y sequé mis lágrimas—. Ya sabes lo que piensas de las segundas oportunidades, Genneva. Lo sabes.

Creía en que la gente se podía arrepentir por sus errores, pero el arrepintimiento no sanaba corazones y ante el irrespeto de él, de Kaydan, yo solo podía darle una cosa: El olvido.

Seguí ahí sentada bajo la frialdad y el silencio, lloré un poco más y seguí respondiendo lo mismo en mi cabeza una y otra vez, mientras mis manos temblaban y...

De repente, escuché pasos sobre el cemento viniendo de la verja que separaba mi casa de la del vecino. Miré por encima del hombro hacia el jardín continuo y no vi nada, aparte del suave destello amarillo de la farola.

Sorbí mi nariz y seguí viendo por unos segundos, antes de dar la espalda y volver la atención a mis manos temblorosas, las cuales estaban pálidas.

Me concentré en el subir y bajar de mi pecho una y otra vez, mientras continuaba pensando en todo y unos instantes después, sin más, los pasos volvieron a mis espaldas y justo cuando estaba por girarme de nuevo, dejándome totalmente helada, sentí como una pesada y dura mano se posó en mi hombro con una fuerza y pesadez que me dejó estática.

Gélida.

Creí de manera fugaz que podría ser Krepto, hasta que sentí unos labios bajar a mi oreja y rozarla, antes de que simplemente dijeran:

—Hola, muñeca. ¿Me extrañaste?

Me puse de pie rápidamente con el corazón totalmente desbocado, mientras me alejaba unos pasos y me giraba para ver al dueño de la voz y sentía como el alma se me caía a los pies al verlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en medio de la madrugada y el frío—. Tú...

Sonrió.

Me regaló esa clase de sonrisa superior y asquerosa que solía darme en el pasado y enarcando una ceja, solo respondió: —Soy tu vecino —señaló la casa detrás suyo—. Llevo meses siéndolo.

Su cabello negro y mirada oscura eran tan fuertes y repugnantes como las recordaba. Tanto, que di otro paso hacia atrás y negué. Lo hice mientras me sentía más débil.

—No lo haré, Darwyn —negué—. No me importa el porqué estés aquí y como has logrado acercarte tanto, pero no.

—¿No qué?

—No volveré contigo —mantuve mi voz firme—. Jamás lo haré.

Soltó una carcajada baja, hostil.

—¿Quién te dijo que te quiero de regreso? —preguntó, tras dejar de reír—. Ya tuve sobrados tuyos antes cuando te saqué de las vegas —me miró de arriba abajo—. ¿Crees que voy a volver a recibir lo que otros dejaron de ti? ¿Lo que mi primo desechó de ti?

Traté de que sus palabras no fueran un golpe para mí, pero fue imposible. Darwyn siempre había sabido cómo llegarme.

—Das asco, Genneva —chasqueó la lengua—. Tanto, que puedo entender el hecho de que Kaydan te prefirió como amante y no como nada más. ¿Ves? ¿Quién te tomaría en serio?

No respondí, solo continué analizándolo en silencio por unos segundos, mientras me repetía que lo único bueno que había salido de ese hombre era mi Juls.

—No me importa lo que pienses de mí —dije finalmente—. No eres nada para mí.

Comencé a darle la espalda porque estaba lo suficientemente herida y cansada como para estar ahí a solas con ese monstruo. No quería saber nada de él, no me interesaba saber el por qué había llegado hasta ahí y se encontraba tan cerca. Nada me importaba, pero cuando intenté dar un paso para volver hacia la casa, él volvió a hablar:

—Oh, tú tampoco eres absolutamente nada para mí, muñeca —me detuve—. Verte me asquea, pero soy lo suficientemente diplomático para terminar mi misión.

Me giré para verlo, sintiendo algo amargo en mi boca.

—¿De que hablas?

—Si yo te saqué del infierno, yo mismo te pongo de regreso ahí.

Mis manos siguieron temblando y vi como él llevaba su mirada a éstas y volvía a sonreír.

—Si llegaste a mi vida siendo una adicta a los antidepresivos, te vas de mi vida siendo una adicta de nuevo.

Me sentí confundida, pero él no me dio tregua y sacando una mano de su pantalón, me mostró una jeringa con un líquido parecido al que solía inyectarme para el veneno y...

—Ten, toma tu última dosis —me tiró la jeringa y esta cayó a mis pies—. Es lo último que vas a tener, adicta.

No me moví, pero sentí un nudo llegar a mi garganta, mientras Darwyn me daba la espalda y comenzaba a caminar hacia su propia casa, pero se detuvo y mirándome de nuevo, agregó:

—¿Qué gracioso, no? —sonrió—. Kaydan lleva días buscando a su doctor porque cree que este lo traicionó, sin saber que en realidad le era leal y ahora lo tengo descuartizado debajo de mi cama pudriéndose.

—¿Qué le hiciste a Justien? —logré preguntar.

—No te preocupes por ese, preocúpate por ti, Genneva —me sostuvo la mirada—. Vas a necesitar hacerlo, porque ni la heroína es tan fuerte en comparación de lo que hay dentro de ti, pero ya lo verás.

Me dio la espalda y volvió a caminar.

—Verás lo que es conocer el infierno en tierra y cuando eso pase, si te portas bien, puede que lo haga. Si te muestras complaciente y arrepentida, puede que me apiade a darte una dosis más. Me gustan las putas adictas, son más agradecidas. Ya verás.

Sus palabras se quedaron como un eco maligno en mis oídos minutos después de que lo vi ingresar a su casa y sintiendo el malestar envolverme, bajé la mirada hacia la jeringa que estaba en el piso y entonces, pese a que no deseé creer en sus palabras, supe que eran reales.

Fue así cuando volví a la casa rápidamente, me encerré en el baño, me inyecté el líquido en las venas sin importarme el riesgo y, como arte de magia, todo desapareció.

El entumecimiento, el dolor de cabeza, el ardor en los ojos y el temblor en mis manos se fueron. La vida volvió a mí y en medio de todo eso, cuando recuperé el bienestar de mi cuerpo, solo quedó una dolorosa realidad que me recordó mi vida pasada.

Darwyn Duleck me tenía en sus manos una vez más, y él lo sabía.

Sabía que seguía siendo mi dueño y ahora, sin Kaydan, *yo tendría que librar aquella batalla sola.*

Sola y de regreso a la *adicción.*

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Capítulo 57.

57

Darwyn.

Me pertenecía.

Genneva me había pertenecido desde la primera vez que puse mis ojos en ella ocho años atrás en ese casino de las vegas.

Había sido netamente mía desde el primer instante que mis ojos dieron con los suyos y acepté que era la mujer más hermosa que había visto alguna vez.

Era callada, distante y solemne, pero algo difícil de olvidar. Algo tan perfecto y espectacular, que merecía estar en cualquier parte, menos en un casino siendo una mesera que andaba con poca ropa y recibía estúpidas propinas.

Genneva se merecía una vida digna y esa tenía que ser conmigo. Quería que fuese conmigo.

La visité por días y traté de cortejarla, intenté que viera lo importante que era yo y como podía cambiar su vida de un momento a otro. Yo sería su salvador y pese a que ella no tenía mucho para ofrecer porque venía de las calles y de una vida trajinada, yo la iba a aceptar.

Lo haría porque era hermosa y no podía sacarla de mi mente.

Pero nunca respondió a mi cortejo. Nunca sonrió o se mostró interesada en las palabras y en lo que yo solía tratar de darle.

Era inalcanzable.

Tanto, que mi gusto se volvió más y más denso; a tal manera, que no podía hacer nada que no fuese pensar en ella y en lo mucho que la merecía para mí.

Debería de sentirse aliviada -pensé muchas veces-, cualquier mujer como ella, de su clase, debería de estar agradecida y aliviada de tener a un hombre como yo interesado. Debería de estar sonriendo y asintiendo a todo, porque, a la hora de la verdad, le estaba dando una oportunidad y eso me hacía su salvador.

Su merecedor.

Pero siguió en el no. Siempre fue distante, pero cordial conmigo. Daba igual cuantas propinas le diera o cuantos regalos le mandara, jamás sonrió y mucho menos me aceptó.

No fue agradecida y fue por eso que tuve que buscar otra forma de tenerla; porque si a Genneva no le gustaban las cosas por las buenas, tendrían que ser y no a las malas, sino más bien a mi manera.

Hice que sus compañeras la investigaran para mí y supe todo sobre su vida

Veinte años, sin familia, pasado lleno de maltrato y con una adicción descontrolada a los antidepresivos.

Se tomaba alrededor de cuatro pastillas al día para poder sobrevivir. Ella no bebía alcohol o consumía drogas, pero las pastillas eran lo único que le interesaban y cuando supe aquello, mis regalos dejaron de ser dinero y joyas y se transformaron en pastillas.

Las mejores.

Nunca agradeció o me dijo algo sobre el hecho de que le hiciera llegar pastillas, pero sus compañeras me lo confirmaron. Ella las consumía.

Eso me hizo entender que me estaba aceptando. Le gustaba tanto como ella me gustaba a mí y fue por eso que una noche, cansado de verla desde lejos y acercándose también a otros hombres, finalmente lo hice.

Me acerqué a ella y la abordé sola en el baño y poniendo mis manos en sus caderas, comencé a besar sus hombros adornados con poca tela.

—¿Qué haces? —se había alejado rápidamente de mí, mientras se giraba para verme con una mirada gris repleta de frialdad—. ¿Quién crees que eres para hacer eso?

Su pregunta había aterrizado en mí.

—No puedes hacer eso. Está prohibido.

Genneva jamás debió utilizar la palabra “prohibido” para referirse a ella y tirarmela a mí. No había nada en la vida que yo tuviera prohibido y menos cuando se trataba de ella.

—¿Quieres seguir consumiendo mis pastillas y no darme nada a cambio? —había sido mi pregunta—. ¿Es eso?

Ella no se inmutó, jamás lo hacía.

—No te debo nada —fue la respuesta que me tiró en la cara y después de ahí, se fue y me dejó solo.

Se fue y me dejó con aquella frase de que ella “no me debía nada” y desde ahí lo supe. Continuaría haciendo y dándole todo sin importar que no lo mereciera, y cuando tuviera todo e incluso más, le recordaría que me debía hasta el aire que respiraba y su agradecimiento la mantendría siempre atada a mí.

Como debía de ser.

Seguí enviándole regalos en forma de pastillas día tras día, hasta que finalmente llegué a un acuerdo con su dueño y la compré para mí. La obtuve como mi hermoso y pequeño objeto rubio y ya podía llevarla conmigo a donde yo quisiera, para hacerle lo que me apeteciera.

—No quiero esto —me había dicho ella, cuando su jefe le dejó en claro que debía abandonar el casino.

—Te vas conmigo esta noche —fue mi respuesta—. No te molestes en traer tus pertenencias, ya no volverás a ser una puta.

Genneva intentó pedirme varias veces que la dejara donde estaba, que no quería irse. Pero, para suerte suya, yo era un hombre bastante bueno y una drogadicta como ella no era capaz de ver el favor que le estaba haciendo a su miserable vida, pero tarde o temprano lo entendería y agradecería que me hubiese fijado en ella y su belleza.

Debió hacerlo, pero no. Me traicionó.

Durante años, después de haberla sacado de su mundo asqueroso y vil, le di todo lo que ella necesitó y más. Una casa, ropa, joyas, mi amor y atención e incluso, pese a su pasado y lo que fue ella, le permití acercarse a mi hija y sentir el cariño que nunca tuvo.

Fui bueno a tal manera que un año después de venirse a vivir conmigo, contraté los mejores psicólogos y rehabilitadores para sanar su adicción y lo hice.

Yo sané a Genneva. Yo creé una mejor versión de ella. Yo era el salvador suyo.

Conmigo dejó de ser una puta, ya no volvió a tomar antidepresivos y tuvo una casa. Tuvo un hombre como yo amándola, sin importar que nunca tuvo nada que aportar aparte de su hermoso rostro y perfecto cuerpo.

Fui realmente bueno y, ¿qué recibí acambio?

Una traición por parte suya.

La elevé tanto hacia el cielo y en sus exigencias, que quizás le permití olvidar que siempre iba a ser menos que yo. Siempre estaría niveles por debajo de mí y si yo no era su salvador, nadie más lo sería.

Nunca.

Ella me traicionó y me abandonó justo después de que perdí a mi hija. Se fue sin mirar atrás como si no me debiera hasta el aire que respiraba y no supe qué me enfureció más:

Si su abandono o por quien decidió abandonarme.

Por mi maldito primo.

¿Kaydan creía que podía venir a quitarme lo que yo salvé y construí? ¿Creía que simplemente me iba a quitar a Genneva para volverla su puta?

No iba a permitirlo.

Si él la quería a ella, la tendría como yo la conseguí de primera mano.

Valiendo nada.

Siendo una puta analfabeta. Siendo una drogadicta.

Kaydan se dejó deslumbrar con Genneva y su belleza -teníamos el mismo gusto-, se dejó ir tanto y permitió que ella se volviera una debilidad. La clase de debilidad que enemigos suyos como Gidez o gente de su propia organización, como Lucys, usarían en su contra para joderlo y lo hicieron.

Gidez le aplicó un veneno a Genneva y Lucys hizo todo lo posible para que nunca llegara una cura. Me vendió la información y la posibilidad de que yo diera mi estocada final y lo hice.

Mi intención no era matar a Genneva. Mi intención era que ella viera que solo conmigo iba a estar siempre segura y cuando quisiera volver, sin más, le cerraría la puerta en la cara dejándole claro que las putas no eran bienvenidas conmigo.

—Kaydan anda como loco buscando una cura para el veneno que Gidez puso en la zorra —había dicho Lucyus—. Lo conozco, jamás lo vi tan desesperado, es tu oportunidad.

Lo era.

—Sí, es la oportunidad del NexuZ B3 —dije—. ¿Cómo le harás creer que es el antídoto?

—Tengo un conocido que es cercano a uno de los directores del laboratorio, deja que me encargue de eso —había sido su respuesta—. Dame el dinero y yo hago el resto.

—¿No es más fácil comprar al doctor?

—Justien es leal a Kaydan, jamás lo haría. Confía en mí.

Lo había hecho. Dudé un poco de que las dosis del NexuZ B3 llegaran a Genneva, pero lo hicieron y como estaba estimado a que funcionara la droga, de tal manera, sin más, lo hizo.

El veneno que le aplicó Gidez era autodestructivo. Era un veneno caníbal que, si no lograba acabar con la vida de su víctima en terminado tiempo, desaparecía para no dejar rastros en el cuerpo y así evitar que fuese investigado. Pero usando la ventaja de que ellos no sabían aquello sobre el veneno, día tras día, cada ocho horas, Genneva recibió una dosis de la droga que había hecho crear específicamente para ella.

Tiempo atrás, antes de que apareciera el bastardo de Kaydan, comencé a pensar en la posibilidad de que Genneva pudiera dejarme y si llegaba a sospechar eso, necesitaba algo que la atara a mí y fue ahí cuando mandé a crear el NexuZ B3.

Una droga diseñada para darle a su cerebro y a su cuerpo dosis elevadas de energía y vitaminas.

No era una droga parecida a la que los ineptos se inyectaban o ingerían por su nariz. Era algo más fuerte, algo que iba directamente a su cerebro y le daba la fuerza suficiente para no colapsar y poder sentir todo de manera correcta.

Ella se sentía bien con la dosis. No había dolor, cansancio o pesadillas. Todo estaba bien.

Pero llevaba meses recibiendo NexuZ en sus venas. Ya era dependiente a él y una vez dejara de consumirlo, el verdadero infierno comenzaría.

Se lo había dejado saber en los mensajes con voz robótica que le envié. Se lo advertí y ahora, tantos meses después, en la entrada de noviembre, había llegado por fin mi momento para restringirle la dosis -porque solo yo tenía el NexuZ B3- y aprovechando que Kaydan creía que el traidor era su médico, acercarme fue mucho más fácil.

Me acerqué y vi el verdadero panorama.

Una puta deprimida al descubrir que de nuevo era una amante más. Una puta que mostraba los primeros signos de la abstinencia.

La miré desde la oscuridad y sonreí cuando la vi ahí sentada, viéndose tan pálida y temblorosa. Tan perdida y eso que esto solo era el inicio.

NexuZ era una droga tan potente, que unas tres semanas después de qué ella no tuviera una nueva dosis, su cuerpo ya no podría metabolizar energía sin la droga. Esta no sólo atacaba su ser de manera psicológica volviéndola inestable o más bien fría emocionalmente, sino que causaba una inhibición en los receptores de la dopamina, los encargados del placer y, mientras pasara el tiempo, su desespero estaría vinculado a un dolor crónico que la haría incapaz de sentir absolutamente nada, aparte de temblores, ansiedad y constantes terrores.

Un dolor que no le deseaba ni a mi peor enemigo, pero como ella era una puta que me había usado y me dejó después de todo lo que hice por su persona, se lo merecía.

Si Genneva Blinder decidió escoger a Kaydan Von Sclaén por encima de mí, le iba a enseñar porque su decisión fue errónea y como nunca, sin importar nada, iba a estar a salvo con alguien que no fuese yo.

Su salvador y ahora *su verdugo*.

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>

Epílogo.

Epílogo.

Kaydan.

—Tú no tienes familia, Kaydan. Eres tú, tu dinero y tu poder juntos. No necesitas nada más.

Las palabras de ella se repitieron en mi cabeza por días y pese al enojo y la culpa acechando dentro de mí, no pude escapar de estas.

Fue imposible que lo hiciera y no porque fuesen reales y se quedaran en mí, sino por todo lo contrario.

Nada de eso era real.

Yo sí necesitaba más que el dinero y el poder en mi vida, yo necesitaba a Genneva y quizás mis acciones eran contradictorias, pero yo jamás dejaría que alguien me dijera que era importante para mí y, en este caso, ella no tenía voz, ni voto.

Ella no podía decirme si la necesitaba o no, porque solo yo sabía la realidad detrás de aquello y lo hacía. Todo lo ruin de mí, necesitaba lo suave y firme de ella.

Mi lealtad siempre había estado solo conmigo mismo, hasta que la conocí y las prioridades cambiaron. Los sentires también.

Quizás yo no era su familia, pero ella si era la mía. Era lo único que realmente había querido tener siempre y por eso fue que dejé al lado mi egoísmo, mi necesidad y le di lo que ella se merecía porque no era la propiedad de nadie.

Su libertad.

La conocía perfectamente, ella amaba la sensación de poder tomar sus propias desiciones y pese a que en este proceso me estaba jodiendo a mí mismo, lo aceptaría porque fallé.

Porque no pensé antes de actuar y herí sus sentimientos.

Me jodía que ella creyera que me había burlado de su persona y algo tan importante como el amor que decía tenerme. Mis acciones eran reprochables, pero jamás subestimé o menosprecié a Genneva y lo que hacía en mí.

Creaba en mí.

La había tenido en mis manos como un sueño hecho realidad. Cada maldita mañana y cada madrugada.

La tuve de una manera que me hacía saber el sabor exacto de cada centímetro de su piel y la forma como se sentía cuando estaba ansiosa, feliz, excitada o insegura.

La conocía tanto, que incluso yo podía hablarle a ella de sí misma y enseñarle porque era tan perfecta en medio de sus inseguridades y defectos.

La conocía de tal forma, que entendía que tenía que aceptar su pedido. Tenía que hacerlo porque una vez se perdía la confianza de Genneva, ya no había marcha atrás.

Ella me había perdonado, pero no me quería en su vida.

Ella no me necesitaba en su vida. No como yo a ella.

—¿Estás seguro? —me preguntó Seth, quien estaba sentado a mi lado, detrás del volante del mercedes—. Si fuese Rhea, me daría totalmente igual su petición y le prohibiría dejarme. Me da igual.

No respondí, mantuve mis ojos en la pista del jet privado y me ordené a dejar atrás el malhumor ansioso que tenía, pero me era imposible.

Estaba a nada de dejar ir a lo único que tenía. Lo único que me prometió quedarse y después ya no.

—Kaydan.

—Genneva quiere irse —le respondí a Seth—. Entonces, dejaré que lo haga.

—¿Solo por qué ella quiere?

—Porque es su vida —lo miré mal.

—¿Desde cuándo eres tan moralmente correcto?

No tenía ni la más mínima idea, pero ella no merecía otra cosa que no fuese la mejor versión de mí y le quedaba debiendo.

Estaba pensando en asesinar y destripar a Grecia y a su padre con mis propias manos, ya que parte de la culpa era suya. Quería su sangre adornando mi piso, pero esa idea quedó en segundo plano cuando vi la camioneta negra que se detuvo cerca al otro extremo de la pista y dos minutos después, sin más, se bajó ella.

Genève.

El maldito vuelco que sufrió mi frío y marginado corazón fue doloroso y me hizo apretar los dientes con fuerza, mientras mi mirada la seguía a través de los vidrios oscuros y como si de un adicto me tratase, intenté memorizar su rostro en mi cabeza.

No llevaba nada consigo aparte de una pequeña maleta y un gran abrigo que cubría su pequeño cuerpo. Su cabello rubio estaba recogido en un fuerte moño que probablemente le tenía doliendo la cabeza, pero no le importó.

Ella caminó hacia en frente, hacia el jet, sin mirar nunca hacia otro lado que no fuese su destino final: Subirse a ese avión y dejarme atrás tan rápido como fuese posible.

Tuve que recordarme que nada que dijera o hiciera la iba a hacer cambiar de opinión, porque ni teniéndome de rodillas y pidiéndole que no me dejara fue suficiente para que quisiera quedarse conmigo.

—Tienes razón, lo arruiné, sí, lo hice. Lo siento —le había dicho desesperado, dejando a un lado mi orgullo y aferrándome al desvelo que me creaba la posibilidad de perderla—. Lo arruiné todo con mis mentiras y creyendo que, si algo no era importante para mí no lo sería para ti. Lo siento, no volveré a hacer algo así. Fui un estúpido y... No te vayas. Perdóname, Genève.

Si ella me hubiese pedido que me arrancara el corazón ahí mismo y le mostrara qué tan cierto era aquello de qué ella era mi vida. Lo habría hecho.

Habría hecho cualquier cosa con tal de no recibir su abandono -que lo merecía-, pero no lo quería. Había soportado miles de mierdas en mi vida, pero nada me aterraba tanto como la idea de qué estuviera lejos de mí y jamás volviera a verla.

Pero la decisión estaba tomada. Ella quería volver con su familia.

Su familia real y yo respetaría eso. Tanto, que moví cielo y tierra para hacerla llegar segura al único lugar en donde sabía que la iban a estar esperando con los brazos abiertos.

La casa de su hermana Nina y su esposo Vlader Novikov.

—Krepto acaba de enviarme un mensaje, dicen que van a despegar —me dijo Seth cinco minutos después—. ¿Todo bien?

No respondí de inmediato, continué mirando el avión como si pudiera verla a ella y pese a que quería salir de ahí e ir a buscarla y traerla conmigo, fui contra mi naturaleza y asentí.

—Sí, todo bien. Genneva ya puede irse.

Lo hizo.

Guardé la mediocre esperanza de que ella frenara el despegue del avión y decidiera bajarse y quedarse conmigo, pero no ocurrió.

Ví al avión perderse entre las nubes y la lluvia que comenzó a caer y sintiendo lo que era realmente tener el corazón jodido, roto, desarmado, me tragué la agonía de saber que la tendría lejos y no dije nada.

Callé.

—¿La amas? —fue el bribón de Seth quien habló de nuevo, una vez salimos del aeropuerto y nos movimos hacia mi edificio.

Abrí la puerta y comencé a bajarme queriendo estar solo, pero con dientes apretados respondí:

—Es mi mujer, ¿qué clase de pregunta estúpida es esa?

Su mirada gris se llenó de diversión.

—Bien, ¿sientes que tu mundo se fue al carajo, no? —lo miré y no respondí—. Me alegra saber eso, amigo. Fue lo mismo que sentí cuando alejaste a Rhea de mí. Qué bueno que lo estés viviendo en carne propia, lo mereces.

—Vete al infierno.

—¿Para hacerte compañía a ti? —sonrió—. Paso, tengo el paraíso en mi casa. Mi esposa me espera.

Quería arrancarle la cara a golpes, pero solo salí del vehículo y tiré la puerta con violencia, antes de caminar hacia la entrada del lugar tratando de ignorar el hecho de que mi Vida ya no estaba conmigo.

Me había dejado.

De repente, mientras iba hacia el ascensor, supe que mi existencia había perdido el sentido que tomó esde enero cuando la encontré a ella. Ya no tendría sus miradas y enojos cuando le dijera algo egocéntrico. No tendría sus suaves y dulces sonrisas cuando le diera algo que le gustaba. Ya no tendría su espalda apoyada contra mi pecho mientras dormía y, sobre todo, ya no tendría su voz y su presencia sacándome de las tinieblas de mi maldad.

—Mierda —dije en voz baja y pasé una mano por mi rostro—. Te necesito, hada. Te necesito conmigo.

Llegué a la sala de mi lugar y todo lució apagado, tenue.

—Tu a mí no me tienes —me había dicho ella con voz firme días atrás. Dándome una sentencia de muerte y la verdad era que...

Sí la tenía. La tenía tatuada en mi mente, incrustada en mi turbio corazón y atravesada en mi garganta. No podía pensar, sentir o hablar sin quererla a ella de regreso.

Apenas se había ido y ya le extrañaba.

Tomando mi teléfono, me moví hacia los grandes ventanales de la sala que me permitían ver todo Londres y tras tomar una respiración profunda, marqué el número de la persona que había buscado para que me ayudara a que ella llegara a su destino de manera segura. Lo llamé y esperé hasta que respondió.

—Kaydan —dijo él en modo de saludo, con voz tranquila.

—Dominic —mi voz fue más seca, inhumana. Ni siquiera parecía que tenía el corazón roto.

—¿Ya salió el viaje?

—Ya salió —le respondí a mi medio hermano y mano derecha militar de Mikhel Novikov. El Pakhan de la mafia rusa—. En cuatro horas debe de estar ahí.

—Bien, la estaré esperando.

Me tensé ante aquello, pero no dije nada y él tampoco lo hizo. Era la primera vez que hablaba con Dominic después de muchos años y simplemente lo hice porque sabía que él podía ayudarme con ella.

—¿Algo más en lo que pueda ayudarte? —preguntó, curioso—. Te diré cuando ella esté aquí conmigo.

Quise decirle que ella estaba ahí por su familia y no para estar “con él” como tal, pero aquello sería estúpido. Demasiado evidente y, en vez de aquello, solo dije:

—Se las estoy entregando sana y salva, Dominic. Genneva va intacta y quiero que le hagas saber una sola cosa a tu Pakhan —mi tono de voz bajó—. Si algo le pasa a ella, si un solo cabello cae de su perfecta melena. La cabeza de Mikhel Novikov va a tener precio y quien lo va a pagar soy yo.

—Nadie le hará daño a tu...

—A mi mujer —lo interrumpí—. Esa que va ahí es mi mujer y más te vale no olvidarlo.

Colgué la llamada antes de que pudiera decirme más y lancé el teléfono lejos, sintiendo la impotencia rodearme y el desespero también, justo cuando sentí que algo tocó mi pie y al bajar la mirada, me encontré con Bario y mi sangre se enfrió.

—Apenas se fue, no puedes extrañarla tan pronto —dije de la gana—. Es ridículo.

Genneva me había pedido que me quedara con Barño hasta que ella estuviera organizado y mandara por él. Claramente, tratando de ganarme su perdón, acepté.

El gato negro maulló y tuve el impulso de alejarlo porque la rabia seguía dentro de mí, pero no lo hice.

Ella lo amaba a él.

Por eso, me incliné para quedar a la altura de la horripilante cosa negra y llevando mi mano a su cabeza lo acaricié -sorprendido con el hecho de que no me mordiera- y tras una pausa, dije:

—Sí, apenas se fue y también la extraño —acepté y suspiré—. Pero no será por mucho tiempo —dejé en claro—. Ella volverá, Barño.

Acaricié con más suavidad su cabeza.

—Genneva volverá con nosotros y como ya es mi mujer, haré todo lo posible por volverla mi esposa —la determinación me llenó—. Iré por ella y cuando me perdone, le mostraré porque es y debe seguir siendo mi *reina dorada*.

Final

https://t.me/Butaca_Digital

<https://butaca-digital1.blogspot.com>



(Butaca Digital, una plataforma, donde podrás encontrar libros de estreno, de Wattpad y Booknet, descarga tus libros de forma ilimitada, en perfecto español y en tus formatos favoritos, unete y comparte nuestro canal, donde anunciamos los estrenos, que se traerán)

https://t.me/Butaca_Digital